

HERMOSOS Y MALDITOS



F. Scott Fitzgerald Lectulandia

Junto con su esposa Zelda, heredera de una rica familia americana, Francis Scott Fitzgerald (1896-1940) fue durante algunos años el centro de una brillante vida social e intelectual en los míticos escenarios dorados de los años veinte: París, Nueva York y Hollywood. Después de su primera novela, *A este lado del paraíso*, el escritor plasmó en el soñador, hipersensible, indeciso, irónico y altanero Anthony Patch, protagonista de *Hermosos y malditos* (1922), muchos rasgos de su personalidad, pero también una visión satírica de la vida americana y un agudo retrato de la juventud de la «edad del jazz», que, en una atmósfera de vertiginosa y vacía prosperidad, efecto de la Primera Guerra Mundial, abordaba ya con oscura intuición, producto de la rebeldía y la desintegración del orden tradicional, un camino abocado al turbio destino que había de aguardar, con el tiempo, a la llamada «generación perdida». José Luis López Muñoz es el autor de la traducción, que ha revisado y corregido expresamente para esta edición.

Lectulandia

Francis Scott Fitzgerald

Hermosos y malditos

ePub r1.0

Gregory 18.08.14

Título original: *The Beautiful and Damned*

Francis Scott Fitzgerald, 1922

Traducción: José Luis López Muñoz

Retoque de cubierta: Gregory

Editor digital: Gregory

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para Shane Leslie, George Jean Nathan y Maxwell Perkins,
en reconocimiento por su estímulo y gran ayuda literaria.*

El vencedor pertenece a los vencidos.

ANTHONY PATCH

Libro primero

1. Anthony Patch

EN 1913, cuando Anthony Patch cumplió los veinticinco, habían transcurrido ya dos años desde que la ironía —el Espíritu Santo de estos últimos tiempos— descendiera, al menos teóricamente, sobre él. La ironía era como el toque final a los zapatos, como la última pasada de cepillo a la ropa, una especie de «¡Ya está!» intelectual; sin embargo, al comienzo de esta historia, Anthony no ha hecho más que alcanzar el uso de razón. La primera vez que lo vemos se pregunta con frecuencia si no será un hombre sin honor y algo chiflado, una sustancia vergonzosa y obscenamente delgada que brilla sobre la superficie del mundo como el aceite sobre un estanque de aguas cristalinas; aunque en otras ocasiones, por supuesto, se considera un joven excepcional, extraordinariamente refinado, bien integrado en su medio ambiente y, en cierto modo, más importante que todas las personas que conoce.

Tal era su actitud si se encontraba bien, y entonces se convertía en una persona jovial, agradable, que resultaba muy atractiva a los hombres inteligentes y a todas las mujeres. Cuando se hallaba en este estado, Anthony estaba convencido de que algún día llevaría a cabo algo sutil y poco ruidoso que los elegidos considerarían meritorio y que al desaparecer él se incorporaría a las mortecinas estrellas de un nebuloso e indeterminado paraíso, situado a mitad de camino entre la muerte y la inmortalidad. Hasta que llegara el momento de realizar este esfuerzo, él seguiría siendo Anthony Patch, no el simple retrato de un hombre, sino el poseedor de una personalidad dinámica y claramente delineada, un individuo obstinado, desdeñoso, que funcionaba de dentro afuera; un hombre consciente de que no puede haber honor, pero sin dejar por ello de ser honorable; al tanto de las ambigüedades de la intrepidez y, sin embargo, valeroso.

Un hombre respetable y un hijo con mucho talento

Ser nieto de Adam J. Patch daba a Anthony tanta seguridad en sus relaciones sociales como si fuera capaz de trazar el árbol genealógico de su familia hasta el otro lado del mar, remontándose incluso a las Cruzadas. Esto es una cosa inevitable; virginianos y bostonianos constituyen — aunque haya excepciones— una aristocracia basada exclusivamente en el dinero, que exige la existencia de una fortuna en cada caso particular.

Adam J. Patch, más familiarmente conocido por «Cross Patch», abandonó la granja de su padre, en Tarrytown, a principios de 1861 para alistarse en un regimiento de caballería de Nueva York. Volvió de la guerra convertido en comandante, se lanzó al asalto de Wall Street, y en medio de considerables protestas, enojos, aplausos y mala voluntad, consiguió reunir unos setenta y cinco millones de dólares.

Esto mantuvo ocupadas sus energías hasta los cincuenta y siete años. Fue entonces cuando decidió, después de un grave episodio de esclerosis, consagrar el resto de su vida a la regeneración moral del mundo. Adam J. Patch se convirtió en reformador entre los reformadores. Emulando los magníficos esfuerzos de Anthony Comstock (el nieto de Adam se llamó Anthony en honor suyo), Mr. Patch asestó un amplio repertorio de ganchos y puñetazos al cuerpo de las bebidas alcohólicas, de la literatura, del vicio, del arte, de las medicinas curalotodo y de las funciones de teatro en domingo. Su mente, bajo la influencia de ese moho insidioso que acaba por atacar a casi todo el mundo, se dejó arrastrar furiosamente por todas las indignaciones de la época. Desde un sillón en el despacho de su finca de Tarrytown dirigió contra aquel enorme enemigo hipotético, la iniquidad, una campaña que se prolongó por espacio de quince años, durante los cuales demostró ser un monomaniaco lleno de fanatismo, y un pelmazo intolerable. El año en que comienza esta historia lo encuentra ya muy agotado; su campaña ha perdido fuerza; 1861 se va acercando lentamente a 1895; para entonces Mr. Patch dedicaba gran parte de su tiempo a pensar en la guerra civil, bastante menos en su esposa muerta y en su hijo, y prácticamente nada en su nieto Anthony.

Al principio de su carrera Adam Patch se había casado con una anémica dama de treinta años de edad, Alicia Withers, que aportó al matrimonio cien mil dólares y un impecable derecho de entrada en los círculos bancarios de Nueva York. Inmediatamente, y poniendo de manifiesto una considerable dosis de valor, había dado un hijo a Adam Patch y, como si la magnificencia de aquella hazaña la hubiese debilitado por completo, Alicia se ocultó para siempre en la penumbra del cuarto de los niños. Su hijo, Adam Ulysses Patch, se convirtió en un inveterado frecuentador de clubes, experto en buenos modales y conductor de coches de caballos; a la asombrosa edad de veintiséis años comenzó a escribir sus memorias con el título de La sociedad de Nueva York tal como yo la he visto. Cuando se extendió el rumor de que estaba en marcha semejante obra, los editores se mostraron interesados, pero como a la muerte

de su autor pudo comprobarse que se trataba de un relato inmoderadamente prolijo y terriblemente aburrido, nunca llegó a publicarse, ni siquiera de forma privada.

Este lord Chesterfield de la Quinta Avenida se casó a los veintidós años. Su esposa fue Henrietta Lebrune, la «Contralto de la buena sociedad de Boston», y al único hijo de este enlace se le impuso, a petición de su abuelo, el nombre de Anthony Comstock Patch. Cuando el muchacho se matriculó en Harvard, el Comstock desapareció de su nombre, cayendo en el infierno de las cosas olvidadas, y nunca más volvió a hablarse de él.

El joven Anthony tenía una fotografía de su padre y de su madre juntos: sus ojos tropezaron con ella tantas veces durante la infancia que para él había adquirido el carácter impersonal de un mueble, pero todos los que entraban en su dormitorio la miraban con interés. La fotografía mostraba a un dandi de los años noventa, enjuto y bien parecido, de pie junto a una dama morena y alta, con manguito y un polisón apenas marcado. Entre ellos podía verse a un niño de largos bucles castaños y traje de terciopelo. Era Anthony a la edad de cinco años, poco antes de morir.

Sus recuerdos de la «Contralto de la buena sociedad de Boston» eran nebulosos y musicales. Su madre era una señora que cantaba, y cantaba, y cantaba en el salón de música de su casa de Washington Square: a veces con invitados desparramados a su alrededor, los hombres cruzados de brazos, con aire embelesado, sentados en difícil equilibrio sobre los bordes de los sofás, y las mujeres con las manos en el regazo, quizá susurrando algo a los hombres y siempre aplaudiendo con mucha energía y dejando escapar sonidos arrulladores al final de cada interpretación; aún con más frecuencia Henrietta cantaba para Anthony a solas, en italiano, o en francés, o en un extraño y terrible dialecto que ella imaginaba ser el habla de los negros del sur.

Los recuerdos que Anthony tenía del elegante Ulysses, el primer americano que se alzó las solapas de la chaqueta, eran mucho más precisos. Después de que Henrietta Lebrune Patch se fuera «a formar parte de otro coro», como el viudo decía con voz ronca de cuando en cuando, padre e hijo se trasladaron a la casa del abuelo, en Tarrytown, y Ulysses iba todos los días al cuarto de los niños y de su boca, a veces por espacio hasta de una hora, brotaban palabras agradables, llenas de brillante colorido. Continuamente prometía a Anthony que harían juntos expediciones de caza y de pesca y también excursiones a Atlantic City: «Muy pronto ya, dentro de unos días»; pero ninguno de esos viajes llegaba a materializarse. Aunque hubo uno que sí llevaron a cabo; cuando Anthony cumplió los once años se marcharon al extranjero, a Inglaterra y a Suiza, y allí, en el mejor hotel de Lucerna, su padre murió entre muchos sudores y gruñidos, pidiendo a gritos el aire que sus pulmones echaban en falta. Envuelto en una atmósfera de terror y desesperación, Anthony fue devuelto a América, para sentirse acompañado hasta el final de sus días por un vago sentimiento de melancolía.

Pasado y personalidad del héroe

A los once años le horrorizaba la muerte. Con un intervalo de seis años y en la edad más impresionable, sus padres habían muerto y su abuela se había ido esfumando de forma casi imperceptible, hasta que, por primera vez en su vida de casada, disfrutó durante un día de indudable preeminencia en su propio salón. De manera que la vida de Anthony era un batallar contra la muerte, que estaba a la espera en todos los rincones. Adquirió el hábito de leer en la cama como una concesión a su imaginación hipocondríaca, ya que la lectura lo tranquilizaba. Leía hasta que se cansaba y a menudo se dormía con la luz encendida.

Hasta los catorce años su diversión favorita fue su colección de sellos, que era enorme y todo lo exhaustiva que pueda serlo la colección de un niño: su abuelo creía tontamente que aprendía geografía con los sellos. De manera que Anthony mantenía correspondencia con media docena de compañías filatélicas, y raras veces el correo dejaba de traerle álbumes nuevos o paquetes de hojas llenas de colorido con las que únicamente tenía que quedarse si daba su aprobación. Había algo de misterioso en la fascinación con que, interminablemente, Anthony trasladaba sus adquisiciones de un álbum a otro. Los sellos eran su mayor fuente de felicidad, y cuando alguien le interrumpía cuando jugaba con ellos, le obsequiaba con un impaciente fruncimiento de entrecejo; los sellos devoraban su asignación mensual, y, por las noches, permanecía despierto en la cama, cavilando incansable sobre su diversidad y policromo esplendor.

A los dieciséis, Anthony había vivido casi por completo dentro de sí mismo, convertido en un muchacho apenas capaz de expresarse, nada americano, y lleno de cortés perplejidad ante sus contemporáneos; después de pasar dos años en Europa, su tutor insistió en que le convenía ir a Harvard. La universidad le «abriría puertas», resultaría un tremendo estimulante y le proporcionaría innumerables amigos devotos y dispuestos por él al autosacrificio. Anthony fue a Harvard: era la única cosa lógica que podía hacer.

Despreocupándose de las relaciones sociales vivió, durante una temporada, solo y sin que nadie fuera a verlo, en una de las habitaciones del piso alto de Beck Hall: un muchacho moreno y esbelto, de estatura media y con una boca que revelaba timidez y sensibilidad. Su asignación era más que generosa. Puso los cimientos de una biblioteca comprando a un bibliófilo errante primeras ediciones de Swinburne, Meredith y Hardy, y una amarillenta e ilegible carta autógrafa de Keats, para descubrir posteriormente que había pagado precios exorbitantes por aquellas reliquias. Anthony se transformó en un dandi exquisito, y reunió una colección más bien patética de pijamas de seda, batas de brocado y corbatas demasiado llamativas para ponérselas; con aquellas galas secretas sepaseaba delante de un espejo en su

habitación o se tumbaba junto a la ventana contemplando el patio, consciente apenas de aquel intenso clamor, del que, al parecer, a pesar de su proximidad, nunca llegaría a formar parte.

Paradójicamente, Anthony descubrió en su último año de universidad que se había creado un notable prestigio dentro de su promoción. Supo que se le consideraba una figura más bien romántica, un estudioso, un recluso, una torre de erudición. Esto le divirtió, llenándole también de secreta complacencia: empezó a salir, al principio poco, pero más adelante mucho. Consiguió que le admitieran en The Pudding, la fraternidad literaria más elitista de Harvard. Se aficionó a la bebida: sosegadamente y de acuerdo con las adecuadas tradiciones. Se decía de él que, de no haber empezado tan joven sus estudios, habría podido «destacar extraordinariamente». Al graduarse en 1909 Anthony solo tenía veinte años.

Después otro viaje al extranjero: esta vez Roma, donde el joven Patch flirteó alternativamente con la arquitectura y la pintura, empezó a estudiar violín y escribió unos terribles sonetos en italiano, en teoría las divagaciones de un monje del siglo XIII sobre los goces de la vida contemplativa. Todos sus amigos de Harvard se enteraron de que estaba viviendo en Roma y los que fueron a Europa aquel año lo visitaron, y en su compañía descubrieron, durante numerosas excursiones con luz de luna, muchas cosas en la Ciudad Eterna anteriores al Renacimiento e incluso anteriores a la República. Por ejemplo, Maury Noble, de Filadelfia, se quedó dos meses con él, y juntos captaron el encanto peculiar de las mujeres latinas y disfrutaron de la maravillosa sensación de ser muy jóvenes y libres en una civilización que era muy vieja y también libre. Tampoco le faltaron visitas de los conocidos de su abuelo, y si lo hubiera deseado, Anthony podría haberse convertido en persona grata del mundo diplomático; el joven Patch descubrió, de hecho, que sus inclinaciones lo llevaban cada vez más a la sociabilidad, pero el largo aislamiento de la adolescencia y la subsiguiente timidez aún tenían fuerza suficiente para determinar su conducta.

Regresó a Estados Unidos en 1912 debido a una de las repentinas enfermedades de su abuelo, y después de una aburridísima conversación con el anciano en perpetua convalecencia, Anthony decidió aplazar hasta la muerte del viejo Mr. Patch el proyecto de vivir en el extranjero de manera permanente. Tras prolongada búsqueda, alquiló un apartamento en la calle Cincuenta y dos y, a todas luces, empezó a sentar cabeza.

En 1913 el proceso de adaptación de Anthony Patch al universo estaba a punto de consumarse. Físicamente había mejorado mucho desde sus días en la universidad: seguía estando demasiado delgado, pero sus hombros se habían ensanchado y su rostro moreno había perdido la expresión asustada del primer año. Secretamente era muy ordenado y extraordinariamente pulcro en el cuidado personal; sus amigos aseguraban no haberlo visto nunca despeinado. Tenía la nariz demasiado afilada y su

boca, desgraciadamente, era uno de esos termómetros del estado de ánimo, por lo que sus comisuras languidecían perceptiblemente en los momentos de tristeza, pero sus ojos azules resultaban muy atractivos, tanto si brillaba en ellos la inteligencia como si los mantenía medio cerrados, con expresión melancólica.

Aunque desprovisto de la simetría de rasgos esencial en el ideal ario de belleza, a Anthony se le consideraba bien parecido en algunos ambientes; además, su aspecto era muy saludable, con ese aire especial de disfrutar de buena salud que presta la belleza.

El apartamento impecable

Anthony tenía la impresión de que la Quinta y la Sexta avenidas eran los largueros de una gigantesca escalera de mano que se extendía desde Washington Square a Central Park. Subiendo hacia la calle Cincuenta y dos en la imperial de un autobús siempre tenía la sensación de estarse encaramando a fuerza de brazos por una serie de peligrosos peldaños, y cuando el autobús se detenía bruscamente en el suyo propio, descender los empinados escalones de metal hasta llegar a la acera le producía una sensación muy semejante al alivio.

Después, solo tenía que andar media manzana por la calle Cincuenta y dos y alcanzar un aburrido grupo de casas de cuatro pisos, para hallarse en un santiamén bajo los altos techos de su amplia sala de estar. Se trataba de una habitación totalmente satisfactoria. Al fin y al cabo, era allí donde empezaba la vida. En aquella casa Anthony dormía, desayunaba, leía y recibía a sus amigos.

La casa misma estaba hecha de materiales lóbregos y había sido edificada en los años noventa; en respuesta a la creciente demanda de apartamentos pequeños, cada piso había sido completamente reformado y se alquilaba por separado. De los cuatro apartamentos, el de Anthony, en el segundo piso, era el mejor.

La sala de estar era una hermosa habitación de techo muy alto y tres amplias ventanas con una agradable perspectiva sobre la calle Cincuenta y dos. La decoración evitaba sin dificultad el problema de la adscripción a un período determinado, así como la rigidez, la pomposidad, la excesiva desnudez o la decadencia. No olía ni a humo ni a incienso: era una estancia alta y débilmente azul. Había en ella un sofá muy ancho tapizado de suave cuero marrón sobre el que la somnolencia parecía flotar como una neblina. Contaba con un biombo chino de laca, consagrado fundamentalmente a pescadores y cazadores geométricos en negro y oro; esto creaba un nicho en un rincón para un voluminoso sillón escoltado por una lámpara de pie de color naranja. En lo más hondo de la chimenea un escudo acuartelado estaba

totalmente oscurecido por el fuego.

Atravesando el comedor, que poseía una magnificencia solo potencial, dado que Anthony únicamente tomaba en casa el desayuno, y después de recorrer un pasillo comparativamente largo, se llegaba al corazón y meollo del apartamento: el dormitorio y el cuarto de baño de Anthony.

Ambos eran inmensos. Bajo el techo del primero, incluso la gran cama con dosel parecía de tamaño normal. La exótica alfombra de terciopelo carmesí que cubría el suelo era tan suave como vellón bajo los pies descalzos de su dueño. El cuarto de baño, en contraste con el carácter un tanto sobrecogedor del dormitorio, era alegre, brillante, extraordinariamente acogedor e incluso levemente humorístico. De sus paredes colgaban las fotografías de cuatro celebradas bellezas teatrales del momento: Julia Sanderson, caracterizada como «La chica rayo-de-sol»; Ina Claire, como «La chica cuáquera», Billie Burke, como «La chica ten-cuidado-con-mi-maquillaje», y Hazel Dawn como «La dama en rosa». Entre Billie Burke y Hazel Dawn estaba colocado un grabado representando una gran extensión nevada presidida por un frío y formidable sol; esto último simbolizaba, según Anthony, la ducha fría.

La bañera, equipada con un ingenioso atril, era baja y muy grande. A su lado, en un armario ropero, se amontonaba suficiente ropa blanca para tres hombres, además de un regimiento de corbatas. Tampoco había allí una toalla vergonzosa con pretensiones de alfombra, sino una pieza magnífica, un milagro de suavidad semejante a la del dormitorio, que casi parecía dar masaje a los pies húmedos que salían del baño...

En conjunto, una habitación donde eran posibles todas las evocaciones; no costaba darse cuenta de que Anthony se vestía allí, de que conseguía allí los peinados perfectos que todos admiraban, y de que, en realidad, hacía allí todo menos comer y dormir. El joven Patch estaba convencido de que si se enamorara colgaría el retrato de la amada frente a la bañera, de forma que, envuelto en los tranquilizantes vapores del agua caliente, pudiera tumbarse, contemplarla y cavilar tibia y sensualmente sobre su belleza.

El héroe tampoco hila

De la limpieza del apartamento se ocupaba un criado inglés con el nombre — singularmente apropiado, casi teatralmente apropiado— de Bounds, cuya perfección técnica solo quedaba enturbiada por el hecho de usar cuello blando. Si Bounds hubiese pertenecido exclusivamente a Anthony, este defecto habría podido remediarse de forma expeditiva, pero era también el criado de otros dos caballeros de

la zona. Desde las ocho hasta las once de la mañana Bounds se consagraba únicamente a Anthony. Llegaba con el correo y preparaba el desayuno. A las nueve y media levantaba el borde de la manta de su señor y pronunciaba unas breves palabras; Anthony nunca las recordaba con claridad pero sospechaba que contenían más bien un mensaje de desaprobación; acto seguido, Bounds servía el desayuno en una mesa para jugar a las cartas en la sala de estar, hacía la cama y, después de preguntar con tono vagamente hostil si se le necesitaba para algo más, desaparecía.

Por las mañanas, al menos una vez a la semana, Anthony visitaba a su agente de bolsa. Sus ingresos quedaban algo por debajo de siete mil dólares al año, producidos por los intereses del dinero que había heredado de su madre. Su abuelo, que nunca había permitido que su propio hijo disfrutara de más independencia económica de la que le proporcionaba una generosa asignación, consideraba que aquella suma bastaba para cubrir las necesidades del joven Anthony. Todas las navidades le mandaba un bono de quinientos dólares que Anthony, si era posible, se apresuraba a vender, porque siempre andaba un poco apretado de dinero, aunque no demasiado.

Las visitas al agente de bolsa oscilaban entre las charlas de contenido semisocial a los análisis sobre la conveniencia de las inversiones al ocho por ciento, y Anthony siempre disfrutaba con ellas. El edificio del gran banco comercial parecía enlazarle de manera muy definida con las grandes fortunas cuya solidez tanto respetaba Anthony, asegurándole que se hallaba adecuadamente tutelado por la alta jerarquía de las finanzas. Aquellos hombres siempre apresurados le producían la misma sensación de seguridad que la contemplación del dinero de su abuelo, incluso más, porque este último daba vagamente la impresión de ser un préstamo, pagadero a la demanda, que el mundo había hecho a la rectitud moral de Adam Patch, mientras que el dinero de aquellas grandes empresas financieras parecía haber sido conseguido y retenido a base de pura fuerza indomable y tremendas proezas de la voluntad; además, parecía más definida y explícitamente... dinero.

A pesar de que Anthony iba siempre pisando los talones a sus ingresos, los consideraba suficientes para sus necesidades. Estaba claro que algún día dispondría de muchos millones; mientras tanto poseía una *raison d'être* en la teórica creación de ensayos sobre los papas del Renacimiento. Esto nos obliga a volver a la conversación mantenida con su abuelo inmediatamente después de su vuelta de Roma.

Anthony albergaba la esperanza de encontrar muerto al anciano, pero al telefonar desde el muelle descubrió que Adam Patch se hallaba de nuevo relativamente bien; al día siguiente, ocultando su desilusión, Anthony se trasladó a Tarrytown. A cinco millas de la estación su taxi se introdujo por una carretera privada perfectamente cuidada, que atravesaba un verdadero laberinto de vallas y alambradas para proteger la finca; la gente decía que esto era debido a que se tenía la seguridad de que si los socialistas se hacían con el poder, uno de los primeros hombres que asesinaran sería

el viejo Cross Patch.

Anthony llegó tarde, y el venerable filántropo lo esperaba en un solarío con paredes de cristal, donde hojeaba los periódicos de la mañana por segunda vez. Su secretario, Edward Shuttleworth — que antes de su regeneración había sido jugador, tabernero y réprobo en el sentido más general de la palabra—, lo hizo entrar en la habitación, mostrando a su redentor y benefactor como si estuviera exhibiendo un tesoro de valor incalculable.

Nieto y abuelo se estrecharon la mano solemnemente.

—Me alegro muchísimo de saber que está usted mejor —dijo Anthony.

El anciano, con aire de haber visto a su nieto la semana anterior, sacó el reloj de bolsillo.

—¿Traía retraso el tren? —preguntó apaciblemente.

Le irritaba que Anthony le hubiese hecho esperar. Se hacía la ilusión no solo de que en su juventud había resuelto todos sus asuntos de índole práctica con la más absoluta escrupulosidad, hasta el punto de no llegar nunca tarde a ninguna cita, sino de que ello había sido la causa directa y primaria de su éxito.

—Este mes ha llegado muchas veces con retraso —hizo notar, con tono de voz vagamente acusador; luego añadió, después de un largo suspiro—: Siéntate.

Anthony contempló a su abuelo con el tácito asombro que siempre le deparaba su presencia. Que aquel anciano débil y poco inteligente poseyera un poder tal que, a pesar de la oposición de los periódicos sensacionalistas, en White Plains no abundasen las almas que él no pudiera comprar, directa o indirectamente, parecía tan imposible de creer como que en otro tiempo hubiese sido un bebé sonrosado.

Los setenta y cinco años de su periplo vital habían actuado como un fuelle mágico: el primer cuarto de siglo lo había llenado de vida, mientras que el último había servido para desinflarlo por completo. Le había hundido las mejillas y el pecho, y disminuido el diámetro de brazos y piernas. Le había quitado, tiránicamente todos los dientes, uno a uno; le había suspendido los ojillos dentro de sacos de un color azulado oscuro; le había arrancado los cabellos, y, finalmente, había cambiado su color de gris a blanco en algunos sitios y de rosado a amarillo en otros, invirtiendo las tonalidades con la indiferencia de un niño que hace ensayos con su nueva caja de pinturas. Luego, a través del cuerpo y del alma le había atacado al cerebro, enviándole sudores nocturnos, lágrimas y sueños infundados, transformando un sólido equilibrio en credulidad y sospechas. Del basto material de su entusiasmo había cortado docenas de mansas pero petulantes obsesiones; de su antigua energía no quedaba más que el malhumor de un niño mimado, y su voluntad de poder se había convertido en un deseo tan pueril como ilusorio de instaurar en la tierra un reino de arpas y cánticos celestiales.

Después de un cauteloso intercambio de cortesías, Anthony comprendió que el

anciano esperaba de él un esbozo de sus intenciones para el futuro, y al mismo tiempo, un brillo fugaz en los ojos de su abuelo le previno del peligro que representaría dar a conocer, por el momento, su deseo de vivir permanentemente en el extranjero. Le hubiese gustado que Shuttleworth tuviera el tacto suficiente para abandonar la habitación —el joven Patch detestaba a Shuttleworth—, pero el secretario se había instalado calmosamente en una mecedora y con ojos descoloridos contemplaba, alternativamente, a los dos Patch.

—Ahora que estás aquí tendrías que hacer algo —dijo el anciano con voz suave—, llevar algo a cabo.

Anthony aguardó a que hablara de «dejar algo terminado cuando desaparezcas». Luego presentó una sugerencia:

—Mi idea... creo que quizá lo que mejor podría hacer sería escribir...

Adam Patch dio un respingo, imaginándose emparentado con un poeta de largos cabellos y tres amantes.

—... historia —concluyó Anthony.

—¿Historia? ¿Historia de qué? ¿De la guerra civil? ¿De la Revolución?

—Bueno... no, señor. Una historia de la Edad Media. —Simultáneamente nació en Anthony la idea de escribir una historia de los papas del Renacimiento, enfocándola desde algún ángulo nuevo. Sin embargo, se alegró de haber dicho «la Edad Media».

—¿La Edad Media? ¿Por qué no de tu propio país... de algo que conozcas?

—Bueno, verá usted, he vivido tanto tiempo en el extranjero...

—No entiendo por qué tendrías que escribir sobre la Edad Media. Solíamos llamarla la Edad del Oscurantismo. Nadie sabe lo que sucedió, y a nadie le importa, excepto que es una cosa pasada. —El anciano continuó hablando unos minutos sobre la inutilidad de semejante información, haciendo referencia, como es lógico, a la Inquisición en España y a la «corrupción de los monasterios». ¿Crees que en Nueva York podrás avanzar en tu trabajo, si es que realmente te propones trabajar? —continuó después, con un tono sarcástico tan suave que casi resultaba imperceptible.

—Sí, claro que pienso trabajar, abuelo.

—¿Cuándo crees que lo terminarás?

—Bueno, primero tendré que hacer un guión, ¿comprende?, y también tendré que leer mucho para documentarme.

—Hubiera jurado que ya habías dedicado suficiente tiempo a eso.

La conversación siguió avanzando a trompicones hacia una conclusión bastante abrupta: Anthony se puso en pie, miró el reloj y explicó que tenía una cita con su agente de bolsa. Había hecho el propósito de quedarse unos días con su abuelo, pero estaba cansado e irritado porque la travesía no había sido buena y se notaba muy poco dispuesto a dejarse intimidar, aunque fuera de aquella manera tan suave y santurrón.

Dijo que volvería al cabo de unos días.

Sin embargo, la idea de trabajar había aparecido de manera permanente en su vida gracias a este encuentro. Durante el año transcurrido desde entonces, Anthony estuvo preparando varias listas bibliográficas e incluso experimentó con títulos de capítulos y con la división de su obra en diferentes períodos, pero no existía aún una sola línea de texto ni parecía probable que llegara nunca a haberla. Anthony no hacía nada, y a despecho de la más acreditada lógica convencional, conseguía divertirse y disfrutar más de lo corriente.

Tarde

Era el mes de octubre de 1913, a mitad de una semana de agradables días, con la luz del sol holgazaneando en los cruces de las calles, y una languidez tal en el aire que la atmósfera parecía sobrecargada con el peso de fantasmales hojas desprendidas de los árboles. Era agradable sentarse indolentemente junto a la ventana abierta terminando un capítulo de Erehwon. Era agradable bostezar a eso de las cinco, arrojar el libro sobre una mesa, y avanzar canturreando por el corredor en dirección al baño.

A... ti... her-mo-sa dama,

Cantaba Anthony mientras abría el grifo.

Alzo... los ojos; por... ti... her-mo-sa da- a-ma gime... mi... corazón...

El joven Patch alzó la voz para competir con el ruido del chorro de agua que caía en la bañera, y, mientras miraba el retrato de Hazel Dawn, se colocó en el hombro un violín imaginario y lo acarició suavemente con un arco fantasmal. Sin separar los labios dejó escapar un zumbido que imaginaba vagamente similar al sonido de un violín. Al cabo de un momento sus manos abandonaron la pantomima musical para concentrarse en los botones de la camisa, que Anthony empezó a desabrochar. Una vez desnudo, y adoptando una postura atlética como la del hombre con piel de tigre en el anuncio, se contempló a sí mismo en el espejo con cierta satisfacción, abandonándola para introducir en la bañera un pie exploratorio. Luego de modificar la apertura de un grifo y de permitirse unos cuantos gruñidos preliminares, Anthony se deslizó dentro del agua.

Una vez acostumbrado a la temperatura del baño, se dejó invadir por un somnoliento bienestar. Cuando terminara de bañarse, se vestiría sin prisas y recorrería

a pie la Quinta Avenida hasta el Ritz, donde se había citado para cenar con dos de sus más asiduos acompañantes, Dick Caramel y Maury Noble. Maury y él irían después al teatro: Caramel, probablemente, se volvería a casa para trabajar en su libro, que debería terminar enseguida.

Anthony se alegraba de que él no tuviera que trabajar en su libro. La idea de sentarse a inventar no solo palabras con que vestir ideas, sino ideas dignas de ser vestidas... todo ello resultaba absolutamente ajeno a sus deseos.

Al salir del baño el joven Patch se frotó con la meticulosa atención de un limpiabotas. Luego pasó al dormitorio y, sin dejar de silbar una extraña e incierta melodía, fue de un lado para otro abrochando, ajustando, y disfrutando de la tibia caricia de la gruesa alfombra bajo sus pies descalzos.

Encendió un cigarrillo, arrojó el fósforo por la parte superior de la ventana, que estaba abierta, y luego se detuvo con el pitillo a dos pulgadas de la boca, también ligeramente entreabierta. Sus ojos se habían visto atraídos por una brillante mancha de color en la azotea de una casa, callejón abajo.

Se trataba de una muchacha con una bata roja— de seda, sin duda—, secándose el pelo con el calor del sol, todavía intenso en las últimas horas de la tarde. Su silbido murió en el aire cargado de la habitación; Anthony dio cautelosamente otro paso hacia la ventana con el repentino convencimiento de que se trataba de una mujer hermosa. Junto a ella, sobre el pretil de la azotea, descansaba un cojín del mismo color de su ropa, y la muchacha apoyaba en él los dos brazos, mientras contemplaba el soleado pati o donde Anthony oía jugar a los niños.

La estuvo mirando varios minutos. Algo se agitaba dentro del joven Patch, algo que el cálido olor de la tarde o la triunfante intensidad del rojo no bastaban para explicar. Anthony estaba convencido de que la muchacha era hermosa; luego, de repente, comprendió lo que sucedía: era la distancia a que se encontraba, no una singular y delicada distancia anímica, tan solo una distancia en yardas terrestres. El aire del otoño se extendía entre ellos, y también las azoteas y las voces borrosas. Sin embargo, durante un segundo que no llegaba a explicarse del todo, perversamente distendido en el tiempo, se había sentido más cercano a la adoración que el beso más apasionado de toda su vida.

Anthony terminó de vestirse, eligió una corbata negra de lazo, y la anudó cuidadosamente con la ayuda del espejo de tres cuerpos que había en el cuarto de baño. Luego, cediendo a un impulso repentino, entró deprisa en el dormitorio y volvió a mirar por la ventana. La mujer estaba ahora de pie; se había echado el pelo hacia atrás y Anthony pudo contemplarla de cuerpo entero. Era gorda, de más de treinta y cinco años y sin nada que la distinguiera. Chasqueando la lengua, el joven Patch regresó al cuarto de baño y volvió a hacerse la raya.

A... ti... her-mo-sa dama,
cantó, alegremente,
alzo..., los... ojos...

Con una última pasada de cepillo, que convirtió sus cabellos en el puro resplandor de una superficie iridiscente, Anthony abandonó el cuarto de baño y el apartamento y echó a andar Quinta Avenida abajo, camino del Ritz-Carlton.

Tres hombres

A las siete, cuando ya refresca, Anthony y su amigo Maury están sentados a la mesa en la terraza del Ritz. Maury Noble se parece, sobre todo, a un gato grande, cenceño e imponente. Incesantes y prolongados destellos transforman sus ojos semicerrados. Lleva el pelo muy liso y pegado al cuero cabelludo, como si se lo hubiera lamido una hipotética —y, en el caso de existir, hercúlea— madre gata. Durante los años de Anthony en Harvard se le consideraba como la figura más singular de su promoción, el más brillante, el más original: elegante, tranquilo; en suma, uno de los destinados a salvarse.

Este es el hombre que Anthony considera como su mejor amigo. El único, entre sus conocidos, al que admira, y al que también envidia en mayor medida de lo que le gusta reconocerse a sí mismo.

Ahora se alegran de verse: sus miradas están llenas de afecto, porque los dos experimentan la novedad de su reencuentro después de una breve separación. Cada uno se tranquiliza con la presencia del otro, sintiéndose poseedor de una nueva serenidad; a Maury Noble, detrás de ese rostro espléndido y absurdamente gatuno, no le falta más que ronronear. Y Anthony, siempre inquieto, nervioso como un fuego fatuo, recobra la calma.

Mantienen una de esas conversaciones de frases muy cortas a las que únicamente se entregan los hombres de menos de treinta años o los que se ven sometidos a fuertes tensiones.

ANTHONY. Las siete. ¿Dónde está Caramel? (*Con gesto impaciente*) Me gustaría que acabara de una vez esa interminable novela. He pasado más tiempo hambriento...

MAURY. Le ha encontrado un nuevo título. *El amante demoníaco...* No está mal, ¿eh?

ANTHONY. (*Interesado*) ¿El amante demoníaco? Mujer gimiendo... No... ¡no está mal! Nada mal en absoluto... ¿no te parece?

MAURY. Francamente bueno. ¿Qué hora me has dicho que era?

ANTHONY Las siete.

MAURY (*Cerrando más los ojos, pero no con desagrado, sino para expresar una débil censura*) Consiguió volverme loco el otro día.

ANTHONY. ¿Cómo?

MAURY. Esa costumbre suya de tomar notas.

ANTHONY. A mí también. Parece que la noche anterior yo había dicho algo que consideraba posible material, pero lo había olvidado... así que la tomó conmigo. Me decía: «¿Por qué no tratas de concentrarte?». Y yo le contestaba: «Me aburres mortalmente. ¿Cómo quieres que me acuerde?».

Maury ríe silenciosamente, mediante una suave y apreciativa distensión de sus rasgos faciales.

MAURY. En realidad, no es que Dick vea más que otras personas. Simplemente, es capaz de poner por escrito una mayor proporción de lo que ve.

ANTHONY. Ese talento suyo tan notable...

MAURY. Sí, desde luego. ¡Muy notable!

ANTHONY. Y energía... energía ambiciosa, bien orientada. Es tan entretenido... tan tremendamente estimulante y excitante. A menudo el estar con él tiene algo de sobrecogedor.

MAURY Sí, es cierto. (*Silencio, y después*)

ANTHONY. (*Con su rostro enjuto y en cierta manera dubitativo, expresando un máximo de convicción*) Pero no indomable energía. Algún día, pedazo a pedazo, saltará por los aires, y su notable talento saltará también, dejando tan solo un hombrecillo insignificante, irritable, egoísta y parlanchín.

MAURY (*Riendo*) Aquí estamos, asegurándonos mutuamente que el pequeño Dick profundiza en las cosas menos que nosotros. Y yo apostaría que él, a su vez, también se siente superior... la mente creativa sobre la mente puramente crítica y todo eso.

ANTHONY. Sí, claro. Pero está equivocado. Caramel tiende a dejarse llevar por un millón de estúpidos entusiasmos. Si no fuera porque está sumergido en el realismo y tiene por consiguiente que adoptar el ropaje del cínico, sería... sería tan crédulo como un líder religioso universitario. Es un idealista. Sí. Él cree que no porque rechaza el cristianismo. ¿Lo recuerdas en la universidad? Se tragaba los escritores enteros, uno tras otro, ideas, técnica y personajes, Chesterton, Shaw, Wells, cada uno con la misma facilidad que el anterior.

MAURY. (*Todavía considerando la última observación que ha hecho él mismo*) Sí que lo recuerdo.

ANTHONY. Es la verdad. Un congénito adorador de fetiches. Piensa en el arte...

MAURY. Vamos a pedir la cena. Llegará...

ANTHONY. Claro. Pidamos la cena. Le dije...

MAURY. Aquí llega. Fíjate... va a tropezar con ese camarero. (*Alza un dedo a*

manera de señal; lo alza como si fuera una suave y amistosa garra) Hola, Caramel.

UNA NUEVA VOZ. *(Con tono desafiante) Hola, Maury. Hola, Anthony Comstock Patch. ¿Qué tal está el nieto del viejo Adam? ¿Siguen asediándote las jovencitas de la buena sociedad?*

Richard Caramel es bajo y rubio: se quedará calvo a los treinta y cinco. Ojos amarillentos —uno de ellos alarmantemente diáfano y el otro opaco como un charco fangoso— y una frente tan abultada como la de un bebé de tebeo. Hay en él otros sitios que también sobresalen; su vientre sobresale proféticamente; sus palabras parecen salir hinchadas de su boca; hasta los bolsillos de su esmoquin también abultan más de la cuenta, como por simpatía, merced a una colección muy usada de horarios, programas y fragmentos varios de papel, donde Caramel toma notas con violentas torceduras de sus dispares ojos amarillos y gestos de silencio con la mano izquierda que permanece libre.

Cuando llega a la mesa, estrecha la mano de Anthony y de Maury. Es una de esas personas que siempre estrecha la mano de todo el mundo, incluso de personas que ha visto pocas horas antes.

ANTHONY. Hola, Caramel. Me alegro de que hayas llegado. Nos hacía falta un intermedio cómico.

MAURY. Llegas tarde. ¿Has estado echando carreras con el cartero alrededor de la manzana? Nos hemos dedicado a hacer trizas tu personalidad.

DICK. *(Examinando ansiosamente a Anthony con el ojo diáfano) ¿Qué habéis dicho? Cuéntamelo para que lo escriba. Esta tarde he suprimido tres mil palabras de la primera parte.*

MAURY. ¡Noble esteta! Mientras, yo me llenaba el estómago de alcohol.

DICK. No tengo la menor duda. Seguro que lleváis una hora aquí sentados, hablando de bebidas alcohólicas.

ANTHONY. Nosotros nunca perdemos el conocimiento, imberbe amigo mío.

MAURY. Nunca volvemos a casa con damas que hemos conocido mientras estamos achispados.

ANTHONY. En conjunto, nuestras fiestas se caracterizan por cierta altiva distinción.

DICK. ¡Vuestra estúpida distinción consiste en presumir de que bebéis como esponjas! Lo malo es que los dos pertenecéis a la Escuela del Viejo Caballero Inglés del siglo dieciocho. Beber en silencio hasta caerse debajo de la mesa. Nunca divirtiéndose. ¿Divertirse? No, no, eso no se hace en absoluto.

ANTHONY. Apostaría algo a que se trata de una cita del capítulo seis.

DICK. ¿Vais al teatro?

MAURY. Sí. Tenemos intención de pasar la velada meditando seriamente acerca de los problemas de la vida. La pieza se llama sucintamente La mujer. Imagino que

terminará pagando sus culpas.

ANTHONY. ¡Cielo santo! ¿Se trata de eso? Será mejor que volvamos a los *Follies*.

MAURY. Estoy cansado de esa revista. La he visto tres veces. (*Dirigiéndose a Dick*) La primera vez, salimos en el entreacto y encontramos un bar asombroso. Al regresar nos equivocamos de teatro.

ANTHONY. Mantuvimos una larga discusión con una joven pareja muy asustada; pensábamos que nos habían quitado el sitio.

DICK. (*Como hablando consigo mismo*) Creo... que cuando haya escrito otra novela, una obra de teatro, y quizá una colección de cuentos, intentaré hacer una comedia musical.

MAURY. Ya sé... las letras de las canciones serán tan intelectuales que nadie querrá escucharlas. Y todos los críticos gemirán y gruñirán acordándose de Gilbert y Sullivan. En cuanto a mí, seguiré resplandeciendo como una brillante figura sin sentido en un mundo ininteligible.

DICK. (*Pomposamente*) El arte carece de sentido.

MAURY. En sí mismo. Pero lo tiene por tratar de hacer la vida más inteligible.

ANTHONY. En otras palabras, Dick, actúas delante de un patio de butacas poblado de fantasmas.

MAURY. De todas formas, haz que sea bueno el espectáculo.

ANTHONY. (*Dirigiéndose a Maury*) Yo pienso, por el contrario, que si el mundo no tiene sentido, ¿para qué escribir? El intento mismo de darle una finalidad carece de ella.

DICK. Bueno, aun admitiendo todo eso, ten sentido práctico y concédele a un pobre hombre el instinto de vivir. ¿Querías que todo el mundo aceptara esos estúpidos sofismas?

ANTHONY. Sí, imagino que sí.

MAURY. ¡No, señor! Estoy convencido de que a todos los americanos (con la excepción de un millar de elegidos) se les debe forzar a que acepten un sistema de moralidad muy rígido: el de la Iglesia católica, por ejemplo. No me quejo de la moral convencional. Me quejo más bien de esos herejes mediocres que roban los hallazgos de mentes más refinadas y adoptan una pose de libertad moral a la que su inteligencia no les da derecho en absoluto.

La llegada de la sopa hace que se pierda para siempre lo que Maury hubiese podido decir a continuación.

Noche

Después de cenar visitaron a un revendedor y, pagando un considerable suplemento, consiguieron entradas para una nueva comedia titulada *High Jinks*. En el vestíbulo del teatro esperaron unos momentos para ver entrar a los habituales de las noches de estreno. Había capas elegantes adornadas con innumerables pieles y sedas de muchos colores; joyas que pendían de brazos, gargantas y sonrosadas orejas; innumerables reflejos en multitud de sombreros de copa; zapatos de oro y bronce, rojo y charol; altos y complicados peinados femeninos y bruñidas calas de hombres muy cuidadosos de su apariencia... pero, sobre todo, el flujo y reflujo, los parloteos y las risitas, la espuma y el efecto como de lento oleaje de aquel jubiloso mar de personas a medida que su torrente deslumbrante se incorporaba al lago artificial de risas...

Después de la representación se separaron: Maury iba a un baile en Sherry's, Anthony camino de casa para acostarse.

El joven Patch avanzó lentamente a empellones entre las masas nocturnas que llenaban Times Square, extrañamente hermosa, brillante e íntima con la animación de los grandes anuncios luminosos. Los rostros se arremolinaban alrededor de Anthony en un calidoscopio de muchachas feas, tan feas como un pecado: demasiado gordas, demasiado delgadas, y, sin embargo, flotando sobre el aire del otoño como si la atmósfera nocturna estuviera formada por sus tibias y apasionadas respiraciones. Allí, a pesar de toda su vulgaridad, se convertían en algo vaga y sutilmente misterioso. El joven Patch inhalaba cuidadosamente, introduciendo en sus pulmones perfumes y el aroma nada desagradable de muchos cigarrillos. Se tropezó con la mirada de una joven belleza morena, a solas en el interior de un taxi cerrado. Sus ojos a media luz hacían pensar en noche y violetas, y por un momento la casi olvidada y remota visión de aquella tarde le turbó de nuevo.

Dos jóvenes judíos pasaron junto a él, hablando en voz muy alta y estirando el cuello aquí y allá para lanzar fatuas miradas desdeñosas. Llevaban los trajes exageradamente ceñidos, que ya por entonces estaban casi pasados de moda; el cuello de pajarita no lograba cubrirles la nuez; y sus polainas grises hacían juego con los guantes del mismo color, sostenidos por la mano que empuñaba el bastón.

Anthony se cruzó después con una desconcertada anciana, transportada —como una cesta de huevos— entre dos hombres que le lanzaban exclamaciones sobre las maravillas de Times Square, explicándoselas tan deprisa que la anciana, tratando de mostrarse imparcialmente interesada, movía la cabeza de un lado a otro como si fuera una peladura de naranja agitada por el viento. El joven Patch oyó un retazo de su conversación:

—¡Ahí tienes el Astor, mamá!

—¡Mira! El anuncio luminoso con la carrera de cuadrigas...

—Ahí es donde hemos estado hoy. No, ¡allí!

—¡Cielo santo...!

—Si te preocupas demasiado, te quedarás tan delgada como una moneda de diez centavos. —Anthony reconoció, mientras brotaba, estridente, de una de las parejas con las que se codeaba, la ocurrencia más popular del año.

—Y yo le dije, digo...

El suave apresurarse de los taxis que pasaban a su lado, y risas, risas tan ásperas como graznidos de cuervos, incesantes y muy fuertes, con el retumbar del metro por debajo; y, sobre todo, el girar de las luces, el aumento y disminución de las luces; luces dividiéndose como perlas; apareciendo y reapareciendo en barras y círculos luminosos y figuras monstruosamente grotescas, que se destacaban asombrosamente contra el cielo.

Anthony se dirigió aliviado hacia el silencio que soplaban como un viento oscuro desde una calle secundaria; cruzó junto a un restaurante-asador en cuyo escaparate una docena de pollos daban vueltas y más vueltas sobre un espetón automático. Por la puerta salía un olor caliente, pastoso y sonrosado. A continuación un drugstore, con olor a medicinas, gaseosa derramada y un perfume más débil y agradable de los artículos de perfumería; luego una lavandería china, abierta aún, sofocante y llena de vapor de agua, con olor a dobleces y también vagamente a amarillo. Todas estas cosas le deprimieron; al llegar a la Sexta Avenida se detuvo en el estanco de la esquina y salió de allí sintiéndose mejor: era un local agradable, la humanidad en medio de una niebla azul marino, comprando un artículo de lujo...

Ya en su apartamento fumó un último cigarrillo, sentado a oscuras junto a la ventana abierta de la sala de estar. Por primera vez en más de un año se encontró disfrutando plenamente de Nueva York. Había en ella una extraña intensidad, sin duda; algo que más bien hacía pensar en el sur. Pero era también una ciudad donde uno se sentía solitario. Anthony, que había crecido solo, había aprendido recientemente a evitar la soledad. Durante los últimos meses había tenido buen cuidado — cuando carecía de compromisos para la noche— de ir corriendo a alguno de los clubes de los que era socio para encontrar a alguien que le hiciese compañía. La soledad en Nueva York era una realidad palpable...

Su cigarrillo —cuyo humo envolvía los finos pliegues de la cortina en una suave neblina blanca— siguió brillando hasta que el reloj de St. Anne, calle abajo, dio la una, con campanadas de quejumbrosa belleza. El ferrocarril elevado, media manzana más allá, también rompió el silencio con un redoblar de tambores: si se asomara a la ventana, podría ver el tren como un águila enojada, doblando la esquina envuelto en la oscuridad. Anthony se acordó de una novela fantástica, recientemente leída, en la que se bombardeaba a las ciudades desde trenes aéreos, y por un momento se imaginó que Washington Square había declarado la guerra a Central Park y que aquel ruido era una amenaza en dirección norte, cargada de destrucción y muerte repentina. Pero al pasar el tren la ilusión se desvaneció; el ruido disminuyó hasta convertirse en el

más suave de los redobles y finalmente en el aleteo de un águila que se perdía a lo lejos.

Seguían oyéndose campanas y el sonido continuo y entremezclado de las bocinas de los coches en la Quinta Avenida, pero la calle de Anthony estaba en silencio y él a salvo de todas las amenazas de la vida, porque contaba con su puerta y el largo corredor y su dormitorio guardián... ¡a salvo, a salvo! El arco voltaico que iluminaba su ventana parecía ser la luna en aquel momento, aunque una luna más brillante y más hermosa que la verdad.

Una escena retrospectiva en el Paraíso

La Belleza, que nace de nuevo cada cien años, se hallaba sentada en una especie de sala de espera al aire libre, atravesada por ráfagas de viento blanco y de cuando en cuando por una estrella presurosa y sin aliento. Las estrellas al pasar le hacían guiños como de viejas conocidas, y los vientos agitaban incesantemente sus cabellos con mucha suavidad. Se trataba de un ser incomprensible, porque, en ella, alma y espíritu eran una sola cosa: la belleza de su cuerpo era la esencia de su alma, logrando esa unidad buscada por los filósofos durante muchos siglos. En esta sala de espera, hecha de vientos y estrellas, llevaba esperando cien años, sumida en la paz que le proporcionaba su propia contemplación.

Supo finalmente que volvería a nacer. Suspirando, entabló una larga conversación con una voz que surgía del viento blanco, una conversación que duró muchas horas y de la cual solo puedo dar aquí un fragmento.

LA BELLEZA. *(Moviendo apenas los labios, y los ojos, como siempre, vueltos hacia sí misma)* ¿Adónde tendré que trasladarme esta vez?

LA VOZ. A un nuevo país... una tierra que no has visto nunca.

LA BELLEZA. *(Con petulancia)* No me gusta nada tener que irrumpir en esas nuevas civilizaciones. ¿Cuánto tiempo me quedará esta vez?

LA VOZ. Quince años.

LA BELLEZA. ¿Y cómo se llama ese sitio?

LA VOZ. Es la tierra más opulenta y espléndida que hay en el mundo: una tierra donde los sabios son solo un poco más sabios que los estúpidos; una tierra donde los gobernantes tienen la inteligencia de un niño pequeño y los legisladores creen en Santa Claus; donde mujeres feas controlan a hombres fuertes...

LA BELLEZA. *(Llena de asombro)* ¿Qué?

LA VOZ. *(Muy deprimida)* Sí, un espectáculo realmente triste, a decir verdad. Mujeres sin barbilla y con narices deformes caminan a plena luz diciendo «¡Haz

esto!» y «¡Haz aquello!», y todos los hombres, incluso los que tienen grandes fortunas, obedecen implícitamente a esas mujeres a las que denominan sonoramente «Mistress Fulano de tal» o «la esposa».

LA BELLEZA. Pero ¡eso no puede ser verdad! Comprendo, por supuesto, que obedezcan a mujeres con encanto... pero ¿a mujeres gordas?, ¿a mujeres huesudas?, ¿a mujeres de mejillas chupadas?

LA VOZ. También a esas.

LA BELLEZA. ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué posibilidades tendré?

LA VOZ. Será «duro de pelar», si se me permite usar la frase.

LA BELLEZA. (*Después de una pausa, expresión de su descontento*) ¿Por qué no a las tierras antiguas, la tierra de las uvas y de los hombres con voz dulce, o la de los barcos y los mares?

LA VOZ. Se espera que estén muy ocupadas en breve plazo.

LA BELLEZA. ¡Ah!

LA VOZ. Tu vida sobre la tierra será, como siempre, el intervalo entre dos miradas significativas en un espejo mundano.

LA BELLEZA. ¿Qué voy a ser? Dímelo.

LA VOZ. Al principio se pensó que esta vez te presentarías como actriz de cine, pero no es aconsejable, después de todo. Durante esos quince años estarás disfrazada de lo que se llama una «chica de la sociedad».

LA BELLEZA. ¿Qué es eso?

El viento produce un nuevo sonido que debemos interpretar como el que hace la voz al rascarse la cabeza.

LA VOZ. (*Al cabo de un rato*) Es una especie de aristócrata de pacotilla.

LA BELLEZA. ¿Pacotilla? ¿Qué es pacotilla?

LA VOZ. También eso lo descubrirás en ese nuevo país. Te encontrarás con muchas cosas que son de pacotilla. Y tú misma harás muchas cosas así.

LA BELLEZA. (*Plácidamente*) Todo eso suena muy vulgar.

LA VOZ. Ni la mitad de lo que es realmente. Durante esos quince años se te conocerá como una chica *ragtime*, como una *flapper*, como una *jazz-baby* y como una *baby-vamp*. Bailarás ritmos nuevos con la misma gracia con que bailabas los antiguos.

LA BELLEZA. (*Hablando en un susurro*) ¿Se me pagará?

LA VOZ. Sí, como de costumbre... en amor.

LA BELLEZA. (*Con una leve risa que solo turba momentáneamente la inmovilidad de sus labios*) ¿Y me gustará que me llamen *jazz-baby*?

LA VOZ. (*Serenamente*) Te encantará...

El diálogo termina aquí, mientras La Belleza sigue tranquilamente sentada, las estrellas hacen pausas de éxtasis admirativo, y el viento, blanco e impetuoso, le agita

el cabello.

Todo esto tuvo lugar siete años antes de que Anthony se sentara junto a la ventana de su apartamento y escuchase las campanas de St. Anne.

2. Retrato de una sirena

LOS primeros fríos tonificantes descendieron sobre Nueva York treinta días más tarde, trayendo consigo el mes de noviembre los tres partidos de fútbol americano más importantes del año y un gran rebullir de pieles a todo lo largo de la Quinta Avenida. También trajeron a la ciudad un ambiente de tensión y de agitación que todos trataban de ocultar. Todas las mañanas aparecían varias invitaciones en el correo de Anthony. Tres docenas de virtuosas doncellas de la capa social más alta proclamaban, si no su deseo, sí al menos su idoneidad, para dar hijos a tres docenas de millonarios. Cinco docenas de virtuosas doncellas de la segunda capa social proclamaban no solo su idoneidad, sino además un tremendo e impávido deseo de conseguir las mismas tres docenas de jóvenes, quienes, por supuesto, estaban invitados a cada una de las noventa y seis fiestas, al igual que el grupo de amigos de la familia, conocidos, universitarios y otros jóvenes deseosos de abrirse camino que se congregaban alrededor de cada una de las señoritas en cuestión. A continuación había una tercera capa de los alrededores de la ciudad, desde Newark y las afueras de Jersey hasta el frío Connecticut y los barrios de Long Island de menor prestigio; y aún era posible seguir bajando capas hasta llegar a los zapatos de la ciudad: muchachas judías que se incorporaban a una sociedad de hombres y mujeres de su misma raza, desde Riverside hasta el Bronx, y que soñaban con un joven y prometedor cambista o un joyero, y una boda de acuerdo con todas las reglas del ritual judío; muchachas irlandesas que lanzaban miradas —con el beneplácito ya de familia e Iglesia— hacia una sociedad de jóvenes políticos municipales, piadosos empresarios de pompas fúnebres y antiguos monaguillos.

Como es lógico, toda la ciudad respiraba también el aire contagioso de la rentrée; las chicas de la clase trabajadora, pobrecillas, que envolvían pastillas de jabón en las fábricas o probaban ropa elegante en los grandes almacenes, soñaban que quizá en la tremenda agitación de aquel invierno podrían conseguir para sí mismas el codiciado varón (de la misma manera que entre el confuso gentío de una verbena el ratero inexperto piensa quizá que son mayores sus posibilidades). Las chimeneas comenzaron a echar humo, y la fetidez del metro se hizo menos agresiva. Las actrices

salieron a los escenarios interpretando nuevas obras, los editores dieron a la luz nuevos libros y los Castles popularizaron nuevos bailes. Y los ferrocarriles distribuyeron nuevos horarios que contenían nuevos errores, distintos de los antiguos, a los que los usuarios ya estaban acostumbrados...

¡La ciudad entera salía a la luz!

Anthony, andando una tarde por la calle Cuarenta y dos bajo un cielo gris acerado, se encontró inesperadamente con Richard Caramel, que salía de la peluquería del hotel Manhattan. Hacía frío, era el primer día que hacía frío de verdad, y Caramel llevaba uno de esos chaquetones hasta la rodilla, forrados de piel de oveja, que los trabajadores del Medio Oeste han usado desde tiempo inmemorial y que empezaban por entonces a estar de moda. Su sombrero de fieltro era de un discreto color marrón oscuro y desde debajo de él su ojo transparente fulguraba como un topacio. Caramel detuvo a Anthony lleno de entusiasmo, palmeándole los brazos más por un deseo de calentarse que de mostrarse festivo, y, después del inevitable apretón de manos, prorrumpió en una catarata de sonidos.

—Hace un frío de mil demonios... Santo cielo, he estado trabajando como una fiera todo el día hasta que mi habitación se ha enfriado tanto que estaba seguro de que iba a coger una pulmonía. Mi maldita patrona, que se dedica a economizar carbón, solo subió después de pasarme media hora en la escalera llamándola a gritos. Y enseguida se lanzó a explicarme por qué y todo lo demás. ¡Dios santo! Primero me volvió loco, luego empecé a pensar que era un posible personaje, y tomé notas mientras hablaba... de forma que no pudiera verme, ya sabes, como si estuviera escribiendo distraídamente...

Dick había cogido a Anthony por el brazo y lo hacía avanzar a buen paso por Madison Avenue.

—¿Adónde vamos?

—A ningún sitio en particular.

—Entonces, ¿para qué andar? —preguntó Anthony.

Se detuvieron, mirándose el uno al otro, y el joven Patch se preguntó si el frío daría a su cara un aspecto tan repelente como a Dick Caramel, cuya nariz se había vuelto carmesí, azul la frente voluminosa, y en cuyos desiguales ojos amarillos habían aparecido unos bordes rojizos y acuosos. Al cabo de un momento reanudaron la marcha.

—Estoy contento de cómo avanza mi novela. —Dick miraba y hablaba en dirección a la acera, poniendo mucho énfasis en sus palabras—. Pero tengo que salir de cuando en cuando. —Miró de reojo a Anthony como disculpándose como si estuviese necesitado de que lo animaran—. Tengo que hablar. Imagino que muy pocas personas llegan nunca a pensar de verdad, quiero decir a sentarse y meditar y tener ideas una detrás de otra. Yo pienso escribiendo o conversando. Hace falta tener

un punto de arranque, por así decirlo, algo que defender o refutar... ¿no te parece?

Anthony dejó escapar un gruñido y retiró suavemente el brazo.

—No me importa llevarte, Dick, pero con ese chaquetón...

—Quiero decir —continuó Richard Caramel con mucha gravedad— que sobre el papel tu primer párrafo contiene la idea que vas a rechazar o ampliar. Al hablar con otra persona consigues una última formulación, pero cuando simplemente te dedicas a meditar, entonces tus ideas se suceden unas a otras como las imágenes de una linterna mágica y las nuevas expulsan a las anteriores.

Cruzaron la calle Cuarenta y cinco y disminuyeron ligeramente de velocidad. Ambos encendieron un pitillo y lanzaron al aire tremendas nubes de humo y de aliento congelado.

—¿Por qué no vamos andando hasta el hotel Plaza y nos tomamos un ponche? —sugirió Anthony—. Te sentaría bien. El aire fresco expulsará toda la nicotina que tienes en los pulmones. Vamos, te dejaré hablar de tu libro durante el camino.

—No, si te aburres. Quiero decir que no tienes que hacerlo como un favor. —Las palabras salieron precipitadamente de su boca, y aunque procuró mantener una expresión indiferente, la incertidumbre le hizo torcer la cara.

Anthony se sintió obligado a protestar:

—¿Aburrirme? ¡Claro que no!

—Tengo una prima... —empezó Dick, pero Anthony le interrumpió extendiendo los brazos y dejando escapar un débil grito exultante.

—¡Hermoso tiempo! —exclamó—, ¿no es cierto? Hace que me sienta como si tuviera diez años. Quiero decir que hace que me sienta como debería de haberme sentido cuando tenía diez años. ¡Devastador! ¡Dios santo! Un minuto el mundo es mío y al minuto siguiente soy el bufón del mundo. Hoy el mundo es mío y todo es fácil, muy fácil. ¡Hasta la Nada resulta fácil! —Tengo una prima en el Plaza. Una chica fuera de lo corriente. Podemos subir para que la conozcas. Pasa aquí el invierno (lo viene haciendo últimamente, por lo menos) con su madre y su padre.

—No sabía que tuvieras primos en Nueva York.

—Se llama Gloria. Es de mi ciudad... Kansas City. Su madre es una bilfista practicante, y su padre una persona más bien aburrida pero, eso sí, un perfecto caballero.

—¿Qué son? ¿Material literario?

—Tratan de serlo. Lo único que hace el viejo es decirme que acaba de conocer a un personaje estupendo para una novela. Luego me habla de algún estúpido amigo suyo y añade: «¡Ahí tienes un personaje! ¿Por qué no lo utilizas? Todo el mundo se interesaría por él». O bien me cuenta cosas sobre Japón o París, o algún otro sitio igual de conocido, y comenta: «¿Por qué no escribes una historia sobre ese sitio? ¡Sería un magnífico escenario para una novela!».

—¿Qué me dices de la chica? —preguntó Anthony con aire indiferente—. Gloria... Gloria ¿qué?

—Gilbert. Seguro que has oído hablar de ella... Gloria Gilbert. Va a los bailes universitarios... ese tipo de cosas.

—He oído su nombre.

—Guapa... extraordinariamente atractiva, si quieres que te diga la verdad.

Habían llegado a la calle Cincuenta y torcieron en dirección a la avenida.

—Por regla general no me interesan las jovencitas —dijo Anthony, frunciendo el entrecejo.

Esta afirmación no era del todo exacta. Si bien le parecía que la mayoría de las jovencitas de la buena sociedad empleaban cada hora del día pensando y hablando sobre lo que el gran mundo les tenía preparado para la hora siguiente, cualquier chica que se ganaba la vida sin otro recurso que su belleza le interesaba extraordinariamente.

—Gloria es muy simpática... tiene la cabeza de chorlito.

Anthony rio dejando escapar un breve bufido.

—¿Quieres decir con eso que no está al tanto de la jerga literaria?

—No, no es eso lo que quiero decir.

—Dick, todos sabemos lo que consideras inteligencia tratándose de una chica. Muchachas muy serias que se sientan contigo en un rincón y hablan seriamente sobre la vida. El tipo de chica que a los dieciséis años discutía con rostro solemne sobre si besarse estaba bien o mal... y si era inmoral que los estudiantes bebieran cerveza en el primer año de universidad.

Richard Caramel se sintió ofendido. Su ceño adquirió tantos pliegues como un papel arrugado.

—No... —empezó, pero Anthony le interrumpió sin piedad.

—Ya lo creo que sí; el tipo de chica que en el momento presente se sienta en un rincón y cambia impresiones sobre el último Dante escandinavo que ha sido traducido al inglés.

Dick se volvió hacia él, y toda su fisonomía revelaba un curioso desmoronamiento. Su pregunta fue casi una súplica.

—¿Qué os pasa a Maury y a ti? Habláis a veces como si yo fuera una especie de ser inferior.

Anthony se desconcertó, pero tenía frío y se sentía un poco incómodo, de manera que se refugió en el ataque.

—Creo que en tu caso el cerebro carece de importancia, Dick.

—¡Claro que tiene importancia! —replicó Caramel enfadado—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué no tiene importancia?

—Podrías saber más cosas de las que convienen a tu pluma.

—Eso es imposible.

—Me resulta fácil imaginar —insistió Anthony— un hombre que sepa más cosas de las que su talento es capaz de expresar. Como yo. Supón, por ejemplo, que tuviera más sabiduría que tú, y menos talento. Eso tendería a hacer de mí una persona incapaz de expresarse. Tú, por el contrario, tienes suficiente agua para llenar el cubo y un cubo lo suficientemente grande para que quepa el agua.

—No te sigo en absoluto —se lamentó Dick, con tono abatido.

Infinitamente desalentado, dio la impresión de hincharse en protesta. Mientras miraba fijamente a Anthony fue tropezando con una sucesión de peatones que se lo reprocharon con furiosas miradas, llenas de resentimiento.

—Quiero decir simplemente que un talento como el de Wells podría impulsar la inteligencia de un Spencer. Pero un talento inferior solo podría resultar elegante si tuviera que alimentar ideas inferiores. Cuanto más limitadamente se ve una cosa, tanto más ameno se puede ser acerca de ella.

Dick se puso a reflexionar, incapaz de decidir el grado exacto de intención crítica que contenían las observaciones de Anthony. Pero el joven Patch, con la facilidad que con tanta frecuencia parecía manar de él, siguió hablando, los ojos negros brillando en su rostro enjuto, alzada la barbilla, y con ella la voz y toda su realidad corporal:

—Digamos que soy orgulloso y sano y sabio; un ateniense entre los griegos. Bien; cabe que fracase donde un hombre con menos cualidades triunfaría. Esa otra persona podría imitar, adornar, mostrarse entusiasta, ser esperanzadoramente constructivo. Pero mi yo hipotético tendría demasiado orgullo para imitar, sería demasiado equilibrado para mostrarse entusiasta, demasiado refinado para aceptar utopías y demasiado clásico para adornar.

—Entonces, ¿no crees que el artista trabaje a partir de su inteligencia?

—No. Se limita a mejorar, si puede, lo que imita en el terreno del estilo, eligiendo, a partir de su propia interpretación de las cosas que se hallan a su alrededor, lo que constituye su material. Pero a fin de cuentas todo escritor escribe porque es su manera de vivir. ¿No irás a decirme que te gusta eso de la «Función divina del Artista»?

—Ni siquiera estoy acostumbrado a hablar de mí mismo como artista.

—Dick —dijo Anthony, cambiando de tono—, quiero pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por toda esa parrafada, lo siento sinceramente. Lo he hecho para causar efecto.

Ablandado hasta cierto punto, Dick replicó:

—Yo he dicho muchas veces que en realidad eras una persona inculta.

Anochecía y el frío era más intenso cuando entraron bajo la blanca fachada del Plaza y saborearon lentamente la espuma y la amarilla densidad del ponche de huevo. Anthony contempló a su acompañante. La nariz y la frente de Richard Caramel iban

aproximándose lentamente a una pigmentación uniforme; el rojo abandonaba una y el azul se retiraba de la otra. Observándose en un espejo, Anthony se alegró al descubrir que su piel no había perdido la coloración natural. Por el contrario, un suave rubor encendía sus mejillas; se imaginó que nunca había tenido tan buen aspecto.

—Yo ya tengo bastante —dijo Dick, con tono de atleta que está entrenándose—. Quiero subir y ver a los Gilbert. ¿Vienes conmigo?

—Sí, claro. Si no me abandonas con los padres y te vas a un rincón con Dora.

—Dora no, Gloria.

Un recepcionista los anunció por teléfono y, subiendo al décimo piso, siguieron un corredor serpenteante y llamaron al 1088. Una señora de mediana edad les abrió la puerta: mistress Gilbert en persona.

—¿Cómo están ustedes? —Hablaban el convencional lenguaje americano de las señoras de buena posición social—. Vaya, ¡cuánto me alegro de verte...!

Apresuradas interjecciones de Dick, y a continuación:

—¿Mr. Patch? Bueno, pasen y dejen ahí sus abrigos. —Señaló una silla y luego cambió la modulación de su voz hasta convertirla en una risa como de disculpa, llena de diminutos jadeos—. Esto es realmente encantador, maravilloso. ¡Hacía tanto tiempo que no venías por aquí, Richard...! ¡No! ¡No! —Estos últimos monosílabos servían en parte como respuesta y en parte como punto final a algunos imprecisos intentos de hablar por parte de Dick—. Bueno, siéntense, por favor, y tú cuéntame lo que has estado haciendo.

Uno cruzaba y recruzaba las piernas; uno se erguía y se inclinaba con la mayor suavidad posible; uno sonreía una y otra vez con expresión inevitablemente estúpida; uno se preguntaba si mistress Gilbert llegaría alguna vez a sentarse... y por fin uno se deslizaba lleno de agradecimiento en una silla y se acomodaba para una agradable visita.

—Imagino que no venías porque estabas ocupado... tanto como cualquier otra cosa —sonrió mistress Gilbert de manera bastante ambigua. El «tanto como cualquier otra cosa» lo utilizaba para equilibrar las frases que le quedaban cojas. Tenía otras dos expresiones más: «por lo menos, así es como yo lo veo» y «pura y simplemente»; las tres, alternándose, daban a sus observaciones el aire de ser reflexiones de carácter general sobre la vida, como si mistress Gilbert hubiese examinado todas las causas, para, finalmente, poner el dedo en la última.

Anthony observó que el rostro de Richard Caramel había vuelto a la más absoluta normalidad. La frente y las mejillas tenían color de carne y la nariz había recobrado su conveniente anonimato. Dick contemplaba a su tía con el ojo de color amarillo brillante, prestándole la intensa y más bien exagerada atención que los jóvenes suelen consagrar a todas las mujeres carentes de cualquier otro valor adicional.

—¿Usted también es escritor, Mr. Patch...? Bueno, quizá la fama de Richard sea

suficiente para todos. —Suaves risas, dirigidas por mistress Gilbert—. Gloria ha salido —añadió su madre con aire de sentar un axioma del que procedería inmediatamente a derivar consecuencias—. Está bailando en algún sitio. Gloria sale, y sale y sale. Yo le digo que no entiendo cómo lo aguanta. Baila toda la tarde y toda la noche, y llega a hacerme pensar que se desgastará y se convertirá en una sombra. Su padre está muy preocupado.

Sonrió mirando sucesivamente a uno y otro. Los dos jóvenes sonrieron a su vez.

Mistress Gilbert se componía, percibió Anthony, de una sucesión de semicírculos y parábolas, como esas figuras que las personas habilidosas hacen con la máquina de escribir: cabeza, brazos, caderas, muslos y tobillos constituían una desconcertante hilera de curvas sucesivas. No se le podían hacer reproches en cuanto a limpieza y arreglo personal; sus cabellos eran de un intenso color gris, artificialmente conseguido; su ancho rostro, que albergaba unos ojos de color azul deslucido, estaba adornado por la sombra casi imperceptible de un bigote blanco.

—Siempre digo —exclamó, volviéndose a Anthony— que Richard tiene un alma muy antigua.

Durante la tensa pausa que se produjo después de aquella observación, Anthony consideró la posibilidad de hacer un comentario ingenioso... algo sobre lo mucho que Dick se había visto pisoteado.

—Todos tenemos almas de diferentes edades —continuó mistress Gilbert con expresión radiante—; por lo menos eso es lo que yo digo.

—Quizá sea así —asintió Anthony con aire de sentirse estimulado por una idea esperanzadora. La voz de la anfitriona siguió adelante, llena de efervescencia:

—Gloria tiene un alma muy joven... irresponsable tanto como cualquier otra cosa. Carece del sentido de la responsabilidad.

—Gloria es una criatura radiante, tía Catherine —dijo Richard afablemente—. El sentido de la responsabilidad la echaría a perder. Es demasiado bonita.

—Bueno —confesó mistress Gilbert—; todo lo que yo sé es que sale, y sale y sale...

El número total de salidas en descrédito de Gloria quedó ahogado por el ruido de la puerta al abrirse y dar paso a Mr. Gilbert.

Mr. Gilbert era un hombre de corta estatura con un bigote que descansaba como una nubecilla blanca bajo una nariz que nada tenía de especial. El padre de Gloria había llegado a una etapa en que su valor como criatura social era totalmente negativo. Sus ideas eran las mentiras que habían gozado de popularidad veinte años antes; su mente trataba de mantener una vacilante y anémica trayectoria siguiendo la estela marcada por los editoriales de los diarios. Después de terminar sus estudios en una pequeña pero aterradora universidad del oeste, había entrado en el negocio del celuloide, y como esta ocupación requería tan solo la minúscula dosis de inteligencia

que él aportaba, cumplió satisfactoriamente en ella durante varios años... de hecho hasta 1911 aproximadamente, cuando empezó a ceder contratos a cambio de vagos acuerdos con la industria cinematográfica. Hacia 1912 la industria cinematográfica había decidido tragárselo, y en aquel momento lo mantenía, por así decirlo, en precario equilibrio sobre la lengua. Mientras tanto, Mr. Gilbert era el inspector gerente de la Compañía Asociada de Materiales Cinematográficos del Medio Oeste, y pasaba seis meses al año en Nueva York y el resto en Kansas City y en San Luis. Estaba crédulamente convencido de que su situación profesional iba a mejorar de un momento a otro, y lo mismo pensaban su mujer y su hija.

Mr. Gilbert no aprobaba el comportamiento de Gloria: su hija volvía tarde a casa, no comía nunca a las horas establecidas, andaba siempre metida en líos; en una ocasión había conseguido irritarla y Gloria utilizó contra él expresiones que Mr. Gilbert no creía que formaran parte de su vocabulario. Con su mujer las cosas eran más fáciles. Después de quince años de incesante guerra de guerrillas había logrado conquistarla; se trataba de una guerra entre el alocado optimismo de una y la estupidez organizada de otro, y en la victoria final había tenido mucha importancia el número de síes con que Mr. Gilbert conseguía envenenar cualquier conversación.

—Sí, sí, sí, sí —decía—, sí, sí, sí, sí. Vamos a ver. Eso fue el verano de... vamos a ver... noventa y uno o noventa y dos... Sí, sí, sí, sí...

Quince años de síes habían vencido a mistress Gilbert. Quince años más de aquellas incesantes partículas afirmativas que nada afirmaban, acompañadas del perpetuo sacudir de la ceniza de treinta y dos mil cigarros puros habían acabado con ella. A aquel marido suyo mistress Gilbert le hacía la última concesión de la vida conyugal, que es más completa y más irrevocable que la primera, y que consistía en escucharle. Ella se decía a sí misma que los años la habían hecho tolerante: en realidad habían asesinado su parte alícuota de coraje moral.

Mistress Gilbert procedió a presentar a Anthony a su marido.

—Este es Mr. Patch —dijo.

El joven y el hombre de edad se dieron la mano; la de Mr. Gilbert era blanda, como si se hubiera desgastado hasta adquirir la pulposa apariencia de un pomelo exprimido. A continuación marido y mujer se saludaron: él le dijo que hacía frío en la calle; había ido andando hasta un quiosco de la calle Cuarenta y cuatro para comprar un periódico de Kansas City. Su intención era regresar en el autobús, pero había descubierto que hacía demasiado frío, sí, sí, sí, sí, demasiado frío.

Mistress Gilbert añadió sabor a la aventura manifestándose impresionada por la audacia de su marido al enfrentarse con aquel aire tan áspero.

—¡Vaya, eres muy valiente! —exclamó admirativamente—. Realmente valiente. Yo no hubiese salido por nada del mundo.

Mr. Gilbert, con auténtica indiferencia masculina, ignoró el temor reverente que

había despertado en su esposa. Volviéndose hacia los dos jóvenes los encaminó triunfalmente hacia el tema del tiempo. A Richard Caramel se le pidió que recordara el mes de noviembre en Kansas. Pero tan pronto como tuvo el tema ante sí, le fue violentamente arrebatado por su promotor para extenderse acerca de él, manosearlo, alargarlo y, en términos generales, privarle de toda vitalidad.

La tesis inmemorial de que en algún sitio los días eran calurosos pero las noches muy agradables, fue satisfactoriamente expuesta, y también decidieron entre todos la distancia exacta entre dos puntos de una línea férrea muy poco conocida que Dick había mencionado sin darse cuenta. Anthony se quedó mirando fijamente a Mr. Gilbert cayendo en una especie de trance de donde, al cabo de un momento, vino a sacarle la sonriente voz de mistress Gilbert:

—Parece, sin embargo, como si el frío fuera aquí más húmedo... tengo la impresión de que se me mete dentro de los huesos.

Como esta observación, con su adecuado complemento de síes, la había tenido también Mr. Gilbert en la punta de la lengua, no se le puede juzgar con dureza por el hecho de que cambiara bruscamente de tema.

—¿Dónde está Gloria?

—Debería estar aquí de un momento a otro.

—¿Conoce usted a mi hija, Mr...?

—No he tenido el placer. Dick me ha hablado de ella con frecuencia.

—Richard y Gloria son primos.

—¿Sí? —Anthony tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír. No estaba acostumbrado al trato social de las personas de edad, y tenía la boca cansada de tanta jovialidad superflua. Era una idea muy agradable que Gloria y Dick fueran primos. Antes de que pasara otro minuto el joven Patch consiguió lanzar a su amigo una mirada llena de angustia.

Richard Caramel se temía que no les quedaba otro remedio que marcharse.

Mistress Gilbert lo sentía muchísimo.

Mr. Gilbert opinó que era una lástima.

Mistress Gilbert tuvo aún otra ocurrencia: algo acerca de alegrarse de que hubiesen venido, en cualquier caso, incluso aunque solo hubiesen visto a una señora demasiado vieja para flirtear con ellos. Evidentemente Anthony y Dick consideraron que se trataba de un comentario muy ingenioso porque rieron durante todo un compás al ritmo del tres por cuatro.

—¿Volverían pronto?

—Claro que sí.

¡Gloria lo sentiría tanto!

—Hasta la vista...

—Hasta la vista...

Ruido de puerta que se cierra.

Dos jóvenes desconsolados que caminan por el corredor del décimo piso del Plaza en dirección al ascensor.

Las piernas de una dama

Detrás de la atractiva indolencia de Maury Noble, de su impertinencia y de su actitud burlona se escondía una sorprendente e inflexible madurez de propósito. Su intención —tal como la formulara en la universidad— había sido dedicar tres años a viajar, otros tres al ocio más absoluto, y después hacerse inmensamente rico lo más deprisa posible.

Sus tres años de viajes habían concluido ya. Maury había recorrido el mundo con una intensidad y una curiosidad que en cualquier otro hubieran parecido pedantes, sin rasgos compensatorios de espontaneidad, casi como la autopreparación de un Baedeker humano; pero en su caso todo ello adquiría un aire de misteriosa finalidad y de proyecto significativo: como si Maury Noble fuese un futuro Anticristo, impulsado por un designio previo a ir a todos los sitios de la tierra que podían visitarse y ver los miles de millones de seres humanos que se reproducen, lloran y se matan unos a otros aquí y allá sobre su superficie.

De vuelta a América, Maury se había lanzado a la búsqueda de la diversión con la misma perseverante intensidad. Él, que nunca había tomado más de unos pocos cócteles o una pinta de vino de una vez, aprendió a beber como podría haber aprendido griego; al igual que el griego, el arte de beber sería la puerta de entrada a un caudal de nuevas sensaciones, de nuevos estados psíquicos, de nuevas reacciones de alegría o de dolor.

Sus costumbres daban materia para esotéricas especulaciones. Contaba con tres habitaciones de un apartamento para solteros en la calle Cuarenta y cuatro, pero muy raras veces se le encontraba allí. La telefonista había recibido instrucciones muy estrictas de que nunca se le pusiera en comunicación con nadie sin que el posible interlocutor diera antes su nombre. Tenía también una lista de media docena de personas para las que nunca estaba en casa, y otras tantas para las que sí estaba. Esta última lista la encabezaban Anthony Patch y Richard Caramel.

Mistress Noble vivía con un hijo casado en Filadelfia, y habitualmente Maury se trasladaba allí los fines de semana, de manera que un sábado por la noche cuando Anthony, después de vagar por calles heladas presa de un ataque de mortal aburrimiento, probó fortuna en Molton Arms, se sintió lleno de júbilo al enterarse de que su amigo estaba en casa.

Su estado de ánimo se elevó más deprisa que el ascensor. ¡Era tan agradable, tan extraordinariamente agradable ir a hablar con Maury, quien, por su parte, se sentiría igualmente feliz de verlo! Se mirarían con mutua conciencia de un profundo afecto que los dos disimularían con alguna broma sin importancia. En verano hubieran salido juntos a saborear indolentemente dos Tom Collins, mientras sus cuellos duros se marchitaban y ellos observaban el ir y venir —no demasiado divertido— de algún lento *cabaret* del mes de agosto. Pero fuera hacía frío, con el viento colándose entre los altos muros de los edificios y diciembre a la vuelta de la esquina, de manera que era mucho mejor pasar la velada bajo la suave luz de una lámpara de pie, y beberse un *whisky* o dos o una copita del Grand Marnier de Maury, con los libros brillando como adornos contra las paredes, y Maury irradiando una maravillosa inercia mientras descansaba, voluminoso y gatuno, en su sillón favorito.

¡Allí lo tenía! La habitación acogió a Anthony en su seno, transmitiéndole su calor. La irradiación de aquella robusta mente tan persuasiva, de aquel temperamento casi oriental por su aparente indiferencia, caldeó el alma inquieta de Anthony, proporcionándole una paz que solo podía compararse con la paz que proporciona una mujer estúpida. Uno tiene que entenderlo todo o, de lo contrario, darlo todo por sabido. Maury llenaba la habitación, semejante a un tigre y también semejante a un dios. Los vientos exteriores se habían calmado; los candelabros de bronce sobre la repisa de la chimenea brillaban como cirios delante de un altar.

—¿Qué te ha hecho quedarte aquí hoy? —Anthony se tendió en un mullido sofá y con los almohadones se fabricó un saliente donde apoyar el codo.

—Solo hace una hora que he vuelto. Fui a un baile... luego me quedé hasta tan tarde que perdí el tren para Filadelfia.

—Extraño que te quedaras tanto tiempo —comentó Anthony, interesado.

—Más bien. ¿Qué has hecho tú?

—Geraldine. La acomodadora de Keith's. Te he hablado de ella.

—¡Ah!

—Fue a visitarme a las tres y se quedó hasta las cinco. Una criatura muy peculiar... su absoluta estupidez me tiene fascinado.

Maury guardó silencio.

—Aunque parezca extraño —continuó Anthony—, por lo que a mí se refiere e incluso hasta donde alcanzan mis conocimientos, Geraldine es un dechado de virtud.

Hacía un mes que la conocía; era una muchacha de costumbres indefinidas y nomádicas. Alguien se la había pasado a Anthony de manera fortuita, y el joven Patch la encontraba divertida y había disfrutado con los castos y etéreos besos que le dio la tercera noche de su amistad, cuando paseaban en taxi por Central Park. Geraldine tenía una imprecisa familia: unos nebulosos tíos que compartían con ella un apartamento en la laberíntica zona de las calles cien. Era útil para hacerle

compañía: un objeto familiar, tranquilizante e incluso vagamente íntimo. Anthony no sentía deseos de llevar más lejos el experimento: no por escrúpulos morales, sino por el temor de permitir que cualquier enredo enturbiara la creciente serenidad de su vida, serenidad que ya sentía como una realidad palpable.

—Tiene dos trucos —informó a Maury—; uno de ellos es echarse el pelo sobre los ojos y luego apartarlo soplando, y el otro, decir «¡Estás completamente loco!» cuando alguien hace un comentario por encima de sus posibilidades. Es una cosa que me fascina. Me paso horas y horas con ella, interesadísimo por los síntomas maníacos que Geraldine descubre en mi imaginación.

Maury cambió ligeramente de posición y habló:

—Es sorprendente que una persona entienda tan poco y, sin embargo, sea capaz de vivir en una civilización tan compleja. Una mujer así toma el universo entero de la manera más prosaica. Desde la influencia de Rousseau al impacto de las tarifas arancelarias en su cena, los complejos fenómenos de la civilización le resultan totalmente extraños. Se ha visto transportada desde una edad de puntas de lanza y ha venido a caer aquí, tan bien preparada como un arquero para tomar parte en un duelo a pistola. Se podría hacer desaparecer toda la corteza de la historia y nunca notaría la diferencia.

—Me gustaría que nuestro buen Richard escribiera acerca de ella.

—Anthony, estoy seguro de que no crees que merezca la pena escribir sobre esa chica.

—Lo mismo que sobre cualquier otra persona —contestó el joven Patch bostezando—. Precisamente hoy pensaba en la gran confianza que me inspira Dick. Mientras se ocupe de personas y no de ideas, y su inspiración nazca de la vida y no del arte, y siempre dando por sentado que se produzca el natural crecimiento, creo que llegará a ser un gran hombre.

—Yo pensaría que la aparición del cuaderno de notas con pastas negras prueba que ya está saliendo al encuentro de la vida.

Anthony se alzó apoyándose en el codo y respondió con vehemencia:

—Trata de salir al encuentro de la vida. Eso es algo que hacen todos los autores a excepción de los peores, pero en realidad la mayoría de ellos vive de alimentos predigeridos. La anécdota o el personaje pueden estar tomados de la vida, pero habitualmente el escritor los interpreta de acuerdo con el último libro que ha leído. Por ejemplo, supongamos que conoce a un capitán de la marina mercante y le parece un personaje original. La verdad es que ve el parecido entre este y el último capitán de la marina mercante creado por Dana, o por quienquiera que sea que crea capitanes de barco, y por consiguiente ya sabe cómo transportar al papel a su propio capitán. Dick, por supuesto, es capaz de poner por escrito cualquier personaje conscientemente pintoresco y parecido a otros personajes, pero ¿podría describir a su

propia hermana con precisión?

Después estuvieron divagando durante media hora sobre literatura.

—Un clásico —propuso Anthony— es un libro con éxito que ha sobrevivido la reacción del período o de la generación inmediatos. Entonces se convierte en una cosa segura, como un estilo en arquitectura o en mobiliario. Ha adquirido una pintoresca dignidad que pasa a ocupar el lugar de la moda...

Al cabo de un rato el tema perdió momentáneamente su atractivo. El interés de los dos jóvenes no era especialmente técnico. Estaban enamorados de las generalidades. Anthony había descubierto recientemente a Samuel Butler y sus aforismos llenos de vida le parecían la quintaesencia de la crítica. Maury, con una mente sazónada por la misma dureza de su plan de vida, parecía inevitablemente el más juicioso de los dos, pero en realidad, considerando los materiales que integraban sus respectivas inteligencias, no cabía decir que se diferenciaban en lo fundamental.

Fueron derivando de las letras a detalles anecdóticos de sus respectivas jornadas.

—¿Quién daba el baile?

—Una familia llamada Abercrombie.

—¿Por qué te quedaste hasta tan tarde? ¿Has conocido a una deliciosa joven recién presentada en sociedad?

—Sí.

—¿Lo dices en serio? —La voz de Anthony se alzó, denunciando sorpresa.

—No una recién presentada en sociedad, exactamente. Dijo que había ido a su primer baile hace ya dos inviernos en Kansas City.

—¿Algo así como un resto de temporada?

—No —contestó Maury con tono levemente divertido—. Creo que esa es la última cosa que se me ocurriría decir de ella. Parecía... bueno, daba la impresión de ser la persona más joven que había allí.

—No demasiado joven para hacerte perder el tren.

—Lo suficientemente joven. Una chica muy hermosa.

Anthony rio entre dientes dejando escapar su gruñido monosilábico.

—Maury, Maury, estás en la segunda infancia. ¿Qué quieres decir con muy hermosa?

Maury contempló el vacío sintiéndose impotente.

—Bueno, no sabría cómo describirla, excepto diciendo que es hermosa. Estaba... llena de vida. Masticaba pastillas de goma.

—¿Qué?

—Una especie de vicio menor. Tiene un temperamento nervioso. Dijo que siempre masticaba pastillas de goma en las meriendas con baile porque tenía que estar mucho tiempo en el mismo sitio.

—¿De qué hablasteis? ¿Bergson? ¿Bilfismo? ¿La inmoralidad de los bailes

modernos?

Maury no se inmutó; su piel de felino no parecía conocer el contrapelo.

—A decir verdad, sí que hablamos de bilfismo. Su madre pertenece a la secta, por lo que parece. Pero, sobre todo, hablamos de piernas.

Anthony se echó a reír, subrayando su regocijo con amplios movimientos corporales.

—¡Dios santo! ¿Las piernas de quién?

—Las tuyas. Habló mucho sobre sus piernas. Como si se tratara de un bibelot muy caro. Consiguió que sintiera un gran deseo de verlas.

—¿A qué se dedica? ¿Es bailarina?

—No; me enteré de que es prima de Dick.

Anthony se incorporó tan de repente, que el almohadón que estaba debajo se puso en pie como si estuviera vivo, para caer luego al suelo.

—¿Se llama Gloria Gilbert? —exclamó.

—Sí. ¿No es una chica extraordinaria?

—No podría decirlo, pero, si quieres un ejemplo de pesadez sin paliativos, su padre...

—Bueno —interrumpió Maury con implacable convicción—, su familia quizá resulte tan triste como una troupe de plañideras profesionales, pero yo me inclino a creer que ella es un personaje absolutamente auténtico y original. Tiene todos los signos externos de la típica madrina de una promoción de Yale, ya lo sé... pero es diferente, completamente diferente.

—¡Sigue, sigue! —le instó Anthony—. En cuanto Dick me dijo que tenía cabeza de chorlito, imaginé que sería alguien fuera de lo corriente.

—¿Fue eso lo que dijo?

—Me lo juró —replicó Anthony con otra de sus risas que eran como un bufido.

—Bueno, lo que él entiende por inteligencia en una mujer es...

—Lo sé perfectamente —interrumpió Anthony con vehemencia —; se refiere a unos superficiales conocimientos literarios llenos de errores.

—Eso es. El tipo de persona convencida de que el descenso anual de la moralidad en el país es una cosa muy buena o un signo ominoso. Una de dos: personas con quevedos o personas con pose. En cambio, esta chica hablaba de piernas. También habló de piel... la suya propia. Siempre de la suya. Me contó el tipo de bronceado que le gusta conseguir durante el verano y lo cerca que está de conseguirlo habitualmente.

—¿De manera que te quedaste embelesado por su voz de contralto?

—¡Su voz de contralto! No, ¡por el bronceado! Empecé a pensar en estar moreno. Traté de recordar el color que tenía la última vez que lo intenté hace cosa de dos años. Se me daba bastante bien y conseguía un color muy agradable, si no recuerdo mal.

Anthony volvió a hundirse entre los almohadones, agitado por la risa.

—¡Ha conseguido impresionarte, Maury!

Maury el guarda de playa de Connecticut. ¡Extra! ¡Heredera se escapa con socorrista debido a su voluptuosa pigmentación! ¡Descubierta después la existencia de sangre tasmana en su familia!

Maury suspiró; levantándose, se llegó hasta la ventana y alzó la persiana de hule.

—Nieva con fuerza.

Anthony, todavía riendo para sus adentros, no respondió.

—Otro invierno. —La voz de Maury desde la ventana era casi un susurro—. Nos hacemos viejos, Anthony. ¡Tengo veintisiete años, santo cielo! Me faltan tres para los treinta, y después seré ya eso que los estudiantes universitarios llaman un hombre de mediana edad.

Anthony guardó silencio un momento.

—Eres viejo, Maury —asintió finalmente—. Han aparecido las primeras señales de una senectud temblorosa y extraordinariamente disoluta: te has pasado la tarde hablando de tomar el sol y de las piernas de una dama.

Maury bajó la persiana de hule con un violento chasquido.

—¡Estúpido! —exclamó—. ¡Que tú me digas eso! Aquí me tienes, mi querido Anthony, como me tendrás durante una generación o más, consagrado a contemplar cómo unos seres alegres como tú o Dick o Gloria me dejáis atrás bailando y cantando, amándoos, odiándoos y conmoviéndoos eternamente. Y a mí solo me conmueve mi falta de emoción. Seguiré aquí sentado, llegará otra vez la nieve (algo digno de un Caramel que tomase notas), vendrá un nuevo invierno y yo cumpliré los treinta y tú y Dick y Gloria seguiréis emocionándoos eternamente y pasaréis a mi lado bailando y cantando. Pero después de que os hayáis ido todos, seguiré diciendo cosas para que las escriban otros Dicks, y seguiré escuchando las desilusiones y los comentarios cínicos y las emociones de nuevos Anthonys... sí, y hablaré con otras Glorias sobre los bronceados de nuevos veranos que todavía no han sido.

El fuego de la chimenea se agitó repentinamente. Maury, abandonando la ventana, removió las brasas con un atizador y puso otro leño sobre los morillos. Luego volvió a sentarse en su sillón y lo que quedaba de su voz fue creciendo en volumen sobre el nuevo fuego que lanzaba destellos rojos y amarillos por toda la corteza del tronco recién añadido.

—Después de todo, tú eres el más joven y romántico, mi querido Anthony. Tú eres infinitamente más frágil que yo y te asusta mucho más que tu calma se vea turbada. Soy yo quien intenta conmoverse una y otra vez, quien quisiera abandonarse en mil ocasiones, pero sigue siempre siendo el mismo. Nada... consigue... estimularme. Y sin embargo —añadió Maury después de otra larga pausa—, había algo en esa chiquilla y en su absurdo bronceado que era eternamente viejo... igual

que yo.

Turbulencia

Anthony se dio la vuelta en la cama, todavía medio dormido; sobre la contraventana había una mancha de sol, cuadriculada por las sombras de los nervios de plomo que sujetaban los cristales. La habitación estaba llena de luz matutina. La cómoda tallada del rincón y el insondable armario ropero ocupaban la habitación como oscuros símbolos de la indiferencia de la materia; solo la alfombra hacía señas a Anthony y se mostraba percedera bajo sus pies percederos, y Bounds —horriblemente fuera de lugar con su cuello blando— estaba hecho de una sustancia tan evanescente como las gasas de aliento helado que salían de su boca. Se hallaba muy cerca de la cama, con la mano aún a la altura del sitio donde había estado tirando de la manta, con ojos de color castaño oscuro imperturbablemente fijos en su amo.

—¡Bows! —murmuró el soñoliento dios—. ¿Es usted, Bows?

—Sí, señor, soy yo.

Anthony movió la cabeza, hizo un esfuerzo para abrir los ojos y parpadeó triunfalmente.

—Bounds.

—¿Diga, señor?

—¿Podría usted...? —Un inevitable bostezo lo obligó a detenerse, mientras el contenido de su cerebro parecía revolverse en densa mezclanza. Lo intentó de nuevo.

—¿Puede usted venir a eso de las cuatro y servir té y sándwiches o algo parecido?

—Sí, señor.

Anthony se dedicó a meditar con desoladora falta de inspiración.

—Unos sándwiches —repitió impotente—; de queso, de jalea y de pollo con aceitunas, por ejemplo. No se preocupe del desayuno.

El esfuerzo creador resultó excesivo. Anthony cerró los ojos agotado, dejó caer la cabeza hasta que descansó como un peso inerte, y renunció inmediatamente al control muscular reconquistado. Por una grieta de su mente se filtró el impreciso pero inevitable espectro de la noche anterior, que en este caso resultó ser únicamente una conversación —aparentemente interminable— con Richard Caramel, que había ido a visitarlo a medianoche; se habían bebido cuatro botellas de cerveza y masticado distraídamente cortezas secas de pan mientras Anthony escuchaba la lectura de la primera parte de *El amante demoníaco...*

Después de muchas horas llegó una voz hasta él. Anthony la ignoró, notando que

el sueño lo rodeaba, descendía sobre él, se introducía por los caminos más apartados de su mente.

De repente se halló otra vez despierto, diciendo:

—¿Qué?

—¿Para cuántos, señor? —Era de nuevo Bounds, pacientemente inmóvil al pie de la cama. Bounds, que dividía sus irreprochables modales entre tres caballeros.

—¿Cuántos qué?

—Creo, señor, que sería conveniente saber el número de invitados. Tengo que hacer el cálculo de los sándwiches.

—Dos —murmuró Anthony con sequedad —; una dama y un caballero.

—Muchas gracias, señor —dijo Bounds, alejándose y llevándose consigo su humillante y reprobador cuello blando, reprobador para cada uno de los tres caballeros, que solo exigían de él una tercera parte.

Al cabo de mucho tiempo Anthony se levantó y cubrió su esbelta y agradable figura con una bata irisada de color marrón y azul. Con un último bostezo se trasladó al cuarto de baño y, encendiendo la luz del tocador (el cuarto de baño carecía de ventanas al exterior), se contempló en el espejo con cierto interés. Un aspecto desastroso, pensó; eso era lo que pensaba habitualmente por las mañanas: el sueño daba a su rostro una palidez anormal. Procedió a encender un cigarrillo y estuvo ojeando varias cartas y la edición matutina del *Tribune*.

Una hora más tarde, afeitado y vestido, se hallaba sentado en su escritorio examinando un trozo de papel que llevaba en la cartera, y en el que había tomado varias notas con letra semilegible: «Ver a Mr. Howland a las cinco. Cortarme el pelo. Ver qué pasa con la cuenta de Rivers. Ir a la librería».

Y debajo de la última: «Dinero en el banco, \$ 690 (tachado), \$ 612 (tachado), \$ 607».

Finalmente, en el extremo inferior y escrito precipitadamente: «Dick y Gloria Gilbert a tomar el té».

Esta última nota le produjo evidente satisfacción. Su día, habitualmente una entidad de consistencia gelatinosa, una cosa sin forma ni columna vertebral, había logrado la estructura del mesozoico. Se dirigía con paso seguro, incluso con gallardía, hacia un momento culminante, como debe suceder con una obra de teatro, y también con un día. A Anthony le asustaba el momento en que fuera necesario romper la espina dorsal del día, cuando por fin hubiera conocido a la muchacha y hablado con ella, y hubiera que cerrar la puerta tras de su risa con una inclinación de cabeza, volviendo a los melancólicos posos en las tazas de té y al aspecto cada vez más marchito de los sándwiches sobrantes.

Había una creciente falta de color en los días de Anthony. Lo sentía constantemente y a veces lo relacionaba con una conversación entre Maury Noble y

él celebrada un mes antes. Que algo tan ingenuo y tan pedante como una sensación de tiempo malgastado le angustiara, era absurdo, pero no cabía negar el hecho de que alguna inoportuna supervivencia fetichística lo había empujado tres semanas antes hasta la biblioteca pública, donde, haciendo entrega de la tarjeta de Richard Caramel, recibió media docena de libros sobre el Renacimiento italiano. Que los libros citados permanecieran apilados sobre su escritorio todavía en el mismo orden, y que contribuyeran diariamente a aumentar el conjunto de sus deudas en doce centavos, no desvirtuaba su valor probatorio. Eran testigos en tela y piel de su apostasía. Anthony había vivido varias horas de intenso y sorprendente pánico.

Como justificación de su existencia figuraba en primer lugar, por supuesto, La Insensatez de la Vida. Como ayudantes y ministros, pajes y escuderos, mayordomos y lacayos de este gran Khan existían mil libros resplandeciendo en sus estantes; estaba su apartamento y todo el dinero que sería suyo cuando el anciano de Tarrytown se asfixiara con su última lección moral. Tenía la suerte de haberse librado de un mundo donde le amenazaban por doquier las jóvenes recién presentadas en sociedad y la estupidez de una multitud de Geraldines; lo que le correspondía hacer a él era más bien emular la felina inmovilidad de Maury y exhibir orgullosamente los resultados de una sabiduría acumulada durante sucesivas generaciones.

Por encima y contra todas estas cosas aparecía algo que su cerebro analizaba con perseverancia, considerándolo un molesto complejo, pero que, a pesar de ser rebatido con ayuda de la lógica, y valientemente pisoteado, le había hecho salir a la calle y atravesar la nieve derretida de finales de noviembre camino de una biblioteca donde no se encontraba ninguno de los libros que más deseaba. Resulta legítimo analizar a Anthony hasta donde él mismo era capaz de analizarse; ir más allá no sería, por supuesto, más que presunción. El joven Patch descubrió dentro de sí un horror y una soledad crecientes. La idea de comer solo le asustaba; a menudo prefería hacerlo con personas que aborrecía. Viajar, que en otro tiempo le había encantado, le parecía, en último extremo, insoportable, algo con color pero sin sustancia, una caza fantasmal tras la sombra de sus propios sueños.

Si soy esencialmente débil, pensó, necesito un trabajo que pueda hacer. Le preocupaba la idea de ser, después de todo, nada más que una mediocridad con facilidad de palabra, sin contar siquiera con el aplomo de Maury o el entusiasmo de Dick. No querer nada parecía una tragedia, y sin embargo él quería algo. En ocasiones, durante breves instantes, sabía lo que era: una senda de esperanza que le condujera hacia lo que consideraba una inminente y ominosa ancianidad.

Después de unos cócteles y de almorzar en el Club de la Universidad, Anthony se sintió mejor. Había coincidido con dos de sus compañeros de promoción de Harvard, y, en contraste con la gris pesadez de su conversación, la vida del joven Patch pareció llenarse de color. Los dos estaban casados: uno de ellos dedicó la sobremesa a relatar

una aventura extraconyugal ante las discretas y apreciativas sonrisas del otro. Ambos, pensó Anthony, eran Mr. Gilbert en embrión; el número de sus síes tendría que cuadruplicarse, sus caracteres avinagrarse con el paso de veinte años más; llegado el momento, no serían más que máquinas anticuadas que habrían dejado de funcionar, poseedoras de una pseudosabiduría y sin ningún valor, y que alcanzarían la completa senilidad gracias a los cuidados de mujeres que ellos mismos habrían destruido.

Él era más que aquello, pensó, mientras paseaba sobre la larga alfombra del salón de fumadores después del almuerzo, deteniéndose a veces junto a la ventana para contemplar el apresuramiento de la calle. Él era Anthony Patch, brillante, lleno de magnetismo, heredero de muchos años y muchos hombres. Aquel era su mundo ahora: y la última y definitiva ironía que anhelaba estaba a punto de convertirse en realidad.

Con juvenil inconsciencia se vio a sí mismo como un poder sobre la tierra; con el dinero de su abuelo podría edificar su propio pedestal y ser un Talleyrand, un lord Verulam. La claridad de su mente, su refinamiento, su polifacética inteligencia, llevados a la madurez y dominados por algún propósito todavía nonato, terminarían por proporcionarle una tarea. Al llegar a este punto su sueño se desvaneció... algún importante quehacer: intentó imaginarse a sí mismo en el Congreso, hozando en la porquería de aquella increíble pocilga entre las estrechas y porcinas frentes que veía a veces retratadas en las secciones de rotograbado de los periódicos dominicales, ¡entre los exaltados proletarios que impartían a la nación balbuceantes ideas de estudiantes de último curso de bachillerato! ¡Hombrecillos con ambiciones triviales que mediante la mediocridad habían creído salir de la mediocridad al opaco y prosaico paraíso del gobierno por el pueblo; y los mejores, los doce hombres astutos situados en la cima, cínicos y egoístas, se contentaban con dirigir aquel coro de corbatas blancas y pasadores de alambre en la interpretación de un himno tan discordante como asombroso, integrado por una extraña mezcla de riquezas como recompensa de la virtud y riquezas como prueba del vicio, y también por continuos vítores a Dios, a la Constitución y a las Montañas Rocosas!

¡Lord Verulam! ¡Talleyrand!

De nuevo en su apartamento el ambiente gris volvió a imponerse. El efecto euforizante de los cócteles había desaparecido, dejándolo somnoliento, algo confundido y con inclinación al malhumor. ¿Lord Verulam, él? La simple idea resultaba penosa. Anthony Patch, sin historial de éxitos, sin valor, sin firmeza para aceptar la verdad cuando la tenía delante de los ojos. No era más que un tonto pretencioso, que se inventaba porvenires brillantes a base de cócteles y mientras tanto lamentaba, a escondidas y sin fuerzas para hacer otra cosa, el hundimiento de un insuficiente y lastimoso idealismo. Se había engalanado el alma de acuerdo con los gustos más sutiles y ahora echaba de menos los viejos desperdicios. Estaba vacío, tan

vacío como una botella usada...

Sonó el timbre de la puerta. Anthony, poniéndose en pie, se acercó el auricular al oído. Era la voz de Richard Caramel, pomposa y humorística:

—Ha llegado miss Gloria Gilbert.

La hermosa dama

—¿Qué tal? —dijo el joven Patch, sonriendo y con la puerta entreabierta.

Dick hizo una inclinación de cabeza.

—Gloria, te presento a Anthony.

—¡Vaya! —exclamó ella, extendiendo una mano enguantada. Bajo el abrigo de pieles, su vestido era de un azul Alicia-en-el-País-de-las-Maravillas, con encajes blancos tiesamente serpenteantes alrededor de la garganta.

—Dame el abrigo.

Anthony extendió los brazos y una suave masa de piel marrón se derramó sobre ellos.

—Gracias.

—Bueno, Anthony, ¿qué te parece? —preguntó Richard Caramel de la manera más bárbara que imaginarse pueda—. ¿No la encuentras hermosa?

—¡Vaya! —exclamó la muchacha con expresión desafiante y sin embargo impasible.

Era cegadora como una hoguera, y resultaba inútil tratar de abarcar su belleza con una mirada. Sus cabellos, llenos de celestial fascinación, se transformaban en un grito de alegría frente al color invernal del cuarto.

Anthony, moviéndose de aquí para allá como un mago, transformó en esplendor anaranjado la lámpara con forma de seta. El fuego recién avivado dio lustre a los morillos de cobre.

—Me he convertido en un bloque de hielo —murmuró Gloria con tono indiferente, mirando alrededor con ojos cuyas córneas eran de un blanco azulado extraordinariamente delicado y transparente—. ¡Qué fuego tan delicioso! Hemos encontrado un sitio donde se podía estar de pie sobre una especie de parrilla con barras de hierro por donde salía aire caliente... pero Dick no ha querido esperar allí conmigo. Le he dicho que se fuera solo y me dejara ser feliz.

Aquello resultaba suficientemente convencional. Gloria parecía hablar porque disfrutaba haciéndolo, sin esfuerzo alguno. Anthony, sentado en un extremo del sofá, examinó su perfil sobre el fondo que proporcionaba la lámpara: la exquisita regularidad de la nariz y del labio superior, la barbilla delicadamente proporcionada,

en perfecto equilibrio sobre un cuello más bien corto. En fotografía debía de resultar totalmente clásica, casi fría... pero el resplandor de sus cabellos y sus mejillas, frágiles y encendidas al mismo tiempo, hacían de ella la persona más viva que Anthony había visto nunca.

—... Creo que tienes el mejor nombre de todos los que conozco —estaba diciendo y, al parecer, seguía hablando consigo misma; su mirada se posó un instante sobre él y luego siguió adelante, deteniéndose en las lámparas de brazo de estilo italiano que colgaban a intervalos de las paredes como luminosas tortugas amarillas, en las hileras de libros, y finalmente en su primo, situado al otro extremo—. Anthony Patch. Pero deberías tener cierto aspecto de caballo, con una cara muy larga y estrecha... e ir vestido con harapos.

—Esa es la parte que corresponde a Patch. ¿Cuál sería el aspecto de Anthony?

—Tienes pinta de Anthony —le aseguró ella con gran seriedad; a él le parecía que Gloria apenas le había visto—; bastante majestuoso —continuó—, y solemne.

Anthony se permitió una sonrisa de desconcierto.

—Solo que a mí me gustan los nombres aliterados —continuó Gloria—, todos menos el mío, que es demasiado llamativo. Conocía a dos chicas que se llamaban Jinks, e imagínate lo que hubiera sido si no llegan a llamarse como se llaman: Judy Jinks y Jerry Jinks. Bonito, ¿verdad? ¿No te parece? —Su boca infantil quedó entreabierta, esperando una respuesta.

—En la próxima generación —sugirió Dick—, todo el mundo se llamará Peter o Barbara, porque en el momento actual todos los personajes literarios atractivos se llaman así.

Anthony continuó la profecía:

—Por supuesto, Gladys y Eleanor, después de haber adornado la anterior cosecha de heroínas y de encontrarse ahora ocupando los mejores puestos de la sociedad, serán relegadas a la próxima generación de dependientas...

—Desplazando a Ella y Stella —interrumpió Dick.

—Y a Pearl y Jewel —añadió Gloria cordialmente—, y a Earl, Elmer y Minnie.

—Y luego vendré yo —hizo saber Dick—, y recogiendo ese nombre pasado de moda, Jewel, se lo pondré a algún personaje pintoresco y fascinante, e iniciará de nuevo todo el ciclo.

La voz de Gloria recogió el hilo de la conversación y fue tejiéndola con una entonación levemente más aguda y semihumorística al final de cada frase — como para evitar interrupciones— y con intervalos de risas incorpóreas. Dick le había dicho que el criado de Anthony se llamaba Bounds: aquello a Gloria le parecía maravilloso. Dick había hecho un chiste malísimo con los apellidos de amo y sirviente, pero si había algo peor que un chiste sin gracia, dijo ella, era una persona que, como inevitable respuesta, obsequiaba al culpable con una mirada de fingida severidad.

—¿De dónde eres? —preguntó Anthony. Lo sabía, pero su belleza le había incapacitado para pensar.

—Kansas City, Missouri.

—La pusieron en circulación al mismo tiempo que prohibían los cigarrillos.

—¿Prohibieron los cigarrillos? Veo en eso la mano de mi santo abuelo.

—Es un reformador o algo parecido, ¿no es cierto?

—Hace que me ruborice por él.

—A mí me sucede lo mismo —dijo ella—. Detesto a los reformadores, sobre todo a los que tratan de reformarme a mí.

—¿Es que son muchos?

—Docenas. Desde «Querida Gloria», fumando tantos cigarrillos te echarás a perder el cutis a «Gloria, ¿por qué no te casas y te haces más juiciosa?».

Anthony se mostró totalmente de acuerdo con ella mientras se preguntaba interiormente quién podía haber tenido la temeridad de hablar así a semejante personaje.

—Y luego —continuó la muchacha—, vienen esos otros reformadores más sutiles que te cuentan las increíbles historias que han oído acerca de ti y cómo han luchado por defender tu reputación.

Anthony vio, por fin, que Gloria tenía los ojos grises, serenos y fríos, y cuando se posaron en él comprendió lo que Maury había querido decir al afirmar que miss Gilbert era muy joven y muy vieja al mismo tiempo. Siempre hablaba sobre sí misma como podría hacerlo una encantadora niña, y sus comentarios sobre sus gustos y aborrecimientos eran espontáneos y sin afectación alguna.

—He de confesar —dijo Anthony con mucha seriedad— que hasta yo he oído algo acerca de ti.

Inmediatamente interesada, Gloria se irguió en el asiento. Sus ojos, tan grises y eternos como un risco de granito erosionado, se apoderaron de los de Anthony.

—Cuenta. Me lo creeré. Siempre creo las cosas que me cuentan acerca de mí misma. ¿A vosotros no os pasa eso?

—Invariablemente —concedieron sus dos interlocutores al unísono.

—Bueno, cuéntamelo.

—No estoy seguro de que deba hacerlo —bromeó Anthony, sonriendo a pesar suyo. Gloria estaba a todas luces interesada, en un estado de ensimismamiento casi risible.

—Se refiere a tu apodo —dijo su primo.

—¿Cuál? —quiso saber Anthony, cortésmente sorprendido.

Gloria se asustó primero, y luego empezó a reír, recostándose contra los cojines y alzando los ojos al cielo mientras hablaba:

—Gloria de Costa a Costa. —Su voz estaba llena de risas, risas tan sutilmente

distintas como las diferentes sombras que fuego y lámpara creaban sobre su pelo—. ¡Cielo santo!

Anthony seguía tan sorprendido como antes.

—¿Qué significa eso?

—Soy yo. Es el nombre que unos tontos se inventaron para mí.

—¿No lo entiendes, Anthony? — explicó Dick—, viajera de fama nacional y todo eso. ¿No es lo que tú habías oído? Hace años que se lo llaman... desde que tenía diecisiete.

Los ojos de Anthony se entristecieron burlescamente.

—¿Quién es este Matusalén femenino que me has traído, Caramel?

Gloria ignoró aquel comentario, y hasta es posible que más bien le molestara porque volvió inmediatamente al anterior tema de conversación.

—¿Qué es lo que has oído acerca de mí?

—Algo acerca de tu físico.

—Ah —dijo ella, con tranquila desilusión—, ¿nada más?

—Tu bronceado.

—¿Mi bronceado?

Estaba sorprendida. Se llevó la mano a la garganta y la mantuvo allí un instante, como si sus dedos estuvieran apreciando variaciones de color.

—¿Note acuerdas de Maury Noble? Un sujeto que conociste hace cosa de un mes. Le causaste una gran impresión.

Gloria estuvo pensando un momento.

—Sí, ya recuerdo... pero no vino a verme después.

—Le dio miedo, estoy seguro.

Fuera, la oscuridad era ya completa y Anthony se preguntó si su apartamento había parecido gris alguna vez: tan cálidos y amistosos eran los libros y los cuadros en las paredes, y el bueno de Bounds ofreciendo el té desde una respetuosa penumbra, y tres personas tan agradables derramando oleadas de interés y de risas a un lado y otro de un fuego tan alegre.

Insatisfacción

El jueves por la tarde Gloria y Anthony tomaron juntos el té en la parrilla del Plaza. El traje con adornos de miss Gilbert era gris —«porque con gris hay que ponerse mucho maquillaje», le explicó ella— y llevaba además un sombrerito graciosamente inclinado, que permitía flamear en toda su gloria a algunos de sus rizos dorados. Bajo aquella luz más fuerte a Anthony le parecía que su personalidad era infinitamente

más dulce: Gloria parecía muy joven, apenas cumplidos los dieciocho; su silueta, bajo la ajustada envoltura que la cubría —conocida por entonces como falda de medio paso—, era asombrosamente flexible y esbelta, y sus manos, ni «artísticas» ni rechonchas, eran tan pequeñas como las manos de una niña.

Al entrar ellos, la orquesta estaba atacando los primeros gemidos de una machicha brasileña, un aire lleno de castañuelas y de superficiales armonías de violín vagamente lánguidas, apropiado para la abarrotada parrilla de invierno, llena de excitados universitarios de muy buen humor por la proximidad de las vacaciones. Gloria consideró cuidadosamente diferentes posibilidades, y condujo a su acompañante dando un rodeo hasta una mesa para dos en el ángulo más apartado del salón, cosa que Anthony encontró más bien irritante. Alcanzada la mesa, Gloria se detuvo de nuevo a reflexionar. Ella, ¿se sentaría a la derecha o a la izquierda? Sus hermosos ojos y labios estaban llenos de seriedad mientras hacía su elección, y Anthony pensó de nuevo en lo ingenuos que eran todos sus gestos; Gloria consideraba que podía escoger y distribuir todas las cosas de la vida como si continuamente estuviera recogiendo regalos para sí misma de un depósito inagotable.

Contempló abstraídamente a los que bailaban por unos momentos, comentando en susurros al acercárseles una pareja:

—Ahí tienes a una chica bonita vestida de azul. —Y al volver Anthony la vista obedientemente—: Allí no, detrás de ti, ¡ahí!

—Sí —asintió él débilmente.

—No la has visto.

—Prefiero mirarte a ti.

—Ya lo sé, pero era bonita. Aunque tenía unos tobillos demasiado gruesos.

—¿Sí? —dijo él con tono indiferente.

Desde una pareja que bailaba cerca de ellos les llegó la voz de la muchacha:

—¡Gloria! ¡Hola, Gloria!

—Hola, ¿qué tal?

—¿Quién es? —preguntó Anthony.

—No lo sé. Alguien. —Enseguida descubrió otro rostro—. ¡Hola, Muriel! —Luego, volviéndose a Anthony—: Esa es Muriel Kane. Creo que es atractiva, aunque no mucho.

Anthony dejó escapar una risita ahogada.

—Atractiva, aunque no mucho —repitió.

Gloria sonrió, inmediatamente interesada.

—¿Qué tiene de divertido? —La intensidad de su interés tenía algo de patético.

—Era divertido, sencillamente.

—¿Quieres bailar?

—¿Quieres tú?

—Me parece que sí. Pero será mejor seguir sentados —decidió enseguida.

—¿Y que hablemos de ti? Te encanta hablar de ti misma, ¿no es cierto?

—Sí. —Sorprendida en un rasgo de vanidad, se echó a reír.

—Imagino que tu autobiografía se convertirá en una obra clásica.

—Dick dice que no tengo biografía.

—¡Dick! —exclamó Anthony—. ¿Qué sabe él de ti?

—Nada. Pero dice que la biografía de toda mujer empieza con el primer beso que cuenta, y termina cuando coge en brazos a su último hijo.

—Puedes estar segura de que citaba una frase de su libro.

—Dice que las mujeres sin amor no tienen biografía, sino historia.

Anthony rio de nuevo.

—¡No creo que tú pretendas ser una mujer sin amor!

—Bueno, imagino que no.

—Entonces, ¿por qué no tienes biografía? ¿Nunca te han dado un beso que contar? —Mientras las palabras salían de sus labios, Anthony contuvo bruscamente la respiración como para evitar pronunciarlas. ¡Aquella criatura!

—No sé lo que quieres decir con «contar» —objetó Gloria.

—Me gustaría saber los años que tienes.

—Veintidós —dijo ella, mirándole a los ojos con mucha seriedad—. ¿Cuántos creías que tenía?

—Unos dieciocho.

—Voy a volver a tener esa edad. No me gusta tener veintidós. Es lo que más odio en el mundo.

—¿Tener veintidós años?

—No. Hacerme vieja y todo eso. Casarme.

—¿No quieres casarte nunca?

—No quiero responsabilidades ni tener que cuidar a un montón de niños.

Evidentemente Gloria no albergaba dudas de que todo lo que salía de sus labios era siempre bien recibido. Anthony esperó, casi conteniendo la respiración, a que dijera algo más, suponiendo que seguiría hablando de lo mismo. Su sonrisa era amable pero distante, y al cabo de unos momentos, de sus labios cayeron media docena de palabras en el espacio que los separaba:

—Me gustaría tener pastillas de goma.

—¡Las tendrás! —Anthony llamó a un camarero y le mandó por ellas.

—¿Te importa? Me encantan las pastillas de goma. Todo el mundo me toma el pelo porque siempre estoy masticando alguna... cuando mi padre no está delante.

—En absoluto... ¿Quiénes son todos estos chicos? —preguntó de repente—. ¿Los conoces a todos?

—¿Por qué? No, pero son de... bueno, de todas partes, supongo. ¿No vienes

nunca aquí?

—Raras veces. Las «chicas de buena familia» no me interesan especialmente.

Aquellas palabras le ganaron inmediatamente la atención de Gloria. Dio claramente la espalda a los que bailaban, se acomodó en el asiento y preguntó:

—¿A qué te dedicas tú?

Gracias al cóctel que había tomado, a Anthony le agradó la pregunta. Tenía ganas de hablar y, además, deseaba causar impresión en aquella muchacha cuyo interés parecía tan exasperantemente escurridizo, en aquella muchacha que se detenía a ramonear en inesperados pastos y que pasaba a toda prisa sobre lo evidente aunque pareciera no serlo. Anthony quería exhibirse. Aparecer repentinamente ante ella con nuevos y heroicos colores. Sacarla de la indiferencia que manifestaba hacia todas las cosas con excepción de sí misma.

—No hago nada —empezó, dándose cuenta al mismo tiempo de que a sus palabras iba a faltarles el aire desenvuelto que anhelaba para ellas—. No hago nada, porque nada de lo que pueda hacer merece la pena.

—¿Bien? —No la había sorprendido, y ni siquiera interesado, pero sin duda le había entendido, si es que en realidad Anthony había dicho algo que mereciera entenderse.

—¿No te parecen bien los hombres perezosos?

Gloria movió la cabeza afirmativamente.

—Imagino que sí, si son elegantemente perezosos. ¿Es eso posible para un americano?

—¿Por qué no? —preguntó él, desconcertado.

Pero la mente de la muchacha había abandonado aquel tema, trasladándose diez pisos más arriba.

—Mi padre está enfadado conmigo — hizo notar desapasionadamente.

—¿Por qué? Pero antes quiero saber por qué es imposible para un americano ser elegantemente perezoso. —Las palabras de Anthony fueron ganando convicción—. Me sorprende muchísimo. Es..., es... no entiendo por qué la gente piensa que todos los jóvenes tienen que venir al centro y trabajar diez horas diarias durante los mejores veinte años de su vida para llevar a cabo tareas aburridas sin pizca de imaginación y en ningún caso altruistas.

Anthony se interrumpió. Ella lo contemplaba con ojos insondables. Estuvo esperando a que se mostrara de acuerdo o disintiera, pero Gloria no hizo ni lo uno ni lo otro.

—¿Nunca haces juicios acerca de las cosas? —le preguntó finalmente, algo exasperado.

La muchacha movió la cabeza y sus ojos contemplaron de nuevo la pista de baile mientras contestaba:

—No lo sé. No sé nada sobre... lo que debas hacer o sobre lo que deba hacer cualquier otra persona.

Su respuesta lo dejó confundido, impidiendo el flujo de sus ideas. Dar expresión a los propios pensamientos nunca le había parecido a Anthony tan deseable y tan imposible al mismo tiempo.

—Bueno —admitió él, como disculpándose—, yo tampoco, claro está, pero...

—Lo único que noto de las personas —continuó ella— es si parecen estar bien donde se hallan y encajan en la escena. No me importa que no hagan nada. No veo por qué tendrían que hacerlo; de hecho, siempre me asombra que alguien haga algo.

—¿Tú no deseas hacer nada?

—Quiero dormir.

Anthony se sobresaltó por un instante, como si Gloria hubiese dicho aquello literalmente.

—¿Dormir?

—Algo así. Solo quiero vivir indolentemente y que algunas de las personas a mi alrededor estén haciendo cosas, porque eso hace que me sienta cómoda y segura... y también quiero que otras no hagan nada, para que puedan ser elegantes y me hagan compañía. Pero nunca quiero cambiar a la gente ni acalorarme por causa suya.

—Eres una determinista muy peculiar —rio Anthony—. El mundo es tuyo, ¿no es eso?

—Bueno... —dijo ella, alzando los ojos muy deprisa—, ¿no crees que sí? Mientras sea... joven.

Gloria había hecho una breve pausa antes de la última palabra y Anthony sospechó que había empezado a decir «hermosa». Sin duda alguna era esa su intención.

Los ojos de la muchacha brillaron con más fuerza, y Anthony aguardó a que hiciera algún otro comentario sobre aquel tema. Al menos había conseguido provocar sus confidencias... Anthony se inclinó ligeramente hacia delante para no perderse sus palabras.

Pero lo que dijo fue «¡Vamos a bailar!».

Admiración

Aquella tarde de invierno en el Plaza marcó el comienzo de una serie de «citas» que Anthony concertó con Gloria en los confusos y estimulantes días que precedieron a la Navidad. Miss Gilbert estaba invariablemente ocupada. Anthony tardó mucho tiempo en descubrir cuál era el particular estrato de la vida social de la ciudad que la

reclamaba. Era un detalle que parecía tener muy poca importancia. Gloria asistía a bailes de caridad semipúblicos en los grandes hoteles; Anthony la vio varias veces en las cenas de Sherry's, y una vez, mientras esperaba a que se vistiese, mistress Gilbert, a propósito de la costumbre de «salir» de su hija, le recitó un asombroso programa para las vacaciones que incluía media docena de bailes a los que también Anthony estaba invitado.

En varias ocasiones almorzaron y tomaron juntos el té, pero los almuerzos eran siempre con prisas y, al menos para Anthony, oportunidades bastante poco satisfactorias, porque Gloria tenía los ojos cargados de sueño y se mostraba muy poco interesada, incapaz de concentrarse en nada ni de seguir el hilo de las observaciones que hacía su acompañante. Cuando al cabo de dos o tres comidas incoloras, Anthony acusó a la muchacha de ofrecerle tan solo los despojos del día, ella se echó a reír y accedió a que tomaran el té juntos tres días más tarde. Aquello resultó infinitamente más satisfactorio.

Un domingo por la tarde, justo antes de Navidad, Anthony fue a visitarla y la encontró en la pasajera calma inmediatamente posterior a una importante pero misteriosa pelea: Gloria le informó en un tono de voz mitad iracundo y mitad humorístico que acababa de expulsar a un hombre de su apartamento —aquí Anthony se dedicó a hacer las cábalas más frenéticas—, que la persona en cuestión iba a dar una cena íntima en su honor aquella misma noche y que, por supuesto, no tenía intención de asistir. De manera que Anthony la llevó a cenar.

—¡Vayamos a ver algo! —propuso ella mientras bajaban en el ascensor—. Me apetece un espectáculo. ¿A ti no?

Pero al preguntar en el mostrador del hotel, solo supieron darles razón de dos «conciertos» para el domingo por la noche.

—Son siempre los mismos —se quejó ella amargamente—; los mismos viejos comediantes con acento y yiddish. ¡Vayamos a algún otro sitio!

Para ocultar la desagradable sospecha de que tendría que haber organizado algún espectáculo para lograr la aprobación de Gloria, Anthony adoptó un aire de despreocupada suficiencia.

—Iremos a un buen *cabaret*.

—He estado en todos los de la ciudad.

—Bueno, encontraremos uno nuevo.

Gloria estaba de pésimo humor; eso era evidente. Sus ojos grises eran realmente de granito en aquel momento. Cuando no hablaba, se limitaba a mirar hacia delante, como si contemplara alguna desagradable abstracción localizada en el vestíbulo del hotel.

—De acuerdo, vámonos entonces.

Anthony la siguió —siempre grácil aunque fuese envuelta en pieles— hasta el

taxi y, con el tono de quien tiene en mente un lugar determinado, indicó al chófer que siguiera hasta Broadway y luego torciera en dirección sur. Hizo varios intentos de entablar conversación, pero como ella adoptó una impenetrable coraza de silencio y le contestó con frases tan adustas como la fría oscuridad del interior del taxi, Anthony abandonó la lucha y, adoptando un talante similar, se hundió en un mortecino abatimiento.

Después de recorrer una docena de manzanas de Broadway, los ojos de Anthony tropezaron con un desconocido anuncio luminoso de grandes proporciones en el que se leía la palabra «Marathon» en gloriosas letras amarillas, adornada con hojas y flores eléctricas que brillaban y se desvanecían alternativamente sobre la húmeda y resplandeciente calzada. Se inclinó hacia delante, dio unos golpes en el cristal de separación y un momento después el portero negro se acercó para informarles. Sí, era un *cabaret*. Un *cabaret* estupendo. ¡El mejor espectáculo de la ciudad!

—¿Lo intentamos?

Dando un suspiro, Gloria arrojó el cigarrillo por la portezuela abierta y se dispuso a seguirlo; luego pasaron bajo el rótulo que parecía dar gritos, bajo la amplia entrada, y finalmente llegaron gracias a un sofocante ascensor a aquel ignorado palacio de placeres.

Los alegres ambientes de los más ricos y de los más pobres, de los más elegantes y de los más delincuentes —para no mencionar a los más bohemios, tan explotados últimamente—, se dan a conocer a las asombradas colegialas de Augusta, en Georgia, y de Redwing, en Minnesota, no solo gracias a las fascinantes páginas dobles, cubiertas de fotografías, de los suplementos teatrales de los periódicos dominicales, sino también a través de los ojos sobresaltados y llenos de alarma de Mr. Rupert Hughes y otros cronistas del desquiciado caminar de América. Pero las excursiones de Harlem a Broadway, las picardías de los aburridos y las parrandas de los respetables se convierten en materia de saberes esotéricos, reservados únicamente a los mismos participantes.

Circula un rumor, y en el sitio discretamente mencionado se reúnen —los sábados y domingos por la noche— las clases bajas en reservas morales: los hombrecillos angustiados que las historietas de los periódicos designan como «el Consumidor» o «el Público». Previamente se han asegurado de que el lugar reúne estas tres condiciones: es barato; imita con una especie de rutinaria y vulgar nostalgia las resplandecientes decoraciones de los grandes cafés del distrito teatral; y, lo más importante, es un sitio adecuado para «llevar a una chica decente», lo que quiere decir, por supuesto, que todos ellos —gracias a la falta de dinero y de imaginación— se han convertido en seres igualmente inofensivos, tímidos y carentes de interés.

Ahí se reúnen los domingos por la noche gentes crédulas, sentimentales, mal pagadas y que trabajan más de la cuenta: contables, oficinistas, vendedores,

empleados de telégrafos, empleados de correos, empleados de banco, dependientes de tiendas de comestibles... Con ellos están sus mujeres, que ríen como colegialas, gesticulan exageradamente y resultan patéticamente presuntuosas; que engordarán en su compañía, les darán demasiados hijos y flotarán desvalidas y descontentas sobre un incoloro océano de tareas monótonas y esperanzas perdidas.

A estos *cabarets* chillones se les ponen nombres de coche cama. ¡El Marathon! No son para ellos los símiles salaces que proporcionan los cafés de París. Aquí es donde una dócil clientela trae a sus «chicas decentes», cuya famélica imaginación les predispone a creer gustosamente que el escenario es comparativamente alegre y bullicioso, e incluso hasta un poquito inmoral. ¡Esto es vivir! ¿A quién puede preocuparle el mañana?

¡Pobres gentes abandonadas!

Anthony y Gloria se sentaron y miraron a su alrededor. En la mesa vecina, a un grupo de cuatro se estaba incorporando otro de tres, dos hombres y una muchacha que llegaban evidentemente tarde; y los modales de la chica permitían hacer todo un estudio de sociología nacional. Le estaban presentando a los otros hombres, y fingía de la manera más desesperada. Mediante gestos, palabras y movimientos apenas perceptibles de los párpados fingía pertenecer a una clase un poco superior a aquella con la que ahora tenía que relacionarse; daba a entender que muy poco antes había formado parte de una atmósfera más elevada y selecta y que muy pronto volvería a esa situación superior. Resultaba casi penosamente refinada, y llevaba un sombrero del año anterior, cubierto con violetas tan anhelantemente pretenciosas y palpablemente artificiales como ella misma.

Fascinados, Anthony y Gloria contemplaron cómo la muchacha se sentaba y conseguía irradiar la impresión de que solo estaba condescendentemente presente. Para mí, decían sus ojos, esto es prácticamente una expedición a los barrios bajos, y exige inevitablemente risas de menosprecio y una actitud como de disculpa.

Y las otras mujeres también irradiaban apasionadamente la impresión de que a pesar de estar en una multitud no formaban parte de ella. Aquel no era el tipo de local al que estaban acostumbradas; habían entrado allí porque estaba a mano y resultaba conveniente: todos los grupos del restaurante irradiaban la misma impresión... quizá no fuera del todo falsa. Todos ellos cambiaban constantemente de clase: las mujeres casándose mejor de lo que presagiaban sus escasas oportunidades, los hombres hallando de repente una veta de opulencia mediante una campaña publicitaria suficientemente absurda o la divinización de un cucurucho para helados. Mientras tanto, se reunían allí para comer, cerrando los ojos al significado de indicios tales como el infrecuente cambio de los manteles, la indiferencia de los músicos y actores del *cabaret*, y sobre todo del descuido en la forma de hablar y exceso de familiaridad por parte de los camareros. Era evidente que aquellos camareros no tenían en gran

estima a sus clientes. Uno tenía la impresión de que muy pronto se sentarían con ellos a la mesa...

—¿Te parece mal esto? —preguntó Anthony.

El rostro de Gloria se animó, sonriendo por primera vez aquella noche.

—Me encanta dijo con toda franqueza. Era imposible poner en duda sus palabras.

Sus ojos grises vagaban de aquí para allá, deteniéndose, perezosos o despiertos, sobre cada grupo, para pasar luego al siguiente sin ocultar su satisfacción, de manera que Anthony tuvo ocasión de apreciar los diferentes méritos de su perfil, las expresiones maravillosamente vivas de su boca, y la auténtica distinción de rostro, figura y modales que hacían de ella una flor única entre aquella colección de fruslerías sin valor. Al presenciar su felicidad, un delicioso sentimiento inundó sus ojos, le hizo difícil la respiración, le provocó un hormigueo nervioso por todo el cuerpo y le llenó la garganta de una emoción robusta y vibrante. Se produjo un silencio en la sala. Los descuidados violines y saxófonos, las quejas chirriantes y agudas de un niño cercano, la voz de la chica con violetas en el sombrero de la mesa vecina, todo empezó a moverse lentamente, alejándose, hasta desaparecer como reflejos incorpóreos sobre el suelo resplandeciente; y ellos dos —le parecía a Anthony— estaban solos e infinitamente distantes, tranquilos. Seguramente la frescura de las mejillas de Gloria era la sutil proyección de una tierra de delicadas sombras todavía por descubrir; su mano, brillante sobre el mantel manchado, era una concha salida de un mar remoto y exóticamente virginal...

Luego la ilusión se quebró bruscamente como un hilo demasiado tenso; la sala se reagrupó de nuevo a su alrededor, voces, caras, movimiento; el resplandor chillón de las luces del techo se hizo real, prodigioso; se reanudó la lenta respiración que Gloria y él compartían con aquel dócil centenar de personas, el alzarse y descender de los pechos, la eterna y absurda acción e interacción, el eterno y absurdo arrojarse y repetir palabras y frases: todas estas cosas abrieron los sentidos de Anthony a la sofocante presión de la vida; y finalmente le llegó la voz de ella, fresca como el sueño en suspenso que Anthony había dejado atrás.

—Este es mi sitio —murmuró ella—. Soy como esta gente.

Por un instante, a Anthony le pareció aquello una sardónica e innecesaria paradoja, arrojada a través de la distancia infranqueable que Gloria creaba a su alrededor. Su embelesamiento se había hecho más profundo; tenía los ojos fijos en un violinista semítico que balanceaba los hombros al ritmo del fox-trot más acaramelado del año:

*Something... goes
Ring-a-ting-a-ling-a-ling
Right in your ear ...*

Gloria habló de nuevo, desde el centro de aquella ilusión suya que lo llenaba todo. Anthony se sintió lleno de asombro. Era como oír una blasfemia de la boca de un niño. —Soy como ellos; soy como las linternas japonesas y las tiras de papel, y como la música de esa orquesta.

—¡Eres una joven estúpida! —exclamó él con vehemencia.

—No, no es cierto. Soy como ellos... Tendrías que verme... No me conoces. — Gloria vaciló y sus ojos se volvieron hacia él, deteniéndose bruscamente, como finalmente sorprendida de verlo allí—. Tengo una veta de eso que tú llamarías mezquindad. No sé de dónde procede, pero está ahí... cosas como esta y colores vistosos y vulgaridad chillona. Este parece ser mi sitio. Esas personas podrían apreciarme y considerarme como una más, y esos hombres se enamorarían de mí y me admirarían, mientras que los tipos inteligentes que conozco se limitan a analizarme y a decir que soy esto por esta razón o que soy aquello por aquella otra razón.

Anthony, de momento, deseaba pintarla más que ninguna otra cosa, fijarla tal como era, tal como con cada inevitable segundo dejaría de ser para siempre.

—¿En qué pensabas? —preguntó ella.

—Tan solo que no soy realista — dijo él, y añadió—: No; solo el romántico preserva las cosas que merecen ser preservadas.

Surgida del profundo refinamiento de Anthony se estaba formando la convicción, que nada tenía de atávica u oscura y que, incluso, apenas era física (convicción ligada a las fantasías de muchas generaciones de mentes), de que mientras Gloria hablaba, mientras se le quedaba mirando y movía aquella exquisita cabeza suya, le conmovía como nada le había conmovido nunca antes. La envoltura que contenía su alma había adquirido significado: eso era todo. Gloria era un sol radiante, que crecía recogiendo luz y almacenándola, para luego, al cabo de una eternidad, derramarla con una mirada, con el fragmento de una frase, sobre aquella parte de sí mismo que valoraba por encima de todo la belleza y la ilusión.

3. Experto en besos

DESDE sus días de director del *Harvard Crimson* en la universidad, Richard Caramel había sentido deseos de escribir. Pero en su último año de estudiante se había dejado seducir por el espejismo de que algunos hombres estaban llamados a «servir» y que, al lanzarse al mundo, habían de llevar a cabo un algo impreciso pero muy ansiado que, a su vez, tendría como efecto una eterna recompensa o, al menos, la satisfacción personal de haber procurado el mayor bien posible para el mayor número posible de seres humanos.

Este ideal ha arrullado durante mucho tiempo a las universidades americanas. Surge, por regla general, ligado a la inmadurez y a las impresiones superficiales del primer curso; a veces, incluso, en los últimos años de bachillerato. Prósperos apóstoles conocidos por su emotiva manera de predicar recorren las universidades y, asustando a las mansas ovejas y embotando el despertar de la curiosidad intelectual que es el fin de toda educación, destilan un misterioso sentimiento de pecado mediante su insistencia en los delitos de la infancia y en la omnipresente amenaza de las «mujeres». A estas conferencias acuden los jóvenes revoltosos a reírse y a hacer chistes y los tímidos a tragarse las sabrosas píldoras, píldoras que no harían ningún daño si se recetaran a mujeres de granjeros o a devotos mancebos de botica, pero que se convierten en medicina más bien peligrosa para estos «futuros dirigentes».

Esta enfermedad resultó ser lo suficientemente contagiosa como para afectar a Richard Caramel, logrando que empleara el primer año después de terminar sus estudios perdiendo el tiempo en los suburbios de Nueva York, junto con un grupo de perplejos italianos, como secretario de una Asociación para el Auxilio de Jóvenes Extranjeros. Trabajó en aquello más de un año antes de que la monotonía de sus tareas acabara por desanimarlo. Los extranjeros seguían llegando, inagotables — italianos, polacos, escandinavos, checos, armenios—, con los mismos agravios, con los mismos rostros extraordinariamente desagradables y hasta con los mismos olores, aunque Richard tenía la impresión de que estos últimos crecían en intensidad y se iban diversificando con el paso de los meses. Sus conclusiones finales sobre la utilidad del «servicio a los demás» fueron algo imprecisas, pero tajantes en lo relativo

a su personal dedicación. Cualquier joven de buena voluntad, en cuya mente resonaran aún los ecos de la última cruzada evangélica, estaba en condiciones de conseguir tantos éxitos como él con los desechos de Europa... y ya era hora de que Richard Caramel empezara a escribir.

Había estado viviendo en un establecimiento del YMCA en el centro de la ciudad, pero cuando abandonó la tarea de redimir a los irredimibles, se trasladó a la parte alta de Nueva York y entró a trabajar inmediatamente como reportero del Sun. Se dedicó a esto durante un año, escribiendo de manera esporádica en los ratos libres, con muy poco éxito, hasta que cierto día un desafortunado incidente concluyó con brusquedad su carrera periodística. Una tarde de febrero se le asignó la confección de un reportaje sobre el desfile del Escuadrón A de la policía municipal. Ante la amenaza de una tormenta de nieve, Richard optó por dormirse delante de un buen fuego, y cuando despertó produjo una columna muy bien escrita sobre el apagado resonar de los cascos de los caballos sobre la nieve... y procedió a entregarla en el periódico. A la mañana siguiente, al director de la sección municipal le llegó un ejemplar del diario con el artículo de Caramel encuadrado en rojo y una breve nota explicatoria: «Despida a la persona que escribió esto». Al parecer, el Escuadrón A también se había percatado de que amenazaba nieve, y optado por posponer el desfile hasta otro día.

Una semana después Richard empezó *El amante demoníaco...*

En enero, el lunes de los meses, la nariz de Richard Caramel estaba de color azul constantemente, un azul sardónico, que hacía pensar vagamente en llamas envolviendo a un pecador. Su libro estaba casi listo, y a medida que crecía en extensión parecía crecer también en exigencias, exprimiéndolo, subyugándolo, y Richard se limitaba a ir en seguimiento de su obra, demacrado y vencido. Caramel no confiaba sus esperanzas, fanfarronadas e indecisiones únicamente a Anthony y Maury, sino a cualquiera que conseguía convencer para que lo escuchara. Richard visitaba a corteses pero desconcertados editores y discutía su libro con cualquier persona que se le ponía enfrente en el Harvard Club; Anthony llegaba incluso a asegurar que se le había visto, un domingo por la noche, debatiendo la transposición del capítulo segundo con un revisor aficionado a la literatura en los fríos y deprimentes recovecos de una estación de metro en Harlem. Y la última de sus confidentes era mistress Gilbert, que se pasaba con él las horas muertas alternando entre bilfismo y literatura en un intenso fuego cruzado. —Shakespeare era bilfista — aseguraba la madre de Gloria, obsequiando a su interlocutor con una imperturbable sonrisa—. ¡Sí, sí! Era bilfista. Está demostrado.

Dick tendía a desconcertarse un poco ante aquello.

—Si has leído Hamlet, lo has tenido que notar forzosamente.

—Bueno, Shakespeare... vivió en una época más crédula... más religiosa.

Pero mistress Gilbert no se conformaba con tan poco.

—Sí, sí, claro, pero en realidad el bilfismo no es una religión. Es la ciencia de las religiones —explicaba con sonrisa desafiante. Aquella era la frase feliz de su credo. Había algo en la disposición de las palabras que se apoderaba de su mente de tal forma que la afirmación quedaba por encima de cualquier necesidad de definirse a sí misma. No es improbable que mistress Gilbert hubiese aceptado cualquier idea que encajara en aquella fórmula radiante, que quizá no fuera una fórmula, sino la reducción al absurdo de todas las fórmulas.

Finalmente, pero con gran esplendor, le llegaba su oportunidad a Dick.

—Has oído hablar del nuevo movimiento poético, ¿verdad? ¿No lo conoces? Se trata de un grupo de jóvenes poetas que están rompiendo con las viejas formas y haciendo mucho bien. Bueno, lo que yo iba a decir es que mi libro va a iniciar un nuevo movimiento en la prosa, una especie de renacimiento.

—Estoy segura de que así será —dijo mistress Gilbert rebotante de felicidad—. Estoy completamente segura. Fui a ver a Jenny Martin el martes pasado, ya sabes, la quiromántica que tanto le gusta ahora a todo el mundo. Le dije que mi sobrino estaba escribiendo una obra y ella respondió que sin duda me gustaría saber que iba a tener un éxito extraordinario. Pero no te ha visto nunca ni sabe nada de ti... ni siquiera cómo te llamas.

Después de emitir los sonidos apropiados para expresar su asombro ante aquel sorprendente fenómeno, Dick apartó a un lado el tema propuesto por su tía como si él fuera un arbitrario guardia de tráfico y, por así decirlo, hizo señas a su propio tráfico para que avanzara.

—Estoy totalmente enfrascado, tía Catherine —le aseguró a mistress Gilbert—. Te lo aseguro. Todos mis amigos me toman el pelo... sí, claro, me doy cuenta de que tiene un lado humorístico y no me importa. Creo que todo el mundo debe saber aceptar una broma. Pero a mí me mantiene una especie de convicción —concluyó sombríamente.

—Siempre digo que tienes un alma antigua.

—Quizá sea así. —Dick había llegado a la etapa en que dejaba de luchar y se sometía. Tenía que tener un alma antigua, supuso ridículamente; tan antigua como para estar absolutamente podrida. Sin embargo, la repetición de la frase todavía le causaba cierta turbación y desagradables escalofríos por la espalda. Así que cambió de tema.

—¿Dónde está mi distinguida prima Gloria?

—Ha ido con alguien a algún sitio.

Dick hizo una pausa, meditó, y luego, torciendo la cara en una mueca que empezó siendo una sonrisa pero que terminó en un terrorífico fruncimiento de entrecejo, permitió que saliera de su boca el siguiente comentario:

—Creo que mi amigo Anthony Patch está enamorado de ella.

Mistress Gilbert se sobresaltó, sonrió satisfecha medio segundo demasiado tarde, y dejó escapar un «¿Es cierto?» en el tono susurrante adecuado para una obra policíaca.

—Al menos eso opino yo —corrigió Dick muy seriamente—. Nunca lo he visto salir tan asiduamente con otras chicas.

—Por supuesto —dijo mistress Gilbert con meticulosa indiferencia—. Gloria nunca se confía conmigo. Es una chica muy reservada. Entre tú y yo —se inclinó hacia delante con muchas precauciones, claramente decidida a que tan solo el cielo y su sobrino fuesen partícipes de su confesión—, entre tú y yo, me gustaría verla casada.

Dick se puso en pie y recorrió la habitación con pasos rápidos: un joven de corta estatura, activo, un tanto regordete, con las manos metidas en los abultados bolsillos de la chaqueta.

—No pretendo estar en lo cierto, compréndelo —le aseguró al grabado en acero que le sonreía con afectación—. No te cuento esto porque quiera que Gloria lo sepa. Pero creo que el Loco Anthony está interesado, y muchísimo. Habla de ella constantemente. En cualquier otro eso sería una mala señal.

—Gloria tiene un alma muy joven... —empezó mistress Gilbert animadamente, pero su sobrino la interrumpió con una frase a gran velocidad:

—Gloria sería una estúpida muy joven si no se casara con él. —Luego se detuvo y se encaró con ella, su expresión un campo de batalla de líneas y hoyuelos, comprimidos y forzados hasta el máximo de sus posibilidades, como queriendo compensar con sinceridad cualquier posible indiscreción de sus palabras—. Gloria es una criatura de mucho cuidado, tía Catherine. No hay manera de controlarla. No sé cómo lo ha hecho, pero últimamente se ha buscado un grupo de amigos curiosísimos. No parece importarle. Y los tipos con los que solía pasearse por Nueva York eran... —Dick hizo una pausa para respirar.

—Sí, sí, sí —intervino mistress Gilbert, en un débil intento de ocultar el inmenso interés con que lo escuchaba.

—Bueno —continuó Richard Caramel con gran seriedad—, eso es lo que pasa.

Quiero decir que los tipos, y en general todas las personas con las que salía, eran de primera clase. Ahora no lo son.

Mistress Gilbert parpadeó muy deprisa; su pecho tembló, se alzó, manteniéndose así durante un instante, y al expulsar el aire sus palabras fluyeron también en un torrente.

Lo sabía, susurró; sí, claro, las madres se dan cuenta de estas cosas. Pero ¿qué podía hacer ella? Richard conocía bien a Gloria. Sabía lo suficiente como para no ignorar que era imposible razonar con su hija. Gloria había estado muy mimada,

mucho más de lo corriente, desde luego. Por ejemplo, le habían seguido dando de mamar hasta los tres años, cuando probablemente ya estaba en condiciones de comer de todo. Quizá —nunca se sabe— era eso lo que había dado salud y aguante a toda su personalidad.

Y luego, desde que cumplió los doce, había tenido tantos chicos a su alrededor... tantos que casi era imposible moverse. A los dieciséis empezó a ir a los bailes en los institutos, y después a los de las universidades; y dondequiera que Gloria iba aparecían chicos y más chicos. Al principio, bueno, hasta que cumplió dieciocho, hubo tantos que ninguno parecía destacar sobre los demás, pero luego empezó a escoger.

Mistress Gilbert estaba al tanto de la existencia de toda una cadena de amoríos a lo largo de tres años, quizá una docena en total. Algunas veces habían sido universitarios; otras, chicos con la carrera recién terminada; cada uno duraba varios meses por término medio, con aventuras más breves entre medias. En una o dos ocasiones las relaciones se habían prolongado más y la madre de Gloria había albergado la esperanza de que llegara a prometerse en matrimonio, pero siempre aparecía un nuevo chico, y luego otro...

¿Sus admiradores? Los hacía desgraciados, literalmente. Tan solo hubo uno que mantuviera una actitud relativamente digna, pero no era más que un niño, el joven Carter Kirby, de Kansas City, tan engreído que se había marchado una tarde empujado únicamente por su vanidad y al día siguiente salió para Europa con su padre. Los demás habían sufrido mucho. Nunca parecían darse cuenta de cuándo Gloria estaba ya cansada de ellos, y por otra parte la muchacha se mostraba muy pocas veces deliberadamente cruel. La seguían telefoneando, escribiéndole cartas, tratando de verla, haciendo largos viajes para seguirla por todo el país. Algunos habían hecho confidencias a mistress Gilbert, explicándole con lágrimas en los ojos que nunca podrían olvidarse de Gloria... pero al menos dos de ellos ya se habían casado... Ella, desde luego, parecía tirar a matar: Mr. Carstairs continuaba telefoneando una vez por semana y mandándole flores que Gloria ya no se molestaba en rechazar.

Mistress Gilbert estaba al tanto de que en varias ocasiones —por lo menos en dos— Gloria había llegado incluso a decir que sí: una vez a Tudor Baird y otra a un tal Holcome, en Pasadena. Mistress Gilbert estaba segura porque —aquello no debía salir de la habitación— ella volvió a casa inesperadamente y se encontró a Gloria comportándose, bueno, como alguien que ya ha dado el sí. Mistress Gilbert no había hablado con su hija, claro está. No le parecía del todo delicado y, además, estaba convencida en cada ocasión de que tardarían muy poco tiempo en anunciar públicamente su compromiso. Pero el anuncio nunca llegaba a producirse; lo que llegaba, en cambio, era un muchacho distinto.

¡Escenas! ¡Jóvenes paseándose por la biblioteca como tigres enjaulados! ¡Jóvenes lanzándose miradas feroces en el vestíbulo cuando uno llegaba y el otro se iba! ¡Jóvenes que seguían llamando por teléfono hasta que finalmente no quedaba otro remedio que colgar, interrumpiendo la comunicación! ¡Jóvenes que amenazaban con marcharse a Sudamérica...! ¡Jóvenes escribiendo las cartas más patéticas imaginables! (Tía Catherine no dijo nada en este sentido, pero Dick imaginó que sus ojos se habían posado sobre algunas de aquellas cartas).

... Y Gloria, entre lágrimas y risas, pesarosa, alegre, indiferente y enamorada, desgraciada, nerviosa, serena, en medio de una complicada devolución de regalos, trueque de fotografías en marcos inmemoriales, tomando baños calientes, dispuesta a empezar de nuevo... con el siguiente.

Esta situación se prolongó hasta adquirir un aire de permanencia. Nada hería, ni cambiaba, ni conmovía a Gloria. Hasta que, de pronto, un buen día, informó a su madre de que los universitarios la aburrían.

No volvería nunca a un baile en la universidad.

De esta forma había empezado el cambio... cambio no tanto en sus costumbres —porque seguía bailando y saliendo igual que antes— como en su actitud. Hasta entonces todo había sido una cuestión de orgullo, de vanagloria. Gloria había sido, probablemente, la joven belleza más celebrada y solicitada del país. ¡Gloria Gilbert de Kansas City! Ella se había alimentado de toda aquella admiración sin el menor miramiento, disfrutando de las multitudes a su alrededor, de cómo se fijaban en ella los hombres más atractivos, de los celos de las otras chicas; disfrutando de los fabulosos, por no decir escandalosos y (su madre se alegraba de poder desmentirlo) totalmente infundados rumores acerca de ella: por ejemplo, que una noche se había lanzado a la piscina de Yale con un traje de gasa.

Y después de disfrutar de todo ello con una vanidad que era casi masculina —había tenido todas las características de una deslumbrante carrera llena de triunfos—, el interés de Gloria se transformó repentinamente en estético, apartándose del mundo. Ella, que había sido la figura central en incontables fiestas, que se había deslizado llena de fragancia por innumerables salones de baile recogiendo el delicado tributo de tantos ojos, daba la impresión de haber perdido por completo el interés. A los que ahora se enamoraban de ella los despedía sin contemplaciones, casi enfadada. Salía sin oponer resistencia con los hombres más insignificantes. Rompía compromisos continuamente, no como en el pasado, debido a un sereno convencimiento de que no podía hacersele ningún reproche, de que el hombre al que insultaba volvería a ella como un animal doméstico, sino indiferentemente, sin desprecio ni orgullo. Raras veces se enfadaba con sus admiradores: se limitaba a bostezar en su presencia. A su madre le parecía —y era algo muy extraño— que se estaba convirtiendo en una mujer fría.

Richard Caramel escuchaba. Al principio permaneció de pie, pero al ver que el largo monólogo de su tía iba adquiriendo más contenido (aquí aparece reducido a la mitad, sin todas las referencias marginales a la juvenil alma de Gloria y a las angustias mentales de la propia mistress Gilbert) se apoderó de una silla y estuvo pendiente de sus palabras mientras la otra se deslizaba, entre lágrimas y quejas de impotencia, por la larga historia de la vida de Gloria. Cuando mistress Gilbert llegó finalmente al relato de aquel último año, a la historia de las colillas dejadas por todo Nueva York en ceniceros con inscripciones como «Midnight Frolic» y «Justine Johnson's Little Club», Richard empezó a asentir con la cabeza, primero despacio, luego cada vez más deprisa, hasta que, mientras ella concluía su narración con voz entrecortada, el balanceo era ya tan desenfrenado que hacía pensar absurdamente en la cabeza de un muñeco articulado con alambre, y podía significar... casi cualquier cosa.

En cierto sentido el pasado de Gloria era una vieja historia para él. Lo había seguido con ojos de periodista, porque estaba decidido a escribir un libro sobre ella algún día. Pero en el momento presente su interés era exclusivamente familiar. Quería saber, específicamente, quién era aquel Joseph Bloeckman que había visto acompañando a Gloria en varias ocasiones; y aquellas dos muchachas que iban siempre con ella, «una tal» Rachel Jerryl y «cierta» miss Kane: ¿estaba claro que miss Kane no era de las personas que a uno se le ocurriría asociar con Gloria!

Pero el momento había pasado. Mistress Gilbert, después de ascender la colina de las confidencias, se disponía a deslizarse cuesta abajo a toda prisa por el trampolín del derrumbamiento. Sus ojos eran como un cielo azul visto a través de dos redondos marcos de ventana pintados de rojo. Le temblaba la boca.

Y en aquel momento se abrió la puerta, dando paso a Gloria y a las dos jóvenes recientemente mencionadas.

Dos mujeres jóvenes

—¡Vaya!

—¿Qué tal está usted, mistress Gilbert?

Miss Kane y miss Jerryl son presentadas a Mr. Richard Caramel.

—Este es Dick (risas).

—He oído hablar muchísimo de usted —dice miss Kane, entre una risita y un grito.

—¿Qué tal está usted? —dice miss Jerryl tímidamente.

Richard Caramel trata de moverse por la habitación como si su figura fuese mejor

de lo que es. Se encuentra dividido entre su innata cordialidad y el hecho de que considera bastante vulgares a estas chicas... muy lejos del tipo Farmover, el centro de enseñanza donde había estudiado su prima.

Gloria ha desaparecido en el dormitorio.

—Haced el favor de sentaros —sonríe amablemente mistress Gilbert, que ya se ha recuperado por completo—. Quitaos los abrigos.

Dick teme que su tía haga algún comentario sobre la edad de su alma, pero olvida sus aprensiones mientras realiza un examen concienzudo, como corresponde a un novelista, de ambas jóvenes.

Muriel Kane procedía de una familia en alza de East Orange. Era baja más que pequeña, y se hallaba audazmente situada entre la redondez y la gordura descarada. Tenía el pelo negro y llevaba un peinado muy complicado. Esto, en unión de sus hermosos ojos, algo bovinos, y de sus labios encendidos, contribuía a darle un parecido con Theda Bara, la conocida actriz cinematográfica. La gente le decía constantemente que era una vampiresa, y ella se lo creía. Abrigaba la esperanza de que le tuvieran miedo, y hacía siempre todo lo que podía en cualquier circunstancia para dar impresión de peligro. Un hombre con imaginación era capaz de ver la bandera roja que miss Kane llevaba siempre consigo, agitándola con gran violencia, suplicante, pero, a decir verdad, sin obtener éxitos espectaculares. También estaba tremendamente al día: conocía las últimas canciones, todas las últimas canciones; cuando cualquiera de ellas sonaba en el fonógrafo se ponía en pie, movía los hombros hacia atrás y hacia delante y chasqueaba los dedos; y si faltaba la música se acompañaba a sí misma tarareando.

Su conversación también estaba muy al día.

—No me importa —decía—; las preocupaciones me echarían a perder la figura. —Y enseguida—: No puedo tener los pies quietos cuando oigo esta melodía. ¡Vamos, chico!

Sus uñas eran demasiado largas y cuidadas, brillantadas hasta conseguir un extraño color rosado, como de fiebre. Llevaba una ropa demasiado ajustada, demasiado a la moda, de colores demasiado intensos; sus ojos resultaban demasiado pícaros, su sonrisa demasiado modesta. Toda ella casi no era otra cosa que una penosa exageración de pies a cabeza.

La otra muchacha tenía, evidentemente, una personalidad más sutil. Era una judía exquisitamente vestida, de cabellos oscuros y cutis lechosamente pálido. Parecía tímida y llena de dudas, y esas dos características acentuaban cierto delicado encanto que flotaba a su alrededor. Su familia era «episcopaliana», poseía tres boutiques muy elegantes en la Quinta Avenida, y vivía en un magnífico apartamento de Riverside Drive. A Dick le dio la impresión, al cabo de unos momentos, de que trataba de imitar a Gloria, y se preguntó por qué invariablemente todo el mundo quería imitar a las

personas inimitables.

—¡Ha sido de lo más excitante! —estaba exclamando Muriel con gran entusiasmo—. Había una mujer muy rara detrás de nosotras en el autobús. ¡Completamente loca, estoy segura! No hacía más que hablar consigo misma sobre algo que le gustaría hacerle a alguien o algo parecido. Yo estaba muerta de miedo, pero Gloria, simplemente, no quería apearse.

Mistress Gilbert abrió la boca, convenientemente sorprendida.

—¿De verdad?

—Estaba completamente loca, desde luego. Pero no había razón para preocuparse, no nos hizo ningún daño. ¡Qué fea era, cielo santo! El hombre que estaba enfrente dijo que su cara le iría bien a una enfermera del turno de noche en una residencia para ciegos, y nos dio un ataque de risa, claro, así que el tipo aquel trató de ligar con nosotras.

Gloria salió enseguida de su dormitorio, y todas las miradas se volvieron hacia ella al unísono. Las otras dos muchachas retrocedieron a un oscuro segundo plano sin que nadie se diera cuenta ni las echara de menos.

—Hemos estado hablando de ti —dijo rápidamente—, tu madre y yo.

—Vaya —dijo Gloria.

Un silencio... Muriel se volvió hacia Dick.

—Usted es un gran escritor, ¿no es cierto?

—Soy escritor —reconoció él tímidamente.

—Siempre digo —continuó Muriel hablando con mucha seriedad— que si alguna vez tuviera tiempo de escribir todas mis experiencias conseguiría un libro maravilloso.

Rachel dejó escapar una risita aprobatoria; la inclinación de cabeza de Richard Caramel resultó casi majestuosa.

—Pero lo que no entiendo —siguió Muriel— es cómo puede usted sentarse y escribir. ¡Y poesía! Señor, ¡yo no consigo hacer que rimen dos líneas, aunque no creo que eso deba preocuparme!

Richard Caramel apenas logró sofocar una carcajada. Gloria masticaba una pastilla de goma de tamaño sorprendente con la mirada fija en la ventana y expresión de malhumor. Mistress Gilbert se aclaró la garganta, animándose de repente.

—Lo que sucede —dijo, haciendo una especie de comentario con valor universal—, es que no tienes un alma antigua, como Richard.

El poseedor del Alma Antigua respiró aliviado: ya no tenía que preocuparse, la frase estaba dicha.

Luego, como si hubiera estado meditándolo durante cinco minutos, Gloria hizo una repentina declaración:

—Voy a dar una fiesta.

—¿Vas a invitarme? —exclamó Muriel con burlona audacia.

—Será una cena. Siete personas: Muriel, Rachel y yo; y tú, Dick, y Anthony, y ese amigo vuestro, Noble, que me fue muy simpático... y Bloeckman.

Muriel y Rachel cayeron en suaves y runruneantes éxtasis de entusiasmo. Mistress Gilbert parpadeó y sonrió luego con expresión radiante. Con aire indiferente, Dick intervino para preguntar:

—¿Quién es ese tal Bloeckman, Gloria?

Advirtiendo indicios de hostilidad, Gloria se volvió hacia él.

—¿Joseph Bloeckman? Trabaja en el cine. Vicepresidente de Films Par Excellence. Mi padre y él hacen muchos negocios juntos.

—Ah.

—Bueno, ¿vendréis o no vendréis?

Todos dijeron que sí. Se fijó una fecha para aquella misma semana. Dick se levantó, se puso el sombrero, el abrigo y la bufanda, y obsequió a todos por igual con una sonrisa.

—Hasta pronto —dijo Muriel, agitando la mano alegremente—, llámame por teléfono uno de estos días.

Richard Caramel se sonrojó por ella.

El deplorable fin del Chevalier O'Keefe

Era lunes y Anthony llevó a Geraldine Burke a almorzar al Beaux Arts; después subieron a su apartamento y el joven Patch sacó el carrito donde guardaba las bebidas alcohólicas, y escogió vermut, ginebra y ajeno para preparar el adecuado estimulante.

Geraldine Burke, la acomodadora de Keith's, le había servido de distracción durante varios meses. Geraldine pedía tan poco que Anthony estaba encantado con ella; y es que el joven Patch, desde que, a raíz de un lamentable flirteo con una chica de la buena sociedad el verano anterior, había descubierto que después de media docena de besos se consideraba de rigor una proposición matrimonial, se mostraba muy cauteloso con las chicas de su misma clase. No costaba ningún trabajo contemplar con ojo crítico sus imperfecciones: algún defecto en su apariencia física o una falta generalizada de delicadeza personal; pero a una acomodadora de Keith's era posible verla con una actitud diferente. Al propio criado se le pueden tolerar peculiaridades que serían imperdonables en un simple conocido de nuestra misma clase social.

Geraldine, acurrucada al pie del sofá, contemplaba a Anthony con ojos sesgados,

apenas entreabiertos.

—Bebes todo el tiempo, ¿no es verdad? —dijo de repente.

—Bueno, supongo que sí —replicó Anthony, un tanto sorprendido—. ¿Tú no?

—Ni hablar. Voy a fiestas algunas veces, ya sabes, cosa de una vez a la semana, pero solo tomo dos o tres copas. Tú y tus amigos bebéis todo el tiempo. Juraría que te estás echando a perder la salud.

Anthony se sintió un tanto conmovido.

—Vaya, eres muy amable preocupándote por mí.

—Claro que me preocupo.

—No creas que bebo tanto —declaró él—. El mes pasado no probé ni una gota durante tres semanas. Solo me pongo realmente alegre una vez por semana, más o menos.

—Pero bebes todos los días y solo tienes veinticinco años. ¿Note queda ninguna ambición? ¿Has pensado en lo que serás a los cuarenta?

—Confío sinceramente en no vivir hasta entonces.

Geraldine chasqueó la lengua.

—¡Estás completamente loco! —dijo, mientras Anthony se preparaba otro cóctel; luego, añadió—: ¿Tienes algo que ver con Adam Patch?

—Sí, es mi abuelo.

—¿De verdad? —Estaba claramente emocionada.

—¡Pues claro!

—Eso tiene gracia. Mi padre trabajaba para él.

—Es un viejo muy raro.

—¿Es simpático? —preguntó ella.

—Bueno, en la vida privada casi nunca es innecesariamente desagradable.

—Cuéntame algo de él.

—Veamos —reflexionó Anthony—: Está completamente arrugado y le queda un resto de cabellos grises que, por alguna razón, siempre parecen arremolinados por el viento. Es una persona muy moral.

—Ha hecho mucho bien —dijo Geraldine con extraordinaria seriedad.

—¡Qué tontería! —se burló Anthony—. No es más que un necio pomposo con cabeza de chorlito.

La mente de Geraldine abandonó el tema y revoloteó en otra dirección.

—¿Por qué no vives con él?

—¿Por qué no me hospedo en una rectoría metodista?

—¡Estás completamente loco!

De nuevo Geraldine chasqueó suavemente la lengua para expresar su desaprobación. Anthony pensó en lo terriblemente moral que era aquella niñita perdida, y en lo moral que seguiría siendo después de que llegara la ola que

inevitablemente la apartaría de las playas de la respetabilidad.

—¿Odias a tu abuelo?

—Es una pregunta que me hago a mí mismo. Nunca lo he querido. Nunca se quiere a las personas que hacen cosas por ti.

—¿Te odia él a ti?

—Mi querida Geraldine —protestó Anthony, frunciendo el entrecejo burlonamente—, haz el favor de tomarte otro cóctel. Le resulto molesto. Si fumo un cigarrillo, entra en la habitación arrugando la nariz. Es beato, pelma y algo hipócrita. Probablemente no te diría esto si no me hubiese bebido unas cuantas copas, pero no creo que tenga importancia.

El interés de Geraldine era muy tenaz. Sostenía la copa —que aún no había tocado— entre el índice y el pulgar mientras contemplaba a Anthony con ojos vagamente reverentes.

—¿Por qué lo llamas hipócrita?

—Bueno —dijo Anthony con tono impaciente—, quizá no lo sea. Pero no le gustan las cosas que a mí me gustan, y por lo tanto, en lo que a mí se refiere, es una persona sin interés.

—¡Hummm! —Su curiosidad parecía finalmente satisfecha. Geraldine se hundió en el sofá y bebió un sorbo del cóctel.

—Eres un tipo curioso —comentó con aire pensativo—. ¿Todas las chicas se quieren casar contigo porque tienes un abuelo rico?

—No, pero no se lo echaría en cara si lo hicieran. De todas formas, no tengo intención de casarme.

Geraldine se burló de aquello.

—Te enamorarás cualquier día. Claro que sí... estoy segura —dijo, moviendo la cabeza con profunda sabiduría.

—Sería estúpido tener demasiada confianza en uno mismo. Eso es lo que acabó con el Chevalier O'Keefe.

—¿Quién era ese?

—Un ser inventado por mí. El Caballero es la más auténtica de mis creaciones.

—¡Loco de remate! —murmuró ella complacida, utilizando otra vez la tosca escala de cuerda con la que atravesaba todos los vacíos y se colocaba a la altura de sus superiores en inteligencia.

Subconscientemente, Geraldine sentía que así eliminaba distancias y ponía de nuevo a su alcance a la persona cuya imaginación se le escapaba.

—¡No! —protestó Anthony—, nada de eso, Geraldine. No tienes que jugar a ser la alienista del Caballero. Si no te sientes capaz de entenderlo, no lo traeré a tu presencia. Además, me sentiría un tanto incómodo debido a su lamentable reputación.

—Creo que estoy en condiciones de entender cualquier cosa que tenga sentido —

contestó Geraldine, un tanto irritada.

—En ese caso, hay varios episodios en la vida del Caballero que pueden resultar entretenidos.

—¿Por ejemplo?

—Ha sido su prematura desaparición lo que me ha hecho pensar en él como tema adecuado para esta conversación. Me desagrada presentarlo por el final, pero parece inevitable que el Caballero entre de espaldas en tu vida.

—Bueno, ¿qué pasa con él? ¿Es que murió?

—¡Ya lo creo que sí! Y de esta manera: era irlandés, Geraldine, un irlandés seminovelesco: del tipo bravío con acento de persona bien nacida y pelirrojo. Marchó al exilio en los últimos tiempos de la caballería y, por supuesto, fue a parar a Francia. Ahora bien, Geraldine, el Chevalier O'Keefe tenía, al igual que yo, una debilidad. Le impresionaban profundamente las mujeres de toda clase y condición. Además de sentimental, era romántico, vanidoso, un hombre de pasiones desatadas, que no veía bien con un ojo y estaba casi completamente ciego del otro. Así que un varón vagabundeando por el mundo en estas condiciones está tan indefenso como un león sin dientes, y, lógicamente, el Caballero sufrió muchísimo durante veinte años a manos de una serie de mujeres que lo odiaron, lo utilizaron, lo aburrieron, lo irritaron, lo enfermaron, se gastaron su dinero y lo pusieron en ridículo: en resumen, y para utilizar la expresión mundana, lo amaron apasionadamente.

»Esto era un desastre, y como el Caballero, con la excepción de esta debilidad, de esta excesiva impresionabilidad, era un hombre con penetración, decidió librarse de una vez por todas de estas continuas sangrías a que se veía sometido. Con ese propósito se dirigió a un famosísimo monasterio de Champagne llamado... bueno, conocido, de manera anacrónica, con el nombre de San Voltaire. La regla de San Voltaire era que ningún monje descendiera jamás al piso bajo del monasterio y que se dedicara al rezo y a la contemplación en una de sus cuatro torres, que llevaban los nombres de los cuatro mandamientos de la regla monástica: Pobreza, Castidad, Obediencia y Silencio.

»Cuando llegó el día que iba a presenciar la despedida del mundo del Caballero, mi héroe se sentía completamente feliz. Regaló todos sus libros en griego a su patrona, y envió su espada con funda de oro al rey de Francia; en cuanto a sus recuerdos de Irlanda, se los dio al joven hugonote que vendía pescado en la calle donde él se hospedaba.

»Luego cabalgó hasta San Voltaire, mató a su caballo a la puerta del monasterio y entregó el cuerpo al cocinero.

»Aquella noche a las cinco, el Caballero se sintió, por primera vez, libre del sexo para siempre. Ninguna mujer podía entrar en el monasterio, ni monje alguno bajar más allá del segundo piso. Así que mientras subía la escalera de caracol que lo

llevaba a su celda en lo más alto de la Torre de la Castidad, se detuvo un momento junto a una ventana abierta, quince metros por encima del camino que se extendía a sus pies. Era todo tan hermoso, pensó el Caballero; aquel mundo que estaba a punto de abandonar, la lluvia dorada del sol sobre las mieses, la mancha de árboles a lo lejos, los viñedos, tranquilos y verdeantes, avivando el paisaje en muchas millas a la redonda... El Caballero apoyó los codos en el alféizar de la ventana y contempló el camino que serpenteaba a sus pies.

»Pero sucedió que en aquel momento, Thérèse, una campesina de dieciséis años de una aldea vecina, pasaba por el mismo camino a la altura del monasterio. Cinco minutos antes, el trozo de cinta que mantenía estirada una de sus medias se había gastado por completo, rompiéndose. Como era una muchacha extraordinariamente modesta, pensó en esperar hasta que llegara a su casa para reparar el desperfecto, pero le estaba resultando tan molesto que no pudo aguantarse por más tiempo. De manera que, cuando pasaba bajo la Torre de la Castidad, se detuvo y con un gesto gracioso se alzó la falda —lo menos posible, dicho sea en descargo suyo— para ajustarse la liga.

»En lo alto de la torre, el último llegado al antiguo monasterio de San Voltaire, como arrastrado hacia delante por una irresistible y gigantesca mano, se asomó a la ventana, y siguió asomándose cada vez más hasta que, repentinamente, uno de los sillares se aflojó bajo su peso, separándose de la argamasa con un sonido ahogado, y, primero la cabeza, luego patas arriba y finalmente en amplio y sobrecogedor remolino, el Chevalier O'Keefe se precipitó hacia la dura tierra y la condenación eterna.

»Thérèse quedó tan impresionada por lo ocurrido que no paró de correr hasta llegar a su casa, y por espacio de diez años dedicó una hora todos los días en secreta plegaria por el monje cuyos votos y cuya cabeza habían quedado simultáneamente rotos en aquella desgraciada tarde de domingo.

»En cuanto al Chevalier O'Keefe, sospechoso de suicidio, no fue enterrado en tierra consagrada, sino arrojado en un campo de los alrededores, donde sin duda mejoró la fertilidad de la tierra por espacio de largos años. Tal fue el prematuro final de un caballero muy valiente y enamorado. ¿Qué te ha parecido, Geraldine?

Pero Geraldine, que se había perdido mucho antes, solo fue capaz de sonreír pícaramente, señalarle con el índice, y repetir su fórmula para salvar todas las distancias y explicar todas las dificultades.

—¡Estás loco! —dijo—, ¡completamente loco!

El enjuto rostro de Anthony era todo amabilidad, pensó la muchacha, y sus ojos estaban llenos de dulzura. Le gustaba porque era arrogante sin ser engreído, y porque, a diferencia de los hombres que conocía en el teatro, le horrorizaba resultar llamativo. ¡Qué historia tan extraña y sin sentido! Pero había disfrutado con la parte acerca de la

media.

Después del quinto cóctel Anthony la besó, y entre risas, caricias en broma y una llamarada de pasión muerta casi antes de nacer, dejaron pasar una hora. A las cuatro y media Geraldine afirmó que tenía una cita y se retiró al cuarto de baño para peinarse. Después de renunciar a que Anthony llamara un taxi, se detuvo unos momentos en el umbral de la puerta.

—Acabarás casándote —insistió—; espera y verás.

Anthony estaba jugando con una vieja pelota de tenis, y la hizo botar varias veces cuidadosamente contra el suelo antes de responder con una pizca de acidez:

—Eres medio tonta, Geraldine.

Ella sonrió provocativamente.

—Así que soy medio tonta, ¿eh? ¿Te apuestas algo?

—También eso sería una tontería.

—Claro, por supuesto. Bueno, pues yo apuesto a que te casas antes de un año.

Anthony hizo botar la pelota de tenis con mucha fuerza. Era uno de los días en que estaba más guapo, pensó Geraldine; una especie de intensidad había reemplazado la melancolía presente de ordinario en sus ojos oscuros.

—Geraldine —dijo finalmente—, en primer lugar no hay nadie con quien quiera casarme; en segundo lugar no tengo dinero suficiente para mantener a otra persona; en tercer lugar estoy totalmente en contra del matrimonio para personas como yo; y en cuarto lugar, incluso la consideración abstracta de ese tema me desagrade profundamente.

Pero Geraldine se limitó a cerrar mucho los ojos con aire suficiente, a chasquear la lengua del modo habitual y a decir que tenía que marcharse. Era tarde.

—Llámame pronto —le dijo mientras Anthony le daba un beso de despedida—: Me he pasado tres semanas sin saber nada de ti.

—Te llamaré —le prometió él con mucho calor.

Anthony cerró la puerta y al volver a la sala de estar se quedó por un momento perdido en sus meditaciones, todavía con la pelota de tenis en la mano. Se acercaba uno de sus ataques de soledad, una de aquellas ocasiones en que paseaba por las calles o se quedaba inmóvil ante su escritorio, sintiéndose deprimido y sin saber qué hacer, capaz tan solo de morder la contera del lápiz. Era ensimismamiento sin consuelo, exigencia de expresión sin desahogo, sensación de paso veloz del tiempo incesante e inútilmente, aliviada tan solo por la convicción de que nada se perdía, porque todos los esfuerzos y todos los logros carecían igualmente de valor.

Pensó en voz alta, con violencia, porque se sentía herido y lleno de confusión:

—¡No tengo la menor intención de casarme, maldita sea!

Y movido de un repentino impulso lanzó violentamente la pelota de tenis contra el otro extremo de la habitación, donde estuvo a punto de chocar con la lámpara y,

después de rebotar aquí y allá por unos momentos, acabó inmovilizándose sobre el suelo.

Luz de neón y luz de luna

Gloria había reservado una mesa en el restaurante Cascades del hotel Biltmore para celebrar su cena, y cuando los hombres se reunieron en el vestíbulo poco después de las ocho, «el tal Bloeckman» fue blanco de tres pares de ojos masculinos. Se trataba de un judío de unos treinta y cinco años, rubicundo y algo corpulento, con una cara expresiva bajo suaves cabellos de un rubio deslucido y cuya personalidad, sin duda, hubiese sido considerada atractiva en casi todas las reuniones de negocios. Bloeckman se acercó a los tres jóvenes que fumaban juntos mientras esperaban a su anfitriona, y se presentó con un aplomo que tenía algo de forzado; sin embargo, es dudoso que llegara a captar la impresión buscada por los otros de irónica frialdad: nada en sus modales indicaba que pudiera captar tales matices.

—¿Está usted emparentado con Adam J. Patch? —le preguntó a Anthony, mientras lanzaba dos finas columnas de humo por unas ventanas de nariz demasiado anchas.

Anthony lo admitió con la sombra de una sonrisa.

—Es un hombre excelente —anunció Bloeckman con gran reverencia—. Todo un americano.

—Sí —asintió Anthony—; no hay duda de que lo es.

«Detesto a estos hombres poco hechos —pensó fríamente— con aire de no haber cocido lo bastante. Habría que meterlos otra vez en el horno; un minuto más sería suficiente».

Bloeckman miró de soslayo su reloj.

—Ya tendrían que haber aparecido esas chicas.

Anthony esperó a que terminara la frase conteniendo el aliento.

—... pero por otra parte —su sonrisa fue haciéndose más amplia— ya se sabe cómo son las mujeres.

Los tres jóvenes asintieron; Bloeckman miró distraídamente a su alrededor, deteniendo la vista en el techo con aire crítico y continuando luego hacia abajo. Su expresión combinaba la de un granjero del Medio Oeste calculando la cosecha de trigo y la de un actor que se pregunta si lo estarán observando: la actitud pública de todo buen americano. Al terminar su inspección se volvió rápidamente hacia el silencioso trío, decidido a llegarles al corazón con un solo golpe.

—¿Son ustedes universitarios...? Harvard, ¿no es eso? He visto que los chicos de

Princeton han ganado a los suyos en hockey.

Mala suerte. Había fallado de nuevo. Sus interlocutores llevaban ya tres años fuera de la universidad y solo se interesaban por los partidos de fútbol americano. Es problemático que después del fracaso de esta intervención Mr. Bloeckman hubiera llegado a advertir que se hallaba en una atmósfera poco propicia, porque...

Llegó Gloria. Y con ella Muriel, y también Rachel. Después de un rápido «¡Hola, chicos!» pronunciado por Gloria y del que las otras dos muchachas se hicieron eco, las tres desaparecieron a toda velocidad en el tocador.

Instantes después Muriel volvió a presentarse en un estado de elaborada semidesnudez, y avanzó tímidamente hacia los otros invitados. Se hallaba en su elemento: el pelo, muy negro, lo llevaba liso y recogido detrás de la cabeza; se había oscurecido artificialmente los ojos, y despedía un intensísimo olor a perfume. Había hecho todo lo que estaba a su alcance para acicalarse como una sirena —vamp en el lenguaje popular—: Una mujer capaz de capturar hombres sin hacer el menor esfuerzo y de despedirlos con la misma facilidad; una persona sin escrúpulos y sin sentimientos que juega con el afecto de los demás. Había un algo tan exagerado en su caracterización, que Maury se dejó fascinar desde el primer momento: ¡una mujer de amplias caderas que fingía poseer la elasticidad de una pantera! Mientras esperaban otros tres minutos a Gloria y —hay que suponerlo cortésmente— a Rachel, Maury no pudo quitarle los ojos de encima. Muriel volvía la cabeza, parpadeaba con gran revuelo de pestañas, y se mordía el labio inferior en una asombrosa exhibición de timidez. También apoyaba las manos en las caderas y se balanceaba al compás de la música, diciendo:

—¿Han oído ustedes alguna vez un ragtime tan perfecto? No consigo que mis hombros se comporten correctamente cuando lo oigo.

Mr. Bloeckman aplaudió galantemente.

—Tendría usted que actuar en el teatro.

—¡Me encantaría! —exclamó Muriel—; ¿usted me ayudará?

—Con mucho gusto.

Con la apropiada modestia, Muriel cesó en sus movimientos y se volvió hacia Maury, preguntándole lo que había «visto» aquel año. Él lo interpretó como una referencia al mundo del teatro, y ambos se entregaron a un alegre y satisfactorio intercambio de títulos, de la manera que se indica a continuación.

MURIEL. ¿Peg o' My Hearth?

MAURY. No, no.

MURIEL. (*Con vehemencia*) ¡Es maravillosa! Tiene usted que verla.

MAURY. ¿Ha visto usted Omar, the Tentmaker?

MURIEL. No, pero he oído que está muy bien. Tengo muchas ganas de verla. ¿Ha visto usted Fair and Warmer?

MAURY. (*Esperanzadamente*) Sí.

MURIEL. No es nada buena en mi opinión. Una cosa muy superficial.

MAURY (*Débilmente*) Sí, eso es verdad.

MURIEL. Pero anoche fui a ver *Within the Law* y me pareció muy buena. ¿Ha visto *The Little Café*?...

Esto continuó hasta que se les acabaron las obras de teatro. Dick, por su parte, se volvió hacia Mr. Bloeckman, decidido a extraer todo el oro posible de aquel filón tan poco prometedor.

—He oído que el cine compra todas las novelas nuevas en cuanto se publican.

—Es cierto. No hay duda de que lo más importante de una película es que la historia tenga fuerza.

—Sí, claro, supongo que sí.

—Hay demasiadas novelas llenas de diálogos y de psicología. Esas, por supuesto, no nos sirven. Es imposible conseguir que gran parte del material resulte interesante en la pantalla.

—Lo que ustedes necesitan, sobre todo, son argumentos —dijo Richard con aire de haber llegado a una importante conclusión.

—Sí, claro. El argumento es lo primero... —Bloeckman hizo una pausa, desviando la mirada. La pausa se fue ampliando e incluyendo a los demás con toda la autoridad de un dedo amonestador. Gloria, seguida de Rachel, estaba saliendo del tocador.

Durante la cena llegó a saberse entre otras cosas que Joseph Bloeckman no bailaba nunca, y que durante las intervenciones de la orquesta se dedicaba a contemplar a los demás con la aburrida tolerancia de una persona mayor rodeada de niños. Era un hombre de apariencia digna y muy satisfecho de sí mismo. Nacido en Múnich, había empezado su carrera en América vendiendo cacahuetes en un circo ambulante.

A los dieciocho años anunciaba un espectáculo de barraca de feria; después pasó a ser el gerente del espectáculo y, poco más tarde, el propietario de un teatro de vodevil de segunda categoría. Justo en la época en que el cinematógrafo había dejado de ser una curiosidad para convertirse en una prometedora industria, Bloeckman era un ambicioso joven de veintiséis años con algo de dinero para invertir, acusadas ambiciones financieras y un buen conocimiento práctico del negocio del espectáculo a nivel popular. De aquello hacía ya nueve años. La industria cinematográfica le había alzado con ella mientras se deshacía de docenas de hombres con más habilidad financiera, más imaginación e ideas más prácticas... y ahora estaba allí sentado y contemplaba a la inmortal Gloria, por quien el joven Stuart Holcome había ido de Nueva York a Pasadena... la contemplaba y sabía que al cabo de un momento dejaría de bailar y vendría a sentarse a su izquierda.

Confiaba en que se diera prisa. Las ostras llevaban varios minutos esperándolos.

Mientras tanto, Anthony, que había sido colocado a la izquierda de Gloria en la mesa, estaba bailando con ella, siempre en el mismo reducido segmento de la pista. Esto, en el caso de haberse tratado de un baile al que los hombres asisten sin compañera, hubiese sido un delicado homenaje a la muchacha, con el significado de «¡No se te ocurra quitármela cuando estoy bailando con ella!». En cualquier caso era un gesto de intimidad muy consciente de su propio valor.

—Vaya —empezó él, bajando los ojos hacia su pareja—, esta noche estás más encantadora que nunca.

Gloria le devolvió la mirada desde el medio pie de distancia que los separaba.

—Gracias, Anthony.

—De hecho, estás incómodamente hermosa —añadió él, sin acompañar esta vez sus palabras con una sonrisa.

—Y tú muy atractivo.

—¿No es estupendo? —rio él—. Ambos nos aprobamos mutuamente.

—¿Es que de ordinario tú no lo haces?

—Gloria no estaba dispuesta a dejar pasar aquella observación, como sucedía siempre con cualquier comentario inexplicado sobre sí misma, por vago que fuera.

Anthony bajó la voz, y al hablar su tono de chanza apenas resultó perceptible.

—¿Acaso los sacerdotes tienen que aprobar al Papa?

—No lo sé... pero es probable que ese haya sido el piropo más dudoso que me han dedicado nunca.

—Quizá sea capaz de obsequiarte con unos cuantos más normales.

—Bueno, no me gustaría que tuvieras que violentarte. ¡Mira a Muriel! Aquí mismo, junto a nosotros.

Anthony miró por encima del hombro. Muriel apoyaba una brillante mejilla sobre la solapa del esmoquin de Maury Noble y su empolvado brazo izquierdo estaba al parecer enroscado alrededor de su cabeza. Uno se veía obligado a preguntarse por qué Muriel no conseguía sujetarle el cogote con la mano. Los ojos de la muchacha, vueltos hacia el techo, giraban arriba y abajo; sus caderas se balanceaban, y al bailar se acompañaba cantando ininterrumpidamente en voz baja. Al principio las palabras parecían ser la traducción de la letra a algún idioma extranjero, pero finalmente sus frases se revelaron como un intento de rellenar los compases de la canción con las únicas palabras que Muriel conocía, las palabras del título.

He's a rag-picker, A rag-picker A rag-time picking man, Rag picking, picking, pick, pick Rag pick, pick, pick.

... y así sucesivamente, derivando hacia frases cada vez más extrañas y bárbaras.

Al advertir las burlonas miradas de Anthony y Gloria, Muriel se limitó a responder con una débil sonrisa, cerrando los ojos a medias como para indicar que la música, al apoderarse de su alma, la había llevado a aquel éxtasis tan extraordinariamente seductor.

Al terminar la música todos volvieron a la mesa, cuyo solitario pero digno ocupante se puso en pie y ofreció a todos unas sonrisas tan elogiosas que era como si les estuviera estrechando la mano y felicitándoles por su brillante actuación.

—¡Blockhead no baila nunca! Creo que tiene una pierna de palo —hizo saber Gloria a la mesa en general. Los tres jóvenes se sobresaltaron y el caballero aludido dio un perceptible respingo.

Aquella era precisamente la única aspereza en las relaciones de Bloeckman con Gloria. Miss Gilbert le gastaba bromas a costa de su nombre de manera implacable. Al principio había sido «Block-house», pasando últimamente al más ofensivo «Blockhead». Él le había pedido con un fuerte trasfondo de ironía que lo llamara por su nombre de pila, cosa que ella hacía obedientemente varias veces... para caer de nuevo, impotente y arrepentida pero incapaz de contener la risa, en «Blockhead».

Era una cosa muy triste y desconsiderada.

—Mucho me temo que Mr. Bloeckman nos considera una compañía muy frívola —suspiró Muriel, agitando hacia él una ostra en precario equilibrio.

—Esa es la impresión que da —murmuró Rachel. Anthony trató de recordar si había dicho alguna otra cosa antes. Llegó a la conclusión de que no. Aquella había sido su primera observación.

Mr. Bloeckman se aclaró repentinamente la garganta y dijo con voz potente y gran nitidez:

—Por el contrario. Cuando un hombre habla, no es más que mera tradición. Todo lo más, tiene unos cuantos miles de años a sus espaldas. Pero la mujer, en cambio, es el milagroso portavoz de la posteridad.

Durante la pausa que siguió a aquella asombrosa observación, Anthony se atragantó de repente con una ostra y se apresuró a taparse la cara con la servilleta. Rachel y Muriel rieron suavemente pero con cierta sorpresa, risas a las que Dick y Maury se unieron, ambos con el rostro encendido y manteniendo contra la franca hilaridad una enconada batalla, perfectamente visible.

«¡Dios mío! —pensó Anthony—. Es un subtítulo de una de sus películas. ¡Se lo ha aprendido de memoria!»

Gloria fue la única que no emitió ningún sonido. Se limitó a clavar en Mr. Bloeckman una mirada de silencioso reproche.

—¡Por el amor del cielo! ¿Dónde demonios ha encontrado usted eso?

Bloeckman la miró vacilante, dudando de sus intenciones. Pero enseguida recobró el aplomo y la imperturbable y tolerante sonrisa de un intelectual entre una juventud

caprichosa e inexperta.

Al mismo tiempo que llegaba la sopa de la cocina regresó del bar el director de la orquesta, donde había absorbido el color tonal inherente a una jarra de cerveza. De manera que la sopa estuvo enfriándose durante la interpretación de una balada con el título de «Todo está en casa menos tu mujer».

Luego llegó el champán, con lo que la fiesta adquirió un aire más alegre. Los hombres, excepto Richard Caramel, bebieron copiosamente; Gloria y Muriel se tomaron una copa cada una; Rachel Jerryl no lo probó. En cuanto a la música, todos ignoraron los valeses pero bailaron lo demás, con la excepción de Gloria, que pareció cansarse al cabo de un rato y prefirió quedarse en la mesa fumando, con ojos alternativamente indiferentes o animados según estuviera escuchando a Bloeckman o contemplando a alguna mujer bonita entre los bailarines. Anthony se preguntó varias veces qué le estaría diciendo Bloeckman. El magnate cinematográfico mordía el puro llevándose de un extremo a otro de la boca, y después de la cena había pasado a acompañar sus palabras de gestos violentos.

Gloria y Anthony estaban empezando un baile cuando dieron las diez. En cuanto la muchacha se aseguró de que ya no podían oírlos desde la mesa, dijo en voz baja:

—Acércate bailando hacia la puerta. Quiero bajar al drugstore.

Obedientemente, Anthony fue guiando sus pasos a través de la multitud en la dirección pedida; en el vestíbulo, Gloria lo abandonó un momento para reaparecer enseguida con una capa bajo el brazo.

—Necesito pastillas de goma —dijo ella, disculpándose en broma—; pero esta vez no puedes imaginarte para qué. Todo el tiempo quiero morderme las uñas y no lo haré si consigo unas pastillas de goma. —Gloria lanzó un suspiro y siguió hablando cuando entraron en el ascensor vacío—: Me las he estado mordiéndome todo el día. Es que estoy un poco nerviosa, ¿sabes? Perdóname el juego de palabras. No lo he hecho aposta. Han sido las palabras solas. Gloria Gilbert, la payasa.

Al llegar al piso bajo, evitaron ingenuamente la confitería del hotel, descendieron la amplia escalinata de la entrada, y andando por varios corredores encontraron un drugstore en Grand Central Station. Después de un minucioso examen de las distintas variedades de pastillas, Gloria efectuó su compra. Luego, obedeciendo a algún tácito impulso mutuo, se alejaron, del brazo, no en la dirección por donde habían venido, sino hacia la calle Cuarenta y tres.

El deshielo en marcha dotaba a la noche de una vida peculiar; había en el aire algo tan parecido a la tibieza, que una brisa que se deslizaba a baja altura por la acera le trajo inesperadamente a Anthony la visión de una primavera de jacintos. Por encima, en el azul rectángulo del cielo, y a su alrededor en la caricia del aire, la esperanza de una nueva estación ayudaba a liberarse de la atmósfera demasiado cargada que habían dejado atrás, y, durante un momento de quietud los ruidos del

tráfico y el murmullo del agua corriendo por las cunetas parecieron una engañosa y sutil prolongación de la música a cuyo ritmo acababan de bailar. Cuando Anthony habló lo hizo con la seguridad de que sus palabras procedían de un algo jadeante y lleno de deseos que la noche había engendrado en el corazón de los dos.

—¿Por qué no cogemos un taxi y damos una vuelta? —sugirió sin mirarla.

¡Gloria, Gloria!

La portezuela de un taxi bostezó junto a la acera. Mientras se alejaba como una nave sobre un océano laberíntico entre las imprecisas masas nocturnas de los grandes edificios, entre gritos y sonidos metálicos tan pronto silenciados como estridentes, Anthony la rodeó con el brazo, la atrajo hacia sí y le besó la boca húmeda e infantil.

Ella no dijo nada. Volvió el rostro hacia él, pálido bajo los jirones y manchas de luz que se filtraban en el interior del coche como luz de luna entre follaje. Sus ojos eran ondas brillantes en el lago blanco de la cara; la sombra de los cabellos le enmarcaba la frente con una oscuridad sugestiva y distante al mismo tiempo. Sin duda no había amor allí; no quedaba la huella de ningún amor. Su belleza era tan fría como aquella brisa húmeda, como la húmeda suavidad de sus labios.

—Esta luz te transforma en un cisne — murmuró él al cabo de un momento. Había silencios tan susurrantes como sonidos. Había pausas que parecían a punto de saltar hechas añicos y que eran devueltas al olvido por la tensión de sus brazos en torno al cuerpo de Gloria y el convencimiento de que ella descansaba allí como una pluma sutil que había llegado a la deriva desde la oscuridad exterior para dejarse apresar. Anthony rio, silenciosa y exultantemente alzando el rostro y apartándolo de ella, en parte desbordado por una incontenible sensación de triunfo, y también, en parte, para que al verlo, Gloria no malograra la espléndida inmovilidad de su expresión. Un beso así... era como una flor apretada contra su rostro, algo indescriptible, difícilmente recordable; como si su belleza estuviese dando emanaciones de sí misma que se detenían de manera transitoria para disolverse enseguida sobre su corazón.

... Los edificios quedaron atrás confundidos con sus sombras; estaban ahora en el parque, y al cabo de mucho tiempo el gran fantasma blanco del Metropolitan Museum pasó majestuosamente a su lado, prestando un sonoro eco agigantado al ruido del taxi.

—¡Por qué, Gloria! ¡Por qué!

Sus ojos parecieron mirarlo desde una distancia de miles de años; todas las emociones que pudiera haber sentido, todas las palabras que pudiera haber pronunciado, hubiesen parecido inadecuadas junto a la perfección de su silencio, desprovisto de elocuencia frente a la elocuencia de su belleza... y de su cuerpo, pegado al suyo, esbelto y frío.

—Dile que dé la vuelta —murmuró ella—, y que conduzca muy deprisa.

En el comedor del Biltmore hacía calor. La mesa, sembrada de ceniceros y servilletas usadas, tenía un aire antiguo de comida atrasada. Gloria y Anthony entraron en un descanso entre dos bailes, y Muriel Kane les miró con una expresión extraordinariamente pícara.

—Vaya, ¿dónde habéis estado?

—Llamando a madre —contestó Gloria fríamente—. Se lo había prometido. ¿Nos hemos perdido algún baile?

Luego se produjo un incidente que, aunque insignificante en sí mismo, dio a Anthony motivo de reflexión por espacio de muchos años. Joseph Bloeckman, muy recostado en su silla, clavó en él una mirada peculiar, en la que diferentes emociones se hallaban curiosa e inseparablemente mezcladas. El magnate cinematográfico se limitó a alzarse de su asiento y saludar a Gloria, e inmediatamente reanudó con Richard Caramel una conversación sobre la influencia de la literatura en el cine.

Magia

El total e inesperado milagro de una noche se difumina con la lenta muerte de las últimas estrellas y el parto prematuro de los primeros vendedores de periódicos. La llama regresa a algún remoto y platónico fuego; el hierro no está ya al rojo blanco ni brillan las ascuas del carbón.

Por las estanterías de la biblioteca de Anthony, que llenaba toda una pared, avanzó cautelosamente un frío e insolente rayo de sol que fue tocando con desaprobadora frigididad a Thérèse de Francia y a Ann la Supermujer, Jenny del Ballet Oriental y Zuleika la Maga —y a Cora de Indiana—, para descender luego un estante y retroceder en años, descansando misericordiosamente sobre las sombras, tantas veces invocadas, de Helena, Thaïs, Salomé y Cleopatra.

Anthony, bañado y afeitado, se sentó en el más cómodo de sus sillones y estuvo contemplándolo hasta que, con el progresivo alzarse del sol, el rayo brilló un momento sobre el extremo de la alfombra para desaparecer acto seguido.

Eran las diez de la mañana. El Sunday Times, esparcido alrededor de sus pies, proclamaba mediante rotograbado y comentarios editoriales, mediante revelaciones sociales y páginas deportivas que el mundo había estado terriblemente ocupado durante la semana anterior en la tarea de avanzar hacia alguna meta espléndida aunque un tanto imprecisa. Anthony, por su parte, había hecho una visita a su abuelo, dos a su agente de bolsa y tres al sastre; y en la última hora del último día de la semana había besado a la más hermosa y encantadora de las muchachas.

Al llegar a casa la noche anterior su imaginación rebosaba de sueños exaltados

que nada tenían de familiar. Repentinamente habían desaparecido las preguntas y el eterno problema que reclamaba soluciones y resoluciones. Anthony había experimentado una emoción que no era mental ni física, ni una simple mezcla de las dos cosas, y el amor a la vida le tenía de momento completamente absorto, con exclusión de todo lo demás. Le satisfacía la idea de que el experimento siguiera siendo un hecho aislado y único. De manera casi impersonal estaba convencido de que ninguna de las mujeres que había conocido podía compararse con Gloria en ningún sentido. Gloria era profundamente ella misma; era inconmensurablemente sincera: de estas dos cosas estaba seguro. A su lado, las dos docenas de estudiantes y muchachas de la buena sociedad, casadas jóvenes y chicas sin hogar que él había conocido, eran otras tantas hembras, en el sentido más despectivo de la palabra, procreadoras y paridoras, que rezumaban aún esa atmósfera vagamente odorífera de la cueva y del cuarto de los niños.

Hasta donde a él se le alcanzaba, Gloria no se había sometido a ninguno de sus deseos ni había halagado su vanidad, excepto lo que pudiera haber de halago en el hecho de que a Gloria le gustase su compañía. En realidad Anthony carecía de razones para pensar que le hubiese dado algo que no diera también a otros. Y así era como tenía que ser. La idea de que la noche anterior creara algún tipo de vínculo parecía tan poco probable como compatible con los hechos. Y Gloria misma había negado y enterrado el incidente con una mentira decisiva. Ellos dos eran personas con la suficiente imaginación para distinguir el juego de la realidad, y que se proclamaban incólumes precisamente por la poca importancia que daban a sus encuentros y separaciones.

Una vez alcanzada esta conclusión, Anthony se llegó al teléfono y llamó al hotel Plaza.

Gloria había salido. Mistress Gilbert ignoraba su paradero y tampoco estaba al corriente de cuándo regresaría.

Había un elemento de insensibilidad, casi de indecencia, en el hecho de que Gloria estuviese ausente de su casa. Anthony sospechó que había salido para colocarle en una situación de inferioridad. Al regresar, encontraría el recado con su nombre y sonreiría. ¡Qué discreción la suya! Él tendría que haber esperado unas cuantas horas para remachar la poca importancia que otorgaba al incidente. ¡Qué fallo más estúpido! Gloria pensaría que se consideraba especialmente favorecido. Pensaría que estaba adoptando una actitud inadecuadamente íntima ante un episodio absolutamente trivial.

Anthony recordó que el mes anterior su conserje, a quien había endilgado cierto día una disertación bastante confusa sobre la «fraternidad humana», se había presentado en su apartamento y, basándose en lo sucedido la noche anterior, se instaló en el asiento junto a la ventana para disfrutar de media hora de cordial intercambio de

confidencias. Anthony se preguntó horrorizado si Gloria lo miraría como él había mirado a aquel hombre. A él... a Anthony Patch. ¡Horror!

Nunca se le ocurrió que él era tan solo una cosa pasiva, manejada por una influencia por encima y más allá de Gloria; que no era más que la placa sensible sobre la que se impresiona la fotografía. Algún fotógrafo gigantesco había enfocado a Gloria con la cámara y, ¡zas!, la pobre placa no podía hacer otra cosa que dejarse revelar, al estar limitada por su naturaleza, como todas las cosas.

Pero Anthony, tumbado en el sofá y contemplando la lámpara naranja, se pasaba incesantemente los dedos entre el pelo mientras inventaba nuevos símbolos para las diferentes horas. Gloria se hallaría en aquel momento en una tienda, moviéndose con gracia felina entre terciopelos y pieles, mientras, al andar, su propio vestido producía un airoso susurro en aquel mundo de susurros sedosos, tranquilas risas de soprano y perfumes de muchas flores asesinadas pero todavía vivas. Las Minnies, Pearls, Jewels y Jennies se reunirían a su alrededor como cortesanas, trayéndole livianas insignificancias de delicado crespón de seda, gasas sutiles que sirvieran de eco a sus mejillas con suaves colores al pastel, lechosos encajes que descansaran en pálido desorden sobre su cuello: en aquellos días el damasco solo se utilizaba para cubrir sacerdotes y divanes, y solo los poetas románticos recordaban los tejidos de Samarcanda.

Al cabo de un rato se iría a algún otro sitio, ladeando la cabeza de cien maneras distintas bajo cien sombreros, buscando en vano las cerezas artificiales que hicieran juego con sus labios, o plumas con tanto donaire como su propio cuerpo flexible.

Llegarían las doce del mediodía —Gloria apresurada por la Quinta Avenida, Ganimedes nórdico, su abrigo de pieles balanceándose elegante al ritmo de sus pasos, las mejillas enrojecidas por un toque del pincel del viento, su aliento deliciosa neblina en el aire vigorizante—, las puertas del Ritz girarían sobre sí mismas, la multitud se dividiría, y cincuenta ojos masculinos se sobresaltarían y mirarían fijamente, mientras Gloria devolvía sus sueños olvidados a los esposos de muchas cómicas mujeres obesas.

La una en punto. Tenedor en mano, Gloria torturaría el corazón de una rendida alcachofa, mientras su acompañante se serviría las espesas y goteantes frases propias de todo hombre embelesado.

Las cuatro: sus piecitos moviéndose al compás de la melodía, su rostro, nítido entre la multitud, y su pareja tan feliz como un perrillo mimado y tan fuera de sí como un loco de atar... Luego... descendería la noche y quizá con ella la humedad. Los anuncios luminosos derramarían su resplandor sobre la calle. ¿Quién podría decirlo? No más prudentes que él, quizá trataran de volver a captar aquella imagen de crema y sombra que ellos habían visto la noche anterior sobre la avenida en silencio. Y quizá lo consiguieran... ¡quizá lo consiguieran! Un millar de taxis bostezaría en

mil esquinas, y solo él había gastado y perdido aquel beso para siempre. Bajo mil disfraces distintos Thais llamaría a un taxi y alzaría el rostro para ser amada. Y su palidez sería virginal y llena de encanto, y su beso casto como la luna...

Anthony se puso en pie muy excitado. ¡Cuán impropio que Gloria hubiese salido! Por fin se había dado cuenta de lo que quería: besarla de nuevo, hallar descanso en su gran inmovilidad. Gloria era el fin de toda inquietud, de todo descontento.

Anthony se vistió, salió a la calle — cosa que tendría que haber hecho mucho antes— y se dirigió al alojamiento de Richard Caramel para escuchar la última revisión del último capítulo de *El amante demoníaco*. A Gloria no volvió a llamarla hasta las seis. No la encontró en casa hasta las ocho y —¡oh, culminación de todos los desengaños!— no pudieron concertar una cita hasta la tarde del martes. Un trozo de gutapercha rebotó contra el suelo cuando Anthony colgó el teléfono con gran violencia.

Magia negra

El martes el frío era intensísimo, y a las dos de la tarde, cuando Anthony se presentó en el Plaza, el mundo seguía teniendo el mismo aspecto sombrío. Mientras Gloria le daba la mano el joven Patch se preguntó desconcertado si la había besado alguna vez; era casi increíble... Anthony tuvo serias dudas de que ella lo recordara.

—Te llamé cuatro veces el domingo — le dijo.

—¿Sí?

Había sorpresa en su voz e interés en su expresión. Anthony se maldijo en silencio por habérselo dicho. Tendría que haber sabido que el orgullo de Gloria no se alimentaba con triunfos tan insignificantes. Ni siquiera entonces había adivinado la verdad: como nunca tenía que preocuparse por los hombres, Gloria usaba muy pocas veces los cautelosos subterfugios —el dar carrete para luego tirar otra vez del sedal— que constituían el repertorio habitual de sus hermanas las mujeres. Si le gustaba un hombre no necesitaba de ningún otro truco. Si creía que estaba enamorada de él... aquello significaba dar el último y definitivo tirón. Su mismo encanto se bastaba para protegerse indefinidamente a sí mismo.

—Tenía muchas ganas de verte —se limitó a decir—. Quería hablar contigo... quiero decir hablar de verdad, en algún sitio donde podamos estar solos. ¿Querrás?

—¿Qué quieres decir?

El pánico le hizo un nudo en la garganta. Anthony tuvo la impresión de que Gloria sabía lo que él quería.

—Me refiero a un sitio que no sea un salón de té —respondió.

—Bien, de acuerdo, pero hoy no. Quiero hacer algo de ejercicio. Vamos a dar un paseo.

El frío era realmente intenso. Todo el odio gratuito encerrado en el corazón de febrero estaba presente en el desolado y gélido viento que se abría camino a través de Central Park para recorrer luego la Quinta Avenida. Hablar era casi imposible, y el frío logró aturdir a Anthony de tal manera que cuando se volvió a la altura de la calle Sesenta y una, se dio cuenta de que Gloria no caminaba a su lado. Al mirar a su alrededor, la descubrió a cuarenta pies detrás de él, completamente inmóvil, el rostro oculto a medias por el cuello del abrigo de piel, e indignada o quizá divertida: Anthony no era capaz de decidir cuál de las dos cosas. El joven Patch volvió sobre sus pasos.

—¡No quisiera interrumpir tu paseo! — exclamó ella.

—Lo siento muchísimo —respondió él lleno de confusión—. ¿Iba demasiado deprisa?

—Tengo frío —murmuró Gloria—. Quiero volver a casa. Y es verdad que vas demasiado deprisa.

—Lo siento mucho.

Uno al lado del otro emprendieron el camino de vuelta hacia el Plaza. A Anthony le hubiese gustado ver el rostro de Gloria.

—Normalmente los hombres no se ensimisman tanto cuando están conmigo.

—Lo siento.

—Resulta muy interesante.

—Hace demasiado frío para pasear — explicó él, hablando muy deprisa para ocultar su turbación.

Gloria no dijo nada, y Anthony se preguntó si lo despediría delante del hotel, pero entró sin pronunciar una palabra y solo al llegar al ascensor rompió brevemente su mutismo:

—Más vale que subas.

Anthony dudó durante una fracción de segundo.

—Quizá sea mejor que venga otro día.

—Como quieras. —Aquellas palabras no pasaban de ser un comentario marginal. La primera preocupación de Gloria en aquel momento era arreglarse ante el espejo del ascensor algún mechón de pelo salido de su sitio. Las mejillas le brillaban y le resplandecían los ojos: a Anthony nunca le había parecido tan encantadora, tan exquisitamente deseable.

Despreciándose a sí mismo, el joven Patch se encontró avanzando por el corredor del piso décimo a un respetuoso paso de distancia detrás de ella, y luego en la sala de estar, mientras Gloria desaparecía para deshacerse de las pieles. Algo había salido mal: ante sus propios ojos Anthony había perdido un jirón de dignidad; en un

enfrentamiento no premeditado pero significativo, se había visto completamente derrotado.

Sin embargo, para cuando Gloria reapareció en la sala de estar, Anthony, recurriendo a la sofisticada, se había explicado a sí mismo satisfactoriamente su propia conducta. Después de todo, pensó, había dado una clara muestra de firmeza. Quería subir, y eso era lo que había hecho. Sin embargo, lo que sucedió a continuación aquella tarde hay que relacionarlo necesariamente con el sentimiento de indignidad que experimentara en el ascensor; la muchacha le estaba atormentando de forma tan intolerable que cuando salió, Anthony adoptó involuntariamente una actitud crítica.

—¿Quién es ese tal Bloeckman, Gloria?

—Un amigo de mi padre; han hecho negocios juntos.

—¡Un tipo extraño!

—Tampoco a él le gustas tú —dijo ella, con una repentina sonrisa.

Anthony se echó a reír.

—Me halaga que se haya fijado en mí. Evidentemente me considera un... —Se interrumpió para añadir—. ¿Está enamorado de ti?

—No lo sé.

—No me digas que no lo sabes —insistió él—. Claro que lo está. Me acuerdo de la manera en que me miró cuando volvimos a la mesa la otra noche. Probablemente me hubiese hecho atacar discretamente por una delegación de rufianes de película si no hubieras inventado aquella llamada telefónica.

—No le importó. Le conté después lo que había sucedido realmente.

—¡Se lo contaste!

—Me lo preguntó.

—No me gusta nada todo eso —se quejó él.

Gloria volvió a reírse.

—No te gusta, ¿eh?

—¿Acaso es asunto suyo?

—En absoluto. Eso es lo que yo le dije.

Anthony, lleno de confusión, se mordió salvajemente el labio.

—¿Por qué tendría que mentir? —preguntó ella sin rodeos—. No me avergüenzo de nada de lo que hago. Sucedió que le interesaba saber si te había besado, y sucedió que yo estaba de buen humor, de manera que satisfice su curiosidad con un simple y preciso «sí». Como es un hombre más bien razonable, a su manera, no insistió en el asunto.

—Pero tuvo tiempo de decir que no le resulto simpático.

—¿Es que eso te preocupa? Bien, si quieres investigar este trascendental asunto en toda su profundidad, tendré que informarte de que no dijo nada acerca de ti. Lo único que sucede es que yo sé que es así.

—No me preo...

—¡Por favor, vamos a dejarlo! —exclamó ella con voz enérgica—. Es una cuestión que no me interesa en absoluto.

Con un tremendo esfuerzo Anthony manifestó su asentimiento cambiando de tema, y los dos se dejaron arrastrar a un viejo juego de preguntas y respuestas acerca de sus respectivos pasados, entusiasmándose gradualmente a medida que descubrían los antiquísimos, inmemoriales parecidos en gustos e ideas. Ambos dijeron cosas que eran más reveladoras de lo que querían... pero los dos fingieron dar por buenas las palabras del otro.

Así es como se va forjando la intimidad. Uno entrega primero su mejor retrato, un producto resplandeciente y muy bien acabado, retocado con fanfarronadas, falsedades y sentido del humor. Luego se necesitan más detalles y entonces se pinta un segundo retrato, y luego un tercero... antes de que pase mucho tiempo los mejores rasgos han desaparecido, y finalmente se revela el secreto; los diferentes niveles de los sucesivos retratos se mezclan y nos delatan, y aunque seguimos pintando y pintando ya no conseguimos vender la mercancía. Tenemos que darnos por satisfechos con la esperanza de que nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros socios acepten como buenas esas fatuas descripciones que les hacemos de nosotros mismos.

—A mí me parece —estaba diciendo Anthony con mucha seriedad— que la situación de un hombre que carece de necesidades y de ambición es desafortunada. Dios sabe bien que, en mi caso, sería patético sentir compasión de mí mismo... y, sin embargo, a veces envidio a Dick. El silencio de Gloria le dio ánimos. Era lo más cerca que había estado nunca de presentarle un cebo intencionadamente.

—... solía haber ocupaciones dignas para un caballero con tiempo libre, cosas un poco más constructivas que llenar de humo el paisaje o hacer juegos malabares con el dinero de otro. Existe la ciencia, desde luego: a veces me gustaría tener una base más seria, haber ido, por ejemplo, al Instituto Tecnológico de Boston. Pero ahora eso significaría que tendría que sentarme y pasarme dos años peleándome con los fundamentos de la física y de la química.

Gloria bostezó.

—Ya te he dicho que no sé lo que nadie tendría que hacer —dijo de manera muy poco amable, y ante su indiferencia el rencor de Anthony nació de nuevo.

—¿Es que no te interesa nada a excepción de ti misma?

—No mucho.

Anthony la miró muy enojado; el creciente placer que había hallado en la conversación quedó hecho añicos. Gloria se había mostrado irritable y vengativa durante todo el día, y le pareció que bastaba aquel momento para hacerle odiar su inflexible egoísmo. Volviendo la vista se puso a contemplar el fuego de muy mal humor.

Entonces sucedió una cosa extraña. Ella se volvió hacia él y sonrió, y al ver su sonrisa todos los restos de enfado y de vanidad herida cayeron por tierra, como si sus estados de ánimo no fueran más que las ondas superficiales de los de Gloria, como si las emociones no aparecieran ya en su pecho a no ser que ella considerara oportuno tirar de un hilo omnipotente que todo lo controlaba.

Anthony se acercó más y cogiéndole una mano la acercó hacia sí hasta que la muchacha quedó recostada a medias en su hombro. Gloria le sonrió mientras la besaba.

—Gloria —murmuró él muy suavemente. De nuevo se había servido de un encantamiento, tan sutil y penetrante como un perfume derramado, irresistible y dulcísimo.

Nunca después, ni al día siguiente ni al cabo de muchos años, pudo Anthony recordar las cosas importantes de aquella tarde. ¿Había manifestado Gloria alguna emoción? Estando en sus brazos, ¿había dicho ella algo... o nada en absoluto? ¿Hasta qué punto había disfrutado con sus besos? ¿Y había llegado en algún momento a olvidarse siquiera un poquito de sí misma?

En cuanto a él, no cabía la menor duda. Anthony se había levantado y paseado por la habitación completamente en éxtasis. Que existiese una chica así; que se quedara allí, acurrucada en una esquina del sofá como una golondrina recién posada después de un transparente vuelo rápido, mirándolo con ojos inescrutables. De cuando en cuando Anthony detenía sus pasos y siempre, un poco tímido al principio, la rodeaba con los brazos hasta encontrar su beso.

Era fascinante, le dijo Anthony. Nunca había encontrado antes una chica como ella. Le imploró con desenvoltura pero también seriamente que lo hiciera marcharse; no deseaba enamorarse. No vendría más a verla... ya había conseguido trastornar demasiado sus costumbres.

¡Qué deliciosa aventura romántica! La auténtica reacción de Anthony no fue ni de miedo ni de pesar: solo aquel gozo profundo de estar con ella que daba color a la banalidad de sus palabras, hacía que lo empalagoso resultara triste y que el fingimiento pareciese sabiduría. No le quedaría más remedio que volver... eternamente. ¡Tendría que haberlo sabido!

—Esto es todo. Ha sido una experiencia singular haberte conocido, algo muy extraño y maravilloso. Pero no puede ser... y si fuera no duraría. —Mientras hablaba, había en su corazón esa ansiedad que confundimos en nosotros mismos con la sinceridad.

Después Anthony recordó una respuesta de Gloria a algo que él había preguntado. Lo recordaba de la siguiente forma (aunque quizá él lo hubiera arreglado y redondeado inconscientemente):

—Una mujer debe ser capaz de besar a un hombre hermosa y románticamente sin

experimentar por ello el menor deseo de ser su esposa o su amante.

Como siempre que estaba con ella, Gloria daba la impresión de ir envejeciendo gradualmente hasta que al final parecían haberse refugiado en sus ojos reflexiones demasiado profundas para expresarlas con palabras.

Transcurrió una hora, y el fuego se alzaba en pequeños éxtasis como si su vida ya en declive fuese una cosa muy dulce. Eran las cinco, y el reloj sobre la repisa de la chimenea encontró de nuevo la voz con que dar testimonio del paso del tiempo. Entonces, como si mediante aquellas campanadas tan mínimas, tan tenues, una sensibilidad más tosca presente en él recordara que iban cayendo los pétalos de aquella tarde florecida, Anthony obligó a Gloria a ponerse en pie y la estrechó indefensa y sin aliento en un beso que no era ni juego ni homenaje.

Gloria dejó caer los brazos. En un momento estaba libre.

—¡No lo hagas! —dijo tranquilamente—. Eso no lo quiero.

Se sentó en el lado más alejado del sofá mirando directamente hacia delante, fruncido el entrecejo. Anthony se dejó caer delante de ella y colocó sus manos sobre las de Gloria, encontrándolas sin vida.

—¡Gloria! ¿Qué sucede? —Anthony inició un movimiento como para rodearla con el brazo pero ella se apartó.

—Eso no lo quiero —repitió.

—Lo siento mucho —dijo él, con un dejo de impaciencia—. Ignoraba que hicieras unas distinciones tan sutiles.

Ella no respondió.

—¿No vas a besarme, Gloria?

—No quiero hacerlo. —A Anthony le pareció que llevaba horas sin moverse.

—Un cambio repentino, ¿no es cierto?

—Su voz manifestaba por momentos un creciente malhumor.

—¿De verdad? —Las palabras de Anthony no parecían interesarle. Era casi como si estuviera mirando a otra persona.

—Quizá sea mejor que me vaya.

Gloria no respondió. Anthony se puso en pie y la contempló enfadado, dubitativo. Luego volvió a sentarse.

—Gloria, ¿no vas a besarme?

—No. —Sus labios apenas se habían movido para pronunciar aquella negativa.

De nuevo Anthony se puso en pie, esta vez menos decidido, con menos confianza.

—En ese caso me iré.

Silencio.

—De acuerdo... Me voy.

Anthony era consciente de cierta irremediable falta de originalidad en sus

observaciones. En realidad tenía la impresión de que la atmósfera se había vuelto tremendamente opresiva. Le hubiese gustado que ella hablara, que lo insultase, que se quejara de él, cualquier cosa antes que aquel silencio que era como un frío penetrante. Anthony se maldijo por su estúpida debilidad; quería conmovérsela, herirla, lograr que se sobresaltara. Sin quererlo, pero sin fuerzas para hacer otra cosa, volvió a equivocarse.

—Si estás cansada de besarme, será mejor que me vaya.

Anthony vio que los labios de Gloria se curvaban ligeramente y sintió que lo abandonaba el último vestigio de dignidad. Finalmente ella habló:

—Creo que esa observación ya la has hecho varias veces.

Anthony miró a su alrededor inmediatamente, vio su sombrero y su abrigo en una silla... y los recogió a trompicones durante un momento interminablemente largo. Al mirar de nuevo hacia el sofá advirtió que ella no se había vuelto, que seguía inmóvil en el mismo sitio. Con un estremecido «Adiós», del que se arrepintió inmediatamente, Anthony abandonó la habitación deprisa pero sin dignidad.

Durante unos momentos Gloria no hizo el menor ruido. Sus labios seguían esbozando una sonrisa; miraba frente a sí con expresión orgullosa y distante al mismo tiempo. Luego sus ojos se enturbiaron un poco, y murmuró a media voz dos palabras dirigidas al fuego a punto ya de extinguirse:

—¡Adiós, estúpido!

Pánico

El joven Patch había recibido el golpe más duro de su vida. Por fin estaba seguro de lo que quería, pero descubrirlo había significado ponerlo para siempre fuera de su alcance. Llegó a su casa sintiéndose profundamente desgraciado, se dejó caer en un sillón sin quitarse siquiera el abrigo, y permaneció allí sentado durante más de una hora, mientras su mente recorría una y otra vez las sendas del más lastimero e infructuoso de los ensimismamientos. ¡Gloria lo había despedido! Tal era el reiterado resumen de su desesperación. En lugar de apoderarse de la muchacha y de retenerla por la fuerza hasta que hubiese aceptado pasivamente sus deseos, en lugar de dominar la voluntad de Gloria con la fuerza de la suya, había cruzado la puerta del apartamento derrotado e impotente, con el rabo entre las piernas y con toda la energía que pudiera existir en su dolor y en su rabia oculta bajo una actitud de colegial vapuleado. Durante un momento Gloria se había sentido tremendamente atraída hacia él... casi lo había amado. Instantes después Anthony se había convertido en algo que le era completamente indiferente, en un hombre insolente y eficazmente humillado.

No tenía grandes reproches que hacerse a sí mismo... Algunos, desde luego, pero había otras cosas mucho más urgentes que ahora lo dominaban. No era tanto que estuviera enamorado de Gloria como furioso por conseguirla. A no ser que pudiera tenerla de nuevo junto a sí, besarla y abrazarla con su pleno consentimiento, todas las demás cosas de la vida no le interesaban en absoluto. Con tres minutos de total e inflexible indiferencia aquella muchacha se había elevado en la mente de Anthony desde una posición elevada pero algo fortuita hasta ocupar el puesto de preocupación absorbente. Por mucho que sus pensamientos más tumultuosos oscilaran entre un apasionado deseo de recuperar los besos de Gloria y un ansia igualmente apasionada de herirla y de hacerle daño, el resto de su mente anhelaba, con mayor delicadeza, poseer el alma triunfante que había brillado durante aquellos tres minutos. Gloria era hermosa, pero, sobre todo, no tenía compasión. Anthony tenía que poseer aquella fortaleza capaz de arrojarlo de su lado.

En el momento presente, el joven Patch no estaba en condiciones de llevar a cabo aquel análisis. Su lucidez mental, todos aquellos inagotables recursos que creía haber adquirido mediante la ironía, habían desaparecido. No solo durante aquella noche sino durante los días y semanas que siguieron, sus libros no fueron más que muebles y sus amigos tan solo personas que vivían y deambulaban por un nebuloso mundo exterior del que él trataba de escapar: un mundo frío, azotado por vientos cortantes, y en el que, durante un rato, Anthony había visto el interior de la casa donde ardía un fuego que caldeaba el ambiente.

A eso de la medianoche empezó a darse cuenta de que tenía hambre. Bajó a la calle Cincuenta y dos, donde hacía tanto frío que apenas podía ver; la humedad se le helaba en las pestañas y en las comisuras de los labios. La tristeza lo había invadido todo desde el norte, instalándose en la descarnada y melancólica calle, donde bultos negros, aún más negros contra el fondo de la noche, se movían dando tumbos por las aceras, a través de los gemidos del viento, deslizando los pies hacia delante con tanta cautela como si caminaran sobre esquís. Anthony torció en dirección a la Sexta Avenida, tan absorto en sus pensamientos que no advirtió cómo varios transeúntes se lo quedaban mirando. Llevaba el abrigo completamente abierto, y el viento penetraba en su carne, violento e inmisericorde.

... Al cabo de un rato una camarera le dirigió la palabra, una camarera gorda, con gafas de montura negra, de las que colgaba una larga cinta también negra.

—¡Haga el favor de decirme lo que quiere!

Su voz, pensó Anthony, resultaba innecesariamente alta. La miró con resentimiento.

—¿Va usted a pedir algo, sí o no?

—Claro que sí —protestó él.

—Pues ya se lo he preguntado tres veces. Esto no es una sala de espera.

Anthony descubrió, sobresaltado, que eran más de las dos en el voluminoso reloj de pared. Estaba en algún sitio por los alrededores de la calle Treinta y, al cabo de un momento, encontró y tradujo el CHILD'S en un semicírculo de letras blancas sobre la cristalera de la fachada. El local estaba muy escasamente habitado por tres o cuatro noctámbulos ateridos de frío.

—Tráigame huevos con jamón y café, haga el favor.

La camarera le lanzó una última mirada de desaprobación y, con el aspecto ridículamente intelectual que le daban sus gafas pendientes de una cinta, se alejó muy deprisa.

¡Cielos! Los besos de Gloria habían sido flores maravillosas. Anthony recordó, como si hubiesen transcurrido muchos años, la grave frescura de su voz, las hermosas líneas de su cuerpo que brillaban a través de la ropa, su rostro color de lirio bajo los faroles de la calle... bajo cualquier luz.

La aflicción lo dominó de nuevo, acumulando una especie de pánico sobre el dolor y la nostalgia. La había perdido. Era cierto... no cabía negarlo ni quitarle importancia. Y enseguida una nueva idea surcó su cielo... ¿y Bloeckman? ¿Qué pasaría ahora? Allí estaba aquel hombre adinerado, lo suficientemente mayor para mostrarse tolerante con una esposa muy bella, para atender sus caprichos y permitirle hacer locuras; para llevarla como quizá ella quería ser llevada: como una flor esplendorosa en el ojal de la solapa, a salvo de todas las cosas que Gloria temía. Anthony tuvo la sensación de que Gloria había estado jugando con la idea de casarse con Bloeckman, y de que era posible que su desengaño con Anthony la arrojara, por un repentino impulso, en los brazos de Bloeckman.

Aquella idea le sumió en un frenesí totalmente infantil. Quería matar a Bloeckman y hacerle sufrir por su odiosa presunción. Se dedicó a repetirse aquello una y otra vez con los dientes muy apretados, mientras sus ojos reflejaban también la orgía de miedo y odio a que estaba entregada su mente.

Pero la realidad más profunda por debajo de aquellos celos obscenos era que Anthony se había enamorado, que estaba profunda y verdaderamente enamorado, tal como se entiende esa expresión referida a un hombre y a una mujer.

El café que había pedido quedó depositado junto a su codo y durante cierto tiempo siguió humeando aunque de manera progresivamente más débil. El encargado del turno de noche, desde el mostrador, estuvo contemplando la figura inmóvil que se había quedado sola en la última mesa hasta que, lanzando un suspiro, se acercó a él en el momento preciso en que la manecilla de las horas cruzaba el número tres en el voluminoso reloj de pared.

Prudencia

Al cabo de otro día el torbellino fue calmándose y Anthony empezó a recuperar cierta capacidad razonadora. Estaba enamorado... se repetía apasionadamente a sí mismo. Las cosas que una semana antes hubieran parecido obstáculos insuperables, tales como sus limitados ingresos, su deseo de independencia y de no tener responsabilidades, se habían convertido durante aquellas cuarenta horas en simple paja desmenuzada, incapaz de ofrecer resistencia al viento de su amor. Si no se casaba con Gloria su vida se convertiría en una insulsa parodia de su propia adolescencia. Para ser capaz de enfrentarse con la gente y soportar el constante recuerdo de Gloria en que se había convertido toda su existencia, era necesario que él tuviera esperanza. De manera que, desesperada y tenazmente, Anthony se dedicó a construirse una esperanza con la materia de sus sueños, una esperanza muy endeble, desde luego, una esperanza que se agrietaba y evaporaba una docena de veces al día, una esperanza protegida por una actitud burlona, pero que también estaba destinada a ser el músculo y el nervio de su nueva dignidad.

De todo esto surgió una chispa de prudencia, una verdadera percepción de sí mismo extraída de un pasado en el que nunca había hecho el menor esfuerzo.

«Todo se olvida», pensó.

Y se olvida muy deprisa. En el momento crucial el presidente está en el estrado, y tiene ante sí a un delincuente en potencia que solo necesita un empujón para convertirse en malhechor, despreciado por las personas honestas en muchas leguas a la redonda. Déjesele en libertad... y al cabo de un año está todo olvidado. «Sí, es cierto que tuvo dificultades en cierta ocasión, un asunto puramente legal, según creo». ¡Sí, todo se olvida muy deprisa!

Anthony había visto a Gloria una docena de veces aproximadamente, y digamos que por espacio de dos docenas de horas. Suponiendo que la dejara en paz durante un mes, que no intentara verla ni hablar con ella, y que evitara ir a todos los sitios donde cabía la posibilidad de que se presentara, ¿no era posible imaginar, sobre todo porque Gloria nunca lo había amado, que al final de aquellos treinta días, el sucederse de los acontecimientos hubiese borrado de su mente la personalidad de Anthony, y con la personalidad, la ofensa y la humillación? Gloria olvidaría, porque habría otros hombres. Anthony se estremeció. Las implicaciones se le aparecieron con toda su fuerza... Otros hombres. Dos meses... ¡Cielo santo! Mejor tres semanas, dos semanas...

Pensó en esto la segunda noche después de la catástrofe, cuando se estaba desnudando, y al ocurrírsele se arrojó sobre la cama y se quedó allí, temblando ligeramente y contemplando el dosel que cubría el lecho.

Dos semanas... eso era peor que nada. Al cabo de dos semanas se acercaría a ella

de manera muy semejante a como lo haría en aquel momento, sin personalidad ni confianza... sin dejar de ser el hombre que había ido demasiado lejos y luego durante un período que no era más que un momento en el tiempo pero una eternidad de hecho, se había limitado a gemir. No, dos semanas eran muy poco. Cualquiera que fuese la intensidad que los acontecimientos de aquella tarde hubiesen tenido para Gloria, era necesario dejar pasar más tiempo para que el recuerdo se embotara. Anthony tenía que concederle un período para que el incidente se hiciera borroso, y luego otro nuevo período en el que ella empezara gradualmente a pensar en él —por muy débilmente que fuera— con una correcta perspectiva que incluyera sus cualidades positivas al mismo tiempo que su humillación.

Anthony fijó, finalmente, en unas seis semanas el intervalo de tiempo más adecuado para su propósito, y en un calendario de mesa fue tachando los días, hasta descubrir que terminaría el nueve de abril. Muy bien, al llegar ese día la llamaría por teléfono para preguntarle si podía ir a verla. Hasta entonces... silencio.

Después de su decisión empezó a ponerse de manifiesto una gradual mejoría. Por fin había dado un paso en la dirección a la que apuntaba la esperanza, y Anthony se dio cuenta de que cuanto menos cavilase acerca de Gloria más fácil le sería transmitir la impresión deseada cuando se vieran de nuevo.

Al cabo de una hora se sumió en un sueño muy profundo.

El intervalo

Sin embargo, aunque a medida que pasaban los días la gloria de sus cabellos disminuía perceptiblemente en el recuerdo de Anthony y en un año de separación podría haber desaparecido por completo, las seis semanas incluyeron muchos días abominables. El joven Patch temía las reuniones con Dick y Maury —imaginando sin razón alguna que estaban al tanto de todo—, pero cuando los tres se vieron fue Richard Caramel y no Anthony quien se convirtió en el centro de atención; El amante demoníaco había sido aceptado para su inmediata publicación. Anthony sintió que a partir de aquel momento él quedaba convertido en un ser aparte. Ya no anhelaba el calor y la seguridad de la compañía de Maury, compañía que aún bastaba para infundirle ánimos en el mes de noviembre. Solo Gloria podía darle lo que él necesitaba y ninguna otra persona estaba en condiciones de hacerlo. De manera que el éxito de Dick solo le alegró de manera muy marginal y le preocupó en no pequeña medida. Aquello significaba que el mundo seguía adelante —escribiendo, leyendo y publicando— y también viviendo. Y él quería que el mundo esperara inmóvil y conteniendo el aliento por espacio de seis semanas... mientras Gloria olvidaba lo

sucedido entre los dos.

Dos encuentros

Anthony encontraba las mayores satisfacciones en compañía de Geraldine. La llevó una vez a cenar y al teatro y pasaron varios ratos juntos en su apartamento. Cuando estaba con ella lo absorbía, no como lo había hecho Gloria, pero sí tranquilizando en él la sensibilidad erótica que tanto se preocupaba por Gloria. No tenía importancia cómo besara a Geraldine. Un beso era un beso... algo que había que disfrutar al máximo durante el breve momento que duraba. Para Geraldine las cosas estaban perfectamente clasificadas en sus correspondientes casillas: un beso era una cosa, todo lo que llegara más allá era algo completamente distinto; un beso estaba bien; las otras cosas eran «malas».

Cuando había transcurrido la mitad del intervalo se produjeron —en días sucesivos— dos incidentes que trastornaron su creciente calma, provocando una momentánea recaída. El primero fue... que vio a Gloria. El encuentro duró muy poco. Ambos hicieron una inclinación de cabeza. Ambos hablaron, pero ninguno de los dos oyó lo que decía el otro. Y cuando todo hubo terminado, Anthony leyó tres veces una columna de *The Sun* sin entender una sola frase.

¡Cómo cabía pensar que la Sexta Avenida no fuese una calle segura! Anthony había renunciado al barbero del hotel Plaza y una mañana fue a la vuelta de la esquina para que le afeitaran; mientras esperaba a que le llegara el turno se quitó la chaqueta y el chaleco, y con el cuello blando abierto se quedó de pie cerca de la entrada de la peluquería. Aquel día era un oasis en el frío desierto del mes de marzo, y la acera había adquirido animación con una multitud de adoradores del sol que salían a pasear. Una robusta mujer tapizada de terciopelo, con unas mejillas colgantes que habían recibido demasiados masajes, pasó haciendo remolinos con su diminuto perro de aguas tirando de la cadena y produciendo el efecto de un remolcador que trae a puerto un transatlántico. Inmediatamente detrás de ella, un hombre con un traje azul a rayas, con polainas blancas sobre zapatos manchados de barro, sonrió al contemplar el espectáculo, y al captar la mirada de Anthony le hizo un guiño desde el otro lado del cristal. Anthony se echó a reír, inmediatamente identificado con esa actitud de ánimo en la que hombres y mujeres eran desgarrados y absurdos fantasmas grotescamente torcidos y redondeados en un mundo rectangular construido por ellos mismos, capaces de inspirar la misma sensación que esos extraños y monstruosos peces que habitan el esotérico mundo verde de los acuarios.

Su mirada se fijó casualmente en otros dos paseantes, un hombre y una

muchacha; luego, en el breve espacio de un horroroso instante, la muchacha se transformó en Gloria. Anthony siguió allí, incapaz de hacer nada; los dos transeúntes se acercaron y Gloria, al mirar hacia el interior de la tienda, lo vio. Sus ojos se dilataron y le sonrió cortésmente. También sus labios se movieron. Se encontraba a menos de cinco pies de distancia.

—¿Qué tal? —murmuró Anthony estúpidamente.

¡Gloria feliz, hermosa, joven... con un hombre que él no había visto antes!

Fue entonces cuando se desocupó el sillón del barbero y Anthony leyó tres veces seguidas la misma columna del periódico.

El segundo incidente se produjo al día siguiente. Al entrar en el bar del hotel Manhattan tuvo que enfrentarse con Bloeckman. Dio la casualidad de que el local estaba casi vacío y antes del mutuo reconocimiento Anthony se había situado a menos de un pie de distancia del hombre de más edad y había pedido una bebida, de manera que inevitablemente tuvieron que entablar conversación.

—¿Qué tal, Mr. Patch? —dijo Bloeckman con tono bastante amable.

Anthony aceptó la mano que le ofreció e intercambió unas cuantas frases hechas sobre las fluctuaciones del mercurio.

—¿Viene usted mucho por aquí? —preguntó Bloeckman.

—No, casi nunca. —El joven Patch olvidó añadir que el bar del Plaza había sido su preferido hasta hacía muy poco.

—Un bar muy agradable. Uno de los mejores de toda la ciudad.

Anthony asintió con una inclinación de cabeza. Bloeckman apuró su copa y recogió el bastón. Iba vestido de esmoquin.

—Bueno, tengo que darme prisa. Voy a cenar con miss Gilbert.

Anthony sintió de pronto que la muerte lo miraba desde un par de ojos azules. Si Bloeckman hubiera anunciado ser su futuro asesino no habría logrado asestar al joven Patch un golpe más mortífero. El hombre más joven debió de enrojecer visiblemente, porque todos sus nervios estallaron en un clamor simultáneo. Con tremendo esfuerzo Anthony logró ofrecer a su interlocutor una rígida sonrisa —dolorosamente rígida—, y pronunciar una convencional frase de despedida. Pero aquella noche permaneció despierto en la cama hasta después de las cuatro, medio enloquecido de dolor y de miedo, y obsesionado por abominables imágenes que era incapaz de rechazar.

Debilidad

Y un día de la quinta semana le telefoneó. Anthony había estado en su apartamento tratando de leer *L'Éducation sentimentale*, y algo del libro había hecho que sus

pensamientos se escaparan a toda velocidad en la dirección que tomaban siempre cuando se les dejaba en libertad, como caballos que corrieran hacia el establo. Con respiración súbitamente acelerada, el joven Patch se dirigió al teléfono. Cuando repitió el número de Gloria tuvo la impresión de que su voz vacilaba y se quebraba como la de un colegial. La telefonista oyó sin duda los violentos latidos de su corazón. El sonido del auricular al ser descolgado al otro extremo de la línea fue como si hubiese llegado el día del juicio Final, y la voz de mistress Gilbert, tan suave como jarabe de arce cayendo en un tarro de cristal, encerraba para Anthony un extraño componente de horror al contestarle con su habitual «¿Diga?».

—Miss Gloria no se encuentra bien. Está echada, durmiendo. ¿Quién tengo que decirle que ha llamado?

—¡Nadie! —gritó Anthony.

Preso del pánico colgó bruscamente el auricular; y luego se dejó caer en su sillón, empapado en el sudor frío de una intensísima sensación de alivio.

Serenata

La primera cosa que le dijo fue: «¡Vaya, te has dejado el pelo muy corto!», y ella contestó: «Sí, ¿no es estupendo?».

Aún faltaban cinco o seis años para que se pusiera de moda aquella manera de cortarse el pelo. Por entonces todavía se consideraba extraordinariamente atrevido.

—Fuera brilla un sol esplendoroso — dijo Anthony con mucha gravedad—. ¿No te apetece dar un paseo?

Gloria se puso un abrigo ligero y un sombrerito azul pálido exquisitamente seductor, y juntos recorrieron la avenida y entraron en el zoo, donde admiraron adecuadamente el tamaño del elefante y la longitud del cuello de la jirafa, pero no fueron a ver la jaula de los monos porque Gloria dijo que los monos olían muy mal.

Luego regresaron camino del Plaza, sin hablar de nada en particular, pero contentos de que la primavera cantase ya en el aire y agradecidos por el tibio bálsamo derramado sobre aquella ciudad que se había transformado repentinamente en dorada. A su derecha quedaba el parque, y, a su izquierda, una enorme masa de granito y mármol murmuraba monótonamente a quien quisiera escucharle el caótico mensaje de un millonario: algo parecido a «Trabajé y ahorré y fui más listo que todo el mundo y aquí estoy ahora, ¿qué les parece?».

Todos los modelos de automóviles más nuevos y más lujosos estaban en la Quinta Avenida, y ante ellos se alzaba el hotel Plaza, mucho más blanco y atractivo que de ordinario. Gloria, flexible e indolente, caminaba un poco por delante de Anthony

dejando escapar comentarios inconexos que flotaban durante un momento en el aire cegador antes de llegar a sus oídos.

—¡Quiero ir al sur, a Hot Springs! — exclamó ella—. Quiero estar al aire libre y revolcarme en los nuevos brotes de hierba y olvidarme de que ha existido alguna vez el invierno.

—No se te ocurra hacerlo, ¿eh?

—Quiero oír a un millón de petirrojos haciendo un ruido insoportable. En cierta manera me gustan los pájaros.

—Todas las mujeres son pájaros —se aventuró a decir Anthony.

—¿De qué especie soy yo? —rápida e impaciente.

—Una golondrina, creo, y a veces un pájaro del paraíso. La mayoría de las chicas son gorriones, claro... ¿ves esa fila de niñeras? Son gorriones... o ¿tal vez urracas? Y, por supuesto, seguro que conoces chicas-canario... y chicas-petirrojo.

—Y chicas-cisne y chicas-loro. Todas las mujeres maduras son halcones, me parece, o búhos.

—¿Qué soy yo... un buitre?

Gloria negó con la cabeza, riendo.

—No, no; tú no eres un pájaro, ¿no crees? Más bien un galgo ruso.

Anthony recordó que eran blancos y siempre parecían estar anormalmente hambrientos. Pero también se les solía fotografiar con duques y princesas, de manera que se sintió adecuadamente halagado.

—Dick es un fox-terrier, un fox— terrier que ha aprendido muchos trucos.

—Y Maury es un gato. —Simultáneamente a Anthony se le ocurrió que Bloeckman se parecía mucho a un corpulento y ofensivo cerdo. Pero guardó un discreto silencio.

Después, al despedirse, Anthony preguntó cuándo podía volver a verla.

—¿Nunca te comprometes para ratos más largos? —le suplicó—; aunque haya que esperar una semana entera, creo que sería muy divertido pasar todo el día juntos, mañana y tarde.

—No estaría mal, ¿verdad? —Se paró a pensar un momento—. Hagámoslo el domingo.

—De acuerdo. Prepararé un programa que no nos deje ni un minuto libre.

Así lo hizo. Calculó incluso hasta el último detalle lo que sucedería en las dos largas horas que pasarían en su apartamento con motivo del té; cómo el buen Bounds tendría las ventanas abiertas para que entrara aire fresco —pero también un fuego encendido en la chimenea para que la habitación no se enfriara demasiado—, y cómo por todas partes habría ramos de flores en grandes cuencos que Anthony compraría para aquella ocasión. Se sentarían en el sofá.

Y cuando llegó el día se sentaron en el sofá. Al cabo de un rato Anthony la besó

porque se presentó la ocasión sin hacer ningún esfuerzo; el joven Patch descubrió que la dulzura seguía durmiendo en los labios de Gloria, y sintió que no había llegado a alejarse de ella. El fuego ardía alegremente y la brisa que suspiraba a través de los visillos traía consigo un mes de mayo húmedo y suave y la promesa de un universo en verano. Su alma vibró al compás de remotas armonías; oyó el rasguear de guitarras lejanas y el ruido de las olas que bañaban una cálida playa del Mediterráneo... porque en aquel entonces Anthony encarnaba la juventud como nunca volvería a hacerlo y era incluso capaz de triunfar sobre la muerte.

La quejumbrosa melodía del carillón de la iglesia de St. Anne anunció de improviso que ya eran las seis de la tarde. Gloria y Anthony, mientras el crepúsculo tomaba cuerpo, anduvieron camino de la avenida, donde la multitud, como un ejército de prisioneros puesto en libertad, avanzaba con pasos elásticos después del largo invierno, y donde las imperiales de los autobuses iban repletas de reyes bien humorados, y las tiendas estaban llenas de hermosas cosas suaves para el verano, el extraordinario verano, el alegre y prometedor verano que parecía significar para el amor lo mismo que el invierno para el dinero. ¡La vida cantaba a la vuelta de la esquina esperando la hora de cenar! ¡La vida repartía cócteles en la calle! ¡Había ancianas entre aquella multitud, convencidas de que podrían haber participado en una carrera de cien yardas, ganándola!

Por la noche, ya en la cama y con las luces apagadas, la habitación inundada por la luz de la luna, Anthony tardó en dormirse, jugando con cada minuto del día como un niño que acaricia sucesivamente un montón de juguetes largamente deseados que le han traído los Reyes. El joven Patch le había dicho delicadamente a Gloria, casi a mitad de un beso, que la quería, y ella había sonreído, apretándose más contra él y murmurando «Me alegro», mientras lo miraba directamente a los ojos. Había habido un nuevo componente en su actitud, una mayor atracción física hacia él y una extraña tensión emocional, que bastaba para que Anthony apretara los puños y contuviera la respiración al recordarlo. Se había sentido más cerca de ella que nunca. Con una extraordinaria sensación de júbilo, le gritó a la habitación que la amaba.

Anthony telefoneó a la mañana siguiente: esta vez sin dudas, sin incertidumbres, consciente tan solo de un entusiasmo delirante que se duplicó y triplicó al escuchar la voz de Gloria:

- Buenos días.
- Buenos días.
- He llamado para decirte tan solo eso, querida.
- Me alegro de que lo hayas hecho.
- Me gustaría poder verte.
- Me verás mañana por la noche.
- Eso es mucho tiempo, ¿no te parece?

—Sí... —La voz de Gloria parecía indecisa. Anthony apretó con fuerza el auricular.

—¿No podría ir a verte esta noche? — El joven Patch se atrevía a cualquier cosa después de la gloria y la revelación que había supuesto aquel «Sí» casi susurrado.

—Tengo un compromiso.

—Ah.

—Pero quizá... quizá pueda decir que no voy.

Anthony dejó escapar una exclamación que no era más que puro éxtasis.

—¿Gloria?

—¿Sí?

—Te amo.

Otra pausa, y después:

—Me... me alegro.

La felicidad, explicó Maury Noble cierto día, es tan solo la primera hora después de la desaparición de algún sufrimiento especialmente intenso. Pero ¡cómo describir el rostro de Anthony mientras avanzaba por el corredor del décimo piso del hotel Plaza aquella noche! Le brillaban los ojos, y alrededor de la boca había unas líneas que resultaba placentero ver. En aquel momento era bien parecido aunque no lo hubiese sido nunca antes, destinado, como se hallaba, a uno de esos momentos inmortales tan llenos de irradiación que el recuerdo de su luz permite ver durante años.

Anthony llamó a la puerta y, al recibir contestación, entró. Gloria, con un vestido de color rosa muy almidonado, y tan fresca como una flor, se hallaba inmóvil, al otro extremo de la habitación, mirándolo con los ojos muy abiertos.

Al cerrar Anthony la puerta tras de sí, ella dejó escapar un débil grito y recorrió muy deprisa el espacio que los separaba, alzando los brazos en prematura caricia al llegar junto a él. Juntos aplastaron los rígidos pliegues de su vestido en un triunfante y duradero abrazo.

Libro segundo

1. La hora radiante

AL cabo de quince días Anthony y Gloria empezaron a permitirse «discusiones prácticas», como llamaban a las sesiones en las que, bajo la apariencia del más estricto realismo, caminaban sobre un eterno rayo de luna.

—No tanto como yo a ti —insistía el crítico literario—. Si realmente me quisieras, desearías que lo supiese todo el mundo.

—Sí que quiero que lo sepan —protestaba ella—. Quiero colocarme en una esquina como un hombreanuncio, para informar a todos los que pasen.

—Entonces dime las razones para que no quieras casarte conmigo hasta junio.

—Bueno, porque eres muy limpio. Eres de una limpieza etérea, como yo. Hay dos clases de limpieza, ¿sabes? Una es la de Dick: mi primo está limpio como las sartenes relucientes. Tú y yo estamos limpios como los torrentes y los vientos. Siempre que veo a una persona puedo decir si es limpia, y en caso afirmativo, de qué clase de limpieza se trata.

—Somos hermanos gemelos.

¡Sublime idea!

—Madre dice... —Gloria vaciló un momento—, madre dice que a veces dos almas se crean juntas y... y están ya enamoradas antes de nacer.

El bilfismo nunca había logrado un converso con tanta facilidad... Al cabo de un rato, Anthony alzó la cabeza y rio silenciosamente con la mirada en el techo. Al bajar de nuevo los ojos vio que Gloria se había enfadado.

—¿Por qué te has reído? —exclamó ella—, ya lo has hecho otras dos veces antes. Nuestras relaciones no tienen nada de divertido. No me importa hacer el tonto, ni que lo hagas tú, pero no lo soporto cuando estamos juntos.

—Lo siento.

—¡No digas que lo sientes! Si no se te ocurre nada mejor, más vale que te calles.

—Te quiero.

—Me tiene sin cuidado.

Una pausa. Anthony se deprimía... Finalmente Gloria murmuraba:

—Siento haberme puesto desagradable.

—Soy yo quien ha tenido la culpa, no tú.

Restablecida la paz, los momentos que seguían eran mucho más dulces e intensos. Anthony y Gloria eran las estrellas en aquel escenario, ambos representando para un público compuesto tan solo por ellos dos: la fuerza del fingimiento creaba la realidad. Allí se producía, finalmente, la quintaesencia de la autoexpresión, aunque era probable que, en gran parte, su mutuo amor sirviera más de expresión a Gloria que a Anthony. A menudo el joven Patch se sentía como un huésped apenas tolerado en una fiesta dada por ella.

Informar a mistress Gilbert resultó un asunto embarazoso. La madre de Gloria permaneció inmóvil en una silla, escuchando con una especie de intenso recogimiento lleno de parpadeos. Sin duda tenía que estar enterada: Gloria no había visto a ningún otro hombre por espacio de tres semanas, y en ese tiempo mistress Gilbert no podía por menos de haber notado una profunda diferencia en la actitud de su hija. Había recibido de manos de Gloria cartas urgentes para echar el correo, y había escuchado —como todas las madres parecen hacerlo— las expresiones de su hija en las conversaciones telefónicas de los dos, expresiones decididamente cariñosas a pesar de su discreción...

Sin embargo, mistress Gilbert, con mucha delicadeza, se había declarado sorprendida e inmensamente feliz; sin duda lo era; como también les sucedía a los geranios que florecían en los maceteros de las ventanas, y a los cocheros cuando los amantes buscaban la romántica intimidad de los cabriolés —original estratagema—, y los serios menús de los restaurantes en los que garrapateaban «Sabes que sí» para pasárselos luego el uno al otro.

Pero entre besos, Anthony y la muchacha de dorados cabellos se peleaban incesantemente.

—Espera, Gloria —exclamaba él—, por favor, déjame que te lo explique.

—No me lo expliques. Bésame.

—Me parece que no está bien. Si digo cosas que te molestan, debemos discutir. No me gusta eso de besarse y olvidarlo.

—Pero es que yo no quiero discutir. Me parece maravilloso que podamos besarnos y olvidarlo; cuando no podamos hacerlo habrá llegado el momento de discutir.

En cierta ocasión, una diferencia casi impalpable adquirió tales dimensiones que Anthony se levantó y se puso el abrigo a trompicones... por un momento pareció que iba a repetirse la escena del mes de febrero, pero al darse cuenta de lo mucho que su gesto había afectado a Gloria, el joven Patch conservó su dignidad y su orgullo, y al cabo de un instante Gloria sollozaba entre sus brazos, mientras su rostro adorable reflejaba todo el desconcierto de una niña asustada.

Mientras tanto seguían descubriéndose, cada uno delante del otro, de manera

involuntaria, mediante curiosas reacciones y evasiones, mediante aversiones, prejuicios y alusiones no premeditadas al pasado. El orgullo de Gloria la incapacitaba para tener celos, y como Anthony era extremadamente celoso, le molestaba esta virtud en ella. Le contaba a propósito incidentes recónditos de su propia vida para despertar ese sentimiento, pero sin el menor éxito. Era ella quien lo poseía ahora, y los años muertos no le importaban en absoluto.

—Siempre que me porto mal contigo —decía Gloria—, lo siento mucho después. Daría la mano derecha por evitarte el más pequeño sufrimiento.

Y en aquel momento sus ojos estaban a punto de desbordarse y no se daba cuenta de que expresaba tan solo una ilusión. Anthony sabía muy bien que había días en los que se herían a propósito el uno al otro, deleitándose casi con la arremetida. Gloria lo desconcertaba continuamente: un rato, encantadora y muy unida a él, tratando desesperadamente de lograr una unión trascendente, difícil de precisar; y a continuación, silenciosa y fría, indiferente, al parecer, a cualquier consideración ligada a su amor o a cualquier cosa que Anthony pudiera decir. A menudo el joven Patch lograba finalmente enlazar aquellas extrañas reticencias con algún malestar físico —Gloria nunca se quejaba de sus padecimientos corporales hasta que los había superado—, o con algún descuido o presunción por su parte, o con algún plato poco satisfactorio durante la cena; pero incluso en esos casos, los medios que Gloria utilizaba para crear las distancias infinitas que la separaban del resto del mundo, eran un absoluto misterio, enterrado en algún lugar de sus veintidós años de orgullo sin claudicaciones.

—¿Por qué te gusta Muriel? —le preguntó él un día.

—No me gusta... mucho.

—Entonces, ¿por qué sales con ella?

—Únicamente por salir con alguien. Esas chicas no me exigen el menor esfuerzo. Tienden a creerse todo lo que les digo... pero Rachel me gusta más. Me parece atractiva... y pulcra y refinada, ¿no estás de acuerdo? He tenido otras amigas... en Kansas City y en el colegio... pero todas ellas han sido amigas fortuitas, chicas que entraban y salían de mi círculo porque los muchachos nos llevaban juntas a algún sitio. Perdían interés para mí cuando las circunstancias dejaban de ponernos en contacto. Ahora casi todas están casadas. ¿Qué más da?... solo eran gente.

—Te gustan más los hombres, ¿no es cierto?

—Mucho más. Tengo mente de hombre.

—Tienes una mente como la mía, que no se inclina demasiado ni en un sentido ni en otro.

Más adelante Gloria le habló del comienzo de su amistad con Bloeckman. Un día, en Delmonico's, Gloria y Rachel se habían encontrado con Bloeckman y Mr. Gilbert, que estaban almorzando allí, y la curiosidad les empujó a unirse a ellos. Bloeckman

le había parecido bastante bien. Como se daba por satisfecho con muy poco, resultaba un alivio comparado con otros hombres más jóvenes. Procuraba complacerla y se reía de lo que ella decía, tanto si lo entendía como si no. Salió con él varias veces, a pesar de la manifiesta desaprobación de sus padres, y antes de que transcurriera un mes, Bloeckman le había pedido que se casara con él, ofreciéndole todo, desde una villa en Italia hasta una brillante carrera en la pantalla. Gloria se había echado a reír... y él había reaccionado riéndose también.

Pero sin por ello renunciar. En el momento en que Anthony se incorporó a la liza, Bloeckman había hecho ya considerables progresos. Gloria lo trataba bastante bien —con la excepción de aplicarle siempre un apodo ofensivo—, dándose cuenta, mientras tanto, de que, en sentido figurado, él la iba siguiendo mientras ella avanzaba haciendo equilibrios sobre la valla, dispuesto a recogerla si es que llegaba a caerse.

La noche anterior al anuncio del compromiso matrimonial, Gloria se lo comunicó a Bloeckman. Fue un golpe muy duro. Gloria no le contó a Anthony los detalles, pero dio a entender que el magnate cinematográfico no había dudado en discutir con ella. Anthony llegó a la conclusión de que la entrevista había concluido tormentosamente, con Gloria muy fría y nada conmovida tumbada en un extremo del sofá, y Joseph Bloeckman, de Films Par Excellence, recorriendo la alfombra de un lado a otro con los ojos semicerrados y la cabeza inclinada. Gloria se había compadecido de él, pero juzgó más prudente no manifestarlo. En un último estallido de buena voluntad, había tratado de conseguir que Bloeckman llegara a odiarla. Pero Anthony, convencido de que la indiferencia de Gloria era su mayor atractivo, llegó a la conclusión de que su intento tenía que haber fracasado por completo. Durante una temporada se preguntó con bastante frecuencia, pero sin darle especial importancia, cuáles serían los sentimientos de Bloeckman... hasta que terminó olvidándose de él por completo.

Apogeo

Una tarde lograron instalarse en los asientos delanteros de la soleada imperial de un autobús y pasearon durante horas por la orilla del río Hudson empezando en Times Square; luego, cuando los últimos rayos del sol abandonaban ya las calles de la zona oeste, regresaron en dirección a la Quinta Avenida, oscurecida por los ominosos enjambres de abejas que salían de los grandes almacenes. El tráfico estaba detenido en un atasco donde todo era confusión, y donde los autobuses, agrupados de cuatro en fondo como plataformas sobre la multitud, esperaban el gemido de los silbatos.

—¿No es estupendo? —exclamó Gloria—. ¡Mira! El carro de un molinero, completamente blanco a causa de la harina y conducido por un payaso también

enharinado, cruzó por delante de ellos, tirado por un caballo blanco y por su pareja, de color negro.

—¡Qué pena! —sé lamentó Gloria—, quedarían preciosos en el crepúsculo si los dos fuesen blancos. En este momento, y en esta ciudad, me siento extraordinariamente feliz.

Anthony manifestó su desacuerdo con un movimiento de cabeza.

—Creo que la ciudad es una embaucadora. Siempre luchando por acercarse a la tremenda e impresionante urbanidad que se le atribuye. Tratando de ser románticamente metropolitana.

—Yo no lo veo así. Creo que es de verdad impresionante.

—Tan solo en apariencia, reconócelo; en el fondo es un espectáculo artificial, sin ninguna profundidad. Tiene estrellas, con sus agentes de publicidad y sus frágiles decorados que no duran nada, y he de reconocerlo, el mayor ejército de comparsas jamás reunido... —Hizo una pausa, rio brevemente y añadió—: Técnicamente válido, quizá, pero nada convincente.

—Estoy segura de que los policías piensan que la gente es estúpida —dijo Gloria reflexivamente, mientras contemplaba cómo un guardián del orden público ayudaba a cruzar la calle a una señora tan voluminosa como cobarde—. Para ellos la gente son siempre personas asustadas, incompetentes y viejas... y de hecho lo son —añadió. Y enseguida—: Será mejor que nos bajemos. Le dije a mi madre que cenaría pronto y me acostaría. Dice que tengo aspecto de estar cansada, ¡qué rabia!

—Quisiera que estuviéramos casados — murmuró Anthony con sobria entonación—; no tendríamos que darnos las buenas noches y haríamos lo que nos viniera en gana.

—Sería estupendo, ¿verdad? Tenemos que viajar mucho. Quiero ir al Mediterráneo y a Italia. También me gustaría trabajar en el teatro... cosa de un año, más o menos.

—Claro que sí. Y yo escribiré una obra para ti.

—¡Sería estupendo! Conmigo de protagonista. Y luego, cuando tengamos más dinero —siempre se aludía a la muerte del viejo Adam con mucha discreción—, construiremos una magnífica propiedad, ¿no es cierto?

—Sí, claro, con piscinas privadas.

—Docenas de piscinas. Y ríos privados. Quisiera poder hacerlo ya.

Curiosa coincidencia... Anthony había estado deseando lo mismo. Se sumergieron como buceadores en la oscura multitud arremolinada y reaparecieron en las tranquilas calles cincuenta para dirigirse hacia el Plaza paseando indolentemente, infinitamente románticos el uno para el otro... cada uno de ellos avanzando a solas por un sereno jardín con un fantasma hallado en un sueño.

Días de felicidad como botes que se dejan arrastrar por ríos de corriente lenta;

noches de primavera llenas de una quejumbrosa melancolía que convertía el pasado en algo hermoso y amargo que los obligaba a volver la vista atrás y a ver que los amores de otros veranos habían muerto con los olvidados vales de aquellos años. Disfrutaban sus momentos de mayor plenitud cuando alguna barrera artificial los mantenía separados: en el teatro sus manos se movían a hurtadillas para unirse y transmitir suaves presiones mientras la sala permanecía a oscuras; en habitaciones abarrotadas formaban palabras con los labios para que las aceptaran los ojos del otro, sin darse cuenta de que no hacían más que seguir los pasos de otras generaciones convertidas ya en polvo pero comprendiendo vagamente que si la verdad es el fin de la vida, la felicidad es uno de sus modos, y que hay que amarla y protegerla durante el breve y trémulo momento de su existencia. Luego, en una noche de hadas, mayo se convirtió en junio. Solo quedaban dieciséis días... quince... catorce...

Tres digresiones

Inmediatamente antes de anunciar el compromiso, Anthony se había trasladado a Tarrytown para ver a su abuelo, que — cada vez un poco más grisáceo y acartonado a medida que el tiempo le jugaba sus últimas malas pasadas— recibió la noticia con profundo cinismo.

—De manera que vas a casarte, ¿eh? —Pero lo dijo con tan ambigua benignidad y movió la cabeza tantas veces arriba y abajo que Anthony no se sintió deprimido en absoluto. Aunque no estaba al tanto de las intenciones de su abuelo, imaginaba que una gran parte de su dinero sería para él, aunque el anciano destinara una buena cantidad a obras de beneficencia, y otra parte importante sirviera para continuar la tarea de reformar a la humanidad—. ¿Vas a trabajar?

—Por supuesto —contemporizó Anthony, algo desconcertado—. Estoy trabajando. Ya sabes que...

—Me refiero a trabajar —dijo Adam Patch fríamente.

—No estoy completamente seguro de lo que haré. No puede decirse que sea exactamente un mendigo, abuelo —afirmó con cierto brío.

El anciano meditó acerca de aquello con los ojos medio cerrados. Luego preguntó, casi como pidiendo disculpas:

—¿Cuánto ahorras al alío?

—Hasta ahora nada...

—Así que a pesar de tener tan solo lo justo para vivir, has decidido que milagrosamente vais a poder sobrevivir los dos con la misma cantidad.

—Gloria tiene algún dinero suyo. Lo suficiente para comprarse ropa.

—¿Cuánto?

Sin considerar impertinente aquella pregunta, Anthony la respondió.

—Unos cien dólares al mes.

—Eso hace en total unos siete mil quinientos al año. —Luego añadió suavemente —: Tendría que bastaros. Si tienes un mínimo de sentido común tendría que bastaros. Pero el problema es saber si lo tienes.

—Imagino que sí. —Era vergonzoso verse obligado a soportar aquellas piadosas amonestaciones del anciano, y las palabras que Anthony pronunció a continuación tuvo que apuntalarlas con vanidad—. Puedo arreglármelas muy bien. Parece que estás convencido de que soy un completo inútil. En cualquier caso, solo he venido a decirte que voy a casarme en junio. Buenas tardes. — Después de decir esto se dio la vuelta, dirigiéndose hacia la puerta, sin advertir que en aquel instante, y por vez primera, su abuelo lo miraba afectuosamente.

—¡Espera! —exclamó Adam Patch—. Quiero hablar contigo.

Anthony se dio la vuelta.

—¿De qué se trata?

—Siéntate. Quédate a pasar la noche.

Un tanto ablandado, Anthony volvió a ocupar su asiento.

—Lo siento, pero he quedado en ver a Gloria esta noche.

—¿Cómo se llama?

—Gloria Gilbert.

—¿Una chica de Nueva York? ¿La conocías de antes?

—Procede del Medio Oeste.

—¿A qué se dedica su padre?

—Trabaja en una corporación o trust del celuloide; una cosa así. La familia es de Kansas City.

—¿Iréis allí a casaros?

—No, no. Pensábamos casarnos en Nueva York, de la manera más sencilla posible.

—¿Os gustaría casaros aquí?

Anthony vaciló. Para él aquella sugerencia no presentaba ningún atractivo, pero sin duda era un rasgo de prudencia dar al anciano, dentro de lo posible, un interés personal en su vida de casado. Además, el joven Patch se sentía un tanto conmovido.

—Es muy amable por tu parte, abuelo, pero ¿no produciría demasiadas molestias?

—Todo produce muchas molestias. Tu padre se casó aquí... aunque en la antigua casa.

—Yo creía que se había casado en Boston.

Adam Patch meditó unos instantes.

—Tienes razón. Se casó en Boston.

Anthony se sintió avergonzado por haber hecho aquella corrección al anciano e intentó disimularlo con palabras.

—Bueno, hablaré con Gloria acerca de eso. Personalmente me gustaría, pero es una cosa que depende de los Gilbert, claro está.

Su abuelo dejó escapar un largo suspiro, cerró los ojos casi por completo y se hundió en el asiento.

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó con un tono distinto.

—No demasiada.

—Me pregunto —empezó Adam Patch, contemplando benévola los arbustos de lilas que se aplastaban contra las ventanas—, me pregunto si piensas alguna vez en la vida futura.

—Sí, claro, a veces.

—Yo pienso mucho en la vida futura. —Sus ojos apenas parecían ver, pero su voz resonaba confiada y clara—. Hoy estaba aquí sentado, pensando en lo que nos espera, y por alguna razón recordé una tarde de hace casi sesenta y cinco años, cuando jugaba con mi hermanita Annie, donde está ahora el pabellón de verano. —Señaló con la mano en dirección al jardín, con ojos llenos de lágrimas y voz temblorosa.

»Empecé a pensar... y me pareció que tú tendrías que pensar un poco más en la vida futura. Tendrías que ser... más formal —hizo una pausa como buscando la palabra adecuada—, más trabajador...

Luego su expresión se modificó, toda su personalidad pareció cerrarse como una trampa que cae bruscamente, y cuando volvió a hablar la dulzura había desaparecido por completo de su voz.

Cuando tenía solo dos años más de los que tienes tú ahora —dijo con tono áspero y acompañando sus palabras de una risita socarrona—, envié al asilo a tres miembros de la firma Wrenn y Hunt.

Anthony se sobresaltó, lleno de perplejidad.

—Bueno, hasta la vista —añadió su abuelo de repente—, perderás el tren.

Anthony abandonó la casa con una sensación de júbilo muy poco frecuente, y extrañamente compadecido del anciano; no porque su dinero fuera incapaz de comprarle «juventud o buena digestión», sino porque le había pedido que se casara allí, y porque había olvidado algo que debiera recordar sobre la boda de su hijo.

Richard Caramel, que iba a ser una de las personas que se encargasen de escoltar a los invitados el día de la boda, causó muchos sufrimientos a Anthony y Gloria durante las últimas semanas previas al acontecimiento, al robarles continuamente el resplandor de las candilejas. El amante demoníaco se había publicado en abril, e interrumpió los amores de Gloria y Anthony como puede decirse que interrumpió todo aquello con lo que su autor entró en contacto. Se trataba de una descripción muy original y de estilo algo recargado de la existencia de un donjuán de los barrios bajos

de Nueva York. Como Maury y Anthony ya habían dicho antes, y los críticos más receptivos estaban diciendo entonces, no había otro escritor en América con tanta capacidad para describir las atávicas y nada sutiles reacciones de ese sector de la sociedad.

El libro, después de un período de incertidumbre, «se disparó» repentinamente. Las ediciones, primero de pocos ejemplares y después más numerosas, se fueron sucediendo unas a otras, semana tras semana. Un portavoz del Ejército de Salvación la denunció como una cínica falsificación de la renovación moral que se estaba produciendo en los bajos fondos. Una inteligente campaña publicitaria extendió el infundado rumor de que «Gypsy» Smith iba a presentar una demanda por difamación porque uno de los principales personajes era una caricatura de sí mismo. La novela quedó excluida de la biblioteca pública de Burlington, Iowa, y un columnista del Medio Oeste anunció mediante alusiones indirectas que Richard Caramel había ingresado en un sanatorio, aquejado de delírium trémens.

De hecho, el autor de *El amante demoníaco* pasaba sus días en un agradable ambiente de locura. El libro ocupaba tres cuartas partes de su conversación: Dick quería saber si uno había oído «lo último»; entraba en una librería y pedía a voz en grito unos cuantos ejemplares para que se los cargaran en cuenta, sin otro fin que la remota posibilidad de ser reconocido por el empleado o alguno de los clientes. Sabía con todo lujo de detalles en qué zonas del país se vendía mejor el libro; sabía exactamente sus ganancias netas en cada edición, y cuando se encontraba con alguien que no había leído la novela o, como sucedía con demasiada frecuencia, que ni siquiera había oído hablar de ella, se dejaba dominar por un estado de melancólica depresión.

No tiene, por tanto, nada de extraño que Anthony y Gloria decidieran, movidos por los celos, que un Caramel tan hinchado de vanidad resultaba insoportable. Gloria presumió públicamente (molestando extraordinariamente a Dick con ello) de no haber leído *El amante demoníaco*, y de no estar dispuesta a leer la novela hasta que todo el mundo dejara de hablar de ella. En realidad tampoco tenía tiempo de leer, porque los regalos habían empezado a llegar ya: primero con cuentagotas y luego en avalancha, desde las fruslerías de olvidados amigos de la familia a las fotografías de olvidados parientes pobres.

Maury les regaló una refinada cristalería que incluía copas de plata, coctelera y varios sacacorchos. La contribución de Dick fue más convencional: un juego de té procedente de Tiffany's. De Joseph Bloeckman recibieron un exquisito reloj de viaje, muy simple, con su tarjeta. Llegó incluso una boquilla de Bounds; aquello conmovió a Anthony e hizo que sintiera deseos de llorar: de hecho, cualquier emoción, excepto la histeria, parecía natural en la media docena de personas afectadas por aquel tremendo sacrificio a lo convencional. La habitación reservada en el Plaza rebosaba

de ofrendas enviadas por amigos de Harvard y personas relacionadas con el viejo Adam Patch, así como de recuerdos de los días de Gloria en Farmover, y de trofeos más bien patéticos de sus antiguos admiradores, que últimamente llegaban con melancólicos y esotéricos mensajes, escritos en tarjetas cuidadosamente dobladas, y que empezaban con «Poco imaginaba yo cuando...» o «Ten la seguridad de que te deseo toda la felicidad...» o incluso «Cuando recibas esto, estaré en camino hacia...».

El regalo más espléndido resultó ser, al mismo tiempo, el menos satisfactorio. Se trataba de una condescendencia del abuelo de Anthony: un cheque de cinco mil dólares.

El joven Patch reaccionaba con frialdad ante los regalos. Le parecía que se haría necesario llevar un gráfico sobre el estado civil de todas sus relaciones por espacio de medio siglo. Pero Gloria se alborozaba con todos, rasgando el papel de envolver y sacando las virutas de madera con la rapacidad de un perro que escarba en busca de un hueso, agarrando jadeante una cinta o un borde de metal, para extraer finalmente a la luz el objeto en su totalidad y examinarlo con ojo crítico, sin que su rostro reflejara más emoción que un absorto interés.

—¡Anthony, mira!

—Muy bonito, ¿no te parece?

Pero la respuesta no llegaba hasta una hora después, cuando Gloria daba un cuidadoso informe sobre su reacción ante el regalo, sobre si hubiese mejorado siendo más pequeño o más grande, sobre si le había sorprendido recibirlo y, en este último caso, hasta qué punto le había sorprendido.

Mistress Gilbert arreglaba y volvía a arreglar una hipotética casa, distribuyendo los regalos entre las diferentes habitaciones, clasificando los objetos como «reloj menos bueno» o «cubiertos de uso diario» y avergonzando a Anthony y Gloria con alusiones medio en broma a una habitación a la que llamaba cuarto de los niños. Mistress Gilbert se sintió muy complacida con el regalo del viejo Adam y a partir de aquel momento aseguró que tenía un alma muy antigua, «tanto como cualquier otra cosa». Como Adam Patch nunca llegó a saber si se refería a la progresiva senilidad de su mente o a una personal y privada concepción psíquica, no puede decirse que le agradara especialmente. De hecho, cuando hablaba con Anthony siempre se refería a ella como «esa vieja, la madre», igual que si se tratara de un personaje en una comedia que hubiese visto representar muchas veces. En cuanto a Gloria, no era capaz de formar un juicio. Le fascinaba pero, como ella misma le explicó a Anthony, había decidido que era una chica frívola y no se atrevía a dar su aprobación.

¡Cinco días! En el jardín de Tarrytown se estaba levantando un tablado para bailar. Cuatro días. Se había contratado un tren especial para llevar y traer a los invitados desde Nueva York. ¡Tres días!

El diario

Gloria llevaba puesto un pijama azul de seda y estaba de pie junto a la cama con la mano en el interruptor para apagar la luz, cuando cambió de idea y, abriendo el cajón de la mesilla, sacó una libreta de pastas negras, uno de esos diarios con una página destinada a cada uno de los 365 días del año. Gloria lo había llevado durante siete años. Muchas de las anotaciones a lápiz eran casi ilegibles y había comentarios y referencias a noches y tardes olvidadas hacía mucho tiempo, porque no era un diario íntimo, aunque empezara con el inmemorial «Voy a llevar un diario para mis hijos». Pero mientras Gloria iba pasando sus páginas los ojos de muchos hombres parecían mirarla desde nombres medio borrados. Con uno de ellos había ido a New Haven por primera vez... en 1908, cuando tenía dieciséis años y en Yale estaba de moda el fútbol americano... Se había sentido muy complacida porque «Goleador» Michaud había estado «avanzando» con ella durante toda la velada. Gloria suspiró al recordar el vestido de satén —ya de persona mayor— del que estaba tan orgullosa, y de la orquesta tocando «Yamayama, mi hombre Yama» y «Ciudadjungla». ¡Tanto tiempo atrás!... los nombres: Eltynge Reardon, Jim Parsons, «Curly» McGregor, Benneth Cowan, «Ojo de pez» Fry (que le gustaba por lo feo que era), Carter Kirby — que le había mandado un regalo, y también Tudor Baird—, Marty Reffer, el primer hombre del que había estado enamorada más de un día, y Stuart Holcome, que se había escapado con ella en su coche y había querido obligarla por la fuerza a casarse con él. Y Larry Fenwick, a quien siempre había admirado por decirle una noche que si no le daba un beso tendría que bajarse del coche y volver a casa andando. ¡Vaya una lista!

... Y, después de todo, una lista anticuada. Ahora estaba enamorada, dispuesta para la gran aventura romántica que había de ser la síntesis de todo lo romántico, y sin embargo triste por el recuerdo de aquellos hombres y aquellos claros de luna y por las emociones que había experimentado... y por los besos. El pasado... su pasado, ¡cuántas alegrías! Gloria había sido exuberantemente feliz.

Volviendo las páginas, sus ojos se detuvieron indolentemente sobre las escasas anotaciones de los últimos cuatro meses. Pero leyó las más recientes con mucho cuidado.

Primero de abril. Sé que Bill Carstairs se ha enfadado mucho porque me he puesto muy desagradable, pero es que a veces odio que se me haga objeto de tanto sentimentalismo. Fuimos en coche al club de campo de Rockyear y había una luna esplendorosa brillando todo el tiempo entre los árboles. Mi vestido plateado está empezando a deslucirse. Es curioso cómo una se olvida de otras noches en Rockyear... ¡con Kenneth Cowan, del que estaba tan enamorada!

Tres de abril. Después de pasar dos horas con Schroeder, que, según me informan, tiene millones, he decidido que este asunto de perseverar con las cosas

resulta muy fatigoso, sobre todo si las cosas en cuestión son hombres. No hay nada sobre lo que se exagere tanto y juro que a partir de hoy me divertiré a costa de ello. Hemos hablado de «amor»... ¡qué cosa tan banal! ¿Con cuántos hombres habré hablado de amor?

Once de abril. ¡Patch me ha telefoneado!, y cuando me repudió hace cosa de un mes estuvo a punto de tirar la puerta abajo al marcharse. Cada vez tengo menos fe en que haya hombres capaces de recibir heridas mortales.

Veinte de abril. He pasado el día con Anthony. Quizá algún día me case con él. Creo que me gustan sus ideas... estimula toda la originalidad que hay en mí. Bloeckman vino a eso de las diez con su coche nuevo y me llevó a dar un paseo por Riverside Drive. Esta noche me he sentido a gusto con él: es una persona muy considerada. Se ha dado cuenta de que yo no quería hablar y ha estado callado todo el tiempo.

Veintiuno de abril. Me he despertado pensando en Anthony y, efectivamente, ha telefoneado, y su voz resultaba muy agradable, así que he roto una cita para estar con él. Creo que hoy rompería cualquier cosa por él, incluidos los diez mandamientos y hasta mi propia cabeza. Vendrá a las ocho y yo iré de rosa, con un vestido muy almidonado, y pareceré tan fresca como una flor...

Al llegar aquí Gloria hizo una pausa, recordando que después de que él se marchara, se había desnudado con el frío aire de abril entrando a raudales por las ventanas. Y, sin embargo, era como si no hubiese sentido el frío, caldeada por las profundas banalidades que ardían en su corazón.

La siguiente anotación se había producido varios días después:

Veinticuatro de abril. Quiero casarme con Anthony porque los maridos son muy a menudo «maridos» y yo tengo que casarme con un amante.

»Hay cuatro tipos de maridos en términos generales.

»1) El marido que siempre quiere quedarse en casa por las noches, no tiene vicios y se gana la vida trabajando. ¡Totalmente indeseable!

»2) El señor atávico de quien una es amante sin otro objeto que procurarle placer. Los maridos de este tipo consideran «superficiales» a todas las mujeres bonitas, y son una especie de pavo real que nunca llega a la edad adulta.

»3) A continuación viene el adorador, el idólatra de su mujer y de todo lo que es suyo, con completo olvido de lo demás. Esta clase exige como esposa a una actriz temperamental. ¡Cielos! Tiene que ser fatigosísimo que la consideren a una virtuosa.

»4) Y Anthony... un amante transitoriamente apasionado con la prudencia suficiente para darse cuenta de cuándo desaparece la exaltación y de que a la larga acaba desapareciendo. Y yo quiero casarme con Anthony.

»¡Qué absurdo es que las mujeres soporten aburridos matrimonios! El matrimonio no se creó para servir de fondo sino para necesitarlo. El mío será excepcional. No

puede ser, no será el decorado... será la representación, llena de vida, encantadora, sugestiva, y el mundo será el escenario. Me niego a dedicar mi vida a la posteridad. No hay duda de que una debe tanto a la actual generación como a la de los hijos que no desea. ¡Qué destino... volverse gorda e impresentable, perder la propia estimación, pensar en términos de leche, harina de avena, niñera, pañales...! Queridos niños soñados, vosotros sois mucho más hermosos, deslumbrantes criaturitas que revoloteáis (todos los niños soñados tienen que revolotear) con vuestras alas doradas...

»Esos niños, sin embargo, pobrecitos bebés, tienen muy poco en común con el matrimonio.

Siete de junio. Una cuestión moral: ¿he incurrido en falta haciendo que Bloeckman se enamorara de mí? Porque es cierto que le hice enamorarse. Hoy por la noche estaba casi dulcemente triste. Ha sido muy oportuno que tuviera la garganta tan hinchada y no me costara trabajo derramar unas lágrimas. De todas formas Bloeckman no es ya más que el pasado... enterrado bajo mi abundante provisión de lavanda.

Ocho de junio. Y hoy le he prometido no morderme los labios. Bueno, imagino que no lo haré... pero ¡sería mucho mejor si me hubiese pedido que no comiera!

«Pompas de jabón»... eso es lo que hacemos Anthony y yo. Hoy hemos hecho unas maravillosas, y luego, cuando estallen, haremos más y más, imagino... pompas cada vez más grandes y más hermosas, hasta que se nos acaben el agua y el jabón.

El diario concluía con esta observación. Los ojos de Gloria se deslizaron página arriba, hacia el ocho de junio de 1912, 1910, 1907. La primera anotación estaba garrapateada con la letra redonda y poco formada de una chica de dieciséis años... se trataba de un nombre, Bob Lamar, y de una palabra que no era capaz de descifrar. Luego se dio cuenta de su significado... y al comprenderlo descubrió que tenía los ojos empañados por las lágrimas. Allí, en aquella mancha grisácea estaba el recordatorio de su primer beso, tan borroso como los sentimientos de aquella tarde, siete años atrás, en un porche hasta donde llegaba la lluvia. A Gloria le parecía recordar algo que uno de los dos había dicho aquel día y, sin embargo, no acababa de recordarlo. Las lágrimas acudieron a sus ojos cada vez más deprisa, hasta que apenas podía ver la página. Estaba llorando, se dijo a sí misma, porque solo recordaba la lluvia y las flores mojadas en el patio y el olor de la hierba húmeda.

... Al cabo de un momento Gloria encontró un lápiz y, empuñándolo con mano insegura, trazó tres líneas paralelas debajo de la última anotación. Luego escribió FINIS con grandes letras mayúsculas, devolvió la libreta al cajón y se metió en la cama.

El hálito de la cueva

De nuevo en su apartamento después de la cena de esponsales, Anthony apagó las luces y, sintiéndose tan impersonal y frágil como un objeto de porcelana que espera sobre una mesa de servir, se acostó. Era una noche cálida —una sábana bastaba para cubrirse— y a través de las ventanas completamente abiertas le llegaban sonidos evanescentes y veraniegos, cargados de remotas esperanzas. Pensaba que durante los años juveniles que quedaban ya a sus espaldas, superficiales y llenos de colorido, él había vivido con fácil cinismo, un poco vacilante, alimentándose de las emociones — conservadas por escrito— de hombres reducidos a polvo largo tiempo atrás. Pero había otras cosas además de aquello; ahora lo sabía ya. Existía la unión de su alma con la de Gloria, cuyo fuego radiante y cuya frescura eran el material vivo con que estaba hecha la muerta belleza de los libros.

Desde la noche y con insistencia llegaba a su habitación de paredes altas un sonido evanescente que parecía disgregarse: algo que la ciudad lanzaba hacia lo alto y luego volvía a recoger como un niño jugando con una pelota. En Harlem, en el Bronx, en Gramercy Park, y a lo largo de los muelles, en saloncitos o sobre techos salpicados de guijarros, mil amantes producían aquel sonido, permitiendo que escaparan hasta la atmósfera algunos pequeños fragmentos. Toda la ciudad estaba jugando con aquel sonido en la azul oscuridad del verano, lanzándolo a lo alto y recuperándolo luego, prometiendo que, dentro de muy poco, la vida sería tan hermosa como un cuento, prometiendo felicidad... y otorgándola mediante esa promesa. Dando al amor la esperanza de sobrevivir. Más no podía hacer.

Fue entonces cuando una nueva nota se separó de forma discordante del suave lamento de la noche. Un ruido procedente de un patio a menos de cien pies de la ventana trasera de su apartamento: el ruido de una risa de mujer. Débil al principio, incesante y quejumbrosa —alguna criada con su compañero, pensó Anthony— después, fue creciendo en volumen hasta volverse histérica, recordándole finalmente a una chica que había visto una vez dominada por un ataque nervioso de risa en un espectáculo de vodevil. Después disminuyó, alejándose, para alzarse de nuevo, incluyendo palabras: un chiste soez, alguna oscura payasada que Anthony no fue capaz de entender. La risa se detenía por un momento y entonces se podía escuchar el sordo retumbar de una voz de hombre, para volver a empezar de nuevo, interminable, molesta al principio, extrañamente terrible luego. Anthony se estremeció y, levantándose de la cama se acercó a la ventana. La risa había alcanzado un punto muy alto, tensa y sofocada, casi como si se tratara de un grito... luego cesó, dejando tras de sí un silencio tan vacío y amenazador como el gran silencio que lo ocupaba todo por encima de sus cabezas. Anthony se quedó un momento más junto a la ventana antes de volver a acostarse. Descubrió que estaba trastornado y trémulo. Por

muchos esfuerzos que hiciera para sofocar su reacción, algún componente animal de aquella risa espontánea se había apoderado de su imaginación, logrando por primera vez desde hacía cuatro meses reavivar su antigua aversión y su antiguo horror ante todos los asuntos de la vida. La habitación se había vuelto sofocante. Anthony quería estar al aire libre, azotado por algún viento frío y áspero, a millas por encima de las ciudades, y volver a vivir serena y desinteresadamente en los rincones de su propia mente. La vida era aquel sonido en el exterior, aquel sonido femenino, horriblemente reiterativo.

—¡Dios mío! —exclamó el joven Patch, conteniendo bruscamente la respiración.

Escondiendo la cabeza debajo de la almohada trató en vano de concentrarse en los detalles del día siguiente.

La mañana

Iluminado por una luz grisácea, descubrió que no eran más que las cinco. Anthony lamentó, lleno de nerviosismo, haberse despertado tan pronto: tendría aspecto cansado durante la boda. Sintió envidia de Gloria, que podía ocultar la fatiga maquillándose con cuidado.

Se contempló a sí mismo en el espejo del cuarto de baño y vio que estaba anormalmente pálido; media docena de pequeñas imperfecciones destacaban sobre la blancura matutina de su cutis y durante la noche le había crecido la débil sombra de una barba. El efecto general, supuso, era muy poco atractivo, como de persona ojerosa, casi de enfermo.

Sobre el tocador se hallaba cierto número de objetos que fue repasando con cuidado y dedos repentinamente torpes: los billetes para ir a California, el talonario de cheques de viaje, su reloj, en hora con un error de menos de medio minuto, la llave del departamento que tenía que acordarse de entregar a Maury, y, lo más importante de todo, el anillo. Era de platino, con pequeñas esmeraldas engastadas; Gloria había insistido en ello; siempre había querido un anillo de boda con esmeraldas, dijo.

Era el tercer regalo que Anthony le había hecho; primero fue el anillo de compromiso, y después una pequeña pitillera de oro. Ahora empezaría a regalarle muchas cosas más: trajes y joyas y amigos y diversiones. Parecía absurdo que en adelante tuviera que pagar todas sus comidas. Resultaría caro: se preguntó si no habría subestimado los gastos del viaje, que emprenderían inmediatamente, y si no sería mejor sacar más dinero del banco. Aquella posibilidad le preocupó.

Luego, la terrible inminencia del acontecimiento borró de su mente todos los demás detalles. Había llegado el día que Anthony no había buscado ni sospechado

siquiera seis meses antes, pero que ahora se transformaba en luz dorada a través de la ventana que daba al este, bailando en la alfombra como si el sol sonriera a causa de alguna antigua y reiterada broma de su propia invención.

Anthony dejó escapar una risa nerviosa de una sola sílaba.

«¡Cielo santo! —murmuró para sus adentros—. ¡Es como si ya estuviese casado!»

Los amigos del novio

Seis jóvenes en la biblioteca de Cross Patch que se van poniendo cada vez más alegres bajo la influencia del Mumm's Extra Seco, colocado subrepticamente en cubos con hielo junto a las estanterías.

EL PRIMER JOVEN. ¡Caramba! ¡Creedme, en mi próximo libro voy a incluir una escena de boda que dejará a todo el mundo con la boca abierta!

SEGUNDO JOVEN. Conocí el otro día a una chica de la buena sociedad y me dijo que en su opinión tu libro tenía mucha fuerza. Por regla general a las chicas jóvenes les gusta el primitivismo.

EL TERCER JOVEN. ¿Dónde está Anthony?

EL CUARTO JOVEN. Paseando ahí fuera de un lado para otro y hablando solo.

EL SEGUNDO JOVEN. ¡Cielos! ¿Habéis visto al celebrante? Tiene unos dientes curiosísimos.

QUINTO JOVEN. Imagínate que son de verdad. Es muy curioso que la gente tenga dientes de oro.

SEXTO JOVEN. Dicen que les gustan. Mi dentista me contó que una vez fue a verlo una mujer e insistió en que le forrara los dientes de oro. Sin motivo alguno. Los tenía perfectamente bien.

CUARTO JOVEN. He oído que has publicado un libro, Dick.

¡Enhorabuena!

DICK. *(Ceremoniosamente)* Gracias.

CUARTO JOVEN. *(Inocentemente)* ¿De qué se trata? ¿Historias de la universidad?

DICK. *(Todavía más ceremoniosamente)* No. No son historias de la universidad.

CUARTO JOVEN. ¡Qué lástima! Hace años que no sale un buen libro sobre Harvard.

DICK. *(Con irritación)* ¿Por qué no llenas tú ese hueco?

TERCER JOVEN. Me parece que he visto un Packard con un grupo de invitados torcer por la avenida ahora mismo.

SEXTO JOVEN. Podríamos abrir un par de botellas más en vista de eso.

TERCER JOVEN. Me llevé la mayor sorpresa de mi vida cuando oí que el viejo iba a

celebrar la boda con alcohol. Ya sabéis que es un rabioso partidario de la prohibición.

CUARTO JOVEN. (*Chasqueando los dedos muy excitado*) ¡Vaya por Dios! Ya sabía que me había olvidado de algo. No hacía más que pensar que era el chaleco.

DICK. ¿Y qué era?

CUARTO JOVEN. ¡Vaya por Dios!

SEXTO JOVEN. ¡Vamos, vamos! ¡No será tan trágico!

SEGUNDO JOVEN. ¿Qué se te ha olvidado? ¿El camino para volver a casa?

DICK. (*Maliciosamente*) Ha olvidado el argumento para su libro de historias sobre Harvard.

CUARTO JOVEN. No, señor, me he olvidado del regalo, ¡caramba! Me he olvidado de comprarle un regalo al bueno de Anthony. Lo he ido retrasando y retrasando y, al final, ¡me he olvidado por completo! ¿Qué van a pensar?

SEXTO JOVEN. (*Chistosamente*) Probablemente ha sido eso lo que ha retrasado la boda.

El cuarto joven mira nervioso su reloj. Risas.

CUARTO JOVEN. ¡Cielo santo! ¡Vaya un imbécil que estoy hecho!

SEGUNDO JOVEN. ¿Qué pensáis de la dama de honor que cree ser Nora Bayes? No ha cesado de repetirme cuánto le gustaría que esta boda se celebrara a ritmo de jazz. Se llama Haines o Hampton.

DICK. (*Poniendo rápidamente en marcha su imaginación*) Quieres decir Kane, Muriel Kane. Es una especie de deuda de honor, según creo. En cierta ocasión salvó a Gloria de ahogarse, o algo parecido.

SEGUNDO JOVEN. Nunca habría pensado que pudiera detener ese perpetuo balanceo el tiempo suficiente como para nadar. Llénamela copa, ¿quieres? El viejo y yo acabamos de tener una larga conversación acerca del tiempo.

MAURY. ¿Qué viejo? ¿El abuelo de Anthony?

SEGUNDO JOVEN. No, el padre de la novia. Debe de trabajar en algún centro de meteorología.

DICK. Ese señor es mi tío, Otis.

OTIS. Bueno, es una profesión muy honorable. (*Risas*)

SEXTO JOVEN. La novia es tu prima, ¿verdad?

DICK. Sí, Cable, es mi prima.

CABLE. No hay duda de que es una belleza. No como tú, Dick. Estoy seguro de que va a meter en vereda al viejo Anthony.

MAURY. ¿Por qué se da a todos los novios el título de «viejo»? Estoy convencido de que el matrimonio es un error juvenil.

DICK. Maury, el cínico profesional.

MAURY. ¿Qué tienes tú que decir, intelectual de pacotilla?

QUINTO JOVEN. Una batalla entre eruditos, Otis. Recoge las migajas que puedas.

DICK. ¡De pacotilla, tú! ¿Cuáles son tus conocimientos?

MAURY. ¿Y los tuyos?

DICK. Pregúntame cualquier cosa. Cualquier rama del saber.

MAURY. De acuerdo. ¿Cuál es el principio fundamental de la biología?

DICK. Eso tampoco lo sabes tú.

MAURY. ¡No trates de escabullirte!

DICK. Bueno, ¿la selección natural?

MAURY. NO.

DICK. Me rindo. MAURY. La ontogénesis recapitula la filogénesis.

QUINTO JOVEN. ¡Fin del primer asalto!

MAURY. Otra pregunta. ¿Cuál es la influencia de los ratones sobre la cosecha de tréboles? *(Risas)*

CUARTO JOVEN. ¿Cuál es la influencia de las ratas sobre el decálogo?

MAURY. Cierra la boca, bobo. Existe una conexión.

DICK. Pues dinos cuál es.

MAURY. *(Haciendo una pausa, sumido en creciente desconcierto)* Vaya, vamos a ver. Parece que he olvidado la respuesta exacta. Algo acerca de las abejas comiéndose los tréboles.

TERCER JOVEN. ¡Y los tréboles comiéndose los ratones! ¡Ja, ja!

MAURY. *(Frunciendo el entrecejo)* Dejadme pensar solo un minuto.

DICK. *(Poniéndose en pie de repente)* ¡Escuchad!

Una andanada de conversaciones estalla en la habitación vecina. Los seis jóvenes se levantan, llevándose la mano a la corbata de lazo.

DICK. *(Con aire solemne)* Será mejor reunirse con el piquete de ejecución. Imagino que van a hacer la fotografía. No, eso es después.

OTIS. Cable, encárgate de la dama de honor a la que le gusta el ragtime.

CUARTO JOVEN. Bien sabe Dios que quisiera haber mandado ese regalo.

MAURY. Si me dais otro minuto resolveré el problema de los ratones.

OTIS. El mes pasado hice esto mismo en la boda del viejo Charlie McIntyre y...

Se dirigen lentamente hacia la puerta mientras las conversaciones se convierten en algarabía y los compases preliminares de puesta a punto brotan como largos gemidos piadosos del órgano de Adam Patch.

Anthony

Sentía la presencia de quinientos ojos clavados en la espalda de su chaqué y el

centelleo del sol en los dientes — inadecuadamente burgueses— del celebrante. Le costó trabajo evitar una carcajada. Gloria estaba diciendo algo con voz clara y firme y Anthony trató de convencerse de que todo aquello era irrevocable, que todos los segundos tenían importancia, que su vida estaba siendo cortada en dos períodos y que la fisonomía del mundo estaba cambiando delante de sus ojos. Trató de recapturar la sensación de éxtasis que experimentara diez semanas antes. Pero todas las emociones se le escapaban; no sentía siquiera el nerviosismo físico de aquella misma mañana... toda la ceremonia no resultaba ser más que un gigantesco desengaño. ¡Y aquellos dientes de oro! Se preguntó si el ministro estaría casado; se preguntó malévolamente si un ministro podría celebrar la ceremonia de su propio matrimonio...

Pero al estrechar a Gloria entre sus brazos tuvo conciencia de una fuerte reacción. La sangre corría otra vez por sus venas. Un agradable bienestar casi tan palpable como una presencia física se apoderó de él, trayendo consigo responsabilidad y posesión. Ya era un hombre casado.

Gloria

¡Tantas emociones, y tan entrelazadas, que no era posible separar ninguna de ellas de las demás! Podría haber llorado por su madre, que sollozaba silenciosamente a unos metros de distancia y por la belleza del sol de junio que entraba a raudales por las ventanas. Gloria estaba más allá de cualquier percepción consciente. Para ella solo existía el sentimiento —acompañado de una exaltación casi delirante— de estar presenciando el suceso más importante de su vida, y la convicción, tan apasionada y ardiente como una plegaria, de que al cabo de unos instantes se hallaría para siempre a salvo de todo peligro.

Una noche, casi de madrugada, llegaron a Santa Barbara, donde el recepcionista del hotel Lafcadio se negó a admitirlos, alegando que no estaban casados.

Al recepcionista le pareció que Gloria era muy hermosa. No creyó que algo tan hermoso como Gloria pudiera ser moral.

«Con Amore»

Aquel primer medio año —el viaje al oeste, los largos meses de vagabundeo por la costa de California, y la casa de piedra gris cerca de Greenwich donde vivieron hasta que la proximidad del invierno hizo del campo una cosa muy melancólica—, aquellos

días, aquellos lugares, presenciaron las horas de éxtasis. El idilio de su noviazgo, que era un poco como andar por las nubes, dio paso a una intensa relación mucho más apasionada. El estado idílico los abandonó, partiendo en busca de otros amantes; un día miraron a su alrededor y descubrieron que se había ido, aunque fueran incapaces de saber cómo. Si uno de ellos hubiese perdido al otro en los días del idilio, el amor perdido no hubiese sido, incluso para el perdedor, más que ese deseo mortecino que nunca llega a realizarse y que constituye el paisaje de fondo de toda vida humana. Y es que la magia tiene que seguir su marcha apresurada, pero los amantes siguen donde estaban...

El idilio pasó, llevándose consigo un fragmento de juventud. Llegó el día en que Gloria descubrió que los demás hombres ya no la aburrían, y en que Anthony se dio cuenta de que podía quedarse hasta altas horas de la noche hablando con Dick de aquellas tremendas abstracciones que en otro tiempo llenaban su mundo. Pero, sabiendo que habían poseído lo mejor del amor, se aferraban a lo que quedaba. El amor subsistía: mediante largas conversaciones nocturnas en esas horas desoladas en que la mente se aguza y los materiales tomados de los sueños se convierten en sustancia de la vida; mediante profundos e íntimos detalles de cariño que fueron desarrollados simultáneamente; gracias a reírse juntos de las mismas cosas y de pensar, también unidos, que algunas cosas eran ejemplos de noble desprendimiento y otras solo inspiraban tristeza.

Fue aquel, sobre todo, un período de descubrimientos. Las cosas que cada uno descubrió del otro eran tan diversas, tan entremezcladas y, sobre todo, tan endulzadas con amor que, más que descubrimientos, les parecieron, en su momento, fenómenos aislados, con los que había que contar para olvidarlos acto seguido. Anthony descubrió que estaba viviendo con una chica de tremenda tensión nerviosa y del más arbitrario egoísmo. En el espacio de un mes, Gloria supo de la cobardía de su marido frente a un millón de fantasmas creados por su propia imaginación. Lo fue advirtiéndolo de manera discontinua, porque después de salir a la luz hasta resultar casi obscenamente evidente, la cobardía se difuminaba y desaparecía como si tan solo hubiese sido producto de su imaginación. La reacción de Gloria no fue la que habitualmente se atribuye al sexo débil: no despertó su repugnancia ni un prematuro sentimiento maternal. Como ella era casi por completo inmune al miedo físico, le resultaba imposible entenderlo, y procuró sacar el mayor partido posible de lo que consideraba el aspecto positivo de aquellos miedos, ya que si bien Anthony era cobarde cuando recibía un susto o estaba sometido a tensión —por entrar en juego su fantasía—, también poseía una especie de deslumbrante temeridad que en algunos breves momentos hacía que Gloria casi lo admirara, y un orgullo que habitualmente le permitía conservar la calma cuando se creía observado.

Este rasgo se manifestó primero en una docena de incidentes que apenas iban más

allá del nerviosismo: la amonestación a un taxista en Chicago por conducir a demasiada velocidad; su negativa a llevar a Gloria a cierto café de mala fama que ella siempre había querido conocer; cabía, por supuesto, dar a estos hechos una interpretación convencional, y explicarlos como ejemplos de su preocupación por la seguridad personal de Gloria; sin embargo, su peso acumulado resultaba opresivo. Y algo que sucedió en un hotel de San Francisco cuando llevaban casados una semana, bastó para corroborar todos los temores previos.

Era después de medianoche y la habitación se hallaba completamente a oscuras. Gloria se estaba adormeciendo y cuando el acompasado respirar de Anthony a su lado le hacía suponer que dormía, lo vio incorporarse repentinamente sobre un codo y fijar la vista en la ventana.

—¿Qué sucede, cariño? —murmuró Gloria.

—Nada. —Anthony se volvió hacia ella, después de reclinar otra vez la cabeza sobre la almohada—. Nada, mi queridísima esposa.

—No me llames «esposa». Soy tu amante. ¡Esposa es una palabra tan fea! Tu «amante permanente» es algo mucho más tangible y deseable... Ven a mis brazos —añadió, en un impulso de ternura—; ¡duermo tan bien cuando te tengo entre mis brazos!

Ir a los brazos de Gloria tenía un sentido muy preciso. Requería que Anthony deslizara un brazo bajo su hombro y que la rodeara con el otro, colocándose todo lo más posible como una especie de cuna con tres lados para mayor comodidad de su mujer. Anthony, que se revolvía inquieto en la cama, y a quien se le dormían los brazos después de media hora en aquella posición, esperaba a que Gloria se durmiera y entonces la hacía girar suavemente hasta colocarla en su lado de la cama; luego, abandonado a sus propios recursos, se acurrucaba en una de sus difíciles posturas habituales.

Gloria, conseguido el bienestar sentimental, volvió a su somnolencia. Pasaron cinco minutos según el reloj de viaje regalo de Bloeckman; el silencio se había adueñado de toda la habitación, desde los muebles extraños e impersonales al techo un tanto opresivo que se fundía imperceptiblemente con las invisibles paredes a ambos lados. Luego se produjo una repentina vibración en la ventana, un sonido fuerte y entrecortado en el aire inmóvil.

Anthony abandonó la cama de un salto, todo su cuerpo en tensión.

—¿Quién anda ahí? —exclamó con voz terrible.

Gloria se quedó muy quieta, completamente despierta otra vez e interesada no tanto en el ruido como en la rígida figura jadeante cuya voz trataba de penetrar la ominosa oscuridad desde el borde de la cama.

Cesó el ruido; la habitación volvió a quedar tan en silencio como antes... hasta que el teléfono recogió el torrente de palabras que salía de la boca de Anthony.

—¡Alguien acaba de intentar entrar en la habitación...!

¡Hay alguien junto a la ventana! —Su voz era enérgica ya, aunque vagamente aterrorizada.

¡De acuerdo! ¡Dense prisa! —Después de colgar el auricular, Anthony siguió inmóvil en el mismo sitio.

... Se oyó ruido de gente agolpada junto a la puerta y luego unos nudillos que golpeaban sobre la madera. Anthony fue a abrir, y en el umbral apareció la excitada figura de un recepcionista y de tres botones agrupados a su espalda. Entre pulgar e índice el recepcionista sostenía una pluma mojada en tinta como si fuese un arma amenazadora; uno de los botones había cogido una guía telefónica y la contemplaba tímidamente. Al mismo tiempo se incorporó al grupo el detective del hotel, convocado a toda prisa, y todos al unísono entraron en la habitación.

Al encenderse las luces, Gloria se cubrió con una sábana para no ser vista, cerrando al mismo tiempo los ojos para mantener a distancia el horror de aquella inesperada visita. Para su maltrecha sensibilidad el único hecho cierto era que Anthony había cometido una falta deplorable.

... El recepcionista estaba hablando desde la ventana, con tono mitad de criado y mitad de profesor que riñe a un alumno.

—No hay nadie ahí fuera —declaró con total convicción—; ¡caramba!, no puede estar nadie ahí fuera. Hay cincuenta pies de distancia hasta la calle. Lo que usted ha oído ha sido el viento moviendo la persiana.

—Ah.

Entonces Gloria se compadeció de él. Solo deseaba consolarlo, rodearlo tiernamente con sus brazos y decirles a los otros que se fueran, porque su presencia allí tenía un significado que le resultaba odioso. Pero se sentía demasiado avergonzada para levantar la cabeza. Desde su refugio oyó balbucear una frase, disculpas, palabras protocolarias del recepcionista y la risita descarada de uno de los botones.

—He estado muy nervioso toda la tarde —decía Anthony—; por alguna razón ese ruido me ha sobresaltado... solo estaba medio despierto.

—Claro, lo entiendo perfectamente — dijo el recepcionista con loable tacto—; a mí me pasa lo mismo a veces.

La puerta se cerró, se apagaron las luces, Anthony cruzó la habitación sin hacer ruido y se metió en la cama. Gloria, fingiendo estar medio dormida, dejó escapar un suspiro y se deslizó entre sus brazos.

—¿Qué era eso, cariño?

—Nada —contestó él con voz todavía insegura—; pensé que había alguien en la ventana, así que fui a mirar, pero no vi a nadie, y como seguía el ruido llamé a recepción. Siento haberte molestado, pero es que esta noche estoy muy nervioso.

Al advertir la mentira, Gloria se sobresaltó interiormente... Anthony no se había asomado a la ventana, ni siquiera acercado a ella. Se había limitado a quedarse junto a la cama y a pedir ayuda acto seguido.

—Ah —dijo ella; y a continuación—: Tengo mucho sueño.

Durante una hora permanecieron despiertos uno al lado del otro, Gloria con los ojos cerrados y los párpados tan apretados que se formaban en su interior lunas azules girando sobre un fondo malva muy oscuro, y Anthony mirando sin ver la oscuridad que se espesaba por encima de sus cabezas.

Después de muchas semanas el incidente fue saliendo gradualmente a la luz, hasta convertirse en una historia para reír y gastarse bromas. También crearon una tradición tomándolo como base: cada vez que aquel irresistible terror nocturno se apoderaba de Anthony, Gloria lo rodeaba con sus brazos y canturreaba dulcemente:

—Voy a proteger a mi Anthony. ¡Nadie podrá nunca hacerle daño!

Él se reía como si fuera una broma con la que ambos se divertían, pero para Gloria nunca llegaba a ser del todo una broma. Al principio fue una desilusión muy intensa; más adelante, era una de las ocasiones en que lograba dominar su genio.

Mantener bajo control el genio de Gloria —tanto si salía a relucir por falta de agua caliente en el baño, como por una escaramuza con su marido— se convirtió casi en el deber más importante de Anthony. Era un trabajo de precisión que requería la cantidad exacta de silencio, la cantidad exacta de insistencia y la cantidad exacta de diplomacia. Donde fundamentalmente se ponía de manifiesto el inmoderado egoísmo de Gloria era en sus enfados y en los actos de crueldad que inevitablemente les acompañaban. Por su valentía personal, por haber sido siempre una «niña mimada», por su extraordinaria y loable independencia de criterio, y, finalmente, por su arrogante convicción de que no había visto nunca otra chica tan guapa como ella, Gloria se había convertido en una figura nietzscheana con todas sus consecuencias prácticas, aunque, en ocasiones, claro está, predominara en ella el sentimiento.

Había que contar, por ejemplo, con su estómago. Gloria estaba acostumbrada a ciertos platos, y no le cabía en la cabeza que pudiera llegar a comer ninguna otra cosa. Necesitaba una limonada y un sándwich de tomate a última hora de la mañana, seguidos de un almuerzo ligero que incluía un tomate relleno. No solo las posibilidades de elección para sus comidas se hallaban limitadas a una docena de platos, sino que, además, estos platos tenían que estar siempre preparados de la misma manera. Una de las medias horas más desagradables durante la primera quincena de su matrimonio se produjo en Los Ángeles, cuando un desdichado camarero le trajo a Gloria un tomate relleno con ensaladilla de pollo en lugar de apio.

—Siempre lo servimos así, *madame* — se defendió trémulamente el camarero ante la mirada llena de indignación de aquellos ojos grises.

Gloria no respondió, pero cuando el otro se alejó discretamente, golpeó la mesa

con los dos puños hasta que tazas y cubiertos empezaron a entrechocarse.

—¡Pobre Gloria! —rió Anthony sin mala intención—. Nunca te traen lo que quieres, ¿no es cierto?

—¡No quiero este relleno! —estalló ella.

—Llamaré al camarero.

—¡No lo llames! ¡Es un estúpido que no entiende nada!

—Bueno, el hotel no tiene la culpa. Di que se lo lleven, olvídate de ello, o haz un esfuerzo y cómetelo.

—¡Cállate!

—¿Por qué te enfadas conmigo?

—No me enfado contigo —gimió ella—, lo único que pasa es que no quiero este relleno.

Anthony se sintió impotente.

—Vayámonos a otro sitio —sugirió.

—No quiero ir a ningún otro sitio. Estoy cansada de recorrer docenas de cafés sin encontrar nada comestible.

—¿Cuándo hemos recorrido docenas de cafés?

—No quedará más remedio que hacerlo en esta ciudad —insistió Gloria, sin retroceder ante el sofisma.

Anthony, desconcertado, intentó un nuevo camino.

—¿Por qué no tratas de comértelo? No puede ser tan malo como crees.

—No me lo puedo comer, simplemente, porque ¡no me gusta el pollo!

Gloria cogió el tenedor y empezó a hundirlo despreciativamente en el tomate; Anthony temió que empezara a tirar el relleno en todas direcciones. Estaba convencido de que su mujer había alcanzado las cotas más altas de enojo que recordaba (incluso vio en sus ojos un relámpago de odio específicamente dirigido contra él, aunque también abarcara al resto de los seres humanos), y Gloria enfadada se volvía, al menos por el momento, totalmente inaccesible.

Pero enseguida, sorprendentemente, Anthony vio que su mujer, de manera algo vacilante, se llevaba el tenedor a los labios y probaba la ensaladilla de pollo. Seguía teniendo igual de fruncido el entrecejo y él la observó con ansiedad, sin hacer el menor comentario ni atreverse apenas a respirar. Gloria se llevó el tenedor a la boca por segunda vez, volvió a saborear la ensaladilla... y un momento después estaba comiendo. Anthony tuvo que hacer ímprobos esfuerzos para contener una risita, y cuando finalmente habló, sus palabras no tuvieron nada que ver con la comida.

Este incidente, con variaciones, se repitió como una lúgubre fuga a lo largo de todo el primer año de matrimonio; la reacción de Anthony era siempre sorprenderse, irritarse y deprimirse. Pero hubo otro punto de roce, el problema de dar a lavar la ropa, que aún le resultaba más molesto y que terminaba inevitablemente en una total

derrota para él.

Una tarde, en Coronado, el sitio donde se quedaron más tiempo durante el viaje —tres semanas largas—, Gloria se estaba arreglando con gran cuidado para ir a tomar el té. Anthony, que había pasado un rato en los salones de la planta baja escuchando los últimos rumores de guerra en Europa, entró en la habitación, besó la empolvada nuca de su mujer y se dirigió a su tocador. Después de mucho abrir y cerrar cajones —con resultado a todas luces poco satisfactorio— se volvió hacia la Inacabada Obra Maestra.

—¿Te queda algún pañuelo, Gloria? —preguntó.

Gloria agitó su dorada cabeza.

—Ninguno. Estoy usando uno de los tuyos.

—El último, si no me equivoco —rio él secamente.

—¿De verdad? —Gloria se estaba pintando el contorno de los labios con decisión pero de manera delicada.

—¿No han traído la ropa limpia?

—No lo sé.

Anthony dudó un momento; luego, con repentina perspicacia, abrió la puerta del armario. Sus sospechas se vieron confirmadas. De la percha destinada a ello colgaba la bolsa azul suministrada por el hotel, llena de ropa suya, que el mismo Anthony había puesto allí. Y el suelo se hallaba cubierto por una increíble masa de ropa interior, medias, vestidos, camisones y pijamas; casi todo apenas usado pero sin duda alguna clasificable bajo la amplia denominación de «ropa para lavar» de Gloria.

Anthony se quedó quieto, abierta la puerta del armario.

—¡Gloria!

—¿Qué?

El contorno de los labios estaba siendo rectificado de acuerdo con alguna misteriosa perspectiva; ni un dedo de Gloria tembló mientras utilizaba el lápiz de labios, ni una sola mirada se desvió en dirección a Anthony. Un triunfo de concentración.

—¿No has mandado la ropa a lavar?

—¿Es que está ahí?

—Sobre eso no cabe la menor duda.

—Entonces, supongo que no la he mandado.

—Gloria —empezó Anthony, sentándose en la cama e intentando captar su mirada en el espejo—, eres de mucho cuidado, no cabe duda. Desde que salimos de Nueva York, todas las veces que se ha mandado la ropa a lavar he sido yo quien lo ha hecho, y hace una semana prometiste encargarte tú, para variar. Todo lo que tienes que hacer es meter tu ropa sucia en esa bolsa y llamar a la doncella.

—¿Por qué dar tanta importancia a la ropa sucia? —exclamó Gloria irritada—. Ya

me encargaré de ello.

—No le doy importancia. Prefiero que nos ocupemos a medias, pero cuando nos quedamos sin pañuelos está bien claro que hace falta hacer algo.

Anthony pensó que se había mostrado extraordinariamente razonable. Pero Gloria, sin dejarse impresionar, recogió sus cosméticos y le ofreció la espalda con aire indiferente.

—Haz el favor de cerrarme la cremallera —le sugirió—; Anthony, cariño, se me olvidó por completo. Tenía intención de hacerlo, te lo digo en serio, y lo haré hoy mismo. No te enfades conmigo.

¿Qué podía hacer Anthony excepto sentarla en sus rodillas y empalidecer con un beso el carmín de sus labios?

—No me importa nada —murmuró ella con una sonrisa radiante y magnánima al mismo tiempo—. Siempre que quieras puedes quitarme a besos toda la pintura de los labios.

Bajaron a tomar el té. Compraron algunos pañuelos en una cercana tienda de novedades. Todo quedó olvidado.

Pero dos días después Anthony miró de nuevo en el armario: la bolsa seguía colgando de la percha, y el montón de ropa de brillantes colores caída en el suelo había crecido de manera sorprendente.

—¡Gloria! —exclamó.

Al responderle la voz de ella estaba teñida de verdadera angustia. Derrotado, Anthony se llegó al teléfono y preguntó por la doncella.

—Tengo la impresión —dijo, irritado— de que esperas que te sirva de ayuda de cámara francés o algo parecido.

Gloria se rio de una manera tan contagiosa que Anthony cometió la imprudencia de sonreír. ¡Pobrecillo! De alguna manera intangible aquella sonrisa hizo a su mujer dueña de la situación: con aire de quien ha visto ofendida su probidad, Gloria fue muy decidida al armario y empezó a meter su ropa en la bolsa con gran violencia. Anthony la estuvo contemplando... avergonzado de sí mismo.

—¡Ya está! —dijo ella, dando a entender que tenía los dedos en carne viva por el brutal trabajo que se le obligaba a hacer.

Anthony consideró, sin embargo, que le había dado una lección provechosa y que el asunto estaba resuelto, cuando en realidad no había hecho más que empezar. Un montón de ropa sucia iba seguido por otro montón de ropa sucia... con largos intervalos intermedios; cada escasez de pañuelos iba seguida por otra nueva escasez de pañuelos... con intervalos mucho más breves; por no mencionar la escasez de calcetines, de camisas, de cualquier cosa. Y Anthony descubrió finalmente que o bien se encargaba él mismo de mandar a lavar la ropa sucia, o tenía que pasar por la prueba —cada vez más desagradable— de una batalla verbal con Gloria.

Gloria y el general Lee

De vuelta hacia la Costa Este se detuvieron dos días en Washington, y pasearon por la capital federal sintiéndose algo molestos en aquella atmósfera de luz demasiado áspera, de distancia sin libertad, y de pompa sin esplendor; daba la impresión de ser una ciudad descolorida y falta de naturalidad. En el segundo día de su estancia cometieron el error de ir a visitar el antiguo hogar del general Lee en Arlington.

El autobús que los llevó estaba repleto de personas tan acaloradas como insignificantes, y Anthony, que ya captaba muy bien los estados de ánimo de Gloria, comprendió que se estaba fraguando una tormenta, tormenta que estalló cuando la expedición efectuó una parada de diez minutos en el zoo. El zoo, al parecer, olía a monos. Anthony se echó a reír; Gloria invocó la maldición de los cielos para los monos, incluyendo en su malevolencia a todos los pasajeros del autobús y a sus sudorosos hijos que se habían encaminado en dirección a la jaula de los simios.

Finalmente el autobús reanudó la marcha y llegó a Arlington. Allí se reunió con otros autobuses e inmediatamente un enjambre de mujeres y niños fue dejando un rastro de cáscaras de cacahuetes por los pasillos del general Lee hasta amontonarse en la habitación donde se celebró su matrimonio. En la pared de aquella habitación un agradable cartel anunciaba con grandes letras rojas el «Servicio para señoras». Ante aquel golpe final, Gloria estalló.

—¡Me parece perfectamente horrible — dijo, furiosa— la idea de permitir que estas personas vengan aquí! Y la de animarlas convirtiendo estas casas en espectáculo público.

—Bueno —objetó Anthony—, si no las cuidaran, se vendrían abajo.

—¡Y qué, si pasara eso! —exclamó ella, mientras buscaban el amplio porche con columnas—. ¿Crees que aquí sobrevive algún rastro de mil ochocientos sesenta? Todo esto se ha convertido en algo de mil novecientos catorce.

—¿Es que no quieres que se conserven las cosas antiguas?

—La verdad es que no es posible conservarlas, Anthony. Las cosas hermosas crecen hasta cierto punto y luego van a menos hasta que desaparecen, exhalando recuerdos mientras se desmoronan. Y de la misma manera que cualquier período decae en nuestras mentes, las cosas de ese período debieran también deteriorarse, y así se conservarían durante algún tiempo en los pocos corazones que, como el mío, vibran con ellas. El cementerio de Tarrytown, por ejemplo. Esos brutos que dan dinero para preservar las cosas también lo han echado a perder. Sleepy Hollow ha desaparecido; Washington Irving está muerto y cada año que pasa sus libros nos interesan menos... por eso es mejor dejar que el cementerio también se desmorone, como debe hacerlo, como deben hacerlo todas las cosas. Tratar de conservar un siglo manteniendo al día sus reliquias es como mantener vivo con estimulantes a un

hombre que está agonizando.

—¿Así que tú piensas que cuando una época se desmorona, sus casas deben hacer lo mismo?

—¡Naturalmente! ¿Valorarías tu carta de Keats si alguien hubiese repasado los trazos de la firma para que durase más? Precisamente porque amo el pasado, quiero que esta casa recuerde su esplendoroso momento de juventud y belleza, y quiero que sus escalones crujan como si los pisaran mujeres con miriñaques y hombres con botas y espuelas. Pero la han transformado en una anciana de sesenta años, teñida de rubio y demasiado maquillada. No existe ninguna razón para que tenga un aire tan próspero. Debiera sentirse suficientemente identificada con Lee para dejar caer un ladrillo de cuando en cuando. ¿Cuántos de esos... de esos animales —haciendo un gesto circular con la mano—, sacan algo en limpio de esta casa, a pesar de todas las historias y las guías y las restauraciones? ¿Cuántos de los que, en el mejor de los casos, piensan que el aprecio por el pasado consiste en hablar en voz baja y andar de puntillas, vendrían aquí si el viaje fuera difícil? Yo quiero que esta casa huela a magnolias en lugar de a cacahuetes y quiero que mis zapatos pisen la misma grava que pisaron las botas de Lee. No existe belleza sin patetismo, y no hay patetismo sin la sensación de que todo se va, personas, nombres, libros, casas... condenados al polvo... mortales...

Un niño apareció junto a ellos con una cáscara de plátano en la mano y, después de imprimirle un suave balanceo, la arrojó valientemente en dirección al Potomac.

Sentimiento

Anthony y Gloria llegaron a Nueva York coincidiendo con la caída de Lieja. Retrospectivamente, las seis semanas transcurridas les parecieron milagrosamente felices. Habían descubierto —como hasta cierto punto sucede con muchas jóvenes parejas— que tenían en común un considerable número de ideas fijas, intereses y extrañas peculiaridades; que eran esencialmente compatibles.

Pero había sido muy difícil mantener muchas de sus conversaciones a nivel de intercambio de ideas. Gloria reaccionaba muy mal ante las discusiones. Toda su vida se había relacionado con personas menos inteligentes o con hombres que, amedrentados por su belleza, no se atrevían a contradecirla; por ello, cuando Anthony no quería aceptar sus afirmaciones como infalibles y definitivas, la irritación de Gloria resultaba perfectamente natural.

Él, por su lado, no se daba cuenta al principio de que esto era resultado, en parte, de su educación «femenina» y en parte de su belleza, y se sentía inclinado a

considerarla, junto al resto de las mujeres, como una criatura de muy singulares y definidas limitaciones. Le enfurecía que careciese por completo de sentido de la justicia. Pero Anthony acabó descubriendo que cuando un tema le interesaba, el cerebro de Gloria tardaba más en fatigarse que el suyo. Lo que sobre todo echaba de menos en su mente era cierta pedante teleología: el sentido del orden y de la precisión, el sentido de la vida como una pieza de rompecabezas con misteriosas correlaciones; pero después de cierto tiempo comprendió que, en ella, semejante cualidad hubiese sido una incongruencia.

El más grande de los dones que poseían en común era su casi extraña habilidad para llegar al corazón del otro. El día que se marcharon del hotel de Coronado, Gloria se sentó en una de las camas mientras estaban haciendo las maletas y empezó a llorar amargamente.

—Querida... —Anthony la rodeó con sus brazos y le hizo reclinar la cabeza sobre el hombro—. ¿Qué te sucede? Cuéntamelo.

—Nos vamos —sollozó ella.

En realidad es el primer sitio en el que hemos vivido juntos. Hemos tenido aquí nuestras dos camas, una al lado de la otra; nos estarán esperando siempre y nosotros no volveremos nunca.

Le estaba desgarrando el corazón, como siempre conseguía hacerlo. La emoción se apoderó de Anthony, desbordándosele por los ojos.

—Pero, Gloria, iremos a otra habitación, y tendremos otras dos camas. Seguiremos estando juntos toda la vida.

Las palabras —en voz baja y un poco ronca— salieron a borbotones de su boca.

—Pero no será... como nuestras dos camas... nunca más. Cada vez que nos marchamos y nos mudamos hay algo que se pierde... algo que dejamos atrás. Nada se repite nunca por completo, y yo he sido tan tuya aquí...

Anthony la estrechó apasionadamente, captando —mucho más allá de cualquier crítica de sus sentimientos— una sabia percepción del momento presente, aunque solo fuera para ceder ante el deseo de llorar... Gloria, la indolente, siempre absorta en sus propios sueños, extrayendo patetismo de las cosas memorables de la vida y de la juventud...

Aquella tarde, horas después, cuando regresó de la estación con los billetes, Anthony encontró a Gloria dormida en una de las camas, con el brazo doblado alrededor de un objeto negro que al principio no fue capaz de identificar. Al acercarse más descubrió que era uno de sus propios zapatos, ni particularmente nuevo ni especialmente limpio, pero el rostro de Gloria, manchado de lágrimas, estaba pegado contra él, y Anthony entendió el antiguo y muy honorable mensaje que ella le dirigía. Con un sentimiento casi de embeleso, la despertó y vio cómo Gloria le sonreía con timidez, pero muy consciente de su sutileza imaginativa.

Sin necesidad de hacer una valoración de las ventajas e inconvenientes de estas dos cosas, a Anthony le parecía que se hallaba en algún lugar muy próximo al corazón del amor.

La casa gris

Es ya en la tercera década de la existencia cuando el auténtico impulso vital empieza a disminuir, y la persona para quien a los treinta existen tantas cosas valiosas y llenas de significado como diez años antes posee sin duda un alma simple. A los treinta un organillero es más o menos un individuo apolillado que da vueltas a un manubrio... ¡y hubo un momento en que era un organillero! El inconfundible estigma de la humanidad mancha todas esas hermosas cosas impersonales que tan solo la juventud capta en toda su gloria personal. Un baile esplendoroso, con la alegría ligera de mil risas románticas, acaba desgastando sus propias sedas y satenes hasta mostrar el entramado de una cosa fabricada por el hombre —¡ah, esa mano eternamente presente!—; una obra de teatro, trágica y divina, se convierte en simple sucesión de parlamentos, producidos con gran esfuerzo por el eterno plagiaro en horas húmedas y frías, y representados por hombres sujetos a calambres, cobardía y sentimientos varoniles.

Y este momento de la vida de Anthony y Gloria este primer año de matrimonio, y la casa gris coincidieron con la etapa en la que el organillero estaba sufriendo lentamente su inevitable metamorfosis. Gloria tenía veintitrés años; Anthony, veintiséis.

La casa gris tuvo en principio un significado puramente pastoral. Durante los primeros quince días después de regresar de California vivieron, desasosegados, en el apartamento de Anthony, en una asfixiante atmósfera de baúles abiertos, demasiadas visitas, y el eterno problema de su futuro. Dick y Maury se sentaban con ellos asintiendo solemnemente, casi con aire pensativo, mientras Anthony repasaba la lista de lo que «tenían» que hacer y de dónde «tenían» que vivir.

—Quisiera llevarme a Gloria al extranjero —se lamentaba—, si no fuera por esta maldita guerra... de lo contrario, creo que me gustaría vivir en el campo, en algún sitio cercano a Nueva York, por supuesto, donde pudiera escribir... o cualquier otra cosa que decida hacer.

Gloria se echó a reír.

—¿No es gracioso? —le preguntó a Maury—. ¡Cualquier otra cosa que decida hacer! Pero ¿qué voy a hacer yo si él trabaja? Maury, ¿saldrás conmigo si Anthony se pone a trabajar?

—De todas formas, no tengo intención de hacerlo por el momento —se apresuró a decir Anthony.

Existía entre los dos el vago recuerdo de que en algún futuro nebuloso él entraría en una especie de incorpóreo servicio diplomático en el que príncipes y primeros ministros lo envidiarían por tener una esposa tan bella.

—Bueno —dijo Gloria con aire desvalido—, estad seguros de que no tengo la menor idea. Hablamos y hablamos y nunca llegamos a ninguna parte, y cuando preguntamos a nuestros amigos, nos dan la respuesta que queremos que nos den. Me gustaría que alguien se ocupara de nosotros.

—¿Por qué no os vais a... a Greenwich o algo parecido? —sugirió Richard Caramel.

—Eso estaría bien —dijo Gloria, animándose—. ¿Crees que conseguiríamos una casa allí?

Dick se encogió de hombros y Maury se echó a reír.

—Los dos me hacéis mucha gracia — dijo—. ¡No hay personas con menos sentido práctico que vosotros! En cuanto se menciona un sitio, esperáis que nos saquemos de los bolsillos montones de fotografías que pongan de manifiesto los diferentes estilos arquitectónicos de los bungalows.

—Eso es precisamente lo que no quiero —gimió Gloria—: Un bungalow caluroso y mal ventilado, con un montón de niños en la puerta de al lado y su padre cortando la hierba en mangas de camisa...

—Por el amor de Dios, Gloria —le interrumpió Maury—, nadie quiere encerrarte en un bungalow. ¿Quién demonios ha introducido los bungalows en esta conversación? Pero nunca encontraréis una casa en ningún sitio a no ser que salgáis a buscarla.

—¿Salir adónde? Tú dices «a no ser que salgáis a buscarla», sí, pero ¿dónde?

Con gran dignidad, Maury agitó su mano-zarpa sin indicar ninguna dirección precisa.

—En cualquier sitio. En el campo. Hay montones de sitios.

—Gracias.

—¡Escuchadme! —Richard Caramel hizo entrar gallardamente en juego su ojo ambarino—. Vuestro problema es que estáis completamente desorganizados. ¿Sabes algo del estado de Nueva York? Cállate, Anthony, estoy hablando con Gloria.

—Bueno —admitió ella finalmente—, he estado en dos o tres fiestas de varios días de duración en Portchester y en Connecticut... pero, claro, eso no es el estado de Nueva York, ¿verdad? Ni tampoco Morristown —terminó, con soñolienta incongruencia.

Se produjo un estallido de risas.

—¡Cielo santo! —exclamó Dick—. Morristown tampoco. Y lo mismo sucede con

Santa Barbara, Gloria. Ahora escúchame. Para empezar, a no ser que tengáis una fortuna, no tiene sentido considerar ningún sitio como Newport o Southampton o Tuxedo. Están totalmente excluidos.

Todos asintieron solemnemente.

—Y a mí, personalmente, no me gusta nada New Jersey. Queda, por supuesto, la parte alta de Nueva York, por encima de Tuxedo.

—Demasiado frío —dijo Gloria lacónicamente—. —Estuve una vez por allí en automóvil.

—Bueno, a mí me parece que hay muchos pueblos como Rye entre Nueva York y Greenwich donde podríais comprar una casita gris de algún...

Gloria saltó ante aquella frase con expresión triunfante. Por primera vez desde su regreso al este sabía lo que quería.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Sí! Eso es: una casita gris con algo de blanco alrededor y montones de arcos tan marrones y dorados como un cuadro de octubre en una exposición. ¿Dónde podemos encontrar una?

—Desgraciadamente he perdido mi lista de casitas grises con arcos alrededor... pero trataré de encontrarla. Mientras tanto, coge un trozo de papel y apunta los nombres de siete posibles pueblos. Y esta semana os vais cada día a uno de ellos.

—¡Caramba! —exclamó Gloria, derrumbándose mentalmente—, ¿por qué no haces eso por nosotros? No me gustan nada los trenes.

—Bueno, podéis alquilar un coche y...

Gloria bostezó.

—Estoy cansada de palabrería. Me parece que todo lo que hacemos es hablar sobre dónde vamos a vivir.

—Mi exquisita esposa se cansa de pensar —hizo notar Anthony irónicamente—. Necesita un sándwich de tomate para estimular sus agotados nervios. Salgamos a tomar el té.

La desafortunada consecuencia de esta conversación fue que aceptaron literalmente el consejo de Dick, y dos días más tarde se trasladaron a Rye, donde pasearon de un lado para otro en compañía de un irritado corredor de fincas, como niños perdidos en el bosque. Vieron casas de cien dólares al mes que estaban pegadas a otras casas también con una renta de cien dólares; vieron casas aisladas que les produjeron invariablemente un decidido sentimiento de rechazo, aunque se sometieron tímidamente al deseo del agente de que «se fijaran en el fogón ¡gran calidad!», así como a un repetido zarandeo de jambas y aporreo de paredes, con la intención, sin duda, de mostrar que la casa no iba a hundirse de un momento a otro, por mucho que su apariencia lo hiciera sospechar. Examinaron, a través de ventanas, interiores amueblados «comercialmente» con sillas duras como piedras y rígidos tresillos, o «a estilo casero» con los melancólicos desechos de pasados veranos:

raquetas de tenis cruzadas, sofás reclinables y deprimentes cuadros de muchachas, firmados por Gibson. Con sentimiento de culpabilidad visitaron unas pocas casas realmente bonitas, solitarias, dignas y frescas... a trescientos dólares al mes. Se marcharon de Rye dándole efusivamente las gracias al corredor de fincas.

En el abarrotado tren de vuelta para Nueva York, el asiento inmediatamente posterior estaba ocupado por un latino de profundísimas respiraciones que durante los últimos días no había comido más que ajos. Suspiraron felices al llegar de nuevo al apartamento —casi al borde de la histeria—, y Gloria corrió a sumergirse en agua caliente en el impecable cuarto de baño. En lo que al problema de su futura residencia se refería, ambos habían quedado incapacitados para una semana.

El asunto terminó resolviéndose por sí mismo de manera inesperadamente atractiva. Una tarde Anthony entró corriendo en la sala de estar, sin duda alguna en posesión de «la idea».

—Ya lo tengo —exclamó como si hubiese atrapado un ratón—. Vamos a comprar un coche.

—¡Caramba! ¿No tenemos suficientes problemas cuidando de nosotros mismos?

—Concédeme un segundo para que te lo explique, haz el favor. No tenemos más que dejarle nuestras cosas a Dick, meter un par de maletas en el coche, el coche que nos vamos a comprar (en cualquier caso necesitamos uno en el campo), y ponernos en camino en dirección a New Haven. ¿Comprendes? En cuanto salgamos de la zona donde viven los que vienen a trabajar a Nueva York, los alquileres serán más baratos, y tan pronto como encontremos una casa que nos guste, nos instalamos.

La aparente simplicidad del plan logró despertar en Gloria un letárgico entusiasmo, y, pavoneándose por la habitación, Anthony simulaba estar en posesión de una dinámica e irresistible eficiencia.

—Mañana nos compraremos el coche.

La vida, siempre cojeando detrás de las botas de diez leguas de la imaginación, los vio salir de la ciudad una semana más tarde en un automóvil barato pero relucientemente nuevo, atravesar el caótico e ininteligible Bronx y seguir luego por un amplio y lóbrego distrito en el que se iban sucediendo melancólicos eriales de color azul verdoso y arrabales de tremenda y sórdida actividad. Salieron de Nueva York a las once y considerablemente después del cálido y beatífico mediodía iniciaron gallardamente la travesía de Pelham.

—Esto no son pueblos —dijo Gloria desdeñosamente—; tan solo manzanas de casas de la ciudad dejadas caer fríamente en zonas vacías. Supongo que todos los hombres que vivan aquí tendrán manchas en el bigote por beberse el café demasiado deprisa antes de ir a trabajar.

—Y jugarán al pinnacle mientras van en el tren.

—¿Qué es el pinnacle?

—Note tomes las cosas tan al pie de la letra. ¿Cómo quieres que lo sepa? Pero da toda la impresión de que es a eso a lo que juegan.

—Me gusta el nombre. Suena como si fuera un juego en el que hay que hacer crujir los nudillos o algo parecido... Déjame conducir.

Anthony la miró con desconfianza.

—¿Me juras que eres una buena conductora?

—Desde que tenía catorce años.

Anthony detuvo el coche con muchas precauciones a un lado de la carretera y Gloria y él cambiaron de asiento. Luego, con un horrible chirrido, el automóvil se puso en marcha, mientras Gloria lanzaba una carcajada que su marido juzgó inquietante y de muy mal gusto.

—¡Allá vamos! —gritó Gloria—. ¡Yupiii!

Sus cabezas saltaron hacia atrás como marionetas movidas por la misma cuerda al salir disparado el coche y describir luego un círculo alrededor de un carro de la leche completamente inmóvil, cuyo conductor se incorporó de su asiento para perseguirlos a gritos. Echando mano de la inmemorial tradición de la carretera, Anthony replicó con algunos breves epigramas sobre la vulgaridad de los repartidores de leche. No tardó mucho, sin embargo, en dar por terminadas sus observaciones y concentrar su atención en Gloria con el creciente convencimiento de que había cometido un grave error al ceder el control del automóvil y de que su mujer era una conductora sujeta a muchas excentricidades e infinitamente descuidada.

—No te olvides —le advirtió con evidente nerviosismo— de lo que dijo el hombre de la tienda: no debemos ir a más de veinte por hora durante las primeras cinco mil millas.

Gloria hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza, pero —sin duda con la intención de cubrir la distancia mencionada en el menor tiempo posible— aumentó levemente la velocidad. Unos instantes después, Anthony hizo otro intento.

—¿Ves ese cartel? ¿Es que quieres que nos detengan?

—¡Anthony, por el amor del cielo! —exclamó Gloria, exasperada—. ¡Siempre lo exageras todo!

—Bueno, no quiero que me detengan, eso es todo.

—¿Quién te ha detenido? ¿Por qué te pones tan pesado? Como anoche, con mi medicina para la tos.

—Era por tu propio bien.

—¡Ja! Es como seguir viviendo con mi madre.

—¿Te parece bien decirme esas cosas?

Un policía surgió bruscamente ante ellos para ser sobrepasado instantes después.

—¿Lo has visto? —preguntó Anthony.

—¡Me estás volviendo loca! ¿Acaso nos ha detenido?

—Cuando lo haga será demasiado tarde —contrarrestó Anthony brillantemente.

La réplica de Gloria fue desdeñosa, casi como si se sintiera ofendida.

—¡Vaya, este cacharro viejo no va a más de treinta y cinco!

—No es viejo.

—Lo es en espíritu.

Aquella tarde el automóvil se unió a la ropa sucia y a las costumbres alimenticias de Gloria para completar una trinidad de puntos de fricción. Anthony le advirtió sobre las vías del ferrocarril; le señaló los coches que se acercaban, y, finalmente, insistió en recuperar el volante, y una Gloria furiosa y ofendida permaneció en silencio a su lado entre Larchmont y Rye.

Pero gracias a este furioso silencio de Gloria la casa gris llegó a materializarse, porque, nada más atravesar Rye, Anthony se declaró vencido y volvió a cederle el volante. Ante su muda súplica, Gloria —inmediatamente recuperado el buen humor— prometió conducir con más cuidado. Pero debido a que un tranvía descortés insistía sin la menor consideración en permanecer sobre sus raíles, Gloria torció por una calle lateral, y aquella tarde ya no fue capaz de encontrar el camino de vuelta a Post Road. La calle con la que en última instancia la confundieron perdió su aspecto de Post Road cinco millas más allá de Cos Cob. El asfalto se convirtió en grava y luego en tierra, y la calzada, cada vez más estrecha, llegó a adquirir una linde de arces, por entre cuyas hojas se filtraba el sol del oeste, repitiendo sus interminables experimentos de dibujos de sombras sobre las hierbas altas.

—Nos hemos perdido —se quejó Anthony.

—¡Lee ese cartel!

—«Marietta, Cinco Millas». ¿Qué es Marietta?

—No lo he oído nunca, pero será mejor seguir. Aquí no podemos dar la vuelta y probablemente habrá una desviación para coger otra vez Post Road.

En el camino iban apareciendo surcos cada vez más hondos e insidiosos salientes de piedra. Después de dejar atrás tres casas de labranza, surgió ante ellos el pueblo: un grupo de techos grisáceos en torno a un alto chapitel blanco.

Gloria, al dudar entre dos vías de acceso y decidirse demasiado tarde, pasó por encima de una boca de incendios y rompió la transmisión del coche.

Ya había oscurecido cuando el corredor de fincas de Marietta les enseñó la casa gris. La encontraron nada más salir del pueblo en dirección este, donde descansaba recortándose contra un cielo que era un cálido manto azul abotonado con minúsculas estrellas. La casa gris ya había estado allí cuando las mujeres que tenían gatos eran probablemente brujas, cuando Paul Revere fabricaba dientes postizos en Boston antes de incitar a la rebelión a un gran pueblo de comerciantes, cuando nuestros antepasados desertaban gloriosamente del ejército de George Washington a centenares. Desde aquellos días la casa había sido reforzada en una esquina algo

débil, la distribución era distinta, las paredes habían sido enlucidas recientemente, y contaba además con la adición de una cocina y de un porche lateral. Pero, con la excepción del tejado rojo de hojalata que algún patán con buen humor le había puesto a la nueva cocina, el estilo de la casa seguía siendo decididamente colonial.

—¿Cómo se les ha ocurrido venir a Marietta? —preguntó el corredor de fincas con una actitud inquisitiva que era prima hermana de la desconfianza, mientras les enseñaba cuatro espaciosos y bien ventilados dormitorios.

—Hemos tenido un accidente —explicó Gloria—. Pasé con el coche por encima de una boca de incendios y tuvieron que remolcarnos hasta el garaje. Fue entonces cuando vimos el letrero de su agencia.

El corredor hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, incapaz de entender aquel arranque de espontaneidad. Había algo sutilmente inmoral en hacer cualquier cosa sin varios meses de reflexión.

Firmaron el contrato de arrendamiento aquella noche y regresaron jubilosos, en el coche del corredor, a un somnoliento y ruinoso hotel de Marietta, demasiado venido a menos incluso para los fortuitos y culpables encuentros que suelen tener por escenario cualquier hospedería rural al borde de una carretera. Pasaron despiertos la mitad de la noche planeando las cosas que iban a hacer en la casa gris. Anthony trabajaría en su historia a un ritmo sorprendente y se congratiría así con su sarcástico abuelo... Cuando el automóvil estuviese arreglado explorarían los alrededores y se harían socios del club más próximo que les gustara de verdad, donde Gloria jugaría al golf «o a algo parecido» mientras Anthony escribía. Aquello, por supuesto, era una ocurrencia de Anthony: Gloria estaba segura de que solo quería leer y soñar y que un criado angélico (todavía relegado a una imprecisa tierra de nadie) le trajese sándwiches de tomate y limonada. Entre párrafo y párrafo, Anthony vendría a besarla mientras ella yacía, indolente, en la hamaca... ¡La hamaca! Una multitud de nuevos sueños surgió ante Gloria en armonía con su imaginado vaivén al balancearla el viento, mientras el calor del sol hacía vibrar la atmósfera sobre el trigo florecido, o la carretera polvorienta se llenaba de salpicaduras y se oscurecía con la sosegada lluvia del verano...

E invitados... al llegar a este punto Gloria y Anthony mantuvieron una larga discusión, ambos tratando de comportarse de manera extraordinariamente madura y previsor. Anthony sostenía que necesitarían gente por lo menos cada dos fines de semana «para cambiar un poco». Esto provocó un diálogo muy complicado y extraordinariamente sentimental sobre si Anthony no consideraba a Gloria cambio suficiente. Aunque él aseguraba que sí, ella insistía en ponerlo en duda... Finalmente la conversación recuperó su eterna monotonía: «Entonces, ¿qué? ¿Qué vamos a hacer en ese caso?».

—Bueno, tendremos un perro —sugirió Anthony.

—Un perro, no. Yo quiero un gato. — Gloria se extendió con gran entusiasmo sobre la historia, costumbres y gustos de un gato que había tenido en cierta ocasión. Anthony llegó a la conclusión de que tenía que haberse tratado de un ser horrible, tan carente de magnetismo personal como de verdadera fidelidad.

Después se durmieron, para despertar una hora antes del amanecer con la casa gris —adornada de fantasmal esplendor— danzando ante sus ojos deslumbrados.

El alma de Gloria

Aquel otoño la casa gris los recibió con un torrente de sentimiento que desmentía por completo el supuesto cinismo de sus muchos años. Es cierto que seguía existiendo la ropa sucia, las peculiaridades alimenticias de Gloria, la tendencia de Anthony a deprimirse y su «nerviosismo» imaginativo, pero también disfrutaba de intervalos de inesperada serenidad. Sentados muy juntos en el porche, esperaban a que la luna se alzara sobre los plateados campos de labor, y después de iluminar un espeso bosque, viniera a caer a sus pies en olas refulgentes. Bajo aquel claro de luna el rostro de Gloria adquiría una penetrante y evocadora blancura, y con un mínimo de esfuerzo los dos lograban quitarse las anteojeras de la costumbre y descubrir en el otro algo muy semejante al auténtico atractivo romántico de aquel junio ya desvanecido.

Una noche, mientras la cabeza de Gloria descansaba sobre el pecho de su marido y los cigarrillos de ambos brillaban como zigzagueantes botones de luz en la cúpula de oscuridad sobre la cama, ella habló por vez primera y de forma fragmentaria de los hombres que se habían aferrado durante breves momentos a su belleza.

—¿Piensas alguna vez en ellos? —le preguntó él.

—Raras veces... solo cuando sucede algo que me hace recordarlos.

—¿Qué es lo que recuerdas... sus besos?

—Muchas cosas distintas... Los hombres son diferentes con las mujeres.

—¿Diferentes en qué sentido?

—Completamente diferentes... y de manera imposible de explicar. Hombres con una sólida reputación de ser de esta o aquella manera, se mostraban a veces sorprendentemente incongruentes conmigo. Otros con fama de brutales eran tiernos; los insignificantes resultaban asombrosamente leales y dignos de afecto, y, a menudo, hombres honorables adoptaban actitudes que eran todo menos honorables.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, tienes a Percy Wolcott, un muchacho procedente de la universidad de Cornell que se había comportado como un héroe durante sus años de estudiante, era un gran atleta y había salvado a mucha gente en un fuego o algo parecido. Pero yo

descubrí muy pronto que era estúpido de una manera bastante peligrosa.

—¿De qué manera?

—Parece que se había hecho una idea muy ingenua de la mujer «adecuada para ser su esposa», una idea peculiar con la que solía tropezarme con mucha frecuencia y que siempre me sacaba de quicio. Percy Wolcott exigía una chica que nadie hubiese besado, y a la que le gustase coser y quedarse en casa y rendir tributo a su amor propio. Y me apuesto cualquier cosa a que si ha conseguido una idiota que se quede en casa y haga la estúpida por él, Percy se estará desquitando de tapadillo con alguna moza mucho más animada.

—Lo sentiría por su mujer.

—Yo no. Piensa en lo idiota que tendría que ser para no darse cuenta antes de casarse. Percy era el tipo de hombre cuya idea de honrar y respetar a una mujer consiste en no proporcionarle nunca ninguna emoción. Con la mejor de las intenciones estaba hundido hasta el cuello en la época feudal.

—¿Cuál era su actitud contigo?

—Estoy llegando a ello. Como ya te he dicho (¿o no te lo he dicho?), era extraordinariamente apuesto: grandes ojos castaños llenos de honradez y una de esas sonrisas que garantizan un corazón de oro de veinte quilates. Como yo era joven y crédula, pensé que tenía un mínimo de discreción, así que una noche lo besé con ardor cuando estábamos dando un paseo después de un baile en el Homestead de Hot Springs. Había sido una semana maravillosa, lo recuerdo bien, con árboles exquisitos extendidos como espuma verde, o algo parecido, por todo el valle y una bruma que salía de ellos en las mañanas de octubre, como humo de hogueras encendidas para volverlos de color marrón...

—¿Qué pasó con tu amigo el de los nobles ideales? —interrumpió Anthony.

—Parece ser que después de besarme empezó a pensar que quizá pudiera conseguir un poco más, que no hacía falta «respetarme» como a esa encantadora chica de sus sueños a lo Beatrice Fairfax.

—¿Y qué fue lo que hizo?

—No mucho. Le di un empujón y se cayó por un terraplén de dieciséis pies de altura casi antes de empezar.

—¿Se hizo daño? —preguntó Anthony riendo.

—Se rompió un brazo y se torció un tobillo. Se dedicó a contar la historia por todo Hot Springs, y cuando tuvo el brazo curado un tipo llamado Barley a quien yo le gustaba se peleó con él y volvió a rompérselo. Fue un lío terrible. Wolcott amenazó con demandar a Barley, y a Barley (que era de Georgia) lo vieron comprando una pistola en la ciudad. Pero antes de eso mi madre me había llevado otra vez al norte, muy en contra de mi voluntad, de manera que nunca llegué a saber lo que pasó... aunque una vez vi a Barley en el vestíbulo del Vanderbilt.

Anthony rio largamente a carcajadas.

—¡Vaya carrera! Quizá tendría que ponerme furioso saber que has besado a tantos hombres, pero lo cierto es que no se me ocurre hacerlo.

Al oír esto Gloria se incorporó en la cama.

—Es curioso, pero estoy completamente segura de que esos besos no dejaron ninguna marca en mí (me refiero a un rastro de promiscuidad), aunque un hombre me habló una vez completamente en serio de lo mucho que le desagradaba pensar que yo había sido un vaso del que bebía todo el mundo.

—¡Qué cara más dura!

—Yo me eché a reír y le dije que pensara en mí como una copa de la amistad que va pasando de mano en mano sin que por ello se la tenga menos aprecio.

—Por alguna razón no me molesta... claro está que me molestaría si hubieses hecho algo más que besarlos. Pero estoy convencido de que tú eres absolutamente incapaz de celos como no sea en forma de vanidad herida. ¿Por qué no te interesa lo que yo haya hecho? ¿No preferirías que hubiese sido una persona totalmente inocente?

—Todo depende de la impresión que las cosas hagan en ti. Mis besos se debían a que mi acompañante era guapo, o a que había una luna muy bonita, o incluso a que me sentía vagamente sentimental y un poco excitada. Pero eso es todo; no tenían el menor efecto sobre mí. Tú, en cambio, te acordarías y permitirías que esos recuerdos te obsesionaran y preocuparan.

—¿Nunca has besado a nadie como me has besado a mí?

—No —contestó ella con simplicidad—. Como ya te he dicho, los hombres han intentado... bueno, montones de cosas. Cualquiera chica bonita ha tenido esa experiencia... ¿Comprendes? —resumió—. No me importa con cuántas mujeres hayas estado en el pasado, siempre que se tratara tan solo de una satisfacción física, pero no creo que pudiera soportar la idea de que hubieses vivido con otra mujer por un largo período de tiempo o incluso que hubieses querido casarte con alguna chica. Resulta diferente, de alguna manera. Existiría el recuerdo de todos esos pequeños detalles de intimidad, y eso echaría a perder esa frescura que, después de todo, es la parte más valiosa del amor.

Extasiado, Anthony hizo que Gloria recostara la cabeza junto a la suya sobre la almohada.

—Querida —susurró—, ¡como si yo pudiese recordar otra cosa que tus besos!

—Anthony —dijo entonces Gloria con voz muy suave—, ¿he oído a alguien decir que tenía sed?

Anthony rio bruscamente y se levantó de la cama con aire divertido.

—Solo con un trocito de hielo en el agua —añadió—. ¿Crees que será posible?

Gloria usaba el diminutivo siempre que pedía un favor; eso hacía que el favor

pareciera menos arduo. Anthony rio de nuevo... tanto si quería mucho como poco hielo, él tenía que bajar a la cocina... Su voz le fue siguiendo por el pasillo: «Y una galletita con un poco de mermelada encima...».

—¡Cielos! —suspiró Anthony—, ¡esa chica es única!

¡No hay otra como ella!

—Cuando tengamos un niño —empezó Gloria cierto día (ya estaba decidido que iban a esperar tres años)—, quiero que se parezca a ti.

—Excepto las piernas —insinuó él, solapadamente.

—Sí, claro, excepto las piernas. Tiene que tener las mías. Pero en todo lo demás puede ser como tú.

—¿Mi nariz?

Gloria dudó.

—Bueno, quizá también la mía. Pero tendrá tus ojos, sin duda alguna... y mi boca, e imagino que la forma de mi cara. Quizá tampoco estaría mal que tuviera mi pelo.

—Querida Gloria, te has quedado con todo el niño.

—Bueno, no era esa mi intención —se disculpó ella alegremente.

—Que tenga mi cuello por lo menos —solicitó él, mirándose seriamente en el espejo—. Has dicho muchas veces que te gusta mi cuello porque apenas tengo nuez, y, además, el tuyo es demasiado corto.

—¡Eso no es verdad! —exclamó ella, llena de indignación, volviéndose hacia el espejo—. Tiene las proporciones justas. No creo haber visto nunca un cuello mejor.

—Es demasiado corto —repitió Anthony en broma.

—¿Corto? —Su tono manifestaba exasperado asombro.

¿Corto? ¡Estás loco! —Se puso a alargarlo y a contraerlo para convencerse a sí misma de su reptílica sinuosidad—. ¿A esto le llamas tú un cuello corto?

—Uno de los más cortos que he visto nunca.

Por primera vez desde hacía varias semanas los ojos de Gloria se llenaron de lágrimas y la mirada que dirigió a su marido.

—¡Anthony!

—¡Cielo santo, Gloria! —Se acercó a ella desconcertado y le sujetó los codos con las manos—. ¡No llores, por favor! ¿No te has dado cuenta de que estaba bromeando? ¡Gloria, mírame! ¡Querida, pero si tienes el cuello más largo que he visto nunca! De verdad.

Sus lágrimas se disolvieron en una difícil sonrisa.

—No tendrías que haberlo dicho, de todas formas. Hablemos del n... niño.

Anthony empezó a pasearse por la habitación y habló como si estuviera ensayando un debate.

—Para decirlo con pocas palabras, hay dos niños que podemos tener, dos niños

distintos, perfectamente diferenciados. Está el niño combinación de lo mejor en cada uno de nosotros. Tu cuerpo, mis ojos, mi cerebro, tu inteligencia. Y luego está el niño que reuniría lo peor de los dos, mi cuerpo, tu genio y mi falta de decisión.

—Me gusta el segundo —dijo ella.

—Lo que realmente me gustaría —continuó Anthony— sería tener dos grupos de trillizos con un año de diferencia y luego hacer experimentos con los seis...

—Pobre de mí —protestó ella.

—... educaría a cada uno en un país distinto y con un sistema diferente, y cuando tuvieran veintitrés años los reuniría para ver cómo son.

—Pero que tengan todos mi cuello — sugirió Gloria.

El final de un capítulo

Después de una larga espera el automóvil quedó reparado, y con frío espíritu vengativo retomó, donde la había dejado, la tarea de causar infinitas disensiones. ¿Quién debería conducir? ¿A qué velocidad tendría que ir Gloria? Estas dos preguntas y las eternas recriminaciones que las acompañaban se prolongaron durante días. Recorrieron los pueblos situados en Post Road: Rye, Portchester y Greenwich, y visitaron a una docena de amigos y amigas (en su mayor parte de Gloria) que parecían hallarse invariablemente en diferentes estadios de la producción de niños, y que por este motivo, y también por otros, aburrieron a Gloria hasta llevarla al borde del desequilibrio nervioso. Por espacio de una hora después de cada visita, se mordía las uñas furiosamente y se sentía inclinada a desahogar su rencor sobre Anthony.

—Odio a las mujeres —exclamaba de malhumor—. No me queda más remedio que recurrir a esas tonterías de que hablan siempre las señoras. Me he tenido que entusiasmar con una docena de niños que únicamente me apetecía estrangular. Y cada una de esas chicas o está empezando a tener celos y a sospechar de su marido, si es agradable, o a aburrirse con él si no lo es.

—¿No piensas ver nunca a ninguna mujer?

—No lo sé. Nunca me parece que jueguen limpio... nunca, nunca. Excepto unas pocas. Constance Shaw, ya sabes, la mistress Merrian que vino a vernos el martes pasado, es casi la única. ¡Es tan alta y tiene un aire tan sincero y majestuoso!

—No me gustan las chicas tan altas.

Fueron a varias cenas con baile en diferentes clubes de campo, pero decidieron que el otoño estaba demasiado próximo para «salir» de manera sistemática, aunque realmente les hubiese apetecido. A Anthony no le gustaba nada el golf, a Gloria solo a medias, y si bien disfrutó con las atenciones que algunos estudiantes le dedicaron

una noche y le agradó que Anthony se sintiera orgulloso de su belleza, también advirtió que la anfitriona de aquella velada, una tal mistress Granby, se disgustó hasta cierto punto porque el compañero de promoción de Anthony, Alec Granby, también la hacía objeto de sus atenciones. Los Granby no volvieron a telefonarles, y aunque Gloria fingió no darle importancia, le molestó, y no poco.

—¿Comprendes? —le explicó a Anthony—. Si yo no estuviese casada no le preocuparía, pero ha visto las películas de su época y piensa que quizá sea una vampiresa. Mi problema es que tranquilizar a esas personas requiere un esfuerzo que no estoy dispuesta a hacer... ¡Y todos aquellos guapos muchachitos poniéndome ojos tiernos y diciéndome piropos estúpidos! Ya no soy una niña, Anthony.

Marietta tampoco ofrecía mucha vida social. Media docena de grandes propiedades formaban una especie de hexágono a su alrededor, pero pertenecían a ancianos que solo se dejaban ver como bultos inertes de pelo gris en el asiento de atrás de su automóvil camino de la estación, adonde iban algunas veces acompañados por sus igualmente ancianas y doblemente masivas esposas. La gente del pueblo pertenecía a un tipo poco interesante: predominaban las mujeres solteras, sin otro horizonte que las fiestas escolares, y almas tan sombrías como la repulsiva arquitectura blanca de las tres iglesias. La única persona de la localidad con quien mantuvieron un estrecho contacto fue la muchacha sueca de amplias caderas y anchos hombros que contrataron como asistenta. Era una mujer silenciosa y eficiente, y Gloria, después de encontrarla llorando amargamente sobre la mesa de la cocina con la cabeza escondida entre los brazos, empezó a sentir hacia ella un extraño miedo y dejó de quejarse de la comida. Gracias a su callado y esotérico dolor la chica sueca siguió en la casa.

La afición de Gloria a las premoniciones y sus explosiones de vago sobrenaturalismo resultaron una sorpresa para Anthony. Algún complejo, adecuada y científicamente inhibido en los primeros años de su vida con una madre bilfista, o alguna hipersensibilidad heredada, la hacían susceptible a cualquier sugestión psíquica, y, aunque nada crédula sobre las motivaciones de las personas vivas, tendía a creer cualquier suceso extraordinario atribuido a los caprichosos paseos de los muertos. Los terribles crujidos de la vieja casa en las noches de viento, que para Anthony eran ladrones empuñando una pistola, representaban para Gloria los perversos e intranquilos efluvios de las generaciones muertas, que expiaban lo inexpiable sobre el antiguo y romántico hogar de la chimenea. Una noche, debido a dos golpes muy rápidos y violentos en el piso de abajo, que Anthony fue a investigar lleno de miedo pero sin resultado alguno, se quedaron los dos despiertos casi hasta el amanecer haciéndose el uno al otro preguntas dignas de un examen escrito sobre la historia del mundo.

En octubre Muriel fue a hacerles una visita de dos semanas. Gloria le había

puesto una conferencia, y miss Kane terminó la conversación diciendo, de manera muy característica: «De acuerdo. ¡Iré y la animación corre de mi cuenta!». Cuando llegó lo hizo con una docena de canciones del momento bajo el brazo.

—Os hace falta un fonógrafo aquí en el campo —dijo—; un Vic pequeño: no cuestan demasiado. Así, cuando os sintierais melancólicos, tendríais a Caruso y a Al Jolson en vuestra propia casa.

Casi consiguió volver loco a Anthony diciéndole que «era el primer hombre inteligente que había conocido y que a ella le cansaba mucho la gente superficial». Anthony se preguntaba cómo era posible que alguien se enamorara de personas así. Pero supuso que contemplándola con mirada apasionada quizá fuera posible verla como una criatura suave y prometedora.

Gloria, por su parte, exhibiendo sin rebozo su amor por Anthony, logró un estado de ronroneante satisfacción.

Finalmente, Richard Caramel pasó con ellos un locuaz fin de semana literario, muy penoso para Gloria. Dick habló con Anthony largo y tendido sobre sí mismo mientras ella dormía con infantil inocencia en el piso de arriba.

—Este éxito mío ha sido una cosa muy curiosa —dijo Dick—. Muy poco antes de que apareciese la novela estuve intentando, sin resultado, vender algunos relatos breves. Luego, después de publicarse el libro, he revisado un poco tres de ellos y los ha aceptado una de las revistas que no los quiso. Ya he escrito bastantes desde entonces; la editorial no me pagará el libro hasta el invierno.

—No permitas que los despojos se apoderen del vencedor.

—¿Te refieres a escribir porquérias? — Se detuvo un momento a considerar—. Si hablas de añadir deliberadamente un final sentimental a cada uno, no lo estoy haciendo. Pero imagino que no soy demasiado cuidadoso. Desde luego escribo más deprisa y me parece que no pienso las cosas tanto como solía. Quizá se deba a que no hablo con nadie ahora que tú te has casado y Maury se ha ido a Filadelfia. Me falta el impulso que tenía antes y la ambición. El éxito rápido, y todo eso.

—¿Y no estás preocupado?

—Terriblemente. Me siento dominado por un nerviosismo que debe de ser como el del cazador ante su primera pieza... es una especie de intensa falta de naturalidad literaria que se apodera de mí cuando intento forzarme. Pero los días en que me parece que no puedo escribir no son los peores. Lo peor es empezar a preguntarse si hay alguna obra que merezca le pena, quiero decir, si soy algo más que un bufón pretencioso.

—Me gusta oírte hablar así —dijo Anthony con un toque de su antigua superioridad llena de insolencia—. Temía que el éxito te hubiera entontecido un poco. Leí la más detestable entrevista que te han...

Dick le interrumpió con un gesto atormentado.

—¡Por favor! No me hables de ella. La escribió una joven que destilaba admiración por todos los poros. No se cansaba de repetir que mi obra tenía «fuerza», y creo que perdí un tanto la cabeza e hice muchas afirmaciones bastante extrañas. Aunque algunas cosas no estaban mal, ¿no crees?

—Sí, es cierto; aquella parte sobre el autor prudente que escribía para los jóvenes de su generación, los críticos de la siguiente y los profesores de todas las generaciones futuras.

—Creo que en gran parte es cierto — admitió Richard Caramel con una débil sonrisa de complacencia—. Pero fue una equivocación decirlo para que lo publicaran.

En noviembre regresaron al apartamento de Anthony, de donde hicieron triunfantes salidas a los partidos de fútbol americano entre Yale y Harvard y Harvard y Princeton, a la pista para patinar sobre hielo de St. Nicholas, a todos los teatros y a muchas fiestas, desde pequeños bailes sin importancia hasta los grandes acontecimientos, que tanto le gustaban a Gloria, en las pocas casas donde lacayos con pelucas empolvadas se deslizaban por los salones como perfectas encarnaciones de la nostalgia británica, bajo la dirección de gigantescos mayordomos. Tenían intención de marcharse al extranjero a primeros de año o, en todo caso, cuando acabara la guerra. Anthony había terminado un ensayo a lo Chesterton sobre el siglo XII que podría servir de introducción al libro que se proponía escribir, y Gloria había realizado investigaciones muy amplias sobre el tema de los abrigos de martas cibelinas... De hecho, el invierno se acercaba de manera bastante agradable cuando, a mediados de diciembre, el demiurgo bilfista decidió repentinamente que el alma de mistress Gilbert había envejecido lo suficiente en su actual encarnación. El resultado fue que Anthony tuvo que llevar a una desdichada e histérica Gloria a Kansas City, donde, de la manera habitual, participaron en la terrible experiencia de rendir un último tributo de respeto a los seres queridos.

Mr. Gilbert, por primera y última vez en su vida, se convirtió en una figura verdaderamente patética. Irónicamente, la mujer a quien había adiestrado para cuidar de su cuerpo y compartir sus opiniones lo había abandonado cuando ya no iba a ser capaz de seguir manteniéndola mucho tiempo. Nunca más podría aburrir y avasallar a un alma humana de manera tan satisfactoria.

2. Simposio

GLORIA había conseguido adormecer la mente de Anthony. Ella, que parecía la más lista y la más hermosa de las mujeres, colgaba como una brillante cortina delante de sus puertas interiores, impidiendo que pasara la luz del sol. En aquellos primeros años, lo que Anthony creía llevaba invariablemente la marca de Gloria; él veía siempre el sol a través del dibujo de la cortina

Fue una especie de dejadez lo que les llevó un segundo verano a Marietta. Durante la dorada primavera —dominados por una especie de inquietud y perezosamente extravagantes— vagabundearon por la costa de California, uniéndose de cuando en cuando con otros grupos y trasladándose de Pasadena a Coronado, y de Coronado a Santa Barbara, sin otro propósito definido que el deseo de Gloria de bailar con una música diferente o de captar alguna variación infinitesimal entre los cambiantes colores del océano. Del Pacífico se alzaban para recibirlos abruptas zonas rocosas y establecimientos hoteleros igualmente bárbaros, donde a la hora del té uno puede adormecerse en un lánguido bazar de objetos de mimbre, dignificado por la última moda deportiva de Southampton, Lake Forest, Newport y Palm Beach. Y, mientras las olas se mezclaban y salpicaban y brillaban en la más tranquila de las bahías, ellos se incorporaban a este grupo o a aquel, y con ellos iban de una estación de ferrocarril a otra, quejándose siempre de las extrañas e insustanciales diversiones que les aguardaban más allá del próximo valle lleno de verdura y de árboles frutales.

Vivían con grupos de personas saludables y algo simples dedicadas al ocio. Los mejores de entre los hombres tenían un aire estudiantil que no resultaba desagradable; parecían hallarse en una lista de perpetuos candidatos para alguna etérea fraternidad universitaria ampliada de manera indefinida al mundo exterior. Las mujeres, de belleza por encima de lo normal, frágilmente atléticas, eran de una total ineptitud como anfitrionas, pero encantadoras e infinitamente decorativas como huéspedes. Con serenidad y gracia bailaban al compás de los ritmos que consideraban adecuados durante las tibias horas del té, realizando con cierta dignidad movimientos horriblemente caricaturizados por dependientes y coristas a todo lo largo y ancho del país. Parecía irónico que en este solitario y desacreditado retoño de las artes, los

americanos sobresalieran de manera incuestionable.

Después de bailar y chapotear a lo largo de una pródiga primavera, Anthony y Gloria descubrieron que habían gastado demasiado dinero y que tenían que retirarse durante cierto tiempo. Estaba el «trabajo» de Anthony, decían ellos. Casi antes de darse cuenta se hallaban otra vez en la casa gris, más conscientes de que otros amantes habían dormido allí, de que otros nombres habían resonado por encima de las barandillas y de que otras parejas se habían sentado en los escalones del porche contemplando los campos de un verde grisáceo y la masa negra de los bosques que quedaban detrás.

Anthony seguía siendo el mismo, más inquieto, inclinado a animarse tan solo bajo el estímulo de varios *whiskies* y manifestando una leve, casi imperceptible, apatía hacia su mujer. Gloria, por su parte, cumpliría veinticuatro años en febrero y experimentaba un terror que resultaba muy atractivo pero que era totalmente sincero. ¡Seis años para llegar a los treinta! Si hubiese estado menos enamorada de Anthony, la sensación de paso del tiempo habría encontrado expresión en un nuevo interesarse por otros hombres, en un deliberado propósito de extraer un pasajero destello de ilusión romántica de cada posible amante que la miraba disimuladamente desde el otro lado de una resplandeciente mesa de comedor.

—Creo que si quisiera algo lo cogería —le dijo en una ocasión a Anthony—. Esa ha sido siempre mi actitud. Pero te quiero a ti, de manera que no tengo sitio para ningún otro deseo.

Iban en dirección este, a través de un estado de Indiana reseco y sin vida, y Gloria había alzado los ojos de una de sus queridas revistas de cine para encontrarse con que una conversación trivial se convertía de pronto en seria.

Anthony frunció el entrecejo mientras miraba por la ventanilla del tren. Al cruzar la vía férrea una carretera secundaria, vio por unos instantes a un granjero en su carro; estaba masticando una paja y era, al parecer, el mismo granjero que ya habían dejado atrás una docena de veces, aguardando inmóvil, dotado de un silencioso y maligno simbolismo. Al volverse hacia Gloria, el ceño de Anthony se hizo más pronunciado.

—Me preocupas —protestó—; yo sí me imagino deseando a otra mujer bajo ciertas circunstancias momentáneas, pero no me imagino cediendo a ese impulso.

—Pero yo no siento así las cosas, Anthony. No veo razón para oponer resistencia a las cosas que quiero. Lo mío es no quererlas... es desearte solo a ti.

—Pero cuando pienso en que podrías encapricharte con alguien...

—¡No seas idiota! —exclamó ella—. No tendría nada de casual. Y ni siquiera soy capaz de imaginarme la posibilidad.

Esto puso fin a la conversación de manera concluyente. El persistente afecto de Anthony hacía que Gloria fuese más feliz en su compañía que en la de cualquier otra

persona. Disfrutaba positivamente con él... lo quería. De manera que el verano empezó de manera muy semejante a como se iniciara el anterior.

Había, sin embargo, un cambio radical en la familia. La escandinava de corazón de hielo, cuya austera cocina y manera burlona de servir la mesa tanto habían deprimido a Gloria, cedió el sitio a un japonés extraordinariamente eficiente cuyo nombre era Tanalahaka, pero que confesaba atender a cualquier requerimiento que incluyera el bisílabo «rana».

Tana era muy pequeño, incluso para ser japonés, y exhibía una concepción relativamente ingenua de sí mismo como hombre de mundo. El día de su llegada, procedente de la Acreditada Agencia Japonesa de Colocación R. Gugimoniki, Tana llamó a Anthony a su habitación para enseñarle los tesoros de su baúl. Uno de ellos era una voluminosa colección de tarjetas postales japonesas, que él se mostraba dispuesto a explicar a su amo inmediatamente, una por una, y con gran lujo de detalles. Entre ellas había media docena de contenido pornográfico y de origen claramente americano, aunque, modestamente, los editores habían omitido sus nombres, dejando el reverso completamente en blanco. Tana extrajo a continuación algunos de sus trabajos manuales: unos pantalones americanos hechos por él mismo, y dos juegos completos de ropa interior de seda. De manera confidencial informó a Anthony sobre la utilización que pensaba dar a estos últimos. El siguiente objeto fue una copia bastante aceptable de un grabado de Abraham Lincoln, a cuyo rostro se había incorporado un inconfundible aire japonés. En último lugar apareció una flauta; la había hecho él pero estaba rota: Tana pensaba arreglarla muy pronto.

Después de este cortés ceremonial, que Anthony supuso ser originariamente japonés, Tana pronunció una larga perorata en inglés chapurreado sobre las relaciones entre amo y criado, de la que Anthony dedujo que había trabajado en casas con mucha servidumbre, pero que siempre se peleaba con sus compañeros porque no eran honestos. Dedicaron mucho tiempo a la palabra «honestos», y de hecho los dos llegaron a enfadarse bastante, porque Anthony insistía testarudamente en que Tana trataba de decir «abejorros», llegando incluso al extremo de zumbar a la manera de una abeja y de agitar los brazos para imitar el movimiento de sus alas.

Al cabo de tres cuartos de hora Anthony fue puesto en libertad con la amable promesa de que continuarían aquellas charlas tan agradables y Tana le contaría «cómo hacemos las cosas en mi país».

Esa fue la primera intervención del locuaz Tana en la casa gris... y, desde luego, cumplió su promesa. Aunque concienzudo y honesto, era también, sin duda, terriblemente pesado. Parecía incapaz de controlar la lengua, pasando a veces de un párrafo al siguiente con una mirada casi de sufrimiento en sus ojillos castaños.

Los domingos y los lunes por la tarde leía las historietas del suplemento dominical de los periódicos. Una de ellas, en la que intervenía un chistoso

mayordomo japonés, le divertía enormemente, aunque insistía en que el protagonista, que a Anthony le parecía claramente oriental, tenía en realidad facciones americanas. La dificultad con las historietas era que cuando, ayudado por Anthony, Tana lograba deletrear los rótulos de las tres últimas viñetas y asimilaba su contenido con un recogimiento sin duda adecuado para la Crítica de Kant, había olvidado por completo de qué trataban los primeros dibujos.

A mediados de junio Anthony y Gloria celebraron su primer aniversario con una «cita». Anthony llamó a la puerta y Gloria corrió a abrirle. Luego se sentaron juntos en el sofá, diciéndose las ternezas que cada uno había inventado para el otro, nuevas combinaciones de expresiones de afecto tan viejas como el mundo. Esta «cita», sin embargo, no tuvo que culminar con el rito de un «Buenas noches» apenas audible y su consiguiente éxtasis de pesadumbre.

A finales de junio, el horror lanzó a Gloria una mirada de soslayo, para luego atacarla y darle un susto que supuso para su alma radiante un retroceso de media generación. Después el horror fue desvaneciéndose lentamente, regresando a la impenetrable oscuridad de donde había salido... pero llevándose, inexorablemente, una porción de juventud.

Con infalible sentido de lo dramático, eligió una pequeña estación de ferrocarril en una mísera aldea próxima a Portchester. El andén permanecía todo el día tan despejado como una pradera, expuesto a la polvorienta luz del sol y a las miradas del más molesto tipo de campesino: el que vive cerca de una gran ciudad y ha logrado su barata elegancia sin alcanzar su urbanidad. Una docena de aquellos patanes, de ojos enrojecidos y tan lúgubres como espantapájaros, presenciaron el incidente. Sus obtusas mentes apenas comprendieron lo que sucedía; los más insensibles lo tomaron por un vulgar chiste grosero, y los más sensibles por una escena vergonzosa, pero, mientras tanto, sobre aquel andén, una parte del esplendor del mundo se desvaneció para siempre.

Anthony había estado sentado con Eric Merrian junto a un frasco de *whisky* durante toda la calurosa tarde de verano, mientras Gloria y Constance Merrian nadaban y tomaban el sol en el Beach Club: la mujer de Eric bajo un toldo a rayas, y Gloria tumbada sobre la suave arena caliente, bronceándose las inevitables piernas. Más tarde los cuatro mordisquearon unos insignificantes sándwiches; luego Gloria se puso en pie, y dio un golpecito con la sombrilla en la rodilla de Anthony para atraer su atención.

—Tenemos que irnos, querido.

—¿Ahora? —Anthony la miró contrariado. En aquel momento nada parecía tan importante como holgazanear bajo el porche sombreado bebiendo *whisky* añejo, mientras su anfitrión rememoraba interminablemente los manejos entre bastidores de alguna olvidada campaña electoral.

—No nos queda otro remedio —repitió Gloria—. Tomaremos un taxi para ir a la estación... ¡Vamos, Anthony! —exigió con tono algo más imperioso.

—Pero, quizá... —Merrian, su relato interrumpido, puso objeciones convencionales, mientras insidiosamente llenaba el vaso de su huésped con una cantidad de *whisky* que, a velocidad normal, hubiese tardado por lo menos diez minutos en beber. Pero ante el tono disgustado con que Gloria dijo «¡De verdad, tenemos que irnos!», Anthony se bebió el *whisky* de un trago, se puso en pie e hizo una florida reverencia a la anfitriona.

—Parece que «tenemos» que irnos — dijo de bastante malhumor.

Un minuto más tarde iba siguiendo a Gloria por un sendero entre altos rosales, mientras la sombrilla de su mujer rozaba suavemente el lozano follaje de junio. Muy poco considerada, pensó Anthony cuando llegaron a la carretera. Con ofendida ingenuidad decidió que Gloria no tendría que haber interrumpido un placer tan inocente y tan sencillo. El *whisky* había logrado apaciguar y clarificar las zonas de inquietud en el interior de su mente. Se le ocurrió que Gloria ya había adoptado antes la misma actitud en varias ocasiones. ¿Iba él siempre a tener que abandonar agradables episodios por un golpecito de su sombrilla o un simple parpadeo? Su contrariedad se desdibujó hasta convertirse en mala voluntad, que fue ascendiendo en su interior como una irresistible burbuja. Pero Anthony permaneció silencioso, conteniendo perversamente el deseo de hacer reproches. Hallaron un taxi delante del hotel y fueron en silencio hasta la estación...

Fue entonces cuando Anthony supo lo que quería... Imponer su voluntad a aquella muchacha fría e impenetrable, obtener con un magnífico esfuerzo un dominio que parecía infinitamente deseable.

—¿Por qué no vamos a ver a los Barnes? —dijo sin mirar a Gloria—. No tengo ganas de volver a casa.

Mistress Barnes, de soltera Rachel Jerryl, tenía una casa para el verano a unas cuantas millas de Redgate.

—Estuvimos allí anteayer —contestó ella lacónicamente.

—Estoy seguro de que se alegrarían de vernos. —Se dio cuenta de que no había conseguido un tono suficientemente firme, y alentándose a sí mismo, decidido a no desfallecer, añadió—: Quiero ver a los Barnes. No tengo la menor gana de volver a casa.

—Bueno; yo no tengo ninguna gana de ver a los Barnes.

De repente, se miraron fijamente el uno al otro.

—Vamos, Anthony —dijo ella, dando síntomas de irritación—, estamos a domingo por la noche y lo más probable es que tengan invitados a cenar. ¿Por qué tendríamos que presentarnos a esta hora...?

—Entonces, ¿por qué no nos hemos quedado con los Merrian? —estalló él—.

¿Por qué irnos a casa cuando lo estábamos pasando francamente bien? Nos han pedido que nos quedáramos a cenar.

—¿Qué otra cosa podían hacer? Dame dinero para que saque los billetes.

—¡Nilo sueños! No estoy de humor para ir en ese maldito tren que está tan caliente como un horno.

Gloria dio una patada sobre el andén.

—¡Anthony, te portas como si estuvieses borracho!

—En absoluto; estoy perfectamente sereno.

Pero su pronunciación resultaba un tanto borrosa y Gloria supo con certeza que aquello no era cierto.

—Si estuvieses sereno me darías el dinero para los billetes.

Pero era demasiado tarde para hablarle de aquella manera. En la mente de Anthony no dominaba ya más que una idea: Gloria estaba siendo egoísta, lo era siempre y seguiría siéndolo a menos que allí y en aquel momento él demostrara ser su dueño. Aquella era la ocasión de las ocasiones, ya que sin motivo alguno Gloria lo había privado de un placer. Su decisión cristalizó, acercándose momentáneamente a un odio sordo y malhumorado.

—No voy a subir al tren —dijo, la voz un poco temblorosa de indignación—. Vamos a ir a ver a los Barnes.

—¡Yo no! —exclamó ella—. Si vas, me iré sola a casa.

—Vete entonces.

Sin añadir una palabra, Gloria se dio la vuelta en dirección a la ventanilla; simultáneamente Anthony recordó que su mujer llevaba encima algún dinero y que no era aquella la victoria que él quería, la victoria que él necesitaba. Dio un paso hacia ella y la agarró del brazo.

—¡Escúchame! —murmuró—, ¡no vas a irte sola!

—Claro que sí... ¡Anthony! —exclamó Gloria al intentar soltarse y descubrir que él le apretaba el brazo con más fuerza.

Él la contempló con ojos semicerrados y mirada malévola.

—¡Suéltame! —Su exclamación tenía un componente de rabia—. Si te queda algo de decencia me soltarás.

—¿Por qué? —Anthony sabía por qué. Pero retenerla allí le producía un confuso orgullo no desprovisto de inseguridad.

—Me voy a casa, ¿entiendes? Y tú tienes que dejarme ir.

—No, no te voy a dejar.

Los ojos de Gloria ardían ya.

—¿Es que vas a hacer una escena aquí?

—¡Lo único que digo es que no te vas! Estoy cansado de tu eterno egoísmo.

—Yo solo quiero irme a casa. —Dos indignadas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Esta vez vas a hacer lo que yo digo.

Lentamente el cuerpo de Gloria se enderezó, echando la cabeza para atrás con un gesto de infinito desprecio.

—¡Te odio! —Las palabras, dichas en voz baja con los dientes apretados, salieron de su boca como un chorro de veneno—. ¡Suéltame! ¡Te odio! Trató de zafarse, pero solo consiguió que él le sujetara el otro brazo—. ¡Te odio! ¡Te odio!

Ante la furia de Gloria su incertidumbre se acentuó, pero le pareció que había ido demasiado lejos para volverse atrás. Le parecía que siempre acababa cediendo y que en el fondo de su corazón Gloria lo despreciaba por ello. Quizá ahora lo odiase, pero después lo admiraría por su autoridad.

El tren, al acercarse, dejó escapar un silbido premonitorio que se desplomó melodramáticamente hacia ellos sobre los relucientes raíles azulados. Gloria tiró y se retorció tratando de librarse y de sus labios salieron palabras más antiguas que el libro del Génesis.

—¡Bruto! — gimió—. ¡Te odio! ¡Bruto, más que bruto!

Sobre el andén de la estación otros presuntos viajeros empezaban a volverse y a mirar; el traqueteo del tren se hizo audible hasta convertirse en clamor. Los esfuerzos de Gloria aumentaron para cesar luego por completo, y se quedó allí temblorosa y con los ojos encendidos, impotente ante aquella humillación, mientras la locomotora, rugiente y estruendosa, penetraba en la estación.

Por debajo de las nubes de vapor y el rechinar de los frenos se oyó la voz de Gloria:

—¡Si hubiese aquí un hombre no podrías hacer eso! ¡No lo podrías hacer! ¡Cobarde, más que cobarde!

Anthony, en silencio, temblando también, la sujetó firmemente, dándose cuenta de los otros que, a docenas, curiosamente impasibles, sombras en un sueño, lo estaban mirando. Luego las campanas destilaron choques metálicos que eran como dolores corporales, las chimeneas lanzaron humo hacia el cielo en lenta aceleración, y durante un momento de ruido y gris turbulencia gaseosa, la línea de caras pasó de largo, alejándose, volviéndose cada vez más borrosa... hasta que, repentinamente, no quedaron más que los oblicuos rayos de sol sobre la vía, y a lo lejos un sonido decreciente, como una sucesión de truenos cada vez más débiles. Anthony soltó los brazos de Gloria. Había vencido.

Ahora, si lo deseaba, podía reír. Había hecho la prueba e impuesto su voluntad mediante la violencia. Convenía que la indulgencia siguiese los pasos de la victoria.

—Alquilaremos un coche aquí y volveremos a Marietta —dijo él, manteniendo una actitud de reserva.

Como respuesta, Gloria le cogió una mano entre las suyas y, llevándosela a la boca, le mordió con violencia en el pulgar. Anthony apenas notó el dolor; al ver que

salía sangre, sacó distraídamente el pañuelo y se vendó la herida. Supuso que también aquello era parte del triunfo — era inevitable que el resentimiento por la derrota se manifestara así— y que, por lo tanto, ni siquiera había que darse por enterado.

Gloria sollozaba con gran amargura y casi sin lágrimas.

—¡No iré! ¡No iré! ¡No... me... harás... ir! Has... has matado el amor que alguna vez he sentido por ti, y el respeto. Pero todo lo que queda en mí morirá como me obligues a salir de este sitio. ¡Si hubiese pensado que me pondrías las manos encima...!

—Vas a venir conmigo —dijo él brutalmente—, aunque tenga que llevarte.

Dándose la vuelta, llamó a un taxi y dijo al conductor que fuese a Marietta. El taxista se apeó y abrió la portezuela del coche. Anthony se encaró con su mujer y dijo, apretando los dientes:

—¿Vas a subir... o tendré que subirte yo?

Con un débil grito de infinito dolor y desesperación, Gloria cedió, entrando en el automóvil.

Durante todo el largo trayecto, mientras atravesaban la creciente oscuridad del crepúsculo, Gloria permaneció acurrucada en su lado del asiento, rompiendo a veces el silencio con un solitario sollozo sin lágrimas. Anthony miraba por la ventanilla, tratando torpemente de entender el significado de lo sucedido, significado que parecía modificarse a cada instante que pasaba. Algo iba mal... el último gemido de Gloria le había tocado una fibra sensible, inquietándolo de la manera más incongruente. Era él quien tenía razón... pero ahora ella no parecía más que una cosa patética, rota y desalentada, más humillada de lo que en justicia le correspondía. Se le habían rasgado las mangas del vestido; la sombrilla había desaparecido, olvidada en el andén. Anthony recordó que se trataba de un vestido nuevo, y que Gloria se había mostrado muy orgullosa de él aquella misma mañana, al salir de casa... Empezó a preguntarse si algún conocido habría presenciado el incidente. Y una y otra vez volvía a revivir la exclamación de Gloria: «Todo lo que queda en mí morirá...».

Esto aumentó su preocupación, haciéndolo sentirse cada vez más confundido. ¡Se ajustaban tan bien aquellas palabras a la Gloria que yacía en el rincón... y que ya no era una Gloria orgullosa, ni ninguna de las Glorias que él había conocido! Se preguntó a sí mismo si era posible. Aunque no creía que hubiese dejado de amarlo — eso era, por supuesto, impensable—, resultaba problemático que Gloria, sin su arrogancia, sin su independencia, sin su confianza virginal en su propio valor, pudiera seguir dándole el mismo esplendor, pudiera seguir siendo la radiante mujer que resultaba maravillosa e incomparable por ser siempre —inefable y triunfalmente— ella misma.

Anthony seguía borracho en aquel momento, tan borracho que no se daba cuenta de que lo estaba. Cuando llegaron a la casa gris se fue a su habitación, y, mientras su

mente seguía tratando en vano de justificar sus propias acciones, cayó en la cama, sumiéndose en un profundo letargo.

Era más de la una y el corredor aparecía extraordinariamente silencioso cuando Gloria, con los ojos muy abiertos e incapaz de dormir, lo cruzó y abrió la puerta de la habitación de su marido. Anthony había llegado demasiado aturdido para acordarse de abrir las ventanas, y el aire estaba viciado y con un intenso olor a *whisky*. Gloria permaneció un momento junto a la cama —una figura de gracia exquisita, esbelta como un muchacho en su pijama de seda—, para dejarse caer luego sobre Anthony en total abandono, despertándolo a medias con la frenética emoción de su abrazo, derramando lágrimas ardientes sobre su garganta.

—¡Anthony! —exclamó apasionadamente—, cariño, ¿no sabes lo que has hecho!

Pero por la mañana, yendo muy pronto a su cuarto, él se arrodilló junto a la cama de Gloria y lloró como un niño pequeño y como si fuese su corazón el que estaba hecho pedazos.

—Anoche —dijo ella gravemente, jugueteando con el pelo de Anthony mientras hablaba—, me pareció que la parte de mí que tú amabas, la parte que merecía la pena conocer, todo el orgullo y todo el fuego, habían desaparecido. Supe que lo que aún quedaba de mí te amaría siempre, pero que ya nunca sería igual.

Sin embargo, Gloria se daba cuenta de que terminaría por olvidar y de que la vida raras veces aniquila, aunque siempre desgaste. Después de aquella mañana nunca se volvió a mencionar el incidente y su honda herida se curó con ayuda de Anthony... y si hubo triunfo, quien lo poseía era una fuerza más oscura que la de ellos y, junto con el triunfo, el conocimiento de los hechos.

* * *

La independencia de Gloria, como toda cualidad profunda y sincera, había empezado inconscientemente, pero, al descubrirla Anthony y sacarla a la luz, y gracias a la fascinación que causara en él, había llegado a adoptar casi las características de un código muy rígido. Oyendo hablar a Gloria, cabía pensar que gastase toda su energía y toda su vitalidad en una violenta afirmación del principio negativo de «No importarle a uno nada».

—Nada ni nadie —decía Gloria—, excepto yo misma y, por implicación, Anthony. Esa es la regla de toda vida y, aunque no lo fuera, yo seguiría siendo así en cualquier caso. Nadie haría nada por mí si no encontrara alguna satisfacción en ello, y yo estoy dispuesta a hacer exactamente lo mismo.

Gloria se hallaba en el porche de la señora más amable de Marietta cuando dijo esto, y nada más terminar de hablar dejó escapar un curioso grito ahogado y cayó al suelo desmayada.

La señora hizo que volviera en sí y la llevó a casa en su coche. A Gloria se le había pasado por la imaginación que quizá estuviese embarazada.

Se hallaba echada en el sofá del piso bajo. El día acababa tibiamente al otro lado de la ventana, acariciando las últimas rosas en las columnas del porche.

—Lo único que se me ocurre pensar es que te quiero —gimió—. Valoro mi cuerpo porque tú lo encuentras hermoso. ¡Imaginar que este cuerpo mío, tuyo, tenga que volverse feo y deforme! Es simplemente intolerable. Y no creas que me asusta el dolor.

Él trató de consolarla desesperadamente, pero en vano.

—Y después —continuó ella—, quizá tenga caderas anchas y me quede pálida; puede que desaparezca toda mi lozanía y el brillo de mi pelo.

Anthony se paseó por el cuarto con las manos en los bolsillos, preguntando:

—¿Es seguro?

—No lo sé. Siempre me ha dado horror la obstetricia, o comoquiera que se llame. Pensaba tener un niño alguna vez. Pero no ahora.

—Bueno, por el amor de Dios, no tienes que tomártelo tan a pecho.

Sus sollozos cesaron. Un compasivo silencio pareció brotar de la penumbra que llenaba la habitación.

—Enciende la luz —suplicó ella—. ¡Qué cortos se me hacen los días! Junio parecía... tener... días más largos cuando yo era niña.

Al brillar la luz fue como si hubiesen aparecido detrás de las ventanas y de la puerta cortinas azules de una seda muy suave. La palidez de Gloria, su inmovilidad, sin desconsuelo ni alegría ya, despertaron la simpatía de Anthony.

—¿Quieres que lo tenga? —le preguntó ella apáticamente.

—Me es indiferente. Quiero decir que soy neutral. Si lo tienes, probablemente me alegraré. Si no... bueno, también me parecerá bien.

—¡Me gustaría que te decidieras en un sentido o en otro!

—Supongamos que eres tú quien lo decide.

Gloria lo miró con desprecio, negándose a contestar.

—Se diría que te han elegido a ti sola entre todas las mujeres del mundo para este ultraje incalificable.

—¡Y qué, si es así como pienso! —exclamó enfadada—. No es un ultraje para ellas. Es la única excusa que tienen para vivir. No sirven para otra cosa. Es un ultraje para mí.

—Mira, Gloria, estoy contigo hagas lo que hagas, pero ¡por el amor de Dios, no lo conviertas en una tragedia!

—¡No me regañes! —gimió ella.

Se contemplaron en silencio con miradas sin particular significado pero cargadas de tensión. Luego, Anthony cogió un libro del estante y se dejó caer en una silla.

Media hora más tarde, de la intensa quietud que llenaba el cuarto surgió la voz de Gloria, manteniéndose como incienso en el aire.

—Mañana iré en el coche a ver a Constance Merrian.

—De acuerdo. Y yo iré a Tarrytown a ver al abuelo. —... ¿No lo comprendes? —añadió ella—, no es que esté asustada... ni de esto ni de ninguna otra cosa. No hago más que ser fiel a mí misma.

—Lo sé —asintió él.

El hombre práctico

Adam Patch, lleno de virtuosa indignación contra los alemanes, se alimentaba de las noticias de la guerra. Mapas con alfileres de colores llenaban las paredes; los atlas se apilaban sobre mesas convenientemente a mano, junto con «Historias fotográficas de la Guerra Mundial», explicaciones oficiales de todo lo sucedido, y las «Impresiones personales» de corresponsales de guerra y de los soldados X, Y y Z. Durante la visita de Anthony, el secretario de su abuelo, Edward Shuttleworth, el en otro tiempo «consumado mago de la ginebra» de Pat's Place en Hoboken, cubierto ahora con la túnica de la más justa indignación, apareció varias veces con ediciones extraordinarias de algunos diarios. El anciano atacaba cada periódico con incansable furia, cortando las columnas que le parecían suficientemente significativas para conservarlas, arrojándolas inmediatamente en una de sus ya voluminosas carpetas archivadoras.

—Bien, ¿qué has estado haciendo? —le preguntó a Anthony suavemente—. ¿Nada? Bueno, eso es lo que suponía. Quería ir a verte, pero se me ha pasado el verano sin hacerlo.

—He estado escribiendo. ¿No te acuerdas del ensayo que te envié... el que vendí a The Florentine el pasado invierno?

—¿Ensayo? Nunca me has mandado ningún ensayo.

—Sí, claro que lo hice. Hablamos acerca de ello.

Adam Patch movió la cabeza mansamente.

—No, no. Nunca me has mandado un ensayo. Quizá hayas pensado que me lo mandabas, pero yo no lo he recibido.

—Pero si lo has leído, abuelo — insistió Anthony, algo irritado—; lo leíste y dijiste que no te parecía bien.

El anciano se acordó de repente, denunciando su equivocación tan solo por una parcial abertura de la boca, que puso al descubierto unas encías de color grisáceo. Contemplando a Anthony con una mirada vieja y enfermiza, dudó entre confesar su

error u ocultarlo.

—De manera que estás escribiendo —dijo, hablando deprisa—. Bien, ¿por qué no vas a Europa y escribes sobre los alemanes? Escribe algo real, algo acerca de lo que está sucediendo, algo que la gente lea.

—Cualquiera puede ser corresponsal de guerra —objetó Anthony—. Hace falta tener algún periódico dispuesto a comprar tus crónicas. Y no tengo dinero suficiente como para ir allí por mi cuenta.

—Yo te enviaré —sugirió su abuelo sorprendentemente—. Te mandaré como corresponsal autorizado de cualquier periódico que elijas.

Anthony retrocedió ante la idea, y casi al mismo tiempo se sintió atraído por ella.

—No... sé...

Tendría que dejar a Gloria, cuya vida entera dependía de él, y que al mismo tiempo lo envolvía. Gloria tenía problemas. Aquel proyecto no era factible... sin embargo... se vio a sí mismo vestido de caqui, apoyado, como se apoyan todos los corresponsales de guerra, en un pesado bastón, una cartera al hombro... tratando de parecer inglés.

—Me gustaría pensarlo —confesó—. Es un ofrecimiento muy amable. Lo pensaré y te comunicaré lo que decida.

Pensar sobre ello le ocupó todo el camino hasta Nueva York. Tuvo uno de esos repentinos instantes de lucidez concedidos a todos los hombres dominados por una mujer fuerte a la que aman, y que les permite ver un mundo de hombres más duros, educados de manera más estricta y en contacto con las abstracciones del pensamiento y de la guerra. En ese mundo los brazos de Gloria solo existirían como tibio abrazo de una amante fortuita, fríamente buscada y olvidada a toda prisa...

Estos fantasmas tan poco familiares se agolpaban a su alrededor cuando se subió al tren de Marietta, en Grand Central Station. El vagón estaba abarrotado; consiguió ocupar el último asiento libre y solo al cabo de varios minutos lanzó una mirada casual al hombre que tenía al lado. Al hacerlo vio una mandíbula y una nariz de rasgos pronunciados, una barbilla torcida y unos ojos muy pequeños con bolsas en los párpados. Inmediatamente reconoció a Joseph Bloeckman.

Los dos se alzaron a medias, sintiéndose vagamente turbados, e intercambiaron algo parecido a un apretón de manos. Luego, como para redondear la actuación, rieron sin ganas.

—Vaya —hizo notar Anthony, totalmente falto de inspiración—, hace mucho tiempo que no lo he visto. —Inmediatamente lamentó haber dicho aquellas palabras y empezó a añadir—: No sabía que viviera usted en esta dirección. —Pero Bloeckman se le anticipó, preguntándole amablemente:

—¿Qué tal está su mujer?

—Está muy bien. Y a usted, ¿qué tal le va?

—Excelentemente. —Su tono amplió la magnificencia de la palabra.

Anthony tuvo la impresión de que durante el último año Bloeckman había aumentado mucho en dignidad. El aire como de carne cocida había desaparecido; el magnate cinematográfico parecía por fin suficientemente «hecho». Además, ya no iba vestido con elegancia pasada de rosca. La frivolidad de otro tiempo en la elección de corbatas había desaparecido, y su mano derecha, en la que destacaban anteriormente dos voluminosas sortijas, quedaba ahora libre de todo adorno y sin el brillo vulgar que dejan los cuidados de las manicuras.

Esta dignidad se manifestaba incluso en su personalidad. El último efluvio del viajante de comercio con éxito se había evaporado de él: ese deliberado deseo de agrandar, cuya más baja manifestación es el chiste verde en el vagón de fumadores. Era posible imaginar que al verse adulado en los círculos financieros, Bloeckman había alcanzado la indiferencia, y al verse desairado socialmente, había adquirido discreción. Pero fuera cual fuese la causa, el vicepresidente de Films Par Excellence había ganado peso en lugar de volumen, y Anthony no se sintió ya superior en su presencia.

—¿Se acuerda usted de Caramel, Richard Caramel? Creo que se conocieron ustedes una noche.

—Lo recuerdo. Estaba escribiendo un libro.

—Bien, pues lo vendió para que hiciesen una película con él. Y luego los productores pusieron a un tipo llamado Jordan a trabajar en el guión. Bueno, el caso es que Dick está suscrito a una de esas oficinas que mandan recortes de prensa, y está furioso porque la mitad de los críticos hablan del «vigor y de la fuerza de El amante demoníaco de William Jordan», sin mencionar al bueno de Dick en absoluto. Cualquiera pensaría que el tal Jordan había inventado toda la historia completamente solo.

Bloeckman movió la cabeza con gesto comprensivo.

—La mayoría de los contratos especifican que el nombre del autor de la novela original ha de figurar en toda la publicidad. ¿Caramel sigue escribiendo?

—Ya lo creo. Escribe mucho. Relatos breves.

—Bueno, eso está bien, eso está bien... ¿Toma usted este tren con frecuencia?

—Una vez a la semana por término medio. Vivimos en Marietta.

—¡Vaya! Yo vivo cerca de Cos Cob. He comprado una casa hace muy poco. Solo estamos a cinco millas el uno del otro.

—Tiene usted que venir a vernos. —A Anthony le sorprendió su propia amabilidad—. Estoy seguro de que Gloria se alegrará mucho de ver a un viejo amigo. Cualquiera persona a quien pregunte le dirá dónde está la casa... Es la segunda temporada que pasamos allí.

—Gracias. —Luego, como devolviendo de alguna forma el gesto de cortesía,

añadió—: ¿Qué tal está su abuelo?

—Se encuentra bastante bien últimamente. Hoy he comido con él.

—Una gran persona —dijo Bloeckman con gran seriedad—. Todo un americano.

El triunfo de la apatía

Anthony encontró a su esposa hundida en la hamaca del porche, tomando una limonada y un sándwich de tomate, y manteniendo con Tana una conversación —al parecer muy animada— sobre uno de los complicados temas característicos del criado japonés.

—En mi país —Anthony reconoció su invariable introducción—, todo el tiempo... personas... comen arroz... porque no tienen más. No pueden comer lo que no tienen. —Si su nacionalidad no fuese un hecho tan irrefutable, cabría haber pensado que los conocimientos de Tana sobre su país de origen procedían de un texto americano de geografía para escuelas primarias.

Después de desconcertar al oriental y devolverlo a la cocina, Anthony se volvió hacia Gloria inquisitivamente.

—Todo en orden —anunció ella, sonriendo ampliamente—. Y te aseguro que a mí me ha sorprendido más que a ti.

—¿No hay ninguna duda?

—¡Ninguna! ¡No sería posible!

Los dos se alegraron, felices de nuevo con su renacida ausencia de responsabilidades. Luego, Anthony habló de su oportunidad de ir a Europa y de que casi le daba vergüenza rechazarla.

—¿A ti qué te parece? Dímelo con toda franqueza.

—¿Es que quieres marcharte? — Sus ojos se llenaron de alarma—. ¿Sin mí?

El rostro de Anthony se entristeció... sabía, sin embargo, al oír la pregunta de su mujer, que era demasiado tarde. Los brazos de Gloria, dulces y asfixiantes, lo tenían apresado desde que él tomó todas las posibles decisiones un año antes en aquella habitación del hotel Plaza. Frente a los sueños que soñaron juntos esta idea actual no era más que un anacronismo.

—Claro que no —mintió Anthony, en un generoso estallido de comprensión—. Había pensado que quizá pudieras ir tú también de enfermera o algo parecido. —Se preguntó, lleno de desánimo, si su abuelo estaría dispuesto a considerar semejante posibilidad.

Al sonreírle Gloria, volvió a darse cuenta de lo hermosa que era, una muchacha maravillosa de incomparable lozanía y ojos absolutamente sinceros. Ella acogió la

sugerencia con sensual intensidad, colocándola en lo alto como si fuera un sol fabricado por ella para calentarse con sus rayos. Enseguida compuso un asombroso guión para un espectacular drama de aventuras marciales.

Después de cenar, harta del tema, empezó a bostezar. No quería hablar, tan solo leer Penrod tumbada en el sofá, donde se quedó dormida a medianoche. Anthony, en cambio, después de subirla románticamente en brazos a su cuarto, siguió despierto, cavilando acerca del día, vagamente irritado con ella, vagamente insatisfecho.

—Tengo que encontrar alguna ocupación —dijo durante el desayuno—. Llevamos un año casados y no hemos hecho más que perder el tiempo sin llegar siquiera a ser de esas personas que sacan partido al ocio.

—Sí, tendrías que hacer algo —admitió ella, que se encontraba de buen humor y con ganas de hablar. No era la primera vez que surgía aquel tema, pero como siempre tendía a situar a Anthony en el papel de protagonista, Gloria procuraba evitarlo.

—No es que me cause remordimientos el no trabajar —continuó Anthony—, pero mi abuelo puede morir mañana o vivir diez años más. Mientras tanto estamos viviendo por encima de nuestras posibilidades y todo lo que hemos sacado en limpio es un coche de granjero y un poco de ropa. Tenemos alquilado un apartamento en el que solo hemos vivido tres meses y una casita vieja en el quinto infierno. Nos aburrimos con frecuencia pero no queremos hacer ningún esfuerzo para conocer gente distinta del grupo que se dedica a vagabundear por California todo el verano, vistiendo trajes deportivos y esperando a que se mueran sus familias.

—¡Cómo has cambiado! —comentó Gloria—. En cierta ocasión me dijiste que no entendías por qué un americano no podía holgazanear elegantemente.

—Pero entonces no estaba casado, maldita sea. Y mi cabeza trabajaba a toda velocidad, mientras que ahora se dedica a dar vueltas y más vueltas, como una rueda dentada que no tiene donde engancharse. De hecho creo que si no te hubiese conocido habría hecho algo. Pero tú conviertes la ociosidad en algo tan sutilmente atractivo...

—¿Así que es todo culpa mía?

—No es eso lo que quería decir, y tú lo sabes. Pero aquí me tienes, con casi veintisiete años...

—¡No me saques de mis casillas! —le interrumpió ella, muy enfadada—. ¡No hables como si yo pusiera objeciones o te impidiera trabajar!

—Solo estaba analizando un problema. ¿Es que no puedo...

—Siempre habría pensado que tienes la suficiente fuerza de voluntad para...

—... comentar algo contigo sin que...

—... resolver tus propios problemas sin acudir a mí. Hablas mucho sobre ponerte a trabajar. A mí no me vendría mal disponer de algún dinero más, pero no me quejo. Te quiero tanto si trabajas como si no lo haces. —Sus últimas palabras fueron tan

dulces como la nieve sobre la tierra endurecida. Pero, de momento, ninguno de los dos escuchaba al otro... estaban ocupados en pulir y perfeccionar su propia actitud.

—Algo he trabajado. —Con estas palabras Anthony proporcionó imprudentemente nuevas reservas a la oposición. Gloria se echó a reír, a mitad de camino entre la burla y el aplauso; le parecían mal los sofismas de su marido y al mismo tiempo admiraba su despreocupación. Nunca le echaría en cara su ociosidad siempre que fuera sincera, que surgiera del convencimiento de que no había nada que mereciera la pena hacerse.

—¡Trabajo! —se burló ella—. ¡Pobrecito infeliz! ¡Cuentista! Trabajo... quieres decir un gran despliegue de energías para ordenar el escritorio y preparar las luces, un meticuloso sacar punta a los lápices, y gritos de «¡Gloria, no cantes!», «¡Haz el favor de conseguir que ese condenado Tana no me dé la lata!», «Déjame que te lea la primera frase», «Voy a estar ocupado mucho tiempo, Gloria, así que no me esperes levantada», y grandes cantidades de té o café. Y eso es todo. Al cabo de una hora ya no oigo el garrapateo del lápiz y me vuelvo a mirarte. Tienes un libro en las manos y estás «buscando» algo. Luego te pones a leer. Después bostezas... te vas a la cama y empiezas a dar vueltas y más vueltas porque te has atiborrado de cafeína y no puedes dormir. Y al cabo de dos semanas repites otra vez el mismo espectáculo.

Con grandes dificultades Anthony mantuvo un mínimo de dignidad.

—Me parece que exageras un poco. Sabes de sobra que vendí un ensayo a *The Florentine*... y que despertó mucho interés teniendo en cuenta la tirada reducida de esa revista. Y más aún, sabes perfectamente que me quedé hasta las cinco de la mañana terminándolo.

Gloria se había limitado a permanecer en silencio, y aunque a Anthony no llegaron a condenarlo sus propios argumentos, lo cierto es que se le acababan enseguida.

—Por lo menos —concluyó débilmente—, estoy perfectamente dispuesto a ser corresponsal de guerra.

Pero Gloria también lo estaba. Los dos se hallaban dispuestos... ansiosos; se lo aseguraron mutuamente. La velada terminó en un ambiente de profundos sentimientos, la grandeza del ocio, la mala salud de Adam Patch, el amor a cualquier precio.

—¡Anthony! —lo llamó ella desde el piso alto, una tarde de la semana siguiente—, hay alguien en la puerta.

Anthony, que había estado tumbado en la hamaca del porche que daba al sur, salpicado de sol, dio la vuelta alrededor de la casa para llegar a la parte delantera. Un automóvil extranjero, grande e imponente, estaba agazapado como un inmenso y melancólico insecto al comienzo de la avenida. Un hombre con un traje muy ligero de seda japonesa y una gorra haciendo juego lo saludó.

—¿Qué tal, Patch? He venido a hacerles una visita.

Era Bloeckman, dando la misma sensación de haber mejorado, de poseer una entonación más sutil, una seguridad en sí mismo mucho más convincente.

—Me alegro mucho de que lo haya hecho. —Anthony levantó la voz en dirección a una ventana cubierta de enredaderas—: ¡Gloria! ¡Tenemos visita!

—Me estoy bañando —se lamentó Gloria, cortésmente.

Los dos hombres admitieron con una sonrisa el triunfo de su coartada.

—Bajaré enseguida. Venga conmigo al porche lateral. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? Gloria está siempre en el baño... se pasa ahí la tercera parte de cada día.

—Es una lástima que no vivan junto al mar.

—No podemos permitirnoslo.

En boca del nieto de Adam Patch, Bloeckman consideró aquellas palabras como una broma. Al cabo de quince minutos de frases aceptablemente brillantes, apareció Gloria con un vestido amarillo recién almidonado, trayendo consigo su propio ambiente y una sobrecarga de vitalidad.

—Quiero causar sensación en el cine —anunció—. Me han dicho que Mary Pickford gana un millón de dólares al año.

—No me cabe duda de que podría hacerlo —dijo Bloeckman—. Creo que quedaría usted muy bien en la pantalla.

—¿Me dejarías, Anthony, si solo hiciese papeles sencillos?

Mientras la conversación proseguía por cauces perfectamente convencionales, Anthony se maravillaba de que tanto para él como para Bloeckman aquella muchacha hubiese sido en otro tiempo la personalidad más estimulante, más vigorizante que habían conocido nunca... y de que ahora los tres estuviesen allí sentados como máquinas perfectamente engrasadas, sin tensiones, sin miedo, sin júbilo, figurillas con una gruesa capa de esmalte, más allá de todo goce en un mundo donde la muerte y la guerra, las emociones embotadas y la noble ferocidad estaban cubriendo un continente con la espesa humareda del terror.

Al cabo de un momento, él llamaría a Tana y los tres ingerirían un grato y delicado veneno que les devolvería momentáneamente los placenteros entusiasmos de la infancia, cuando cada rostro en la multitud encerraba la sugerencia de espléndidas y significativas transacciones que se realizaban siempre con algún magnífico e ilimitado propósito... La vida no era más que aquella tarde de verano; una suave brisa agitando el cuello de encaje del vestido de Gloria, la lenta somnolencia calcinada del porche... Los tres parecían intolerablemente indiferentes, lejos de cualquier romántica inminencia de actividad. Hasta la belleza de Gloria requería emociones desatadas, necesitaba patetismo, necesitaba muerte...

—... Cualquier día de la semana que viene. —Bloeckman le estaba diciendo a Gloria—. Tenga, coja esta tarjeta. Le harán una prueba de unos cien metros de

película, y con eso se forman ya una idea bastante aproximada.

—¿Qué tal el miércoles?

—Perfectamente. Llámeme por teléfono e iré con usted...

Se había puesto en pie y estaba estrechando manos con energía... Enseguida su coche no fue más que un rastro de polvo carretera adelante. Anthony se volvió desconcertado hacia su mujer.

—¡Pero, Gloria!

—No te importará que me hagan una prueba, ¿verdad? ¿Nada más que una prueba? El miércoles tengo que ir a Nueva York de todas formas.

—¡Pero es que me parece una tontería! Tú no quieres trabajar en el cine... ir todo el día de un lado para otro de un estudio con un montón de extras.

—¡Como si Mary Pickford se pasara la vida yendo de un sitio para otro!

—Todo el mundo no es Mary Pickford.

—Está bien, pero no veo cuáles puedan ser tus objeciones a que lo intente.

—Sí que las tengo. No me gustan nada los actores.

—Siempre acabas por sacarme de mis casillas. ¿Crees que lo paso tan bien dormitando en este maldito porche?

—No te importaría si me quisieras.

—Claro que te quiero —dijo ella, impacientada, fabricándose rápidamente una justificación—. Precisamente porque te quiero no soporto ver cómo te derrumbas precisamente por quedarte cruzado de brazos y decir que necesitas trabajar. Quizá si yo me metiera en esto una temporada, consiguiera removerte y lograr que hicieras algo.

—Son solo tus ganas de divertirme, eso es todo.

—¡Quizá lo sea! Pero son unas ganas perfectamente naturales, ¿no es cierto?

—Está bien, voy a decirte una cosa. Si tú te metes en el cine, yo me voy a Europa.

—¡Vete, entonces! ¡No seré yo quien te detenga!

Para demostrar que no era ella quien iba a detenerlo, Gloria se deshizo en lágrimas. Juntos congregaron los ejércitos del sentimiento: palabras, besos, caricias, reproches de cada uno a sí mismo. No consiguieron nada. Inevitablemente, nunca conseguían nada. Por fin, en un estallido de desmesurada emoción, los dos se sentaron y escribieron sendas cartas. La de Anthony iba dirigida a su abuelo; la de Gloria, a Joseph Bloeckman. Era el triunfo de la apatía.

Un día de primeros de julio, Anthony, al regresar de Nueva York después de pasar allí las primeras horas de la tarde, subió al piso alto para ver a Gloria. Como no recibió respuesta a sus llamadas supuso que estaría durmiendo y bajó a la despensa, en busca de uno de los sándwiches que había siempre preparados para ellos. Entonces encontró a Tana sentado ante la mesa de la cocina, con una multitud de objetos diversos: cajas de puros, cuchillos, lápices, tapas de latas y varios trozos de papel

cubiertos de complicadas figuras y diagramas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó Anthony, movido por la curiosidad.

Tana sonrió cortésmente.

—Va a ver —exclamó, lleno de entusiasmo—. Voy a decir...

—¿Estás fabricando una casa para un perro?

—No, señor —Tana sonrió de nuevo—. Hago máquina de escribir.

—¿Máquina de escribir?

—Sí, señor. Yo pienso, pienso todo el tiempo; tumbado en cama pienso sobre máquina de escribir.

—De manera que has pensado en hacer una, ¿no es eso?

—Espere. Voy a decir.

Anthony, comiendo un sándwich sin prisas, se apoyó contra el fregadero. Tana abrió y cerró la boca varias veces como si estuviera comprobando su capacidad de movimiento. Luego, se lanzó a hablar precipitadamente:

—Yo he estado pensando... máquina de escribir... tiene muchas, muchas, muchas cosas. Muchas, muchas, muchas.

—Muchas teclas. Ya entiendo.

—¡Sí... teclas! Muchas, muchas, muchas letras. Como a-b-c.

—Así es, efectivamente.

—Espere. Voy a decir. —Tana torció el rostro en un tremendo esfuerzo para expresarse—: Estado pensando... muchas palabras... terminan igual. Como n-d-o.

—No hay la menor duda. Un verdadero montón.

—Así que... hago... máquina de escribir... rápida. No tantas letras...

—Eso es una gran idea, Tana. Ahorrar tiempo. Te harás rico. Se aprieta una tecla y ya tienes el «ndo». Confío en que te salga bien.

Tana rio despectivamente.

—Espere. Voy a decir...

—¿Dónde está mistress Patch?

—Salió. Espere, voy a decir... —De nuevo torció la cara preparándose para la acción—. Mi máquina de escribir...

—¿Dónde ha ido?

—Fabrico... aquí. —Tana señaló la multitud de cachivaches que tenía sobre la mesa.

—Me refiero a mistress Patch.

—Salió. —Tana lo tranquilizó—: Dijo estará de vuelta a las cinco.

—¿Ha ido al pueblo?

—No. Salió antes de comer. Fue con Mr. Bloeckman.

Anthony se sobresaltó.

—¿Salió con Mr. Bloeckman?

—Estará de vuelta a las cinco.

Sin añadir una palabra, Anthony abandonó la cocina seguido por los desconsolados «Voy a decir» de Tana. Así que era aquella la idea de diversión que tenía Gloria. Apretó los puños; en muy pocos momentos consiguió alcanzar un tremendo grado de indignación. Se llegó hasta la puerta y miró fuera; no se veía ningún automóvil y por su reloj eran las cinco menos cuatro minutos. Con la energía que le proporcionaba su enfado, fue corriendo hacia el comienzo de la avenida: desde la curva de la carretera —a una milla de distancia se veía ningún vehículo... excepto... pero no era más que el viejo automóvil de un granjero. Luego, preocupado por su dignidad, corrió de manera un tanto indecorosa en busca de la casa cuyo refugio acababa de abandonar.

Paseando de un lado a otro por el cuarto de estar, inició un indignado ensayo del discurso con que iba a obsequiar a Gloria cuando apareciera.

«¡Así que esto es amor!», empezaría... mejor no, porque sonaba demasiado como aquella frase tan popular «¡Así que esto es París!». Tenía que mostrarse lleno de dignidad, herido, apesadumbrado. De todas formas... «Así que esto es lo que haces cuando tengo que irme a pasar calor en Nueva York durante todo el día para resolver asuntos pendientes. ¡No tiene nada de extraño que no sea capaz de escribir! ¡Ni que no me atreva a perderte de vista!» Estaba ampliando el tema, ganando en convicción. «Voy a decirte una cosa —continuó—, voy a decirte...» Hizo una pausa, al notar un no sé qué de familiar en las palabras... enseguida se dio cuenta... era el «Voy a decir» de Tana.

Pero Anthony no llegó a sonreír ni a encontrarse absurdo a sí mismo. Para su desenfrenada imaginación ya eran las seis... las siete... las ocho, ¡y Gloria no aparecía por ningún sitio! Bloeckman, al encontrarla tan aburrida e insatisfecha, la había convencido para marcharse con él a California...

Se oyó un gran alboroto delante de la casa, seguido de un gozoso «Anthony, ¿estás ahí?», y él se puso en pie temblando, vagamente contento de verla acercarse por la avenida. Bloeckman iba siguiéndola, con la gorra en la mano.

—¡Querido! —exclamó ella.

—Hemos hecho una excursión preciosa... el estado de Nueva York de parte a parte.

—Tengo que ponerme en camino —dijo Bloeckman casi inmediatamente—. Me hubiese gustado encontrarlos a los dos cuando llegué.

—Siento no haber estado —contestó Anthony secamente.

Al marcharse Bloeckman, Anthony vaciló. El miedo había desaparecido de su corazón, pero tuvo la impresión de que alguna manifestación de protesta era éticamente necesaria. Gloria resolvió sus vacilaciones.

—Sabía que no te iba a importar. Bloeckman llegó justo antes del almuerzo y dijo que tenía un asunto que resolver en Garrison y que si quería acompañarlo. Daba la impresión de sentirse muy solo, Anthony. Y, además, he ido conduciendo yo todo el camino.

Anthony se dejó caer apáticamente en una silla, con la mente cansada... cansada de nada y de todo; cansada del peso del mundo que él no había elegido nunca tener que soportar. En aquella situación se mostraba tan ineficiente y desvalido como siempre. La suya era una de esas personalidades que, a pesar de una gran abundancia de palabras, resultan incapaces de expresarse; Anthony parecía haber heredado tan solo la vasta tradición del fracaso humano... eso, y el sentido de la muerte.

—Supongo que no me importa —respondió.

Uno tiene que mostrarse amplio en este tipo de cosas, y Gloria, por ser joven y hermosa, tenía que disfrutar de razonables privilegios. Sin embargo, lo que a Anthony le molestaba era que no conseguía entenderlo.

Invierno

Gloria se dio la vuelta, quedándose un momento inmóvil boca arriba sobre la cama, contemplando cómo el sol de febrero sufría una última y sutil modificación al atravesar los vidrios emplomados de las ventanas. Durante algún tiempo no tuvo una idea exacta de dónde se hallaba ni de los acontecimientos del día anterior, o de dos días atrás; luego, como un péndulo inmóvil que recobra de pronto su libertad, la memoria empezó a desgranar su historia, liberando a cada vaivén una agobiante carga de tiempo hasta devolverle aquel fragmento de vida.

Ahora oía ya la agitada respiración de Anthony a su lado; también empezó a oler a *whisky* y a humo de cigarrillos. Se dio cuenta de que le faltaba el control de sus músculos; de que, al intentar moverse, la tensión muscular no se distribuía armoniosamente por todo su cuerpo, sino que cada movimiento requería un tremendo esfuerzo de su sistema nervioso, como si cada vez se estuviera autohipnotizando para realizar una acción imposible...

Estaba en el cuarto de baño, lavándose los dientes para librarse de aquel insoportable mal sabor de boca; y de nuevo junto a la cama, oyendo el ruido de la llave de Bounds en la puerta de la calle.

—¡Anthony, despierta! —dijo ella con cierta brusquedad.

Luego se tumbó en la cama, a su lado, y cerró los ojos. Casi la última cosa que recordó fue una conversación con *míster* y *mistress* Lacy. *Mistress* Lacy había dicho: «¿Están seguros de que no quieren que les busquemos un taxi?», y Anthony había

contestado que suponía que podrían llegar andando hasta la Quinta Avenida sin mayores problemas. Luego, los dos habían tratado, imprudentemente, de hacer una reverencia... tropezando y cayéndose de la manera más absurda sobre un regimiento de botellas de leche vacías que se hallaban junto a la puerta. Por lo menos había docenas de botellas de pie y a oscuras con la boca abierta. Gloria no encontraba ninguna explicación aceptable para aquellas botellas de leche. Quizá les atrajeron las canciones en la casa de los Lacy y habían acudido boquiabiertas, para no perderse la diversión. Bueno, se habían llevado la peor parte... aunque parecía que Anthony y ella nunca iban a ser capaces de levantarse, dada la perversa tendencia a rodar que manifestaban las botellas...

Con todo, habían encontrado un taxi.

—Tengo el contador roto y les costará un dólar y medio ir a casa —dijo el taxista.

—Vaya —dijo Anthony—, yo soy Packy McFarland el joven, y si bajas del coche te daré una paliza que no se te olvidará mientras vivas...

Al llegar a aquel punto el taxista se había marchado sin ellos. Debían de haber encontrado otro taxi, porque estaban en el apartamento...

—¿Qué hora es? —Anthony se había incorporado en la cama y la estaba mirando con fijeza de búho.

Se trataba sin duda de una pregunta retórica. Gloria no encontraba ningún motivo para que ella tuviera que saber la hora.

—¡Caramba, me encuentro francamente mal! —murmuró Anthony desapasionadamente. Relajando los músculos, se dejó caer de nuevo sobre la almohada—. ¡Le hace pensar a uno en la vieja parca!

—Anthony, ¿cómo logramos llegar anoche a casa?

—Taxi.

—¡Ah! —Luego, después de una pausa—: ¿Me acostaste tú?

—No lo sé. A mí me parece que me acostaste tú a mí. ¿A qué día estamos?

—Martes.

—¿Martes? Espero que sea cierto. Si es miércoles, tengo que empezara trabajar en ese estúpido sitio. Se supone que entro a las nueve o a alguna otra hora así de atroz.

—Pregúntale a Bounds —sugirió Gloria débilmente.

—¡Bounds! —llamó él.

Lleno de animación, sereno —una voz desde un mundo que ellos parecían haber abandonado para siempre durante los dos últimos días—, Bounds recorrió el pasillo con breves pasos elásticos y apareció en la semioscuridad de la puerta.

—¿Qué día es hoy, Bounds?

—Veintidós de febrero, según creo, señor.

—Quiero decir qué día de la semana.

—Martes, señor.

—Gracias.

Después de una pausa:

—¿Desean tomar ya el desayuno los señores?

—Sí, pero antes de servirlo, ¿hará el favor de llenar una jarra de agua, y dejarla aquí junto a la cama? Tengo un poco de sed.

—Sí, señor.

Bounds se retiró con sobria dignidad pasillo adelante.

—Hoy debe de ser el aniversario del nacimiento de Lincoln —afirmó Anthony sin entusiasmo—, o el día de San Valentín o algo parecido. ¿Cuándo empezamos este festejo tan descabellado?

—El domingo por la noche.

—¿Después de los servicios religiosos? —sugirió Anthony sarcásticamente.

—Echamos carreras por toda la ciudad con aquellos cabriolés, y Maury se sentó en el pescante del suyo con el cochero, ¿no te acuerdas? Luego vinimos a casa, trató de freír unas lonchas de bacón... y salió de la cocina con varios restos ennegrecidos, insistiendo en que les había dado «el punto exacto».

Los dos rieron espontáneamente, aunque con cierta dificultad, y, tumbados uno al lado del otro, repasaron la cadena de acontecimientos que había desembocado en aquel caótico amanecer de dolor de cabeza y músculos agarrotados.

Llevaban ya casi cuatro meses en Nueva York, desde que a finales de octubre empezó a hacer demasiado frío en el campo. Habían renunciado al viaje a California, en parte por falta de fondos, y en parte con la idea de marcharse al extranjero en el caso de que aquella interminable guerra, en camino ya de consumir su segundo año, terminara durante el invierno. Últimamente sus ingresos habían perdido elasticidad; ya no daban de sí para costear alegres caprichos y agradables extravagancias, y Anthony había pasado muchas horas de perplejidad e insatisfacción ante un cuaderno de notas lleno de números, preparando notables presupuestos que dejaban enormes márgenes para «distracciones, viajes, etc.», y tratando de reconstruir, aunque solo fuera aproximadamente, las distintas partidas de sus gastos pretéritos.

Anthony recordaba la época en que al salir a divertirse con sus dos mejores amigos, Maury y él pagaban invariablemente más de lo que en justicia les correspondía. Compraban las entradas para el teatro y se disputaban entre los dos la cuenta de la cena. Entonces parecía lo lógico; Dick, con su ingenuidad y sus asombrosas reservas de información acerca de sí mismo, había sido siempre una figura divertida, casi juvenil: la de bufón, junto al regio empaque de sus dos amigos. Pero aquello había dejado de ser verdad. Ahora era Dick el que siempre tenía dinero; y Anthony el que se veía obligado a invitar siempre con restricciones — excepto algún desenfrenado festejo excepcional, inspirado por el vino, financiado a base de

extender cheques—, y también quien adoptaba un aire solemne al otro día para decirle a la desdeñosa y disgustada Gloria que era preciso «tener más cuidado la próxima vez».

En los dos años transcurridos desde la publicación de *El amante demoníaco*, Dick había ganado más de veinticinco mil dólares, la mayor parte en los últimos meses, cuando la remuneración de los autores de narraciones había empezado a crecer de manera nunca vista como resultado del hambre insaciable de argumentos manifestada por la industria cinematográfica. A Dick le pagaban setecientos dólares por cada relato, en aquella época una retribución importante para una persona tan joven —aún no había cumplido los treinta— y, por cada narración con suficiente «acción» (besos, disparos e inmolaciones) para el cine, recibía una recompensa adicional de otros mil. Sus historias variaban; todas conservaban cierta vitalidad y una especie de técnica instintiva, pero ninguna igualaba la personalidad de *El amante demoníaco*, y había varias que a Anthony le parecían decididamente malas. Estas últimas (Dick lo explicaba con mucha precisión) estaban destinadas a ampliar su público. ¿No era cierto que hombres que habían alcanzado un prestigio perdurable, desde Shakespeare hasta Mark Twain, habían gustado tanto a la multitud como a los elegidos?

Aunque Anthony y Maury no estaban de acuerdo, Gloria le dijo que siguiera adelante y que ganase todo el dinero que pudiera, porque eso era lo único que contaba después de todo...

Maury, algo más corpulento, un poco más dulcificado y más complaciente, se había ido a trabajar a Filadelfia. Volvía a Nueva York una o dos veces al mes y en esas ocasiones los cuatro recorrían las rutas populares, desde la cena hasta el teatro, para ir de allí al Frolic o, quizá, ante la insistencia de Gloria, eternamente curiosa, a uno de los sótanos de Greenwich Village, que había alcanzado notoriedad gracias a que el «movimiento de la nueva poesía» se había puesto furiosamente de moda, aunque fuera para durar poco tiempo.

En enero, después de muchos monólogos dirigidos a una esposa que insistía en guardar silencio, Anthony decidió «buscar algo que hacer», al menos para el invierno. Quería dar una satisfacción a su abuelo e incluso, en cierta medida, calibrar su propia reacción. Durante varias visitas experimentales de carácter semisocial, descubrió que los patronos no se interesaban por un joven que solo tenía intención de hacer una prueba durante unos cuantos meses, más o menos. Por su condición de nieto de Adam Patch se le recibía en todas partes con marcada cortesía, pero el anciano era ya cosa pasada: el apogeo de su fama, primero como «opresor» y posteriormente como reformador moral, llenaba los veinte años anteriores a su desaparición de la vida activa. Anthony se encontró incluso con que algunos de los hombres más jóvenes que fue a ver tenían la impresión de que Adam Patch había muerto varios años atrás.

Finalmente Anthony fue a pedir consejo a su abuelo, y este le dijo que debería

entrar en el negocio de los bonos y títulos de renta fija como vendedor, una sugerencia muy molesta para Anthony pero que en último extremo decidió seguir. El dinero puro y simple, hábilmente manipulado, resultaba fascinador en cualquier circunstancia, mientras que casi cualquier aspecto del mundo industrial resultaría insufriblemente aburrido. Anthony consideró también la posibilidad de trabajar como periodista, pero decidió que los horarios resultaban muy poco convenientes para un hombre casado. También acarició agradables fantasías acerca de sí mismo como director de un brillante semanario de opinión, una especie de *Mercure de France* americano, o como deslumbrante productor de comedias satíricas y revistas musicales al estilo de París. Sin embargo, las vías de acceso a estos últimos gremios parecían estar defendidas mediante secretos profesionales. La gente que llegaba hasta ellos lo hacía gracias a los tortuosos caminos de la autoría o de la interpretación. Era a todas luces imposible incorporarse a una publicación a no ser que ya se hubiese trabajado en otra anteriormente.

Así que al final Anthony entró, con la ayuda de una carta de su abuelo, en el *sanctasanctórum* americano donde el presidente de Wilson, Hiemer y Hardy está entronizado ante una mesa vacía, y salió de allí con un empleo. Empezaría a trabajar el veintitrés de febrero.

La fiesta de dos días de duración había sido planeada para marcar esta trascendental ocasión, ya que, según explicó Anthony, una vez que empezara a trabajar tendría que acostarse pronto los días de entre semana. Maury Noble había llegado de Filadelfia para entrevistarse con algún individuo de Wall Street (a quien, dicho sea de paso, no consiguió ver), y también lograron convencer y engañar a medias a Richard Caramel para que se uniera a ellos. El lunes por la tarde habían asistido a una boda elegante en la que se sirvieron bebidas alcohólicas, y ya a primeras horas de la noche se había producido el desenlace: Gloria, superando su acostumbrado límite de cuatro cócteles convenientemente distanciados, los empujó a la más alegre y gozosa bacanal que jamás habían presenciado, revelando unos sorprendentes conocimientos sobre pasos de ballet, y cantando canciones que confesó le había enseñado su cocinera cuando era inocente y tenía diecisiete años. Estas últimas las fue repitiendo a petición, con diferentes intervalos, a lo largo de la noche, con tal despliegue de buen humor que Anthony, lejos de molestarse, se sintió complacido por aquella nueva fuente de diversión. El festejo también resultó memorable por otros motivos: una larga conversación entre Maury y un cangrejo difunto que llevaba de un lado para otro atado con una cuerda, sobre si este último estaba totalmente familiarizado con las aplicaciones de la teoría de los binomios, y la ya mencionada carrera en dos cabriolés con las tranquilas e impresionantes sombras de la Quinta Avenida como público, que terminó en laberíntica fuga por la oscuridad de Central Parle. Finalmente, Anthony y Gloria habían hecho una visita a un joven

matrimonio algo disoluto —los Lacy— que coronaron desplomándose sobre las vacías botellas de leche.

Ahora, ya de mañana, les llegaba el turno de sumar los cheques entregados aquí y allá en clubes, tiendas y restaurantes. De airear la sala de estar para que desapareciera la atmósfera húmeda y viciada de vino derramado y cigarrillos; de recoger las copas rotas y cepillar las fundas manchadas de sillones y sofás; de dar a Bounds trajes y vestidos para llevar a limpiar; y, finalmente, de recoger sus sofocados cuerpos medio enfebrecidos y sus deprimidos espíritus para exponerlos al aire cortante de febrero, de manera que la vida pudiera seguir su curso, y, a las nueve de la mañana siguiente, Wilson, Hiemer y Hardy obtuvieran los servicios de un hombre vigoroso.

—¿Te acuerdas —exclamó Anthony desde el cuarto de baño— de cuando Maury se colocó en el cruce de la calle Ciento diez y se puso a hacer de guardia de tráfico, diciendo a los coches si tenían que avanzar o detenerse? Debieron de creer que se trataba de un detective privado.

Después de cada reminiscencia los dos reían desmedidamente, con nervios sobreexcitados que respondían de manera igualmente aguda y discordante al júbilo y a la depresión.

Gloria, delante del espejo, se asombraba del espléndido color y de la frescura de su cutis; parecía que nunca hubiese tenido mejor aspecto, aunque le molestase el estómago y le doliera la cabeza furiosamente.

El día transcurrió con mucha lentitud. Anthony, cuando iba en un taxi a ver a su agente de bolsa para conseguir dinero prestado mediante un bono, descubrió que tenía únicamente dos dólares en el bolsillo. No le quedaría nada después de pagar la carrera, pero aquella tarde no se sentía capaz de enfrentarse con el metro. Cuando el contador señalara su límite tendría que apearse y continuar a pie.

Preocupado con esto, su mente se fue dejando arrastrar a una de sus características ensoñaciones... En el sueño, Anthony descubría que el contador avanzaba demasiado deprisa: el taxista lo había manipulado fraudulentamente. Sin perder la calma, Anthony llegaba a su destino y despreocupadamente entregaba al conductor lo que en justicia le debía. El hombre estaba dispuesto a pelear, pero casi antes de que levantara las manos, Anthony le había derribado de un terrible puñetazo. Y al alzarse de nuevo, Anthony se apartaba muy deprisa y le remataba definitivamente con un golpe en la sien.

... Ahora estaba ante un tribunal. El juez le había impuesto una multa de cinco dólares y no tenía dinero. ¿Aceptaría el tribunal un cheque? Desgraciadamente el tribunal no lo conocía. Bien, era posible identificarlo si llamaban por teléfono a su apartamento.

... Así lo hicieron. Sí, era mistress Gloria Patch quien estaba al aparato, pero ¿cómo sabía ella que aquel hombre era su marido? ¿Cómo averiguarlo? Que el

sargento le preguntara a Gloria si se acordaba de las botellas de leche...

Anthony se inclinó hacia delante a toda prisa y dio unos golpes en el cristal de separación. El taxi había llegado tan solo al puente de Brooklyn, pero el contador marcaba un dólar ochenta centavos, y Anthony nunca hubiese omitido la propina del diez por ciento.

Ya más avanzada la tarde Anthony regresó al apartamento. Gloria también había salido —de compras— y ahora estaba dormida, acurrucada en un extremo del sofá, abrazada al objeto que acababa de adquirir. Su rostro tenía la serenidad del de una niña, y el paquete que apretaba contra su pecho era una muñeca, bálsamo profundo e infinitamente curativo para su maltrecho e infantil corazón.

Destino

Fue precisamente a raíz de esta fiesta, y más especialmente de la intervención de Gloria en ella, cuando empezó a producirse un decidido cambio en su manera de vivir. La despreocupada actitud de que nada tenía importancia se modificó en una sola noche; de simple principio de Gloria pasó a convertirse en el único consuelo y justificación para cualquier cosa que decidían hacer y para las consecuencias que trajera consigo. Todo quedaba reducido a no pedir perdón, a no dejar escapar un solo grito de remordimiento, a vivir de acuerdo con un preciso código de honor en sus relaciones mutuas y a buscar la felicidad del momento con toda la perseverancia y el fervor posibles.

—Nadie se preocupa de nosotros excepto nosotros mismos, Anthony —dijo Gloria un día—. Sería ridículo que yo fuera por ahí fingiendo sentir obligaciones hacia el mundo, y en cuanto a preocuparme por lo que la gente piense de mí, es algo que sencillamente no me pasa, eso es todo. Desde que era niña y empecé a ir a la escuela de baile, me han criticado las madres de todas las niñas que no tenían tanta popularidad como yo, y siempre me ha parecido que las críticas son una especie de homenaje de los envidiosos.

Esto estaba relacionado con una fiesta en el Boul Mich cierta noche, cuando Constance Merrian tuvo ocasión de verla formando parte de un grupo de cuatro, en un estado de euforia de claro origen alcohólico. Constance Merrian, «en calidad de antigua amiga de sus días de estudiante», se había tomado la molestia de invitarla a almorzar al día siguiente para informarle de lo terrible que había sido.

—Le dije que no veía por qué —le explicó luego Gloria a Anthony—. Erich Merrian es una especie de Percy Wolcott más refinado (¿te acuerdas de aquel individuo de Hot Springs del que te hablé?), y su idea del respeto debido a Constance

es dejarla en casa con su costura, su niño y su libro, y otras diversiones igualmente inocuas, cada vez que él se va a una fiesta que da toda la impresión de ser mortalmente aburrida.

—¿Le has dicho eso a ella?

—Claro que se lo he dicho. Y he añadido que lo que en realidad le parecía mal era que yo lo pasara mejor que ella.

Anthony la aplaudió. Estaba tremendamente orgulloso de Gloria, orgulloso de que siempre eclipsara a cualquier otra mujer que pudiera haber en una fiesta, orgulloso de que a los hombres les encantara ir de jarana con ella en grandes grupos alborotadores, sin intentar otra cosa que disfrutar de su belleza y del calor de su vitalidad.

Estas «fiestas» se convirtieron gradualmente en su principal fuente de diversión. Todavía enamorados, todavía enormemente interesados el uno por el otro, descubrieron, sin embargo, que, con la proximidad de la primavera, el pasar las veladas en casa había perdido todo su sabor; los libros eran cosas irreales; la antigua magia de estar a solas había desaparecido tiempo atrás... preferían más bien aburrirse presenciando una estúpida comedia musical, o salir a cenar con conocidos totalmente desprovistos de interés, con tal de que hubiese suficientes cócteles para evitar que la conversación se convirtiera en algo totalmente insoportable. Un puñado de matrimonios jóvenes que habían sido amigos suyos en el instituto o en la universidad, así como un variado surtido de solteros, pensaban instintivamente en ellos siempre que se necesitaba color y animación, de manera que apenas pasaba un día sin su correspondiente llamada telefónica, y su «Nos preguntábamos qué ibais a hacer esta noche». Las esposas, por regla general, tenían miedo de Gloria; cosas como la facilidad con que lograba ocupar el centro de la escena, su manera inocente pero perturbadora de convertirse en la favorita de los maridos, las empujaban instintivamente a una actitud de profunda desconfianza, aumentada por el hecho de que Gloria se mostraba casi por completo indiferente ante los deseos de intimar que manifestaban otras mujeres.

En el miércoles de febrero previamente fijado, Anthony había acudido a las grandiosas oficinas de Wilson, Hiemer y Hardy y escuchado las muchas y poco precisas instrucciones impartidas por un enérgico joven, aproximadamente de su misma edad, llamado Kahler, que lucía un desafiante tupé rubio y que, al presentarse a sí mismo como secretario-ayudante, dio la impresión de que se trataba de un tributo a sus excepcionales méritos.

—Descubrirás que aquí hay dos tipos de hombre —dijo—. Está el que llega a ser secretario o tesoreroayudante, y su nombre aparece en nuestro folleto antes de que cumpla los treinta, y está el que solo aparece a los cuarenta y cinco. Estos últimos se quedan ahí el resto de su vida.

—¿Y qué sucede con quienes lo consiguen a los treinta? —preguntó Anthony

cortésmente.

—Bueno, esos suben hasta aquí, ¿comprendes? —Señaló una lista de vicepresidentes auxiliares que figuraba en el folleto—. O quizá llegan a ser presidente o secretario o tesorero.

—¿Y qué pasa con los de esa otra lista?

—¿Ésos? Son los consejeros... los hombres con capital.

—Ya entiendo.

—Algunas personas —continuó Kahler— piensan que las posibilidades de hacer carrera dependen de que se tenga o no formación universitaria. Pero están equivocados.

—Ya veo.

—Yo la he tenido; soy de la promoción de mil novecientos once de Buckleigh, pero cuando llegué a Wall Street descubrí enseguida que lo que me iba a servir aquí no eran las cosas estrambóticas que había aprendido en la universidad. De hecho, tuve que hacer un esfuerzo para sacarme muchas de la cabeza.

Anthony no pudo por menos de preguntarse cuáles serían aquellas «cosas estrambóticas» que Kahler había aprendido en Buckleigh hasta terminar sus estudios en 1911. La idea incontrolable de que se trataba de algún tipo de labores de ganchillo reapareció varias veces por su mente durante el resto de la conversación.

—¿Ves a ese señor que está ahí? — Kahler señaló a un hombre relativamente joven, de cabellos grises muy favorecedores, sentado ante un escritorio aislado del resto mediante una barandilla de caoba—. Es Mr. Ellinger, el primer vicepresidente. Ha estado en todas partes y lo ha visto todo; tiene una excelente formación.

Anthony trató en vano de sintonizar su mente con el atractivo romántico de las finanzas; solo lograba pensar en Mr. Ellinger como uno de los compradores de las obras completas de Thackeray, Balzac, Hugo y Gibbon en hermosos volúmenes encuadernados en piel que llenaban los estantes de las grandes librerías.

Durante el húmedo y deprimente mes de marzo recibió el curso preparatorio para convertirse en vendedor. La falta de entusiasmo le permitía contemplar la confusión y el bullicio que lo rodeaba únicamente como un entorno estéril que se esforzaba por alcanzar una meta incomprensible de cuya existencia no había otra prueba tangible que las instituciones rivales de Mr. Frick y de Mr. Carnegie en la Quinta Avenida. Que los portentosos vicepresidentes y consejeros fueran, de hecho, los padres de las «mejores cabezas» que había conocido en Harvard, le resultaba extraordinariamente incongruente.

Anthony almorzaba en el comedor de los empleados en el piso alto, con la desagradable sospecha de que se le daba un trato de favor, y preguntándose durante la primera semana si las docenas de jóvenes empleados, algunos de ellos de aire despierto e inmaculadamente vestidos —recién salidos de la universidad—, vivían

con la flamante esperanza de abrirse camino hasta aquella estrecha franja de cartulina antes de cumplir los catastróficos treinta. Las conversaciones que se iban entretejiendo a lo largo de cada jornada de trabajo eran siempre muy parecidas. Un empleado analizaba cómo Mr. Wilson se había enriquecido, qué método había empleado Mr. Hiemer y los medios utilizados por Mr. Hardy. Otro relataba anécdotas seculares, pero eternamente sugestivas, de las fortunas que habían hecho de repente en Wall Street un «carnicero» o un «tabernero», o «un simple chico de los recados, ¡caramba!», y luego un tercero hablaba de las actuales jugadas en la bolsa, y si era mejor ir por cien mil al año o contentarse con veinte. Durante el año anterior, uno de los secretarios-ayudantes había invertido todos sus ahorros en Bethlehem Steel. La historia de su espectacular magnificencia, de su desdeñosa dimisión en enero y del triunfal palacio que se estaba construyendo en California era el tema favorito de la oficina. El nombre mismo de aquel sujeto había adquirido una significación mágica, al simbolizar las aspiraciones de todos los buenos americanos. Se contaban anécdotas acerca de él... cómo uno de los vicepresidentes le había aconsejado vender, nada menos, pero él había seguido en sus trece, comprando incluso más a crédito, «¡y ahora fíjate dónde está!».

Tal era, evidentemente, la sustancia de la vida: un triunfo vertiginoso capaz de deslumbrarlos a todos; un canto de sirena para que se contentaran con sus mezquinos salarios y con la aritmética improbabilidad de su éxito final.

A Anthony esta idea le causó verdadera consternación. Comprendió que para triunfar allí la idea del éxito tenía que apoderarse de su mente, limitándola. Le parecía que el elemento esencial de los hombres que se hallaban en la cúspide era la fe en que sus asuntos eran el meollo de la vida. Manteniendo iguales todos los demás factores, la confianza en uno mismo y una actitud oportunista primaban sobre los conocimientos técnicos; estaba claro que el trabajo de más precisión se hacía cerca de la base, y que, con la adecuada eficiencia, los expertos en cuestiones técnicas no salían de esas zonas bajas.

La decisión de Anthony de quedarse en casa por la noche los días de entre semana no prosperó, y casi la mitad de las veces llegaba al trabajo con un violento dolor de cabeza acompañado de náuseas, y el estrépito del abarrotado metro matutino resonando en sus oídos como un eco infernal.

Luego, bruscamente, dejó el empleo. Se había quedado todo un lunes en la cama, y a última hora de la tarde, dominado por uno de los ataques de malhumorada desesperación a los que sucumbía periódicamente, escribió y echó al correo una carta para Mr. Wilson, confesando que se consideraba poco idóneo para aquel trabajo. Gloria, al regresar del teatro con Richard Caramel, se lo encontró en el salón, contemplando el techo en silencio, más deprimido y desanimado que en ninguna otra ocasión desde su boda.

Gloria deseaba que Anthony se lamentara. Si lo hubiese hecho, le habría dirigido amargos reproches, porque estaba muy enojada, pero él se limitó a seguir allí, con un aire de sentirse tan profundamente desgraciado que Gloria se compadeció de él, y arrodillándose le acarició la cabeza, diciendo que no tenía ninguna importancia, que nada tenía importancia mientras ellos se siguieran queriendo. Era como durante su primer año de vida en común, y Anthony, reaccionando al contacto refrescante de su mano, al sonido de su voz que era tan suave para su oído como un soplo de brisa, recobró casi la animación, y estuvo hablando con ella de sus planes para el futuro. Antes de acostarse llegó casi a lamentar, para sus adentros, haber echado su dimisión al correo tan apresuradamente.

—Incluso cuando todo parece podrido no puede uno fiarse de esa impresión — había dicho Gloria—. Lo que cuenta es la suma de todas las impresiones.

A mediados de abril llegó una carta del corredor de fincas de Marietta, animándolos a alquilar la casa gris durante otro año por un precio ligeramente más alto, e incluyendo un contrato preparado ya para que lo firmaran. Por espacio de una semana, carta y contrato permanecieron sobre el escritorio de Anthony sin que nadie les prestara atención. No pensaban volver a Marietta. Estaban cansados de aquel sitio, y se habían aburrido durante la mayor parte del último verano. Además, su automóvil se había convertido en una desvencijada e hipocondríaca masa de metal, y adquirir uno nuevo resultaba imprudente desde un punto de vista financiero.

Pero gracias a otra desenfadada francachela, que se prolongó durante cuatro días y en la que, en un momento u otro, participaron más de una docena de personas, firmaron el contrato; para su completa desesperación lo firmaron y lo enviaron, e inmediatamente les pareció oír cómo la casa gris, mostrando por fin con toda claridad su malevolencia, se relamía aguardando el momento de devorarlos.

—Anthony, ¿dónde está el contrato? — preguntó Gloria llena de alarma al levantarse un domingo con algo de resaca pero de nuevo en contacto con la realidad—. ¿Dónde lo has dejado? ¡Estaba aquí!

Enseguida supo dónde estaba el contrato. Recordó la fiesta de varios días que habían planeado en el momento álgido de su optimismo; recordó una habitación llena de hombres para quienes Anthony y ella carecían de importancia en otros momentos de menos exaltación, y de cómo su marido se había jactado del trascendental mérito y apartada situación de la casa gris, tan aislada que podía hacerse todo el ruido que se quisiera. Entonces Dick, que se hallaba presente, exclamó lleno de entusiasmo que era la mejor casita imaginable, y que sería absurdo que no volviesen a alquilarla para el verano. No les costó ningún trabajo convencerse del calor que hacía ya en Nueva York y de lo desierta que se estaba quedando la ciudad, y también de lo refrescantes y deliciosos que eran los alrededores de Marietta. Anthony había cogido el contrato, agitándolo desenfadadamente, Gloria había dado su sonriente asentimiento, y con un

último estallido de locuaz determinación durante el cual todos los presentes se comprometieron con solemnes apretones de manos que irían a hacerles una visita...

—¡Anthony! —exclamó Gloria—. ¡Lo hemos firmado y enviado!

—¿El qué?

—¡El contrato!

—¡No es posible!

—¡Anthony! —La voz de Gloria reflejaba un abatimiento sin límite. Ellos mismos se habían construido una prisión para el verano, para toda la eternidad. Aquello parecía ir directamente contra los últimos cimientos de su equilibrio mental. A Anthony se le ocurrió que quizá lograrán arreglarlo con el corredor de fincas. No estaban ya en condiciones de permitirse dos alquileres, y pasar el verano en Marietta significaba renunciar al apartamento de Anthony, el impecable apartamento con el exquisito cuarto de baño y las habitaciones cuyos muebles y cortinas había comprado él mismo —lo más parecido a un hogar que había tenido nunca—, el apartamento tan ligado a cuatro años llenos de colorido.

Pero el asunto no llegó a arreglarse con el corredor de fincas; no se arregló en absoluto. Totalmente desalentados, sin hablar siquiera de sacarle todo el partido posible, y sin que Gloria utilizara sus palabras mágicas «Me tiene sin cuidado», regresaron a la casa que —como ahora sabían perfectamente— no prestaba atención ni a la juventud ni al amor, sino tan solo a aquellos austeros e incommunicables recuerdos que ellos nunca podrían compartir.

El verano siniestro

Había una especie de horror en la casa aquel verano. Un algo que llegó con ellos y se instaló sobre aquel lugar como un manto sombrío, y que después de ocupar las habitaciones inferiores fue extendiéndose y trepando por las estrechas escaleras hasta abrumarlos incluso durante las horas del sueño. Anthony y Gloria descubrieron que les resultaba insoportable estar allí solos. El dormitorio de ella, que siempre había parecido tan alegre, tan juvenil y tan delicado, en consonancia con su ropa interior de colores suaves arrojada aquí y allá sobre una silla o sobre la cama, parecía susurrar ahora con el roce de sus cortinas:

«¡Ah, mi querida joven! Tu figura y tu delicadeza no son las primeras que se han marchitado aquí bajo los soles del verano... generaciones de mujeres sin amor se han adornado ante ese espejo para rústicos amantes que las ignoraron... La juventud ha entrado en este cuarto ataviada de azul celeste y ha salido con la mortaja gris de la desesperación, y, durante largas noches, incontables muchachas han permanecido

despiertas donde se alza esa cama, derramando a borbotones en la oscuridad oleadas de aflicción».

Gloria terminó por sucumbir ignominiosamente y sacar todos sus vestidos y cosméticos de allí, declarando que había venido a vivir con Anthony, y añadiendo como excusa que una de las telas metálicas de sus ventanas estaba rota y dejaba entrar a los insectos. De manera que su antigua habitación quedó destinada a albergar huéspedes con escasa sensibilidad, y marido y mujer se vestían y dormían en el cuarto de Anthony, que Gloria consideraba de alguna manera «bueno», como si la presencia allí del joven Patch hubiese tenido la virtud de exterminar cualquier sombra perturbadora del pasado que pudiera haber flotado entre sus paredes.

La distinción entre «bueno» y «malo» —expulsada muy pronto y sumariamente de la vida de ambos— había vuelto a ser introducida de otra manera. Gloria insistía en que todas las personas a las que se invitase a la casa gris tenían que ser «buenas», lo que, tratándose de una muchacha, significaba que tenía que ser sencilla y sin tacha o, de lo contrario, poseer cierta solidez y fuerza. Siempre extraordinariamente escéptica sobre su propio sexo, el interés de Gloria se hallaba centrado en determinar si las mujeres eran o no eran limpias. Por falta de limpieza entendía varias cosas distintas: falta de orgullo, ausencia de fibra y, sobre todo, una inconfundible atmósfera de promiscuidad.

—Las mujeres se corrompen fácilmente —decía—; mucho más fácilmente que los hombres. A no ser que una muchacha sea muy joven y valiente, le resulta casi imposible ir cuesta abajo sin cierta carga de animalidad histérica, ese tipo de animalidad artificiosa y sucia. Un hombre es diferente... y supongo que esa es la razón de que uno de los personajes novelescos más comunes sea el de un hombre que camina valerosamente hacia su ruina.

Estaba dispuesta a que le gustaran muchos hombres, preferiblemente aquellos que le consagraban su rendido homenaje y que siempre conseguían distraerla; pero a menudo, con un golpe de intuición, le decía a Anthony que algunos de sus amigos se limitaban a utilizarlo y que era mejor desprenderse de ellos. Anthony, de ordinario, se resistía, asegurando que el acusado era «bueno», pero sus juicios resultaban siempre ser más falibles que los de Gloria, especialmente cuando, como sucedió en varias ocasiones, tuvo que enfrentarse con una serie de cuentas de restaurantes que nadie excepto él se molestaba en pagar.

Más por el temor a la soledad que por el deseo de tener huéspedes, dadas las molestias que eso lleva consigo, llenaban la casa de invitados todos los fines de semana y, con frecuencia, también durante los días de entre semana. Las reuniones de sábado y domingo se parecían mucho entre sí. Cuando habían llegado ya los tres o cuatro invitados, todos ellos del sexo masculino, lo indicado, por regla general, era

empezar a beber, para pasar después a una cena muy divertida y terminar con un paseo en coche al Country Club de Cradle Beach, del que Gloria y Anthony se habían hecho miembros porque era barato, bullicioso aunque no elegante, y porque resultaba casi una necesidad precisamente para ocasiones como aquellas. Además, apenas tenía importancia lo que uno hiciese allí, y mientras el grupo de los Patch no levantara demasiado la voz, importaba poco que los dictadores sociales de Cradle Beach vieran a la alegre Gloria consumiendo cócteles en el comedor durante toda la velada con muy breves intervalos entre uno y otro.

El sábado terminaba, por regla general, en encantadora confusión: con frecuencia resultaba necesario ayudar a algún huésped desorientado a llegar hasta la cama. El domingo traía consigo los periódicos de Nueva York y una tranquila mañana en el porche dedicada a recuperarse; la tarde significaba decir adiós a uno o dos huéspedes que debían regresar a la ciudad, y una animada vuelta a la bebida por parte de los que se quedaban hasta el día siguiente, concluyendo con una velada muy cordial, si es que no llegaba a francamente divertida.

El fiel Tana, pedagogo por naturaleza y «hombre para todo» por profesión, estaba otra vez con ellos. Entre los huéspedes más habituales de la casa gris había surgido una tradición acerca del criado japonés. Maury Noble comentó una tarde que su verdadero nombre era Tannenbaum, y que se trataba de un agente alemán establecido en el país para diseminar propaganda teutónica por todo el condado de Westchester, y, a partir de aquel día, desde Filadelfia empezaron a llegar misteriosas cartas dirigidas al desconcertado oriental como «Tnte. Emile Tannenbaum», conteniendo crípticos mensajes firmados por el «Estado mayor» y adornados con una doble columna en japonés macarrónico a modo de ambientación. Anthony se los entregaba siempre a Tana sin una sola sonrisa; horas más tarde aún podía verse al beneficiario en la cocina intentando desentrañarlos y declarando con gran seriedad que los símbolos perpendiculares ni eran japoneses ni guardaban el menor parecido con el japonés.

A Gloria, Tana no le resultaba nada simpático desde el día en que, al regresar inesperadamente del pueblo, se lo encontró recostado en la cama de Anthony, descifrando un periódico. Era algo instintivo en todos los criados encariñarse con Anthony y detestar a Gloria, y Tana no era una excepción a la regla. Pero el japonés tenía muchísimo miedo a su señora y solo expresaba su animadversión en los momentos de mayor malhumor dirigiéndose a Anthony con observaciones destinadas a los oídos de Gloria:

—¿Qué quiere cenar Miz Pats? — decía, mirando a su amo. O bien hacía comentarios sobre el intenso egoísmo de las «gentes americanas», dejando bien claro mediante el tono de voz quién era la «gente» a que se hacía referencia.

Pero no se atrevían a despedirlo. Semejante paso hubiese sido incompatible con la inercia que los dominaba. Soportaban a Tana como soportaban el mal tiempo y las

enfermedades del cuerpo y la benéfica Voluntad Divina... de la misma manera que soportaban todas las demás cosas, incluso a sí mismos.

En la oscuridad

Una calurosa tarde de finales de julio Richard Caramel telefoneó desde Nueva York para decir que Maury y él venían a hacerles una visita y que traían a un amigo. Llegaron a eso de las cinco, un poco borrachos, acompañados por un hombre pequeño y corpulento de unos treinta y cinco años, a quien presentaron como Mr. Joe Hull, una de las mejores personas que Anthony y Gloria habían conocido nunca.

Joe Hull tenía una barba rubia en lucha constante por rebrotar y una voz que parecía a veces de bajo profundo y otras no pasaba de ser un ronco susurro. Anthony, que subió la maleta de Maury al piso alto, entró con él en la habitación y procedió a cerrar cuidadosamente la puerta.

—¿Quién es ese tipo? — preguntó.

Maury dejó escapar una risita jubilosa.

—¿Quién? ¿Hull? No te preocupes. Es un buen tipo.

—Sí, pero ¿quién es?

—¿Hull? Tan solo una buena persona. Es un príncipe. —Su risa se acentuó, culminando en una sucesión de agradables sonrisas gatunas. Anthony dudó entre sonreír o fruncir el entrecejo.

—Yo lo encuentro un tanto curioso. Lleva una ropa muy rara. —Hizo una pausa—. Tengo la ligera sospecha de que os lo encontrasteis anoche en algún sitio.

—Totalmente ridículo —aseguró Maury—. ¡Lo conozco de toda la vida!

Sin embargo, como Noble coronó su afirmación con otra serie de risitas, Anthony no pudo por menos de comentar:

—¡Seguro que sí!

Más adelante, justo antes de cenar, mientras Maury y Dick conversaban ruidosamente, y Joe Hull los escuchaba en silencio bebiendo un sorbo de su copa de cuando en cuando, Gloria se llevó a Anthony al comedor.

—No me gusta ese tal Hull —dijo ella—. Preferiría que usara el baño de Tana.

—No creo que sea factible sugerírselo.

—Pues yo no le quiero en el nuestro.

—Parece ser un alma cándida.

—Lleva unos zapatos blancos que parecen guantes. Se le ven perfectamente los dedos a través. ¡Uf! De todas formas, ¿quién es, si puede saberse?

—No sabría decirte.

—Yo solo sé que esos dos tienen una cara muy dura trayéndonoslo aquí. ¡Esta casa no es un Refugio de Marineros!

—Estaban borrachos cuando telefonearon. Maury ha dicho que llevan de juerga desde ayer por la tarde.

Gloria movió la cabeza, furiosa, y sin añadir otra palabra regresó al porche. Anthony notó que estaba tratando de olvidar sus dudas y de consagrarse por completo a disfrutar de la velada.

Habían tenido un día tropical, e incluso cuando ya casi era de noche las olas de calor que salían de la carretera vibraban débilmente como ondulantes cristales de mica. Aunque el cielo estaba sin nubes, mucho más allá de los bosques, en dirección al mar, había comenzado un ruido sordo y persistente, como un redoble de tambores. Cuando Tana anunció que la cena estaba lista, los hombres, ante una indicación de Gloria, entraron en el comedor sin ponerse las chaquetas.

Maury empezó una canción en la que todos participaron durante el primer plato sin desafinar. La letra no eran más que dos versos, y se cantaba con la música de una tonada popular llamada Querida Daisy. Los versos decían así:

*El... pá... pico... se... nos... ha... venido... encima,
¡y... tam... biéeeen... la... decadencia... mo... cal!*

Cada interpretación era recibida con estallidos de entusiasmo y prolongados aplausos.

—¡Anímate, Gloria! —sugirió Maury—. Pareces estar un poquito deprimida.

—No lo estoy —mintió ella.

—¡Eh, Tannenbaum! —llamó Maury por encima del hombro—. Te he llenado una copa. ¡Ven por ella!

Gloria trató de detener el brazo de Maury.

—¡No, por favor!

—¿Por qué no? Quizá toque la flauta para nosotros después de cenar. Cógela, Tana.

Tana, sonriendo, se llevó la copa a la cocina. Al cabo de unos momentos Maury le dio otra.

—¡Anímate, Gloria! —exclamó—. ¡Por el amor de Dios, que todo el mundo anime a Gloria!

—Querida, bébete otra copa —le aconsejó Anthony.

—¡Sí, haz el favor!

—Anímate, Gloria —dijo Joe Hull sin esfuerzo alguno.

Gloria dio un respingo ante aquel injustificado uso del tuteo, y miró alrededor para ver si alguien más lo había notado. Su nombre, saliendo con tanta soltura de

labios de una persona que se le antojaba decididamente desagradable, le repugnó. Un momento después advirtió que Joe Hull le había dado otra copa a Tana y su indignación creció de punto, intensificada en cierta manera por los efectos del alcohol.

—... y en una ocasión —estaba diciendo Maury—, Peter Granby y yo entramos en unos baños turcos de Boston a eso de las dos de la madrugada. No estaba más que el propietario, así que lo metimos en un armario empotrado y cerramos la puerta con llave. Luego entró un tipo que quería un baño turco. ¡Se creyó que éramos los masajistas, nada menos! Bien, lo agarramos y lo tiramos a la piscina con la ropa puesta. Después lo sacamos, lo tumbamos en el suelo y empezamos a darle bofetadas hasta amoratarlo. «¡No con tanta fuerza, muchachos! — decía con una vocecita chillona—. ¡Por favor...!»

¿Era aquel Maury?, pensó Gloria. Contada por cualquier otro, aquella historia le hubiese divertido, pero en boca de Maury, un hombre capaz de apreciar los matices más sutiles, un hombre que era la apoteosis del tacto y de la consideración...

El... páni... co... se... nos... ha... venido... encima, ¡y... tam... biéeen...!

Desde el exterior, un nuevo redoble de tambores ahogó el resto de la canción; Gloria se estremeció y trató de apurar su copa, pero el primer sorbo le produjo náuseas, y la dejó de nuevo sobre la mesa. Habían terminado de cenar y se fueron todos a la amplia sala de estar, llevando consigo varias botellas y frascos de licor. Alguien había cerrado la puerta que daba al porche para que no entrara el viento, y el resultado eran nuevos tentáculos de humo enroscándose en un aire ya demasiado cargado.

—¡Llamando al teniente Tannenbaum! —Otra vez el Maury completamente transformado—. ¡Tráiganos la flauta!

Anthony y Maury entraron precipitadamente en la cocina; Richard Caramel puso en marcha el fonógrafo y se acercó a Gloria.

—Baila con tu conocido primo.

—No tengo ganas de bailar.

—Entonces tendré que llevarte.

Como si estuviera haciendo algo de trascendental importancia, Dick la cogió en brazos y empezó a trotar muy seriamente por la habitación.

—¡Ponme en el suelo, me estoy mareando! —suplicó ella.

Caramel la dejó caer como un fardo en el sofá y salió disparado hacia la cocina, gritando: «¡Tapa! ¡Tana!».

A continuación, y sin previo aviso, Gloria sintió otros brazos a su alrededor y se vio una vez más suspendida en el espacio. Joe Hull, con gestos de borracho, estaba

tratando de imitar a Dick.

—¡Déjeme en el suelo! —dijo Gloria con voz cortante.

La risa ebria de Hull y ver aquella mandíbula erizada de pelos rubios tan cerca de su cara despertaron en Gloria una repugnancia intolerable.

—¡Ahora mismo!

—«El... páni... co...» —empezó él, pero no llegó más lejos porque la mano de Gloria giró rápidamente, golpeándole en la mejilla. Hull la soltó inmediatamente, y ella fue a parar al suelo, no sin darse antes en el hombro un golpe de refilón con la mesa...

Luego la habitación pareció llenarse de hombres y de humo. Estaba Tana con su chaqueta blanca, haciendo eses y sostenido por Maury. De su flauta salía una extraña mezcla de sonidos, conocida, gritaba Anthony, como la canción japonesa del tren. Joe Hull, que había encontrado una caja de velas, tiraba varias a lo alto simultáneamente, y cada vez que fallaba decía a voz en grito: «¡Una menos!». Dick, por su parte, bailaba solo, totalmente enfrascado en dar vueltas muy rápidas por toda la habitación. A Gloria le pareció que todos los objetos del cuarto se tambaleaban en grotescos giros de cuatro dimensiones, a través de planos entrecruzados de un nebuloso azul.

Fuera, la tormenta había alcanzado todo su esplendor, y en los momentos de silencio se oía el roce de los arbustos más altos contra la casa y el retumbar de la lluvia sobre el techo de hojalata de la cocina. Los relámpagos resultaban interminables, dejando escapar un denso goteo de truenos como hierro en bruto saliendo de un horno al rojo blanco. Gloria veía que la lluvia entraba por tres de las ventanas... pero era incapaz de moverse para cerrarlas ...

... Se hallaba en el vestíbulo. Había dado las buenas noches pero o nadie la había oído o nadie le había hecho caso. Por un instante pareció como si algo hubiese mirado hacia abajo desde lo alto de la barandilla, pero en cualquier caso Gloria no habría podido volver a la sala de estar: mejor la locura que el caos creado por aquel clamor... Una vez en el piso alto, buscó a tientas la llave de la luz sin encontrarla; el resplandor de un relámpago se la mostró con toda claridad sobre la pared. Pero cuando la impenetrable oscuridad lo ocultó todo de nuevo, el interruptor volvió a eludir sus dedos desmañados, de manera que se quitó el vestido y la enagua y se dejó caer sin fuerzas en el lado seco de la cama medio empapada.

Cerró los ojos. Del piso bajo le llegaba el babel de los bebedores, repentinamente desbaratado por un cristalino escalofrío de vidrios rotos, y luego por otro, y también por un desafinado fragmento de canción interpretado a voz en grito...

Estuvo allí tumbada algo más de dos horas; al menos así lo calculó después, por el simple procedimiento de reunir los retazos de tiempo. Después de un largo rato se dio cuenta de que había disminuido el ruido en el piso bajo, y de que la tormenta se alejaba hacia el oeste, acompañada por prolongadas descargas de truenos que caían,

pesadas e inertes como su propia alma, sobre los campos empapados. Luego la lluvia y las ráfagas de viento se fueron distanciando poco a poco, hasta que del otro lado de sus ventanas no llegaba ya más sonido que un suave goteo y el ruido silbante de una húmeda enredadera contra el alféizar. Gloria se hallaba a medio camino entre el sueño y la vigilia, sin decidirse por una cosa ni otra... y le atormentaba el deseo de librarse de una opresión que sentía sobre el pecho. Tenía el convencimiento de que, si conseguía llorar, el peso desaparecería, y apretando los párpados trató de que se le formara un nudo en la garganta... pero sin éxito...

El repiqueteo de las gotas en la ventana no era un sonido desagradable... como en primavera, como un refrescante chaparrón de su niñez, de aquellos que formaban un barro maravilloso en el patio de atrás y regaban el diminuto jardín que Gloria había roturado con un rastrillo en miniatura y una azada. Era como los días en que caía la lluvia de unos cielos amarillos que se disolvían justo antes del crepúsculo y dejaban pasar un esplendoroso rayo de sol que iluminaba diagonalmente los árboles, húmedos y llenos de verdor. Tan refrescante, tan transparente y tan limpia... y su madre allí, en el centro del mundo, en el centro de la lluvia, segura y fuerte y sin mojarse. Gloria necesitaba ahora a su madre, y su madre estaba muerta, y nunca más volvería a verla ni a tocarla. ¡Y aquel peso que la oprimía cada vez más, y de qué manera!

De pronto toda ella se puso en tensión. Alguien había llegado hasta la puerta y estaba allí mirándola, casi completamente inmóvil, balanceándose suavemente. Gloria veía su silueta con mucha claridad, recortada contra algún incomprensible foco de luz. No se oía el menor ruido, tan solo un gran silencio con un extraño poder de sugestión... había cesado incluso el goteo sobre el alféizar... solo quedaba aquella figura, balanceándose, balanceándose junto al marco de la puerta, un terror impreciso y sutilmente amenazador, una sucia personalidad bajo el barniz social, como marcas de viruela bajo una capa de polvos. Y sin embargo su cansado corazón, latiendo con tanta violencia que hacía estremecer sus pechos, le aseguraba que todavía existía vida en ella, desesperadamente temblorosa, amenazada...

El minuto o la sucesión de minutos se prolongó interminablemente, y una mancha borrosa empezó a formarse delante de sus ojos, que trataban, con infantil perseverancia, de atravesar la oscuridad en dirección a la puerta. Parecía que un instante después alguna fuerza inimaginable destrozaría su existencia... y entonces la figura en el umbral —era Hull, Gloria vio que era Hull— se dio la vuelta pausadamente, todavía con un suave balanceo, y desapareció, como reabsorbido por aquel incomprensible foco de luz que lo había dotado de dimensiones.

La sangre volvió a correr por sus miembros, la sangre y también la vida. En un arranque de energía Gloria se incorporó, moviendo el cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo junto a la cama. Sabía lo que tenía que hacer... ahora, ahora mismo, antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que salir a aquel frescor húmedo, alejarse,

para sentir el roce húmedo de la hierba alrededor de sus pies y la refrescante humedad en la frente. Se vistió mecánicamente, buscando a tientas un sombrero en el armario. Tenía que salir de aquella casa donde flotaba algo que le oprimía el pecho o que se transformaba en inciertas figuras balanceantes que brotaban de la oscuridad.

Llena de pánico intentó ponerse torpemente el abrigo, y encontró la manga al mismo tiempo que oía los pasos de Anthony en el primer tramo de las escaleras. No se atrevió a esperar; quizá no la dejara salir, e incluso Anthony era parte de aquel peso, parte de aquella casa maléfica y de la sombría oscuridad que estaba creciendo a su alrededor...

Pasillo adelante, entonces... y luego por la escalera de atrás, oyendo la voz de Anthony en el dormitorio que acababa de abandonar.

—¡Gloria! ¡Gloria!

Pero ella había llegado ya a la cocina y atravesado el umbral para perderse en la noche. Un centenar de gotas, arrancadas por un golpe de viento de un árbol empapado, se derramaron sobre ella, que las restregó feliz contra su rostro con manos ardientes.

—¡Gloria! ¡Gloria!

La voz resultaba infinitamente remota, como ahogada y convertida en quejumbroso lamento por las paredes que acababa de abandonar. Gloria dio la vuelta alrededor de la casa y se dirigió por la avenida hacia la carretera, sintiéndose casi exultante cuando la alcanzó y empezó a seguir la alfombra de hierba corta que corría a su costado, avanzando con precaución en la intensa oscuridad.

—¡Gloria!

Ella echó a correr, y tropezó con un trozo de rama arrancado por el viento. La voz sonaba ya fuera de la casa. Anthony, al encontrar vacío el dormitorio, había salido al porche. Pero aquella presencia que iba dejando atrás obligaba a Gloria a seguir; estaba allí, con Anthony, y ella tenía que seguir huyendo bajo aquel cielo oscuro y opresivo, esforzándose por atravesar el silencio que tenía delante como si fuera una barrera tangible.

Había avanzado ya cierta distancia sobre la carretera apenas visible, probablemente media milla, y dejado atrás un granero desierto, oscuro como un mal presagio, la única edificación existente entre la casa gris y Marietta, cuando torció por la bifurcación donde la carretera entraba en el bosque, y corrió entre dos murallas de hojas y ramas que casi llegaban a tocarse por encima de su cabeza. De repente notó un brillo plateado, estrecho y longitudinal, delante de ella, en la carretera, que era como una resplandeciente espada hundida a medias en el barro. Al acercarse más, Gloria dejó escapar un gritito de satisfacción: era un surco hecho por las ruedas de los carros, lleno de agua, y al mirar hacia el cielo vio una pequeña hendidura entre las nubes y supo que había salido la luna.

—¡Gloria!

La voz le produjo un violento sobresalto. Anthony estaba a menos de sesenta metros de distancia.

—¡Gloria, espérame!

La muchacha apretó los labios para no gritar, y apresuró el paso. Antes de recorrer otros treinta metros el bosque desapareció, enroscándose hacia atrás como una oscura media separándose de la pierna de la carretera. Delante de ella, a tres minutos de camino, suspendido en el aire ahora ilimitado, Gloria vio un delgado entrecruzamiento de débiles brillos y resplandores, centrados en una simétrica ondulación sobre algún punto invisible. Bruscamente supo adónde iría. Aquello era la gran cascada de cables que se alzaba por encima del río, como las patas de una gigantesca araña cuyos ojos fuesen la lucecita verde en la caseta del cambio de aguja, y que corría junto con el puente del ferrocarril hacia la estación. ¡La estación! Allí estaría el tren que la llevaría lejos.

—¡Gloria, soy yo, Anthony! ¡No pienso detenerte! Por el amor de Dios, ¿dónde estás?

Ella no contestó, sino que empezó a correr, manteniéndose en el lado más elevado de la carretera y saltando sobre los charcos centelleantes, pozos sin fondo de tenue oro insustancial. Torciendo bruscamente hacia la izquierda, Gloria se adentró por un estrecho camino de carros, desviándose para evitar un cuerpo oscuro sobre el suelo. Luego levantó la vista hacia un búho que ululó tristemente desde un árbol solitario. Inmediatamente delante de ella se veía la estructura de madera que llevaba hasta el puente del ferrocarril y los escalones que subían hasta ella. La estación se hallaba al otro lado del río.

Otro ruido la sobresaltó, el melancólico pitido de un tren que se acercaba y, casi simultáneamente, la voz de Anthony llamándola nuevamente, pero ahora más débil y mucho más lejos.

—¡Gloria! ¡Gloria!

Anthony debía de haber seguido carretera adelante. Ella se echó a reír, sintiendo una especie de maliciosa alegría por haberlo evitado; ahora disponía de tiempo para esperar a que pasara el tren.

La locomotora silbó de nuevo, mucho más cerca, y luego, sin anunciarse con algún estrépito o clamor, un cuerpo oscuro y sinuoso apareció describiendo una curva contra las sombras por debajo de la vía terraplenada, y, sin otro sonido que el roce del aire al partirse y el repiqueteo de los raíles semejante a un tictac de reloj, avanzó en dirección al puente: era un tren eléctrico. Por encima de la locomotora dos brillantes manchas de luz azul formaban a cada momento una chisporroteante barra refulgente, que, como la llama vacilante de una lámpara junto a un cadáver, iluminaba por un instante las sucesivas hileras de árboles e hizo que Gloria retrocediera instintivamente

al lado opuesto del camino. La luz era tibia... la temperatura de la sangre caliente... El repiqueteo del tren se fundió de improviso consigo mismo creando un sonido compacto, y después, alargándose con sombría elasticidad, los vagones pasaron delante de ella con ciego estruendo y se abalanzaron hacia el puente, compitiendo en velocidad con el lívido haz de fuego arrojado sobre el solemne río que avanzaba a su lado. Luego el tren se contrajo rápidamente, succionando su propio sonido hasta dejar tan solo un eco resonante que murió sobre la orilla opuesta.

El silencio se instaló de nuevo en el húmedo paisaje, reanudándose el suave goteo y, de repente, un chaparrón inesperado cayó sobre Gloria, sacándola de la apatía, como de estado hipnótico, en que la había sumido el paso del tren. Echó a correr muy deprisa por un terraplén hacia la orilla y luego trepó por la escalera de hierro hasta el puente, recordando que era algo que siempre había deseado hacer, y que disfrutaría del placer adicional de atravesar la tablazón de una yarda de ancho que corría junto a los raíles por encima del río.

¡Había llegado! Aquello era mucho mejor. Estaba en lo más alto y podía ver las tierras a su alrededor como sucesivas extensiones de campo abierto, heladas bajo la luna, toscamente remendadas y cosidas con estrechas hileras de árboles y pequeños bosquecillos. A su derecha, a media milla siguiendo el curso del río, que se arrastraba detrás de la luz como un brillante y viscoso rastro de caracol, parpadeaban las desperdigadas luces de Marietta. A menos de doscientas yardas —al final del puente— se agazapaba la estación, marcada por un tétrico farol. La opresión había desaparecido ya... las copas de los árboles por debajo de ella acunaban la joven luz de las estrellas, convirtiéndola en suave ensoñación poblada de fantasmas. Gloria extendió los brazos en un gesto de libertad. Aquello era lo que había deseado: hallarse sola en un lugar alto y fresco.

—¡Gloria!

Como un niño asustado, la muchacha corrió precipitadamente por la tablazón, brincando, saltando, haciendo cabriolas, con maravillosa conciencia de su propia ligereza física. «Que me alcance...», ya no le daba miedo, pero antes tenía que llegar a la estación, porque era parte del juego. Se sentía feliz. Iba descubierta —el sombrero bien sujeto en la mano—, con el cabello corto y rizado flotando alrededor de las orejas. Había creído que nunca volvería a sentirse tan joven, pero aquella era su noche, su mundo. Rio triunfalmente al abandonar la tablazón, y al llegar al andén de madera se dejó caer, feliz, junto a una de las columnas de hierro que sujetaban el techo.

—¡Aquí estoy! —gritó, alegre como la aurora en su exaltación—. Estoy aquí, Anthony, cariño, mi querido y preocupado Anthony.

—¡Gloria! —Su marido llegó al andén y corrió hacia ella—. ¿Estás bien? —Al llegar a su lado se arrodilló y la cogió en brazos.

—Sí.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has ido? —preguntó ansiosamente.

—Tenía que hacerlo... había algo...— Hizo una pausa y un relámpago de ansiedad cruzó por su mente—. Había algo oprimiéndome... aquí. —Colocó una mano sobre el pecho—. Tenía que salir y alejarme de aquello.

—¿Qué quieres decir con «algo»?

—No lo sé... ese tipo, Hull...

—¿Te ha molestado?

—Vino hasta la puerta de mi cuarto, borracho. Creo que para entonces ya estaba yo medio trastornada.

—Gloria, querida...

Ella apoyó cansadamente la cabeza en su hombro.

—Volvamos a casa —sugirió él.

Gloria se estremeció.

—No; no puedo. Esa cosa volvería a tratar de ahogarme. —Su voz se convirtió en un grito que quedó flotando, lastimero, en la oscuridad.

—Está bien... está bien —la tranquilizó él, apretándola contra sí—. No haremos nada que no te apetezca. ¿Qué quieres? ¿Quedarte aquí, simplemente?

—No... lo que quiero es marcharme.

—¿Dónde?

—Es igual, a cualquier sitio.

—¡Caramba, Gloria! —exclamó él—, ¡todavía no se te ha pasado la borrachera!

—No, no estoy borracha. No lo he estado en toda la noche. Subí a acostarme, media hora después de la cena, poco más o menos... ¡Ay!

Anthony le había tocado involuntariamente el hombro derecho.

—Me duele. Me he dado un golpe. No sé bien... alguien me cogió y me dejó caer.

—Gloria, vamos a casa. Es tarde y hay mucha humedad.

—No puedo —gimió ella—. ¡Anthony, no me pidas que vaya ahora! Volveré mañana. Vete tú a casa; yo esperaré aquí a que pase un tren. Iré a un hotel.

—Iré contigo.

—No, no quiero que vengas conmigo. Quiero estar sola. Quiero dormir... sí, eso es lo que quiero, dormir. Y mañana, cuando hayas conseguido eliminar el olor a *whisky* y a cigarrillos, y esté todo en su sitio y Hull se haya marchado, volveré a casa. Si fuera ahora, esa cosa... —Se cubrió los ojos con la mano; Anthony se percató de la inutilidad de tratar de convencerla.

—Yo estaba completamente sereno cuando te marchaste —dijo—. Dick dormía en el sofá y Maury y yo discutíamos sobre algo. Ese tipo Hull había desaparecido. Entonces empecé a darme cuenta de que llevaba varias horas sin verte, y subí al dormitorio...

Se interrumpió cuando un «¡Eh, vosotros!» a modo de salutación, salió repentinamente de la oscuridad. Gloria se puso en pie de un salto y Anthony hizo lo mismo.

—Es la voz de Maury —exclamó ella muy excitada—. Si Hull está con él, no dejes que se acerquen, por favor, ¡que no se acerquen!

—¿Quién anda ahí? —preguntó Anthony.

—Solo Dick y Maury —contestaron dos voces tranquilizadamente.

—¿Dónde está Hull?

—En la cama. Perdió el conocimiento.

Sus siluetas se dibujaron débilmente sobre el andén.

—¿Qué demonios estáis haciendo Gloria y tú aquí? —preguntó Richard Caramel con somnolienta sorpresa.

—¿Qué demonios hacéis vosotros dos?

Maury se echó a reír.

—Que me ahorquen si lo sé. Te hemos venido siguiendo, y no ha resultado nada fácil. Te oí en el porche llamando a gritos a Gloria, así que desperté a Caramel y conseguí hacerle entender, con cierta dificultad, que si había una expedición de socorro, más valía que formáramos parte de ella. Luego consiguió que me retrasara sentándose en la carretera de cuando en cuando y preguntando qué era lo que pasaba. Os seguimos la pista gracias al agradable aroma del *whisky*.

Algunas risas nerviosas se alzaron hacia la tejavana de poca altura que cubría el andén.

—De verdad, ¿cómo encontraste la pista?

—Bueno, seguimos carretera adelante y, de repente, os perdimos. Parece que os habíais metido por un camino de carros. Al cabo de un rato alguien nos llamó para preguntar si buscábamos a una chica joven. Nos acercamos y vimos a un ancianito que tiritaba sentado en un árbol caído, como un personaje de un cuento de hadas. «Torció por aquí —dijo—, y casi me pisó de tan deprisa como iba, y luego llegó corriendo un tipo con pantalones de golf y se fue tras ella. Me tiró esto al pasar». El viejo se dedicaba a agitar un billete de dólar que tenía en la mano...

—¡Pobrecillo! —exclamó Gloria, conmovida.

—Yo le tiré otro dólar y seguimos adelante, aunque nos pidió que nos quedásemos y le contáramos lo que pasaba.

—Pobre viejo —repitió Gloria melancólicamente.

Dick, con aspecto muy soñoliento, se sentó sobre una caja.

—¿Y ahora qué? —preguntó con tono de estoica resignación.

—Gloria está nerviosa —explicó Anthony—. Nos vamos a Nueva York en el próximo tren.

Maury se sacó un horario del bolsillo.

—Enciende una cerilla.

Una minúscula llamarada surgió de la oscuridad, iluminando cuatro rostros, grotescos y extraños en medio de la noche.

—Veamos. Dos, dos y media... no, eso es durante el día. Cielos, no aparecerá un tren hasta las cinco y media.

Anthony dudó.

—Bueno —murmuró, inseguro—, hemos decidido quedarnos aquí a esperarlo. Vosotros, más vale que os volváis a dormir.

—Vete tú también, Anthony —suplicó Gloria—; me gustaría que durmieras un poco, cariño. Te has pasado todo el día tan pálido como un fantasma.

—¡Anda, no digas tonterías!

Dick bostezó.

—Muy bien. Vosotros os quedáis, nosotros nos quedamos.

Dio unos pasos hasta salir de la tejavana y examinó el cielo.

—Una noche bastante agradable, después de todo. Brillan las estrellas y todo lo demás. Una colección extraordinariamente agradable de cuerpos celestes.

—Déjame ver. —Gloria se dirigió hacia donde estaba Dick y los otros dos la siguieron—. Sentémonos aquí fuera —sugirió ella—. Me gusta más este sitio.

Anthony y Dick convirtieron una larga caja en un respaldo y encontraron una tabla suficientemente seca para que Gloria se sentara en ella. Anthony se dejó caer a su lado y Dick, con algunas dificultades, se encaramó en un barril de manzanas que estaba muy cerca.

—Tana se quedó dormido en la hamaca del porche —hizo saber Caramel—. Lo metimos dentro de la casa y lo dejamos en la cocina junto al fogón para que se secase. Estaba calado hasta los huesos.

—¡No me hables de ese horrible hombrecillo! —suspiró Gloria.

—¿Qué tal estáis? —La voz, sonora y fúnebre, les llegaba desde lo alto, y alzaron la vista sorprendidos para descubrir que, de alguna manera, Maury, después de trepar al techo del cobertizo, se había sentado en el borde con los pies colgando, y se recortaba ahora como una gárgola fantástica e incorpórea, contra el cielo otra vez brillante.

—Cuando los virtuosos de la tierra — empezó con voz suave, y sus palabras daban la sensación de caer flotando desde una inmensa altura para posarse blandamente sobre sus oyentes— adornan los ferrocarriles con carteles afirmando en rojo y amarillo que «Jesucristo es Dios», colocándolos, muy adecuadamente, junto a otros que anuncian la bondad de «El *Whisky* de Gunter», deben de hacerlo para ocasiones como esta.

Se oyeron algunas risas no muy fuertes, y los tres que estaban abajo siguieron con las cabezas vueltas hacia el cielo.

—Creo que voy a contaros la historia de mi educación —continuó Maury—, bajo estas irónicas constelaciones.

—¡Sí, por favor!

—¿De verdad queréis que lo haga?

Aguardaron expectantes, mientras Maury dirigía un bostezo meditabundo hacia la blanca y sonriente luna.

—Bien —empezó—; de niño rezaba. Almacenaba oraciones contra futuras maldades. Un año almacené mil novecientos «Con Dios me acuesto».

—Echa un cigarrillo — murmuró alguien.

Una cajetilla cayó sobre el andén al mismo tiempo que una orden estentórea:

—¡Silencio! Estoy a punto de descargar de muchas memorables observaciones reservadas para la oscuridad de tierras como esta y para el resplandor de cielos como el que nos cobija.

Abajo, una cerilla encendida iba pasando de un pitillo a otro. La voz prosiguió:

—Yo era partidario de engañar a la Deidad. Rezaba inmediatamente después de todos los delitos hasta que terminé siendo incapaz de distinguir una cosa de otra. Creía que porque una persona exclamara «¡Dios mío!» cuando se le caía encima una caja de caudales, quedaba probado que la fe tenía unas raíces muy hondas en el corazón del ser humano. Después fui a la escuela. Durante catorce años, medio centenar de hombres serios me señalaron con el dedo antiguos trabucos de chispa, gritando: «Eso es lo auténtico. Los nuevos rifles no son más que imitaciones superficiales, sin valor». También condenaban los libros que leía y las cosas que pensaba mediante el procedimiento de llamarlos inmorales; posteriormente la moda cambió, y las mismas personas condenaban las cosas llamándolas «inteligentes».

»Así fue como pasé, con notable prudencia dados mis años, de los profesores a los poetas, escuchando... la voz de tenor lírico de Swinburne y la de tenor dramático de Shelley, la de bajo noble de Shakespeare con su espléndida gama de sonidos, la de bajo segundo de Tennyson, cantando en falsete de cuando en cuando, y la voz de bajo profundo de Milton y Marlowe. Presté oído al charloteo de Browning, al declamar de Byron y al monótono zumbido de Wordsworth. Esto, por lo menos, no me hizo ningún daño. Aprendí un poquito de belleza (lo suficiente para saber que no tiene nada que ver con la verdad) y descubrí, además, que no existía ninguna gran tradición literaria; que solo existía la tradición de la muerte memorable de todas las tradiciones literarias...

»Luego crecí, y dejó de existir para mí la belleza de las ilusiones más llenas de vida. Mi mente se hizo más vulgar y mis ojos, por desgracia, más penetrantes. La vida se alzó como un mar alrededor de mi isla y enseguida me encontré nadando.

»La transición fue sutil... la fuerza que operó el cambio llevaba algún tiempo esperándome. Tiene sus trampas insidiosas, aparentemente inocuas, para todos. ¿Qué

pasó conmigo? No; no intenté seducir a la mujer del conserje... ni tampoco corrí por las calles desnudo, proclamando mi virilidad. Nunca es realmente la pasión quien hace las cosas... son los adornos con que se cubre la pasión. Me aburría... eso era todo. El aburrimiento, que es otro nombre de la vitalidad y uno de sus frecuentes disfraces, se convirtió en motivo inconsciente de todos mis actos.

La belleza había quedado a mis espaldas, ¿comprendéis...? Ya era una persona madura. —Maury hizo una pausa—. Fin del período estudiantil en el instituto y en la universidad. Comienzo de la segunda parte.

Tres puntos de luz calladamente activos precisaban la localización de los oyentes. Gloria estaba ahora mitad sentada y mitad tumbada sobre el regazo de Anthony. Él le rodeaba el cuerpo con un brazo y apretaba con tanta fuerza que Gloria oía los latidos del corazón de su marido. Richard Caramel, subido en el barril de manzanas, se movía de cuando en cuando y dejaba escapar débiles gruñidos.

—Así que llegué a persona adulta en esta tierra de palabrería y música sincopada, y me hundí de inmediato en un estado de confusión que casi podía oírse. La vida se alzaba a mi lado como una profesora inmoral, corrigiendo mis bien ordenadas ideas. Pero, debido a una equivocada fe en la inteligencia, seguí adelante sin escatimar esfuerzos. Leí a Smith, que se reía de la caridad e insistía en que la burla despreciativa era la forma más elevada de autoexpresión. Pero el mismo Smith ocupó el sitio de la caridad como obstáculo para alcanzar la luz. Leí a Jones, que eliminaba limpiamente el individualismo... pero he aquí que Jones me impedía seguir adelante. Yo no pensaba... era un campo de batalla para las ideas de muchos hombres; más bien uno de esos países tan codiciables como impotentes que las grandes potencias invaden periódicamente.

»Había alcanzado la madurez bajo la impresión de que estaba reuniendo la experiencia necesaria para ordenar mi vida hacia la consecución de la felicidad. De hecho, llevé a cabo la hazaña (nada infrecuente, por otro lado) de resolver todos los problemas en mi mente mucho antes de que se me presentaran en la vida real... sin dejar por ello de salir derrotado ni de experimentar el mismo grado de desconcierto.

»Pero después de probar unas cuantas veces este último manjar decidí que ya estaba bien. No merece la pena acumular experiencia, me dije. No es una cosa que suceda placenteramente a un tú pasivo... es un muro contra el que se estrella un tú activo. De manera que me envolví en lo que consideraba ser mi invulnerable escepticismo y decidí dar por terminada mi educación. Pero ya era demasiado tarde. Fueran cuales fuesen mis intentos de protegerme, renunciando a crear nuevos lazos con una humanidad trágica y predestinada, me encontraba tan perdido como los demás. Había trocado la lucha contra el amor por la lucha contra la soledad, la lucha contra la vida por la lucha contra la muerte.

Maury se interrumpió para dar mayor fuerza a esta última observación, y al cabo

de un momento bostezó y reanudó su monólogo.

—Supongo que el principio de la segunda fase de mi educación fue un terrible descontento al saberme usado, a pesar de mí mismo, con algún propósito insondable cuya última meta yo ignoraba... si es que, en realidad, existía una meta última. Era una elección difícil. La profesora parecía estar diciendo: «Vamos a jugar al fútbol y nada más que al fútbol. Si no quieres jugar al fútbol no podrás jugar a nada...».

»¿Qué podía hacer yo? ¿Había tan poco tiempo para jugar!

»¿Comprendéis? Yo sentía que se nos negaba incluso el consuelo que pueda haber en ser el simulacro de un hombre colectivo que empieza a levantarse después de estar arrodillado. ¿Pensáis que me apresuré a aceptar este pesimismo, que lo abracé como una cosa superior, generadora de una dulce complacencia en mí mismo, tan poco capaz de deprimirme, en realidad, como, digamos, un día gris de otoño delante de un buen fuego...? Creo que no fue eso lo que hice. Creo que había demasiado ardor dentro de mí para hacer eso, que estaba demasiado vivo.

»Porque me parecía que no existía un objetivo último para el hombre. El hombre estaba empezando una lucha grotesca y confusa con la naturaleza... la naturaleza, que por un divino y magnífico accidente nos había hecho llegar a un sitio desde donde podíamos desobedecerla abiertamente. Ella había inventado formas para librar a la raza de los individuos inferiores, dando así a los restantes la fuerza con que llevar a cabo sus propósitos más elevados (o, quizá, podríamos decir, sus propósitos más divertidos), si bien todavía inconscientes y accidentales. Y, lanzados a la acción por los dones más excelsos del conocimiento, estábamos tratando de evitarla. Yo veía a los negros empezando a mezclarse con los blancos... en Europa se producía una catástrofe económica para salvar a tres o cuatro razas enfermas y detestablemente gobernadas del único poder que podría organizarlas para alcanzar la prosperidad material.

»Producimos un Cristo capaz de alzar al leproso... y ahora la descendencia del leproso es la sal de la tierra. Si hay alguien capaz de descubrir una lección en eso, que dé un paso al frente.

—En cualquier caso, de la vida solo se puede aprender una lección —interrumpió Gloria, no para contradecirlo, sino dando más bien una especie de melancólico asentimiento a las palabras de Maury.

—¿Cuál es? —preguntó Noble con tono cortante.

—Que la vida no enseña ninguna lección.

Después de un breve silencio, Maury dijo:

—He aquí a la joven Gloria, la hermosa y despiadada dama, la primera que contempló el mundo con la fundamental desilusión que yo me he esforzado por alcanzar, la desilusión que Anthony nunca logrará, y que Dick nunca entenderá por completo.

Se oyó un gruñido de disgusto procedente del barril de manzanas. Anthony, habituado a la oscuridad, vio claramente el relámpago del ojo amarillo de Richard Caramel y la expresión de resentimiento en su rostro mientras exclamaba:

—¡Estás loco! De acuerdo con tus propias palabras, yo tendría que haber adquirido cierta experiencia por el hecho de intentarlo.

—¿De intentar qué? —gritó Maury furiosamente—. ¿Atravesar la oscuridad del idealismo político con algún estrafalario y desesperado impulso hacia la verdad? ¿Pasar los días sentado en una silla, infinitamente alejado de la vida, contemplando la aguja de un chapitel entre los árboles, e intentar separar, de una vez por todas, lo cognoscible de lo incognoscible? ¿Tomar un fragmento de la realidad y hacerlo atractivo con los recursos de tu alma para suplir esa cualidad inexpresable que poseía en la vida y que ha perdido al trasladarlo al papel o al lienzo? ¿Bregar en un laboratorio durante interminables años por una pizca de verdad relativa en una masa de engranajes o en un tubo de ensayo...?

—¿Es que tú sí lo has hecho?

Maury hizo una pausa, y en su respuesta, cuando se produjo, había una dosis de cansancio, una nota de amargura que se demoró por un instante en la mente de sus tres oyentes antes de salir a la superficie y empezar su ascensión hacia la luna como una pompa de jabón.

—No, yo no —dijo suavemente—. Yo nací cansado... pero con sentido común, el don de las mujeres como Gloria... a eso, a pesar de todo mi hablar y escuchar, a pesar de aguardar en vano la decisiva generalización que parece esperarnos a la vuelta de todos los razonamientos y de todas las reflexiones, a eso no he sido capaz de añadir absolutamente nada.

A lo lejos, un sonido grave que se estaba oyendo desde hacía unos instantes se hizo reconocible mediante un quejumbroso mugido como de una vaca gigantesca y el brillo nacarado de un faro delantero que apareció a media milla de distancia. Esta vez se trataba de un tren con locomotora de vapor que se acercaba entre gruñidos con gran estrépito, y que al pasar dando tumbos y lanzando un monstruoso lamento, arrojó una lluvia de chispas y de ceniza sobre el andén.

—¡Absolutamente nada! —De nuevo la voz de Maury cayó sobre ellos como si viniera desde gran altura—. ¡Qué cosa tan débil es la inteligencia, con sus pasitos cortos, sus vacilaciones, sus idas y venidas, sus desastrosos retrocesos! La inteligencia es un mero instrumento de las circunstancias. Hay quien dice que la inteligencia debe de haber construido el universo... ¿Cómo sería posible si la inteligencia no ha construido siquiera una locomotora de vapor? Las circunstancias construyeron una locomotora de vapor. La inteligencia es poco más que un doble decímetro con que medir los infinitos logros de las Circunstancias.

»Podría citaros la filosofía del momento... pero nada nos impide pensar que

dentro de cincuenta años se haya producido una completa inversión de ese espíritu abnegado que domina hoy a los intelectuales, el triunfo de Cristo sobre Anatole France... —Maury vaciló un momento, y luego añadió—: Pero todo lo que he aprendido... la tremenda importancia que yo tengo para mí mismo, y la necesidad de reconocermé a mí mismo esa importancia... esas cosas, la prudente y encantadora Gloria nació sabiéndolas, así como la dolorosa inutilidad de tratar de saber cualquier otra cosa.

»Bien, dije que iba a hablaros de mi educación, ¿no es cierto? Pero no he aprendido nada, ¿os dais cuenta?, muy poco incluso acerca de mí mismo. Y aunque lo hubiera hecho moriría con la boca cerrada y sin destapar la pluma estilográfica... como han hecho los hombres más prudentes... bueno, desde el fracaso de cierto proyecto... un asunto bien extraño, dicho sea de paso. Tiene que ver con unos escépticos que se creían muy perspicaces, exactamente igual que vosotros y yo. Dejadme que os cuente lo que les sucedió a modo de oración vespertina antes de que os quedéis dormidos.

»Sucedió una vez que todos los hombres inteligentes y con genio del mundo llegaron a profesar una misma fe... es decir, la falta de fe. Pero les preocupaba pensar que, al cabo de unos pocos años después de su muerte, se les atribuirían muchos cultos y sistemas y presagios que nunca habían considerado ni propuesto. De manera que se dijeron unos a otros:

»»Reunámonos y escribamos un gran libro que logre para siempre burlarse de la credulidad de los hombres. Convenzamos a nuestros poetas más eróticos para que escriban sobre los deleites de la carne, y a algunos de nuestros más vigorosos periodistas para que añadan historias de amores famosos. Incluiremos los más absurdos cuentos de viejas que circulan ahora. Escogeremos los humoristas con mayor agudeza para dar forma a una deidad sacada de todos los dioses adorados por la humanidad, un dios de mayor magnificencia que todos los demás, pero al mismo tiempo con tantas debilidades humanas que se convierta en objeto de risa para todo el mundo... y le atribuiremos todo tipo de chistes y vanidades y enfados, a los que se dará por supuesto que se entrega para su propia diversión, de manera que la gente leerá nuestro libro y meditará sobre él, y dejarán, ya para siempre, de decirse desatinos en el mundo.

»«Finalmente, ocupémonos de que el libro posea todas las virtudes estilísticas, de manera que dure para siempre como testigo de nuestro profundo escepticismo y universal ironía».

»Así lo hicieron, y posteriormente murieron.

»Pero el libro siguió viviendo, tal era la belleza con que lo habían escrito, y tan asombrosas las cualidades imaginativas con que aquellos hombres de inteligencia y de genio lo habían dotado. Ellos no se molestaron en darle nombre, pero después de

su muerte se le llegó a conocer con el nombre de la Biblia.

Al terminar Maury nadie hizo ningún comentario. Una suave lasitud que flotaba en el aire de la noche parecía haberlos hechizado a todos.

—Como os decía, empecé con la historia de mi educación. Pero los vapores del alcohol se han esfumado, la noche se acaba, y muy pronto se alzarán un terrible guirigay por todas partes, en los árboles y en las casas, y en las dos tiendecitas que están ahí detrás de la estación, y se producirá un gran ir y venir sobre la tierra durante unas pocas horas... Bueno —concluyó, echándose a reír—, gracias a Dios nosotros cuatro podemos ir al descanso eterno sabiendo que nuestra vida en el mundo ha servido para mejorarlo un poco.

Se alzó una brisa, arrastrando con ella tenues vestigios de vida que se aplastaron contra el cielo.

—Tus palabras no resultan ser más que divagaciones sin conclusión —dijo Anthony con voz somnolienta—. Esperabas uno de esos milagros de iluminación que le permiten a uno decir las cosas más brillantes y llenas de sentido en el marco exacto que debiera poner en marcha el simposio ideal. Mientras tanto Gloria ha demostrado su perspicaz indiferencia quedándose dormida... lo sé con seguridad porque ha logrado concentrar todo su peso sobre mi cuerpo destrozado.

—¿Os he aburrido? —preguntó Maury, mirando hacia abajo con cierta preocupación.

—No, pero nos has decepcionado. Es cierto que has lanzado muchas flechas, pero ¿cuántos pájaros han caído?

—Los pájaros los dejo para Dick —se apresuró a responder Maury—. Hablo desordenadamente, en fragmentos disociados.

—No conseguirás provocarme —murmuró Dick—. Tengo la cabeza demasiado llena de cosas materiales. Me apetece demasiado un baño caliente para preocuparme de la importancia de mi trabajo o de cuántas figuras patéticas hay entre nosotros.

El amanecer se hizo sentir mediante un acopio de blancura hacia el este por encima del río y un piar intermitente en los árboles más cercanos.

—Las cinco menos cuarto —suspiró Dick—; casi otra hora de espera. ¡Mira! Ya han caído dos. —Señalaba a Anthony, a quien se le habían cerrado los ojos.

El sueño de la familia Patch...

Pero al cabo de cinco minutos, a pesar del piar y gorjear cada vez más fuertes, Dick dio una cabezada, y después otra, y luego una tercera...

Solo Maury Noble seguía despierto, sobre el tejado de la estación, los ojos muy abiertos y fijos con cansada intensidad en el distante núcleo de la mañana. Reflexionaba sobre la falta de realidad de las ideas, sobre el brillo cada vez menor de la existencia y sobre los pequeños intereses que se introducían ávidamente en su vida, como ratas en una casa en ruinas. Ahora no sentía ya compasión por nadie... el lunes

por la mañana volvería a ocuparse de sus negocios, y después estaría con una chica de otra clase social, para quien él era la vida entera; aquellas eran las cosas que estaban más cerca de su corazón. En la extrañeza creada por la progresiva invasión de la luz diurna, resultaba presuntuoso que hubiese tratado alguna vez de pensar con aquel instrumento débil y roto que era su mente.

Allí estaba el sol, dejando caer grandes masas radiantes de calor; allí estaba la vida, activa y enmarañada, moviéndose a su alrededor como una nube de moscas... los oscuros jadeos humeantes de la locomotora, un tajante «¡Viajeros al tren!» y el repicar de una campana. Confusamente, Maury vio ojos que lo miraban con curiosidad desde el tren de la leche, oyó a Gloria y a Anthony en rápida discusión sobre si él debía acompañarla a la ciudad... luego un nuevo estrépito, y la muchacha se había marchado y los tres hombres, pálidos como muertos, seguían de pie sobre el andén, mientras un tiznado carbonero pasaba por la carretera encima de un camión, alabando con roncós cánticos la mañana de verano.

3. El laúd roto

SON las siete y media de una tarde de agosto. Las ventanas del cuarto de estar de la casa gris están abiertas de par en par, intercambiando pacientemente la viciada atmósfera con olor a humo y a bebidas alcohólicas por la somnolencia no contaminada del último calor del crepúsculo. Flotan en el aire aromas de flores moribundas, tan sutiles, tan frágiles, como para sugerir que debe darse por terminado el verano. Pero quedan todavía alrededor del porche lateral un millar de grillos que cantan incesantemente a agosto; y hay uno incluso que se ha metido en el interior de la casa, ocultándose confiado tras una librería, para dar a conocer desde allí, de cuando en cuando, su brillante inteligencia y su indomable voluntad.

En la habitación misma reina un desorden total. Sobre la mesa hay una bandeja con fruta de verdad que parece artificial. A su alrededor se agrupa una ominosa variedad de frascos de licor, vasos y ceniceros rebosantes de colillas, de los que aún se alzan hasta el aire viciado temblorosas escalas de humo... El efecto de conjunto solo necesitaría de una calavera para asemejarse a esa venerable estampa coloreada (en otro tiempo elemento imprescindible en toda «guardia») que representa los accesorios de una vida de placer con una deliciosa sensibilidad capaz de inspirar espanto a cualquier alma sencilla.

Al cabo de un rato, el alegre solo del supergrillo se ve interrumpido más que acompañado por un nuevo sonido... el melancólico lamento de una flauta caprichosamente tocada. Resulta obvio que el músico en cuestión practica más que ejecuta, porque de cuando en cuando la informe melodía se interrumpe para recomenzar nuevamente después de un intervalo de impreciso refunfunar.

Inmediatamente antes del séptimo comienzo en falso, un tercer sonido se incorpora a la suave discordancia. Es un taxi que llega a la casa. Un minuto de silencio, luego otra vez el taxi, que casi oculta con su estrepitosa retirada el ruido de pasos sobre la avenida con piso de cenizas. El timbre de la puerta extiende la alarma por toda la casa.

De la cocina sale un pequeño y fatigado japonés, abrochándose apresuradamente la chaquetilla de dril blanco. Abre la puerta exterior de tela metálica y hace pasar a

un apuesto joven de unos treinta años, que lleva esa ropa bien intencionada característica de las personas que sirven a la humanidad. En él todo tiene un aire bienintencionado: la mirada con la que examina la habitación está compuesta de curiosidad y decidido optimismo; al contemplar a Tana, sus ojos reflejan una total voluntad de elevar moralmente al impío oriental. Su nombre es Frederick E. Paramore. Estudió con Anthony en Harvard, donde debido a las iniciales de sus apellidos siempre los colocaban juntos en las clases. Esto provocó que llegara a existir cierta relación entre ellos... pero no se han vuelto a ver desde entonces.

Sin embargo, Paramore ha entrado en la casa dando la impresión de que viene a pasar la noche.

Tana contesta a una pregunta.

TANA. *(Sonriendo con deseo de agradar)* Han ido a cenar a la Fonda. De vuelta en media hora. Marcharon a las seis y media.

PARAMORE. *(Mirando los vasos sobre la mesa)* ¿Tienen invitado s?

TANA. Sí. Invitados. Mr. Caramel, Mr. y mistress Barnes, miss Kane, todos están aquí.

PARAMORE. Ya veo. *(Amablemente)* Se han corrido una juerga, por lo que parece.

TANA. No entiendo.

PARAMORE. Que han echado una cana al aire, vamos.

TANA. Sí, bebido. Han bebido mucho, mucho.

PARAMORE. *(Abandonando delicadamente el tema)* ¿No había alguien tocando un instrumento musical hace unos instantes?

TANA. *(Con risitas espasmódicas)* Si, era yo.

PARAMORE. Un instrumento japonés.

No cabe duda de que está suscrito al National Geographic Magazine.

TANA. Toco la flauta, la flauta japonesa.

PARAMORE. ¿Qué canción interpretaba usted? ¿Una de sus melodías nacionales?

TANA. *(Su frente se contrae de manera disparatada)* Toco canción del tren. ¿Cómo llaman ustedes...? Canción del ferrocarril. Así se llama en mi país. Como el tren. Hace así-í-í; eso quiere decir silbido; tren arranca. Luego así-í-í; eso significa tren se va. Se va de esa manera. Canción muy bonita en mi país. Canción para niños.

PARAMORE. Suena muy bien. *(Al llegar a este punto es evidente que solo un gigantesco esfuerzo de autocontrol evita que Tana se lance escaleras arriba en busca de su colección de postales, incluidas las seis hechas en Estados Unidos)*

TANA. ¿El caballero quiere que le prepare un cóctel?

PARAMORE. No, gracias. No acostumbro. *(Sonríe)*

Tana se retira a la cocina, dejando entornada la puerta de comunicación. Por la abertura surge inesperadamente la melodía de la canción japonesa del tren... esta vez no se trata de un ensayo, desde luego, sino de una interpretación vigorosa y llena

de vida.

Suena el teléfono, Tana, absorto en sus armonías, hace caso omiso, de manera que Paramore descuelga el auricular.

PARAMORE. Diga... Sí... No, no está aquí ahora, pero volverá dentro de un momento... ¿Butterworth? Oiga, no he entendido bien el nombre... Oiga... Oiga... ¡Oiga!

El teléfono se niega obstinadamente a producir ningún sonido más. Paramore cuelga el auricular.

Llegados a este punto reaparece el tema del taxi, trayendo consigo un segundo joven; lleva una maleta en la mano y abre la puerta exterior sin llamar al timbre.

MAURY. *(Desde el vestíbulo)* ¡Anthony! ¡Ah de la casa! *(Entra en la sala de estar y ve a Paramore.)* ¿Qué tal?

PARAMORE. *(Mirándolo con creciente intensidad)* ¿No eres... no eres Maury Noble?

MAURY. Efectivamente. *(Avanza sonriendo y con la mano extendida)* ¿Qué tal estás, muchacho? Hace años que no te veo.

Vagamente ha asociado la cara con Harvard, pero ni siquiera está seguro de ello. El nombre, si alguna vez lo supo, lo olvidó hace mucho tiempo. Sin embargo, confino olfato y caridad igualmente encomiable, Paramore se da cuenta de lo que pasa y resuelve la situación con mucho tacto.

PARAMORE. ¿Te has olvidado de Fred Paramore? Estuvimos juntos en la clase de historia del viejo Unc Robert.

MAURY. No, claro que no, Unc... quiero decir, Fred. Fred era... quiero decir, Unc era un viejo estupendo, ¿no es cierto?

PARAMORE. *(Moviendo la cabeza varias veces con gesto de buen humor)* Todo un tipo, no cabe la menor duda.

MAURY. *(Después de una breve pausa)* Sí... sí que lo era. ¿Dónde está Anthony?

PARAMORE. El criado japonés me ha dicho que estaba en una fonda. Imagino que cenando.

MAURY. *(Consultando su reloj)* ¿Hace mucho que salieron?

PARAMORE. Creo que sí. El japonés me ha dicho que volverían enseguida.

MAURY. ¿Y si nos echáramos un trago?

PARAMORE. No, gracias. No acostumbro. *(Sonríe)*

MAURY. ¿Te importa que yo beba? *(Bostezando mientras se sirve de una botella)* ¿Qué has estado haciendo desde que saliste de la universidad?

PARAMORE. Muchas cosas. He llevado una vida muy activa, haciendo un poco de todo. *(Su forma de hablar deja abierta cualquier posibilidad, desde cazar leones hasta «negocios» con el hampa)*

MAURY. ¿Has estado en Europa?

PARAMORE. No, no he estado... desgraciadamente.

MAURY. Imagino que no tardaremos mucho en ir todos.

PARAMORE. ¿Lo crees de verdad?

MAURY. ¡Claro que sí! Este país lleva más de dos años alimentándose de sensacionalismo. Todo el mundo está inquieto. Quieren divertirse un poco.

PARAMORE. Entonces, ¿no crees que esté en juego ningún ideal?

MAURY. Nada que tenga mucha importancia. La gente quiere divertirse de cuando en cuando.

PARAMORE. *(Con gran seriedad)* Es muy interesante oírte decir eso. Porque yo he estado hablando con un hombre que ha vuelto de allí...

Durante la posterior declaración, que el lector tendrá que rellenar por su cuenta con frases como «Vio con sus propios ojos», «Espléndido espíritu de Francia» y «Salvación del mundo civilizado», Maury permanece inmóvil con los ojos semicerrados, desapasionadamente aburrido.

MAURY. *(En la primera oportunidad que se le presenta)* Por cierto, ¿no sabes que hay un espía alemán en esta misma casa?

PARAMORE. *(Sonriendo cautamente)* ¿Hablas en serio?

MAURY. Totalmente. Considero deber mío advertirte.

PARAMORE. *(Convencido)* ¿Una institutriz?

MAURY. *(En voz muy baja, indicando la cocina con el pulgar)* ¡Tana! No es su verdadero nombre, por supuesto. Tengo entendido que recibe constantemente correo dirigido al teniente Emile Tannenbaum.

PARAMORE. *(Riendo con sincera indulgencia)* Me estás tomando el pelo.

MAURY. Quizá lo acuse falsamente. Pero todavía no me has dicho qué has estado haciendo.

PARAMORE. Sobre todo... escribir.

MAURY. ¿Narrativa?

PARAMORE. No. Lo contrario.

MAURY. ¿Y eso qué es? ¿Un tipo de literatura que es mitad invención y mitad hechos reales?

PARAMORE. Yo me limito a los hechos. He trabajado mucho en el campo de la asistencia social.

MAURY. ¡Ah!

Inmediatamente aparece en sus ojos una chispa de sospecha. Es como si Paramore hubiese procedido a anunciar su calidad de ratero aficionado.

PARAMORE. Hago asistencia social en Stamford. Pero solo me enteré de que Anthony Patch vivía tan cerca la semana pasada.

Se ven interrumpidos por un clamor en el exterior que denuncia inconfundiblemente a un grupo formado por personas de los dos sexos que charlan y

ríen. Luego entran todos juntos: Anthony, Gloria, Richard Caramel, Muriel Kane, Rachel Barnes y Rodman Barnes, su marido. Se amontonan alrededor de Maury, respondiendo ilógicamente «¡Bien!» a su general «Hola»... Anthony, mientras tanto, se acerca a su otro huésped.

ANTHONY. Vaya, ¡qué sorpresa! ¿Qué tal estás? Me alegro mucho de verte.

PARAMORE. También yo me alegro de verte, Anthony. Estoy destinado en Stamford, y se me ocurrió venir a dar una vuelta. *(Con aire pícaro)* Trabajamos como negros casi todo el tiempo, así que tenemos derecho a unas horas de descanso.

Con esfuerzo desesperado Anthony trata de recordar su nombre. Con dolores de parto su mente logra producir el fragmento «Fred», alrededor del cual el dueño de la casa elabora apresuradamente la frase «¡Me alegro de que se te ocurriera, Fred!». Mientras tanto, el tenue silencio que precede a una presentación se ha abatido sobre la reunión. Maury, que podría ayudar, prefiere limitarse a contemplar la escena con malévolo placer.

ANTHONY. *(Desesperado)* Señoras y caballeros, este es... este es Fred.

MURIEL. *(Manteniendo cortésmente el tono frívolo)* ¡Hola, Fred!

Richard Caramel y Paramore se saludan familiarmente por el nombre de pila, este último recordando que Dick era uno de sus compañeros de promoción que nunca se había molestado hasta entonces en hablar con él. Caramel se imagina tontamente que Paramore es alguien que ha conocido anteriormente en casa de Anthony.

Las tres jóvenes suben al piso alto.

MAURY. *(Hablando en voz baja con Dick)* No he visto a Muriel desde la boda de Anthony.

DICK. Ahora está en su mejor momento. Su muletilla más reciente es: «Diría que...».

Anthony se esfuerza durante un rato en hablar con Paramore y finalmente trata de iniciar una conversación generalizada preguntándole a todo el mundo si quiere beber algo.

MAURY. Esta botella no se me da nada mal. He conseguido bajar el nivel desde donde explica los grados que tiene hasta donde pone el nombre de la destilería. *(Señalando las palabras en la etiqueta)*

ANTHONY. *(Dirigiéndose a Paramore)* Nunca se sabe cuándo van a aparecer estos dos. Me despedí de ellos una tarde a las cinco, y que me aspen si no los tenía otra vez aquí a las tres de la mañana. Apareció en la puerta un enorme coche de alquiler que venía de Nueva York y de él se apearon, borrachos como cubas, desde luego.

Con prodigioso tacto Paramore se enfrasca en la contemplación de un libro que tiene en la mano. Maury y Dick intercambian una mirada significativa.

DICK. *(Dirigiéndose, inocentemente, a Paramore)* ¿Trabajas aquí en el pueblo?

PARAMORE. No, estoy en la colonia de Laird Street en Stamford. *(Hablando con*

Anthony) No te haces idea de lo que abunda la pobreza en estos pueblecitos de Connecticut. Italianos y otros inmigrantes. Católicos en su mayor parte, ya sabes, así que resulta muy difícil ganarse su confianza.

ANTHONY. (*Cortésmente*) ¿Mucha delincuencia?

PARAMORE. No tanta delincuencia como ignorancia y suciedad.

MAURY. Esa es mi teoría: electrocutar inmediatamente a todas las personas ignorantes y sucias. Estoy totalmente a favor de los delincuentes... dan color a la vida. Lo malo es que si se castigara la ignorancia habría que empezar por las familias más importantes, seguir luego con la gente de la industria cinematográfica y acabar con el Congreso y el clero.

PARAMORE. (*Sonriendo forzadamente*) Yo hablaba de una ignorancia más básica... incluso de nuestro idioma.

MAURY. (*Con aire pensativo*) Supongo que es bastante difícil. Yo no consigo estar al tanto de la nueva poesía.

PARAMORE. Solo después de meses de trabajo en la colonia se da uno cuenta de lo mal que están las cosas. Como me dijo nuestra secretaria, uno no nota que tiene las uñas sucias hasta que se lava las manos. Por supuesto, ya hemos despertado mucho interés.

MAURY. (*Con rudeza*) Como podría decir tu secretaria, si llenas de papeles la chimenea, conseguirás un buen fuego durante unos instantes.

En este momento Gloria, recién maquillada y ansiosa de admiración y de divertirse, se reúne con los hombres, seguida por sus dos amigas. Durante un rato la conversación se fragmenta por completo. Gloria llama aparte a Anthony.

GLORIA. Haz el favor de no beber mucho, Anthony.

ANTHONY. ¿Por qué?

GLORIA. Porque te vuelves demasiado cándido cuando estás borracho.

ANTHONY. ¡Vaya por Dios! ¿De qué se trata esta vez?

GLORIA. (*Después de una pausa durante la cual sus ojos contemplan fríamente los de su marido*) Varias cosas. En primer lugar, ¿por qué te empeñas en pagarlo todo? ¡Esos dos hombres tienen más dinero que tú!

ANTHONY. Pero, Gloria, ¡son mis invitados!

GLORIA. Esa no es razón para que pagues por una botella de champán que ha roto Rachel Barnes. Dick quiso hacerse cargo de la segunda cuenta del taxi, pero tú no lo dejaste.

ANTHONY. Pero, Gloria...

GLORIA. Cuando tenemos que seguir vendiendo bonos incluso para pagar nuestras propias facturas, ya va siendo hora de reducir tantas excesivas generosidades. Y, además, yo que tú no me mostraría tan atento con Rachel Barnes. ¡A su marido le gusta tan poco como a mí!

ANTHONY. Pero, Gloria...

GLORIA. (*Imitándolo despiadadamente*) «Pero, Gloria...» Pues entérate de que ha sucedido con demasiada frecuencia este verano... con todas las mujeres bonitas que conoces. ¡Se está convirtiendo en una especie de hábito, y no estoy dispuesta a consentirlo! Si tú te diviertes, también puedo hacerlo yo. (*Luego, como si acabara de ocurrírsele*) Por cierto, ese tal Fred no será un segundo Joe Hull, ¿eh?

ANTHONY. ¡Cielos, no! Probablemente ha venido a pedirme que le saque dinero al abuelo para sus emigrantes.

Gloria se aleja de un Anthony muy deprimido y vuelve con sus invitados.

Cuando dan las nueve, estos últimos pueden dividirse en dos clases: los que han estado bebiendo con perseverancia y los que apenas han probado el alcohol o no lo han probado en absoluto. En el segundo grupo se encuentran los Barnes, Muriel y Frederick E. Paramore.

MURIEL. Me gustaría poder escribir. Tengo muchas ideas, pero nunca soy capaz de expresarlas con palabras.

DICK. El mismo Goliat ya dijo que entendía los sentimientos de David, pero que él no era capaz de expresarse. Los filisteos adoptaron inmediatamente su observación como divisa.

MURIEL. No me entero. La vejez debe de estar volviéndome estúpida.

GLORIA. (*Moviéndose entre los invitados con una espontaneidad de movimientos que la hacen parecer un ángel alborozado*) Si alguien tiene hambre, hay pasteles de crema en la mesa del comedor.

MAURY. No soporto esas formas victorianas con que los fabrican.

MURIEL. (*Sumamente divertida*) Diría que estás borracho, Maury.

Su pecho sigue siendo un suelo que ofrece a los cascos de muchos sementales que pasan a su lado, con la esperanza de que sus herraduras hagan saltar al menos una chispa de pasión romántica en la oscuridad...

El matrimonio Barnes y Fred Paramore han estado conversando sobre algún tema edificante; tan edificante que Mr. Barnes lleva un rato intentando escabullirse hacia la zona de aire mucho más viciado que rodea el sofá central. En cuanto a Paramore, sería muy difícil decidir si su prolongada presencia en la casa gris obedece a razones de cortesía o de curiosidad, o si es que abriga el propósito de escribir un informe sociológico sobre la decadencia de la vida americana.

MAURY. Fred, creí que eras una persona muy tolerante.

PARAMORE. LO soy.

MURIEL. Yo también. Pienso que la religión de uno es igual de buena que las de los demás y todo eso.

PARAMORE. Todas las religiones tienen algo bueno.

MURIEL. Yo soy católica, pero, como digo siempre, no trabajo mucho en ello.

PARAMORE. *(Con un tremendo estallido de tolerancia)* El catolicismo es una religión muy... muy poderosa.

MAURY. Bueno, un hombre con ideas tan amplias debería considerar la intensidad de sensaciones y de estímulos para el optimismo que contiene este cóctel.

PARAMORE. *(Cogiendo el vaso con gesto más bien desafiante)* Gracias, probaré... uno.

MAURY. ¿Uno? ¡Absurdo! Hemos reunido aquí la promoción de mil novecientos diez, y te niegas incluso a achisparte un poco. ¡Vamos, hombre!

*Brindemos por el Rey Carlos,
Brindemos por el Rey Carlos,
Trae la copa de que te ufanas...*

Paramore canta también con voz potente.

MAURY. Vuelve a llenarte el vaso, Frederick. Ya sabes que todo se subordina a los propósitos de la naturaleza con nosotros, y en tu caso su intención es hacer de ti el más ruidoso de los borrachines.

PARAMORE. Si una persona bebe como un caballero...

MAURY. ¿Qué es un caballero, en cualquier caso?

ANTHONY. Un hombre que nunca lleva alfileres en las solapas de la chaqueta.

MAURY. ¡Qué absurdo! La categoría social queda determinada por la cantidad de pan que se come en los sándwiches.

DICK. Un caballero es un hombre que prefiere la primera edición de un libro a la última de un periódico.

RACHEL. Un hombre que nunca finge ser morfinómano.

MAURY. Un americano capaz de convencer a un mayordomo inglés de que también él lo es.

MURIEL. Un hombre de buena familia, que estudió en Yale o en Harvard o en Princeton, que tiene dinero, baila bien y todas esas cosas.

MAURY. ¡Por fin... la definición perfecta! El cardenal Newman ha quedado ya completamente anticuado.

PARAMORE. Yo creo que tendríamos que examinar este asunto con mayor amplitud de miras. ¿No fue Abraham Lincoln quien dijo que un caballero es alguien que nunca hace sufrir?

MAURY. Si no me equivoco, se le atribuye al general Ludendorff.

PARAMORE. Bromeas.

MAURY. Tómate otra copa.

PARAMORE. No debiera hacerlo. *(Bajando la voz para que solo le oiga Maury)* ¿Y

si te dijera que esta es la tercera copa que tomo en mi vida?

Dick pone en marcha el fonógrafo, lo que hace que Muriel se levante y empiece a balancearse, los codos contra el pecho, los antebrazos perpendiculares al cuerpo y vueltos hacia los lados, como si fueran aletas.

MURIEL. ¿Por qué no quitamos las alfombras y bailamos?

Anthony y Gloria reciben esta sugerencia con gemidos interiores y descoloridas sonrisas de asentimiento.

MURIEL. Vamos, gandul. Levántate y echa los muebles para atrás.

DICK. Espera a que termine esta copa.

MAURY. *(Decidido a seguir el juego con Paramore)* Te voy a decir lo que vamos a hacer. Los dos nos llenamos el vaso, nos lo bebemos... y, luego, a bailar.

Ola de protestas que se estrella contra la roca de la perseverancia de Maury.

MURIEL. Me da vueltas la cabeza.

RACHEL. *(Dirigiéndose a Anthony en voz baja)* ¿Te ha dicho Gloria que no te acerques a mí?

ANTHONY. *(Azorado)* No, claro que no. Por supuesto que no.

Rachel le sonrío misteriosamente. Durante los dos últimos años ha adquirido una belleza algo rígida y excesivamente acicalada.

MAURY. *(Alzando su vaso)* Brindo por la derrota de la democracia y la caída del cristianismo.

MURIEL. ¿No exageras un poco?

Lanza a Maury una fingida mirada de reproche y luego bebe.

Todos beben, unos más trabajosamente que otros.

MURIEL. ¡Despejad la pista!

Parece inevitable tener que llevar a cabo este proceso, de manera que también Anthony y Gloria arrastran mesas, amontonan sillas, enrollan alfombras y rompen lámparas. Cuando todos los muebles han sido hacinados en feos bultos a los lados de la habitación, queda libre un cuadrado de unos ocho pies de lado.

MURIEL. ¡Que empiece la música!

MAURY. Tana interpretará la canción de amor de un especialista de ojos, oídos, nariz y garganta.

En medio de cierta confusión provocada por el hecho de que Tana se ha retirado a descansar, se hacen los preparativos para su interpretación. Al japonés (en pijama y flauta en mano) se le envuelve en una colcha y se le coloca en una silla encima de una de las mesas, donde lleva a cabo un ridículo y grotesco espectáculo. Paramore está palpablemente borracho y tan entusiasmado con la idea, que refuerza esta impresión fingiendo tambalearse al estilo de las historietas cómicas y aventurándose incluso a escenificar ataques de hipo de cuando en cuando.

PARAMORE. *(A Gloria)* ¿Quieres bailar conmigo?

GLORIA. ¡No, señor! Quiero bailar la danza del cisne. ¿Sabes cómo se hace?

PARAMORE. Claro que sí. Sé hacerlas todas.

GLORIA. De acuerdo. Tú empiezas por ese lado de la habitación y yo por este.

MURIEL. ¡Vamos allá!

La confusión más absoluta sale gritando de las botellas: Tana se zambulle en los más recónditos laberintos de la canción del tren, mezclando las melancólicas cadencias de la flauta quejumbrosa con «Pobre Butterfly (tintineo de campanillas), esperando entre los almendros en flor» del fonógrafo. Muriel está tan debilitada por la risa que solo es capaz de agarrarse desesperadamente a Barnes, quien, bailando con la ominosa rigidez de un oficial del ejército, se mueve pesadamente sobre el reducido espacio libre de muebles. Anthony trata de oír los susurros de Rachel... sin llamar la atención de Gloria...

Pero todavía tiene que producirse un incidente grotesco, increíble, histriónico; uno de esos incidentes en que la vida parece dispuesta a imitar apasionadamente las formas más bajas de la literatura. Paramore está tratando de emular a Gloria, y cuando el tumulto llega a su punto culminante, Fred empieza a girar sobre sí mismo, cada vez más vertiginosamente... se tambalea, recupera el equilibrio, vuelve a perderlo y cae en dirección al vestíbulo... casi en brazos del viejo Adam Patch, cuya llegada ha pasado inadvertida debido al alboroto.

Adam Patch está muy pálido. Se apoya en un bastón. Lo acompaña Edward Shuttleworth, que sujeta a Paramore por el hombro y desvía la trayectoria de su caída, alejándolo del venerable filántropo.

El tiempo requerido para que el silencio descienda sobre la habitación como un monstruoso paño mortuario puede calcularse en unos dos minutos, aunque después, y durante un breve período de tiempo, el fonógrafo sigue sonando y de la flauta de Tana gotean las notas de la canción japonesa del tren. De las nueve personas presentes, solo Barnes, Paramore y Tana desconocen la identidad del recién llegado. De los nueve ni uno solo está al corriente de que esta misma mañana Adam Patch ha hecho un donativo de cincuenta mil dólares en apoyo de la campaña para declarar ilegales las bebidas alcohólicas en todo el territorio nacional.

Le corresponde a Paramore romper el silencio que se ha ido acumulando y con su increíble comentario alcanza el punto culminante de su vida de depravación.

PARAMORE. (Arrastrándose hacia la cocina a cuatro patas lo más deprisa que puede) Yo no soy un invitado... trabajo aquí.

De nuevo se hace el silencio... tan denso esta vez, tan cargado de un temor intolerablemente contagioso, que Rachel deja escapar una risita nerviosa, y Dick se descubre repitiendo una y otra vez un verso de Swinburne, grotescamente apropiado para la escena:

«Una desolada y marchita flor carente de aroma.»

De la quietud surge la voz de Anthony, serena y fatigada, que dice algo a Adam Patch; luego, también las palabras del dueño de la casa se esfuman.

SHUTTLEWORTH. *(Con entonación apasionada)* Su abuelo tuvo la idea de venir a verlos dando un paseo en coche. Yo telefoneé desde Rye y dejé el recado.

Una serie de breves jadeos, que, al parecer, no surgen de ningún sitio ni de nadie, llenan la siguiente pausa. Anthony está tan blanco como un trozo de yeso. Gloria tiene la boca abierta y aunque mira al anciano de igual a igual, sus ojos revelan tensión y miedo. No hay nadie que sonría en la habitación. ¿Nadie? ¿O es que la boca contraída de Cross Patch solo se abre, ligeramente temblorosa, para mostrar los escasos dientes que aún encuentran cobijo en sus encías? Finalmente habla... cinco palabras muy sencillas pronunciadas con voz apacible.

ADAM PATCH. *Ahora volvamos a casa, Shuttleworth. (Y eso es todo. El filántropo se da la vuelta y, ayudado por el bastón, atraviesa el vestíbulo, cruza la puerta principal, y el ruido de sus pasos inseguros, al alejarse por la avenida de grava bajo la luna de agosto, se llena de ominosos significados)*

Mirada retrospectiva

Ante esta adversidad Anthony y Gloria quedaron reducidos a la situación de dos peces de colores en una pecera sin agua; ni siquiera eran capaces de acercarse nadando el uno al otro.

Gloria cumpliría veintiséis años en mayo. Siempre había dicho que solo quería ser joven y hermosa mucho tiempo, vivir alegre y feliz, y tener dinero y amor. Quería lo que quieren la mayoría de las mujeres, pero lo quería más violenta y apasionadamente. Llevaba algo más de dos años casada. Al principio había conocido días de serena identificación, alcanzando incluso éxtasis de orgullo y de sentimiento de propiedad. Alternando con estos períodos se habían producido odios esporádicos, que duraban menos de una hora, y olvidos que no se prolongaban más de una tarde. Esta situación se mantuvo durante medio año.

Luego la serenidad, la satisfacción, habían perdido intensidad, volviéndose grises; muy raras veces, por el acicate de los celos o de una forzosa separación, volvían los antiguos éxtasis, la manifiesta comunión entre las almas, la agitación emotiva. A Gloria le resultaba posible odiar a Anthony un día entero, estar enfadada con él durante toda una semana. La recriminación había desplazado al afecto como desahogo, convertida casi en diversión, y había noches en que se acostaban tratando de recordar quién estaba enfadado y quién tendría que mostrarse reservado a la mañana siguiente. Y con el transcurso del segundo año habían aparecido dos nuevos

elementos. Gloria se dio cuenta de que Anthony era capaz de sentir una completa indiferencia hacia ella, una indiferencia momentánea, en gran parte por pura apatía, pero de la que Gloria no lograba sacarlo con una palabra susurrada, o cierta íntima sonrisa. Había días en que sus caricias tenían sobre él un efecto asfixiante. Gloria era consciente de estas cosas, pero nunca llegaba a admitírselas del todo a sí misma.

Tan solo recientemente se había dado cuenta de que, a pesar de su adoración por Anthony, de sus celos, de su sujeción, de su orgullo, básicamente lo despreciaba... y que este desdén se mezclaba con sus otras emociones sin que fuera posible distinguirlas... Todo esto era su amor: aquella vital y femenina ilusión que se había orientado hacia él una noche de abril, muchos meses atrás.

Por lo que a Anthony se refiere, Gloria era, a pesar de todas estas salvedades, su única preocupación. Si la perdiera se convertiría en un hombre truncado, dolorosa y sentimentalmente dominado por su recuerdo para el resto de sus días. Muy pocas veces le resultaba placentero pasar todo un día a solas con su mujer; excepto en ocasiones excepcionales, prefería tener con ellos a una tercera persona. Había momentos en que le parecía que si no se le permitía quedarse absolutamente solo se volvería loco... y algunas veces Anthony sentía con toda claridad que odiaba a Gloria. Cuando estaba borracho era capaz de sentirse fugazmente atraído hacia otras mujeres, lo que no pasaba de ser la manifestación, hasta entonces reprimida, de su inclinación a experimentar.

Aquella primavera, aquel verano, había hecho planes sobre su futura felicidad... cómo viajarían, disfrutando todo el año de las mejores temperaturas, para regresar al cabo del tiempo a una maravillosa propiedad en el campo y a unos posibles hijos, dechados de virtudes, y dedicarse a la diplomacia o a la política, logrando durante una temporada hermosos e importantes éxitos, hasta que, por fin, convertidos en personas de cabellos blancos (sedosos cabellos plateados), descansarían envueltos en serena gloria, venerados por la burguesía del país... Estos tiempos empezarán «cuando tomaran posesión de su dinero»; sus esperanzas tendían más a apoyarse en sueños como aquellos que en cualquier satisfacción que pudiera proporcionarles su vida diaria, cada vez más irregular y disipada. En las mañanas grises, cuando las bromas de la noche anterior que daban reducidas a procacidades sin gracia ni dignidad, podían, en cierto modo, sacar a la luz aquel rimerero de esperanzas comunes y repasarlas, para luego sonreírse mutuamente y repetir, a modo de colofón, la breve pero sincera idea nietzscheana contenida en el desafiante «¡Me tiene sin cuidado!» de Gloria.

La situación se había ido deteriorando perceptiblemente. Estaba el problema del dinero, cada vez más molesto, cada vez más ominoso; estaba la toma de conciencia de que el alcohol se había convertido prácticamente en una necesidad para divertirse... fenómeno frecuente en la aristocracia británica de un siglo atrás, pero un

tanto alarmante en una sociedad progresivamente más sobria y circunspecta. Además, el carácter de los dos parecía haberse debilitado en cierto modo, y esto no tanto por su manera de actuar como por algunas sutiles modificaciones de su actitud frente a la civilización que los rodeaba. En Gloria había nacido algo que hasta entonces nunca pensó necesitar; el esqueleto, todavía incompleto pero totalmente inconfundible, de algo que siempre le había parecido aborrecible: una conciencia. El tener que reconocerse a sí misma esta evolución había coincidido con el lento declinar de su audacia.

Luego, en la mañana de agosto que siguió a la inesperada visita de Adam Patch, se despertaron, asqueados y cansados, llenos de desaliento, capacitados tan solo para responder ante una arrolladora emoción: el miedo.

Pánico

—¿Qué te parece? —Anthony se incorporó en la cama y bajó los ojos para mirarla. Las caídas comisuras de la boca reflejaban su depresión, mientras hablaba con voz apagada y tensa.

La respuesta de Gloria fue llevarse la mano a la boca y empezar a mordisquearse una uña con gran lentitud y precisión.

—Esto es el fin —dijo Anthony después de una pausa; luego, como Gloria seguía sin hablar, se puso furioso—. ¿Por qué no dices algo?

—¿Qué demonios quieres que diga?

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¡Entonces deja de morderte las uñas!

Siguió una breve y confusa discusión sobre si Gloria había estado pensando o no. A Anthony le parecía esencial que su mujer cavilara en voz alta sobre el desastre de la noche anterior. Su silencio era una manera de atribuirle a él toda la responsabilidad. Por su parte, Gloria no veía que hiciese falta hablar... el momento requería que se mordiera las uñas como una niña nerviosa.

—Tengo que arreglar este lío con mi abuelo —dijo Anthony con escasa convicción. Un tímido respeto recién nacido quedaba marcado por la inflexión de su voz al utilizar la palabra «abuelo».

—No podrás —afirmó ella con brusquedad—. No lo conseguirás... nunca. Note perdonará mientras viva.

—Quizá no —concedió Anthony, sintiéndose muy desgraciado—. De todas formas... quizá pudiera arreglar las cosas reformándome o haciendo algo parecido...

—Parecía enfermo —le interrumpió ella—, pálido como un muerto.

—Está enfermo. Te lo dije hace tres meses.

—¡Me hubiera gustado que se hubiese muerto la semana pasada! —dijo Gloria malhumoradamente—. ¡Viejo estúpido desconsiderado!

Ninguno de los dos rio.

—Pero déjame decirte una cosa —añadió ella calmadamente—; la próxima vez que te vea comportándote con una mujer como lo hiciste anoche con Rachel Barnes, te dejaré, ¡como lo oyes! ¡No estoy dispuesta a consentirlo, ya lo sabes!

Anthony sintió miedo.

—No seas absurda —protestó—. Ya sabes que para mí no existe otra mujer en el mundo... ninguna, cariño.

Su intento de poner una nota de ternura en sus palabras fracasó lamentablemente... el peligro más inminente se adelantó para ocupar de nuevo el primer término.

—Si fuese a verlo —sugirió Anthony—, y dijera con las adecuadas citas bíblicas que he andado demasiado tiempo por el camino de la iniquidad y que por fin he visto la luz... —Se interrumpió y contempló a su mujer con una expresión de incertidumbre—. Me pregunto cómo reaccionaría.

—No lo sé.

Gloria meditaba sobre si sus invitados tendrían la suficiente perspicacia como para marcharse inmediatamente después del desayuno.

Anthony tardó una semana en hacer el suficiente acopio de valor para trasladarse a Tarrytown. La idea le repugnaba y abandonado a sí mismo hubiese sido incapaz de hacer el viaje... pero si su voluntad se había deteriorado en los tres últimos años, lo mismo sucedía con su capacidad para resistir los apremios de su mujer. Gloria lo obligó a ir. Era una excelente idea esperar una semana, le dijo, porque eso daría tiempo a que se enfriara la indignación de su abuelo; pero esperar más sería un error... era como darle la oportunidad de endurecerse para siempre.

Anthony hizo el viaje lleno de ansiedad... pero en vano. Adam Patch no estaba bien, dijo Shuttleworth muy indignado. Había recibido instrucciones muy concretas de que no debía verlo nadie. Ante la mirada vengativa del en otro tiempo «mago de la ginebra», la firmeza de Anthony se derrumbó. Volvió andando casi como si fuera un ladrón al taxi que lo esperaba, y solo recobró un poco de dignidad al subirse al tren, contento de volver, infantilmente, a los mágicos palacios llenos de consuelos que todavía se alzaban y resplandecían dentro de su propia mente.

Gloria se mostró despectiva cuando Anthony se presentó en Marietta. ¿Por qué no había entrado a la fuerza? ¡Eso era lo que ella hubiese hecho!

Entre los dos prepararon el borrador de una carta para el anciano y, después de numerosas correcciones, la enviaron. Era en parte una disculpa y en parte una

explicación inventada. No recibieron respuesta.

Llegó un día de septiembre, un día dividido por sucesivos períodos de sol y lluvia; un sol que no calentaba y una lluvia que no refrescaba la tierra. Aquel día dejaron la casa gris, que había visto florecer su amor. Cuatro baúles y tres monstruosas cajas de embalaje estaban apilados en la desmantelada habitación donde, dos años antes, se habían arrellanado perezosamente, dejándose mecer por sueños remotos, lánguidos, complacientes... Ahora, las palabras pronunciadas en la habitación sonaban a vacío. Gloria, con un nuevo traje marrón con adornos de piel, permanecía silenciosa sentada sobre un baúl, y Anthony paseaba nerviosamente de un lado para otro con un cigarrillo entre los labios, mientras esperaban la llegada del camión de la mudanza que llevaría sus cosas a la ciudad.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, señalando unos libros apilados sobre una de las cajas de embalaje.

—Es mi vieja colección de sellos —confesó Anthony, un poco avergonzado—. Me olvidé de los álbumes al hacer el equipaje.

—Es absurdo llevarlos de un sitio para otro.

—La verdad es que estaba mirándolos el día que nos marchamos del apartamento la primavera pasada, y decidí que no quería mandarlos al almacén con las otras cosas.

—¿No podrías vender esa colección? ¿No tenemos ya bastantes cachivaches?

—Lo siento —dijo él humildemente.

Con ruido atronador el camión de la mudanza se detuvo ante la puerta. Gloria, desafiante, alzó el puño contra las cuatro paredes.

—¡Qué contenta estoy de marcharme! —exclamó—. ¡Dios mío, cómo odio esta casa!

Así fue como la hermosa y deslumbrante dama regresó a Nueva York con su marido. En el mismo tren que los alejaba de Marietta volvieron a pelearse; las amargas palabras de Gloria tuvieron la frecuencia, la regularidad, la inevitabilidad de las estaciones por las que pasaban.

—No te enfades —le suplicó Anthony lastimeramente—. Después de todo, solo nos tenemos el uno al otro.

—La mayor parte del tiempo no tenemos ni siquiera eso —exclamó Gloria.

—¿Cuándo no lo hemos tenido?

—Muchas veces empezando por cierta ocasión en el andén de la estación de Redgate.

—No querrás decir que...

—No —le interrumpió ella con frialdad—; no me dedico a darle vueltas. Se fue igual que vino, pero al marcharse se llevó algo consigo.

Se detuvo bruscamente. Anthony guardó silencio, desconcertado, deprimido. El monótono espectáculo de los pueblos junto al ferrocarril (Mamaroneck, Larchmont,

Rye, Pelham Manor) se iba repitiendo con intervalos de sombríos eriales de mala calidad que pretendían sin éxito hacerse pasar por campos. Anthony se descubrió recordando cómo una mañana de verano los dos habían abandonado Nueva York en busca de felicidad. Quizá nunca habían esperado encontrarla, pero, en sí misma, aquella búsqueda le había proporcionado más felicidad que nada de lo que pudiera lograr durante el resto de su vida. La existencia, al parecer, tenía que consistir en instalar soportes en torno a uno... de lo contrario se convertía en desastre. No había descanso ni tranquilidad. Él había sido perfectamente ineficiente anhelando dejarse arrastrar y anhelando soñar; nadie se dejaba arrastrar excepto los remolinos, y nadie soñaba sin que sus sueños se convirtieran en fantásticas pesadillas de indecisión y remordimiento.

¡Pelham! Se habían peleado en Pelham porque Gloria quería conducir. Y cuando puso el piecicito en el acelerador, el coche saltó hacia delante animosamente y sus cabezas salieron despedidas hacia atrás como marionetas movidas por la misma cuerda.

El Bronx: las casas apiñadas y brillando al sol, que caía ahora atravesando amplios cielos refulgentes y depositando raudales de luz sobre las calles. Nueva York, suponía Anthony, era su hogar: ciudad de lujo y de misterio, de esperanzas absurdas y sueños exóticos. Allí, en las afueras, ridículos palacios de escayola se alzaban en el frío atardecer, repentinas materializaciones de un mundo irreal, para perderse enseguida en la distancia reemplazadas por la laberíntica confusión del río Harlem. El tren avanzaba a través del crepúsculo, dejando atrás medio centenar de alegres calles sudorosas en la parte alta de East Side, cada una de ellas pasando ante la ventanilla del departamento como si fuera el espacio entre dos radios de una rueda gigantesca, cada una de ellas con su vigorosa revelación colorista de niños pobres pululando en febril actividad como relucientes hormigas en callejones de arena roja. Por las ventanas de las casas se asomaban madres obesas, con forma de luna, constelaciones de aquel sórdido cielo; mujeres como oscuras joyas imperfectas, mujeres como hortalizas, mujeres como grandes bolsas de abominable ropa sucia.

—Me gustan estas calles —hizo notar Anthony en voz alta—. Siempre tengo la impresión de que se trata de una representación montada ex profeso para mí; como si nada más pasar yo, todos fuesen a dejar de saltar y reír para ponerse muy tristes, recordando lo pobres que son, y volver a sus casas cabizbajos. Es una impresión que se tiene con frecuencia en el extranjero, pero muy pocas veces en este país.

En una calle de altos edificios y mucha actividad, Anthony leyó una docena de nombres judíos en una fila de tiendas; en cada puerta había un hombrecillo oscuro contemplando a los transeúntes con ojos atentos; ojos brillantes por la sospecha, por el orgullo, por la avaricia, por la capacidad de comprender. Anthony no podía disociar ya Nueva York de la lenta ascensión de estas gentes; las pequeñas tiendas,

creciendo, extendiéndose, afianzándose, trasladándose, controladas con ojos de halcón y con la atención de las abejas para los detalles, se difundían por todas partes. Era impresionante, y visto en perspectiva resultaba tremendo.

La voz de Gloria interrumpió sus pensamientos de manera extrañamente apropiada:

—Me pregunto dónde habrá pasado Bloeckman el verano.

El apartamento

Después de las certezas de la juventud se llega a un período de intensa e intolerable complejidad. Para el dependiente de ultramarinos este período es tan breve que casi resulta despreciable. Hombres en una posición más alta en la escala social resisten más tratando de conservar detalles elementales de las relaciones humanas, de retener ideas «poco prácticas» sobre la integridad. Pero para cuando se acercan los treinta, el problema se ha complicado demasiado, y lo que hasta entonces ha sido inminente y desconcertante se vuelve remoto y oscuro. La rutina desciende como el crepúsculo sobre un paisaje demasiado áspero, suavizándolo hasta hacerlo tolerable. La complejidad es demasiado sutil, demasiado diversa; los valores cambian completamente con cada disminución de la vitalidad; empieza a resultar claro que el pasado no nos enseña nada con que enfrentarnos al futuro; así que renunciamos a ser hombres impulsivos, capaces de dejarnos convencer, interesados en distinguir con precisión lo que es éticamente cierto; sustituimos las ideas de integridad por reglas de conducta, valoramos más la seguridad que la aventura romántica, nos hacemos, de manera perfectamente inconsciente, pragmáticos. Quedan tan solo unos pocos que se preocupen tenazmente de los matices en las relaciones humanas... e incluso esos pocos, únicamente en ciertas horas especialmente reservadas para esa tarea.

Anthony Patch había dejado de ser una persona dispuesta a las aventuras mentales, una persona con curiosidad, y se había convertido en otra con fuertes inclinaciones y prejuicios, deseoso de conservar su serenidad emocional. Este cambio gradual se había producido durante los últimos años, viéndose acelerado por una sucesión de ansiedades que agobiaban su mente. Estaba, en primer lugar, la sensación, siempre latente en él, de haber malgastado el tiempo, reavivada ahora por lo delicado de su situación. En los momentos de inseguridad le obsesionaba la idea de que, después de todo, la vida tuviera un significado. En los años inmediatos a cumplir los veinte, el convencimiento de la futilidad del esfuerzo, y de la sabiduría que implicaba rechazarlo, se había visto confirmado tanto por las filosofías que admiraba como por su amistad con Maury Noble y, más adelante, por su convivencia con

Gloria. Sin embargo, había habido ocasiones —inmediatamente antes de conocer a su mujer, por ejemplo, y cuando su abuelo sugirió que se marchara a Europa como corresponsal de guerra— en las que el descontento casi lo había llevado a hacer algo positivo.

Un día, poco antes de que abandonaran Marietta definitivamente, al ojear distraídamente un Boletín de Antiguos Alumnos de Harvard, halló una columna con información sobre lo que sus compañeros habían estado haciendo en los seis años desde que salieran de la universidad. La mayoría se dedicaba a los negocios, era cierto, y varios estaban convirtiendo a los paganos de China o América a un nebuloso protestantismo; pero también descubrió que unos pocos trabajaban constructivamente en tareas tan distantes de la sinecura como de la ocupación rutinaria. Calvin Boyd, por ejemplo, apenas terminados los estudios de medicina, había descubierto un nuevo tratamiento para el tifus y se hallaba en Europa, paliando algunos de los efectos de la civilización que las Grandes Potencias habían introducido en Serbia. También estaba Eugene Bronson, cuyos artículos en *The New Democracy* lo iban definiendo como un hombre con ideas capaces de trascender tanto el vulgar oportunismo como la histeria popular; estaba un individuo llamado Daly, que había sido separado del claustro de profesores de una virtuosa universidad por predicar doctrinas marxistas en sus aulas: en el arte, en la ciencia, en la política, Anthony veía aparecer las auténticas personalidades de su época; estaba incluso Severance, estrella del equipo de fútbol, quien, después de alistarse en la Legión Extranjera, había dado su vida en el Aisne como quien hace la cosa más natural del mundo.

Anthony dejó el Boletín y pensó durante un rato en aquellos hombres. En su época de integridad Anthony hubiese defendido su personal actitud contra viento y marea... hubiese exclamado —un Epicuro en nirvana— que luchar era creer y que creer era limitarse. Le hubiese repugnado tanto ir a la iglesia porque la perspectiva de la inmortalidad le resultase gratificante como entrar en el negocio del cuero porque la necesidad de competir significara una salvaguarda contra la infelicidad. Pero en el momento presente Anthony carecía ya de tan delicados escrúpulos. Aquel otoño, al iniciar el año veintinueve de su vida, se inclinaba a no dar entrada en su mente a muchas cosas, a evitar cualquier examen en profundidad de motivaciones y causas primeras, y sobre todo, deseaba apasionadamente sentirse a salvo del mundo y de sí mismo. No le gustaba nada estar solo y, como ya se ha dicho, con frecuencia le asustaba quedarse a solas con Gloria.

Debido al abismo que la visita de su abuelo había abierto ante sus pies, y de la consiguiente repugnancia que le inspiraba su reciente modo de vida, era inevitable que buscara en aquella ciudad repentinamente hostil los amigos y los lugares que en otro tiempo le habían parecido más cordiales y seguros. Su primer paso fue un desesperado intento de recuperar su antiguo apartamento.

En la primavera de 1912 Anthony había firmado un contrato de arrendamiento por cuatro años, con una renta anual de mil setecientos dólares, y opción para renovarlo. El contrato había expirado aquel mes de mayo. Cuando Anthony alquiló por primera vez el apartamento, las habitaciones no eran más que puras posibilidades, apenas discernibles como tales, pero él se había percatado de su existencia, conviniendo en el contrato que el propietario y él invertirían cada uno cierta cantidad en hacer mejoras. Los alquileres habían subido en los últimos cuatro años y cuando aquella primavera Anthony renunció a su opción, el propietario, un tal Mr. Sohenberg, se dio cuenta de que podía pedir mucho más dinero por aquel apartamento tan atractivo. Consiguientemente, cuando Anthony fue a verlo en septiembre, Sohenberg le ofreció un contrato de tres años con un alquiler anual de dos mil quinientos dólares. A Anthony aquello le pareció excesivo. Significaba que tendrían que dedicar más de la tercera parte de sus ingresos a pagar la renta. En vano argumentó que el nuevo atractivo del apartamento se había conseguido gracias a su dinero y a sus ideas sobre la redistribución.

En vano ofreció dos mil dólares, hasta dos mil doscientos, aunque difícilmente podían permitírselo: Mr. Sohenberg se mostró inflexible. Al parecer, otros dos caballeros estaban interesados; precisamente era el tipo de apartamento más en demanda aquellos días, y desde un punto de vista comercial carecería de justificación cedérselo a Mr. Patch. Además, aunque nunca había llegado a mencionarlo antes, otros inquilinos se habían quejado del ruido durante el invierno anterior... personas cantando y bailando a altas horas de la noche, ese tipo de cosas.

Rabiando interiormente, Anthony se apresuró a volver al Ritz para informar de su fracaso a Gloria.

—¡Te imagino perfectamente —estalló Gloria—, dejándote pisotear por él!

—¿Qué podía decir?

—Podías haberle dicho la clase de persona que es. Yo no se lo hubiera permitido. ¡Ningún otro hombre en el mundo lo hubiese aguantado! Dejas que la gente te dé órdenes, que te engañe y te intimide y se aproveche de ti como si fueras un niño indefenso. ¡Es absurdo!

—Por lo que más quieras, no te enfades conmigo.

—Ya lo sé, Anthony, pero ¡es que te comportas de una manera tan estúpida!

—Es posible. De todas formas, no podemos pagar ese apartamento. Pero todavía es peor seguir viviendo en el Ritz.

—Tú fuiste el que insistió en venir aquí.

—Sí, porque sabía que te sentirías muy desgraciada en un hotel barato.

—¡Por supuesto que sí!

—En cualquier caso tenemos que encontrar un sitio donde vivir.

—¿Cuánto podemos pagar? —preguntó ella.

—Bueno, podríamos incluso pagar el precio que nos pide por el apartamento vendiendo más bonos, pero anoche acordamos que hasta que no consiga algún trabajo definido, no...

—Todo eso ya lo sé. Te pregunto cuánto podemos pagar contando solo con nuestros ingresos.

—Dicen que no se debe pagar más de la cuarta parte.

—¿Y cuánto es la cuarta parte?

—Ciento cincuenta dólares.

—¿Quieres decir que solo contamos con seiscientos dólares al mes? —Su tono de voz se hizo perceptiblemente más bajo.

—¡Naturalmente! —le contestó él enfadado—. ¿Crees que podemos gastar más de doce mil dólares al año sin reducir el capital?

—Sabía que habíamos vendido bonos, pero... ¿nos hemos gastado todo eso al año? ¿Cómo es posible? —Su asombro creció de punto.

—Si quieres puedo revisar esos libros de cuentas que llevamos con tanto cuidado —observó él irónicamente, para añadir después—: Dos alquileres buena parte del tiempo, ropa, viajes; sin ir más lejos, cada una de las primaveras que pasamos en California costaron alrededor de cuatro mil dólares. El maldito coche fue un gasto continuo desde el principio hasta el fin. Y fiestas y diversiones y... bueno, unas cosas y otras.

Los dos se habían excitado mucho y se sentían tremendamente deprimidos. La situación parecía peor al contársela a Gloria de viva voz de lo que Anthony había creído al percatarse de ella por primera vez.

—Tienes que ganar algún dinero —dijo ella de repente.

—Ya lo sé.

—Y tienes que hacer otro intento de ver a tu abuelo.

—Lo haré.

—¿Cuándo?

—En cuanto nos hayamos instalado.

Se mudaron una semana después. Habían alquilado un pequeño apartamento en la calle Cincuenta y siete por ciento cincuenta dólares al mes. Incluía un dormitorio, una sala de estar, una cocina diminuta y un cuarto de baño, y formaba parte de un descarnado edificio de apartamentos de piedra blanca; aunque las habitaciones eran demasiado pequeñas para colocar los mejores muebles de Anthony, estaban limpias, eran nuevas y, de una manera higiénica y algo aséptica, no carecían completamente de atractivo. Bounds había vuelto a Europa para alistarse en el ejército británico, y en su lugar toleraban más que disfrutaban de los servicios de una irlandesa de huesos prominentes a quien Gloria odiaba porque narraba las glorias del Sinn Fein mientras servía el desayuno. Pero ambos habían jurado prescindir de criados japoneses, y los

ingleses resultaban muy difíciles de obtener por el momento. Como Bounds, la irlandesa les preparaba únicamente el desayuno. Las otras comidas las hacían en restaurantes y hoteles.

Lo que finalmente obligó a Anthony a trasladarse a toda prisa a Tarrytown fue la noticia, aparecida en varios periódicos de Nueva York, de que Adam Patch, el multimillonario, el filántropo, el venerable renovador moral, estaba muy enfermo y no se confiaba en su restablecimiento.

El gatito

Anthony no consiguió ver a su abuelo. Las instrucciones de los médicos, le dijo Mr. Shuttleworth (que se ofreció amablemente a hacerse cargo de cualquier mensaje que Anthony quisiera confiarle y de transmitírselo a Adam Patch cuando su salud lo permitiera), eran que el anciano no debía hablar con nadie. Pero mediante claras insinuaciones confirmó la melancólica conclusión a que Anthony había llegado ya: el nieto pródigo resultaría particularmente inoportuno junto al lecho del enfermo. En un momento de la conversación, Anthony, recordando las precisas instrucciones recibidas de Gloria, inició un gesto como de apartar por la fuerza al secretario, pero Shuttleworth, con una sonrisa, puso de relieve sus musculosos hombros, y Anthony comprendió cuán inútil resultaría semejante intento.

Sintiéndose abyectamente amedrentado regresó a Nueva York, donde marido y mujer pasaron una semana de absoluta intranquilidad. Un pequeño incidente que ocurrió una noche sirvió para indicar hasta qué punto sus nervios estaban en tensión.

Al cruzar por una travesía camino de casa después de cenar, Anthony vio a un gato callejero que merodeaba cerca de una valla.

—Siempre siento la tentación de pegar patadas a los gatos —dijo sin saber muy bien por qué.

—A mí me gustan.

—Una vez no pude contenerme.

—¿Cuándo?

—Hace años, antes de conocerte. Una noche en el entreacto de un espectáculo. Hacía frío, igual que hoy, y yo estaba un poco alegre... una de las primeras veces que me emborrachaba —añadió—. El pobre bicho estaba buscando un sitio para dormir, imagino, y yo estaba de muy malhumor, así que me apeteció darle una patada...

—¡Pobrecillo! —exclamó Gloria, sinceramente conmovida.

—No estuvo nada bien —admitió él—. El pobre animal se volvió y me miró con ojos suplicantes, como esperando que lo cogiera y cuidase de él (no era más que un

gatito) y antes de que se diese cuenta se le vino encima un pie enorme que le golpeó en el lomo...

Gloria dejó escapar una exclamación llena de angustia.

—Era una noche muy fría —continuó Anthony, malévolamente, siempre con un tono de voz apropiadamente melancólico—. Imagino que esperaba afecto de alguien y solo recibió dolor...

Se interrumpió bruscamente... Gloria estaba sollozando. Habían llegado a casa, y cuando entraron en el apartamento, su mujer se arrojó sobre el sofá como si las palabras de Anthony la hubieran herido en un punto vital.

—¡Pobre gatito! —repetía lastimosamente—. En una noche tan fría...

—Gloria...

—¡Note acerques a mí! Por favor, no te acerques a mí. Tú mataste a aquel pobre gato.

Conmovido, Anthony se arrodilló junto a ella.

—Querida —dijo—. Gloria, cariño. No es verdad. Me lo he inventado todo... de principio a fin.

Pero Gloria no quiso creerle. Había algo en los detalles utilizados para describir la escena que la hizo seguir llorando aquella noche hasta quedarse dormida; que la hizo llorar por el gatito, por Anthony, por ella misma, por el dolor y la amargura y la crueldad del mundo entero.

La desaparición de un moralista americano

El viejo Adam murió a medianoche, un día de finales de noviembre, con una piadosa alabanza a su Dios entre los descarnados labios. Él, que había recibido tantas lisonjas, se extinguió adulando a la Omnipotente Abstracción a quien según él se imaginaba quizá había ofendido en los momentos más lascivos de su juventud. Se anunció que había concertado algún tipo de armisticio con la Deidad, y aunque los términos del acuerdo no llegaron a hacerse públicos, se sospechaba que figuraba entre ellos una cuantiosa suma de dinero en efectivo. Todos los periódicos publicaron su biografía, y dos añadieron breves comentarios editoriales sobre su gran valía, y su participación en el drama del desarrollo industrial, durante el cual Adam Patch había alcanzado la madurez. También mencionaron cautelosamente las reformas que había apoyado y financiado. Se resucitó el recuerdo de Comstock y de Catón el Censor y se les hizo desfilar como fantasmas macilentos por las columnas de letra impresa.

Todos los periódicos hicieron notar que no tenía más familia que su nieto, Anthony Comstock Patch, residente en Nueva York.

El entierro se efectuó en el panteón familiar de Tarrytown. Anthony y Gloria tomaron asiento en el primer carruaje, demasiado preocupados para sentirse grotescos, ambos tratando desesperadamente de extraer algún presagio de fortuna de las caras de los servidores que habían permanecido con él hasta el final.

Aguardaron una frenética semana por razones de decoro, y luego, al no recibir la menor notificación de ningún tipo, Anthony telefoneó al abogado de su abuelo. Mr. Brett no estaba en su despacho... se esperaba que regresase al cabo de una hora. Anthony dejó su número de teléfono.

Era el último día de noviembre, con un frío seco en la calle, y un sol sin brillo asomándose, desolado, a las ventanas. Mientras esperaban la llamada, aparentemente enfrascados en la lectura, la atmósfera, dentro y fuera, parecía también esforzarse por dar credibilidad a aquella patética mentira. Después de una interminable espera sonó el teléfono, y Anthony, dando un violento respingo, descolgó el auricular.

—Diga... —Su voz sonó tensa y hueca—. Sí... dejé recado. Por favor, ¿con quién hablo...? Sí... Verá usted, se trata de la herencia. Como es lógico, estoy interesado, y no he recibido ningún aviso sobre la lectura del testamento... Se me ocurrió que quizá no tuviera usted mi dirección. ¿Cómo...? Sí...

Gloria se puso de rodillas. Los intervalos entre las frases de Anthony eran como torniquetes aplicados a su corazón. Descubrió que estaba retorciendo, impotente, los botones de un cojín de terciopelo. Luego:

—Eso es... eso es muy, muy extraño... verdaderamente extraño. ¿Ni siquiera una... mención o algún motivo para...?

La voz de Anthony sonaba muy débil y lejana. Gloria dejó escapar un sonido muy tenue, mitad jadeo, mitad sollozo.

—Sí, ya veré... De acuerdo, gracias... gracias...

La comunicación se interrumpió. Los ojos de Gloria, que miraban al suelo, vieron cómo los pies de Anthony deformaban el contorno de una mancha de sol sobre la alfombra. Ella se puso en pie y lo miró con serenos ojos grises al mismo tiempo que él la rodeaba con sus brazos.

—Cariño —susurró Anthony con voz ronca—. ¡Lo ha hecho, que Dios lo maldiga!

Al día siguiente

—¿Quiénes son los herederos? —preguntó Mr. Haight—. Comprenda usted que si me da tan poca información...

Mr. Haight era alto, cargado de espalda y cejijunto. Se lo habían recomendado

como abogado astuto y tenaz.

—Mis noticias son muy vagas —contestó Anthony—. Un hombre llamado Shuttleworth, que era una especie de favorito suyo, ha quedado a cargo de todo como administrador o depositario o algo parecido... todo menos los legados directos para obras de caridad y las disposiciones relativas a los criados y a esos dos primos de Idaho.

—¿Cuál era exactamente el grado de parentesco con esos primos?

—Tercero o cuarto, por lo menos. Yo no había oído nunca hablar de ellos.

Mr. Haight movió la cabeza comprensivamente.

—¿Y usted quiere oponerse a una estipulación del testamento?

—Supongo que sí —admitió Anthony con muy poca seguridad—. Quiero hacer lo que ofrezca más esperanzas... eso es lo que espero que usted me diga.

—¿Quiere que se rechace la validación del testamento?

—Ahí me pilla usted. No tengo ni la menor idea de lo que es «validación». Quiero una parte de la herencia.

—¿Por qué no me cuenta algunos detalles más? Por ejemplo, ¿conoce usted la razón para que lo desheredase el testador?

—Bueno... sí —comentó Anthony—. Mi abuelo estaba siempre obsesionado con la reforma moral y todo eso...

—Lo sé —le interrumpió Mr. Haight sin el menor asomo de ironía.

... creo que nunca tuvo muy buena opinión de mí. No me he dedicado a los negocios, ¿comprende? Pero estoy seguro de que hasta el verano pasado era uno de los herederos. Mi mujer y yo teníamos una casa en Marietta, y una noche al abuelo se le ocurrió la idea de venir a vernos. Dio la casualidad de que estábamos celebrando una fiesta bastante animada y él se presentó sin avisar. Bueno, lo cierto es que eché una ojeada alrededor, él y ese tal Shuttleworth, dio media vuelta y regresó a toda prisa a Tarrytown. A partir de entonces no contestó a mis cartas y ni siquiera me permitió verlo.

—Era partidario de la prohibición, ¿no es eso?

—Estaba en contra de todo lo imaginable... un maníaco religioso de pies a cabeza.

—El testamento que lo ha desheredado, ¿se redactó mucho antes de la muerte de su abuelo?

—No, hace poco... quiero decir, después de agosto.

—¿Y usted cree que la principal razón para no dejarle la mayor parte de la herencia ha sido el disgusto producido por algunas acciones suyas muy recientes?

—Sí.

Mr. Haight reflexionó. ¿Con qué base creía contar Anthony para iniciar una acción legal contra el testamento?

—Bueno, ¿no hay algo acerca de influencia negativa?

—La influencia indebida es un motivo... pero es el más difícil. Habría que demostrar que se ejerció una presión tal como para que el difunto se viera obligado a disponer de su patrimonio en contra de sus intenciones...

—Bien, supongamos que el tal Shuttleworth arrastró a mi abuelo hasta Marietta cuando pensaba que estábamos en medio de algún tipo de celebración...

—Eso no tendría ningún valor en este caso. Existe una distinción muy clara entre consejo e influencia. Habría que probar que el secretario obraba con mala intención. Yo sugeriría algún otro argumento. La validación de un testamento se rechaza automáticamente en caso de locura, embriaguez —aquí Anthony sonrió—, o debilidad mental en razón de una prematura senectud.

—Pero —objetó Anthony—, como su médico particular es uno de los beneficiarios, declarará que no existía tal debilidad mental. Y tendrá razón. De hecho, mi abuelo hizo probablemente con su dinero lo que pensaba hacer... está totalmente de acuerdo con el resto de su vida...

—Bueno, la verdad es que debilidad mental viene a ser algo muy parecido a influencia indebida... implica que no se ha dispuesto del patrimonio como se pensaba hacerlo en un principio. El fundamento más frecuente es la coacción... si ha existido presión de tipo físico.

Anthony movió la cabeza negativamente.

—Mucho me temo que eso no tenga grandes posibilidades. Lo que a mí me parece mejor es influencia indebida.

Después de un análisis más detallado, que llegó a hacerse tan técnico como para resultarle prácticamente ininteligible, el joven Patch aceptó los servicios de Mr. Haight como asesor legal. El abogado propuso una entrevista con Shuttleworth, quien, juntamente con Wilson, Heimer y Hardy, era albacea testamentario. Anthony tendría que volver aquella misma semana.

Se había llegado a saber que el patrimonio de Adam Patch ascendía aproximadamente a cuarenta millones de dólares. El legado de mayor cuantía para una persona aislada era de un millón, y su beneficiario, Edward Shuttleworth, que recibiría además un sueldo de treinta mil dólares al año como administrador de un fondo fiduciario de treinta millones, que distribuiría prácticamente a su arbitrio entre diversas obras de caridad y sociedades reformadoras. Los restantes nueve millones se dividían entre los dos primos de Idaho y unos veinticinco beneficiarios más: amigos, secretarios, sirvientes y empleados que, en diferentes ocasiones, se habían ganado la confianza de Adam Patch.

Al cabo de otros quince días, Mr. Haight, después de fijar el anticipo por sus honorarios en quince mil dólares, inició los preparativos para entablar una acción legal en contra del testamento.

El invierno del descontento

Antes de que llevaran dos meses viviendo en el pequeño apartamento de la calle Cincuenta y siete, Gloria y Anthony descubrieron que sus habitaciones —de la misma manera indefinible pero casi material— habían llegado a contaminarse como la casa gris de Marietta. Estaba el sempiterno olor a tabaco (los dos fumaban incesantemente) que se agarraba a la ropa, a las mantas, a las cortinas y a las alfombras cubiertas de ceniza. A esto había que añadir los molestos efluvios a vino rancio, con su inevitable sugerencia de belleza echada a perder y de juergas que se recuerdan con disgusto. En el aparador había un determinado juego de copas de cristal en las que el olor resultaba particularmente intenso, y en la habitación principal la mesa de caoba estaba cubierta de círculos blancos en los sitios donde se habían dejado vasos y copas. Daban fiestas con frecuencia; los invitados rompían cosas, vomitaban en el cuarto de baño de Gloria, derramaban el vino y ensuciaban la cocina de manera inconcebible.

Todas estas cosas eran parte habitual de su existencia. A pesar de las resoluciones de muchos lunes, a medida que se acercaba el fin de semana quedaba tácitamente entendido que era necesario celebrarlo con alguna especie de diversión profana. Cuando llegaba el sábado el asunto no se discutía, sino que llamaban a algún amigo suficientemente irresponsable y sugerían una cita. Únicamente después de estar reunidos y de haber sacado las botellas, Anthony murmuraba con aire indiferente: «Creo que yo solo tomaré un *whisky* con soda...».

Luego se pasaban dos días fuera de casa, descubriendo en un amanecer invernal que habían sido los componentes más ruidosos y destacados del grupo más ruidoso y llamativo del Boul' Mich', o del Club Ramée, o de otros locales de diversión mucho menos exigentes sobre las manifestaciones de júbilo de su clientela. También descubrían que, de algún modo, habían malgastado ochenta o noventa dólares; ¿cómo?, nunca lo sabían; habitualmente lo achacaban a la general penuria de los «amigos» que los habían acompañado.

Empezó a ser frecuente que los más sinceros de sus amigos los reconvinieran durante la misma celebración de una fiesta, pintando un final sombrío para los dos, ligado a la pérdida de la belleza de Gloria y al deterioro físico de Anthony.

El relato de la juerga bruscamente interrumpida en Marietta se había filtrado, por supuesto, con todo detalle —«Muriel no tiene intención de contárselo a todas las personas que conoce —le dijo Gloria a Anthony—, y cada vez que se lo cuenta a alguien, piensa que es la única persona a la que se lo va a contar»—, y, adornado con un velo perfectamente diáfano, llegó a encontrar sitio destacado en la sección Town Tattle de una conocida revista. Cuando se hizo público el contenido del testamento de Adam Patch y los periódicos publicaron sueltos sobre la acción legal iniciada por

Anthony, la historia quedó maravillosamente redondeada... para infinito descrédito del joven Patch. Gloria y él empezaron a oír rumores sobre sí mismos procedentes de todas partes; rumores fundados normalmente en un atisbo de verdad, pero recubierta siempre de absurdos y siniestros detalles.

Exteriormente ninguno de los dos presentaba signos de deterioro. Gloria a los veintiséis era todavía la Gloria de los veinte; su cutis un marco lleno de lozanía para sus ojos inocentes; su cabello, todavía un prodigio infantil que se iba oscureciendo lentamente, para pasar del maíz a un intenso color de oro bermejo; su cuerpo esbelto sugiriendo siempre el de una ninfa que corriera y danzara por bosquecillos órficos. Los ojos masculinos la seguían a docenas con miradas de fascinación cada vez que cruzaba el vestíbulo de un hotel o el pasillo de un teatro. Los hombres pedían serle presentados, caían en prolongados estados de sincera admiración, le hacían la corte con toda claridad... porque Gloria era todavía una criatura de exquisita e increíble belleza. Por su parte, Anthony había más bien ganado que perdido en apariencia; su rostro había adquirido cierto intangible aire de tragedia, en romántico contraste con su pulcra e inmaculada manera de vestirse y arreglarse.

A principios del invierno, cuando todas las conversaciones giraban sobre las probabilidades de que Estados Unidos entrara en guerra, y cuando Anthony hacía un desesperado y sincero intento de escribir, Muriel Kane llegó a Nueva York y fue inmediatamente a verlos. Al igual que Gloria, también ella parecía no cambiar nunca. Sabía los últimos modismos populares, conocía los últimos pasos de baile y hablaba de las últimas canciones y obras de teatro con todo el fervor de su primer año de ocio en Nueva York. Su timidez era eternamente nueva, eternamente inútil; su manera de vestir, exagerarla; y ahora llevaba el pelo en melena corta, igual que Gloria.

—He venido para el baile de gala en New Haven —anunció, haciéndoles partícipes de su delicioso secreto. Aunque era sin duda mayor que todos los chicos de la universidad, siempre conseguía algún tipo de invitación, imaginándose vagamente que en la próxima fiesta se iniciaría el flirt que culminaría en el romántico altar.

—¿Dónde has estado? —preguntó Anthony, a quien Muriel siempre conseguía divertir.

—En Hot Springs. Mucha elegancia y animación este otoño... ¡más hombres!

—¿Estás enamorada, Muriel?

—¿Qué quieres decir con «enamorada»? —Aquella era la pregunta retórica del año—. Voy a deciros algo —añadió, cambiando bruscamente de tema—. Supongo que no es asunto mío, pero creo que va siendo hora de que os portéis juiciosamente.

—¡Pero si ya lo hacemos!

—¡Claro, naturalmente! —se burló ella con socarronería—. En todos los sitios donde voy oigo historias de vuestras aventuras. Os aseguro que he pasado momentos muy difíciles tratando de defenderos.

—No tenías que haberte molestado — dijo Gloria fríamente.

—No digas eso, Gloria —protestó ella—, sabes que soy una de vuestras mejores amigas.

Gloria guardó silencio. Muriel continuó:

—El problema no es que una mujer beba, sino, más bien, como Gloria es tan bonita, y hay por todas partes tanta gente que la conoce de vista, que resulta naturalmente llamativo...

—¿Qué es lo que has oído últimamente? —preguntó Gloria, permitiendo que la dignidad cediera ante la curiosidad.

—Por ejemplo, que aquella fiesta en Marietta mató al abuelo de Anthony.

Instantáneamente marido y mujer se sintieron terriblemente incómodos.

—¡Pero eso es una atrocidad!

—Eso es lo que dicen —insistió Muriel, testarudamente.

Anthony empezó a pasearse por la habitación.

—¡Es absurdo! —declaró—. Las mismas personas que invitamos a nuestras fiestas van por ahí contando la historia a gritos como si fuera un chiste estupendo... y finalmente vuelve a nosotros en formas como esta.

Gloria recogió con el dedo un bucle rojizo que se le había salido de su sitio. Muriel pasó la lengua por el velo que llevaba mientras decidía cuál iba a ser su próximo comentario.

—Tenéis que tener un hijo.

Gloria alzó unos ojos llenos de cansancio.

—No podemos permitirnoslo.

—Todas las personas que viven en los suburbios los tienen —dijo Muriel triunfalmente.

Anthony y Gloria intercambiaron una sonrisa. Habían llegado ya a la etapa de las peleas violentas tras las que nunca llegaba a producirse la reconciliación; peleas que seguían ardiendo bajo las cenizas y estallaban de nuevo después de un intervalo o se extinguían por pura indiferencia... pero aquella visita de Muriel volvía a unirlos temporalmente. Cuando una tercera persona hacía observaciones sobre la intranquilidad en la que vivían, sus palabras se convertían en un estímulo para que se enfrentaran juntos con aquel mundo hostil. Lo que resultaba ya muy poco frecuente era que el impulso hacia la reunión surgiera de dentro.

Anthony se descubrió asociando su propia existencia a la del ascensorista nocturno de la casa donde vivían, una persona de unos sesenta años, de barba rala, con aspecto de hallarse muy por encima del trabajo que realizaba. Probablemente había conseguido el empleo debido a aquella característica, que le convertía en una memorable y patética figura, en un símbolo del fracaso humano. Anthony recordó, sin que le divirtiera en absoluto, un antiquísimo chiste acerca de que en la carrera de

un ascensorista había muchos altibajos; en cualquier caso se trataba de una vida de encierro y de infinita monotonía. Cada vez que ponía el pie en el ascensor, Anthony aguardaba conteniendo el aliento a que el anciano dijera: «Vaya, parece que hoy vamos a tener un poco de sol», pensando en lo poco que podría disfrutar de la lluvia o del sol en aquella pequeña jaula mal ventilada, en un vestíbulo sin ventanas y paredes color de humo.

Después de ser una figura sin relieve, el ascensorista alcanzó estatura trágica al dejar la vida que tan mezquinamente lo había tratado. Una noche aparecieron tres jóvenes pistoleros, lo ataron y lo dejaron en el sótano sobre una pila de carbón mientras ellos registraban el cuarto de los trastos. El conserje lo encontró sin sentido a la mañana siguiente a causa del frío. Cuatro días más tarde, falleció de neumonía.

Lo sustituyó un negro parlanchín de Martinica —de incongruente acento británico e inclinado a mostrarse desabrido— a quien Anthony detestaba cordialmente. La muerte del anciano ascensorista tuvo sobre él aproximadamente el mismo efecto que la historia del gatito había tenido sobre Gloria. Sirvió para recordarle la crueldad de la vida en general y, en consecuencia, la creciente amargura de la suya propia.

Anthony estaba escribiendo... y haciéndolo por fin seriamente. Fue a ver a Dick y escuchó, durante una hora llena de tirantez, explicaciones sobre detalles de procedimiento que hasta entonces había considerado absolutamente desdeñables. Necesitaba dinero inmediatamente: todos los meses tenía que vender bonos para pagar las facturas. Dick se mostró franco y explícito:

—Por lo que se refiere a artículos sobre temas literarios en revistas de muy poca difusión, nunca te darán lo suficiente para pagar el alquiler. Por supuesto, si una persona tiene el don del humor, o la posibilidad de escribir una biografía importante, o algún conocimiento especializado, puede encontrar un filón y hacerse rico. Pero para ti no hay otra posibilidad que la narración. ¿Dices que te hace falta dinero inmediatamente?

—Así es.

—Bueno, necesitarías probablemente año y medio antes de empezar a ganar algún dinero con una novela. Inténtalo con narraciones breves de tipo popular. Y, por cierto, si no son excepcionalmente brillantes, tienen que resultar alegres y del lado de la artillería más pesada si quieres ganar dinero con ellas.

Anthony pensó en las más recientes producciones de Dick —publicadas en una revista mensual muy conocida—, que se ocupaba básicamente de las absurdas acciones de cierto tipo de monigotes rellenos de serrín que, según se afirmaba, eran personas de la sociedad de Nueva York, y que giraban, por regla general, sobre el problema de la pureza de la heroína a nivel técnico, con alusiones pretendidamente sociológicas a las «locas excentricidades de los cuatrocientos».

—Pero tus historias... —exclamó Anthony en voz alta, casi de manera

involuntaria.

—Ah, eso es diferente —afirmó Dick, con gran asombro de su interlocutor—. Yo tengo ya una reputación, ¿comprendes?, así que estoy obligado a ocuparme de temas fuertes.

Anthony tuvo un sobresalto interior, dándose cuenta por aquella observación de lo mucho que Richard Caramel se había deteriorado. ¿Pensaba realmente que aquellas sorprendentes producciones suyas de última hora eran tan buenas como su primera novela?

Anthony regresó al apartamento y se puso a trabajar. Descubrió que el optimismo a ultranza no tenía nada de fácil. Después de media docena de vanos intentos fue a la biblioteca pública y durante una semana estudió los relatos que publicaba una revista popular. Luego, mejor preparado, escribió su primer cuento, El dictáfono del destino. Estaba basado en una de las pocas impresiones que aún conservaba de sus seis semanas en Wall Street el año anterior. Pretendía ser la risueña historia de un botones que, de manera completamente accidental, tarareaba una maravillosa melodía en el dictáfono. El cilindro con la grabación era descubierto por el hermano del jefe, un conocido productor de comedias musicales... para desaparecer inmediatamente. La parte central de la historia se ocupaba de la búsqueda del cilindro perdido, y concluía con el matrimonio del noble botones (ahora compositor de éxito) con miss Rooney, la virtuosa taquígrafa, mitad Juana de Arco y mitad Florence Nightingale.

Anthony había llegado a la conclusión de que era aquello lo que las revistas deseaban. Sus protagonistas eran los habituales y exóticos habitantes del mundo literario azul y rosa, sumergidos en un meloso argumento, incapaz de ofender a un solo estómago de Marietta. El joven Patch mecanografió su cuento a doble espacio, esto último de acuerdo con los consejos de un folleto, El éxito como escritor al alcance de todos, por R. Meggs Widdlestien, que explicaba al ambicioso trabajador manual lo innecesario de cualquier futuro esfuerzo físico, ya que siguiendo su curso de seis lecciones podría ganar por lo menos mil dólares al mes.

Después de leérselo a una Gloria que daba claros síntomas de aburrimiento y de lograr de ella el inmemorial comentario de que era «mejor que muchas de las cosas que se publican», lo firmó irónicamente con el seudónimo «Giles de Sade», añadió el indicado sobre para la devolución y lo mandó por correo.

Dado el gigantesco esfuerzo que había necesitado para redactar la historia, Anthony decidió esperar a saber algo de ella antes de empezar la siguiente. Dick le había dicho que podían llegar a pagarle hasta doscientos dólares. Si por alguna casualidad no resultase apropiada, la carta del director, sin duda, le explicaría qué cambios habían de hacerse.

—Sin duda se trata del escrito más abominable que existe en la actualidad —dijo Anthony.

Es muy posible que el director de la revista estuviese de acuerdo con él. Le devolvió el manuscrito con una carta impresa rechazándolo. Anthony lo mandó a otra publicación y empezó una nueva narración. La segunda se titulaba Las puertas abiertas, y la escribió en tres días. Tenía que ver con el mundo sobrenatural: una pareja distanciada llegaba a reconciliarse gracias a una médium en un espectáculo de variedades.

En total fueron seis, seis desdichados y deplorables esfuerzos de «escribir para las masas» por parte de un hombre que nunca había hecho un intento perseverante de escribir. Ninguno de los relatos contenía una chispa de vitalidad, y su rendimiento total en expresiones elegantes e ingeniosas estaba bastante por debajo del de cualquier columna de periódico. Durante su circulación por las revistas, los cuentos de Anthony recogieron en total treinta y una cartas impresas rechazándolos, que venían a ser como otras tantas lápidas mortuorias para los paquetes, semejantes a cadáveres, que encontraba tirados junto a la puerta de su casa.

A mediados de enero murió el padre de Gloria, y se trasladaron de nuevo a Kansas City; el viaje fue pésimo, porque Gloria se pasó todo el tiempo meditando amargamente, no sobre la muerte de su padre, sino sobre la de su madre. Una vez que estuvieron en orden los asuntos de Russell Gilbert, el joven matrimonio entró en posesión de unos tres mil dólares y de muchos muebles. Estos últimos se hallaban en un almacén, porque Mr. Gilbert había pasado sus últimos días en un pequeño hotel. Anthony hizo un nuevo descubrimiento acerca de Gloria debido a este fallecimiento. Durante el viaje hacia el este, su mujer se reveló, asombrosamente, como bilfista.

—Pero, Gloria —exclamó él—, no irás a decirme que crees en esas cosas.

—Bueno —dijo ella, desafiante—, ¿por qué no?

—Porque es... es fantástico. Sabes perfectamente que eres agnóstica en el más amplio sentido de la palabra. Te reirías de cualquier forma ortodoxa de cristianismo... y luego vienes con la afirmación de que crees en una estúpida regla sobre la reencarnación.

—¿Y qué más da que lo haga? Os he oído a ti y a Maury, y a todas las personas por cuya inteligencia siento un mínimo de respeto, mostraron de acuerdo en que la vida, tal como se nos presenta, carece totalmente de sentido. Pero siempre me ha parecido que si yo estuviera aquí aprendiendo algo de manera inconsciente, quizá la vida tuviera un poco más de sentido.

—No estás aprendiendo nada... únicamente te sientes cansada. Y si necesitas una fe para suavizar las cosas, no recurras a los argumentos de un montón de mujeres histéricas. Una persona como tú no debería aceptar nada que no sea adecuadamente demostrable.

—La verdad no me interesa. Quiero un poco de felicidad.

—Eso está muy bien, pero si tienes un mínimo de inteligencia, la segunda tiene

que estar refrendada por la primera. Cualquier alma cándida es capaz de engañarse con basura mental.

—Me da lo mismo —insistió Gloria, firme en sus trece—, y, lo que es más, no estoy proponiendo ninguna doctrina.

La discusión terminó desapareciendo por sí misma, pero Anthony se acordó de ella en varias ocasiones posteriormente. Le resultaba perturbador encontrar esta vieja creencia, que Gloria había asimilado evidentemente de su madre, reapareciendo de nuevo bajo su disfraz de idea innata.

Llegaron a Nueva York en marzo, después de pasar una semana muy cara y muy poco prudente en Hot Springs, y Anthony reanudó sus frustrados intentos de escribir narraciones. Al resultar cada vez más evidente para los dos que la vía de escape no iban a encontrarla por el camino de la literatura popular, se produjo un nuevo deterioro de su mutua confianza y aumentó su desánimo. Un complicado forcejeo estaba siempre en marcha entre los dos. Todos los esfuerzos por reducir gastos morían de pura inercia, y para marzo volvían ya a utilizar cualquier pretexto como excusa para una «fiesta». Adoptando una postura de temeridad, Gloria dejó caer la sugerencia de que deberían gastarse alegremente todo el dinero que tenían hasta que se terminara... cualquier cosa antes que verlo desaparecer gota a gota sin sacarle el menor partido.

—Gloria, a ti te apetecen las fiestas tanto como a mí.

—A mí me da igual. Todo lo que hago está de acuerdo con mis ideas: usar cada minuto de estos años, mientras soy joven, para pasarlo lo mejor posible.

—¿Y después de eso?

—Después todo me dará lo mismo.

—No, no te dará lo mismo.

—Bueno, quizá... pero no podré hacer nada por remediarlo. Y hasta entonces me habré divertido.

—Entonces estarás en la misma situación que ahora. En cierta manera, ya nos hemos divertido, ya hemos armado suficiente alboroto, y ahora estamos pagando por ello.

Sin embargo, el dinero seguía desapareciendo. Después de dos días de jolgorio venían otros dos de acrimonia... un círculo cerrado que apenas admitía variaciones. Los repentinos frenazos, cuando se producían, daban como resultado habitual un estallido de laboriosidad por parte de Anthony, mientras Gloria, nerviosa y aburrida, se quedaba en la cama o se mordía las uñas distraídamente. Después de un día o poco más en esta situación, se volvían a citar con unos amigos, y luego... ¿qué más daba? ¡Aquella noche, aquel calor interior, la desaparición de la ansiedad y el convencimiento de que si el vivir no tenía sentido era, al menos, esencialmente romántico! El vino daba una especie de gallardía a su propio fracaso.

Mientras tanto el pleito progresaba lentamente, con interminables interrogatorios de los testigos y clasificación de pruebas. Los trámites previos para fijar el patrimonio ya habían concluido. Mr. Haight no veía razón para que la causa no llegara a juicio antes del verano.

Bloeckman apareció por Nueva York a finales de marzo; había pasado casi un año en Inglaterra por asuntos relacionados con Films Par Excellence. Todavía continuaba en marcha su proceso de refinamiento en todos los órdenes: vestía un poco mejor, su entonación era más suave y sus modales ponían con toda claridad de manifiesto que las cosas más hermosas del mundo eran suyas por derecho natural e inalienable. Se presentó en el apartamento y les hizo una visita de una hora, en la que habló sobre todo acerca de la guerra; luego se marchó diciendo que volvería. Anthony no estaba en casa cuando fue a visitarlos por segunda vez, pero una Gloria excitada y embelesada al mismo tiempo recibió a su marido a última hora de la tarde.

—Anthony —empezó inmediatamente—, ¿seguirías oponiéndote a que me dedicara al cine?

Todo el ser de Anthony reaccionó contra la idea. Al imaginarla lejos de él, aunque se tratara tan solo de una posibilidad, la presencia de Gloria se convirtió de nuevo no ya en algo muy apreciado, sino desesperadamente necesario.

—¡Gloria, por favor...!

—Blockhead ha dicho que conseguiría meterme... pero que si quiero hacer algo tengo que empezar ahora. Solo quieren chicas jóvenes. ¡Piensa en el dinero, Anthony!

—Para ti... sí. Pero ¿y yo?

—¿No sabes que todo lo que yo tenga también será tuyo?

—¡Es una profesión infernal! —estalló el Anthony infinitamente circunspecto, defensor de la moral—, y la gente que trabaja en ella todavía peor. Y estoy más que cansado de que ese tal Bloeckman venga aquí a meterse donde no lo llaman. Aborrezco todo lo que tenga que ver con el teatro.

—¡Esto no es teatro! Es otra cosa completamente distinta.

—¿Y qué se supone que tendré que hacer yo? ¿Ir persiguiéndote por todo el país? ¿Vivir de tu dinero?

—Si no te gusta, gánalo tú mismo.

La conversación degeneró en una de sus peleas más violentas. Después de la consiguiente reconciliación y del inevitable período de inercia moral, Gloria comprendió que Anthony había matado el proyecto. Ninguno de los dos mencionó jamás la posibilidad de que la propuesta de Bloeckman no fuera en absoluto desinteresada, pero los dos sabían que se hallaba detrás de las objeciones de Anthony.

En abril Estados Unidos declaró la guerra a Alemania. Wilson y su gabinete —un gabinete que por su vulgaridad recordaba curiosamente a los doce apóstoles— soltaron los artificialmente hambrientos perros de la guerra, y la prensa empezó a

gritar históricamente contra la siniestra moral, la siniestra filosofía y la siniestra música producida por el temperamento teutónico. Los que se consideraban a sí mismos particularmente tolerantes hacían la sutil distinción de que era tan solo el gobierno alemán lo que provocaba su histeria; el resto se excitaba hasta lograr un estado de nauseabunda indecencia. Cualquier canción que incluyera la palabra «madre» y la palabra «káiser» tenía asegurado un éxito tremendo. Por fin todo el mundo tenía algo de que hablar, y casi todos disfrutaban muchísimo, como si les hubiesen repartido papeles en una obra de teatro lúgubre y romántica.

Anthony, Maury y Dick mandaron solicitudes para ir a un campamento de formación de oficiales, y tanto Noble como Caramel se sentían extrañamente exaltados y libres de todo reproche; hablaban entre sí, como si todavía fuesen estudiantes de universidad, de que la guerra era una excusa y una justificación para los aristócratas, e inventaban una imposible casta de oficiales, compuesta, al parecer, fundamentalmente, por los antiguos alumnos con más personalidad de tres o cuatro universidades del este del país. A Gloria le parecía que bajo aquella gigantesca luz roja que iluminaba a toda América, incluso Anthony adquiriría un nuevo encanto.

El Décimo de Infantería, al llegar a Nueva York desde Panamá, se vio escoltado de salón en salón por patrióticos ciudadanos con gran desconcierto por su parte. Los militares procedentes de West Point empezaron a despertar interés por primera vez desde hacía años, y la impresión general era que todo resultaba glorioso, aunque todavía muy poco comparado con las cimas a las que se llegaría muy pronto, y que todo el mundo eran excelentes sujetos, y todas las razas, grandes razas —siempre con la excepción de los alemanes—, y en todos los estratos de la sociedad bastaba que los parias y los cabeza de turco se vistieran de uniforme para que familiares, examigos y completos desconocidos los perdonaran, los animaran y llorasen sobre su hombro.

Desgraciadamente, un médico de poca estatura pero muy preciso decidió que algo no andaba del todo bien con la presión arterial de Anthony. En conciencia no podía darle el pase para un campamento de formación de oficiales.

El laúd roto

Su tercer aniversario de boda pasó inadvertido y sin celebración alguna. Con el deshielo había llegado la tibieza de la primavera, que acabó derritiéndose en verano caluroso, hasta hervir por completo y evaporarse. En julio se presentó el testamento para su validación, y, al ser impugnado, el juez del tribunal testamentario le asignó un período de sesiones para la vista del juicio. El asunto se prolongó hasta septiembre, debido a la dificultad para designar un jurado imparcial, dadas las susceptibilidades

morales que entraban en juego. Para decepción de Anthony, cuando finalmente se pronunció el veredicto, fue en favor del testador, después de lo cual Mr. Haight notificó a Edward Shuttleworth que apelaría contra la sentencia.

Mientras el verano llegaba a su fin, Anthony y Gloria hablaron de las cosas que harían cuando el dinero fuese suyo, y de los sitios a los que irían después de la guerra, cuando estuviesen otra vez de acuerdo, porque los dos soñaban con una época futura en la que el amor, resurgiendo como el cisne de sus propias cenizas, viviera de nuevo en su misteriosa e insondable morada.

Anthony fue llamado a filas a principios de otoño, y el doctor que hizo el examen médico no habló para nada de una presión arterial demasiado baja. Todo resultó muy absurdo y triste cuando una noche le dijo a Gloria que, por encima de cualquier otra cosa, deseaba que lo mataran. Pero, como siempre, se compadecieron el uno del otro por las razones más absurdas en los momentos más inapropiados...

Decidieron que ella no fuera por el instante al campamento del sur donde iba destinado el contingente de Anthony. Gloria se quedaría en Nueva York para «usar el apartamento», ahorrar dinero y seguir de cerca la marcha del caso, pendiente ahora del tribunal de apelación, cuyo calendario de actuaciones, les explicó Mr. Haight, llevaba mucho retraso.

Su casi última conversación fue una absurda pelea sobre la adecuada división de sus ingresos; con una sola palabra cualquiera de los dos le hubiese dejado todo el dinero al otro. Típico del caos y confusión de sus vidas fue que la noche de octubre en que Anthony se presentó en Grand Central Station para hacer el viaje al campamento, Gloria llegara solo a tiempo de saludarlo por encima de las ansiosas cabezas de la multitud. A la luz mortecina de los andenes cubiertos, sus miradas se buscaron a través de un mar de histerismo, viciado por gemidos medrosos y el olor a pobreza de las mujeres. Ambos debieron de reflexionar sobre el daño que se habían hecho mutuamente, acusándose cada uno a sí mismo de trazar aquella pauta sombría que los dos se veían obligados a seguir trágica y oscuramente. Al final, la distancia fue creciendo hasta que les resultó imposible ver las lágrimas del otro.

Libro tercero

1. Un problema de civilización

AL oír una furiosa orden procedente de alguna fuente invisible, Anthony buscó a tientas sitio en el interior del vagón. Pensaba que por primera vez en más de tres años iba a estar lejos de Gloria. Lo irrevocable de la situación lo llenó de melancolía. Era su chica lo que dejaba atrás, la más encantadora del mundo.

Anthony creía que habían llegado a un arreglo financiero muy práctico: ella se quedaría con trescientos setenta y cinco dólares al mes —lo que no era demasiado, considerando que casi la mitad se iría en pagar el alquiler—, y él con cincuenta, como suplemento de su paga. No veía la necesidad de reservarse más: recibiría gratis comida, ropa y alojamiento, y los soldados rasos carecen de obligaciones sociales.

El vagón estaba abarrotado y la atmósfera demasiado cargada. Era del tipo conocido como clase económica, una especie de coche-salón de pacotilla, con suelo sin alfombrar y asientos de paja que necesitaban una buena limpieza. Anthony, sin embargo, se sintió aliviado. Vagamente había temido que hicieran el viaje hacia el sur en un vagón de mercancías, con ocho caballos en un extremo y cuarenta hombres en el otro. Había oído tantas veces la historia de «hommes 40, chevaux 8» que le resultaba ya confusa y de mal agüero.

Mientras avanzaba dando tumbos por el pasillo, con el macuto cuartelero colgado del hombro como una monstruosa salchicha azul, no vio sitios vacíos, pero al cabo de un momento reparó en un hueco ocupado por los pies de un siciliano muy moreno, de corta estatura, que, con el gorro calado hasta los ojos, estaba insolentemente repantigado en un rincón. Al detenerse Anthony a su lado levantó la vista para intimidarlo con un gesto ceñudo que sin duda había adoptado como defensa contra un mundo poblado de incógnitas. Cuando Anthony le preguntó con voz cortante si estaba ocupado el sitio, alzó los pies tan despacio como si fueran un paquete muy frágil, colocándolos cuidadosamente en el suelo. Sus ojos siguieron fijos en Anthony, que procedió a sentarse, desabrochándose la chaqueta del uniforme que le habían entregado el día antes en Camp Upton. Le rozaba a la altura de las axilas.

Antes de que Anthony pudiera examinar a los otros ocupantes de la sección, un joven alférez entró inesperadamente por un extremo del vagón y avanzó a buen paso

por el corredor, anunciando con voz pasmosamente desagradable:

—¡En este vagón no se puede fumar! ¡Prohibido fumar! ¡No fumen en este vagón!

Al desaparecer el oficial por el extremo opuesto, una docena de nubecillas de protesta se alzaron por todos lados.

—¡Caramba!

—¡Maldita sea!

—¿No se puede fumar?

—¡Eh, amigo, vuelva aquí otra vez!

—¿A qué demonios viene eso?

Dos o tres cigarrillos salieron disparados por las ventanillas abiertas. Otros siguieron dentro, aunque sus propietarios los mantuvieran relativamente escondidos. Desde distintos sitios y con tono jactancioso, o de burla, o de disposición sumisa, surgieron comentarios que enseguida se fundieron con el desganado silencio que todo lo llenaba.

El cuarto ocupante de la sección de Anthony alzó la voz de repente:

—Adiós, libertad —dijo con tono malhumorado—. Adiós todo menos ser el perro faldero de un oficial.

Anthony lo miró. Era un irlandés alto, con una expresión marcada por la indiferencia y el más absoluto desprecio. Sus ojos se posaron sobre Anthony, como si esperara una respuesta, y luego en los demás. Al recibir tan solo una mirada desafiante del italiano, lanzó un gruñido y escupió ruidosamente en el suelo como para justificar dignamente su vuelta al mutismo.

Pocos minutos después la puerta se abrió de nuevo y el alférez reapareció empujado por la misma ráfaga de viento oficial que parecía acompañarlo siempre, pero esta vez gritando algo distinto.

—¡De acuerdo, muchachos, fumen si quieren! ¡Ha sido mía la equivocación! ¡Pueden fumar, no hay inconveniente! ¡Soy yo el que se ha equivocado!

En esta ocasión Anthony pudo verlo con más calma. Era delgado y joven, pero estaba prematuramente descolorido; todo él parecía, como su propio bigote, un reluciente montón de paja. Tenía una barbilla algo débil que intentaba compensar con un ceño tan marcado como poco convincente, un ceño que Anthony relacionaría con los rostros de muchos jóvenes oficiales a lo largo de un año entero.

Inmediatamente todo el mundo se puso a fumar... tanto si con anterioridad habían tenido ganas de hacerlo como si no. El pitillo de Anthony contribuyó a espesar la neblina que parecía moverse de un lado para otro en nubes irisadas con cada movimiento del tren. La conversación, que había decaído entre las dos llamativas visitas del joven oficial, revivió ahora sin mucho entusiasmo; los reclutas que estaban al otro lado del pasillo empezaron a hacer torpes experimentos para determinar la

relativa comodidad de sus asientos de paja; dos partidas de cartas, desganadamente empezadas, atrajeron pronto a varios espectadores que ocuparon posiciones en los brazos de los asientos. Al cabo de unos minutos Anthony tomó conciencia de un persistente y molesto sonido: el insolente italiano de corta estatura se había quedado audiblemente dormido. Resultaba penoso contemplar a aquel protoplasma animado, al que tan solo la urbanidad sugería considerar como dotado de razón, encerrado en un vagón por una civilización incomprensible, y llevado a algún sitio para hacer algo muy vago, sin objeto, significado o importancia. Anthony dejó escapar un suspiro, abrió un periódico que no recordaba haber comprado, y se puso a leer aprovechando la débil luz amarillenta que alumbraba el vagón.

Las diez chocaron pesadamente con las once; las horas siguientes tropezaron y se enredaron y avanzaron más despacio.

Asombrosamente el tren se detenía en medio del campo en tinieblas, permitiéndose de cuando en cuando breves, engañosos movimientos hacia delante o hacia atrás y silbando ásperos himnos en la noche otoñal. Después de leer el periódico de cabo a rabo, editoriales, historietas ilustradas y poemas bélicos, Anthony reparó en un suelto de media columna que llevaba como encabezamiento Shakespeareville, Kansas. Al parecer, la Cámara de Comercio de Shakespeareville había mantenido recientemente un debate lleno de entusiasmo sobre si deberían conocerse a los soldados americanos como «hijos de Sam» o «luchadores cristianos». La idea le hizo sentir náuseas. Cerró el periódico, bostezó y dejó correr la imaginación. Se preguntó por qué Gloria habría llegado tarde. ¡Daba la impresión de haber pasado ya tanto tiempo...! Anthony notó de pronto la soledad como un dolor agudo. Trató de imaginar desde qué ángulo vería ella su nueva posición, qué sitio continuaría ocupando él en sus pensamientos. Aquella idea sirvió para deprimirlo aún más... abrió el periódico y se puso de nuevo a leer.

Los miembros de la Cámara de Comercio de Shakespeareville se habían decidido por los «muchachos de la libertad».

Durante dos días y dos noches el tren siguió traqueteando en dirección sur, haciendo misteriosas e inexplicables paradas en parajes a todas luces desiertos para luego atravesar ciudades importantes con un pomposo aire de apresuramiento. Los caprichos de aquel tren presagiaban para Anthony las excentricidades de toda administración militar.

En los desiertos donde se detenían les llegaba desde el furgón de equipajes el rancho de alubias y tocino que al principio Anthony fue incapaz de comer; se alimentó frugalmente con algo de chocolate con leche distribuido por la cantina de un pueblo. Pero al segundo día, la producción del furgón de equipajes empezó a parecerle sorprendentemente apetitosa. En la mañana del tercer día se extendió el rumor de que antes de una hora llegarían a su destino, Camp Hooker.

Dentro del vagón el calor se había hecho insoportable, y los reclutas estaban en mangas de camisa. El sol entraba por las ventanillas, un sol antiguo y cansado, amarillento como un pergamino, y deformado además al atravesar los cristales: quería entrar en triunfantes cuadrados y producía tan solo manchas alabeadas, pero, en cambio, su regularidad resultaba sobrecogedora, hasta el punto de que Anthony lamentaba no ser el eje de giro de todos aquellos insignificantes aserraderos y árboles y postes de telégrafos que danzaban tan deprisa a su alrededor. Afuera el sol descargaba sus agobiantes trémolos sobre caminos de color verde oliva y campos de algodón en barbecho, detrás de los cuales corría una desigual línea de bosques interrumpidos por salientes de roca gris. El primer término quedaba escasamente puntuado de miserables cabañas en pésimo estado de conservación, entre las cuales, de cuando en cuando, pasaba muy deprisa un ejemplar del lánguido campesinado de Carolina del Sur, o en otras ocasiones algún negro vagabundo de mirada perpleja y taciturna.

Luego los bosques desaparecieron y los reclutas se hallaron avanzando por un amplio espacio, semejante a la tostada corteza de una gigantesca tarta, adornada con el azúcar de lustre de una infinidad de tiendas de campaña formando figuras geométricas sobre su superficie. El tren se detuvo después de muchas vacilaciones; el sol y los postes de telégrafos y los árboles se desvanecieron; y el universo estuvo meciéndose cada vez más despacio hasta recuperar su aspecto acostumbrado, con Anthony Patch en el centro. Mientras los reclutas, cansados y sudorosos, se apresuraban a salir del vagón, Anthony advirtió ya el inolvidable aroma que impregna todo campamento permanente: el olor a basura.

Camp Hooker era un sorprendente y espectacular cáncer que sugería más o menos la siguiente apostilla: «Un poblado minero en 1870. La Segunda Semana». Estaba formado por un conglomerado de cabañas de madera y tiendas de color gris blancuzco, unidas mediante una red de caminos, con zonas para hacer la instrucción de suelo firme y color pardo, bordeadas de árboles. Aquí y allá se alzaban las casas de color verde del YMCA, oasis poco prometedores, con su olor a ropa interior húmeda y cabinas telefónicas cerradas... y frente a cada una de ellas había normalmente una cantina, rebosante de vida, indolentemente presidida por un oficial que, con la ayuda de una motocicleta con sidecar, conseguía de ordinario convertir sus deberes castrenses en agradable tertulia.

Por los polvorientos caminos cruzaban a gran velocidad los soldados del cuerpo de intendencia, igualmente provistos de motocicletas con sidecar. También iban o venían los generales en sus automóviles oficiales, deteniéndose de cuando en cuando para hacer ponerse firmes a pequeños destacamentos distraídos, para mirar ceñudamente a capitanes que marchaban al frente de sus compañías y, en fin, para marcar la pauta de la manera más pomposa posible, dentro del brillante juego de

ostentación que se estaba llevando a cabo triunfalmente por toda la zona.

Durante la primera semana, Anthony y los demás reclutas recién llegados encontraron todo su tiempo ocupado por una interminable serie de inoculaciones y exámenes médicos, y de ejercicios preliminares de instrucción. El joven Patch acababa todos los días desesperadamente cansado. Las botas que le entregó un popular sargento de intendencia, persona descuidada, le estaban pequeñas y el resultado era que se le hinchaban tanto los pies que las últimas horas de la tarde se convertían en insoportable tortura. Por primera vez en su vida podía echarse en la litera entre la comida y el toque de llamada para los ejercicios de la tarde y, con la impresión de hundirse cada vez más en una cama sin fondo, dormirse inmediatamente, mientras el ruido y las risas a su alrededor se difuminaban hasta transformarse en el agradable zumbido de una soñolienta tarde de verano en el campo. Por las mañanas se despertaba con agujetas y lleno de dolores, tan falto de consistencia como un fantasma, y corría a reunirse con otras figuras fantasmales que pululaban por la descolorida calle de la compañía, mientras una agria corneta alzaba al cielo gris sus agudos y tartamudos chillidos.

Anthony formaba parte de una compañía de infantería con dotación mínima: unos cien hombres aproximadamente. Después del invariable desayuno de bacon demasiado grasiento, tostada fría y copos de maíz, el centenar de hombres se precipitaba sobre las letrinas, que, por muy bien que se limpiaran, siempre resultaban intolerables, como los retretes de los hoteles baratos. Luego salían al aire libre con muy poca marcialidad: el recluta lisiado que iba a la izquierda de Anthony desfigurando grotescamente los desgastados esfuerzos del joven Patch para no perder el paso, y los sargentos de pelotón alardeando exageradamente para impresionar a oficiales y reclutas, o, por el contrario, muy pegados a la línea de marcha, evitando al mismo tiempo el excesivo gasto de energías y la innecesaria visibilidad.

Cuando llegaban al campo de entrenamiento el trabajo comenzaba inmediatamente: se quitaban la camisa para hacer gimnasia. Era la única parte del día en que Anthony disfrutaba. El teniente Kretching, que dirigía los ejercicios, era nervudo y musculoso, y Anthony repetía sus movimientos fielmente, con la sensación de estar haciendo algo de positiva utilidad personal. Los otros oficiales y sargentos se paseaban entre los reclutas con malevolencia de colegiales, agrupándose alrededor de algún desgraciado, falto de control muscular, dándole al mismo tiempo órdenes y consejos que le desorientaban. Cuando descubrían ejemplares especialmente calamitosos y mal alimentados, se quedaban allí durante toda la media hora haciendo comentarios hirientes y riéndose entre ellos.

Un oficial bajito llamado Hopkins, que había sido sargento en el ejército regular, resultaba particularmente molesto. Consideraba la guerra un regalo que los dioses le habían hecho para que pudiera vengarse, y la preocupación constante de sus arengas

era que los novatos se dieran cuenta de la enorme gravedad y responsabilidad de «la milicia». Consideraba que mediante una combinación de prudencia e intrépida eficiencia había logrado elevarse hasta la situación de magnificencia que ahora ocupaba, y se esforzaba por imitar las peculiares tiranías de todos los oficiales bajo cuyo mando había servido en tiempos pretéritos. Su entrecejo estaba permanentemente fruncido, y antes de dar a un soldado el pase para ir a la ciudad, pesaba sesudamente el efecto de aquella ausencia sobre la compañía, sobre el ejército, y sobre la prosperidad de la profesión militar en todo el mundo.

El teniente Kretching, rubio, obtuso y flemático, se encargó tediosamente de dar a conocer a Anthony los problemas del firmes, izquierda, derecha, media vuelta y en su lugar descansan. Su principal defecto era la falta de memoria. Con frecuencia dejaba a la compañía en posición de firmes durante cinco minutos —con todos los músculos en tensión y doloridos—, mientras él explicaba un nuevo movimiento. El resultado era que solo los hombres del centro sabían de qué se trataba, ya que los componentes de los dos extremos tenían muy grabada la necesidad de mirar al frente en la posición de firmes.

La instrucción continuaba hasta el mediodía, y consistía en hacer hincapié en una sucesión de detalles infinitamente desprovistos de interés, y aunque Anthony se daba cuenta de que esto se hallaba de acuerdo con la lógica de la guerra, no por ello dejaba de irritarle. Que la misma deficiente presión sanguínea impropia de un oficial no entorpeciera en absoluto los deberes de un soldado raso era una absurda incongruencia. A veces, después de escuchar una larga filípica relacionada con un tema muy aburrido y a todas luces absurdo conocido como «cortesía» militar, Anthony sospechaba que el oculto propósito de la guerra era permitir que los oficiales del ejército regular —hombres con mentalidad y aspiraciones de colegiales— pudieran participar en una verdadera matanza. ¡Estaba siendo grotescamente sacrificado a los veinte años de paciencia de un Hopkins!

De sus tres compañeros de tienda —un objetor de conciencia de Tennessee con la cara muy plana, un polaco muy voluminoso y asustado, y el desdeñoso celta que iba a su lado en el tren—, los dos primeros pasaban las últimas horas de la tarde escribiendo eternas cartas a sus casas, mientras el irlandés se sentaba junto a la puerta silbándose una y otra vez a sí mismo media docena de estridentes y monótonos cantos de aves. Más por evitar su compañía que con la esperanza de divertirse, Anthony se fue a la ciudad cuando les levantaron la cuarentena al cabo de una semana. Se montaba en cualquier coche destartado del enjambre que todas las tardes inundaba el campamento, y que media hora más tarde lo dejaba delante del hotel Stonewall en la calurosa y somnolienta calle Mayor.

Bajo la luz del crepúsculo la ciudad resultaba inesperadamente atractiva. Las aceras estaban pobladas de chicas con vestidos de brillantes colores, demasiado

maquilladas que parloteaban incansables en voz baja e indolente; de docenas de taxistas que asaltaban a los oficiales que pasaban con «Lo llevo a cualquier sitio, teniente», y de una intermitente procesión de negros andrajosos, serviles y de andares pausados. Anthony, vagabundeando por aquella cálida penumbra, sintió por primera vez en años la lenta y erótica respiración del sur, palpable en la tibia suavidad del aire, el adormecerse del pensamiento y el lento transcurrir de las horas.

Había recorrido alrededor de una manzana cuando se vio detenido por una áspera voz de mando.

—¿No lo han enseñado a saludar a los oficiales?

Anthony se volvió aturdido hacia el hombre que le dirigía la palabra, un corpulento capitán de pelo negro, que lo miraba amenazadoramente con unos ojos castaños a punto de salirse de las órbitas.

—¡Cuádrese! —La voz resonó literalmente como un trueno. Algunos peatones se detuvieron a mirar. Una muchacha de ojos dulces y vestido color lila se volvió hacia su amiga riendo con disimulo.

Anthony se cuadró.

—Déme su regimiento y compañía.

Anthony se los dio.

—¡A partir de ahora, cuando se cruce en la calle con un oficial, cuádrese y saludelo!

—De acuerdo.

—Diga «Sí, mi capitán».

—Sí, mi capitán.

El oficial lanzó un gruñido, giró bruscamente y siguió calle abajo. Al cabo de un momento también Anthony echó a andar; la ciudad había dejado de ser indolente y exótica; la magia del crepúsculo se había esfumado por completo. Su mirada se interiorizó, advirtiendo la afrenta de que había sido objeto. Sintió un odio intenso contra aquel oficial, y contra todos los oficiales... la vida era insoportable.

Después de haber recorrido media manzana se dio cuenta de que la chica del vestido lila que se había reído de su desconcierto caminaba con su amiga unos diez pasos por delante de él. Se había vuelto varias veces para mirar a Anthony, con grandes ojos risueños que parecían del mismo color que su falda.

En la esquina ella y su acompañante redujeron visiblemente el paso: Anthony tenía que elegir entre reunirse con ellas o pasar de largo distraídamente. Después de adelantarlas, vaciló un momento y también disminuyó la velocidad. Las dos muchachas se pusieron enseguida a su altura riendo sin parar, pero no con la hilaridad estridente que Anthony hubiese esperado en el Norte por parte de cualquier actriz en aquella comedia tan familiar, sino con un suave murmullo, como el derramarse de una broma sutil con la que él se hubiese tropezado sin darse cuenta.

—Hola —dijo él.

Los ojos de la muchacha tenían la suavidad de las sombras. ¿Eran realmente de color violeta, o se trataba tan solo de un azul oscuro que se mezclaba con las grises tonalidades del crepúsculo?

—Una tarde muy agradable —se aventuró a decir Anthony, bastante inseguro.

—Sí que lo es —dijo la otra chica.

—Para usted no ha sido muy agradable —comentó con un suspiro la muchacha del vestido lila. Su voz parecía tan parte de la noche como la brisa soñolienta que agitaba el ala ancha de su sombrero.

—Había que darle una oportunidad para presumir —dijo Anthony con una risa desdeñosa.

—Supongo que sí —reconoció ella.

Doblaron la esquina y avanzaron lánguidamente por una calle lateral como siguiendo un cable a la deriva al que estuviesen atados. En aquella ciudad parecía completamente natural doblar esquinas, así como parecía natural no dirigirse hacia ningún sitio en particular, ni pensar en nada... La calle lateral estaba a oscuras, vástago repentino de un distrito de setos de escaramujo y casitas silenciosas muy retiradas de la calle.

—¿Adónde van ustedes? —preguntó Anthony cortésmente.

—Vamos, simplemente. —La respuesta era una disculpa, una pregunta y una explicación.

—¿Me permiten acompañarlas?

—Supongo que sí.

Era una ventaja que su acento fuera diferente. Anthony no hubiese sido capaz de determinar la posición social de una sureña por su manera de hablar; en Nueva York una chica de clase baja tendría un acento áspero, insoportable... excepto a través del rosado cristal de la embriaguez.

Se estaba echando encima la oscuridad. Sin hablar apenas. —Anthony haciendo preguntas más corteses que interesadas, las otras dos con provinciana economía de frase y significado— siguieron paseando hasta cruzar otra esquina y también la siguiente. En mitad de una manzana se detuvieron bajo un farol.

—Yo vivo cerca de aquí —explicó la otra chica.

—Y yo en la calle de atrás —dijo la muchacha del vestido lila.

—¿Me permite acompañarla a su casa?

—Hasta la esquina, si quiere.

La otra chica se alejó unos pasos. Anthony se quitó el gorro.

—Lo que tiene que hacer es saludar — dijo riendo la muchacha del vestido lila—. Todos los soldados saludan.

—Ya aprenderé —respondió él tranquilamente.

—Bueno —dijo la otra chica. Luego dudó un momento y añadió—: Llámame mañana, Dot — apartándose del círculo amarillo del farol. Anthony y la muchacha del vestido lila recorrieron en silencio las tres manzanas que los separaban de la destartada casita que era el hogar de Dot. Delante del porche de madera ella vaciló un momento.

—Bueno... gracias.

—¿Tiene usted que irse tan pronto?

—Debo hacerlo.

—¿No puede pasear un poco más?

Ella lo miró fríamente.

—Ni siquiera lo conozco.

Anthony se echó a reír.

—Todavía no es muy tarde.

—Será mejor que entre en casa.

—Pensaba que quizá pudiéramos ir a ver una película.

—Me gustaría.

—Luego puedo traerla a casa. Tengo tiempo suficiente. No hace falta que esté en el campamento antes de las once.

Se había hecho tan de noche que apenas podía verla ya. La muchacha no era más que un vestido apenas agitado por el viento y dos ojos brillantes que tenían algo de temerario.

—¿Por qué no quieres venir? ¿No te gusta el cine? Anda, ven.

Dot movió la cabeza.

—No debería.

A Anthony le gustaba la chica, y se daba cuenta de que se resistía para causarle buen efecto. Se acercó más y le cogió una mano.

—¿Aunque estemos de vuelta para las diez? ¿Nada más que ver la película?

—Bueno... imagino que sí...

Cogidos de la mano regresaron hacia el centro por una calle oscura donde un negro, vendedor de periódicos, anunciaba una edición extraordinaria con la típica cadencia exigida por la tradición local, una cadencia tan musical como una canción.

Dot

Las relaciones de Anthony con Dorothy Raycroft fueron resultado inevitable de su creciente negligencia consigo mismo. No se acercó a ella ansioso de poseer lo deseable, ni sucumbió ante una personalidad más vital, más fuerte que la suya, como

le había sucedido con Gloria cuatro años antes. Simplemente fue dejándose llevar por su incapacidad para tomar decisiones concretas. No sabía decir «¡No!» ni a los hombres ni a las mujeres; tanto el que venía a pedirle dinero como la que solicitaba su afecto se encontraban con un Anthony idealista y dócil. De hecho, raras veces tomaba decisiones, y cuando lo hacía no eran más que resoluciones medio histéricas, formuladas en los momentos de pánico provocados por algún horrorizado e irreparable despertar.

Lo que en esta ocasión le llevó a ceder fue la necesidad que sentía de estímulos exteriores. Tenía la impresión de que por primera vez en cuatro años iba a poder expresarse e interpretarse de nuevo a sí mismo. Aquella muchacha prometía tranquilidad; las horas que pasaba todas las tardes en su compañía aliviaban el enfermizo e inútil revolotear de su imaginación. Anthony se había convertido de verdad en un cobarde, en el absoluto esclavo de cien desordenadas ideas —constantemente al acecho—, puestas en libertad al desplomarse lo que hasta entonces había sido el carcelero jefe de su ineptitud: la auténtica devoción que Gloria le inspiraba.

Aquella primera noche, mientras se despedían junto al portón, Anthony besó a Dot y quedó en volver a verla el sábado siguiente. Luego regresó al campamento, y con la luz de la tienda ilegalmente encendida, escribió a Gloria una carta muy larga, una carta radiante, llena de oscuro sentimentalismo, del recordado hábito de las flores, de auténtica y extremada ternura: cosas que Anthony había aprendido de nuevo por un momento en un beso dado y recibido bajo la intensa y cálida luz de la luna una hora antes.

El sábado por la tarde Anthony encontró a Dot esperándolo a la entrada del cine Bijou. Iba vestida, como el miércoles anterior, con su vestido lila del más delicado organdí, aunque sin duda lo había lavado y almidonado desde entonces, porque estaba muy limpio y sin arrugas. La luz del día confirmó la primera impresión de Anthony: de una manera incompleta y algo superficial, Dot era bonita. Había frescura en ella, y aunque sus facciones fuesen pequeñas e irregulares, resultaban elocuentes y encajaban unas con otras. Era una florecilla oscura y perecedera, y sin embargo a Anthony le pareció que poseía cierta capacidad de discreción, cierta fuerza extraída de su pasiva aceptación de todas las cosas. En esto el joven Patch se equivocaba.

Dorothy Raycroft tenía diecinueve años. Su padre había regentado una tiendecita muy próspera en la esquina de la calle, y ella terminó —con notas muy bajas— sus estudios de bachillerato dos días antes de que él muriera. En el instituto Dot había llegado a tener bastante mala reputación. En realidad, su comportamiento durante la excursión que hicieron juntos todos los del curso no había pasado de indiscreto: desde un punto de vista técnico, Dot siguió siendo virgen hasta más de un año después. Se trataba del dependiente de una tienda en Jackson Street, y al día siguiente el

muchacho partió de manera imprevista hacia Nueva York. Llevaba tiempo pensando en marcharse, pero lo había ido retrasando hasta consumir su empresa amorosa.

Algo después Dorothy contó su aventura a una amiga, y terminada la confidencia, mientras la veía alejarse un relámpago de intuición que su historia iba a llegar a oídos de todo el mundo. Y, sin embargo, seguía sintiéndose mejor después de haberla contado, y hasta un poco cínica, y tuvo lo más parecido a un rasgo de carácter y conociendo a otro hombre con la honesta intención de disfrutar de nuevo. Por regla general a Dot le sucedían las cosas. No es que fuese débil, porque no había nada dentro de ella que le dijera que estaba siendo débil. Tampoco era fuerte, porque nunca supo que algunas de las cosas que hacían eran manifestaciones de valor. Dot no lanzaba desafíos, ni se ajustaba a las normas ni trataba de llegar a ninguna componenda.

Carecía de sentido del humor, pero gozaba en cambio de una manera de ser risueña que le permitía reírse en los momentos adecuados cuando estaba con hombres. Tampoco tenía intenciones definidas: a veces lamentaba vagamente que su reputación eliminara las posibilidades de situarse convenientemente. Y no es que su madre estuviese al tanto de sus amoríos: a mistress Raycroft solo le interesaba que su hija llegara puntualmente todas las mañanas a la joyería donde ganaba catorce dólares a la semana. Pero algunos de los muchachos que había conocido en el instituto pasaban sin saludarla cuando iban con «chicas decentes», y aquello la deprimía mucho. Cuando le sucedía una cosa así se iba a casa a llorar.

Además del dependiente de Jackson Street había habido otros dos hombres en su vida. El primero fue un oficial de la marina que pasó por la ciudad durante los primeros días de la guerra. Se había quedado una noche para establecer un contacto y estaba sin hacer nada, recostado contra una de las columnas del hotel Stonewall, cuando Dot pasó por allí. El oficial se quedó cuatro días más. Ella creyó amarle, y derrochó en él toda la primera histeria de la pasión que hubiera correspondido al pusilánime dependiente de Jackson Street. El uniforme del oficial de la marina — había aún muy pocos en aquellos días— había obrado el milagro. Él se marchó con vagas promesas en los labios y, una vez en el tren, se alegró de no haberle dicho su verdadero nombre.

Dot superó la depresión que tuvo después arrojándose en los brazos de Cyrus Fielding, hijo de un comerciante local de ropa hecha, que la había saludado desde su coche un día cuando ella pasaba por la acera. Dot sabía perfectamente quién era. Si la muchacha hubiese nacido en un estrato social más alto, él la hubiese conocido antes. Como Dot había descendido un poco más, el círculo terminó por cerrarse. Al cabo de un mes él se marchó a un campamento militar, un poco asustado de la intimidad nacida entre los dos, y algo aliviado al advertir que el interés de Dot por él no era demasiado profundo y que no era del tipo de chicas que crean problemas. Ella tiñó de

romanticismo esta aventura, y su propia vanidad le inspiró la mentira piadosa de que era la guerra quien se había llevado a aquellos dos hombres. Sin embargo, llegó a preocuparle que en un espacio de ocho meses hubiese habido tres hombres en su vida. Pensó, con más miedo que asombro en el corazón, que muy pronto sería como aquellas «mujeres malas» de Jackson Street, a las que ella y sus amigas que mascaban chicle y lanzaban risitas todo el tiempo, habían ido a contemplar con ojos fascinados tres años antes.

Durante algún tiempo trató de tener más cuidado. Siguió permitiendo que los hombres «ligaran» con ella; les dejó que la besaran, e incluso que se tomaran por la fuerza algunas otras libertades, pero no añadió nuevos nombres a su trío de antiguos amantes. Al cabo de varios meses la firmeza de su decisión —o más bien la intensidad de sus miedos— se hallaba muy deteriorada. Se sentía cada vez más inquieta, viéndose adormilada al margen de la vida y del tiempo mientras pasaban los meses de verano. Los soldados que conocía o bien estaban claramente por debajo de ella o bien, de manera menos evidente, por encima de ella, en cuyo caso solo deseaban usarla como a un objeto; eran yanquis, ásperos y sin delicadeza, que aparecían en grandes grupos... Luego conoció a Anthony.

La primera tarde el joven Patch apenas había sido para ella algo más que una agradable cara triste, una voz, una manera de pasar el rato; pero cuando acudió a la cita del sábado lo miró ya con respeto. Descubrió que le gustaba. Sin darse cuenta veía sus propias tragedias reflejadas en la cara de Anthony.

Entraron de nuevo en el cine, y volvieron después a pasear por las calles oscuras y llenas de aromas, esta vez cogidos de la mano, hablando de cuando en cuando en voz baja. Luego cruzaron el portón, camino del diminuto porche...

—Me puedo quedar un rato, ¿verdad?

—¡Chiss! —susurró ella—, no podemos hacer ningún ruido. Madre está levantada leyendo Historias con chispa.

Como para confirmarlo, Anthony oyó dentro el débil crujido del papel al pasar alguien de página. Las ranuras de las contraventanas abiertas dejaban pasar barras horizontales de luz que creaban finas líneas paralelas sobre la falda de Dorothy. La calle estaba silenciosa con la excepción de un grupo en los escalones de la casa al otro lado de la calzada, que, de cuando en cuando, alzaban la voz en una suave canción humorística.

... Cuando despiertes tendrás todas las lindas casitas...

Luego, como si hubiese estado esperando su llegada sobre algún tejado cercano, la sesgada luz de la luna atravesó de pronto las enredaderas e hizo que el rostro de la muchacha tuviera el color de las rosas blancas.

La memoria de Anthony se puso en marcha con inusitada fuerza, y ante sus ojos cerrados se formó la imagen —tan nítida como un flash-back sobre una pantalla, y

surgida de cierta primaveral noche de deshielo, fuera del tiempo, en un semiolvidado invierno cinco años atrás— de otro rostro, radiante, parecido a una flor, vuelto hacia luces tan capaces de transformarlo como las mismas estrellas...

¡Ah, *la belle dame sans merci* que vivía en su corazón, y se le había dado a conocer en el transitorio esplendor de unos ojos oscuros en el Ritz-Carlton, o de una mirada incorpórea desde un carruaje en movimiento por los senderos del Bois de Boulogne! Pero aquellas noches eran tan solo parte de una canción, una magnificencia recordada... allí estaban otra vez las débiles brisas, las ilusiones, el eterno presente con su promesa de aventura romántica.

—¿Me quieres? —susurró ella—. ¿Me quieres?

El ensueño se había roto... los perdidos fragmentos de estrellas se convirtieron en simple luz, la música en el otro extremo de la calle se transformó en una nota única, en el plañido de las cigarras entre la hierba. Casi con un suspiro Anthony besó su boca encendida, mientras los brazos de Dot se alzaban hasta sus hombros.

El soldado

A medida que las semanas se secaban y se las llevaba el viento, los viajes de Anthony fueron ampliándose, y terminó por conocer el campamento y sus alrededores. Por primera vez en su vida estaba en constante contacto personal con los camareros a los que había dado propinas, con los taxistas que se habían llevado la mano a la gorra para saludarlo, los carpinteros, los fontaneros, los barberos y los granjeros que anteriormente solo se habían hecho notar por la obsequiosidad de sus genuflexiones profesionales. Durante los dos primeros meses en el campamento Anthony no llegó a mantener diez minutos seguidos de conversación con un hombre.

La ocupación de Anthony que figuraba en su hoja de servicios era «estudiante»; en el formulario original había escrito prematuramente «autor»; pero cuando sus compañeros le preguntaban a qué se dedicaba, decía habitualmente que era empleado de banco: si hubiese dicho la verdad (que no trabajaba) lo habrían mirado con desconfianza por ser miembro de las clases adineradas.

El sargento de su pelotón, Pop Donnelly, era un «viejo soldado» de pelo ralo, consumido por la bebida. Anteriormente Pop había pasado incontables semanas en prevención, pero recientemente, gracias a la urgente necesidad de instructores, se había visto elevado a su presente apogeo. Su tez estaba cubierta de cráteres, y presentaba una inconfundible semejanza con esas fotografías aéreas de «el campo de batalla en...». Una vez por semana se emborrachaba en la ciudad con aguardiente, volvía calmosamente al campamento y se derrumbaba sobre el catre; cuando salía a

formar con los demás al tocar diana, su parecido con una mascarilla mortuoria era realmente extraordinario.

Abrigaba la sorprendente creencia de que, con gran astucia, «se la estaba pegando» al gobierno: había pasado dieciocho años a su servicio por un sueldo insignificante, y pronto se retiraría (al llegar aquí Pop solía hacer un guiño) con la impresionante pensión de cincuenta y cinco dólares al mes. Él lo consideraba una estupenda jugarreta contra las docenas de oficiales que lo habían asustado y se habían reído de él desde que no era más que un campesino de Georgia de diecinueve años.

En aquel momento había dos tenientes en la compañía: Hopkins y el popular Kretching. A este último se le tuvo por buena persona y excelente líder hasta que un año después desapareció con mil cien dólares del fondo de intendencia y, como tantos otros líderes, resultó extraordinariamente difícil de seguir.

Finalmente se llegaba al capitán Dunning, dios de aquel reducido —aunque autosuficiente— microcosmos. Era un oficial de la reserva, nervioso, enérgico y entusiasta. Esta última cualidad se materializaba con frecuencia, tomando la forma visible de espuma blanca en las comisuras de su boca. Como la mayoría de las personas con mando, el capitán veía a sus soldados estrictamente desde delante, y ante sus ojos esperanzados la compañía parecía ser exactamente la excelente unidad que se merecía una guerra igualmente excelente. A pesar de su mucha ansiedad y ensimismamiento, se lo estaba pasando estupendamente.

Baptiste, el pequeño siciliano del tren, tuvo problemas con él la segunda semana de instrucción. El capitán había ordenado varias veces que los hombres estuviesen bien afeitados cuando formaban por las mañanas. Un día se descubrió una alarmante contravención de aquella regla, sin duda un caso de connivencia con los teutones: durante la noche, a cuatro hombres les había crecido pelo en la cara. El hecho de que tres de los cuatro apenas entendieran inglés hizo aún más clara la necesidad de una lección práctica, de manera que el capitán Dunning, sin dudarle un momento, envió a un voluntario a buscar una navaja. Después de lo cual, y para dejar a salvo la democracia, de las mejillas de tres italianos y un polaco se afeitó en seco media onza de pelo.

Fuera del mundo de la compañía se dejaba ver, de cuando en cuando, el coronel, un hombre corpulento, de dientes preparados para el gruñido, que circunnavegaba el campo de instrucción del batallón a lomos de un hermoso caballo negro. Era un graduado de West Point y, por mimetismo, un caballero. Tenía una mujer sin atractivo y él tampoco brillaba por su inteligencia; pasaba la mayor parte del tiempo en la ciudad aprovechándose de la privilegiada situación social de que el ejército disfrutaba en aquel momento. El último de todos era el general, que atravesaba las carreteras del campamento precedido por su bandera: una figura tan austera, tan remota, tan llena de magnificencia, que apenas resultaba comprensible.

Diciembre. Vientos refrescantes por la noche, y mañanas húmedas y frías en el campo de instrucción. A medida que desaparecía el calor, Anthony se descubría cada vez más contento de estar vivo. Sintióse extrañamente renovado en todo su cuerpo, tenía muy pocas preocupaciones y existía en el momento presente con una especie de satisfacción animal. No era que Gloria o la vida que Gloria representaba estuviera presente con menos frecuencia en sus pensamientos; era, simplemente, que su mujer se iba haciendo, día a día, menos real, y su contorno menos preciso. Durante una semana se escribieron apasionada, casi históricamente... luego, por acuerdo tácito, habían pasado a dos, y luego a una carta por semana. Gloria se aburría, según le contaba; si la brigada de Anthony se quedaba allí mucho tiempo, ella iría a reunirse con él. Mr. Haight iba a estar en condiciones de presentar un escrito más satisfactorio de lo que pensaba en un principio, pero probablemente la apelación no llegaría a juicio hasta el final de la primavera. Muriel se hallaba en Nueva York trabajando para la Cruz Roja. ¿Qué le parecería a Anthony si ella hiciese lo mismo? El problema era que según había oído, quizá tuviera que bañar negros con alcohol, y después de aquella noticia ya no se sentía tan patriótica. La ciudad estaba llena de soldados y había vuelto a encontrarse con muchos chicos a los que no había visto desde años atrás...

Anthony no quería que Gloria viniese al sur. Se dijo a sí mismo que las razones eran muchas. Él necesitaba descansar de ella y ella de él. Gloria se aburriría desmesuradamente en la ciudad, y solo podría ver a Anthony unas pocas horas al día. Pero en el fondo de su corazón temía que la verdadera causa fuese el atractivo que Dorothy tenía para él. De hecho, vivía en el constante terror de que Gloria se enterara de su aventura por alguna coincidencia o porque alguien fuese a contárselo expresamente. Al cabo de dos semanas de relaciones con Dot la conciencia de su propia infidelidad empezó a producirle momentos de angustia. Sin embargo, al terminar el trabajo de cada día era incapaz de sobreponerse a la tentación que lo sacaba de la tienda y lo llevaba hasta el teléfono del YMCA.

—Dot.

—¿Sí?

—Quizá pueda ir esta noche.

—Me alegro mucho.

—¿Te apetece escuchar mi espléndida elocuencia durante unas cuantas horas inolvidables?

—¡Muy gracioso! —Por un instante Anthony tuvo un recuerdo de cinco años atrás... Geraldine.

Luego añadió:

—Llegaré hacia las ocho.

A las siete estaba ya en un coche destartalado camino de la ciudad, donde cientos

de muchachitas sureñas esperaban a sus amantes en porches bañados por la luna.

Para entonces Anthony anhelaba ya sus tibios y dilatados besos, la sorprendente quietud de las miradas que le dirigía... las miradas más cercanas a la adoración que el joven Patch había inspirado nunca. Gloria y él habían sido dos iguales, entregándose sin pensar en dar las gracias o crearse obligaciones. Para aquella muchacha sus caricias eran un don inestimable. Llorando mansamente Dot le había confesado que él no era el primer hombre en su vida; había habido otro... Anthony dedujo que aquella relación había concluido casi antes de empezar.

De hecho, en lo que a él se refería, Dot decía la verdad. Se había olvidado del dependiente, del oficial de la marina, del hijo del comerciante de ropa hecha; se había olvidado de la intensidad de sus emociones, que es el verdadero olvido. Dot sabía que en otra existencia opaca e insustancial alguien la había poseído... era como algo que hubiese sucedido en sueños.

Anthony iba a la ciudad casi todas las noches. Ahora refrescaba demasiado para quedarse en el porche, de manera que la madre les cedía la diminuta sala de estar, con su docena de litografías en colores con marcos baratos, sus yardas y más yardas de flecos decorativos, y la cargada atmósfera de varias décadas de proximidad a la cocina. Entre los dos encendían el fuego y luego, feliz, incansable, Dot ponía en marcha el ritual del amor. Más tarde, al dar las diez, ella iba con él hasta la puerta, despeinada, y pálido el rostro sin cosméticos que aún se volvía más pálido bajo la blanca luz de la luna cuando brillaba plateada en el exterior; a veces caían lentamente unas tibias gotas, demasiado indolentes, casi, para llegar al suelo.

—Di que me quieres —susurraba ella.

—Claro que sí, niñita mía.

—¿De verdad soy una niña? —Esto con entonación casi anhelante.

—Nada más que una niñita.

Dot sabía vagamente de la existencia de Gloria. Le hacía sufrir pensar en ello, de manera que se la imaginaba altanera, orgullosa y fría. Había decidido que Gloria tenía que ser mayor que Anthony, y que no existía cariño entre marido y mujer. A veces se permitía soñar que después de la guerra Anthony conseguiría el divorcio y se casarían... pero esto nunca se lo decía a Anthony, apenas sabía por qué. Dot compartía la idea de sus compañeros del campamento de que el joven Patch era una especie de empleado de banco... le creía respetable y pobre. A veces decía:

—Si tuviese dinero, querido, te lo daría todo a ti... Me gustaría tener unos cincuenta mil dólares.

—Imagino que eso sería más que suficiente —replicaba Anthony.

En su carta de aquel día Gloria había escrito: «Supongo que si pudiéramos llegar a un acuerdo por un millón, quizá fuera mejor dar la autorización a Mr. Haight para que lo arreglara así. Pero, por otra parte, sería una pena...».

—... Podríamos tener un automóvil — exclamó Dot, en un último estallido triunfal.

Una ocasión solemne

El capitán Dunning se ufanaba de ser un gran conocedor de caracteres. Media hora de conversación con una persona le permitía situarla dentro de cierto número de sorprendentes categorías: tipo estupendo, buen hombre, persona lista, teórico, poeta e «inservible». Un día de principios de febrero hizo llamar a Anthony para que se presentara en la tienda de mando.

—Patch —dijo el capitán sentenciosamente—. Llevo varias semanas fijándome en usted.

Anthony se mantuvo erguido e inmóvil.

—Y creo que está en condiciones de llegar a ser un buen soldado.

Esperó a que disminuyera el agradable calor que sus palabras tenían lógicamente que haber provocado, y continuó:

—Esto no es un juego de niños —explicó, arrugando la frente.

Anthony se mostró de acuerdo con un melancólico «No, mi capitán».

—Es un juego de hombres... y necesitamos líderes. —Luego el punto culminante, rápido, seguro, eléctrico—: Patch, voy a hacerle cabo.

Al llegar este momento, Anthony debiera haberse tambaleado ligeramente, abrumado por tan gran honor. Iba a ser uno del cuarto de millón seleccionado para tan importante tarea. Estaría en condiciones de gritar la frase «¡Seguidme!» a otros siete hombres tan asustados como él.

—Usted parece ser un hombre de cierta educación —dijo el capitán Dunning.

—Sí, mi capitán.

—Eso está bien, eso está bien. La educación es una gran cosa, pero no deje que se le suba a la cabeza. Compórtese como hasta ahora y será un buen soldado.

Con estas palabras de despedida todavía resonando en sus oídos, el cabo Patch saludó, giró a la derecha, y abandonó la tienda.

Aunque la conversación divirtió mucho a Anthony, también generó la idea de que la vida sería más entretenida de sargento o, en el caso de que le hiciese el examen un médico menos exigente, de oficial. Sentía muy poco interés por el trabajo en la milicia que parecía desmentir la valentía de que alardeaba el ejército. En las revistas uno no se vestía con cuidado para tener buen aspecto, sino para no tenerlo malo.

Pero a medida que fue pasando el invierno —el breve invierno sin nieve, reconocible tan solo por las noches húmedas y los días lluviosos y frescos—,

Anthony llegó a maravillarse de lo deprisa que el sistema se había apoderado de él. Era soldado, y todos los que no eran soldados eran civiles. El mundo estaba dividido fundamentalmente en aquellos dos grupos.

Al joven Patch se le ocurrió que todas las clases fuertemente diferenciadas, como la clase militar, dividían a los hombres en dos tipos; los que eran como ellos, y los restantes. Para los clérigos, había clero y laicado; para los católicos había católicos y no católicos; para los negros, gente de color y blancos; para el preso estaban los encarcelados y los libres, y para el enfermo estaban los enfermos y los sanos... De manera que, sin pensar en ello una sola vez en toda su vida, Anthony había sido civil, laico, no católico, gentil, blanco, libre y con buena salud...

A medida que las tropas americanas se incorporaban a las trincheras francesas y británicas, el joven Patch empezó a encontrar los nombres de muchos exalumnos de Harvard entre las bajas recogidas en el Diario del Ejército y de la Marina. Pero a pesar de tanto sudor y de tanta sangre la situación parecía no haberse modificado, y él no veía posibilidad de que la guerra terminara en un futuro próximo. En las crónicas antiguas el ala derecha de un ejército siempre derrotaba al ala izquierda del otro, al mismo tiempo que el ala izquierda era vencida por la derecha del enemigo. Después de esto los mercenarios huían. Resultaba verdaderamente simple en aquellos días, casi como si todo estuviese arreglado de antemano...

Gloria escribía que estaba leyendo mucho. Qué desaguizado habían logrado hacer con sus vidas, decía ella. Encontraba tan pocas ocupaciones que se pasaba el tiempo imaginando lo diferentes que podrían haber resultado las cosas. Todo su entorno le parecía inseguro... y muy pocos años antes estaba convencida de tener todos los hilos en la mano...

En junio sus cartas se hicieron apresuradas y menos frecuentes. De repente dejó de mencionar la posibilidad de ir al sur.

Derrota

En el mes de marzo por los campos de los alrededores aparecieron ya jazmines y junquillos y manchas de violetas entre la hierba que el sol empezaba a calentar. Posteriormente Anthony recordaba sobre todo una tarde de tal lozanía y encanto mágico que, mientras calificaba los blancos en el foso del campo de tiro, estuvo recitando «Atalanta en Calydon» a un desconcertado polaco, al mismo tiempo que las balas cantaban, silbaban y estallaban por encima de sus cabezas.

«Cuando los lebreles de la primavera...»

¡Pam!

«Siguen las huellas del invierno...»

¡Sssss!

«La madre de los meses...»

¡Eh! ¡Vamos! ¡Señala un tres...!

En la ciudad las calles estaban otra vez envueltas en una atmósfera de somnolencia, y Anthony y Dot vagabundearon juntos por los sitios que habían recorrido el otoño anterior, hasta que el joven Patch empezó a sentir un suave afecto por aquel sur, un sur, al parecer, más cerca de Argel que de Italia, con desvanecidas aspiraciones que apuntaban, saltando hacia atrás sobre innumerables generaciones, hacia algún cálido y primitivo Nirvana, sin esperanzas ni preocupaciones. Allí se encontraba en todas las voces un acento de cordialidad, de comprensión. «La vida nos gasta a todos la misma broma, agradable y angustiosa al mismo tiempo», parecían decir con su grata y quejumbrosa cadencia, con aquella entonación que se alzaba hasta terminar en un indeciso tono menor.

Le gustaba la barbería, donde un muchacho pálido y demacrado lo saludaba siempre con un «¡Hola, cabo!» y después de afeitarse le repasaba minuciosamente la cabeza con una maquinilla para que el pelo mantuviera la longitud reglamentaria. Le gustaban los Johnston's Gardens donde iban a bailar, y donde un negro trágico tocaba al saxofón una música dolorida y anhelante que acababa convirtiendo aquel local de colores chillones en una jungla encantada de ritmos bárbaros y risas sofocadas, donde olvidar el monótono paso del tiempo con los suaves suspiros y tiernos susurros de Dorothy significaba el logro de todas las aspiraciones, la paz absoluta.

Había en el carácter de Dot una tendencia latente a la tristeza, un consciente evadirse de todo, con excepción de las placenteras menudencias de la vida. Sus ojos violeta parecían quedar insensibles durante horas cuando, despreocupada de todo, se tumbaba al sol como un gato. Anthony se preguntaba qué pensaría de ellos su cansada y apocada madre, y si en sus momentos de mayor lucidez llegaría incluso a imaginarse la relación que existía entre su hija y él.

Los domingos por la tarde salían a pasear por el campo, descansando de cuando en cuando sobre el musgo seco en la linde de un bosque. Allí se reunían los pájaros, y crecían las violetas y los cornejos de flores blancas; allí los árboles de hojas grises brillaban cristalinos y fríos, olvidados del calor embriagador que esperaba fuera; allí Anthony rompía a hablar, de manera intermitente, en un monólogo soñoliento, en una conversación sin importancia que no precisaba de respuestas.

Julio llegó abrasando la tierra. Al capitán Dunning se le ordenó que designara a uno de sus hombres para que aprendiese a herrar los caballos. El regimiento estaba aumentando el número de hombres en cada unidad hasta llegar a la dotación adecuada para entrar en acción, y el capitán necesitaba a la mayoría de los veteranos para que enseñaran a los nuevos a hacer la instrucción, de manera que escogió al

pequeño Baptiste, el italiano, del que le resultaba más fácil prescindir. El siciliano no había tenido nunca nada que ver con caballos. Su miedo empeoró la situación. Un día se presentó en la tienda de mando y le dijo al capitán que si no podían sustituirle prefería morir. Los caballos le coceaban, dijo; no servía para aquel trabajo. Finalmente se puso de rodillas y suplicó, en una mezcla de inglés chapurreado e italiano medieval, que le dieran otro destino. Llevaba tres días sin dormir; soñaba constantemente con monstruosos sementales que piafaban y hacían cabriolas.

El capitán Dunning regañó al escribiente de la compañía (que se había echado a reír) y le dijo a Baptiste que haría lo que pudiese. Pero después de considerarlo decidió que no podía prescindir de otro hombre mejor capacitado. El pequeño Baptiste fue de mal en peor. Los caballos parecían adivinar su miedo y aprovecharse de él. Dos semanas después una gran yegua negra le aplastó el cráneo de una coz cuando intentaba sacarla de su casilla en el establo.

A mediados de julio llegaron rumores, y después órdenes, relacionados con un cambio de campamento. La brigada iba a trasladarse a un acuartelamiento vacío, cien millas más al sur, para ser allí reforzada hasta transformarse en división. Al principio los hombres pensaron que salían para el frente, y durante toda la tarde parlotearon en grupitos delante de las tiendas de la compañía, gritándose unos a otros con aire fanfarrón: «¡Claro que nos vamos!». Cuando llegó a saberse la verdad, fue rechazada con indignación como una cortina de humo para ocultar su verdadero destino. Se deleitaron con su propia importancia. Aquella noche dijeron a sus chicas en la ciudad que «iban a por los alemanes». Anthony estuvo recorriendo los grupos durante un rato; luego se montó en uno de los viejos coches destartados y fue a decirle a Dot que se marchaba.

Ella estaba esperando en el porche en sombra, con un vestido blanco barato que realzaba su juventud y la dulzura de sus facciones.

—¡Te he deseado tanto, cariño! —susurró ella—. Durante todo el día.

—Tengo algo que decirte.

Ella lo hizo sentarse a su lado en el sofá-mecedora sin advertir su tono ominoso.

—Cuéntame.

—Nos marchamos la semana que viene.

Sus brazos, alzados en busca de los hombros de Anthony, se quedaron inmóviles en la oscuridad, y también su rostro, vuelto hacia arriba. Cuando habló, la dulzura había desaparecido por completo de su voz.

—¡A Francia!

—No. No tenemos tanta suerte. Nos vamos a un maldito campamento en Mississippi.

Dot cerró los ojos y Anthony notó que le temblaban los párpados.

—Mi querida Dot, la vida es demasiado dura.

Ella estaba llorando, apoyada en su hombro.

—Demasiado dura, demasiado dura —repitió él mecánicamente—; hiere a las personas una y otra vez hasta que ya no es posible herirlas más. Esa es la última cosa que hace y la peor de todas.

Frenética, llena de angustia, Dot le apretó contra su pecho.

—¡Dios mío! —susurró entrecortadamente—, no puedes marcharte y dejarme. Me moriré.

Anthony descubría por su parte la imposibilidad de que Dot aceptara su marcha como una desgracia común e impersonal. Estaba demasiado cerca de ella para hacer otra cosa que repetir «Pobrecita Dot. Pobrecita Dot».

—¿Y luego qué? —preguntó la muchacha con voz cansada.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú eres mi vida entera, eso es todo. Moriría por ti ahora mismo si me dijese que lo hiciera. Cogería un cuchillo y me mataría. No me puedes dejar aquí.

Su tono lo asustó.

—Estas cosas pasan —dijo él con voz tranquila.

—Entonces me voy contigo. —Le caían las lágrimas por las mejillas y le temblaba la boca, todo su ser atenazado por el dolor y el miedo.

—Mi dulce y querida niñita —murmuró él con voz llena de sentimentalismo—. ¿No ves que no haríamos más que retrasar algo que tiene que suceder inevitablemente? Me iré a Francia dentro de unos meses...

Dot se apartó de él y, apretando los puños, alzó la vista al cielo.

—Quiero morirme —dijo, como si estuviese moldeando cuidadosamente cada palabra dentro de su corazón.

—Dot —susurró él sintiéndose muy incómodo—, lo olvidarás. Las cosas resultan más dulces después de perderlas. Lo sé porque una vez quise algo y lo conseguí. Era la única cosa que había querido de verdad. Y cuando la tuve, quedó reducida a polvo entre mis manos.

—De acuerdo.

Absorto en sí mismo Anthony continuó:

—Con frecuencia he pensado que si no hubiera conseguido lo que quería, las cosas habrían sido diferentes. Quizá hubiese encontrado algo dentro de mí y habría disfrutado poniéndolo en circulación. Quizá me hubiese gustado cómo funcionaba, y mi vanidad se habría sentido complacida con el éxito. Imagino que hubo un momento en que pude haber tenido cualquier cosa que quisiera, dentro de ciertos límites, pero aquello fue lo único que quise con verdadera intensidad. ¡Cielos! Y eso me enseñó que no se puede tener nada, nada en absoluto. Porque el deseo nos engaña. Es como un rayo de sol saltando de aquí para allá en una habitación. De pronto se detiene y da brillo a algún objeto insignificante y nosotros, pobres estúpidos, tratamos de

cogerlo... luego, cuando el rayo de sol cambia de sitio, seguimos agarrados al objeto sin interés, pero el brillo que nos hizo desearlo ha desaparecido ya... —Anthony se detuvo, preocupado. Dot había dejado de llorar y estaba de pie arrancando las hojas de una oscura enredadera—. Dot...

—Vete —dijo ella con frialdad.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No son palabras lo que quiero. Si no tienes otra cosa que ofrecerme, es mejor que te vayas.

—Pero, Dot...

—Lo que para mí significa la muerte, para ti no es más que un montón de palabras. Sabes muy bien cómo usarlas para que resulten bonitas.

—Lo siento. Estaba hablando de ti, Dot.

—Vete de aquí.

Él se acercó con los brazos extendidos, pero ella lo rechazó.

—No quieres que vaya contigo —dijo ella con voz serena—; quizá vas a reunirte con esa... con esa chica... —No fue capaz de pronunciar la palabra esposa—. No tengo manera de saberlo. Si es así, está claro que has dejado de ser mi compañero. Así que vete.

Durante un momento, mientras se sentía dividido entre deseos y temores contradictorios, pareció ser aquella una de las raras ocasiones en que Anthony tendría que decidirse impulsado por un estímulo interior. El joven Patch vaciló un instante. Luego una ola de cansancio se estrelló contra él. Era demasiado tarde... era demasiado tarde para todo. Durante años había soñado para alejarse de la realidad, basando sus decisiones en emociones tan inestables como el agua. La muchachita del vestido blanco lo dominó al acercarse a la belleza con la compacta simetría de su deseo. El fuego que ardía en su ignorante y herido corazón parecía brillar en torno suyo como una llama. Con una especie de hondo e insospechado orgullo había logrado distanciarse, consiguiendo con ello su propósito.

—No era... mi intención parecer tan insensible, Dot.

—Es igual.

El fuego derribó a Anthony. Algo le desgarró las entrañas y se encontró inerme y vencido.

—Ven conmigo, mi pequeña y querida Dot. Ven conmigo, no sería capaz de dejarte ahora...

Con un sollozo ella lo rodeó con sus brazos, apoyándose en él, mientras la luna, atenta a su sempiterno trabajo de disimular el feo aspecto del mundo, derramaba su espúrea miel sobre la calle soñolienta.

La catástrofe

Primeros de septiembre en Camp Boone, en el estado de Mississippi. La oscuridad, poblada de insectos, se estrellaba contra el mosquitero bajo cuya protección Anthony estaba tratando de escribir una carta. Desde la tienda de al lado le llegaba una conversación intermitente ligada a una partida de póquer y, en el exterior, un soldado se paseaba por la calle de la compañía cantando una copla chabacana de moda en aquel momento: «Ka-a-a-Katy».

Haciendo un esfuerzo Anthony se incorporó sobre un hombro y, lápiz en mano, contempló la hoja de papel en blanco. Luego, prescindiendo de cualquier encabezamiento, empezó:

No se me ocurre ninguna explicación a lo que está pasando, Gloria. Hace dos semanas que no he tenido noticias tuyas y es lógico que me preocupe...

Tiró la hoja con un gruñido de desagrado y empezó de nuevo:

No sé qué pensar, Gloria. Han pasado ya dos semanas desde que recibí tu última carta, breve, fría, sin una palabra de afecto, y en la que ni siquiera me contabas a grandes rasgos lo que has estado haciendo. No tiene nada de extraño que me haga preguntas. Si tu amor por mí no está completamente muerto, deberías evitar al menos que me preocupe innecesariamente...

De nuevo arrugó la cuartilla y la tiró enfadado a través de una desgarradura de la pared de la tienda, dándose cuenta al mismo tiempo de que tendría que recogerla por la mañana. Anthony se sentía muy poco inclinado a intentarlo de nuevo. No conseguía poner calor en sus palabras, tan solo celos y sospechas constantemente renovados. Desde mediados de verano las omisiones en la correspondencia de Gloria se habían ido haciendo cada vez más llamativas. Al principio Anthony apenas las había notado. Estaba tan acostumbrado a los rutinarios «queridísimo» y «cariño» repartidos por todas sus cartas que no advertía su presencia o ausencia. Pero durante los últimos quince días se había ido dando cuenta de manera cada vez más clara de que algo no marchaba bien.

Había mandado un telegrama a Gloria anunciándole que había aprobado el examen para trasladarse a un campamento de formación de oficiales, y que esperaba salir muy pronto camino de Georgia. Gloria no le contestó. Anthony le puso otro telegrama... al no recibir respuesta supuso que quizá hubiese salido de Nueva York. Pero no pudo por menos de pensar una y otra vez que no había abandonado la ciudad, y se vio atacado por una plaga de enloquecidas suposiciones. Gloria, por ejemplo, aburrida e inquieta, podía haber encontrado a alguien, igual que le había sucedido a él. Aquella idea bastó para aterrorizarlo... sobre todo porque se había sentido tan seguro de la integridad personal de su mujer que apenas había pensado en ella durante todo el año. Y ahora, al nacer la duda, las antiguas rabias, las ansias de

posesión, se abalanzaban sobre él a millares. ¿No era lógico que Gloria se hubiese enamorado de nuevo?

Recordó a la Gloria que había prometido que si alguna vez quería algo, lo tomaría, insistiendo en que, dado que obraría enteramente para satisfacción propia, podría terminar la aventura sin desdoro; lo que contaba, en cualquier caso, era solo el efecto sobre la mente de una persona, había dicho Gloria, y su reacción sería la masculina, de saciedad e incluso de vaga repugnancia.

Pero eso había sido de recién casados. Después, con el descubrimiento de que podía estar celosa de Anthony, Gloria —al menos exteriormente— había cambiado de idea. No existía ningún otro hombre en el mundo para ella. Esto Anthony había llegado a saberlo sin la menor posibilidad de duda. Convencido de que la exigente manera de ser de su esposa bastaría para que se contuviera, Anthony había descuidado la tarea de conservar en su integridad el amor de Gloria, que; después de todo, era la piedra angular de toda su estructura vital.

Mientras tanto había mantenido a Dot durante todo el verano en una pensión de la ciudad. Para hacerlo se había visto obligado a escribir a su agente de bolsa pidiéndole dinero. La muchacha ocultó el viaje hacia el sur marchándose de su casa un día antes de que la brigada levantara el campamento, e informando a su madre mediante una nota de que se iba a Nueva York. La tarde del siguiente día Anthony se presentó en la ciudad como si fuese a verla. Mistress Raycroft se hallaba en un estado de total postración y en la sala de visitas había un policía que procedió a interrogarla; Anthony logró a duras penas no verse mezclado en la desaparición de la muchacha.

En septiembre, con las sospechas acerca de Gloria, la compañía de Dot se le hizo primero tediosa y luego casi insufrible. Anthony estaba nervioso e irritable por falta de sueño y se sentía lleno de angustia y de temor. Tres días antes había ido a ver al capitán Dunning para pedirle un permiso sin conseguir otra cosa que buenas palabras. La división iba a salir para Europa, mientras que Anthony se trasladaría a un campamento de formación de oficiales; los permisos que pudieran darse había que reservarlos para los hombres que abandonaban el país.

Ante esta negativa Anthony se había dirigido a la oficina de telégrafos, dispuesto a poner un cable a Gloria para que viniera al sur... al llegar a la puerta retrocedió desalentado, al comprender lo irrazonable de semejante medida. Luego había pasado la tarde descargando con Dot su malhumor, y regresado al campamento lleno de irritación contra el mundo en general. Habían tenido una escena muy desagradable, y Anthony acabó marchándose de repente. Lo que hubiese que hacer con Dot no parecía preocuparle de una manera vital en el momento presente; estaba totalmente enfrascado en el descorazonador silencio de su mujer...

La puerta de la tienda se trianguló de pronto sobre sí misma, y una cabeza morena se recortó contra la oscuridad de la noche.

—¿Sargento Patch? —El acento era italiano, y Anthony descubrió por el cinturón que se trataba de un ordenanza del cuartel general de la división.

—¿Me busca a mí?

—Una señora llamó al cuartel general hace diez minutos. Dijo que tenía que hablar con usted. Muy importante.

Anthony apartó el mosquitero y se puso en pie. Podía ser un cable de Gloria transmitido por teléfono.

—Dijo que lo buscáramos. Que volvería a llamar a las diez.

—De acuerdo, gracias. —Anthony cogió su gorro y un momento después caminaba a buen paso junto al ordenanza en la cálida oscuridad que casi resultaba asfixiante. En la cabaña del cuartel general saludó al soñoliento oficial de guardia.

—Siéntese y espere —sugirió el otro con aire indiferente—. La chica parecía muy ansiosa de hablar con usted.

Las esperanzas de Anthony se desvanecieron.

—Muchas gracias, mi teniente. —Y antes casi de que empezara a sonar el teléfono supo ya quién lo llamaba.

—Soy Dot —la voz sonaba muy insegura—, tengo que verte.

—Ya te he dicho que no podré ir durante varios días.

—Necesito verte esta noche. Es importante.

—Es demasiado tarde —dijo él fríamente—; son las diez y he de estar de vuelta en el campamento para las once.

—Está bien. —Había tanto sufrimiento encerrado en aquellas dos palabras que Anthony sintió algo de remordimiento.

—¿Qué sucede?

—Quería decirte adiós.

—¡No digas tonterías! —exclamó él. Pero se sintió más animado. ¡Sería estupendo que Dot dejara la ciudad aquella misma noche! ¡Qué peso se le quitaría de encima! Pero dijo—: No puedes marcharte hasta mañana.

Con el rabillo del ojo vio que el oficial de guardia lo miraba con irónica curiosidad. Luego, inesperadas, le llegaron las siguientes palabras de Dot:

—No me refiero a «irme» de esa manera.

Anthony apretó el auricular con fuerza. Notó que los nervios se le enfriaban como si el calor estuviese abandonando su cuerpo.

—¿Cómo?

Luego, muy deprisa y con voz entrecortada, la oyó decir:

—¡Adiós, cariño, adiós!

¡Click! Dot había colgado el teléfono. Dejando escapar un sonido que era mitad jadeo y mitad grito; Anthony abandonó el edificio del cuartel general. Una vez fuera, bajo las estrellas que colgaban como adornos de plata entre los árboles del

bosquecillo, se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. ¿Estaría pensando en suicidarse? ¡La muy estúpida! Se sintió lleno de un intenso odio contra ella. Ante semejante desenlace le resultaba imposible aceptar que él hubiese iniciado aquel enredo, aquel lío, aquella sórdida mezcolanza de angustia y de dolor.

Al cabo de un momento descubrió que se estaba alejando lentamente, repitiendo una y otra vez que era inútil preocuparse. Lo mejor que podía hacer era volver a su tienda y dormir. Necesitaba dormir. ¡Dios santo! ¿Volvería a dormir alguna vez? Su mente no era más que un confuso clamor; al llegar a la carretera giró en redondo presa del pánico y echó a correr: no en dirección a la compañía, sino alejándose de ella. Otros soldados volvían ya de la ciudad... no le costaría trabajo encontrar un coche. Al cabo de un minuto dos ojos amarillos aparecieron en una curva. Anthony corrió hacia ellos con todas sus fuerzas.

—¡Taxi! ¡Taxi...! —Era un Ford vacío—. Quiero ir a la ciudad.

—Le costará un dólar.

—De acuerdo, pero haga el favor de darse prisa...

Después de un tiempo que se le antojó interminable, Anthony subió corriendo los escalones delante de una oscura casita destartalada, y al atravesar la puerta casi derribó a una negra inmensa que avanzaba por el vestíbulo con una vela en la mano.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó con el rostro desencajado.

—Se ha acostado.

Escaleras arriba, de tres en tres, y luego hasta el fondo del decrepito pasillo. La habitación estaba a oscuras y en silencio. Anthony encendió una cerilla con dedos temblorosos. Dos ojos muy abiertos lo miraron desde el revoltijo de ropas de la cama.

—Sabía que vendrías —murmuró ella entrecortadamente.

Anthony palideció de indignación.

—Así que no era más que una treta para hacerme venir, ¡para crearme dificultades! —dijo—. ¡Maldita sea!, has gritado «¡Que viene el lobo!» más veces de la cuenta.

Ella lo miró con aire lastimero.

—Tenía que verte. No hubiese podido seguir viviendo. Tenía que verte...

Anthony se sentó en el borde de la cama y movió después la cabeza.

—No eres buena —dijo terminantemente, hablando sin darse cuenta como Gloria podría haberlo hecho con él—. No es justo que me hagas una cosa así.

—Acércate más. —Dijera lo que dijese, Dot ahora se sentía feliz. Anthony se preocupaba por ella. Había logrado traerlo a su lado.

—Dios del cielo —dijo Anthony desesperanzado. A medida que la ola de cansancio avanzaba inexorablemente, su indignación se iba calmando y retrocediendo hasta esfumarse. Repentinamente rompió en sollozos, mientras se dejaba caer en la cama junto a Dot.

—Querido —le suplicó ella—. ¡No llores! ¡No llores, por favor!

Apoyó la cabeza de Anthony contra su pecho y lo consoló, mezclando sus lágrimas de alegría con las de él, llenas de amargura. Con una mano lo acarició suavemente.

—Soy una estúpida —murmuró contrita—, pero te quiero, y cuando me tratas con frialdad tengo la impresión de que no merece la pena seguir viviendo.

Después de todo, aquello era paz: la habitación en silencio con olor a perfume y a polvos de mujer, la mano de Dot tan suave como una brisa cálida en sus cabellos, el subir y bajar de su pecho cuando respiraba... por un momento fue como si Gloria estuviese allí, como si él descansara en un hogar más grato y mejor protegido que ninguno de los que había conocido.

Pasó una hora. Un reloj de pared empezó a sonar en el vestíbulo. Anthony se incorporó de un salto y miró las manecillas fosforescentes de su reloj de pulsera. Eran las doce.

Le costó trabajo encontrar un taxi que lo llevara tan tarde al campamento. Mientras le pedía al conductor que fuese más deprisa, Anthony meditaba sobre el mejor método de entrar en el recinto militar. Había llegado varias veces tarde en las últimas semanas, y sabía que si volvían a cogerlo era muy probable que tacharan su nombre de la lista de candidatos para oficiales. Se preguntó si no sería más conveniente despedir el taxi y probar fortuna pasando junto al centinela en la oscuridad. De todas formas, había oficiales que llegaban con frecuencia después de la medianoche...

—¡Alto! —La orden surgió del resplandor amarillo que los faros del coche derramaron sobre la carretera al cambiar de dirección. El taxista soltó el embrague, y se les acercó un centinela con el rifle terciado. Acompañándolo, desgraciadamente, iba el oficial de guardia.

—Llega tarde, sargento.

—Sí, mi teniente. Un imprevisto.

—Es una lástima. Tengo que apuntar su nombre.

Mientras el oficial esperaba, bloc y lápiz en la mano, unas palabras no del todo voluntarias se agolparon en los labios de Anthony, unas palabras nacidas del pánico, del aturdimiento, de la desesperación.

—Sargento R. A. Foley —respondió sin atreverse casi a respirar.

—¿Y la unidad?

—Compañía Q, del Ochenta y tres de Infantería.

—De acuerdo. Tendrá que seguir a pie, sargento.

Anthony saludó, pagó a toda prisa al taxista, y echó a correr en dirección al regimiento que había mencionado. Cuando perdió de vista al oficial de guardia cambió de rumbo y, con el corazón latiéndole furiosamente, regresó a su compañía,

convencido de haber cometido un error que iba a costarle caro.

Dos días después el oficial que estaba de comandante de la guardia aquella noche lo reconoció en una barbería de la ciudad. Anthony regresó al campamento custodiado por un policía militar; le degradaron a soldado raso sin juicio, y quedó confinado durante un mes dentro de los límites de su compañía.

Aquel golpe le causó un ataque agudo de depresión, y antes de que transcurriera una semana lo encontraron de nuevo en la ciudad, atontado por el alcohol y con una botella de *whisky* de fabricación ilegal en el bolsillo. Debido a su comportamiento un poco demencial durante el juicio, lo condenaron únicamente a tres semanas de reclusión.

Pesadilla

Casi desde el principio de su encierro fue creciendo en Anthony el convencimiento de que se estaba volviendo loco. Era como si dentro de su mente existiese cierto número de oscuras pero intensas personalidades —algunas familiares, otras extrañas y terribles—, mantenidas a raya por un pequeño celador que permanecía en alto en algún sitio y las vigilaba. Lo que ahora preocupaba a Anthony era que el celador estaba enfermo y se mantenía en su puesto con muchas dificultades. Si se rindiera, si vacilara un momento, saldrían a la luz todas aquellas cosas intolerables, y Anthony sabía muy bien la situación de negrura a la que podía llegar si lo peor de sí mismo campaba a sus anchas por los vericuetos de su mundo consciente.

Los días habían cambiado en cierto modo, y el calor era una especie de bruñida oscuridad que caía a plomo sobre la tierra devastada. Por encima de la cabeza de Anthony los círculos azules de ominosos soles desconocidos, de innumerables centros de fuego, giraban interminablemente, como si estuviera tumbado y constantemente expuesto a su luz abrasadora en febril estado comatoso. A las siete de la mañana algo fantasmal, algo casi absurdamente carente de realidad pero que él reconocía como su cuerpo mortal, salía con otros siete prisioneros y dos guardianes a trabajar en las carreteras del campamento. Un día cargaban y descargaban considerables cantidades de grava, la extendían y la rastrillaban; al día siguiente trabajaban con enormes barriles de alquitrán candente, cubriendo la grava con negros charcos relucientes de calor derretido. Por la noche, encerrado en prevención, Anthony yacía en su catre sin pensar, sin valor para hilar las ideas, contemplando las irregulares vigas del techo hasta las tres de la madrugada, cuando se hundía en un sueño intranquilo y con frecuentes interrupciones.

Durante las horas de trabajo Anthony se esforzaba en la tarea, lleno de inquietud,

tratando, a medida que el día avanzaba hacia la sofocante puesta de sol de Mississippi, de cansarse y conseguir así dormir profundamente por puro agotamiento físico... Luego, una tarde durante la segunda semana, tuvo la impresión de que dos ojos lo estaban vigilando desde un lugar muy próximo, detrás de uno de los guardianes. Esta sensación despertó en él una especie de terror. Se volvió de espaldas a los ojos y siguió echando paletadas febrilmente, hasta que no tuvo más remedio que dar la vuelta e ir en busca de más grava. Entonces los ojos entraron de nuevo en su campo de visión, y sus nervios, ya tensos, llegaron a un punto límite. Aquellos ojos lo miraban maliciosamente. Desde el silencio abrasador oyó pronunciar su nombre con entonación trágica, y la tierra se inclinó absurdamente atrás y adelante hasta llegar a una caótica mezcla de gritos y confusión.

Cuando recobró el conocimiento, Anthony estaba de nuevo en prevención, y los otros presos le lanzaban miradas de curiosidad. Los ojos no volvieron a aparecer. Pasaron muchos días antes de que se diese cuenta de que tenía que haber sido la voz de Dot, que lo había llamado, creando algún tipo de revuelo. Esto lo decidió inmediatamente antes de que expirara su sentencia, cuando se había desvanecido la pesada nube que lo oprimía, dejándolo en un profundo y desalentado aletargamiento. A medida que el mediador consciente —el celador que mantenía a raya la terrible colección de horrores— recuperaba fuerzas, Anthony se sentía más débil físicamente. Apenas fue capaz de mantenerse en pie durante los dos días de trabajo pesado que aún le quedaban, y cuando lo pusieron en libertad una tarde lluviosa y regresó a su compañía, nada más entrar en la tienda cayó en un sueño pesado del que despertó antes de amanecer, dolorido y con la sensación de no haber descansado en absoluto. Junto a su litera había dos cartas que llevaban algún tiempo esperándolo en el puesto de mando de la compañía. La primera era de Gloria, breve y fría:

* * *

La vista del pleito será a finales de noviembre. ¿No podrías conseguir un permiso?

He tratado de escribirte una y otra vez, pero al parecer mis intentos solo sirven para empeorar las cosas. Tengo que hablar contigo de varios asuntos, pero como bien sabes ya me has impedido en una ocasión que fuera a verte y no me siento inclinada a intentarlo de nuevo. Debido a ciertas cosas parece necesario que celebremos una conferencia. Me alegro mucho de tu nombramiento.

GLORIA

Anthony estaba demasiado cansado para tratar de entender... o para preocuparse. Las frases de Gloria, sus intenciones, quedaban ya muy lejos, en un pasado incomprensible. La segunda carta apenas la miró; era de Dot... unos garrapatos incoherentes, manchados de lágrimas, un diluvio de protestas, manifestaciones de cariño y muestras de dolor. Después de leer una página, dejó que la carta se le cayera de la mano y se adormeció para regresar a una nebulosa región interior de su exclusiva propiedad. Al toque de diana se despertó con una fiebre muy alta, desmayándose al intentar salir de la tienda; al mediodía lo mandaron al hospital de base aquejado de gripe.

Se dio cuenta de que aquella enfermedad era providencial. Lo salvó de una recaída nerviosa, y se recuperó con tiempo para —un húmedo día de noviembre— embarcarse en un tren camino de Nueva York y de la interminable matanza que venía después.

Cuando el regimiento llegó a Camp Mills, en Long Island, la idea fija de Anthony era ir a la ciudad y ver a Gloria lo antes posible. Resultaba ya evidente que se iba a firmar el armisticio en menos de una semana, pero los rumores aseguraban que de todos modos las tropas seguirían saliendo hacia Francia hasta el último momento. Anthony quedó consternado al pensar en el largo viaje, en el tedioso desembarco en un puerto francés y en quedarse en Europa quizá durante un año, para sustituir a las tropas que sí habían entrado en combate.

Su intención había sido obtener un permiso de dos días, pero Camp Mills se hallaba bajo una estricta cuarentena debido a la gripe; era imposible salir de allí incluso para los mandos, como no fuera por algún asunto oficial. En el caso de un soldado raso, ausentarse estaba completamente descartado.

El campamento mismo era un deprimente revoltijo, frío, barrido por el viento, y sucio, con la acumulación de porquería que entraña el paso sucesivo de muchas divisiones. Su tren llegó una tarde a las siete, y tuvieron que esperar seis horas formando cola hasta que se solucionó el enredo militar en algún lugar delante de ellos. Los oficiales iban y venían corriendo sin cesar, dando órdenes y organizando un gran tumulto. Luego resultó que toda la agitación había tenido origen en el coronel, que estaba muy enfadado porque era de West Point y la guerra iba a terminar antes de que él llegara a Europa. Si los gobiernos beligerantes tomaran conciencia del número de corazones destrozados entre los antiguos graduados de West Point durante aquella semana, sin duda alguna habrían prolongado la carnicería un mes más. ¡Era difícil imaginar algo más lamentable!

Al contemplar —en muchas millas a la redonda— la desolada acumulación de tiendas sobre un pisoteado cenagal de nieve derretida, Anthony comprendió la

imposibilidad práctica de llegar a pie hasta un teléfono aquella misma noche. Llamaría a Gloria en la primera oportunidad que se le presentara por la mañana.

Cuando al día siguiente se levantó al toque de diana, en un amanecer frío y desapacible, Anthony tuvo que escuchar a pie firme una vehemente arenga del capitán Dunning:

—Quizá ustedes crean que la guerra ha terminado. ¡Permítanme decirles que no es así! Esos tipos no van a firmar el armisticio. Se trata tan solo de un truco más, y estaríamos locos si permitiéramos cualquier negligencia en la compañía, porque, óiganme bien, vamos a hacernos a la mar antes de una semana, y cuando lleguemos a Europa todavía veremos la guerra de verdad. —Hizo una pausa para que sus hombres se hicieran plenamente cargo de su declaración—. Si creen que la guerra ha terminado —continuó después—, hablen con cualquiera de los que han estado allí y han visto lo que pasa, pregúntenles si los alemanes están acabados. No lo crean en absoluto. Nadie lo cree. He hablado con las personas que entienden y dicen que, en cualquier caso, tendremos un año más de guerra. Esas personas no creen que la lucha haya terminado. De manera que no cometan ustedes la estupidez de pensar que sí.

Recalcando doblemente esta última advertencia, el capitán ordenó romper filas.

Al mediodía Anthony echó a correr en busca del teléfono más próximo. Al acercarse a lo que aproximadamente debía de ser el centro del campamento, advirtió que había otros muchos soldados corriendo, y que uno de los que estaban más cerca de él daba repentinamente un salto en el aire, entrechocando los talones. La tendencia a correr se fue generalizando y de excitados grupitos que se formaban aquí y allá escapaban gritos alborozados. Anthony se detuvo a escuchar: por todas partes sonaban las sirenas en el aire frío y en las iglesias de Garden City las campanas empezaron de pronto a repicar alegremente.

Anthony echó a correr de nuevo. Los gritos eran ahora claros y precisos mientras se alzaban con nubes de aliento helado hacia el aire cortante:

—¡Alemania se ha rendido! ¡Alemania se ha rendido!

El falso armisticio

Aquella tarde a las seis, aprovechándose de la penumbra, Anthony se deslizó entre dos vagones de mercancías y una vez al otro lado de la vía, fue siguiendo el trazado hasta Garden City, donde tomó un tren eléctrico para Nueva York. Se exponía a que lo descubriesen: no ignoraba que la policía militar recorría con frecuencia los trenes pidiendo pases, aunque se imaginó que aquella noche la vigilancia sería menor. De todas formas hubiese tratado de escapar, porque no había podido localizar a Gloria

por teléfono, y otro día de incertidumbre le habría resultado intolerable.

Después de paradas y de esperas inexplicables que le recordaron la noche que abandonara Nueva York más de un año antes, entraron en Pennsylvania Station, y Anthony siguió el familiar camino hasta la parada de taxis, encontrando grotesco y extrañamente estimulante darle al conductor su propia dirección.

Broadway era una cascada de luz, abarrotada como nunca la había visto de gente deseosa de divertirse que recorría sus rutilantes aceras hundiéndose hasta el tobillo en la masa de trozos de papel tirados desde las ventanas de los edificios. En diferentes sitios, subidos en bancos o en cajas, había soldados dirigiéndose al gentío que apenas les prestaba atención, pero en el que cada rostro se dibujaba con total nitidez bajo el intenso resplandor blanco que los iluminaba desde arriba. Anthony se fijó en media docena de figuras: un marinero borracho, inclinado hacia atrás y sostenido por dos de sus compañeros, que agitaba la gorra mientras emitía una desenfundada serie de rugidos; un soldado herido, muleta en mano, transportado como por un remolino a hombros de algunos paisanos que lanzaban alaridos; una muchacha de cabellos oscuros, sentada con las piernas cruzadas y expresión meditabunda sobre el techo de un taxi parado. No cabía duda de que allí la victoria había llegado muy a tiempo, de que el momento culminante había sido programado con verdadera previsión celestial. La nación grande y poderosa había triunfado en la guerra, sufriendo lo suficiente para que no faltara el patetismo pero no lo bastante para llegar a la amargura... de aquí los deseos de diversión, de fiesta, de triunfo. Bajo aquellas luces brillantes resplandecían los rostros de pueblos cuya gloria se había esfumado largo tiempo atrás, cuyas mismas civilizaciones estaban muertas... hombres cuyos antepasados habían escuchado noticias de victorias en Babilonia, en Nínive, en Bagdad, en Tiro, cien generaciones antes; hombres cuyos antepasados habían presenciado cortejos engalanados con flores y esclavos, recorriendo con su estela de cautivos las avenidas de la Roma imperial...

Más allá del Rialto, la fachada resplandeciente del Astor, la luminosa magnificencia de Times Square... después, un espléndido desfiladero entre paredes incandescentes. Luego —¿años más tarde?—. Anthony se encontró pagando al taxista delante de un edificio blanco en la calle Cincuenta y siete. En el vestíbulo reconoció al muchacho negro de Martinica, lento, indolente, siempre el mismo.

—¿Está en casa mistress Patch?

—Acabo de empezar mi turno —anunció el ascensorista con aquel acento británico suyo que seguía resultando tan chocante.

—Haz el favor de subirme...

Luego el lento zumbido del ascensor, y los tres escalones hasta la puerta, que se abrió de par en par ante el ímpetu del golpe que dio con los nudillos.

—¡Gloria! —Su voz temblaba. No tuvo respuesta. Una débil columna de humo se

alzaba de un cenicero; sobre la mesa había un número abierto de Vanity Fair.

—¡Gloria!

Anthony fue corriendo al dormitorio, al cuarto de baño. Gloria no estaba allí. Un salto de cama de color aguamarina, olvidado sobre la cama, despedía un suave perfume, indefinible y familiar al mismo tiempo. Sobre una silla había un par de medias y un traje de calle; una polvera abierta bostezaba sobre el tocador. Sin duda acababa de salir.

El teléfono empezó a sonar de pronto y Anthony se sobresaltó... fue a contestarlo con la sensación de ser un impostor.

—Oiga, ¿está ahí mistress Patch?

—No, yo también la estoy buscando. ¿Con quién hablo?

—Soy Mr. Crawford.

—Yo soy Mr. Patch. He llegado inesperadamente y no sé dónde encontrarla.

—Ah. —Mr. Crawford dio la impresión de sentirse un poco desconcertado—. Imagino que estará en el Baile del Armisticio. Sé que tenía intención de ir, pero no creí que fuese a salir tan pronto.

—¿Dónde se celebra el Baile del Armisticio?

—En el Astor.

—Gracias.

Anthony colgó bruscamente y se puso en pie. ¿Quién era Mr. Crawford? ¿Y quién había ido con ella al baile? ¿Cuánto tiempo hacía que pasaban cosas así? Todos aquellos interrogantes se plantearon y contestaron ellos mismos una docena de veces de doce maneras distintas. La simple proximidad de Gloria lo había puesto medio frenético.

Dominado por las sospechas, Anthony fue de un lado a otro del apartamento buscando pruebas de alguna presencia masculina, abriendo el armario del cuarto de baño, registrando febrilmente los cajones de la cómoda. Pero enseguida encontró algo que lo hizo detenerse bruscamente y sentarse en una de las camas gemelas, caídas las comisuras de la boca como si estuviera a punto de llorar. En una esquina de un cajón de Gloria, atados con una delicada cinta azul, estaban todas las cartas y telegramas que él le había escrito durante el año anterior. Le embargó la felicidad y un cálido sentimiento de vergüenza.

—No soy digno de tocarla —exclamó en voz alta, dirigiéndose a las cuatro paredes—. No merezco siquiera cogerle una mano.

Sin embargo, salió a buscarla.

En el vestíbulo del Astor se encontró inmediatamente rodeado por una multitud tan apretada que casi era imposible avanzar. Tuvo que preguntar la dirección de la sala de baile a media docena de personas antes de encontrar a alguien lo bastante sobrio como para darle una respuesta inteligible. Finalmente, después de una última y

larga espera, consiguió dejar su capote militar en el guardarropa.

No eran más que las nueve pero el baile estaba en pleno apogeo. El panorama resultaba increíble. Mujeres, mujeres por todas partes... muchachas que, con la alegría del vino, cantaban a voz en grito por encima del clamor de la deslumbrante multitud cubierta de confeti; muchachas que destacaban entre los uniformes de una docena de naciones; gruesas matronas que caían al suelo sin dignidad y conservaban la propia estimación gritando «¡Vivan los Aliados!»; tres mujeres de cabellos blancos que bailaban cogidas de la mano alrededor de un marinero que giraba vertiginosamente sobre sí mismo, apretando contra el pecho una botella vacía de champán.

Anthony, conteniendo la respiración, examinó a los que bailaban, examinó las confusas hileras que iban y venían entre las mesas, los grupos que empuñaban matasuegras, se besaban, tosían, reían y bebían bajo las grandes banderas que desplegaban sus brillantes colores por encima del espectáculo y del ruido.

Luego vio a Gloria. Estaba sentada a una mesa para dos, justo enfrente de Anthony, al otro lado del salón. Llevaba un vestido negro, y sobre él, su rostro lleno de animación, su tez maravillosamente sonrosada, formaban, le pareció a su marido, un punto de conmovedora belleza entre la multitud que la rodeaba. Su corazón vibró como en respuesta a una nueva música. Se abrió camino a empujones y la llamó en el mismo momento en que Gloria, al levantar la vista, fijaba en él sus ojos grises. Durante un instante, mientras sus cuerpos se encontraban y se fundían en un abrazo, el mundo, la fiesta, el confuso gimoteo de la música se transformaron en dulce monotonía, tan sosegada como un laborioso zumbido de abejas.

—¡Gloria mía! —exclamó él.

El beso de ella fue un fresco arroyuelo que manaba de su corazón.

2. Un problema de estética

LA noche en que Anthony saliera para Camp Hooker un año antes, todo lo que quedaba de la hermosa Gloria Gilbert —su caparazón, su cuerpo joven y lleno de atractivo— subió las amplias escaleras de mármol de Grand Central Station con el ritmo de la locomotora todavía latiendo en sus oídos como un sueño, para desembocar en la avenida Vanderbilt, donde la enorme masa del Biltmore dominaba la calle, mientras en su parte inferior la resplandeciente entrada del hotel iba succionando las capas multicolores de muchachas elegantemente vestidas que se disponían a asistir a un baile. Gloria se detuvo un momento junto a la parada de taxis para contemplarlas, recordando que, muy pocos años antes, ella formaba parte de aquel grupo, siempre en camino de un maravilloso lugar indeterminado, siempre a punto de vivir la última aventura apasionada, para la cual las capas de aquellas muchachas estaban delicada y elegantemente forradas de piel, sus mejillas maquilladas, y sus corazones con más altas expectativas que la transitoria cúpula de placer que iba a devorarlas a ellas, a sus peinados, a sus capas y a todos sus demás atributos.

Empezaba a hacer frío, y los peatones llevaban levantado el cuello del abrigo. A Gloria aquel cambio le resultaba propicio. Aún le hubiese gustado más una completa transformación de clima, de calles y de personas, y verse arrebatada para despertar en una habitación de techo alto, recién perfumada, sola, sintiéndose interior y exteriormente tan serena como una estatua, de vuelta en aquel virginal pasado suyo tan lleno de colorido.

Dentro del taxi Gloria derramó lágrimas de impotencia. Que no hubiese sido feliz con Anthony durante más de un año, carecía de importancia. Últimamente su presencia no tenía más entidad que los recuerdos que despertaba en ella de aquel junio memorable. El Anthony actual, malhumorado, débil y pobre, no podía por menos de irritarla a ella a su vez... y hacer que se aburriera con todo excepto con el hecho de que durante una juventud elocuente y llena de imaginación los dos habían llegado a unirse en una extática orgía emocional. Debido a aquellos intensos recuerdos mutuamente compartidos, Gloria hubiese hecho por Anthony más que por

cualquier otro ser humano, de manera que al entrar en el taxi lloró desconsoladamente, cediendo casi al deseo de repetir su nombre en voz alta.

Sintiéndose muy infeliz y tan sola como una niña abandonada, Gloria se sentó ante el escritorio en el silencioso apartamento y le escribió una carta repleta de confusos sentimientos:

* * *

... Casi puedo aún seguir la vía con los ojos y ver cómo te alejas, pero sin ti, queridísimo, ni veo, ni oigo, ni siento, ni pienso. Estar separados —a pesar de lo que ya nos ha sucedido o vaya a sucedernos— es como pedir clemencia a una tormenta; es como hacerse viejos. Quisiera besarte mucho... sobre la nuca, en el sitio donde te nace el pelo. Porque te quiero, y a pesar de lo que hagamos o nos digamos el uno al otro, o hayamos hecho o nos hayamos dicho, tienes que sentir lo mucho que te quiero, y la indiferencia por todo que me domina al convencerme de que te has marchado. Ni siquiera me molesta la maldita presencia de la GENTE, esa gente de la estación que no tiene ningún derecho a vivir... no consiguen molestarme aunque estén ensuciando nuestro mundo porque no puedo hacer otra cosa que desearte con todas mis fuerzas.

Si me odieras, si estuvieras cubierto de llagas como un leproso, si te escaparas con otra mujer o me mataras de hambre o me pegaras —qué absurdo suena esto—, seguiría deseándote y queriéndote. ESTOY SEGURA, querido.

Es tarde... tengo abiertas todas las ventanas y el aire que entra es tan tibio como en primavera pero, al mismo tiempo, mucho más joven y frágil que en primavera. ¿Por qué hacen de la primavera una chica joven, por qué canta y baila ese espejismo durante tres meses por toda la absurda infecundidad de la tierra? La primavera es un flaco caballo de labranza al que se le notan las costillas... es un montón de basura en un campo, reseco por el sol y la lluvia hasta adquirir una ominosa limpieza.

Dentro de unas pocas horas te despertarás, cariño, y te sentirás muy desgraciado y harto de la vida. Estarás en Delaware o en Carolina o en algún otro sitio y serás muy poco importante. No creo que haya ninguna persona viva que pueda considerarse a sí misma como una institución transitoria, o como un lujo o como un mal innecesario. Muy pocas de las personas que subrayan la futilidad de la vida se dan cuenta de su propia inutilidad. Quizá piensen que, al proclamar la incongruencia de vivir, de alguna forma se libran ellos de la quema... pero no lo consiguen, ni siquiera tú y yo ...

... Pero todavía soy capaz de verte. Hay una neblina azul entre los árboles por

donde vas a pasar, demasiado hermosa para ser predominante. No; lo más frecuente serán los cuadrados de tierra en barbecho... irán apareciendo a los lados de la vía como ásperas sábanas marrones secándose al sol, vivas, mecánicas, abominables. La naturaleza, una zafia tarasca vieja, ha estado durmiendo en ellas con cualquier granjero o con cualquier negro o emigrante que la haya deseado...

Ya ves cómo ahora que te has ido he escrito una carta llena de desdén y desesperación. Y eso quiere decir simplemente que te quiero, Anthony, con toda la capacidad de amor que hay dentro de tí.

GLORIA

* * *

Después de escribir el sobre, Gloria fue a tumbarse en su cama, estrechamente abrazada a la almohada de Anthony, como si mediante un esfuerzo puramente emocional fuera capaz de transformarla en su cálido cuerpo vivo. Las dos de la madrugada la encontraron sin lágrimas en los ojos, contemplando la oscuridad con perseverante desconsuelo, recordando, recordando sin piedad, culpándose de cien imaginarias crueldades, haciendo de Anthony algo muy semejante a un Cristo martirizado y transfigurado. Durante algún tiempo Gloria pensó en él como Anthony mismo, probablemente, se veía en sus momentos de mayor sentimentalismo.

A las cinco aún estaba despierta. Un misterioso ruido como de alguien moliendo que le llegaba todas las mañanas a través del patio le informó de la hora que era. Oyó sonar un reloj despertador y vio una luz que creaba una ventana ilusoria en la lisa pared de enfrente. Con la decisión medio formada de seguir a Anthony hacia el sur inmediatamente, su dolor se hizo remoto e irreal y terminó por desaparecer mientras la oscuridad se trasladaba hacia el oeste. Finalmente se quedó dormida.

Al despertarse, la contemplación de una cama vacía al lado de la suya la hizo sentirse desgraciada otra vez, pero su dolor, gracias a la inevitable insensibilidad que trae consigo una mañana soleada, duró muy poco tiempo. Aunque no era consciente de ello, Gloria sintió cierto alivio al tomarse el desayuno sin tener enfrente el rostro cansado y preocupado de Anthony. Ahora que estaba sola, descubrió que había perdido las ganas de quejarse de la comida. Pensó en cambiar el menú del desayuno: tomaría una limonada y un sándwich de tomate en lugar de los sempiternos huevos con bacón y pan tostado.

Sin embargo, cuando al mediodía llamó por teléfono a varios conocidos, incluida la marcial Muriel, y descubrió que todos tenían compromisos para el almuerzo, se sintió llena de tranquila compasión de sí misma y muy consciente de su soledad. Acurrucada en la cama con papel y lápiz escribió otra vez a Anthony.

A última hora de la tarde recibió de él una carta urgente, echada al correo en algún pueblo de New Jersey, y lo familiar del estilo, el trasfondo casi audible de preocupación y descontento, le resultaron tan conocidos que sirvieron para consolarla. ¿Por qué no? Quizá la disciplina militar endureciera a Anthony y lo acostumbrara a la idea de trabajar. Gloria estaba totalmente convencida de que la guerra terminaría antes de que su marido tuviera que luchar, y que mientras tanto ganarían el pleito y podrían empezar de nuevo, esta vez con una base distinta. El primer cambio iba a ser un hijo. Era insoportable tener que estar tan completamente sola.

Transcurrió una semana antes de que Gloria pudiera quedarse en el apartamento sin echarse a llorar inevitablemente. Parecía haber muy pocas ocupaciones divertidas en Nueva York. Muriel había sido trasladada a un hospital en New Jersey y solo se tomaba un descanso en la gran metrópoli cada dos semanas, y ante aquella defección Gloria llegó a darse cuenta de las pocas amistades que había hecho en todos sus años en Nueva York. Los hombres que conocía estaban en el ejército. «¿Hombres que conocía...?» Más o menos Gloria se había hecho a sí misma la concesión de que todos los hombres que habían estado enamorados de ella eran amigos suyos. Cada uno de ellos había manifestado durante un considerable espacio de tiempo que valoraban su amistad más que ninguna otra cosa en la vida. Pero ahora... ¿dónde estaban? Por lo menos dos habían muerto, media docena o más se habían casado, y el resto andaba desperdigado desde Francia hasta las Filipinas. Se preguntó si alguno de ellos pensaría en ella, y con qué frecuencia, y con qué motivo. La mayoría se la imaginarían aún como una jovencita de diecisiete abriles, la sirena adolescente de nueve años antes.

También las chicas se habían ido muy lejos. Gloria nunca había gozado de mucha popularidad en sus años de estudiante. Era demasiado hermosa, demasiado perezosa, no suficientemente consciente de ser una chica de Farmover y una «Futura Esposa y Madre» en perpetuas mayúsculas. Y condiscípulas que nunca habían sido besadas insinuaban, con expresión ofendida en sus rostros feos y no particularmente saludables, que Gloria sí lo había sido. Luego aquellas chicas se habían ido al este o al oeste o al sur, casándose y convirtiéndose en «gente», y profetizando, si es que profetizaban acerca de Gloria, que terminaría mal... sin saber que no había finales malos, y que tampoco ellas eran, en absoluto, dueñas de su destino.

Gloria se estuvo repitiendo los nombres de las personas que habían ido a visitarlos a la casa gris de Marietta. Por aquel entonces parecía que siempre estaban acompañados... incluso había llegado a aceptar tácitamente que todos sus invitados quedaban después ligeramente en deuda con ella. Le debían algo así como diez dólares morales por cabeza, y si alguna vez lo necesitara podría, por así decirlo, pedirles un préstamo de aquel capital imaginario. Pero se habían marchado todos,

aventados como la paja, desvaneciéndose misteriosa y sutilmente en esencia o de hecho.

Para navidades el convencimiento de Gloria de que debería reunirse con Anthony había vuelto a aparecer, no ya como emoción repentina, sino como necesidad recurrente. Decidió incluso anunciarle por carta su llegada, pero optó por posponerlo aconsejada por Mr. Haight, quien casi semanalmente tenía esperanzas de que se celebrara el juicio ante el tribunal de apelación.

Un día, a principios de enero, cuando Gloria paseaba por la Quinta Avenida, animada ahora por la presencia de muy distintos uniformes y en la que ondeaban además las banderas de las naciones virtuosas, se encontró con Rachel Barnes, a quien no había visto desde hacía casi un año. Incluso Rachel, que había llegado a hacersele antipática, era un alivio contra el aburrimiento, y se fueron juntas al Ritz para tomar el té.

Después del segundo cóctel las dos se entusiasmaron y sintieron una gran simpatía mutua. Hablaron de sus maridos, Rachel en ese tono de pública vanagloria con reticencias privadas que las esposas acostumbran a emplear.

—Rodman está en Europa en el Servicio de Intendencia. Es capitán. Quería ir a toda costa, y no creyó que consiguiera un puesto en ningún otro sitio.

—Anthony está en Infantería. —Aquellas palabras, con la ayuda del cóctel, hicieron que Gloria sintiera una especie de agradable calor. Con cada sorbo se acercaba más a un cálido y reconfortante patriotismo.

—Por cierto —dijo Rachel media hora después, cuando se disponían a marcharse—, ¿podrías venir a cenar mañana por la noche? He invitado a dos oficiales encantadores que están a punto de salir para Europa. Creo que debemos hacer todo lo posible para que lo pasen bien.

Gloria aceptó con mucho gusto. Apuntó la dirección, reconociendo por el número de Park Avenue que se trataba de un edificio de apartamentos muy elegante.

—Me alegro muchísimo de haberte visto, Rachel.

—Ha sido estupendo, y yo también tenía muchas ganas de verte.

Con aquellas tres frases, cierta noche en Marietta dos veranos antes, en que Anthony y Rachel se habían mostrado innecesariamente interesados el uno por el otro, quedó perdonada: Gloria perdonó a Rachel y Rachel perdonó a Gloria. También quedó perdonado que Rachel hubiera sido testigo del mayor desastre en la vida de Mr. y mistress Anthony Patch...

Haciendo concesiones a los acontecimientos, el tiempo sigue su curso.

Los ardides del capitán Collins

Los dos oficiales eran capitanes de una sección de ametralladoras, especialidad que había llegado a hacerse muy popular. Durante la cena hablaron de sí mismos con fingida indiferencia como miembros del Club de los Suicidas: en aquellos días hasta la rama más recóndita de las fuerzas armadas hablaba de sí misma como el Club de los Suicidas. Uno de los capitanes —el de Rachel, según pudo observar Gloria era un hombre alto de aire caballuno y unos treinta años de edad, con un agradable bigote y dientes muy feos. El otro, el capitán Collins, era regordete, sonrosado y con tendencia a reír a carcajadas cada vez que Gloria lo miraba a los ojos. Se sintió atraído por ella desde el primer momento y se pasó toda la cena lanzándole piropos anodinos. Después de la segunda copa de champán, Gloria decidió que, por primera vez desde hacía meses, lo estaba pasando francamente bien.

Terminada la cena se sugirió que fueran todos a bailar a algún sitio. Los dos oficiales se aprovisionaron de botellas de *whisky* tomadas del aparador de Rachel — una ley prohibía vender bebidas alcohólicas a las fuerzas armadas—, y así equipados ejecutaron innumerables fox-trots en varios resplandecientes locales a lo largo de Broadway, cambiando de pareja de acuerdo con los cánones, mientras Gloria se comportaba de manera cada vez más ruidosa y le resultaba cada vez más divertida al capitán de rostro sonrosado, que raras veces dejaba de sonreír afablemente.

A las once, con gran sorpresa por su parte, Gloria descubrió que era la única partidaria de continuar la fiesta. Los demás querían volver al apartamento de Rachel, en busca de más *whisky*, dijeron. Gloria insistió en que el frasco de bolsillo del capitán Collins estaba medio lleno —acababa de verlo—, pero al mirar a Rachel a los ojos vio que le hacía un guiño inconfundible. Un tanto desconcertada dedujo que su anfitriona quería librarse de los oficiales y accedió a apretujarse con los demás en un taxi que esperaba fuera.

El capitán Wolf se sentó en el lado izquierdo con Rachel sobre las rodillas. El capitán Collins se sentó en el centro y, mientras se acomodaba, pasó un brazo sobre el hombro de Gloria. Durante unos instantes permaneció allí como un peso muerto para apretarse después como una enredadera. A continuación el capitán se inclinó hacia ella.

—Es usted increíblemente bonita —susurró.

—Muchas gracias, mi capitán. —Gloria no se sentía ni halagada ni molesta. Antes de que apareciera Anthony, tantos brazos habían hecho lo mismo que aquella iniciativa se había convertido en poco más que un gesto, sentimental pero sin significado.

En la alargada sala de estar de Rachel un fuego sin llamas y dos lámparas con pantallas de seda color naranja eran las únicas fuentes de luz, de manera que los rincones estaban llenos de intensas sombras somnolientas. La anfitriona, moviéndose de un lado para otro con una holgada bata de gasa decorada con figuras oscuras,

parecía acentuar la atmósfera ya de por sí sensual. Durante un rato estuvieron los cuatro juntos, probando los sándwiches que les esperaban sobre la mesita de té; luego Gloria se encontró a solas con el capitán Collins en el sofá más próximo al fuego; Rachel y el capitán se habían retirado al otro lado de la habitación, donde conversaban en voz muy baja.

—Me gustaría que no estuviese casada —dijo Collins, el rostro convertido en una ridícula caricatura de lo que suele entenderse por «expresión de gran seriedad».

—¿Por qué? —Gloria le ofreció un vaso para que se lo llenara.

—No beba más —le suplicó él, frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué no?

—Estará usted más atractiva... si no lo hace.

Gloria comprendió de pronto las implicaciones de aquella observación, el ambiente que el capitán Collins trataba de crear. Sintió deseos de echarse a reír, pero también se dio cuenta de que no había ninguna razón para hacerlo. Lo había pasado bien durante toda la noche y no tenía ganas de irse a casa... al mismo tiempo hería su orgullo ver que se intentaba flirtear con ella a aquel nivel.

—Haga el favor de servirme — insistió.

—Por favor...

—¡No se ponga ridículo! —exclamó ella con voz crispada.

—Está bien. —El otro cedió con gesto de malhumor.

Luego volvió a rodearla con el brazo y Gloria tampoco protestó. Pero cuando su sonrosada mejilla se acercó a la suya, ella se apartó.

—Es usted maravillosa —dijo él con aire de quien no sabe qué decir.

Gloria se puso a cantar suavemente, deseando que Collins retirara el brazo. De repente sus ojos repararon en una escena muy íntima al otro extremo de la habitación: Rachel y el capitán Wolf estaban enfrascados en un larguísimo beso. Gloria se estremeció levemente, sin saber muy bien por qué... El rostro sonrosado se aproximaba otra vez.

—No debiera mirarlos a ellos —susurró el capitán Collins. Casi inmediatamente la rodeó también con el otro brazo... y sintió su aliento en la mejilla. De nuevo el sentimiento del ridículo triunfó sobre la repugnancia, y su risa fue un arma que no necesitó del filo de las palabras.

—Creía que era usted una persona sin problemas —estaba diciendo él.

—¿Qué es una persona sin problemas?

—Bueno, una persona a la que le gusta... disfrutar de la vida.

—¿Hay mucha gente que considere besarle a usted una ocupación agradable?

La conversación quedó interrumpida al aparecer repentinamente delante de ellos Rachel y el capitán Wolf.

—Es tarde, Gloria —dijo Rachel, arrebolada y con el pelo en desorden—. Será

mejor que te quedes aquí a pasar la noche.

Por un instante Gloria pensó que su antigua amiga iba a despedir a los oficiales. Luego se dio cuenta de lo que pasaba, y al entenderlo, se puso en pie con el aire más indiferente que le fue posible.

Sin percatarse, Rachel continuó:

—Puedes quedarte en la habitación inmediata a esta. Te prestaré todo lo que necesites.

Los ojos de Collins se volvieron tan implorantes como los de un perro; el brazo del capitán Wolf estaba instalado con toda familiaridad alrededor de la cintura de Rachel; todos esperaban.

Pero la tentación de la promiscuidad, pintoresca, mudable, laberíntica, e incluso un poco odorífera y rancia, no presentaba atractivo ni promesa alguna para Gloria. Si lo hubiese deseado se habría quedado, sin dudas ni remordimientos; pero dadas sus inclinaciones, pudo enfrentarse sin perder la calma con los tres pares de hostiles y ofendidos ojos que la siguieron hasta el vestíbulo con forzada cortesía y palabras vacías.

«Ni siquiera ha tenido la decencia de ofrecerse a acompañarme a casa —pensó Gloria, ya en el taxi; y luego, con repentina oleada de resentimiento—: ¡No es posible comportarse de manera más vulgar!»

Caballerosidad

En febrero Gloria tuvo una experiencia completamente distinta. Tudor Baird, un antiguo pretendiente suyo, con quien en cierta ocasión había estado completamente decidida a casarse, apareció por Nueva York en calidad de miembro del Ejército del Aire y se presentó a verla. Fueron varias veces al teatro y, en menos de una semana, con gran satisfacción de Gloria, Tudor estaba tan enamorado de ella como siempre. Ella lo provocó de manera deliberada, dándose cuenta demasiado tarde de que le había hecho una mala jugada. Llegó un momento en que, cada vez que salían juntos, él se limitaba a estar en silencio a su lado, sintiéndose muy desgraciado.

Miembro de Scroll and Keys en la universidad de Yale, Tudor Baird poseía la discreción de todo «buen chico», las nociones correctas de caballerosidad y *noblesse oblige* —y, por supuesto aunque desgraciadamente, los prejuicios correctos y la correcta falta de ideas—, rasgos todos que Anthony había enseñado a Gloria a despreciar pero que, sin embargo, ella más bien admiraba. A diferencia de la mayoría de los de su tipo, Gloria no encontraba que fuese un pelmazo. Tudor Baird era bien parecido, ingenioso sin pasarse de la raya, y cuando estaba con él Gloria sentía que

debido a alguna cualidad que poseía —llámesela estupidez, lealtad, sentimentalismo, o algo no tan claramente definido como cualquiera de esas tres cosas— habría hecho siempre todo lo que estuviera en su mano para complacerla.

Esto se lo dijo a ella, además de otras cosas, de forma muy correcta y con una actitud solemne y varonil que ocultaba un auténtico sufrimiento. Sin estar enamorada en absoluto, Gloria se compadeció de él y una noche lo besó sentimentalmente porque era encantador, reliquia de una generación a punto de desaparecer que había vivido una ilusión absurda y elegante al mismo tiempo y que estaba siendo sustituida por otros estúpidos mucho menos caballerosos. Después se alegró de haberlo besado, porque al día siguiente, cuando su avión descendió mil quinientos pies en Mineola, una pieza de un motor le atravesó el corazón.

Soledad de Gloria

Al informarla Mr. Haight de que el juicio no se celebraría hasta el otoño, Gloria decidió trabajar en el cine sin decírselo a Anthony. Cuando viera su éxito, tanto artístico como financiero, cuando viera que podía conseguir lo que quisiese de Joseph Bloeckman, sin entregar nada a cambio, desaparecerían sus estúpidos prejuicios. Se pasó despierta media noche planeando su carrera y disfrutando anticipadamente de sus éxitos, y a la mañana siguiente llamó por teléfono a Films Par Excellence. Mr. Bloeckman estaba en Europa.

Pero esta vez la idea había hecho presa en ella con tanta fuerza que decidió recorrer las agencias de colocaciones relacionadas con la industria cinematográfica. Como ya había sucedido muchas otras veces, su sentido del olfato tuvo un efecto muy adverso sobre sus buenas intenciones. La agencia que visitó olía como si llevase muchísimo tiempo muerta. Esperó cinco minutos mientras examinaba a sus poco atractivos competidores, y luego se dirigió a buen paso a los rincones más apartados de Central Park, quedándose allí tanto tiempo que se enfrió. Estaba tratando de airear su traje de calle para que desapareciera el aroma de la agencia de colocaciones.

En primavera empezó a comprender por las cartas de Anthony —no se trataba de ninguna en particular, sino de su efecto acumulativo— que su marido no quería que fuese al sur. Excusas que parecían obsesionarla por su misma insuficiencia volvían a aparecer de manera muy curiosa en su correspondencia con regularidad freudiana. Las incluía en cada carta como si temiera haberlas olvidado en la anterior, como si fuera vitalmente necesario convencer a Gloria con ellas. Y la costumbre de sazonar sus cartas con diminutivos afectuosos empezó a convertirse en algo mecánico y desprovisto de espontaneidad: casi dando la impresión de que después de terminar

cada misiva, la revisaba y procedía a añadirlos como si se tratara de epigramas en una obra de Oscar Wilde. Gloria llegaba precipitadamente a la solución de aquel misterio para rechazarla enseguida, y se enfadaba y deprimía alternativamente... hasta que por fin decidió —llena de dignidad— ignorar por completo todo el asunto, permitiendo que una creciente frialdad hiciese aparición en su lado de la correspondencia.

Durante los últimos meses Gloria había encontrado un buen número de actividades con que ocupar su tiempo. Varios aviadores que conociera a través de Tudor Baird vinieron a Nueva York para verla y también aparecieron dos de sus antiguos pretendientes, destinados en Camp Dix. A medida que aquellos hombres salían para Europa, hacían entrega —por así decirlo— de Gloria a sus amigos. Pero después de otra experiencia bastante desagradable con un capitán Collins en potencia, mistress Patch dejó perfectamente claro que, cuando alguien le era presentado, la persona en cuestión debía poseer una información fidedigna sobre su estado civil y sobre sus intenciones personales.

Al llegar el verano, Gloria se dedicó, igual que Anthony, a repasar la lista de bajas entre la oficialidad, descubriendo una especie de melancólico placer en enterarse de la muerte de alguien con quien una vez bailara un cotillón y en reconocer por sus nombres a los hermanos más jóvenes de antiguos pretendientes suyos, pensando, a medida que progresaba la ofensiva hacia París, que allí, finalmente, el mundo se encaminaba a su inevitable y bien merecida destrucción.

Cumplió los veintisiete sin apenas darse cuenta de ello. Años antes le había asustado mucho llegar a los veinte, y también, hasta cierto punto, alcanzar los veintiséis; pero en esta ocasión se miró en el espejo con tranquila autocomplacencia al comprobar la lozanía de su cutis y descubrir en su figura la misma esbeltez y aire juvenil que en otros tiempos.

Se esforzó por no pensar en Anthony. Era como si escribiera a un extraño. Les dijo a sus amigos que lo habían nombrado cabo y le molestó que se mostraran muy poco impresionados, aunque lo hicieran con mucha cortesía. Una noche lloró porque Anthony le daba mucha pena (a poco dispuesto que se hubiese mostrado, Gloria habría cogido sin vacilar el primer tren); fueran cuales fuesen sus actividades, necesitaba que alguien se cuidara de él espiritualmente, y ella sentía que ahora estaba en condiciones de ocuparse incluso de aquello. Últimamente, sin el desgaste continuo de fortaleza moral que Anthony suponía, Gloria se encontraba maravillosamente revitalizada. Antes de que su marido se fuese, ella se había sentido inclinada, por simple asociación con él, a cavilar sobre sus oportunidades perdidas; ahora volvía a su estado de ánimo normal, sintiéndose fuerte y desdeñosa, dispuesta a existir cada día pensando únicamente en el valor del momento presente. Se compró una muñeca y la vistió; una semana lloró con Ethan Fromer: la siguiente disfrutó con algunas novelas de Galsworthy, que le gustaba por su capacidad de recrear, mediante un salto

en la oscuridad, esa ilusión del romántico amor juvenil que las mujeres buscan eternamente en el futuro y en el pasado.

En octubre las cartas de Anthony se multiplicaron, haciéndose casi frenéticas; después cesaron repentinamente. Durante un angustioso mes Gloria necesitó de toda su capacidad de autocontrol para no ponerse inmediatamente en camino hacia Mississippi. Luego un telegrama le explicó que su marido había estado en el hospital y que probablemente se hallaría de vuelta en Nueva York antes de diez días. Como una figura de un sueño Anthony volvió a su vida a través de la sala de baile aquella noche de noviembre... y durante largas horas, llenas de una alegría que le era muy familiar, Gloria lo retuvo contra su pecho, acariciando una ilusión de felicidad y de seguridad que había llegado a convencerse de que nunca más poseería.

La derrota de los generales

Al cabo de una semana el regimiento de Anthony volvió al campamento de Mississippi para proceder allí a su licenciamiento. Los oficiales se encerraron en los compartimientos de los coches salón y se bebieron el *whisky* que habían comprado en Nueva York, y en los vagones de tercera los soldados se emborracharon también todo lo que pudieron... y cada vez que el tren se detenía en un pueblo fingían que acababan de volver de Francia, donde prácticamente habían acabado con el ejército alemán. Como todos llevaban los gorros que se usaban en Europa y aseguraban que no habían tenido tiempo de que les cosieran los galones dorados de los veteranos, los campesinos de la costa estaban muy impresionados y les preguntaban si les gustaban las trincheras, a lo que los otros replicaban con exclamaciones admirativas, fuerte chasquear de lenguas y violentos movimientos de cabeza. Alguien cogió un trozo de tiza y garrapateó en la pared del tren: «Hemos ganado la guerra y ahora volvemos a casa»; los oficiales se rieron al verlo y lo dejaron estar. Todos procuraban obtener la mayor satisfacción posible de aquel ignominioso regreso.

Mientras traqueteaban en dirección al campamento, Anthony estaba intranquilo pensando en encontrar a Dot esperándolo pacientemente en la estación. Con gran alivio por su parte ni la vio ni oyó nada acerca de ella y, convencido de que si estuviera aún en la ciudad habría tratado, sin duda alguna, de ponerse en contacto con él, llegó a la conclusión de que se había ido; dónde, ni lo sabía ni le interesaba. Solo quería volver con Gloria: Gloria renacida y maravillosamente viva. Cuando finalmente lo licenciaron, abandonó el campamento en las entrañas de un enorme camión con un grupo de soldados que vitorearon de manera tolerante, casi sentimental, a sus oficiales, y en especial al capitán Dunning. El capitán, por su parte,

les había hablado, con lágrimas en los ojos, de la diversión, etc., del trabajo, etc., del tiempo no malgastado, etc., y del deber, etc. Todo muy aburrido y muy humano; después de escucharle, Anthony, con la mente revitalizada por su semana de estancia en Nueva York, reafirmó su profundo odio a la profesión militar y todo lo que implicaba. Dos de cada tres oficiales profesionales creían, en su corazón infantil, que las guerras se hacían para los ejércitos y no los ejércitos para las guerras. Se alegró de ver al general y a otros jefes cabalgar desolados por el campamento vacío, privados de mando. Se alegró de oír a los hombres de su compañía reír despectivamente ante los alicientes que se les ofrecían para que se quedaran en el ejército. Estudiarían en «escuelas». Él sabía lo que eran aquellas «escuelas».

Dos días después estaba con Gloria en Nueva York.

Otro invierno

Un día de febrero a última hora de la tarde Anthony regresó al apartamento y después de cruzar a tientas el vestíbulo, que se quedaba completamente a oscuras durante los crepúsculos invernales, encontró a Gloria sentada junto a la ventana. Ella se volvió al entrar él.

—¿Qué tenía que decirte Mr. Haight? — preguntó apáticamente.

—Nada —respondió él—, lo mismo de siempre. Quizá el mes que viene.

Gloria lo miró detenidamente; su oído acostumbrado a la voz de Anthony captaba la menor torpeza en la pronunciación.

—Has estado bebiendo —hizo notar con frialdad.

—Un par de copas.

—Ah.

Anthony bostezó, sentado en el sillón, y se produjo un momento de silencio. Luego Gloria preguntó de repente:

—¿Has ido a ver a Mr. Haight? Dime la verdad.

—No. —Anthony sonrió débilmente—. En realidad no he tenido tiempo.

—Suponía que no habías ido... Mandó a buscarte.

—Me da lo mismo. Estoy harto de esperar en su despacho. Cualquiera pensaría que me está haciendo un favor. — Miró a Gloria como si esperara apoyo moral, pero ella había vuelto a su contemplación del dudoso y poco atractivo exterior—. Hoy me siento bastante cansado de la vida —prosiguió él, a título de ensayo. Pero Gloria no dijo nada—. Me encontré a un tipo y estuvimos hablando en el bar del Biltmore.

De repente el crepúsculo se había convertido en noche, pero ninguno de los dos hizo intención de encender las luces. Perdidos en Dios sabe qué meditaciones,

siguieron allí hasta que la aparición de unos copos de nieve arrancó un lánguido suspiro de labios de Gloria.

—¿Qué has hecho tú? —preguntó él, encontrando agobiante el silencio.

—Leer una revista... llena de estúpidos artículos escritos por prósperos autores sobre lo terrible que es para la gente pobre comprar camisas de seda. Y, mientras estaba leyendo, solo podía pensar en lo mucho que me apetece tener un abrigo de piel de ardilla... y en que no podemos permitirnoslo.

—Sí que podemos.

—Por supuesto que no.

—¡Claro que sí! Si quieres un abrigo de ardilla, lo tendrás.

La voz de Gloria, al atravesar la oscuridad, encerraba una implicación de menosprecio.

—¿Quieres decir que podemos vender otro bono?

—Si es necesario. No quiero que te prives de nada. Aunque hemos gastado mucho desde mi vuelta.

—¡Cállate, anda! —dijo ella muy irritada.

—¿Por qué?

—Porque estoy cansada de oírte hablar de lo que nos hemos gastado o de lo que hemos hecho. Volviste hace dos meses y desde entonces hemos estado en alguna fiesta prácticamente todas las noches. Los dos queríamos ir y hemos ido. ¿Acaso me has oído quejarme? Pero todo lo que sabes hacer tú es gemir y gemir. Ya no me importa nada lo que hagamos o lo que sea de nosotros y por lo menos soy coherente conmigo misma. Pero no estoy dispuesta a tolerar tus quejas ni tus aullidos calamitosos...

—A veces tú tampoco estás muy agradable, no sé si lo sabes.

—No tengo ninguna obligación de estarlo. Tú no haces el menor esfuerzo por cambiar las cosas.

—Pero yo estoy...

—¡Vaya! Juraría que eso ya lo he oído antes. Esta mañana dijiste que no volverías a probar una gota de alcohol hasta que tuvieras un empleo. Y ni siquiera has tenido el coraje suficiente para ir a ver a Mr. Haight cuando te ha mandado llamar para hablar del juicio.

Anthony se puso en pie y encendió la luz.

—¡Escúchame! —exclamó, parpadeando—, me estoy cansando de esa lengua tan afilada que tienes.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer para evitarlo?

—¿Crees que yo me siento particularmente feliz? —continuó él, ignorando su pregunta—. ¿Crees que no sé que no estamos viviendo como debíamos?

En un instante Gloria estuvo en pie junto a él, temblando.

—¡No voy a aguantarlo! —estalló—. ¡Note permito que me sermonees! ¡Tú y tus sufrimientos! ¡No eres más que un pobre desgraciado y siempre lo has sido!

Se contemplaron el uno al otro estúpidamente, ambos incapaces de causar la menor impresión en el otro, los dos tremenda, dolorosamente aburridos. Luego Gloria se fue al dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

El regreso de Anthony había traído otra vez a primer término todas las exasperaciones de antes de la guerra. Los precios subían de manera alarmante y el matrimonio veía sus ingresos reducidos a poco más de la mitad de lo que eran al principio. Estaban los elevados honorarios de Mr. Haight; estaban los valores comprados a cien, y que ahora habían bajado a treinta o cuarenta, y otras inversiones que no producían nada en absoluto. Durante la primavera anterior Gloria se había visto ante la alternativa de dejar el apartamento o firmar un contrato por un año a doscientos veinticinco dólares al mes. Había tenido que firmarlo. Inevitablemente, a medida que la necesidad de economizar aumentaba, descubrían que como pareja estaban totalmente incapacitados para ahorrar. Acababan recurriendo a la antigua estrategia de las mentiras. Cansados de su ineptitud, charlaban de lo que harían... mañana, de cómo «dejarían de ir a fiestas» y de cómo Anthony se pondría a trabajar. Pero cuando oscurecía, Gloria, acostumbrada a tener compromisos todas las noches, se sentía una vez más invadida por el antiguo desasosiego. Se quedaba de pie en el umbral del dormitorio, mordiéndose furiosamente las uñas, y, a veces, mirando a Anthony a los ojos cuando su marido levantaba la vista del libro. Luego sonaba el teléfono y sus nervios se distendían, y lo contestaba con mal disimulada avidez. Alguien venía «tan solo por unos minutos»... y había que incurrir una vez más en el cansancio que provoca el fingimiento, tenía que hacer su aparición el carrito de las bebidas alcohólicas, producirse la revitalización de sus espíritus agotados... y, más tarde, el despertar como punto central de la noche insomne por la que deambulaban.

A medida que transcurría el invierno con los desfiles por la Quinta Avenida de las tropas que regresaban de Europa, se fueron dando cuenta cada vez con más claridad de que desde la vuelta de Anthony sus relaciones habían cambiado por completo. Después de aquel renacer de ternura y de pasión los dos habían regresado a un sueño solitario no compartido por el otro, y las manifestaciones de afecto que se dirigían pasaban, al parecer, de un corazón vacío a otro, reflejando sordamente la desaparición de lo que sabían definitivamente perdido.

Anthony había vuelto a recorrer los periódicos metropolitanos y una vez más se había visto rechazado por una mezcla heterogénea de botones, telefonistas y redactores de noticias locales. La consigna era: «Reservamos las vacantes que pueda haber para nuestros empleados que todavía están en Francia». Luego, a últimos de marzo, Anthony se fijó en un anuncio del periódico de la mañana, y encontró así finalmente la apariencia de una ocupación.

* * *

¡¡¡USTED ES CAPAZ DE VENDER!!!

¿Por qué no ganar dinero mientras aprende?

Los ingresos de nuestros vendedores oscilan entre 50 y 200 \$ a la semana.

* * *

A continuación venía una dirección en Madison Avenue, y la una de la tarde como hora de reunión. Gloria, al mirar por encima del hombro de Anthony, después de uno de sus usuales desayunos tardíos, vio que su marido estaba examinando el anuncio, aunque sin especial interés.

—¿Por qué no lo intentas? —le sugirió.

—No es más que una de esas engañosas absurdas.

—Quizá no lo sea. Al menos te servirá de experiencia.

Ante su insistencia, Anthony apareció a la una en la dirección indicada, y se encontró formando parte de una mezcolanza de hombres que esperaban delante de la puerta. La diversidad era considerable, desde un botones que estaba a todas luces malgastando sus horas de trabajo, hasta un sujeto inmemorial con un cuerpo tan lleno de nudosidades como su bastón. Algunos de los hombres tenían muy mal aspecto, con mejillas hundidas y ojos hinchados y enrojecidos; otros eran jóvenes, posiblemente estudiantes de bachillerato. Después de un cuarto de hora de apreturas en los que se contemplaron unos a otros con apática desconfianza, apareció un joven y elegante guía, de traje muy ajustado, y modales de ayudante de rector, que los condujo escaleras arriba a una habitación muy amplia que parecía un aula y contenía innumerables pupitres. Allí los futuros vendedores se sentaron... y siguieron esperando. Después de cierto tiempo un estrado al fondo de la sala quedó oscurecido por la presencia de media docena de hombres serios y al mismo tiempo llenos de vivacidad que, con una sola excepción, tomaron asiento formando un semicírculo, de cara al público.

La excepción era el hombre más serio, más enérgico y más joven de todos, que avanzó hasta situarse en la parte delantera del estrado. El público lo examinó esperanzadamente. Era más bien pequeño y bastante guapo, con un atractivo de tipo más comercial que dramático. Tenía cejas rubias, rectas y muy pobladas y unos ojos que resultaban casi escandalosamente honrados y, al llegar al borde de su tribuna, pareció arrojar aquellos ojos en medio del público, alzando simultáneamente un brazo con dos dedos extendidos. Luego, mientras se balanceaba hasta conseguir una posición de equilibrio, un silencio expectante se apoderó de la sala. Con gran aplomo,

el joven había conseguido despertar el interés de sus oyentes, y sus palabras, cuando comenzó a hablar, estaban llenas de firmeza y de confianza y muy en la escuela de «ir al grano directamente».

—¡Amigos! —empezó, e hizo una pausa. La palabra murió con un eco muy prolongado en el fondo de la sala, mientras los rostros que lo contemplaban — esperanzados, cínicos, cansados— manifestaban todos el mismo interés, la misma atención. Seiscientos ojos se alzaron ligeramente. Con una entonación monótona que recordó a Anthony el ruido sordo de las bolas al rodar en una bolera, el orador se lanzó de cabeza al mar de las explicaciones.

—En esta soleada y radiante mañana habéis abierto vuestro periódico favorito y os habéis encontrado con un anuncio en el que se decía con toda sencillez y sin adornos de ninguna clase que sois capaces de vender. Eso era todo lo que el anuncio decía: no hablaba de «qué», ni decía «cómo», ni explicaba «por qué». Se limitaba a hacer una sola afirmación: que tú, y tú, y tú — señalando sucesivamente con el dedo a varios de sus oyentes— podéis vender. Ahora bien, mi tarea no es hacer unos triunfadores de vosotros, porque todos los hombres nacen triunfadores, y son ellos mismos quienes se convierten en fracasados; tampoco consiste en que os enseñe a hablar, porque todos los hombres son oradores por naturaleza y solo ellos mismos destruyen su facilidad de palabra; mi tarea es deciros una sola cosa de manera que no os quede la menor duda acerca de ello: y lo que tengo que deciros es que tú, y tú, y tú tenéis derecho a una herencia de dinero y prosperidad que está esperando tan solo a que aparezcáis y la reclaméis.

Al llegar a este punto un irlandés de aspecto taciturno se levantó de su pupitre, cerca del fondo del salón, y se marchó.

—Ese hombre ha decidido ir a buscarla en el bar de la esquina (risas). No la encontrará allí. Hubo un tiempo en que yo también la buscaba en ese sitio (risas), pero eso fue antes de que hiciera lo que cada uno de vosotros, amigos míos, tanto si sois jóvenes como si sois viejos, tanto si sois pobres como si sois ricos (débil murmullo de risas irónicas), podéis hacer. ¡Fue antes de encontrarme a mí mismo!

»Me pregunto si alguno de vosotros sabe qué es una *Charla con el corazón en la mano*. Una *Charla con el corazón en la mano* es un librito en el que, hace cosa de cinco años, empecé a escribir lo que, según había ido descubriendo, eran las razones principales del fracaso de un hombre y también las principales razones de su éxito... desde John D. Rockefeller hasta John D. Napoleon (risas), e incluso antes, en los días en que Abel vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Ahora existen ya un centenar de estas *Charlas con el corazón en la mano*. A aquellos de vosotros que sois sinceros, que estáis interesados en nuestra proposición, y, sobre todo, a los que no os satisface cómo os van las cosas en el momento actual, se os entregará una de las «Charlas» cuando salgáis dentro de un rato por esa puerta para

que os la llevéis a casa.

»Aquí en mi bolsillo tengo cuatro cartas sobre *Charlas con el corazón en la mano* que acabo de recibir. Los nombres de las personas que firman estas cartas son conocidos en todos los hogares de Estados Unidos. Escuchad esta que viene de Detroit:

* * *

Querido Mr. Carleton:

Quiero encargar tres mil ejemplares más de «Charlas con el corazón en la mano» para distribuirlos entre mis vendedores. Sus libritos han logrado hacerles rendir más en su trabajo que cualquier incentivo en metálico. Yo los leo constantemente y deseo sinceramente felicitarlo por haber llegado a la raíz del mayor problema con que se enfrenta hoy nuestra generación: el problema de cómo vender. La base sobre la que descansa este país es el problema de cómo vender.

Reiterándole mis felicitaciones, me pongo cordialmente a su disposición.

HENRY W. TERRAL

* * *

El orador pronunció el nombre del autor de la carta con tres largos y resonantes alaridos triunfales, seguidos de una pausa para que produjera el deseado efecto mágico. Luego leyó otras dos cartas, una de un fabricante de aspiradoras y otra del presidente de la Great Northern Doily Company.

—Y ahora —siguió después—, voy a deciros en pocas palabras la proposición que se os va a hacer a aquellos de vosotros que tengáis la actitud correcta. Explicada con toda sencillez, es la siguiente: «Charlas con el corazón en la mano» se ha constituido legalmente como una compañía, y ¡vamos a poner estos libritos en las manos de todas las grandes organizaciones comerciales, de todos los vendedores y de todos los hombres que saben (no digo «creen», digo «saben») que son capaces de vender! Estamos ofreciendo en el mercado parte de las acciones de la empresa *Charlas con el corazón en la mano*, y para que la distribución resulte lo más amplia posible, y también para que podamos ofrecer un ejemplo vivo, concreto, en carne y hueso, de lo que es el arte de vender, o más bien de lo que puede ser, vamos a loros a aquellos de vosotros que seáis las personas idóneas una oportunidad de vender estos valores. Ahora bien, no me importa lo que hayáis tratado de vender antes ni cómo hayáis tratado de hacerlo. Tampoco importa la edad que tengáis. Yo solo quiero saber

dos cosas: primera, ¿quieres tener éxito?, y, segunda, ¿vas a trabajar para alcanzarlo?

»Yo me llamo Sammy Carleton, no «Mr.» Carleton, Sammy simplemente. Soy una persona práctica y no me gusta darme aires. Quiero que me llaméis Sammy.

»Esto es todo lo que voy a decir por hoy. Mañana quiero que aquellos de entre vosotros que hayáis meditado sobre todo esto y hayáis leído el ejemplar de *Charlas con el corazón en la mano* que se os va a dar a la salida, volváis a esta misma habitación a la misma hora, para que entremos más a fondo en la proposición que os voy a hacer y os explique mis descubrimientos sobre los factores del éxito. ¡Voy a hacerlos sentir que tú, y tú, y tú sois capaces de vender!

La voz de Mr. Carleton vibró por un momento a través de la sala y luego se desvaneció. Acompañado por el resonar de muchos pies sobre el suelo, Anthony se vio empujado hacia la salida con el resto del grupo.

Más aventuras con «Charlas con el corazón en la mano»

Sazonándolo con risas irónicas, Anthony hizo a Gloria el relato de su aventura comercial. Pero ella lo escuchó sin dar indicios de encontrarla divertida.

—¿Vas a renunciar una vez más? —le preguntó fríamente.

—¡No esperarás que...!

—Nunca he esperado nada de ti.

Anthony vaciló.

—Bueno, no veo la menor ventaja en enfermar de risa con semejante asunto. Si hay algo más viejo que esa historia tan vieja es el nuevo truco para ponerla al día.

Fue necesaria una asombrosa cantidad de energía moral por parte de Gloria para conseguir que Anthony volviera y, cuando se presentó al día siguiente, un tanto deprimido por la lectura de las inmemoriales perogrulladas caprichosamente expuestas en «Charlas con el corazón en la mano sobre la ambición», halló que solo cincuenta de los primitivos trescientos estaban aguardando la aparición del atractivo y entusiasta Sammy Carleton. En aquella ocasión las dotes de entusiasmo y persuasión de Mr. Carleton se consagraron a elucidar un magnífico tema teórico: cómo vender. Parecía ser que el método adecuado no era formular la propuesta y decir luego «Y ahora, ¿comprará usted?»; aquel, desde luego, no era el sistema, ¡ni mucho menos! El sistema era formular la propuesta y luego, después de haber agotado completamente al adversario, hacer uso del imperativo categórico: «¡Vamos a ver! He gastado mi tiempo con usted explicándole este asunto. Ha aceptado usted mis razonamientos. Todo lo que me queda por preguntarle es: ¿cuántas va a comprar?».

Mientras Mr. Carleton acumulaba afirmaciones una encima de otra, Anthony

empezó a sentir una especie de hastiada confianza en él. Aquel hombre parecía saber de qué estaba hablando. Indudablemente próspero, se había elevado lo suficiente como para instruir a otros. A Anthony no se le ocurrió que el tipo de hombre que alcanza el éxito comercial raras veces sabe cómo o por qué, y que si, como en el caso de su abuelo, le atribuye unas razones, son generalmente inexactas y absurdas.

Anthony se fijó en que, de los numerosos ancianos que habían respondido al anuncio original, solo dos habían vuelto, y que entre los treinta y tantos reunidos el tercer día para recibir de Mr. Carleton las definitivas instrucciones sobre cómo vender, solo se divisaba ya una cabeza gris. Aquellos treinta eran conversos entusiastas; iban siguiendo con los labios los movimientos de la boca de Mr. Carleton; se balanceaban en los asientos inflamados de celo, y en los momentos de descanso durante la exposición hablaban entre sí con tensos murmullos aprobatorios. Sin embargo, de los pocos escogidos que, según palabras de Mr. Carleton, «estaban decididos a alcanzar la recompensa que en estricta justicia les pertenecía», menos de media docena llegaban a combinar un mínimo de aceptable apariencia personal con el gran don de «ser agresivos». Pero a todos se les dijo que eran agresivos por naturaleza: lo único necesario era que creyeran con una especie de pasión salvaje en lo que estaban vendiendo. Mr. Carleton llegó incluso a sugerir que, si era posible, compraran ellos mismos algunos valores, para dar mayor peso a su propia sinceridad.

Fue así como, al quinto día, Anthony se lanzó a la calle con toda la sensación de ser un hombre buscado por la policía. Actuando de acuerdo con las instrucciones recibidas, eligió un edificio para oficinas de muchos pisos, con el fin de subir hasta el ático e ir después descendiendo y llamando a todas las puertas con letrero. Pero en el último momento tuvo dudas. Quizá fuese más factible aclimatarse a la helada atmósfera que sin duda le esperaba, intentándolo primero en unas cuantas oficinas de, pongamos por caso, Madison Avenue. Anthony se dirigió a una galería ocupada al parecer por personas semiprósperas, y al ver un letrero que decía «Percy B. Weatherbee, arquitecto», abrió la puerta heroicamente y entró. Una joven muy estirada alzó los ojos inquisitivamente.

—¿Puedo ver a Mr. Weatherbee?

—Anthony se preguntó si le temblaba la voz.

La muchacha puso una mano vacilante sobre el teléfono interior.

—¿Su nombre, por favor?

—No sabe... quién soy. Mi nombre no le diría nada.

—¿Por qué quiere hablar con él? ¿Es usted un agente de seguros?

—¡No, no, nada de eso! —denegó Anthony apresuradamente—. Claro que no. Se trata de... se trata de un asunto personal. —Se preguntó si era aquello lo que debería haber dicho. ¡Parecía todo tan sencillo cuando Mr. Carleton había ordenado a su rebaño!

«¡No permitáis que os impidan entrar. Hacedles ver que estáis decididos a hablar con ellos, y os escucharán!».

La muchacha sucumbió ante el agradable y melancólico rostro de Anthony, y un momento después la puerta de la habitación interior se abría para dar paso a un hombre alto, de pelo muy brillante, que andaba con los pies vueltos hacia fuera, y que se acercó a Anthony con mal disimulada impaciencia.

—¿Quería usted verme por un asunto personal?

Anthony sintió miedo.

—Quería hablar con usted —dijo con tono desafiante.

—¿Sobre qué?

—Necesitaré algún tiempo para explicárselo.

—Bien, ¿de qué se trata? —La voz de Mr. Weatherbee indicaba una creciente irritación.

Entonces Anthony, esforzándose con cada palabra y con cada sílaba, empezó:

—No sé si ha oído usted hablar alguna vez de una serie de panfletos titulados «Charlas con el corazón en la mano»...

—¡Dios santo! —exclamó Percy B. Weatherbee, arquitecto—. ¿Está usted tratando de llegarme al corazón?

—No, le estoy hablando de un negocio. «Charlas con el corazón en la mano» se ha constituido en sociedad y hemos puesto algunas participaciones en el mercado...

Su voz fue apagándose lentamente, hostigada por la mirada, fija y desdeñosa, de su reacia presa. Siguió luchando por espacio de un minuto más, cada vez más avergonzado, enredándose con sus propias palabras, sintiendo que se le escapaba la confianza en grandes bascas progresivas que parecían expulsar secciones de su propio cuerpo. Casi misericordiosamente, Percy B. Weatherbee, arquitecto, puso fin a la entrevista.

—¡Santo cielo! —exclamó muy molesto—, ¡y a esto le llama usted un asunto personal! —Moviéndose con rapidez, regresó a su despacho dando un portazo. Sin atreverse a mirar a la secretaria, Anthony abandonó la habitación de alguna vergonzosa y misteriosa manera. Sudando profusamente se quedó inmóvil en el vestíbulo preguntándose por qué no venían inmediatamente a detenerlo; en cada mirada de refilón descubría infaliblemente una mirada de menosprecio.

Al cabo de una hora y con la ayuda de dos *whiskies* dobles consiguió decidirse a intentarlo de nuevo. Entró en la tienda de un fontanero, pero nada más mencionar de qué se trataba, el fontanero empezó a ponerse el abrigo con muchas prisas, anunciando malhumoradamente que tenía que irse a comer. Anthony hizo notar cortésmente que era inútil tratar de vender algo a una persona cuando estaba hambrienta, y el fontanero se mostró completamente de acuerdo.

Este episodio animó a Anthony; trató de creer que por lo menos el fontanero le

hubiese escuchado de no mediar aquel almuerzo.

Ignorando unos cuantos bazares resplandecientes de aspecto formidable, Anthony entró en una tienda de ultramarinos. Un locuaz propietario le informó de que antes de comprar ningún valor quería ver qué efectos tenía el armisticio sobre el mercado bursátil. Al joven Patch esto le pareció casi una injusticia. En la Utopía del Vendedor de Mr. Carleton la única razón que los posibles compradores daban para no comprar valores eran sus dudas de que se tratase de una inversión prometedor. Las personas con esa disposición eran —a todas luces— presas casi ridículamente fáciles, a las que simplemente se abatía con la juiciosa aplicación de los correctos argumentos mercantiles. Pero estos otros... ¡el problema era que no tenían intención de comprar nada en absoluto!

Anthony se tomó varios *whiskies* más antes de abordar a su cuarto hombre, un corredor de fincas; sin embargo, el joven Patch fue derribado con un golpe tan decisivo como un silogismo. El corredor de fincas dijo que tenía tres hermanos en el negocio de las inversiones. Viéndose ya en el desagradable papel de destructor de hogares, Anthony presentó sus disculpas y salió del despacho.

Después de tomarse otro *whisky*, se le ocurrió el brillante plan de vender los valores a los dueños de los bares de Lexington Avenue. Esto le llevó horas, porque era necesario tomarse varias copas en cada sitio para conseguir que el propietario se colocara en la apropiada situación anímica para hablar de negocios. Pero todos ellos arguyeron unánimemente que si tuvieran dinero para comprar bonos no estarían atendiendo el mostrador de un bar. Era como si se hubiesen reunido previamente y acordado responder de la misma manera. A medida que se aproximaban las cinco de la tarde —unas cinco de la tarde de oscuridad y acumulación de *whiskies*—, Anthony descubrió que sus interlocutores estaban desarrollando una tendencia aún más molesta a tomarse en broma sus proposiciones financieras.

Por consiguiente, al dar las cinco, con un tremendo esfuerzo de concentración, Anthony decidió diversificar el abanico de posibles compradores. Eligió una galería de alimentación de tamaño medio. Nada más entrar se dio cuenta —con repentina iluminación interior— de que lo más adecuado era deslumbrar no solo al dueño de la tienda, sino también a todos los clientes, y así, gracias a la fuerza psicológica del instinto de rebaño, quizá compraran los bonos con sorprendida e inmediatamente lograda unanimidad.

—Buenas tardes —empezó, con voz demasiado fuerte y pastosa—. Tengo una proposición que hacerles.

Si lo que quería era silencio, lo consiguió. Una especie de temor reverente se apoderó de la media docena de mujeres que estaban comprando y del anciano de cabellos grises, con gorro y mandil, que partía un pollo.

Anthony sacó un puñado de papeles de su cartera entreabierta, y lo agitó

alegremente.

—Compren un bono —sugirió—, ¡tan bueno como un bono de la libertad! —La frase le gustó y se dedicó a desarrollarla—. Mejor que un bono de la libertad. Cada uno de estos vale por dos bonos de la libertad. —En la mente de Anthony se produjo una laguna y saltó al párrafo final de su arenga, que pronunció con los gestos apropiados, aunque un tanto desfigurados por la necesidad de agarrarse al mostrador con una o con las dos manos para conservar el equilibrio—. ¡Vamos a ver! Les he dedicado mi tiempo. No quiero saber por qué no van a comprar. Solo quiero que digan por qué. ¡Quiero que digan cuántos!

Al llegar a aquel punto, las personas presentes en la tienda deberían habersele acercado con talonario de cheques y pluma estilográfica en la mano. Dándose cuenta de que no reaccionaban de la manera esperada, Anthony, con intuición de actor, volvió atrás y repitió el párrafo final.

—¡Vamos a ver! Les he dedicado mi tiempo. Han seguido ustedes mi proposición. ¿Están de acuerdo con el razonamiento? Ahora, todo lo que quiero de ustedes es: ¿cuántos bonos de la libertad?

—¡Oiga usted! —intervino una nueva voz. Un hombre corpulento, de rostro adornado por simétricas volutas de pelo rubio, había salido de una especie de jaula de cristal en el fondo del establecimiento y se estaba acercando a Anthony—. ¡Óigame usted!

—¿Cuántos? —repitió impertérrito el vendedor—. Les he dedicado mi tiempo...

—¡Eh, usted! —gritó el propietario—, haré que se lo lleve la policía.

—¡No hay ninguna razón para hacer una cosa así! —replicó Anthony con magnífica obstinación—. Todo lo que quiero es saber cuántos.

Desde distintos puntos de la tienda se alzaron nubecillas de comentarios y recriminaciones.

—¡Qué desagradable!

—Está completamente loco.

—Borracho como una cuba.

El propietario sujetó a Anthony por un brazo con decisión.

—Váyase o llamaré a la policía.

Un resto de racionalidad impulsó a Anthony a asentir con la cabeza y a volver a meter los bonos en la cartera con mano torpe.

—¿Cuántos? —insistió, con voz incierta.

—¡El cuerpo entero si es necesario! —rugió su adversario temblándole fieramente el bigote rubio.

—Véndales un bono a todos.

Anthony se dio la vuelta después de decir esto, hizo una inclinación de cabeza en dirección a sus últimos espectadores, y salió tambaleándose del establecimiento.

Encontró un taxi en la esquina que lo llevó al apartamento. Se quedó profundamente dormido en el sofá, y allí lo encontró Gloria con el aliento apestando a *whisky*, y aferrando todavía con una mano la cartera abierta.

Excepto cuando bebía, la amplitud de las sensaciones de Anthony era menor que la de un anciano con buena salud, y en julio, al llegar la prohibición, el joven Patch descubrió que, entre quienes podían permitírselo, se bebía más que nunca. Cualquier anfitrión sacaba a relucir una botella con el más mínimo pretexto. La tendencia a ofrecer bebidas alcohólicas era una manifestación del mismo instinto que lleva a un hombre a adornar a su mujer con joyas. Tener bebidas alcohólicas era un alarde, casi un símbolo de respetabilidad.

Por las mañanas Anthony se despertaba cansado, nervioso y preocupado. Los apacibles crepúsculos del estío y el frescor violeta de los amaneceres no lograban provocar en él la menor respuesta. Tan solo durante un breve momento diario, con el calor y la vida renovada del primer *whisky* con soda, su mente era capaz de regresar a los vagorosos sueños de placeres futuros, herencia común de los felices y de los condenados. Pero esto duraba muy poco tiempo. A medida que se emborrachaba los sueños se desvanecían y él se convertía en un confuso espectro, moviéndose por extraños recovecos de su propia mente, lleno de inesperados caprichos, cruelmente despectivo en el mejor de los casos, y capaz de alcanzar pastosas y descorazonadas simas. Una noche de junio se peleó violentamente con Maury por un motivo absolutamente trivial. Al otro día recordaba vagamente que todo había girado en torno a una botella rota de champán. Maury le había dicho que se serenara y Anthony se sintió herido, de manera que con un pretendido gesto de dignidad se levantó de la mesa y cogió a Gloria del brazo para, con profunda sensación de vergüenza por parte de su mujer, llevarla hasta el taxi que esperaba fuera, dejando a Maury con tres cenas encargadas y las entradas para la ópera.

Esta especie de fracaso semitrágico se había hecho tan corriente que, cuando se producía uno nuevo, Anthony no se sentía siquiera obligado a ofrecer disculpas. Si Gloria protestaba —y últimamente lo más probable era que se hundiera en un desdeñoso silencio—, él se lanzaba a una violenta defensa de sí mismo o abandonaba el apartamento con gesto melancólico. Desde el incidente en el andén de la estación de Redgate, nunca le había puesto la mano encima a Gloria, aunque a menudo se contenía por algún instinto que lo hacía al mismo tiempo temblar de rabia. De la misma manera que todavía seguía queriéndola más que a ningún otro ser humano, también los odios que le inspiraba eran muy intensos y frecuentes.

Hasta aquel momento, el tribunal de apelación no había emitido su fallo, pero, después de otro aplazamiento, confirmó finalmente la sentencia del tribunal inferior, aunque con el voto en contra de dos de sus miembros. A Edward Shuttleworth le fue notificado que se volvería a apelar contra la sentencia. El caso tendría que verse ante

el tribunal de último recurso, y Anthony y Gloria se enfrentarían una vez más con otra interminable espera. Seis meses, quizá un año. La herencia se había convertido para ellos en algo terriblemente irreal, tan remoto e incierto como el paraíso.

Durante todo el invierno precedente un problema de poca importancia se había convertido en sutil y omnipresente motivo de irritación: la cuestión del abrigo gris de piel de ardilla para Gloria. En aquellos días podían verse a cada paso por la Quinta Avenida mujeres con largas capas de piel de ardilla. Aquel atuendo les daba aspecto de peonzas; resultaban porcinas y obscenas; aquella suntuosidad que solo servía para ocultar y la femenina animalidad de la prenda les hacía parecer concubinas. Sin embargo... Gloria quería un abrigo de ardilla gris.

Discutiendo aquel asunto —o, más bien, peleándose con ese motivo, porque, más incluso que durante su primer año de matrimonio, toda discusión adoptaba la forma de confrontación violenta, llena de frases como «Sin duda alguna», «Completamente absurdo», «Es así, digas lo que digas» y el definitivo «A pesar de todo» llegaron a la conclusión de que no podían comprar el abrigo. Y a partir de entonces, aquella prenda fue convirtiéndose gradualmente en el símbolo de su creciente inseguridad económica.

Para Gloria la reducción de sus ingresos era un fenómeno fuera de lo común, sin explicación ni precedente; y el que hubiera podido producirse en el espacio de cinco años lo consideraba casi una crueldad premeditada, concebida y ejecutada por un dios sarcástico. Cuando se casaron, siete mil quinientos dólares al año parecían ingresos adecuados para una pareja de jóvenes, sobre todo si se les añadía la esperanza de muchos millones. Gloria no había llegado a darse cuenta de que sus recursos disminuían no solo en cantidad, sino en poder adquisitivo, hasta que el pago a Mr. Haight de unos honorarios a cuenta de quince mil dólares lo convirtió en un hecho repentina y sorprendentemente manifiesto. Cuando Anthony fue llamado a filas habían calculado que sus ingresos estaban por encima de los cuatrocientos al mes, pero a la vuelta del joven Patch a Nueva York descubrieron que la situación era aún más alarmante. Solo recibían ya cuatro mil quinientos dólares al año por sus inversiones. Y aunque la resolución del pleito seguía alejándose de ellos como un tenaz espejismo, y la posibilidad de un desastre económico se delineaba cada vez con más claridad, seguían descubriendo, sin embargo, que les resultaba imposible vivir dentro de los límites que les marcaban sus ingresos.

De manera que Gloria prescindió del abrigo de piel de ardilla, y todos los días, al recorrer la Quinta Avenida, era consciente de su gastado chaquetón de piel de leopardo, absolutamente pasado de moda. Cada dos meses vendían un bono, pero de todas formas, después de pagar las facturas, solo quedaba lo suficiente para calmar el insaciable apetito de sus gastos corrientes. Los cálculos de Anthony mostraban que su capital podría durar unos siete años más. De manera que Gloria se sentía muy

amargada, porque en una semana, durante una larguísima y desmadrada fiesta en el curso de la cual Anthony, caprichosamente, se quitó chaqueta, chaleco y camisa en un teatro y una cuadrilla de acomodados tuvo que ayudarlo a abandonar la sala, se habían gastado el doble de lo que hubiese costado el abrigo de piel de ardilla.

Era el mes de noviembre (el veranillo de San Martín más exactamente) y hacía una noche muy calurosa, cosa innecesaria, porque el trabajo del verano ya estaba hecho. Babe Ruth había batido por primera vez el récord de carreras de béisbol y Jack Dempsey le había roto el pómulo a Jess Willard en Ohio. Al otro lado del océano el habitual número de niños tenían el vientre hinchado por causa de la desnutrición, y los diplomáticos se consagraban a su tarea de siempre: hacer del mundo un sitio adecuado para nuevas guerras. En la ciudad de Nueva York el proletariado estaba siendo «disciplinado», y las apuestas a favor del equipo de fútbol de Harvard eran generalmente cinco a tres. La paz había llegado de verdad, y comenzaba una nueva época.

En el dormitorio de su apartamento de la calle Cincuenta y siete, Gloria daba vueltas en la cama, incorporándose de cuando en cuando para quitarse una colcha superflua y pidiéndole a Anthony, en una ocasión que estaba despierto a su lado, que le trajera un vaso de agua helada.

—Note olvides de ponerle un poco de hielo —le dijo insistentemente—; no sale lo bastante fría del grifo.

Mirando a través de los transparentes visillos Gloria podía ver la redondez de la luna por encima de los tejados y más allá, sobre el cielo, el resplandor amarillo procedente de Times Square; y al contemplar aquellas dos luces discrepantes, su mente se puso a analizar una emoción, o más bien un conjunto de emociones entretejidas, que la habían ocupado durante el día, y también el día anterior y, todavía más atrás, la última vez que recordaba haber pensado con claridad y orden acerca de algo... lo que tuvo que ser mientras Anthony estaba en el ejército.

Gloria iba a cumplir veintinueve años en febrero, y ese mes adquiría un significado tan ominoso como inevitable, haciéndole preguntarse, durante aquellas nebulosas horas medio enfebrecidas, si después de todo no habría desperdiciado su belleza, ligeramente ajada ya; si era posible utilizar una cualidad limitada por tan cruel e inevitable desaparición.

Años antes, a los veintiuno, Gloria había escrito en su diario: «La belleza existe solo para ser admirada, solo para ser amada; para recogerla cuidadosamente y arrojarla después al amante escogido como un ramo de rosas. En mi opinión, y hasta donde soy capaz de juzgar, creo que mi belleza debiera usarse de esa forma...».

Y ahora, durante todo aquel día de noviembre, todo aquel día repleto de desolación, Gloria había estado pensando que quizá estuviese equivocada. Para preservar la integridad de su primer don no había vuelto a buscar el amor. Cuando la

llama primera y el éxtasis habían perdido fuerza, para disminuir luego y finalmente desaparecer, ella había empezado a conservar... pero ¿qué? Le desconcertaba no saber ya qué era exactamente lo que estaba conservando... un recuerdo sentimental o un básico y profundo concepto del honor. Dudaba ahora si había habido alguna cuestión moral implicada en su manera de vivir: avanzar sin preocupaciones ni remordimientos por la más alegre de todas las sendas posibles y conservar el orgullo siendo siempre ella misma y haciendo siempre lo que parecía más hermoso que ella hiciera. Desde el primer muchachito con cuello almidonado que la había considerado su «chica», hasta el último desconocido cuyos ojos manifestaban interés y admiración al posarse sobre ella, había bastado aquella inocencia sin rival que Gloria era capaz de poner en cualquier mirada o de arropar con una frase inconexa —porque siempre había hablado sin terminar las frases— para tejer en torno suyo inconmensurables ilusiones, distancias inconmensurables, inconmensurable luz. Para dotar a los hombres de un alma, para crear una felicidad espléndida y una espléndida desesperación tenía que seguir siendo profundamente altiva, con el orgullo de seguir inviolada, y también con el orgullo de fundirse ante la pasión y de ser poseída.

Sabía que en el fondo de su corazón nunca había querido tener hijos. La materialidad, la animalidad, los intolerables sentimientos que llevaba consigo estar embarazada, la amenaza que suponía para su belleza, la dejaban consternada. Quería existir tan solo como una flor consciente, que prolonga su propia existencia lo más posible y cuida de sí misma. Su sentimentalismo podía agarrarse ferozmente a sus propias ilusiones, pero su alma susurraba que la maternidad también era un privilegio del mandril hembra. De manera que sus sueños eran únicamente sobre niños fantasmales: juveniles y perfectos símbolos de su juvenil y perfecto amor hacia Anthony.

En último extremo, su belleza era lo único que nunca le fallaba. Gloria no había visto nunca otra belleza como la suya. Lo que significara ética o estéticamente perdía sentido ante la maravillosa concreción de sus pies sonrosados, de la limpia perfección de su cuerpo, y de la boca infantil que era como el símbolo material de un beso.

Iba a cumplir veintinueve años en febrero. Mientras la larga noche tocaba a su fin, Gloria tomó absoluta conciencia de que ella y la belleza iban a hacer uso de los próximos tres meses. Al principio no estaba segura de para qué, pero el problema se resolvió gradualmente gracias al antiguo señuelo de la pantalla. Ahora estaba decidida. Ninguna necesidad material podría haberla impulsado como lo hacía aquel miedo. No importaba lo que dijera Anthony, aquel Anthony pobre de espíritu, un hombre débil y hundido con los ojos inyectados en sangre, por quien aún sentía ternura en algunos momentos. Nada importaba. Cumpliría veintinueve años en febrero... un centenar de días, eso era todo lo que contaba; iría a ver a Bloeckman al día siguiente.

Con la decisión llegó el descanso. Le animaba que de alguna manera se pudiera mantener la ilusión de la belleza, o quizá preservarla en celuloide después de desvanecida en la realidad. De acuerdo... mañana.

Al día siguiente se sintió débil y enferma. Intentó salir a la calle y solo evitó caer agarrándose a un buzón de correos próximo a la puerta de la casa. El ascensorista de Martinica la ayudó a subir hasta el apartamento, y Gloria estuvo esperando en la cama a que regresara Anthony, sin energía suficiente para desabrocharse el sostén.

Tuvo una gripe que le duró cinco días y que, en el momento en que el mes doblaba la esquina del invierno, se convirtió en pulmonía doble. En el enfebrecido deambular de su mente, Gloria recorría una casa de desoladas habitaciones sin luz buscando a su madre. Todo lo que quería era ser una niña pequeña, a fin de que algún poder condescendiente pero superior, más estúpido y más sereno que ella misma, la cuidara de manera eficiente. Parecía que el único amante que había deseado alguna vez era un amante en un sueño.

«*Odi profanum vulgus*»

Un día, a mitad de la enfermedad de Gloria, se produjo un curioso incidente que tuvo desconcertada a miss McGovern, la enfermera diplomada, durante algún tiempo. Era mediodía, pero la habitación donde descansaba la enferma estaba a oscuras y en silencio. Miss McGovern se hallaba cerca de la cama preparando alguna medicina, cuando mistress Patch, que, al parecer, dormía profundamente, se incorporó y empezó a hablar con gran vehemencia:

—Millones de personas —dijo— pululando como ratas, parloteando como cotorras, oliendo como el mismísimo infierno... ¡monos! O pulgas, supongo. Por un palacio verdaderamente exquisito... pongamos en Long Island, o incluso en Greenwich... por un palacio lleno de cuadros del Viejo Mundo y de cosas exquisitas, con arboledas y un césped bien cuidado, y una vista del mar azul, y personas agradables elegantemente vestidas... yo sacrificaría cien mil, un millón. —Gloria alzó la mano débilmente y chasqueó los dedos—. No me importan nada... ¿comprende usted?

La mirada que dirigió a miss McGovern al concluir estas palabras fue extrañamente traviesa, extrañamente resuelta. Luego dejó escapar una risita rematada con un gesto de desprecio y, echándose para atrás, volvió a quedarse dormida.

Miss McGovern quedó desconcertada. Se preguntaba qué eran las cien mil cosas que mistress Patch sacrificaría por su palacio. Dólares, suponía... y, sin embargo, no había sonado exactamente como dólares.

El cine

Era el mes de febrero, una semana antes del cumpleaños de Gloria, y las grandes nevadas que llenaban los callejones como la porquería llena las grietas del suelo se habían derretido a medias y el aguanieve resultante era escoltado hacia las alcantarillas por las mangueras del servicio de limpieza del ayuntamiento. El viento, no por intermitente menos desagradable, se colaba por las ventanas abiertas de la sala de estar, trayendo consigo los deprimentes secretos del patio trasero y limpiando el apartamento de los Patch del aire viciado por el humo de muchos cigarrillos.

Gloria, envuelta en un kimono de tela gruesa, entró en la fría habitación y, descolgando el teléfono, llamó a Joseph Bloeckman.

—¿Quiere usted decir Mr. Joseph Black? —le preguntó la telefonista de Films Par Excellence.

—Bloeckman, Joseph Bloeckman, B-l-o...

—Mr. Joseph Bloeckman ha cambiado su apellido por Black. ¿Quiere usted hablar con él?

—Sí... claro. —Gloria recordó con nerviosismo que en otros tiempos lo había llamado «Blockhead» en sus mismas narices.

Para ponerle en comunicación con su despacho fue necesaria la intervención de otras dos voces femeninas; la segunda, una secretaria que le pidió el nombre. Únicamente al llegarle a través del auricular el conocido —aunque vagamente impersonal— tono de voz del magnate cinematográfico, Gloria se dio cuenta de que llevaban tres años sin verse. Y, además, él había cambiado de apellido.

—¿Puedo verlo? —sugirió ella con tono intrascendente—. Es una cuestión de negocios, en realidad. Por fin he decidido trabajar en el cine... si es que puedo.

—Me alegro muchísimo. Siempre he pensado que le gustaría.

—¿Le será posible conseguir que me hagan una prueba? —preguntó Gloria con la arrogancia característica de todas las mujeres hermosas y de todas las que en algún momento se consideraron hermosas.

Mr. Black le aseguró que se trataba únicamente de decidir cuándo quería que le hiciesen la prueba. ¿Le daba lo mismo? De acuerdo, le telefonaría más tarde para comunicarle la hora precisa. La conversación terminó con los habituales lugares comunes por ambas partes. Luego, desde las tres hasta las cinco, Gloria estuvo esperando junto al teléfono... pero sin resultado. A la mañana siguiente, sin embargo, recibió una nota que la alegró y llenó de excitación:

* * *

Mi querida Gloria:

Por casualidad acabo de enterarme de algo que creo puede ser exactamente lo que le conviene. Me gustaría que empezara con un papel que llamara la atención. Por otra parte, si una muchacha tan hermosa como usted trabajara directamente en una película al lado de una de esas estrellas un tanto gastadas que todas las compañías tienen que soportar, lo más probable es que se produjeran habladurías. Pero hay un papel de flapper en una producción de Percy B. Debris que me parece adecuado para usted y que sin duda despertaría interés. Willa Sable da la réplica a Gaston Mears en un papel de mujer algo madura y creo que usted haría de hermana menor.

De todas formas, Percy B. Debris, el director de la película, dice que si viene usted al estudio pasado mañana (el jueves) le hará una prueba. Si las diez de la mañana le parece bien, me reuniré allí con usted a esa hora.

Con los mejores deseos.

Siempre suyo,

JOSEPH BLACK

* * *

Gloria había decidido que Anthony no tenía por qué saber nada de aquello hasta que de verdad la contrataran, de manera que a la mañana siguiente se vistió y salió del apartamento antes de que él se despertara. El espejo, pensó Gloria, le había devuelto prácticamente la misma imagen de siempre. Se preguntó si persistiría alguna huella de su enfermedad. Aún no había recuperado su peso habitual y, pocos días antes, llegó a imaginar que sus mejillas estaban un poco chupadas... pero se convenció de que se trataba tan solo de una situación transitoria y de que aquel día en particular se hallaba tan hermosa como siempre. Había comprado un sombrero nuevo cargándolo en su cuenta y, como el día estaba templado, dejó en casa el chaquetón de piel de leopardo.

En los estudios de Films Par Excellence su presencia fue comunicada por teléfono y se le dijo que Mr. Black se reuniría con ella inmediatamente. Gloria miró a su alrededor. Un hombrecillo grueso con un abrigo de bolsillos en diagonal estaba mostrando las instalaciones a dos muchachas, y una de ellas había señalado unos montones de pequeños paquetes, apilados hasta la altura del pecho a lo largo de veinte pies de pared.

—Eso es el correo del estudio —explicó el hombrecillo grueso—. Fotografías de las estrellas que trabajan para Films Par Excellence.

—Ah.

—Cada una de ellas autografiada por Florence Kelley o Gaston Mears o Mack Dodge... —Guiñó un ojo confidencialmente—. Por lo menos, cuando Minnie McGlook, que vive en Sauk Centre, recibe la fotografía que pidió por carta, cree que está autografiada.

—¿Lo hacen a imprenta?

—Claro. Les llevaría una jornada de ocho horas firmar la mitad de las fotografías. Dicen que la correspondencia con sus admiradores le cuesta a Mary Pickford cincuenta mil al año.

—¿De veras?

—Claro. Cincuenta mil. Pero no existe mejor publicidad...

Sus voces se fueron alejando hasta perderse y casi inmediatamente apareció Bloeckman... Bloeckman, un afable caballero moreno, cuarentón elegante, que la saludó con mesurada cordialidad y le dijo que no había cambiado en absoluto en los últimos tres años. El magnate cinematográfico fue guiándola hasta un recinto de grandes proporciones, tan amplio como un hangar y dividido intermitentemente por decorados llenos de actividad e hileras de extrañas luces. Cada unidad independiente tenía escrito con grandes letras blancas «Compañía Gaston Mears», «Compañía Mack Dodgen», o simplemente «Films Par Excellence».

—¿Nunca ha estado en un estudio?

Jamás.

Gloria descubrió que le gustaba. No existía la sofocante proximidad de los rostros maquillados, ni el olor a trajes manchados y deslucidos que años atrás tanto le había desagradado entre bastidores durante la representación de una comedia musical. El trabajo en el estudio se hacía por las mañanas; los accesorios parecían de buena calidad, bonitos y nuevos. En un decorado con vistosas colgaduras de Manchuria, un chino impecable representaba una escena siguiendo las instrucciones que se le daban por el megáfono, mientras la gran máquina resplandeciente iba dando forma, para edificación del espíritu nacional, a una historia moral tan vieja como el mundo.

Un hombre de cabellos rojos se les acercó y dirigió la palabra a Bloeckman con familiaridad pero también con deferencia.

—Hola, Debris —respondió el interpelado—. Quiero presentarle a mistress Patch... Mistress Patch quisiera trabajar en el cine, como ya le he explicado... De manera que, ¿adónde vamos?

Mr. Debris —el gran Percy B. Debris, pensó Gloria— los condujo a un decorado que representaba el interior de un despacho. Había algunas sillas alrededor de la cámara situada frente al decorado, y los tres se sentaron en ellas.

—¿Ha estado alguna vez en un estudio? —preguntó Mr. Debris, con una mirada que era sin duda la quintaesencia de la perspicacia—. ¿No? Bien, voy a explicar le exactamente qué es lo que va a pasar. Vamos a hacerle lo que nosotros llamamos una

prueba para ver qué tal da usted en fotografía, si se comporta con naturalidad en el escenario y cómo responde a las instrucciones que se le vayan dando. No hay ninguna necesidad de que se ponga nerviosa. El operador rodará unos cientos de pies de película con un episodio que tengo señalado en el guión. Con eso estaremos ya en condiciones de enterarnos de todo lo que queremos saber.

Con un guión mecanografiado en la mano, Mr. Debris explicó a Gloria la escena que tenía que representar. Una tal Barbara Wainwright se había casado en secreto con el socio más joven de la firma cuyas oficinas estaban allí representadas. Al entrar un día por casualidad en el despacho vacío, la joven sentía la natural curiosidad por el sitio donde trabajaba su marido. Sonaba el teléfono y después de unos instantes de vacilación, lo contestaba. Se enteraba de que su marido había sido atropellado por un automóvil, muriendo instantáneamente. La muchacha quedaba sobrecogida. Al principio era incapaz de darse cuenta de lo sucedido, pero terminaba por comprenderlo y caía desmayada al suelo.

—Eso es todo lo que queremos —concluyó Mr. Debris—. Yo voy a quedarme aquí y decirle aproximadamente lo que tiene que hacer, y usted ha de comportarse como si yo no estuviera y representar la escena a su manera. No tiene que asustarse pensando que vamos a juzgarla con demasiada severidad. Lo que queremos es, simplemente, hacernos una idea general de su personalidad en la pantalla.

—De acuerdo.

—Encontrará maquillaje en la habitación que hay detrás del decorado. No se ponga demasiado. Muy poco colorete.

—De acuerdo —repitió Gloria, asintiendo con la cabeza. Nerviosa, se mojó los labios con la punta de la lengua.

La prueba

Al entrar en el decorado por una puerta de madera de verdad y cerrarla cuidadosamente tras de sí, Gloria descubrió que no le satisfacía la ropa que llevaba. Debería haber comprado un vestido de «jovencita» para aquella ocasión: todavía estaba en condiciones de llevarlos, y hubiese sido una buena inversión si servía para acentuar su atractivo juvenil.

Pero su mente regresó de golpe al trascendental momento presente al llegarle la voz de Mr. Debris desde el resplandor de las luces blancas que tenía enfrente.

—Busca usted a su marido con la mirada... Pero no está... el despacho despierta su curiosidad.

Gloria tomó conciencia del ruido de la cámara en funcionamiento. Sintió

preocupación. Miró hacia ella involuntariamente y se preguntó si se habría maquillado correctamente. Luego, con un decidido esfuerzo, empezó a actuar... y nunca había sentido que los gestos de su cuerpo fuesen tan banales, tan desmañados, tan desprovistos de gracia o distinción. Recorrió el despacho, cogiendo algún objeto aquí y allá, y contemplándolos de la manera más anodina imaginable. Después de inspeccionar el techo y el suelo, examinó detenidamente un lapicero sin el menor interés que estaba sobre el escritorio. Finalmente, como no se le ocurría nada más que hacer, y mucho menos que expresar, hizo un esfuerzo para sonreír.

—Está bien. Ahora suena el teléfono. ¡Riiiiing! Dude, y luego conteste.

Gloria vaciló... y luego, demasiado deprisa, le pareció a ella, descolgó el auricular.

—¿Diga?

Su voz le pareció hueca y ficticia. Sus palabras resonaron en el decorado vacío con fantasmal incorporeidad. Lo absurdo de las exigencias a que se veía sometida le causó verdadero asombro. ¿De verdad esperaban que en unos momentos se identificara con aquel personaje ridículo sobre el que no se daba la menor explicación?

—... No... no... ¡Todavía no! Ahora escuche: «¡John Summer acaba de ser atropellado por un automóvil y ha muerto instantáneamente!».

Gloria abrió lentamente su boca infantil. Luego:

—¡Ahora cuelgue! ¡Con brusquedad!

Gloria obedeció, agarrándose a la mesa con ojos desorbitados. Por fin se sentía algo alentada y su confianza aumentó.

—¡Dios mío! —exclamó. Le pareció que su voz sonaba bien—. ¡No es posible!

—Ahora desmátese.

Gloria cayó de rodillas y luego se derrumbó por completo, conteniendo la respiración.

—¡Está bien! —dijo Mr. Debris—. Eso es suficiente, muchas gracias. No necesitamos más. Levántese, eso es suficiente.

Gloria se puso en pie, recobrando la dignidad y sacudiéndose la falda.

—¡Terrible! —hizo notar con una risa serena, aunque su corazón latía tumultuosamente—. Ha sido espantoso, ¿no es cierto?

—¿No le ha parecido bien? —dijo Mr. Debris sonriendo suavemente—. ¿Le ha resultado difícil? No puedo decir nada hasta que no lo haya visto en proyección.

—Claro —asintió ella, tratando de dar algún tipo de significado a la observación del famoso director... sin conseguirlo. Era lo que tenía que decir en el caso de que estuviese tratando de no darle ánimos.

Pocos momentos después Gloria abandonó el estudio. Bloeckman le había prometido que sabría los resultados de la prueba en los próximos días. Demasiado

orgullosa para pedir una opinión concreta, Gloria sentía una desconcertante inseguridad, y solo ahora, cuando ya había dado por fin el paso, comprendía hasta qué punto la posibilidad de una carrera brillante en la pantalla había estado presente en su imaginación durante los tres últimos años. Aquella noche trató de repasar consigo misma los elementos que podían influir a su favor o en contra suya. Le preocupaba la posibilidad de no haber usado suficiente maquillaje y, como la chica en cuestión no tenía más que veinte años, se preguntaba si no se habría mostrado algo más seria de lo necesario. Lo que menos le satisfacía era su manera de actuar. La entrada había sido desastrosa —de hecho, hasta llegar al teléfono no había dado muestras de tener una pizca de aplomo— y la prueba se había terminado casi enseguida. ¡Si en el estudio se dieran cuenta de todo eso! Sintió deseos de intentarlo de nuevo. Un plan insensato que consistía en llamar a la mañana siguiente y pedir que le hicieran otra prueba se adueñó de su mente, para desvanecerse con la misma rapidez con que había aparecido. No parecía ni cortés ni diplomático pedirle otro favor a Bloeckman.

Al tercer día de espera Gloria estaba terriblemente nerviosa. Se había mordido el interior de la boca hasta dejarla en carne viva, y le escocía muchísimo cuando se la enjuagaba con un desinfectante. Consiguió pelearse tantas veces con su marido que Anthony se marchó furioso de casa. Pero como Gloria había conseguido asustarlo con una frialdad fuera de lo corriente, le telefoneó una hora más tarde para disculparse y decirle que comería en el Club Amsterdam, el único del que seguía siendo socio.

Era ya más de la una y Gloria había desayunado a las once, de manera que, renunciando al almuerzo, salió a dar un paseo por el parque. A las tres llegaría el correo. Estaría de vuelta para entonces.

Hacía una tarde de primavera. Los paseos estaban prácticamente secos y por el parque las niñitas empujaban con mucha seriedad los cochecitos blancos de sus muñecas bajo los árboles sin hojas, seguidas por aburridas niñeras en grupos de dos, hablando entre sí de los tremendos secretos característicos de las niñeras.

Las dos por su relojito de oro. Tendría que tener otro nuevo, de platino, con forma apaisada e incrustaciones de diamantes... pero los relojes así costaban más que los abrigo de piel de ardilla y, por supuesto, se hallaban ahora fuera de su alcance, como todo lo demás... a no ser que, quizá, la carta deseada estuviera esperándola... dentro de una hora... cincuenta y ocho minutos, más exactamente. Como necesitaba diez para volver a casa, quedaban cuarenta y ocho... cuarenta y siete ya...

Niñitas empujando con mucha seriedad sus cochecitos por los húmedos paseos soleados. Las niñeras conversando en parejas sobre sus inescrutables secretos. Aquí y allá, algún hombre harapiento sentado en hojas de periódico extendidas sobre un banco todavía húmedo no se relacionaba con la deliciosa y radiante tarde sino con la nieve sucia que dormía exhausta en los rincones oscuros, aguardando ser

exterminada...

Siglos más tarde, al entrar en el portal mal iluminado, Gloria vio al ascensorista extrañamente silueteado por la luz de la ventana con vidrios de colores.

—¿Hay correo para nosotros? —preguntó ella.

—Está arriba, *madame*.

La centralita había empezado a graznar abominablemente y Gloria esperó a que el martinicano atendiera el teléfono. Fue sintiéndose enferma mientras el ascensor se elevaba entre crujidos: los pisos iban sucediéndose con lentitud de siglos, cada uno de ellos ominoso, acusador, preñado de significados. La carta, una mancha blanca como una pústula, estaba en el suelo sobre los sucios baldosines del descansillo...

* * *

Mi querida Gloria:

Hemos visto la prueba ayer por la tarde, y Mr. Debris parece pensar que necesita una mujer más joven para el personaje que había imaginado. Dijo que la interpretación no era mala, y que había un papel secundario de una viuda rica muy altiva que usted podría...

* * *

Desconsolada, Gloria alzó la vista hasta posarla al otro lado del patio. Pero se dio cuenta de que no distinguía la pared opuesta porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Entró en el dormitorio, apretando con la mano la carta hecha un rebujo, y cayó de rodillas delante del gran espejo del armario ropero. Aquel día cumplía veintinueve años, y el mundo se estaba esfumando delante de sus ojos. Trató de convencerse de que había sido el maquillaje, pero sus emociones eran demasiado profundas, demasiado abrumadoras para que aquel pensamiento pudiera proporcionarle el menor consuelo.

Se esforzó por ver a través de las lágrimas hasta que sintió que se le ponía tirante la piel de las sienes. Sí... era cierto que tenía las mejillas un poco chupadas y le habían aparecido arrugas diminutas en el rabillo del ojo. Y hasta sus mismos ojos eran diferentes. ¡Sí que eran diferentes...! De repente se dio cuenta de todo el cansancio que denunciaban sus ojos.

—¡Mi rostro! —susurró, quejándose apasionadamente—. ¡Mi belleza! ¡No quiero vivir sin un rostro hermoso! ¿Qué me ha sucedido?

Luego se inclinó hacia el espejo y, como en la prueba cinematográfica, cayó boca

abajo sobre el suelo... y se quedó allí sollozando. Era la primera vez en su vida que hacía un movimiento desgarrado.

3. ¡Da lo mismo!

EN el espacio de un año, Anthony y Gloria eran ya como actores que han perdido su vestuario y les falta el orgullo para seguir interpretando en un registro trágico, de manera que cuando mistress y miss Hulme, de Kansas City, les dieron de lado una noche en el Plaza era únicamente porque mistress y miss Hulme, como la mayoría de la gente, aborrecían los espejos que sirvieran para reflejar sus propios atavismos.

Su nuevo apartamento, por el que pagaban ochenta y cinco dólares al mes, estaba situado en Claremont Avenue, a dos manzanas del río Hudson y de las grises calles cien. Llevaban un mes viviendo allí cuando Muriel Kane fue a verlos un día a última hora de la tarde.

Era un perfecto crepúsculo de una primavera camino ya del verano. Anthony estaba tumbado en el sofá contemplando la calle Ciento veintisiete en dirección al río, cerca del cual podía ver una mancha aislada de árboles verdeantes que garantizaban el escaso sombreado de Riverside Drive. Al otro lado de la corriente se hallaban los Palisades, coronados por la fea estructura del parque de atracciones... sin embargo, muy pronto oscurecería y aquellas mismas telarañas de hierro se convertirían en glorioso resplandor contra el cielo nocturno, en palacio de ensueño situado sobre el brillo sereno de un canal tropical.

Anthony había descubierto que las calles cercanas al apartamento eran calles donde jugaban los niños, algo más agradables que las que se había acostumbrado a cruzar camino de Marietta, pero aproximadamente del mismo tipo, con algún organillo de cuando en cuando, y en donde, con el fresco del atardecer, muchas parejas de chicas iban andando al drugstore de la esquina a tomar helado con gaseosa y a soñar sueños infinitos bajo un cielo pegado a la tierra.

Anochecer en las calles y niños jugando, niños que lanzaban al aire entusiastas palabras incoherentes que se desvanecían ya muy cerca de la ventana abierta... y Muriel, que había venido en busca de Gloria y charlaba con él desde la opaca oscuridad, al otro lado del cuarto.

—Enciende la lámpara, ¿no te parece? —sugirió ella—. No se ve absolutamente nada.

Con un gesto lleno de cansancio, Anthony se puso en pie y obedeció; los grises cristales de la ventana desaparecieron. Luego, el joven Patch procedió a estirarse. Estaba más gordo, le sobresalía el estómago por encima del cinturón, y todo su cuerpo daba la sensación de haberse ablandado y dilatado. Tenía treinta y dos años y su mente era una triste ruina en desorden.

—¿Una copita, Muriel?

—Para mí no, gracias. He dejado de beber. ¿Qué haces últimamente, Anthony? —preguntó, inquisitiva.

—Bueno, he estado bastante tiempo ocupado con el pleito —contestó él con aire indiferente—. Está en el tribunal de apelación... tendrían que resolverlo en un sentido u otro para el otoño. Han surgido algunas objeciones sobre si ese tribunal tiene jurisdicción en este asunto.

Muriel chasqueó la lengua e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¡Ya podían haberlo decidido! No he oído nunca de nada que llevara tanto tiempo.

—Todos tardan mucho —explicó él desganadamente—; todos los casos de testamentarías. Dicen que es excepcional cerrar alguno en menos de cuatro o cinco años.

—Ah... —Muriel cambió de rumbo audazmente—, ¿por qué no te pones a trabajar? ¡Vago, más que vago!

—¿En qué? —preguntó él con brusquedad.

—En cualquier cosa, imagino. Todavía eres un hombre joven.

—Si me estás dando ánimos, te lo agradezco muy de veras —contestó él fríamente; y luego, con repentino cansancio—: ¿Te preocupa especialmente que no quiera trabajar?

—A mí no me preocupa... pero sí que preocupa a mucha gente que asegura...

—¡Cielo santo! —dijo Anthony con tono angustiado—; tengo la impresión de que durante tres años no he oído acerca de mí mismo más que historias disparatadas y virtuosas admoniciones. Y estoy cansado de ello. Si no quieres vernos, déjanos en paz. Yo no molesto a mis antiguos «amigos». Pero no necesito visitas de caridad, ni críticas disfrazadas de buenos consejos...— Luego añadió, como disculpándose—: Lo siento... pero, de verdad, Muriel, aunque estés visitando a la clase media baja, no debes hablar como una de esas señoras que hacen asistencia social en los barrios pobres. —Anthony volvió hacia ella unos ojos inyectados en sangre y cargados de reproches, unos ojos que habían sido en otro tiempo de un azul muy limpio y que ahora estaban debilitados y violentados y medio destrozados por leer cuando estaba borracho.

—¿Por qué dices esas cosas tan horribles? —protestó ella—. Hablas como si Gloria y tú fueseis de la clase media.

—¿Por qué fingir que no lo somos? No soporto a las personas que afirman ser grandes aristócratas cuando ni siquiera pueden mantener las apariencias.

—¿Crees que una persona tiene que tener dinero para ser aristocrática?

Muriel... ¡la demócrata horrorizada...!

—Naturalmente. Aristocracia es tan solo el reconocimiento de que ciertos rasgos que llamamos distinguidos, valentía y honor y belleza y todo ese tipo de cosas, se desarrollan mejor en un ambiente favorable, donde no existen los obstáculos de la ignorancia y de la indigencia.

Muriel se mordió el labio inferior y agitó la cabeza de un lado para otro.

—Bueno, todo lo que yo digo es que si una persona procede de buena familia nunca perderá la distinción. Ese es el problema con Gloria y contigo. Pensáis que porque las cosas no os van todo lo bien que os deberían ir, vuestros viejos amigos están tratando de evitaros. Sois demasiado susceptibles...

—La verdad —dijo Anthony— es que no sabes nada de este asunto. En mi caso es únicamente una cuestión de orgullo, y al menos por una vez Gloria se muestra suficientemente razonable como para reconocer que no debemos ir donde nadie nos desea. Y la gente no quiere vernos. Somos unos ejemplares demasiado perfectos de lo que no se debe hacer.

—¡Tonterías! No vas a conseguir convencerme con tu pesimismo. Creo que tendrías que olvidar todas esas ideas enfermizas y ponerte a trabajar.

—Aquí me tienes, con treinta y dos años. Supongamos que empezase a trabajar en algún negocio absurdo. Quizá al cabo de dos años ganara cincuenta dólares al mes... con mucha suerte. Eso en el caso de que consiguiera un empleo; hay muchísimo paro. Bien, supongamos que llego a ganar cincuenta a la semana. ¿Crees que me sentiría feliz? ¿Crees que sin el dinero de mi abuelo la vida me resultará soportable?

Muriel sonrió con su característico aire de autocomplacencia.

—Bueno —dijo ella—, eso tal vez sea muy inteligente pero carece de sentido común.

Unos pocos minutos después llegó Gloria, dando la impresión de traer al apartamento un oscuro color, impreciso y extraño. Aunque sin manifestarlo apenas, se alegró de ver a Muriel. A Anthony lo saludó con un «Hola» indiferente.

—He estado hablando de filosofía con tu marido —exclamó la indomable miss Kane.

—Hemos examinado algunos conceptos fundamentales —dijo Anthony con una débil sonrisa que subrayó la palidez de sus mejillas, acentuada ya por una barba de dos días.

Sin prestar atención a la ironía de Anthony, Muriel repitió sus argumentos.

—Anthony tiene razón —dijo Gloria tranquilamente cuando su amiga terminó de

hablar—. No es nada divertido ir por ahí cuando tienes la impresión de que la gente te mira con malos ojos.

El joven Patch intervino con tono quejumbroso y los ojos arrasados en lágrimas:

—¿No te parece que cuando hasta Maury Noble, que era mi mejor amigo, no viene a vernos va siendo hora de dejar de telefonar a la gente?

—Tú tuviste la culpa de lo de Maury Noble —dijo Gloria con frialdad.

—No la tuve yo.

—¡Claro que la tuviste!

Muriel intervino rápidamente:

—El otro día estuve con una chica que conocía a Maury, y dice que ha dejado de beber. Se está volviendo muy prudente.

—¿Que ya no bebe?

—Nada, prácticamente. Está ganando montones de dinero. Parece que ha cambiado desde que terminó la guerra. Va a casarse con una chica de Filadelfia que tiene millones, Ceci Larrabee... por lo menos eso es lo que dijo Town Tattle.

—Tiene treinta y tres años —dijo Anthony, pensando en voz alta—. Pero resulta extraño imaginárselo casado. Me parecía una persona extraordinariamente brillante.

—Lo era —murmuró Gloria—, en cierto modo.

—Pero las personas brillantes no se dedican a los negocios... ¿o sí lo hacen? O si no, ¿qué es lo que hacen? ¿Qué sucede con todas las personas que uno conocía y con las que tenía tantas cosas en común?

—Se van distanciando —sugirió Muriel con la adecuada mirada soñadora.

—Cambian —dijo Gloria—. Todas las cualidades que no se usan en la vida diaria se van llenando de telarañas.

—La última cosa que me dijo —recordó Anthony— fue que iba a trabajar hasta conseguir olvidarse de que no existe nada por lo que merezca la pena trabajar.

Muriel se apropió aquello enseguida.

—Eso es lo que tú tendrías que hacer —exclamó triunfalmente—. Por supuesto, no creo que haya nadie que esté dispuesto a trabajar por nada. Pero eso te daría algo que hacer. En cualquier caso, ¿dónde os metéis? Nadie os ve nunca en Montmartre ni... en ningún otro sitio. ¿Es que estáis ahorrando?

Gloria se echó a reír desdeñosamente, mirando a Anthony con el rabillo del ojo.

—Vamos a ver —preguntó él—, ¿de qué te estás riendo?

—Sabes perfectamente de qué me estoy riendo —contestó ella con frialdad.

—¿De la caja de botellas de *whisky*?

—Sí. —Gloria se volvió hacia Muriel—. Ayer pagó setenta y cinco dólares por una caja de botellas de *whisky*.

—¿Y qué hay de malo en ello? Sale más barato que si lo compras por botellas. Y no hace falta que finjas que tú no lo pruebas.

—Por lo menos no bebo durante el día.

—¡Eso sí que es afinar! —exclamó él, poniéndose en pie con enfermiza indignación—. Y lo que es más, ¡no estoy dispuesto a consentir que me lo echés en cara cada cinco minutos!

—No digo más que la verdad.

—¡No es cierto! ¡Y estoy harto de esa sempiterna manía tuya de criticarme delante de las visitas! —Había conseguido excitarse hasta el punto de que los brazos y los hombros le temblaban de manera visible—. Se diría que soy yo quien tiene la culpa de todo. ¡Como si tú no me hubieses animado a gastar el dinero... y no te hubieses gastado en ti misma muchísimo más que yo!

Ahora fue Gloria quien se puso en pie.

—¡No te permito que me hables de esa manera!

—De acuerdo; ¡no tienes por qué hacerlo!

Anthony abandonó la habitación con una especie de apresuramiento. Las dos mujeres oyeron sus pasos en el corredor y luego la puerta de la calle se cerró de un portazo. Gloria se dejó caer en el asiento. Su rostro resultaba muy hermoso bajo la luz de la lámpara, totalmente en calma, impenetrable.

—¿Qué es lo que pasa? —exclamó Muriel muy afligida.

—Nada de particular. Está borracho.

—¿Borracho? Pero ¡si estaba perfectamente sereno! Hablaba...

Gloria movió la cabeza negativamente.

—No; no se le nota a no ser que apenas sea capaz de mantenerse en pie, y habla con toda normalidad hasta que se excita. Se expresa mucho mejor cuando está borracho que cuando está sereno. Pero se ha pasado todo el día sentado ahí bebiendo... excepto el tiempo que le ha llevado acercarse a la esquina a comprar el periódico.

—¡Es terrible! —Muriel estaba sinceramente conmovida. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿Sucede con mucha frecuencia?

—¿Te refieres a emborracharse?

—No; a que se vaya y te deje.

—Sí. Muchas veces. Volverá hacia medianoche... llorará y me pedirá que lo perdone.

—¿Y lo haces?

—No lo sé. Nos limitamos a seguir adelante.

Las dos mujeres se contemplaron una a otra bajo la luz de la lámpara, impotentes las dos, aunque de distinta manera, ante aquella situación. Gloria estaba aún todo lo bonita que le permitían los restos de su belleza: tenía las mejillas arreboladas y llevaba un vestido nuevo que había comprado —imprudentemente— por cincuenta dólares. Había acariciado la esperanza de convencer a Anthony para que salieran

aquella noche; para que la llevara a un restaurante o incluso a uno de los grandes y espléndidos salones cinematográficos donde habría unas cuantas personas que la mirasen, y a quienes ella podría mirar a su vez sin sentirse molesta. Lo deseaba porque sabía que sus mejillas estaban encendidas y porque su vestido era nuevo y adecuadamente delicado. Solo muy de tarde en tarde recibían ahora alguna invitación. Pero estas cosas no se las contó a Muriel.

—Gloria, querida, me gustaría que pudiéramos cenar juntas, pero he quedado con un hombre... y son ya las siete y media. Tengo que irme corriendo.

—No podría, de todas formas. He estado enferma todo el día. Sería incapaz de comer nada.

Después de acompañar a Muriel hasta la puerta, Gloria volvió al cuarto de estar, apagó la luz y, con los codos apoyados en el antepecho de la ventana, estuvo contemplando el parque de atracciones de Palisades, donde el círculo brillante de la gran noria era como un tembloroso espejo que recogiera los amarillos destellos de la luna. La calle estaba ahora tranquila; los niños habían vuelto a sus hogares... en la casa de enfrente veía a una familia cenando. Absurda, ridículamente, se alzaban y movían alrededor de la mesa; así visto, todo lo que hacían carecía de sentido... era como si estuviesen manejados al azar y sin propósito alguno por hilos invisibles.

Gloria consultó su reloj. Eran las ocho. Lo había pasado bien durante una parte del día —las primeras horas de la tarde—, paseando por ese Broadway de Harlem que es la calle Ciento veinticinco, con las ventanas de la nariz atentas a muchos olores, y entusiasmándose con la extraordinaria belleza de algunos niños italianos. Aquella calle despertaba su curiosidad, como la Quinta Avenida la había despertado en otra época, en los días en que, con la tranquila seguridad de la belleza, la sabía toda suya, con todas las tiendas y lo que contenían, con todos los juguetes para adultos que brillaban en los escaparates y que tan solo necesitaba pedir. Aquí, en la calle Ciento veinticinco, había bandas del Ejército de Salvación, ancianas de aire espectral sentadas junto a las puertas envueltas en su chal, y pringosos caramelos en las sucias manos de niños de lustrosos cabellos... y los últimos rayos de sol iluminando las fachadas de los altos edificios de apartamentos. Todo muy abigarrado y aromático y sabroso, como un plato de un prudente cocinero francés que uno no puede por menos de comerse con mucho gusto aunque sepa que muy probablemente estará hecho de sobras...

Gloria se estremeció de pronto mientras, por encima de los tejados en sombras, le llegaba desde el río el gemido de una sirena y, echándose hacia atrás hasta que los fantasmales visillos le cayeron por delante de los hombros, encendió la luz. Se estaba haciendo tarde. Sabía que le quedaba algún dinero en el bolso, y estuvo considerando si bajaría a tomar café con un bollo donde el ferrocarril subterráneo, al salir a la superficie, convertía la calle Manhattan en una rugiente cueva, o si se comería el

jamón de York y el pan que había en la cocina. El monedero decidió por ella. No contenía más que una moneda de cinco centavos y dos de uno.

Al cabo de una hora el silencio se había hecho insoportable, y Gloria descubrió que la mirada se le había ido de la revista al techo sin darse cuenta. De repente se puso en pie, y dudó un momento mordiéndose una uña; luego se fue a la despensa, cogió una botella de *whisky* del estante y se sirvió en un vaso, que acabó de llenar con ginger ale. Volvió al sillón y terminó de leer el artículo que había empezado. Hablaba de la última viuda de la revolución, que, siendo una chica muy joven, se había casado con un viejo veterano del Ejército Continental, y había seguido viva hasta 1906. A Gloria le pareció extraño y curiosamente romántico que ella y aquella mujer hubiesen sido contemporáneas.

Pasó la página y se enteró de que a un candidato para el Congreso su oponente lo acusaba de ateísmo. La sorpresa de Gloria se esfumó al descubrir que la acusación era falsa. El candidato no había hecho más que negar el milagro de los panes y de los peces. Había admitido, al verse presionado, que daba pleno crédito al paseo de Jesús sobre las aguas.

Terminado el primer *whisky*, Gloria se sirvió un segundo. Después de ponerse una bata y de buscar la posición más cómoda en el sofá, se dio cuenta de que se sentía muy desgraciada y le caían las lágrimas por las mejillas. Se preguntó si serían lágrimas de autocompasión e hizo un decidido esfuerzo para no llorar, pero aquella existencia sin esperanza, sin felicidad, le resultaba terriblemente opresiva, y siguió moviendo la cabeza de un lado a otro, la boca temblorosa y con las comisuras caídas, como si estuviera negando una afirmación hecha por alguien en algún sitio. Gloria no sabía que aquel gesto suyo era muchos años más antiguo que la historia; que, durante cien generaciones de seres humanos, el dolor insoportable y persistente ha ofrecido ese gesto de rechazo, de protesta, de desconcierto, a algo más profundo, más poderoso que el Dios hecho a imagen del hombre, y ante lo cual ese Dios, si existiese, se mostraría igualmente incapaz de obrar. Que esta fuerza —intangible como el aire, pero más precisa que la muerte—, que nunca explica ni contesta nunca, es una verdad grabada en el corazón de la tragedia.

Richard Caramel

A principios de verano Anthony renunció a seguir siendo miembro de su último club, el Amsterdam. Apenas iba por allí un par de veces al año, y la cuota era una preocupación siempre reiterada. Anthony entró en él a su vuelta de Italia porque había sido el club de su abuelo y de su padre, y porque era un club del que, si se

presentaba la oportunidad, uno se hacía miembro sin pensárselo dos veces... pero de hecho él había preferido siempre el club Harvard, sobre todo por Dick y Maury. Sin embargo, al irle mal las cosas, el Amsterdam se había convertido en una especie de juguete caro cuya posesión resultaba progresivamente más deseable... Anthony había terminado por renunciar a él, no sin algún pesar...

La docena de personas que Anthony trataba en aquellos momentos eran seres bastante curiosos. A varios los había conocido en un lugar llamado Sammy's, en la calle Cuarenta y tres, donde, si uno llamaba a la puerta y era favorablemente recibido desde detrás de una rejilla metálica, podía sentarse alrededor de una gran mesa redonda y beber un *whisky* aceptable. Era allí donde había coincidido con un individuo llamado Parker Allison, que en Harvard ejemplificaba exactamente el tipo del juerguista indeseable, y que se estaba gastando lo más deprisa que podía una considerable herencia ligada al negocio de la levadura para la cerveza. La idea que Parker Allison tenía de la distinción era recorrer Broadway en un ruidoso automóvil de carreras rojo y amarillo con dos deslumbrantes muchachas de ojos tan fríos como el acero. Era el tipo de persona que cenaba con dos chicas en lugar de una porque su imaginación apenas le permitía mantener un diálogo.

Además de Allison estaba Pete Lytell, que usaba un sombrero hongo de color gris y lo llevaba ladeado. Siempre tenía dinero y estaba habitualmente de buen humor, de manera que Anthony mantuvo con él prolijas conversaciones sin objeto alguno durante muchas tardes del verano y del otoño. El joven Patch descubrió que Lytell no solo hablaba, sino que razonaba con frases. Su filosofía era una serie de frases, asimiladas aquí y allá durante una vida activa y atolondrada. Lytell tenía frases sobre el socialismo: las inmemoriales; tenía frases relativas a la existencia de un dios personal: algo acerca de un accidente de ferrocarril que sufrió una vez; y también contaba con frases sobre el problema irlandés, sobre el tipo de mujer que le inspiraba respeto y sobre la inutilidad de la prohibición. La única vez en que su conversación se alzaba por encima de las confusas cláusulas con que interpretaba los sucesos más barrocos de una vida más agitada de lo corriente, era cuando descendía a un análisis detallado de los aspectos de su existencia más ligados a la vida animal: conocía muy bien, con gran lujo de pormenores, los alimentos, las bebidas y las mujeres que prefería.

Era, simultáneamente, el producto más común y más notable de una civilización. Era nueve de cada diez personas que uno se cruza por las calles de una ciudad... y también un mono sin pelo que ha aprendido dos docenas de mañas. Era el héroe de mil historias románticas en la vida y en el arte... y también un tonto casi integral, que había llevado a cabo, de manera tan juiciosa como absurda, una serie de complicadas e increíblemente asombrosas epopeyas durante un período de sesenta años.

Con hombres como estos dos, Anthony Patch bebía y conversaba y bebía y

discutía. Le gustaban porque no sabían nada de él, porque vivían en la obvia realidad del presente y no tenían ni la más remota idea de la inevitable continuidad de la vida. No presenciaban una película con bobinas consecutivas, sino una charla sobre viajes con diapositivas, donde todos los valores estaban rígidamente definidos y de donde solo se sacaban conclusiones desconcertantes. Sin embargo, ellos mismos no se sentían desconcertados porque no había en ellos la menor posibilidad de confusión: de mes en mes cambiaban de frases con la misma facilidad con que cambiaban de corbata.

Anthony, el cortés, el sutil, el perspicaz Anthony, se emborrachaba todos los días: en Sammy's con estos hombres, en el apartamento en compañía de un libro, algún libro que ya conocía, o, muy raras veces, con Gloria, que, para sus ojos, había empezado a desarrollar los rasgos inconfundibles de una mujer pendenciera y poco razonable. Ya no era la Gloria de antes, desde luego: la Gloria que, de haber estado enferma, hubiese preferido hacer sufrir a todas las personas que estuvieran a su alrededor antes de confesar que necesitaba consuelo o ayuda. Gloria era ya perfectamente capaz de gemir y de compadecerse de sí misma. Todas las noches antes de acostarse se embadurnaba la cara con algún nuevo ungüento con el que esperaba, ilógicamente, recobrar el brillo y la lozanía de su ajada belleza. Cuando Anthony estaba borracho se burlaba de ella con este motivo. Cuando estaba sereno era cortés con ella, y en ocasiones hasta tierno; durante algunas breves horas parecía capaz de exhibir algún resto de la vieja cualidad consistente en entender demasiado bien para condenar; la misma cualidad que lo había empujado con celeridad y sin descanso hacia su propia ruina.

Pero a Anthony no le gustaba nada estar sereno, porque eso le hacía consciente de la gente que se hallaba a su alrededor, de la atmósfera de lucha, de voraces ambiciones, de esperanzas más sórdidas que la desesperación, del incesante subir y bajar que en todas las metrópolis se hace más evidente gracias a esa clase media que tiene tan poca estabilidad. Incapaz de vivir con los ricos, Anthony pensaba que después de ellos hubiese preferido vivir con los muy pobres. Cualquier cosa era mejor que aquel cáliz de sudor y de lágrimas.

El sentimiento del enorme panorama de la vida, que en Anthony nunca alcanzara gran desarrollo, se había empequeñecido hasta casi desaparecer. Muy de tarde en tarde algún incidente, algún gesto de Gloria apelaba a su imaginación, pero los grises velos de la indiferencia habían caído definitivamente sobre él. A medida que se hacía más viejo aquellas cosas palidecían... al final solo quedaba el vino.

El emborracharse llevaba aparejada una atmósfera de cordialidad... y el brillo y la indescriptible fascinación que proporcionaba, semejante al recuerdo de efímeras y desvanecidas veladas. Después de unos cuantos *whiskies* con soda había algo mágico en el nocturno esplendor oriental del Bush Terminal Building, con los últimos pisos

convertidos en cumbre de auténtica grandeza que soñaba —dorada— contra el cielo inaccesible. Y Wall Street, lo tosco, lo banal, se convertía de nuevo en el triunfo del oro, en un hermoso espectáculo emotivo; era donde los grandes reyes guardaban el dinero para sus guerras...

El fruto de la juventud y de la uva, la magia transitoria del paso de una oscuridad a otra: la antigua ilusión de que verdad y belleza estaban de alguna manera entrelazadas.

Una noche, mientras se hallaba frente a Delmonico's encendiendo un cigarrillo, Anthony vio cómo dos cabriolés se acercaban a la acera, con la esperanza de que quizá algún borracho los alquilara. Aquellos vehículos pasados de moda estaban viejos y sucios: el agrietado charol, tan lleno de arrugas como el rostro de un anciano; los almohadones, descoloridos hasta llegar a un malva pardusco; los mismos caballos, viejos y cansados, y también los hombres de cabellos blancos, que permanecían en el pescante haciendo restallar sus látigos en una grotesca parodia de antiguas elegancias. ¡Una reliquia de desaparecidas diversiones!

Anthony Patch se alejó, repentinamente deprimido, meditando sobre la amargura de tales supervivencias. Al parecer no había nada que se echara a perder tan pronto como el placer.

Una tarde, en la calle Cuarenta y dos, se encontró a Richard Caramel por vez primera después de muchos meses; un Richard Caramel próspero y más gordo, cuyo rostro se estaba redondeando hasta igualarse con el característico semblante bostoniano.

—He llegado esta misma semana de la costa. Quería ir a veros, pero no sabía vuestra nueva dirección.

—Nos hemos mudado.

Richard Caramel se dio cuenta de que Anthony llevaba una camisa sucia, de que los puños estaban ligera pero perceptiblemente deshilachados, y de que sus ojos descansaban sobre medias lunas de color gris azulado.

—Eso tengo entendido —dijo, contemplando fijamente a su amigo con el ojo diáfano—. Pero ¿dónde y cómo está Gloria? Cielo santo, Anthony, he estado oyendo las historias más terribles acerca de vosotros dos incluso en California... y cuando vuelvo a Nueva York me encuentro con que habéis desaparecido por completo. ¿Por qué no haces un esfuerzo para salir a flote?

—Escúchame —parloteó Anthony con voz insegura—, no aguanto sermones. Hemos perdido dinero por una docena de razones y, como es lógico, la gente ha hecho comentarios; en cuanto al pleito, el asunto tiene que resolverse definitivamente este invierno, con toda seguridad...

—Estás hablando tan deprisa que no te entiendo —le interrumpió Dick calmosamente.

—Bueno, pues yo ya he dicho todo lo que tengo que decir —replicó Anthony bruscamente—. Ven a vernos si quieres... y si no, ¡no vengas!

Dicho esto se dio la vuelta y empezó a alejarse entre la gente, pero Dick lo alcanzó inmediatamente, agarrándolo del brazo.

—Vamos, Anthony, ¡no pierdas los estribos tan fácilmente! Sabes que Gloria es mi prima y que tú eres uno de mis amigos más antiguos, y es natural que sienta interés cuando oigo que estás hundiéndote por completo y arrastrándola a ella contigo.

—No tengo ninguna gana de que me sermonees.

—Bien, de acuerdo... ¿Qué tal si vienes a mi apartamento y tomamos un trago? Acabo de instalarme. He comprado tres cajas de ginebra Gordon a un agente de aduanas.

Mientras iban andando, Richard continuó, en un estallido de irritación:

—¿Y qué pasa con el dinero de tu abuelo? ¿Vas a conseguirlo por fin?

—Bueno —contestó Anthony, molesto—, ese viejo estúpido de Haight parece tener esperanzas, sobre todo porque hoy en día la gente está cansada de reformadores... podría suponer cierta diferencia, por ejemplo, si alguno de los jueces pensara que Adam Patch le había hecho más difícil conseguir bebidas alcohólicas.

—No se puede salir adelante sin dinero —dijo Dick sentenciosamente—. ¿Has tratado de escribir algo... últimamente?

Anthony hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es curioso —dijo Dick—. Siempre he creído que tú y Maury acabaríais escribiendo algún día, y ahora él se ha convertido en una especie de aristócrata tacaño, y tú eres...

—Soy la proverbial oveja negra.

—Me pregunto por qué.

—Probablemente crees que lo sabes —sugirió Anthony, haciendo un esfuerzo para pensar metódicamente—. Tanto la persona que fracasa como la que triunfa creen en el fondo de su corazón que sus puntos de vista están perfectamente equilibrados; el triunfador porque ha triunfado, y el fracasado por haber fracasado. El triunfador le dice a su hijo que aproveche la buena suerte de su padre, y el fracasado le dice al suyo que saque partido de sus errores.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo el autor de Un alferez en Francia—. Yo os escuchaba a ti y a Maury cuando éramos jóvenes, y me impresionaba que fueseis tan consecuentemente cínicos, pero ahora... bueno, después de todo, cielo santo, ¿quién de nosotros tres se ha dedicado a la... a la vida intelectual? No quiero resultar vanidoso, pero... he sido yo, y yo siempre he creído en la existencia de los valores morales y siempre creeré en ellos.

—Bien —objetó Anthony, que lo estaba pasando bastante bien—, aun

concediéndote eso, tú sabes que en la práctica la vida nunca presenta problemas tan bien definidos, ¿no es cierto?

—En mi caso sí lo hace. Existen determinados principios que nada me haría violar.

—Pero ¿cómo sabes cuándo los estás violando? Tú también tienes que tratar de acertar, igual que la mayoría de la gente. Tienes que repartir los valores cuando miras atrás. Es entonces cuando acabas el retrato... cuando pintas los detalles y las sombras.

Dick movió la cabeza con noble testarudez.

—El mismo cínico inútil de siempre — dijo—. No es más que una forma de compadecerte de ti mismo. Tú no haces nada... por consiguiente, nada tiene importancia.

—Soy perfectamente capaz de compadecerme de mí mismo —reconoció Anthony—; y tampoco pretendo que le esté sacando a la vida tanto partido como tú.

—Tú dices... o al menos solías decirlo... que la felicidad es la única cosa de la vida que merece la pena. ¿Crees que eres más feliz por practicar el pesimismo?

Anthony gruñó violentamente. El placer que le proporcionaba la conversación empezaba a desvanecerse. Estaba nervioso y necesitaba un trago.

—¡Caramba! —exclamó—, ¿dónde vives? No quisiera pasarme toda la tarde andando.

—Tu aguante es solo mental, ¿no es cierto? —le contestó Dick con tono cortante—. No te preocupes, vivo aquí mismo.

Caramel entró en el portal de una casa de apartamentos en la calle Cuarenta y nueve, y poco después estaban los dos en una amplia habitación nueva con una chimenea y cuatro paredes cubiertas de libros. Un mayordomo de color les sirvió ginebra con azúcar, limón y agua, y la primera hora transcurrió en una atmósfera de cortesía, ayudada por el regular descenso del contenido de sus vasos y la tibieza de un suave fuego de mediados de otoño.

—Las artes están muy viejas — dijo Anthony al cabo de un rato. Después de unos pocos vasos sus nervios se tranquilizaron y descubrió que podía pensar de nuevo.

—¿Qué arte?

—Todas ellas. La poesía será la primera en morir. Antes o después la absorberá la prosa. La palabra hermosa, por ejemplo, la palabra brillante y con colorido, y la metáfora deslumbrante pertenecen ya a la prosa. Para llamar la atención la poesía ha tenido que esforzarse por hallar la palabra poco corriente, la palabra áspera y vulgar que nunca ha sido hermosa antes. La belleza, en cuanto suma de varias partes bellas, alcanzó su apoteosis con Swinburne. No puede llegar más lejos... excepto, quizá, en la novela.

Dick le interrumpió, impaciente:

—Las nuevas novelas me cansan. ¡Cielo santo! Dondequiera que voy alguna chica estúpida me pregunta si he leído A este lado del paraíso. ¿Es que nuestras muchachas son realmente así? Si ese libro responde a la realidad, cosa que no creo, la próxima generación está totalmente echada a perder. Me cansa tanto realismo vulgar. Creo que hay sitio en la literatura para el romanticismo.

Anthony trató de recordar qué había leído últimamente de Richard Caramel. Estaban Un alferez en Francia, una novela llamada Tierra de hombres fuertes, y varias docenas de cuentos que eran todavía peores. Entre los críticos jóvenes e inteligentes se había convertido en costumbre mencionar a Richard Caramel con una sonrisa de desprecio. Lo llamaban «Mr.» Richard Caramel. Todos los suplementos literarios de los periódicos se dedicaban a arrastrar su cadáver por el polvo. Se le acusaba de hacerse rico escribiendo porquerías para el cine. A medida que cambiaba la moda en literatura, su nombre se estaba convirtiendo casi en el prototipo de lo más despreciable.

Mientras Anthony pensaba en estas cosas, Dick se había puesto en pie y parecía estar en duda sobre si hacer una confesión.

—He reunido unos cuantos libros —dijo de pronto.

—Eso veo.

—Tengo una colección completa de obras americanas de calidad, antiguas y recientes. No me refiero a las típicas cosas de Longfellow y Whittier... de hecho, la mayoría son autores modernos.

Dick se dirigió a una de las paredes y, viendo que era eso lo que se esperaba de él, Anthony se puso en pie y lo siguió:

—¡Mira!

Debajo de un rótulo impreso en el que se leía Literatura norteamericana, Dick le señaló seis largas hileras de libros, maravillosamente encuadernados y, evidentemente, cuidadosamente escogidos.

—Y aquí están los novelistas contemporáneos.

Fue entonces cuando Anthony se dio cuenta de la estratagema. Metidos entre Mark Twain y Dreiser figuraban ocho extraños volúmenes muy poco apropiados, las obras de Richard Caramel: El amante demoníaco legítimamente... pero también otros siete volúmenes que eran horriblos, sin sinceridad ni encanto de ninguna clase.

De mala gana Anthony lanzó una mirada al rostro de Dick y descubrió en él una expresión de inseguridad apenas perceptible.

—He incluido mis propios libros, por supuesto erijo Richard Caramel apresuradamente—, aunque uno o dos sean un tanto desiguales... Me temo que escribí demasiado deprisa cuando tuve aquel contrato fijo con una revista. Sin embargo, no creo en falsas modestias. Es cierto que algunos críticos no me han prestado mucha atención desde que me convertí en un autor consagrado... pero,

después de todo, los críticos no cuentan. No son más que papanatas.

Por primera vez desde hacía tanto tiempo que apenas era capaz de recordarlo, Anthony sintió una pizca del antiguo y agradable desprecio que su amigo le inspirara en otros tiempos. Richard Caramel continuó:

—No sé si sabes que mis editores me han estado haciendo publicidad como el Thackeray de Estados Unidos... debido a mi novela sobre Nueva York.

—Sí —consiguió responderle Anthony—; supongo que hay mucho de verdad en lo que dices.

Anthony sabía que su desprecio no era razonable. Sabía que se hubiese cambiado por Dick sin pensárselo dos veces. Él mismo se había esforzado al máximo tratando de escribir insinceramente. Bien, entonces... ¿puede un hombre menospreciar el trabajo de toda una vida tan fácilmente...?

Y aquella noche, mientras Richard Caramel se afanaba, pulsando con frecuencia la tecla equivocada, y, con gran torcimiento de sus cansados y desiguales ojos, elaboraba sus porquerías hasta las melancólicas horas en que se apagan los fuegos y la cabeza empieza a dar vueltas debido al prolongado esfuerzo de concentración, Anthony, lamentablemente borracho, iba espatarrado en el asiento de atrás de un taxi camino del apartamento de Claremont Avenue.

La paliza

Al acercarse el invierno fue como si una especie de locura se apoderara de Anthony. Por las mañanas se despertaba tan nervioso que Gloria lo sentía temblar en la cama antes de hacer acopio de la suficiente vitalidad para llegar a trompicones hasta la despensa en busca de un trago. Resultaba totalmente insoportable a no ser que estuviera bebido, y a medida que parecía deteriorarse y hacerse más vulgar ante sus ojos, el alma y el cuerpo de Gloria se alejaban de él progresivamente; cuando pasaba toda la noche fuera de casa, como había hecho varias veces, ella no solo no lo lamentaba, sino que, en cierta medida, sentía incluso un melancólico alivio. Al otro día Anthony se mostraba vagamente arrepentido, y confesaba, avergonzado y ceñudo, que temía estar bebiendo un poco más de la cuenta.

Era capaz de pasarse varias horas sentado en el gran sillón que ya formara parte del mobiliario de su apartamento de soltero, sumido en una especie de letargo... incluso el interés por leer sus libros favoritos parecía haber desaparecido, y aunque marido y mujer vivían enzarzados en continuas disputas, el único tema sobre el que realmente hablaban era sobre la marcha del pleito relativo a la herencia. Las esperanzas que Gloria abrigaba en las tenebrosas profundidades de su alma, lo que

esperaba obtener de aquel gran presente de dinero, es difícil de imaginar. Su entorno la estaba convirtiendo en un grotesco simulacro de ama de casa. Ella, que hasta tres años antes nunca había hecho café, llegaba a preparar a veces hasta tres comidas diarias. Andaba mucho por las tardes, y durante las veladas leía: libros, revistas, cualquier cosa que caía en sus manos. Si en aquellos momentos sentía deseos de tener un hijo, incluso un hijo de aquel Anthony que buscaba su cama borracho como una caba, nunca hablaba de ello ni manifestaba el menor interés por los niños. Es dudoso que hubiese sido capaz de exponer con claridad a nadie lo que deseaba o si, en realidad, había algo que desear; Gloria se había convertido en una mujer de treinta años, solitaria, y todavía encantadora, atrincherada detrás de una inexpugnable inhibición nacida de su belleza y coexistente con ella.

Una tarde, cuando la nieve había vuelto a ensuciarse en Riverside Drive, Gloria, que volvía de la tienda, se encontró a Anthony paseando por el apartamento en un estado de nerviosismo exasperado. Los ojos enfebrecidos con que la miró estaban cubiertos de diminutas líneas rosadas que a ella le hicieron pensar en los ríos de un mapa. Por un instante Gloria tuvo la impresión de que se había vuelto repentina y definitivamente viejo.

—¿Tienes algo de dinero? —le preguntó precipitadamente.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho. ¡Dinero! ¡Dinero! ¿Es que no hablas inglés?

Sin hacerle ningún caso, Gloria pasó a su lado y entró en la cocina para poner los huevos y el bacón en el frigorífico. Cuando bebía más de lo normal, Anthony adoptaba invariablemente una actitud quejumbrosa. En aquella ocasión fue tras ella y, quedándose en la puerta de la cocina, insistió en su pregunta.

—Ya has oído lo que he dicho. ¿Tienes algo de dinero?

Gloria dio la espalda al frigorífico y se encaró con él.

—¡Debes de estar completamente loco! Sabes que no tengo nada de dinero... excepto un dólar en monedas sueltas.

Anthony dio bruscamente media vuelta y regresó a la sala de estar, donde reanudó sus paseos. Era evidente que tenía algo muy importante en la cabeza... sin duda alguna quería que se le preguntase qué le pasaba. Al reunirse con él un momento después, Gloria se sentó en el sofá y empezó a deshacerse el peinado. Ya no llevaba el pelo corto, y durante el último año había cambiado de tonalidad, pasando de un espléndido color dorado espolvoreado de rojo a un castaño claro desprovisto de brillo. Gloria había comprado un champú e iba a proceder a lavarse el pelo; y había estado pensando en añadir una botella de agua oxigenada al agua para el aclarado.

«¿Y bien?», dio a entender ella sin despegar los labios.

—¡Ese maldito banco! —estalló Anthony con voz trémula—. Hace más de diez años que tengo mi cuenta con ellos... ¡diez años! Bien, pues parece que tienen una

norma autocrática según la cual hay que tener más de quinientos dólares en la cuenta o de lo contrario la cancelan. Me escribieron una carta hace varios meses diciéndome que tenía un saldo muy bajo. En una ocasión di dos cheques sin fondos, ¿recuerdas aquella noche en Reisenweber's...?, pero los pagué al día siguiente. Bueno, pues le prometí al viejo Halloran (es el gerente, Mick el avariento) que tendría más cuidado. Y yo estaba convencido de que todo iba bien; rellenaba las matrices de mis talonarios todas las veces, prácticamente. Bueno, pues he ido allí por dinero, y Halloran ha salido a decirme que tienen que cerrar mi cuenta. Demasiados cheques sin fondos, ha dicho, y además apenas he llegado nunca a un saldo positivo de más de quinientos dólares, y eso únicamente durante un día o dos al máximo... Y... ¡cielos! ¿Qué crees que me ha dicho después? ¿Qué?

—Ha dicho que era un buen momento para hacerlo, porque no tenía allí ni un solo céntimo.

—¿Y era cierto?

—Eso es lo que me ha dicho. Parece que les había dado a esos tales Bedros un cheque de sesenta dólares por la última caja de *whisky*... y que solo tenía cuarenta y cinco dólares en el banco. De manera que esa gente de Bedros depositó quince dólares en mi cuenta y sacaron todo lo que había.

En su ignorancia, Gloria evocó el fantasma de la cárcel y de la deshonra.

—No harán nada —la tranquilizó Anthony—. El contrabando de bebidas alcohólicas es un negocio demasiado arriesgado. Me mandarán una factura por quince dólares y yo la pagaré.

—Ah. —Gloria caviló un momento—. Bien, podemos vender otro bono.

Anthony rio sarcásticamente.

—Sí, claro, eso siempre es fácil. Cuando los pocos valores que aún nos pagan intereses se cotizan entre cincuenta y ochenta centavos por cada dólar. Perdemos la mitad de su valor cada vez que vendemos uno.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Sí, claro, no nos queda más remedio que vender algo, como de costumbre. Tenemos títulos por valor de ochenta mil dólares a la par. —De nuevo se echó a reír de manera muy desagradable—. En la bolsa nos producirían unos treinta mil.

—Yo desconfiaba de aquellas inversiones al diez por ciento.

—¡No me salgas ahora con eso! —dijo él—. Fingiste que desconfiabas para poder hacerme trizas si se iban a pique, pero estabas tan dispuesta como yo a arriesgarte.

Gloria se quedó callada un momento como si estuviera reflexionando y luego exclamó de repente:

—Anthony, doscientos dólares al mes son peor que nada. Vendamos todos los valores y depositemos los treinta mil dólares en el banco... y si perdemos el pleito,

podemos vivir tres años en Italia y morirnos luego. —En el entusiasmo con que hablaba, Gloria advirtió la presencia de una débil corriente emotiva, la primera en muchos días.

—Tres años —dijo él, nervioso—, ¿tres años? Estás loca. Mr. Haight se llevará más de eso si perdemos. ¿Crees que trabaja por amor al arte?

—Me había olvidado de eso.

—... Y estamos a sábado —continuó él—, y no tengo más que un dólar y pico, y tenemos que vivir hasta el lunes, que será cuando pueda hablar con mi agente de bolsa... Y no hay nada de beber en la casa —añadió, sacando una última y especialmente significativa conclusión de sus reflexiones.

—¿Por qué no llamas a Dick?

—Ya lo he hecho. Su criado dice que se ha ido a Princeton a dar una conferencia en un club literario o algo parecido. No volverá hasta el lunes.

—Bueno, veamos... ¿No conoces a algún amigo al que puedas recurrir?

—Lo he intentado con un par de ellos. No he encontrado a nadie en casa. Ojalá hubiese vendido esa carta de Keats como pensaba hacer la semana pasada.

—¿Y esos individuos con los que juegas a las cartas en Sammy's?

—¿Piensas que voy a pedirles dinero a ellos? —Su voz se llenó de virtuoso horror. Gloria dio un respingo. Anthony prefería exponerla a ella a una grave molestia antes que sentir la vergüenza de pedir un favor a la persona inadecuada—. Yo había pensado en Muriel —sugirió.

—Está en California.

—Bien, ¿y alguno de los hombres con quienes lo pasaste tan bien mientras yo estaba en el ejército? Uno pensaría que quizá les gustara hacerte un pequeño favor.

Gloria le lanzó una mirada llena de desprecio, pero él no se dio por aludido.

—¿O quizá tu antigua amiga Rachel, o Constance Merrian?

—Constance Merrian lleva un año muerta y no pienso pedirle nada a Rachel.

—Bien, ¿y qué me dices de aquel caballero que en una ocasión estaba tan deseoso de ayudarte que apenas conseguía contenerse, Bloeckman?

Por fin había conseguido herirla, y Anthony no era ni lo suficientemente obtuso ni lo suficientemente descuidado para no darse cuenta.

—¿Por qué no pedirle ayuda a él? —insistió cruelmente.

—Porque... he dejado de gustarle —dijo ella a duras penas, y luego, como él no contestaba y se limitaba a mirarla cínicamente, añadió—: Si te interesa saber por qué, te lo contaré. Hace un año fui a ver a Bloeckman (se ha cambiado el nombre por Black) y le pedí que me diera trabajo en el cine.

—¿Fuiste a ver a Bloeckman?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó, incrédulo, mientras la sonrisa se iba

borrando de su rostro.

—Probablemente porque estabas fuera, bebiendo en cualquier sitio. Me hicieron una prueba y decidieron que no era lo bastante joven; que solo servía para papeles de carácter.

—¿Papeles de carácter?

—La mujer de treinta años y ese tipo de cosas. Yo todavía no los había cumplido, y no me pareció que tuviese aspecto de tenerlos.

—¡Maldito sea! —exclamó Anthony, defendiéndola apasionadamente, con una curiosa inversión de emociones.

—Bien, esa es la razón de que no pueda acudir a él.

—¡Qué insolencia! —continuó Anthony muy nervioso—. ¡Es inconcebible!

—Eso ya no tiene importancia; lo principal es que tenemos que sobrevivir hasta el lunes y lo único que hay en la casa es una barra de pan, media libra de bacón y dos huevos para el desayuno. —Gloria le pasó el contenido de su monedero—. Setenta, ochenta, un dólar quince. Con lo que tienes hace en total alrededor de dos dólares y medio, ¿no es cierto? Podemos salir adelante con eso, y comprar montones de comida... más de la que somos capaces de consumir.

Haciendo sonar el dinero en la mano, Anthony denegó con la cabeza.

—No. Yo necesito un trago. Estoy tan nervioso que no hago más que temblar. —De pronto tuvo una idea—. Quizá Sammy me acepte un cheque.

Y el lunes iré muy temprano al banco con el dinero.

—Pero te han cerrado la cuenta.

—Tienes mucha razón... me había olvidado. Ya sé lo que voy a hacer: voy a ir a Sammy's y allí encontraré a alguien que me preste unos dólares. Me sabe muy mal tener que pedirselos a ellos, desde luego... —Repentinamente chasqueó los dedos—. Ya tengo la solución. Empeñaré el reloj. Me darán veinte dólares, y puedo recuperarlo el lunes, pagando sesenta centavos más. Ya lo empeñé una vez... cuando estaba en Cambridge.

Se había puesto el abrigo, y con un «Hasta luego» echó a andar pasillo adelante, en dirección a la puerta de la calle.

Gloria se puso en pie. De repente se le había ocurrido adónde iría primero su marido, probablemente.

—¡Anthony! —lo llamó—, ¿no sería mejor que me dieras dos dólares a mí? Solo necesitas dinero para el metro.

La puerta de la calle se cerró con un portazo; Anthony había fingido no oírla. Gloria se quedó inmóvil unos momentos, como siguiéndolo aún con la vista; luego entró en el cuarto de baño y, rodeada de sus trágicos ungüentos, inició los preparativos para lavarse el pelo.

Al llegar a Sammy's Anthony se encontró con Parker Allison y Pete Lytell, que

estaban solos en una mesa, bebiendo *whisky-sours*. Era muy poco después de las seis, y Sammy, o Samuele Bendiri, que fue como lo bautizaron, estaba barriando hacia un rincón un amasijo de colillas y cristales rotos.

—¡Hola, Tony! —exclamó Parker Allison al ver al joven Patch. Unas veces lo llamaba Tony, y otras Dan. Para él todos los Anthonys tenían que andar por el mundo con uno de aquellos dos diminutivos.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar?

En el metro Anthony había contado el dinero que tenía, descubriendo que eran casi cuatro dólares. Podía pagar dos rondas a cincuenta centavos la copa... lo que significaba seis consumiciones para él. Luego iría a la Sexta Avenida, donde le darían veinte dólares y una papeleta de empeño a cambio de su reloj.

—¡Qué tal, maleantes! —dijo con tono jovial—. ¿Cómo anda el mundo de la delincuencia?

—En plena forma —dijo Allison, guiñando un ojo a Pete Lytell—. Es una lástima que seas un hombre casado. Tenemos apartado un material muy bueno para eso de las once, cuando acaba la última sesión de los espectáculos. ¡Cosa fina, muchacho! Sí, señor... es una lástima que esté casado, ¿no es cierto, Pete?

—Una verdadera lástima.

A las siete y media, cuando habían terminado las seis rondas, Anthony descubrió que sus intenciones estaban prestando oídos a sus deseos. Se sentía feliz y alegre en aquel momento: lo estaba pasando francamente bien. Le parecía que el chiste que acababa de contar Pete era extraordinaria y profundamente divertido... y decidió, como hacía todos los días al llegar a aquel punto, que sus acompañantes eran «¡unos tíos estupendos, caramba!», dispuestos a hacer por él mucho más que ninguna de las personas que conocía. Las casas de empeños estaban abiertas hasta muy tarde los sábados por la noche, y Anthony tuvo el convencimiento de que con solo otra copa que se tomara alcanzaría un maravilloso pináculo de alegría color de rosa.

Astutamente empezó a buscar en los bolsillos del chaleco, sacó dos monedas de veinticinco centavos, y se quedó mirándolas con expresión sorprendida.

—Vaya, ¡sí que tiene gracia! —protestó, apesadumbrado—. He salido de casa sin la cartera.

—¿Necesitas dinero? —le preguntó Lytell de manera muy espontánea.

—Me lo he dejado encima de la cómoda. Y quería invitaros a otra copa.

—Note calientes la cabeza. —Lytell rechazó la sugerencia con aire despectivo—. Estoy seguro de que podemos invitar a un buen tipo como tú a todas las copas que quiera. ¿Qué vas a tomar? ¿Lo mismo?

—Escuchadme —sugirió Parker Allison—, ¿qué tal si mandamos a Sammy a por unos sándwiches ahí enfrente y cenamos aquí mismo?

Los otros dos estuvieron de acuerdo.

—Buena idea.

—Oye, Sammy, ¿nos harías el favor de...?

Muy poco después de las nueve Anthony se puso en pie con dificultad y, después de desear a sus amigos unas confusas buenas noches, llegó tambaleándose hasta la puerta, pero antes de salir alargó a Sammy una de sus dos monedas de veinticinco centavos. Ya en la calle dudó un momento y luego echó a andar en dirección a la Sexta Avenida, donde recordaba haber pasado muchas veces junto a varias casas de empeños. Dejó atrás un quiosco de periódicos y dos drugstores... y luego se dio cuenta de que se hallaba delante del sitio que buscaba y de que ya habían cerrado. Anthony siguió andando sin perder la calma; media manzana más allá había otro, también cerrado; lo mismo sucedía con dos en la acera de enfrente, y con un quinto, en la plaza que venía a continuación. Al ver una débil luz en este último, empezó a aporrear la puerta de cristal, y solo desistió cuando del fondo de la tienda salió un vigilante nocturno y le indicó con gesto colérico que se marchara. Con desánimo y perplejidad crecientes, Anthony cruzó de nuevo y echó a andar hacia la calle Cuarenta y tres. En la esquina más próxima a Sammy's se detuvo indeciso... si volvía al apartamento... como el cuerpo le pedía, se vería expuesto a amargos reproches; pero ahora que las casas de empeños estaban cerradas, no tenía la menor idea de dónde conseguir el dinero. Finalmente decidió que no había inconveniente en pedirselo a Parker Allison, después de todo... pero al acercarse más a Sammy's encontró la puerta cerrada y apagadas las luces. Miró el reloj: eran las nueve y media. Empezó a andar.

Diez minutos después se detuvo sin saber qué hacer en la esquina de la calle Cuarenta y tres con Madison Avenue, frente por frente, en sentido diagonal, de la muy iluminada pero casi desierta entrada del hotel Biltmore. Anthony se quedó un momento en aquel lugar, y luego se sentó pesadamente sobre una tabla húmeda entre otros desechos de una obra en construcción. Descansó allí durante casi media hora, su mente un cambiante entretejido de pensamientos superficiales, el más importante de los cuales era que tenía que conseguir algún dinero y volver a casa antes de que estuviese demasiado torpe para encontrar el camino.

Luego, al alzar la mirada en dirección al Biltmore, vio a un hombre directamente debajo del resplandor vertical de las luces de la puerta cochera, acompañado de una mujer con un abrigo de armiño. Mientras Anthony los contemplaba, la pareja se adelantó, llamando a un taxi. Anthony advirtió, gracias a ese infalible método de identificación que consiste en reconocer los andares de un amigo, que se trataba de Maury Noble.

Inmediatamente se puso en pie.

—¡Maury! —gritó.

Maury miró en su dirección, volviéndose luego hacia la muchacha en el momento

en que el taxi se detenía delante de ellos. Con la caótica idea de pedirle diez dólares prestados, Anthony empezó a correr lo más deprisa que pudo para cruzar Madison Avenue y continuar luego por la calle Cuarenta y tres.

Cuando llegó a la altura de Maury, su antiguo amigo estaba junto a la puerta abierta del taxi. Su acompañante se volvió y miró a Anthony con extrañeza.

—¡Hola, Maury! —dijo, ofreciéndole la mano—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias.

Cuando retiraron la mano, Anthony vaciló. Maury no hizo el menor gesto de presentarle a su acompañante; se limitó a quedarse inmóvil, contemplándolo envuelto en inescrutable silencio felino.

—Quería verte... —empezó Anthony irresoluto. No le parecía que fuese posible pedir un préstamo con la chica a menos de cuatro pies, de manera que se interrumpió y movió la cabeza de manera perceptible como haciéndole señas a Maury para que se apartaran un poco.

—Tengo mucha prisa, Anthony.

—Lo sé... pero ¿no podrías...? —dudando de nuevo.

—Te veré en otra ocasión —dijo Maury.

—Es importante.

—Lo siento, Anthony.

Antes de que el joven Patch se decidiera a pedirle el dinero de sopetón, Maury se había vuelto fríamente hacia la muchacha, la ayudó a subir al taxi y, con un cortés «Buenas noches», entró tras ella. Mientras le hacía una inclinación de cabeza desde el otro lado de la ventanilla, Anthony pensó que la expresión de Maury no había cambiado en lo más mínimo. Luego, con malhumorado estruendo, el taxi se puso en marcha y Anthony se quedó solo bajo las luces.

El joven Patch entró en el Biltmore, sin otra razón particular que la proximidad de la puerta, y, subiendo las anchas escaleras, encontró asiento en un rincón. Era terriblemente consciente de que se le había hecho un desprecio; se sentía todo lo dolido y enfadado que le permitía el estado en que se encontraba. Sin embargo, seguía testarudamente preocupado por la necesidad de obtener algún dinero antes de regresar a su casa, y una vez más contó con los dedos las personas a las que resultaba plausible acudir en aquella crítica situación. Finalmente decidió que podía ponerse en contacto con Mr. Howland, su agente de bolsa, telefoneando a su casa.

Después de una larga espera le informaron de que Mr. Howland había salido. Anthony regresó junto a la telefonista, inclinándose sobre el mostrador y dando vueltas entre los dedos a su moneda de veinticinco centavos, como reacio a marcharse sin algún resultado positivo.

—Llame a Mr. Bloeckman —dijo de repente, sintiéndose sorprendido ante sus propias palabras. Aquel nombre había sido el resultado del entrecruzamiento de dos

sugerencias dentro de su mente.

—¿Qué número es, por favor?

Apenas consciente de lo que hacía, Anthony buscó Joseph Bloeckman en la guía de teléfonos. No encontró a semejante persona y estaba a punto de dejarlo cuando recordó que Gloria había mencionado un cambio de nombre. Fue cuestión de un momento encontrar a Joseph Black... luego esperó en la cabina, mientras la telefonista marcaba el número desde la centralita.

—O... oiga. ¿Está Mr. Bloeckman, quiero decir, Mr. Black, en casa?

—No, ha salido. ¿Quiere dejar algún recado? —La pronunciación era de barrio bajo londinense; eso hizo que Anthony recordara la respetuosa entonación de Bounds.

—¿Dónde está?

—Perdone... ¿sería tan amable de decirme con quién hablo?

—Aquí Mr. Patch. Cuestión de vital importancia.

—Está con un grupo en el Boul' Mich', señor.

—Gracias.

Anthony cogió los cinco centavos que le devolvieron y se puso en camino del Boul' Mich', una sala de baile muy popular situada en la calle Cuarenta y cinco. Eran casi las diez, y las calles seguirían oscuras y prácticamente desiertas hasta que los teatros terminaran sus espectáculos una hora más tarde. Anthony conocía el Boul' Mich' porque había estado allí con Gloria el año anterior, y recordaba la existencia de una regla según la cual solo admitían clientes vestidos de etiqueta. Bien, no subiría; mandaría a un botones en busca de Bloeckman y lo esperaría en el vestíbulo del piso bajo. No dudó ni por un momento de que aquella empresa fuera perfectamente lógica y discreta. Para su deformada imaginación Bloeckman se había convertido en uno de sus viejos amigos.

En el vestíbulo de entrada del Boul' Mich' hacía calor. Luces amarillas colocadas en lo alto iluminaban una gruesa alfombra verde, desde el centro de la cual una escalera blanca llevaba al piso alto, donde estaba la sala de baile.

—Quiero ver a Mr. Bloeckman... Mr. Black —le dijo al portero—. Está en el piso de arriba... Haga el favor de buscarlo.

El portero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Va contra las reglas de la casa llamarlo en voz alta. ¿Sabe usted en qué mesa está?

—No. Pero tengo que verlo.

—Espere un momento y le buscaré a un camarero.

Al cabo de un rato apareció el encargado del comedor, con una lista de las mesas reservadas. La mirada irónica que lanzó a Anthony no tuvo el menor efecto sobre su destinatario. Juntos se inclinaron sobre el papel y encontraron sin dificultad lo que

buscaban: un grupo de ocho, a nombre del mismo Mr. Black.

—Dígale que Mr. Patch quiere verlo. Muy importante.

De nuevo esperó, apoyado contra una barandilla, escuchando las confusas armonías de «Loco por el jazz» que bajaban flotando por las escaleras. Una chica del guardarropa estaba cantando cerca de él:

Allá, en el sanatorio del shinimee residen los locos del jazz. Allá, en el sanatorio del shimme, dejé a mi pudorosa novia. Se agitó tanto bailando que perdió la razón, y ahora tendrá que tiritar hasta recobrarla...

Luego vio a Bloeckman bajando la escalera, y dio unos pasos para salir a su encuentro y estrecharle la mano.

—¿Quería usted verme? —dijo fríamente el hombre de más edad.

—Sí —respondió Anthony, asintiendo con la cabeza—, un asunto personal. ¿No le importa que nos apartemos un poco?

Mirándolo fijamente, Bloeckman siguió a Anthony a un entrante en forma de media luna que hacían las escaleras y donde no podía verlos ni oírles ninguna de las personas que entraban o salían del restaurante.

—¿Y bien? —quiso saber Bloeckman.

—Quería hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

Anthony se limitó a reír: una risa tonta; su intención era que pareciese espontánea.

—¿De qué quiere usted hablarme? —repitió Bloeckman.

—¿Qué prisa tenemos? —Trató de poner una mano en el hombro de Bloeckman en gesto amistoso, pero el otro se apartó ligeramente—. ¿Qué tal le va?

—Muy bien, gracias... Mire, Mr. Patch, estoy con un grupo en el piso de arriba, y a mis amigos les parecerá descortés que tarde mucho en volver. ¿Para qué quería usted verme?

Por segunda vez aquella noche, la mente de Anthony dio un brusco salto, y dijo algo que no tenía ninguna intención de decir.

—Tengo entendido que no deja usted trabajar a mi mujer en el cine.

—¿Cómo? —El rostro rubicundo de Bloeckman se oscureció creando zonas de sombra.

—Ya me ha oído.

—Escuche, Mr. Patch —dijo Bloeckman con voz tranquila y sin cambiar de expresión—, está usted borracho. Repugnante e insultantemente borracho.

—No demasiado borracho para hablar con usted —insistió Anthony con una mirada socarrona—. En primer lugar, mi mujer no quiere tener ninguna relación con usted. Nunca ha querido. ¿Me entiende?

—¡Cállese! —dijo el hombre de más edad, indignado—. Hubiera pensado que

respetaba usted lo suficiente a su mujer como para no sacarla a relucir en estas circunstancias.

—No se preocupe de si respeto a mi mujer. Solo quiero decirle una cosa... déjela en paz. ¡Váyase al infierno!

—Mire... ¡creo que está usted un poco loco! —exclamó Bloeckman. Dio dos pasos al frente como para marcharse, pero Anthony se interpuso en su camino.

—No tan deprisa, maldito judío.

Estuvieron mirándose un momento, Anthony balanceándose suavemente de un lado a otro, Bloeckman temblando casi de indignación.

—¡Tenga cuidado con lo que dice! — exclamó con voz muy tensa.

Anthony podría haberse acordado de cierta mirada que Bloeckman le lanzara en el hotel Biltmore años atrás. Pero no recordaba nada, absolutamente nada...

—Lo diré otra vez, ¡mal...!

Entonces Bloeckman le lanzó un directo con toda la fuerza de un hombre de cuarenta y cinco años en buenas condiciones físicas, y su puño golpeó a Anthony directamente en la boca. El joven Patch se estrelló contra la pared y al recuperarse se abalanzó sobre su adversario, pero Bloeckman, que hacía ejercicio todos los días y sabía algo de boxeo, lo evitó sin dificultad, llegándole a la cara con dos rápidos golpes cortos extraordinariamente eficaces. Anthony dejó escapar un gruñido y se desplomó sobre la lujosa alfombra verde, descubriendo, mientras caía, que tenía la boca llena de sangre y que los dientes delanteros parecían bailarle de una manera muy extraña. Consiguió ponerse en pie jadeando y escupiendo, y cuando se dirigía de nuevo hacia Bloeckman, inmóvil a unos pies de distancia, con los puños apretados pero caídos a los lados del cuerpo, dos camareros que habían surgido de la nada lo agarraron por los brazos reduciéndolo a la impotencia. Detrás de ellos se había congregado milagrosamente una docena de personas.

—Lo mataré —exclamó Anthony, tratando de soltarse—. Déjenme matar...

—¡Échenlo a la calle! —ordenó Bloeckman acaloradamente, mientras un hombrecillo marcado de viruelas se abría camino a toda prisa entre los espectadores.

—¿Algún problema, Mr. Black?

—¡Este borrachín trataba de hacerme chantaje! —dijo Bloeckman, y luego, poniendo en la voz una nota de orgullo vagamente discordante, añadió—: ¡Se ha llevado su merecido!

El hombrecillo se volvió hacia uno de los camareros.

—¡Llame a la policía! —ordenó.

—No —dijo Bloeckman rápidamente—. No merece la pena. Basta con echarlo a la calle... ¡Nunca he visto cosa más inconcebible! El magnate cinematográfico se dio la vuelta y con estudiada dignidad se dirigió a los lavabos mientras seis manos musculosas se apoderaban de Anthony y lo arrastraban hacia la puerta. El

«borrachín» fue violentamente lanzado contra la acera, donde aterrizó sobre las manos y las rodillas con un grotesco ruido como de una bofetada, para luego rodar lentamente y acabar tumbado de lado.

El golpe lo atontó. Se quedó tumbado un momento sintiendo un agudo dolor equitativamente distribuido. Luego el malestar se concentró en el estómago, y recuperó el conocimiento para descubrir que alguien lo estaba empujando con el pie.

—¡Tienes que marcharte de aquí, borrachín! ¡Vamos, espabila!

Era un voluminoso portero el que le hablaba. Un sedán se había detenido junto a la acera y sus ocupantes se apearon... es decir, dos de las mujeres se habían quedado sobre el guardabarros, esperando con ofendida delicadeza a que aquel desagradable obstáculo desapareciera de su camino.

—¡Márchate! ¡De lo contrario te echaré yo!

—Espere... yo lo ayudaré.

Era una voz distinta; a Anthony le pareció un poco más tolerante, mejor dispuesta que la otra. De nuevo se vio rodeado por unos brazos que, alzándolo y arrastrándolo a medias, lo llevaron hasta una agradable sombra cuatro portales calle arriba y lo apoyaron contra la fachada de piedra de una sombrerería de señoras.

—Muy agradecido —murmuró Anthony débilmente. Alguien le caló el sombrero y el joven Patch dio un respingo.

—Estése quieto amigo, y se sentirá mejor. Esos tipos le han hecho un buen chichón.

—Voy a volver a matar a ese sucio... —Trató de ponerse en pie pero solo consiguió derrumbarse hacia atrás contra la pared.

—Ahora no puede usted hacer nada — continuó la voz—. Tendrá que ser en otra ocasión. Se lo digo como lo siento, ¿comprende? Quiero ayudarlo.

Anthony asintió con la cabeza.

—Será mejor que se vaya a casa. Esta noche ha perdido un diente, amigo. ¿Se ha dado cuenta?

Anthony se exploró la boca con la lengua, comprobando la afirmación de su acompañante. Luego, haciendo un esfuerzo, alzó la mano y localizó el hueco.

—Voy a llevarlo a casa, amigo. ¿Por dónde vive...?

—¡Dios del cielo! —le interrumpió Anthony, apretando los puños con gran pasión—. Ya le enseñaré yo a esa sucia cuadrilla. Ayúdeme y no se arrepentirá. Mi abuelo es Adam Patch, de Tarrytown...

¿Quién?

—¡Adam Patch, caramba!

—¿Quiere ir hasta Tarrytown?

—No.

—Bien; dígame dónde hay que ir, amigo, y yo buscaré un taxi.

Anthony comprobó que su samaritano era un tipo de corta estatura y ancho de hombros, bastante baqueteado por la existencia.

—¿Dónde vive, eh?

A pesar de los golpes y de la borrachera, Anthony se dio cuenta de que su dirección no iba a estar a la altura de aquella estúpida fanfarronada acerca de su abuelo.

—Consígame un taxi —ordenó, buscándose en los bolsillos.

Al acercarse el coche, Anthony trató de levantarse, pero el tobillo se le torció, como si estuviera partido por la mitad. El samaritano no tuvo más remedio que ayudarlo... y subir al taxi tras él.

—Mire, camarada —le dijo a Anthony—, está usted borracho y le han pegado una paliza; no va a ser capaz de entrar en casa a no ser que alguien lo lleve, de manera que voy a ir con usted y sé que sabrá agradecermelo. ¿Dónde vive?

Anthony le dio su dirección a regañadientes. Luego, cuando el taxi se puso en movimiento, apoyó la cabeza contra el hombro de su acompañante, sumiéndose en un dolorido letargo. Cuando despertó, el hombre le había sacado del taxi delante del apartamento de Claremont Avenue y estaba tratando de que se mantuviera en pie.

—¿Puede andar?

—Sí... más o menos. Será mejor que no entre conmigo. —De nuevo se buscó impotentemente en los bolsillos—. ¡Oiga! —continuó, tratando de disculparse—. Mucho me temo que no me queda ni un centavo.

—¿Cómo?

—Que estoy sin blanca.

—¡Vaya! ¿No me prometió que no tendría que arrepentirme? ¿Quién va a pagar el taxi? —Se volvió hacia el conductor para que corroborara sus palabras—. ¿No le oyó usted? ¿Y todo lo que dijo acerca de su abuelo?

—De hecho —murmuró Anthony imprudentemente—, fue usted quien lo dijo todo; pero si viene por aquí mañana...

Al llegar a este punto el taxista se asomó por la ventanilla y dijo con tono feroz:

—¡Atízale una buena a ese desgraciado! ¡Si no fuera un borrachín no lo habrían echado a la calle!

En respuesta a esta sugerencia, el puño del samaritano salió disparado como un ariete, derribando a Anthony contra los escalones de piedra de la casa de apartamentos. El joven Patch quedó inmóvil, mientras los altos edificios se balanceaban de un lado para otro por encima de su cabeza...

Al cabo de un buen rato se despertó y notó que hacía mucho más frío. Trató de moverse, pero sus músculos se negaron a funcionar. Se sentía extrañamente ansioso de saber la hora que era, pero al ir a buscar su reloj, no encontró más que el bolsillo vacío. Sin darse cuenta, sus labios pronunciaron la frase inmemorial:

—¡Vaya una noche!

Sorprendentemente, estaba casi sereno. Sin mover la cabeza, miró hacia donde la luna estaba anclada en mitad del cielo, derramando luz sobre Claremont Avenue como si fuera el fondo de un profundo e inexplorado abismo. No había ningún signo de vida ni se oía ningún sonido con la excepción de un zumbido continuo en sus propios oídos, pero al cabo de un momento el mismo Anthony rompió el silencio con un murmullo muy claro y peculiar. Era el sonido que había querido hacer todo el tiempo en el Boul' Mich', cuando estaba delante de Bloeckman: el sonido inconfundible de una risotada irónica. Y en sus labios rotos y sangrantes fue como una lastimosa basca del alma.

Tres semanas después el pleito llegó a su fin. El ovillo de los trámites burocráticos —al parecer interminable—, que llevaba cuatro años devanándose, se rompió de pronto. Anthony y Gloria y, por el otro lado, Edward Shuttleworth y un pelotón de beneficiarios, prestaron declaración, mintieron y, en general, se comportaron groseramente de acuerdo con sus respectivos niveles de avaricia y desesperación. Anthony se despertó una mañana de marzo dándose cuenta de que la sentencia se dictaría a las cuatro de la tarde, y aquella idea bastó para que se levantara de la cama y empezara a vestirse. A pesar de que estaba muy nervioso, el joven Patch sentía un injustificado optimismo en cuanto al resultado final. Creía que la sentencia del tribunal inferior sería revocada, aunque fuese tan solo por la reacción —debido a los excesos del prohibicionismo— que se había producido recientemente contra las reformas y los reformistas. Tenía más confianza en la eficacia de sus ataques personales contra Shuttleworth que en los aspectos estrictamente legales del proceso.

Después de vestirse se tomó un *whisky* y fue al cuarto de Gloria. Su mujer estaba ya completamente despierta. Llevaba una semana en la cama, por puro capricho, en opinión de Anthony, aunque el médico había dicho que era mejor no molestarla.

—Buenos días —murmuró ella, sin sonreír. Sus ojos parecían más grandes y oscuros que de costumbre.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó él de mala gana—. ¿Mejor?

—Sí.

—¿Mucho mejor?

—Sí.

—¿Te sientes suficientemente bien como para ir conmigo al juzgado esta tarde?

Gloria asintió con la cabeza.

—Sí. Quiero ir. Dick dijo ayer que, si hacía buen tiempo, vendría con el coche e iríamos a dar un paseo por Central Park... y fíjate en cuánto sol entra por la ventana.

Anthony volvió la cabeza mecánicamente y luego se sentó en la cama.

—¡Qué nervios tengo! —exclamó.

—Por favor, no te sientes ahí —dijo ella enseguida.

—¿Por qué no?

—Hueles a *whisky*. No puedo soportarlo.

Anthony se levantó distraídamente y abandonó la habitación. Un poco después ella lo llamó y el joven Patch salió a la calle y le trajo un poco de ensaladilla de patata y pollo frío de la delicatessen.

A las dos en punto el coche de Richard Caramel se detuvo delante de la puerta y, cuando llamó por el telefonillo interior, Anthony bajó con Gloria en el ascensor y la acompañó hasta el bordillo de la acera.

Gloria agradeció a su primo que la llevara a dar un paseo.

—No seas tonta —replicó Dick con tono desdeñoso—. ¡Vaya favor!

Pero, en realidad, no pensaba que su gesto careciera de importancia y la razón era muy curiosa. Richard Caramel había perdonado muchas ofensas a mucha gente. Pero nunca había perdonado a su prima, Gloria Gilbert, una afirmación que había hecho inmediatamente antes de su boda, siete años atrás. Había dicho que no tenía intención de leer su novela.

Richard Caramel lo recordaba; lo había recordado con frecuencia durante aquellos siete años.

—¿A qué hora pensáis volver? —preguntó Anthony.

—No vendremos aquí —respondió ella—; nos reuniremos en el juzgado a las cuatro.

—De acuerdo —murmuró él—; allí nos veremos.

Al volver al apartamento encontró una carta esperándole. Era una circular pidiendo a «los muchachos» con un lenguaje condescendentemente campechano que pagaran la cuota de la Legión Americana. Anthony tiró la carta a la papelera con gesto impaciente y, después de sentarse —con los codos apoyados en el antepecho de la ventana—, se puso a mirar, aunque sin verla, la calle soleada.

Italia; un veredicto favorable significaba Italia. Aquella palabra se había convertido para él en una especie de talismán, en un lugar donde sería posible desprenderse de las intolerables ansiedades de la existencia como si se tratara de un traje viejo. Irían primero a los balnearios y entre multitudes alegres y llenas de colorido olvidarían las grises secuelas de la desesperación. Maravillosamente renovado, Anthony pasearía de nuevo por la Piazza di Spagna al atardecer, entre aquella muchedumbre a la deriva de mujeres morenas, mendigos harapientos y austeros frailes descalzos. El recuerdo de las mujeres italianas le produjo una suave exaltación; cuando su bolsa estuviera otra vez llena, incluso las ilusiones románticas podrían volver a posarse en ella: el hechizo romántico de los azules canales de Venecia, de las doradas colinas verdeantes de Fiésole después de la lluvia, y de las mujeres, mujeres que cambiaban, se disolvían y mezclaban con otras mujeres hasta alejarse de su vida, pero sin perder jamás ni juventud ni belleza.

Pero a Anthony le parecía que tendría que haber una diferencia en su actitud. Todas las aflicciones de su existencia, todos los pesares y dolores, habían tenido por causa a las mujeres. Se los habían infligido de maneras distintas, inconscientemente, casi con indiferencia; quizá al darse cuenta de su idealismo y de que estaba asustado, mataban en él todo lo que pudiera oponerse a su absoluto dominio.

Al apartarse de la ventana se enfrentó con su imagen en el espejo, y estuvo contemplando con abatimiento el rostro descolorido, los ojos con su entramado de líneas como filamentos de sangre coagulada, la figura encorvada y flácida cuya misma inclinación era todo un ejemplo de apatía. Era un hombre de treinta y tres años, y parecía tener cuarenta. Bueno, las cosas cambiarían.

El timbre de la puerta sonó ásperamente y Anthony se sobresaltó como si le hubiesen asestado un golpe. Una vez repuesto salió al vestíbulo y abrió la puerta de la calle. Era Dot.

El encuentro

Anthony fue retrocediendo delante de ella hasta la sala de estar, entendiendo tan solo una palabra de vez en cuando del lento flujo de frases que brotaban ininterrumpidamente de su boca, una tras otra, en persistente salmodia. Iba decente y pobremente vestida; un sombrerito un tanto lamentable, adornado con flores rosas y azules, cubría y ocultaba sus cabellos oscuros. Anthony dedujo de sus palabras que varios días antes había visto en el periódico un suelto relativo al pleito, y había conseguido que un empleado de la sección de apelaciones le facilitara la dirección del joven Patch. Había subido al apartamento y una mujer, a quien Dot no quiso dar su nombre, le dijo que Anthony no estaba en casa.

En la sala de estar, él se quedó junto a la puerta contemplándola con una mezcla de horror y pasmo mientras ella hablaba y hablaba... Su sensación predominante era que toda la civilización y las convenciones de su entorno eran extrañamente irreales... Dot le explicó que trabajaba en una sombrerería de señoras de la Sexta Avenida. Se hallaba muy sola. Había estado enferma mucho tiempo después de que él se marchara a Camp Mills; su madre fue a buscarla para llevársela de nuevo a Carolina... Había venido a Nueva York con la idea de encontrar a Anthony.

Dot hablaba con terrible seriedad. Sus ojos de color violeta estaban enrojecidos por las lágrimas; su suave entonación quedaba rota por pequeños gemidos jadeantes.

Aquello era todo. No había cambiado en absoluto. Quería a Anthony ahora, y si no podía ser suyo, moriría...

—Tendrás que marcharte —dijo él finalmente, hablando con retorcida intensidad

—. ¿Es que no tengo suficientes preocupaciones sin necesidad de que aparezcas tú? ¡Dios mío! ¡Vas a tener que marcharte!

Sollozando, Dot se sentó.

—Te quiero —exclamó—. ¡No me importa lo que me digas! Te quiero.

—¡Me tiene sin cuidado! —casi chilló él—; ¡vete de aquí! ¿Es que no me has hecho suficiente daño? ¿Es que no te basta?

—¡Pégame! —le imploró ella, frenética, estúpidamente—. ¡Pégame y besaré la mano con que me pegues!

La voz de Anthony se alzó hasta casi convertirse en un grito.

—¡Te mato! —exclamó—. ¡Si no te marchas, te mato, te aseguro que te mato!

La locura brillaba ya en sus ojos, pero, sin arredrarse, Dot se puso en pie y dio un paso hacia él.

—¡Anthony! ¡Anthony!

Al joven Patch le castañetearon los dientes y retrocedió como para saltar sobre la muchacha; luego, cambiando de idea, buscó algo a su alrededor con rostro desencajado.

—¡Te mato! —murmuraba con breves jadeos entrecortados—. ¡Te mato!

Parecía morder las palabras como para obligarlas a materializarse. Finalmente alarmada, Dot se detuvo, y, al enfrentarse con sus ojos de loco, dio un paso atrás en dirección a la puerta. Anthony empezó a correr de un lado para otro en su lado de la habitación, sin dejar de repetir el mismo grito amenazador. Luego encontró lo que había estado buscando: una recia silla de roble que había junto a la mesa. Con un grito bronco se apoderó de ella, la alzó en el aire y con la fuerza de la locura la arrojó contra el rostro pálido y aterrorizado al otro lado de la habitación... después una densa oscuridad impenetrable descendió sobre él, borrando ideas, rabia y locura al mismo tiempo; con un chasquido casi tangible la faz del mundo cambió ante sus ojos...

Gloria y Dick llegaron a las cinco y lo llamaron desde el vestíbulo. Anthony no contestó; entraron en la sala de estar y encontraron una silla con el respaldo roto junto a la puerta, y también notaron que toda la habitación estaba un tanto en desorden: las alfombras fuera de su sitio, caídas las fotografías y los objetos ornamentales de la mesa central. En el aire había un olor dulzón a perfume barato.

A Anthony lo encontraron sentado al sol en el suelo de su dormitorio. Delante de él, abiertos, estaban sus tres voluminosos álbumes de sellos, y cuando entraron tenía en las manos un montón de sellos todavía sin clasificar que guardaba en la parte posterior de uno de ellos. Al levantar la vista y ver a Dick y Gloria, torció la cabeza con aire crítico y les hizo un gesto para que retrocedieran.

—¡Anthony! —exclamó Gloria con voz tensa—, ¡hemos ganado! El tribunal ha revocado la sentencia.

—No entréis —murmuró él débilmente—, vais a manchármelos. Los estoy ordenando y sé que acabaréis pisándolos. Todo acaba manchándose siempre.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Dick asombrado—. ¿Volviendo a la infancia? ¿No te das cuenta de que has ganado el pleito? Han revocado la sentencia del tribunal inferior. ¡Posees una fortuna de treinta millones!

Anthony se limitó a mirarlo con gesto reprobatorio.

—Cerrad la puerta cuando salgáis. — Hablaba como un niño impertinente.

Gloria lo contempló con una creciente expresión de espanto en los ojos.

—¡Anthony! —exclamó—, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué no has ido al juzgado? ¿Qué es lo que sucede?

—Mirad —dijo Anthony en voz baja—, quiero que os marchéis los dos de aquí ahora mismo. De lo contrario, se lo diré a mi abuelo.

Alzó un puñado de sellos y los dejó caer como si fueran hojas de árboles, multicolores y llamativas, girando y revoloteando en el aire soleado: sellos de Inglaterra y del Ecuador, de Venezuela, de España, de Italia...

Juntamente con los gorriones

Esa exquisita ironía celestial que ha planeado la desaparición de tantas generaciones de gorriones recoge, sin duda, las más sutiles inflexiones verbales de los pasajeros de un transatlántico como el Berengaria. Y sin duda estaba escuchando cuando el joven de la gorra a cuadros cruzó la cubierta a buen paso y se puso a hablar con la chica vestida de amarillo.

—Ese es —dijo, señalando a una figura sentada en una silla de ruedas cerca de la barandilla y con una manta de viaje sobre las rodillas—. Ahí tienes a Anthony Patch. La primera vez que sale a cubierta.

—¿Así que es ese?

—Sí. Dicen que ha estado un poco perturbado desde que consiguió la herencia, hace cuatro o cinco meses. El otro tipo, Shuttleworth, el que se quedó sin el dinero, que era una persona muy religiosa, se encerró en una habitación de su hotel y se pegó un tiro...

—¡Qué cosa más terrible!

—Pero no creo que a Anthony Patch le preocupe mucho. Se ha llevado los treinta millones. Y viaja con su médico personal por si acaso tuviera algún remordimiento. ¿A ella la has visto en cubierta? —preguntó.

La chica vestida de amarillo, que era muy bonita, miró a su alrededor cautelosamente.

—Estaba aquí hace un minuto. Llevaba un abrigo de martas cibelinas que debe de valer una fortuna. —Frunció el entrecejo y añadió muy convencida—: ¿Sabes? La encuentro muy desagradable. Parece... como si estuviera teñida y sucia, no sé si entiendes lo que quiero decir. Algunas personas tienen ese aspecto, tanto si son sucias como si no lo son.

—Sí, claro —asintió el joven de la gorra a cuadros—. Pero no es fea, de todas formas. —Hizo una pausa—. Me pregunto qué estará pensando él... en su dinero, o quizá siente remordimientos por lo que pasó con Shuttleworth.

—Probablemente...

Pero el joven de la gorra a cuadros estaba completamente equivocado. Anthony Patch, sentado cerca de la barandilla y mirando al mar, no estaba pensando en su dinero, porque muy pocas veces en su vida había experimentado realmente la vanagloria de las cosas materiales, ni tampoco en Edward Shuttleworth, porque es mejor ver las cosas por el lado bueno. No; le preocupaba toda una serie de reminiscencias, de manera muy parecida a como un general puede repasar una campaña triunfal, analizando sus batallas. Pensaba en las privaciones, en las insufribles tribulaciones que había tenido que soportar. Todo el mundo había tratado de hacerle pagar los errores de su juventud. Había estado expuesto a la miseria más inhumana, sus mismos anhelos de aventuras románticas se habían visto castigados, sus amigos lo habían abandonado... incluso Gloria se había puesto en contra suya. Se había quedado solo, completamente solo... haciendo frente a todos.

Hacía aún muy pocos meses, todo el mundo lo instaba a que se rindiese, le pedía que se sometiera a la mediocridad, que se pusiera a trabajar. Pero él sabía que su manera de vivir estaba justificada; y se había mantenido en sus trece sin desfallecer. Bastaba con ver cómo los mismos amigos que llegaron a mostrarse más desagradables habían vuelto a respetarlo, a reconocer que siempre tuvo razón. ¿Acaso no habían ido los Lacy y los Meredith y los Cartwright-Smith a visitarlos a Gloria y a él en el Ritz-Carlton una semana antes de embarcarse?

Tenía los ojos llenos de lágrimas y le temblaba la voz mientras hablaba en susurros consigo mismo.

—¡Se lo he demostrado! —estaba diciendo—. ¡Ha sido una batalla muy dura, pero no me rendí y he conseguido lo que quería!



FRANCIS SCOTT FITZGERALD (Saint Paul, Minnesota, 1896 - Hollywood, California, 1940). Escritor estadounidense de novelas y cuentos que personificó el ambiente y costumbres de los años veinte; «la edad del jazz», como él la llamó.

Nació el 24 de septiembre de 1896 en Saint Paul (Minnesota) y se formó en internados católicos. En la Universidad de Princeton ignoró la mayor parte de los estudios; en cambio, aprendió de escritores y críticos como Edmund Wilson, del que fue amigo durante toda su vida. En 1917 abandonó Princeton para hacer el servicio militar y en los campamentos de entrenamiento revisó el primer borrador de su novela, titulada en un principio «El egoísta romántico», que se publicó como *A este lado del paraíso* (1920). Mientras estaba en el campamento en Alabama se enamoró de Zelda Sayre, de 18 años, que como la *flapper* arquetípica pasaría, al igual que él, a formar parte integral de su narrativa.

Publicada en la primavera de 1920, *A este lado del paraíso*, le convirtió en un hombre rico y pudo casarse con Zelda, amante del lujo y la alta sociedad. En esta novela autobiográfica, la desilusionada juventud de la generación de la posguerra vio reflejados sus sueños rotos y sus vidas vacías e indecisas. *Hermosos y malditos* (1922), una novela de costumbres que narra las ansiedades y disipaciones de una pareja de ricos, no resultó tan popular como la primera, pero sus relatos tuvieron un gran éxito y con ellos pagó su estilo de vida extravagante y lujosa con Zelda. De los más de 150 cuentos que escribió, escogió 46 para reunirlos en cuatro libros: *Jovencitas y filósofos* (1920), *Cuentos de la edad del jazz* (1922), *Todos los hombres*

tristes (1926) y *Toque de diana* (1935).

En 1924 los Fitzgerald dejaron su casa de Long Island y se trasladaron a la Riviera francesa; no volvieron de forma permanente hasta 1931. En cinco meses terminó *El gran Gatsby* (1925), una fábula sensible y satírica sobre la persecución del éxito y el colapso del «sueño americano». Aunque está considerada como su obra maestra, se vendió mal, acelerando así la desintegración de su vida personal. Con todo —y a pesar del deslizamiento de Zelda hacia la locura (estuvo hospitalizada periódicamente desde 1930 hasta su muerte en 1948) y del suyo al alcoholismo—, continuó escribiendo, sobre todo para revistas. Hasta 1934 no apareció su cuarta novela, *Suave es la noche*, un relato apenas disfrazado, casi confesional, de su vida con Zelda. Su pobre acogida le condujo a su propia crisis, que narra en los ensayos reunidos por Edmund Wilson con el título de *El crack-up* (1945). Fitzgerald se recuperó lo suficiente como para trabajar escribiendo guiones de cine en Hollywood durante 1937, una experiencia que inspiró su última y más madura novela, *El último magnate* (1941). Aunque inconclusa por su muerte el 21 de diciembre de 1940 en Hollywood, la brillantez de esta novela impulsó a los críticos a revalorizar el talento de Fitzgerald y a reconocerle como uno de los mejores escritores estadounidenses del siglo xx.